

Teoría del desarrollo capitalista

PAUL M. SWEEZY



 *hacer*
EDITORIAL

Índice

Introducción a la edición española, por <i>Michael A. Lebowitz</i>	13
Prefacio	41
Introducción	43

I. VALOR Y PLUSVALÍA

1. <i>El método de Marx</i>	51
1. El uso de la abstracción	51
2. El carácter histórico del pensamiento de Marx	58
2. <i>El problema del valor cualitativo</i>	61
1. Introducción	61
2. Valor de uso	63
3. Valor de cambio	64
4. Trabajo y valor	65
5. Trabajo abstracto	66
6. La relación de lo cuantitativo con lo cualitativo en la teoría del valor	68
7. El carácter fetichista de las mercancías	70
3. <i>El problema del valor cuantitativo</i>	75
1. El primer paso	75

2. El papel de la competencia	78
3. El papel de la demanda	80
4. «Ley del valor» contra «Principio de la planificación»	84
5. Valor y precio de producción	85
6. Precio de monopolio	85
<i>Plusvalía y capitalismo</i>	<i>87</i>
1. El capitalismo	87
2. El origen de la plusvalía	89
3. Los componentes del valor	91
4. La tasa de plusvalía	93
5. La composición orgánica del capital	94
6. La tasa de ganancia	95

II. EL PROCESO DE ACUMULACIÓN

<i>La acumulación y el ejército de reserva</i>	<i>101</i>
1. La reproducción simple	101
2. Las raíces de la acumulación	104
3. La acumulación y el valor de la fuerza de trabajo: planteamiento del problema	107
4. La solución de Marx: el ejército de reserva del trabajo	110
5. La naturaleza del proceso capitalista	114
<i>La tendencia decreciente de la tasa de ganancia</i>	<i>117</i>
1. La formulación de la ley por Marx	117
2. Las causas contrarrestantes	118
3. Una crítica de la ley	120
<i>La transformación de los valores en precios</i>	<i>127</i>
1. Planteamiento del problema	127
2. La solución de Marx	129
3. Una solución alternativa	132
4. Un corolario del método de Bortkiewicz	139
5. La importancia del cálculo del precio	141
6. ¿Por qué no empezar con el cálculo del precio?	143

III. CRISIS Y DEPRESIONES

<i>La naturaleza de las crisis capitalistas</i>	<i>149</i>
1. La producción simple de mercancías y las crisis	150
2. La ley de Say	152

ÍNDICE	11
3. El capitalismo y las crisis	53
4. Los dos tipos de crisis	58
9. <i>Las crisis relacionadas con la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.</i>	61
10. <i>Crisis de realización</i>	69
1. Las crisis que provienen de la desproporcionalidad	69
2. Las crisis que provienen del subconsumo	73
3. Apéndice	92
11. <i>La controversia sobre el derrumbe</i>	95
1. Introducción.	95
2. Eduard Bernstein	97
3. El contraataque ortodoxo	98
4. Tugan-Baranowsky	99
5. Conrad Schmidt.	99
6. La posición de Kautsky en 1902	01
7. Louis B. Boudin	03
8. Rosa Luxemburg.	04
9. Actitudes de posguerra	08
10. Henryk Grossmann	10
12. <i>¿Depresión crónica?</i>	15
1. Introducción.	15
2. Las condiciones de la expansión capitalista	17
3. Fuerzas contrarrestantes de la tendencia al subconsumo	18
4. ¿Debe salir triunfante el subconsumo?	29
IV. EL IMPERIALISMO	
13. <i>El Estado</i>	35
1. El Estado en la teoría económica.	35
2. La función primordial del Estado	36
3. El Estado como instrumento económico.	39
4. La cuestión de la forma de gobierno	43
5. Evaluación del papel del Estado	45
14. <i>El desarrollo del capital monopolista</i>	47
1. Concentración del capital.	47
2. Centralización del capital	48
3. Las corporaciones	49
4. Cárteles, trusts y combinaciones	53
5. El papel de los bancos.	55

15. <i>El monopolio y las leyes de movimiento del capitalismo</i>	259
1. Monopolio y precio	259
2. El monopolio y la tasa de ganancia	260
3. El monopolio y la acumulación	262
4. El monopolio y los costes crecientes de distribución	265
5. Conclusión	270
16. <i>La economía mundial</i>	273
1. Consideraciones generales	273
2. La política económica en el periodo de la competencia	278
3. La transformación de la política económica	281
17. <i>El imperialismo</i>	289
1. Introducción	289
2. Nacionalismo, militarismo y racismo	290
3. El imperialismo y las clases	292
4. El imperialismo y el Estado	296
5. Guerras de redivisión	298
6. Los límites del imperialismo	302
18. <i>El fascismo</i>	305
1. Las condiciones del fascismo	305
2. El fascismo sube al poder	307
3. La «revolución» fascista	309
4. La clase dominante bajo el fascismo	310
5. ¿Puede el fascismo eliminar las contradicciones del capitalismo?	315
6. ¿Es inevitable el fascismo?	317
19. <i>Mirando hacia delante</i>	319
1. Las perspectivas de reforma capitalista liberal	319
2. El declive del capitalismo mundial	322
APÉNDICE A. <i>Sobre los esquemas de reproducción</i> , por Shigeto Tsuru	331
1. El <i>tableau</i> de Quesnay	331
2. El esquema de reproducción de Marx	333
3. Comparabilidad con los agregados keynesianos	336
APÉNDICE B. <i>La ideología del imperialismo</i> , por Rudolf Hilferding	339
Bibliografía	343

Introducción a la edición española

Michael A. Lebowitz

NOTA BIOGRÁFICA SOBRE EL AUTOR

PAUL SWEEZY, DESCRITO POR EL WALL STREET JOURNAL COMO «EL “DECA-NO” de la economía radical», ha contribuido más que ninguna otra persona concreta a mantener viva la economía marxista en Norteamérica.¹ Una sola obra habría bastado para ello: *Teoría del desarrollo capitalista* (publicada por primera vez en 1942), el libro al que acudíamos para conocer la teoría económica marxista durante las décadas de 1950 y 1960. Como declaró años más tarde Meghnad Desai (en la introducción a su propio texto sobre economía marxiana):

En aquel tiempo había un libro que podían leer los estudiantes que desearan conocer el pensamiento de Marx. *Teoría del desarrollo capitalista* continúa siendo, en fin de cuentas, una introducción clásica a la economía de Marx. [...] En un determinado periodo, fue la declaración definitiva de que Marx y su sistema constituían una clave para la compren-

• Michael A. Lebowitz es profesor emérito de economía en la universidad Simon Fraser, en Burnaby, British Columbia, Canadá, y es autor de *Beyond Capital: Marx's Political Economy of the Working Class*, Hampshire, Plagrave, 2003 [trad. castellana: Akal, 2005]. Este texto, publicado en *Monthly Review* 56, nº 5 (octubre de 2004), pp. 40-68, en un número de homenaje a Paul Sweezy, es una adaptación del que apareció originalmente en Maxine Berg (ed.), *Political Economy in the Twentieth Century*, Oxford, Philip Allan, 1990. El autor añadió una posdata en 2004.

1. Lawrence S. Lifshultz, «Could Karl Marx Teach Economics in America?», *Ramparts* 12, nº 9 (abril de 1974): 54.

sión del capitalismo. Aunque el libro es objeto de muchas críticas ocasionales en la actualidad, se puede atribuir a Paul Sweezy el mérito de haber mantenido abierta la perspectiva de un ulterior renacimiento de la economía marxiana.²

Dos autores alemanes, Gerd Hardach y Dieter Karras, comentaron asimismo en 1974 que «el libro de Sweezy continúa sin tener parangón como compendio analítico y exhaustivo de la historia de la teoría marxista hasta la década de 1930». Apoyando la tesis de Desai, observaban que, en vísperas del renacimiento del marxismo germano occidental, la edición alemana de 1959 «puso al alcance del lector alemán una tradición teórica producida en gran parte en zonas de habla alemana y suprimida luego de manera eficaz por el fascismo y la restauración de la posguerra».³

Teoría del desarrollo capitalista, sin embargo, no era sólo una introducción a la economía de Marx ni un vehículo de transmisión de una tradición teórica. Sweezy también formuló inicialmente en este texto su teoría general del estancamiento capitalista. Una teoría presentada para explicar no sólo las condiciones de la Depresión que estuvieron en su origen, sino también la expansión de la posguerra (la «edad de oro») y las posteriores crisis de los años 1970 y 1980.

Paul Sweezy ha sido, no obstante, más que el autor de un solo texto y ha indagado en muchas direcciones en busca de respuestas sobre la sociedad y el cambio social. Sus interrogantes con respecto a los *Estudios del desarrollo del capitalismo* de Maurice Dobb fueron el detonante, en 1950, de un importante debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo, cuyos ecos todavía reverberan; igual que un posterior debate con Charles Bettelheim plantearía cuestiones críticas con respecto a la transición al socialismo. Desde su libro sobre la revolución cubana (en colaboración con Leo Huberman) hasta su hincapié en el carácter de sistema mundial del capitalismo y a sus ensayos sobre las sociedades posrevolucionarias, Sweezy ha abordado los temas importantes de nuestro tiempo y nadie podría decir (como dijo él de los economistas neoclásicos) que se ha ocupado de «temas menores y cada vez menos significativos» con el resultado de que existe «una discrepancia verdaderamente pasmosa entre los interrogantes que se plantean y las técnicas empleadas para responder a ellos».⁴

Muchos le recordarán, empero, por su obra conjunta con Paul Baran, *Monopoly Capital* [El capital monopolista]. Comenzada a mediados de la década de 1950 —en un tiempo de «apogeo del macarthismo», cuando «la existencia de un diálogo marxista en el medio académico estadounidense era prácticamente imposible»—, tras su publicación en 1966, llegó a convertirse en el texto de introducción al análisis económico radical para toda una generación de estudiantes universitarios y ejerció una influencia importante durante el periodo de la Nueva Izquierda (*New Left*).⁵ Sin embargo, Sweezy no se ha dormido jamás en sus laureles. En la *Monthly Review* (la revista que fundó con Huberman en 1947), continuó analizando, con su codirector Harry Magdoff, los procesos

2. Meghnad Desai, *Marxian Economics*, Oxford, Basil Blackwell, 1979, pp. 1-2.

3. Gerd Hardach, Dieter Karras & Ben Fine, *A Short Story of Socialist Economic Thought*, Londres, Edward Arnold, 1978, p. 60.

4. Paul M. Sweezy, «Toward a Critique of Economics», *Monthly Review* (enero de 1970), reeditado en Paul M. Sweezy, *Modern Capitalism and Other Essays*, Nueva York, Monthly Review Press, 1972, p. 58.

5. «Interview with Paul M. Sweezy», *Monthly Review* (abril de 1987): 15.

económicos en curso y explorando su significación teórica. Al cabo de más de medio siglo de estudios marxistas, el decano de la economía radical continúa guiando (y recibiendo amablemente) a los colegas y estudiantes más jóvenes.

Ningún aspecto de esta trayectoria se podía predecir en absoluto cuando nació, el 10 de abril de 1910, en Nueva York. Su padre era banquero, uno de los cinco vicepresidentes del First National Bank (uno de los predecesores del Citibank), y Paul creció en el entorno propio del vástago de una familia adinerada. Estudió en la Academia Phillips Exeter y luego en Harvard (donde le había precedido su hermano Alan). Durante sus años en dicha universidad, desde 1928 hasta 1932, fue director de redacción de *The Harvard Crimson* y recibió la formación económica neoclásica habitual.⁶

Nada indicaba el camino que seguiría en el futuro. Y, evidentemente, nada indicaba que ese hijo de banquero llegaría a ser objeto de la caza de brujas macarthista emprendida por un denominado comité de actividades subversivas de New Hampshire. Interrogado en 1953, fue declarado culpable de desacato al tribunal y condenado a la cárcel. Mientras se encontraba en libertad bajo fianza, apeló contra los cargos, que finalmente fueron anulados por el Tribunal Supremo de los Estados Unidos en una de las decisiones sobre el macarthismo que marcaron un hito.⁷

El año de su graduación, 1932, coincidió con un momento turbulento, como es sabido. Durante el periodo que seguiría se asistió al colapso del mercado de valores, las quiebras bancarias, el inicio de la Depresión de los años treinta, el ascenso de Hitler al poder y el primer plan quinquenal soviético. Como en el caso de tantos otros, esos acontecimientos constituyeron un reto para la formación que había recibido. ¿Qué relación tenía todo eso, a fin de cuentas, con la economía neoclásica que había estudiado en Harvard?

Sweezy recuerda que, en 1932, llegó a Londres para cursar un año de estudios de posgrado en la London School of Economics con una sensación de «confusión con una pizca de resentimiento por la irrelevancia de lo que había estado intentando aprender durante cuatro años». Sin embargo, se encontró con estudiantes posgraduados que debatían intensamente los temas de actualidad, en un «estado de permanente efervescencia intelectual y política», y allí entró por primera vez en contacto con el marxismo. Al cabo de ese año, regresó a Harvard convertido en «un marxista convencido pero muy ignorante».⁸

Algo había empezado a cambiar también en Harvard. Los estudiantes de posgrado y profesores jóvenes empezaban a interesarse por el marxismo. (Entre aquellos con quienes Sweezy mantendría muchos debates al respecto se encontraba Shigeto Tsuru, que posteriormente escribió un apéndice para *Teoría del desarrollo capitalista* en el que compara los esquemas de reproducción de Quesnay, Marx y Keynes.)⁹ Pero el suceso más significativo para Sweezy fue tal vez que allí conoció a Joseph

6. Michael Hillard, «Harry Magdoff and Paul Sweezy: Biographical Notes», en Stephen Resnick y Richard Wolff (comps.), *Rethinking Marxism: Essays for Harry Magdoff & Paul Sweezy*, Nueva York, Autonomedia, 1985, p. 400.

7. Lifshultz, «Could Karl Marx Teach», p. 55; Sweezy, «Interview», p. 8.

8. Hillard, «Harry Magdoff and Paul Sweezy»; Paul M. Sweezy, *Four Lectures on Marxism*, Nueva York, Monthly Review Press, 1981, pp. 12-13.

9. Véase el Prefacio, p. 42.

Schumpeter, que se había incorporado a la facultad de Harvard en 1932 y de quien fue alumno. El ambiente que rodeaba a Schumpeter tenía que resultar ciertamente estimulante para un economista joven: organizaba seminarios informales y grupos de debate y atraía a economistas de todo el mundo. Sweezy, junto con otros del «círculo schumpeteriano», recibió allí aliento y encontró un ambiente de fragor y excitación intelectual. Luego describiría dicho periodo como el más estimulante de su vida.¹⁰

De hecho, Sweezy siguió sólo un curso formal con Schumpeter, un pequeño seminario de posgrado con cuatro o cinco personas, entre ellas Oscar Lange, al que acudía también Wassily Leontief. Pero luego pasó a ser su ayudante en un curso de posgrado de Introducción a la economía y entablaron una estrecha amistad.¹¹ En 1937 presentó con Schumpeter, en el comité de tesis, su tesis doctoral sobre el cártel del carbón durante la revolución industrial inglesa (por la cual el Departamento de Economía de Harvard le concedió el Premio David A. Wells al mejor ensayo sobre economía).

Durante ese tiempo, Sweezy trabajó para llegar a ser «un marxista autodidacta». Schumpeter también tuvo un papel central en este aspecto, puesto que, a pesar de mantener un punto de vista político personal diametralmente opuesto, era «un personaje singular. Comprendía la importancia del marxismo». Contemporáneo de Hilferding y de los marxistas austriacos, como Otto Bauer, había construido su propia teoría del capitalismo como una alternativa deliberada frente al marxismo. Por consiguiente, «rindió al marxismo el cumplido de comprender y reconocer que se trataba de la corriente intelectual más importante de la época».¹²

En 1938, Sweezy pasó a enseñar en Harvard, donde impartió un curso sobre Economía del socialismo (al cual había asistido anteriormente). Para intentar mejorar el nivel de tratamiento del marxismo en dicho curso, comenzó a estudiar por su cuenta y a absorber las tradiciones del pensamiento marxista europeo (especialmente el alemán). Durante esos años escribió la *Teoría del desarrollo capitalista*, «iniciada en cierto modo como un intento de esclarecimiento personal». El libro, concluido al poco tiempo de la entrada de los Estados Unidos en la segunda Guerra Mundial, se publicó poco antes de su incorporación a filas, en 1942.¹³

LOS PRIMEROS TRABAJOS

La *Teoría del desarrollo capitalista* no fue, sin embargo, el primer libro o aportación de Sweezy. En un estudio iniciado en 1937 por encargo del Comité de Recursos Nacionales (un organismo del *New Deal*), demostró que —en contra de lo que se desprendía de la clasificación de Berle y Means, que incluía a un número considerable de las principales empresas estadounidenses entre las «controladas por la gerencia»— era posible

10. Paul M. Sweezy, Introducción a Joseph A. Schumpeter, *Imperialism and Social Classes* (Nueva York: Augustus M. Kelly, 1951), pp. XXII-XXV.

11. Sweezy, «Interview», p. 5.

12. *Ibid.*, p. 5.

13. *Ibid.*, p. 2. Hillard, «Harry Magdoff and Paul Sweezy», p. 401.

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

identificar ocho «grupos de interés» —alianzas industriales y financieras entre grandes empresas— claramente definibles.¹⁴ Sweezy insistió en la importancia de «entender los principios generales de actuación de las empresas y de las personas implicadas»¹⁵ para comprender el control de las grandes sociedades anónimas. Citando las políticas de inversiones de la firma bancaria J. P. Morgan & Co. y su alianza con el First National Bank of New York (el banco de su padre) en el marco del primer y más importante de los grupos de interés, propuso que, además de la propiedad de las acciones, también las relaciones bancarias y con las aseguradoras eran fundamentales para identificar las alianzas industriales y financieras.¹⁶

Unos años después, explicaría, no obstante, que el papel dominante que habían desempeñado los bancos de inversiones en la consolidación de las grandes empresas estaba declinando —en parte, como resultado del fuerte declive de la expansión económica durante la Depresión— y que una explicación importante eran «los inmensos recursos financieros internos» de que disponían las grandes empresas existentes, lo cual reducía de manera significativa su necesidad de acudir al mercado de capitales. Por lo tanto, el predominio del capital financiero sobre el capital industrial se podía considerar como una «fase transitoria» del desarrollo capitalista.¹⁷ Un aspecto que Sweezy subrayaría posteriormente en su crítica de Hilferding en *Teoría del desarrollo capitalista*, donde destaca la creciente importancia de la financiación interna de las grandes sociedades anónimas y su preferencia por el concepto de «capital monopolista» de Lenin frente al de «capital financiero» de Hilferding.¹⁸

Los monopolios también fueron el tema de la tesis de Sweezy, publicada en 1938 bajo el título *Monopoly and Competition in the English Coal Trade, 1550-1850* [Monopolio y competencia en el sector del carbón inglés, 1550-1850]. A partir de los archivos de los propietarios, Sweezy se apoyó en las tendencias teóricas del momento en el campo de la teoría de la competencia imperfecta y aplicó los instrumentos del microeconomista (de un modo que muchos años más tarde descubriría la «Nueva Historia Económica») para explicar el comportamiento de los propietarios y, en particular, los motivos de que en el siglo XIX apareciera un exceso de capacidad en el sector. La curva de demanda con la que se encontraban los productores, relativamente elástica por encima del precio existente y relativamente inelástica por debajo del mismo, tendía a generar —según argumentaba Sweezy— unos beneficios altos y un precio relativamente estable. Bajo los acuerdos de cártel existentes, su modelo también predecía «un aumento del tamaño de las plantas con una *tendencia* a ampliarse más de lo que justificaría el aumento de la demanda».¹⁹

14. «Interest Groups in the American Economy», en National Resources Committee, *The Structure of the American Economy*, Part I, Appendix 13 (Washington, 1939), reeditado en Paul M. Sweezy, *The Present as History*, Nueva York, Monthly Review Press, 1953.

15. *Ibid.*, p. 162.

16. *Ibid.*, pp. 163, 168.

17. Paul M. Sweezy, «The Decline of the Investment Banker», *Antioch Review* (primavera de 1941), reeditado en Paul M. Sweezy, *The Present as History*, pp. 192, 195.

18. Sweezy, *Theory of Capitalist Development*, pp. 166-169.

19. Paul M. Sweezy, *Monopoly and Competition in the English Coal Trade, 1550-1850*, Cambridge, Harvard University Press, 1938, p. 119.

Los rasgos particulares de la unión en el sector del carbón a principios del siglo XIX en Inglaterra se habían generalizado, no obstante, como resultado del desarrollo de la producción en gran escala, que generaba una tendencia de la «capacidad productiva a sobrepasar al mercado». La amenaza de una competencia sin cuartel (y sus implicaciones para los beneficios) generaba la unión, pero promover los monopolios contribuiría a su vez «a contraer todavía más los mercados y las oportunidades de inversión».²⁰

La «curva de demanda ondulada» descrita en el estudio citado (y presentada en su forma completa junto con la discontinuidad de la curva de ingresos marginales) llegaría a ser luego bien conocida y a ejercer gran influencia a resultas del artículo de Sweezy, «Demand Under Conditions of Oligopoly» [La demanda bajo condiciones de oligopolio], publicado el año siguiente.²¹ Sin embargo, Sweezy la había hecho extensiva por primera vez a sus implicaciones para las políticas del presente en sus comentarios a una ponencia de A. P. Lerner, «The Relation of Wage Policies and Price Policies» [La relación entre las políticas de salarios y de precios], en los encuentros de diciembre de 1938 de la Asociación Norteamericana de Economía. Allí, hizo hincapié en el aspecto que posteriormente señalaría en su artículo, a saber, que bajo las condiciones de la curva de demanda ondulada, el único efecto de una subida salarial podría ser una reducción de los beneficios (en lugar de una variación del equilibrio a corto plazo entre el precio y la producción).²²

LA TEORÍA DEL DESARROLLO CAPITALISTA

Cuando Sweezy publicó su *Teoría del desarrollo capitalista* ya había consolidado su reputación como un importante estudioso joven, fruto de su ensayo sobre la curva de demanda oligopolista. La presente obra incrementó su prestigio, sin embargo, de manera significativa. El libro dio a conocer a muchos una tradición de estudios marxistas hasta entonces inaccesible para los anglófonos. Todavía se sigue recordando a menudo por haber abierto el debate sobre el problema de la «transformación» marxiana de los valores en precios y por su consideración de los trabajos de Ladislaus von Bortkiewicz sobre esta cuestión. Pero la contribución de Sweezy a los temas marxianos de la teoría del valor, la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y la teoría de las crisis bien podría considerarse de igual importancia.

Se reconoce a Sweezy el mérito de haber incorporado al debate sobre la teoría marxiana del valor la distinción entre el «problema del valor cuantitativo» y el «problema del valor cualitativo». Sin embargo, pese a la ruptura con la tradición marxista inglesa de Maurice Dobb, que destacaba la continuidad de fondo entre el enfoque basado en el coste de la fuerza de trabajo de Smith, Ricardo y Marx (y, posteriormente, de Sraffa), ha habido una tendencia a agrupar a Sweezy con Dobb en una única tradición «angloa-

20. Sweezy, *Monopoly and Competition*, pp. 148-149.

21. Paul M. Sweezy, «Demand under Conditions of Oligopoly», *Journal of Political Economy* (1939), reeditado en American Economics Association, *Readings in Price Theory*, Chicago, Richard D. Irwin, 1952.

22. Sweezy, «Demand Under Conditions of Oligopoly», p. 406. La información sobre los encuentros de la Asociación Americana de Economía de 1938 procede de sus Actas y de Paul M. Sweezy.

mericana» que, en la práctica, trataría las teorías marxiana y ricardiana como si fueran idénticas.²³

Eso es sencillamente incorrecto. De hecho, al no haberse comprendido el temprano intento de Sweezy de marcar una distancia entre la teoría del valor de Marx y la de la economía política clásica, su crítica de 1974 a la obra de Dobb *Theories of Value and Distribution since Adam Smith: Ideology and Economic Theory* [Teorías del valor y la distribución desde Adam Smith: ideología y teoría económica] cogió desprevenidos a los comentaristas posteriores.²⁴ Sweezy criticaba a Dobb por «presentar a Marx como mucho más semejante a sus predecesores y sucesores de lo que era en realidad» y argumentaba que la descripción de Dobb de la continuidad Ricardo-Marx-Sraffa no daba cuenta del alcance y profundidad de la originalidad de Marx ni de su ruptura con la tradición clásica. En pocas palabras, «hablar de una tradición ricardomarxiana solo puede conducir a equívoco tanto a los economistas burgueses como a los marxistas».²⁵

No era, sin embargo, en absoluto algo nuevo: Sweezy había empezado a discurrir sobre la teoría del valor 32 años antes, cuando subrayó «la clara división que separa su análisis [de Marx] del de la escuela clásica».²⁶ Y un aspecto central era la distinción entre el «problema del valor cualitativo» y el «problema del valor cuantitativo». «El economista no puede ya confinar su atención a las relaciones cuantitativas que nacen de la producción de mercancías; debe dirigir también su atención al carácter de las relaciones sociales subyacentes en la forma mercancía.»²⁷

La distinción de Marx entre trabajo «abstracto» y trabajo «concreto» formaba parte del núcleo central del «problema del valor cualitativo». El trabajo abstracto (o trabajo en general) era el que se hallaba representado en el valor de la mercancía; sin embargo, los críticos de la teoría del valor de Marx apenas habían dicho «algo del trabajo abstracto».²⁸ El concepto mismo de trabajo abstracto trascendía, empero, las formas superficiales del valor, los precios de las mercancías concretas, para considerar las relaciones entre seres humanos que la forma mercantil ocultaba necesariamente; el «carácter fetichista de las mercancías» estaba en el centro del problema del valor cualitativo.

Se trataba de una ruptura clara *aunque no reconocida* con la posición de Dobb. Al elevar la categoría del problema del valor cualitativo, Sweezy citaba en su apoyo «la excelente anotación de Alfred Lowe sobre la teoría del valor, «Mr. Dobb and Marx's Theory of Value» [El señor Dobb y la teoría del valor de Marx].²⁹ Pero «Alfred Lowe» era Shigeto Tsuru, a quien Sweezy reconocía deber su «gratitud más grande» por las numerosas discusiones mantenidas.³⁰ Tsuru, en efecto, había criticado abiertamente a Dobb.

23. Michel De Vroey, «Value, Production and Exchange», en Ian Steedman *et al.*, *The Value Controversy*, Londres, Verso, 1981, p. 173; véase también Diane Elson, «The Value Theory of Labour», en Diane Elson (comp.), *Value: The Representation of Labour in Capitalism*, Londres, CSE Books, 1979, pp. 116-122 y ss.

24. Véase, por ejemplo, Bruce McFarlane, *Radical Economics*, Nueva York, St. Martin's Press, 1982, p. 139.

25. *Journal of Economic Literature* (junio de 1974), pp. 482-483.

26. Véase *infra*, p. 61.

27. Véase *infra*, p. 62.

28. Véase *infra*, p. 70.

29. Véase *infra*, p. 63 n.

30. Véase *infra*, p. 42.

Había argumentado que su concepción misma de la teoría del valor, en su obra *Political Economy and Capitalism* [Economía política y capitalismo, 1937] «ya presupone un método del todo opuesto al de Marx». Citando el argumento de Hilferding en su respuesta a Böhm-Bawerk (que Sweezy difundiría luego ampliamente), Tsuru proponía que «la declaración *cuantitativa* que especifica la relación social propia del modo de producción capitalista» constituía la esencia del análisis marxiano del valor. A fin de cuentas, ¿por qué había subrayado Marx «la importancia de distinguir el doble carácter del trabajo dentro de la producción de mercancías, en contraste con la difusa definición del señor Dobb del trabajo como “el dispendio de una cantidad dada de energía humana”»?³¹

Tsuru rechazaba el argumento de Dobb en el sentido de que una teoría del valor tiene que ser cuantitativa en su forma y capaz de ser expresada en términos de «entidades cuantitativas en el mundo real» y argumentaba que eso era «una tarea imposible. Pues el intento debe incluir factores tanto aparentes como esenciales que abarquen la totalidad del sistema económico. La sociedad es la única que computa el tiempo de trabajo socialmente necesario». Para Tsuru (cuya tesis *cum laude* en el Harvard College exploraba la metodología de Marx y el fetichismo de las mercancías), la insistencia de Marx «en la necesidad de distinguir entre el valor y la forma del valor» era fundamental; por otro lado, la concentración de Dobb en las cuestiones cuantitativas y en la distribución se diferenciaba poco de la mantenida por la economía política clásica y en algunos aspectos estaba, de hecho, próxima a la «complacencia premarxiana» de Ricardo y John Stuart Mill.

La adopción de esta distinción entre lo cualitativo y lo cuantitativo por parte de Sweezy se anticipaba, así, a los posteriores debates sobre el valor que se desarrollarían entre neorricardianos y marxistas en la estela de los trabajos de Sraffa. De hecho, las consideraciones de Sweezy sobre el «problema del valor cuantitativo» también se apartaban de manera significativa de la tradición clásica del valor del trabajo concreto incorporado por su hincapié en la importancia de la «demanda». Dobb y Sweezy transmitieron, por consiguiente, tradiciones distintas de la teoría del valor, y esto puede contribuir a explicar por qué la obra de Sraffa tuvo posteriormente una influencia mucho menor entre los marxistas norteamericanos.

La significación atribuida al «descenso de la tasa de ganancia» fue otro de los aspectos de ese orden que diferenciaron a Sweezy de Dobb (y la tradición clásica). Tras identificar a Dobb como un autor que había llegado a la conclusión de que la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia constituía, según Marx, «el primer principio explicativo en lo que respecta a las crisis», Sweezy rechazaba esta conclusión por dos razones importantes.³² En primer lugar, haciendo hincapié en la consideración por parte de Marx de la existencia de «tendencias contrarrestantes», ponía en entredicho los fundamentos teóricos de la tendencia descendente de la tasa de ganancia con respecto al supuesto según el cual la composición orgánica del capital aumentaría *necesariamente* más deprisa que la tasa de plusvalía; una formulación que tampoco consideraba «muy convincente».³³

31. Shigeto Tsuru, «Mr. Dobb and Marx's Theory of Value», reeditado en Shigeto Tsuru, *Towards a New Political Economy (Collected Works of Shigeto Tsuru, vol. 13)*, Tokio, Kodansha Ltd., 1976, pp. 100, 102.

32. Véase *infra*, pp. 195-196.

33. Véase *infra*, pp. 121-123.

Otro aspecto igualmente significativo fue, no obstante, que Sweezy argumentaba que el punto de vista de Marx sobre las crisis y los ciclos económicos difería significativamente del de los economistas convencionales, que daban por sentado que «la crisis no es el resultado sino más bien la causa de un déficit de demanda efectiva».³⁴ Argumentaba que en la teoría del valor estaba implícita una teoría de las crisis, que emanaban de la incapacidad de los capitalistas para vender las mercancías por su valor.³⁵ Y en la raíz de dichas crisis se encontraba la contradicción entre la producción de valores de uso y el objetivo de generar una plusvalía, la contradicción fundamental del capitalismo.³⁶

Sweezy designó esta explicación como teoría del «subconsumo» de las crisis capitalistas y procedió a poner de manifiesto su presencia innegable en los textos de Marx. No obstante, había una laguna crítica: Marx nunca llegó a desarrollar dicha teoría y los marxistas que dedicaron posteriormente su atención a esta cuestión (como Rosa Luxemburg) no habían conseguido construir una teoría lógica y detallada. El resultado era que «el prominente economista marxista inglés de nuestros días, Maurice Dobb, asigna al subconsumo un papel claramente secundario con respecto al de la tendencia descendente de la tasa de ganancia».³⁷

Sin embargo, de haberse completado, la teoría del subconsumo «habría sido de primera importancia en el cuadro total de la economía capitalista».³⁸ Sweezy emprendió, por consiguiente, el proyecto de completar la obra de Marx con una cuidadosa formulación de la teoría marxiana del subconsumo.

LA TEORÍA GENERAL DEL ESTANCAMIENTO CAPITALISTA

«La tarea real de una teoría del subconsumo –propuso Sweezy– consiste en demostrar que el capitalismo presenta una *tendencia* innata a ampliar la capacidad de producción de artículos de consumo más rápidamente que la demanda de artículos de consumo.» Esa tendencia se puede manifestar de dos formas. Cuando un incremento de la capacidad conduce a un exceso de producción y luego a la reducción de la misma, «la tendencia en cuestión se manifiesta en una crisis». En un segundo caso, en cambio, la capacidad *no* se amplía «porque se comprende que la capacidad adicional sería redundante en relación con la demanda de las mercancías que pudiera producir. En este caso, la tendencia no se manifiesta en una crisis, sino más bien en el estancamiento de la producción».³⁹

Como señaló Sweezy, en *ambos* casos, la existencia de esa tendencia altera significativamente las preguntas fundamentales que deben formularse los economistas. Los comentarios de Marx en *El capital* implican, según argumentó, que

34. Véase *infra*, p. 167.

35. Véase *infra*, p. 158-159.

36. Véase *infra*, p. 181.

37. Véase *infra*, p. 187.

38. Véase *infra*, p. 186.

39. Véase *infra*, p. 187.

El estancamiento de la producción, en el sentido de la utilización de los recursos productivos por debajo de su capacidad, debe considerarse como el estado de cosas normal en las condiciones del capitalismo. Si se adopta esta opinión, todo el problema de la crisis aparece bajo una nueva luz. El énfasis pasa de la cuestión: «¿Qué es lo que suscita la crisis y la depresión?», a su contraria: «¿Qué es lo que suscita la expansión?».⁴⁰

Ese era el núcleo central de la argumentación de Sweezy, sobre el que ha vuelto de diversas formas en el transcurso de los años. Como comentó en 1980, «si una economía capitalista monopolista tiende al estancamiento —en el mismo sentido en que siempre se solía dar por supuesto que una economía capitalista competitiva tiende al pleno empleo—, el problema que hay que explicar entonces son los periodos de expansión y optimismo sostenidos».⁴¹ Gran parte de su obra se puede considerar, de hecho, como una variación en torno a este tema, que llegaría a convertirse en un *leitmotiv*.

En realidad, resulta más exacto describir la argumentación de Sweezy en *Teoría del desarrollo capitalista* como una teoría de las crisis basada en la sobreacumulación más que en el subconsumo. En el modelo que presenta, el detonante de las crisis no es un aumento de la tasa de explotación (tasa de plusvalía) o una demanda efectiva inadecuada. Aquellas más bien son el resultado de ampliaciones excesivas de la capacidad: la expansión relativa del capital fijo se produce (en la versión de su argumentación que figura en el apéndice del capítulo 10) debido a un aumento de la propensión de los capitalistas a invertir, y a una tendencia a sustituir el trabajo directo por maquinaria.

Suponiendo que la relación entre la ampliación de los medios de producción y la ampliación potencial del producto se mantenga constante, la expansión de la capacidad tiende a superar el nivel que estaría justificado: el incremento real de la demanda de artículos de consumo resulta insuficiente para justificar las decisiones de inversión previas. En este razonamiento (como en los primeros escritos de Kalecki) lo esencial es el reconocimiento de que la inversión no es sólo un componente de la demanda agregada, también —y esto es importante— aumenta la capacidad productiva.

El problema central en el marco de dicha argumentación es, no obstante, que si el sector que produce medios de producción se expande suficientemente, *se generarán* en él unos ingresos adecuados para justificar los incrementos de la capacidad en el sector de los bienes de consumo; un aspecto que no se reconoce explícitamente en el modelo. La teoría de las crisis de Sweezy equivalía, entonces, al argumento de que *normalmente* no se cumpliría dicha condición; en consecuencia, la tendencia general iría en la dirección del subconsumo/sobreacumulación.

Para comprender por qué se consideraba un *caso particular* el crecimiento equilibrador en la rama I (el sector productor de medios de producción), tendremos que remontarnos a los comentarios de Sweezy sobre la argumentación de Tugan-Baranowski. Como señala Sweezy, Tugan demostró que el equilibrio se podría alcanzar fácilmente si «la producción social estuviera organizada de acuerdo con un plan». En pocas palabras, «si la división proporcional de la producción es precisamente la que pres-

40. Véase *infra*, p. 185.

41. Paul M. Sweezy, «The Crisis of American Capitalism», *Monthly Review* (octubre de 1980): 3.

cribe la condición de equilibrio para la reproducción ampliada, entonces la oferta y la demanda deben equilibrarse exactamente». ⁴² Sin embargo, dicha condición como caso *normal* iba en contra de la característica específica del capitalismo, a saber, que es un sistema en el que el objetivo de la producción no es su armonización sino la expansión del capital.

Esto no significaba que no se pudiera alcanzar la condición de equilibrio prescrita, que *era posible* bajo circunstancias especiales. (En efecto, en el modelo del apéndice de Sweezy, la tendencia general no se daría en absoluto con una tasa en ascenso de crecimiento de toda la renta nacional, que él sugería que podría ser característica de un país capitalista «joven».) Como había hecho Marx al presentar sus comentarios sobre la tendencia de la tasa de ganancia a decrecer, Sweezy continuó sus comentarios sobre la tendencia general al subconsumo/sobrecumulación con una consideración de las «fuerzas contrarrestantes». Precisamente porque existían esas causas contrarrestantes, propuso que «por largos periodos esta última [la tendencia al subconsumo] puede permanecer latente e inoperante». ⁴³

La creación de nuevas industrias era una de esas fuerzas contrarrestantes importantes. De un modo que recuerda la teoría del ciclo económico de Schumpeter, la tendencia quedaba en suspenso mientras el periodo de inversión inicial no incrementase en la medida correspondiente la producción de artículos de consumo; la relación general entre la ampliación de los medios de producción y la de la demanda de bienes de consumo sólo se restablecía cuando dicho proceso se había completado y se podían poner en circulación nuevos artículos de consumo. En ese caso (así como en el de una inversión y un gasto estatal deficientes), la tendencia contrarrestante existe en la medida en que existe un incremento de la demanda agregada, pero sin un incremento correspondiente de la capacidad.

Sweezy propuso, empero, que la potencia de las nuevas industrias como fuerza contrarrestante dependía de la parte relativa de la inversión total que absorbiesen; aunque continuarían apareciendo nuevas industrias, su importancia relativa disminuiría a medida que el país se fuera industrializando. Por lo tanto, el proceso conducía «a la eliminación de una de las más poderosas fuerzas contrarrestantes de la tendencia al subconsumo, presente en todo tiempo». ⁴⁴ Pero no se trataba del único cambio de marea.

Una tasa decreciente de crecimiento de la población supondría el eclipse dramático de otra de las fuerzas contrarrestantes fundamentales del capitalismo desarrollado. Evidentemente, Sweezy no fue, ni mucho menos, el único en hacer hincapié en la relación entre crecimiento de la población en declive y estancamiento (relación ejemplarizada como «la ley de la razón inversa entre el crecimiento de la población y la tendencia al subconsumo»). ⁴⁵ El discurso presidencial de Alvin Hansen ante la Asociación Norteamericana de Economía en 1938, «Economic Progress and Declining Population Growth» [Progreso económico y crecimiento de la población en declive], había situa-

42. Véase *infra*, p. 177.

43. Véase *infra*, p. 187.

44. Véase *infra*, p. 220.

45. Véase *infra*, p. 222.

do ese tema en uno de los primeros lugares de la lista de explicaciones del ritmo lento persistente de la década de 1930.⁴⁶

Pero en lugar de destacar los efectos beneficiosos sobre la *demand*a, como había hecho Hansen, Sweezy identificó un crecimiento rápido de la población como un elemento sumamente favorable para la expansión del capitalismo, ya que aseguraba la disponibilidad de reservas de fuerza de trabajo. Reducida así la presión a sustituir el trabajo por maquinaria, del modelo específico de Sweezy se desprendía que el riesgo de subconsumo no estaba presente. De este modo, Sweezy encontró en el debilitamiento de esas fuerzas contrarrestantes una explicación de la consolidación progresiva de la tendencia al subconsumo. La perspectiva de los países capitalistas maduros y desarrollados era, por consiguiente, cada vez más un estancamiento crónico.⁴⁷ «En lo que concierne al capitalismo —comentó— tenemos indudablemente razón en llamar al subconsumo una enfermedad de la vejez.»⁴⁸

Pero, ¿dónde queda el papel de los monopolios? A la vista de los anteriores trabajos de Sweezy, parece una extraña deficiencia que el crecimiento de los monopolios no tenga ningún papel en esta conclusión. A fin de cuentas, desde la rigidez de los precios y la ausencia de competencia de precios bajo condiciones de oligopolio hasta los «inmensos recursos financieros internos» de las grandes empresas y la significación de la industria en gran escala y la combinación para fomentar un exceso de capacidad y la contracción de las salidas para la inversión (que señalaba en su tesis), allí había una explicación tanto de la tendencia creciente al subconsumo/sobreacumulación como de que esta se manifestase con creciente frecuencia en forma de estancamiento más que de crisis.

Teoría del desarrollo capitalista no guardaba silencio sobre el tema de los monopolios. En un apartado posterior, Sweezy describió la tendencia a un aumento de los precios y de los beneficios en los sectores concentrados, la reticencia a ampliar la producción en dichos sectores (debido al efecto potencial sobre la tasa de ganancia), un sesgo creciente a favor de las innovaciones economizadoras de fuerza de trabajo y la posibilidad de que el aumento de los monopolios condujese a un aumento de la tasa de plusvalía, con lo cual reforzaría la tendencia al subconsumo.⁴⁹ En este sentido, el efecto de los monopolios *intensificaba* claramente la tendencia inherente del capitalismo. Por otro lado, Sweezy identificó como una fuerza contrarrestante el aumento de los costes de venta como resultado de la competencia no basada en los precios, característica de las industrias concentradas;⁵⁰ esa fue la única característica que consideró explícitamente en la explicación de la tendencia general al estancamiento.

¿Por qué la discusión sobre los monopolios se encontraba en el *centro* de la teoría del subconsumo de Sweezy? Porque esta encerraba *algo más*: Keynes y el argumento de su más destacado paladín norteamericano, Alvin Hansen (que se incorporó al equipo docente de Harvard en 1937), sobre el estancamiento secular. En efecto, Sweezy recibió sin duda alguna una profunda influencia de Keynes y Hansen. Como observó en 1946,

46. Alvin Hansen, *American Economic Review* (marzo de 1939), reeditado en American Economics Association, *Readings in Business Cycle Theory* (Homewood: Richard D. Irwin, 1951).

47. Véase *infra*, p. 224.

48. Véase *infra*, p. 194.

49. Véase *infra*, pp. 262-265.

50. Véase *infra*, p. 268.

«la sensación de liberación y de estímulo intelectual que generaba de inmediato la *Teoría general*» sólo pueden apreciarla plenamente quienes se formaron como economistas durante el periodo anterior a 1936.⁵¹ Análogamente, en una reseña de *Full Employment or Stagnation?* [Pleno empleo o estancamiento] de Hansen, en 1938, calificó de «brillante y profundo» el análisis de este último y, varios años después, elogió la contribución de Hansen a un «renacimiento de la economía científica».⁵² La influencia de Hansen, en particular, es ciertamente visible, no sólo en *Teoría del desarrollo capitalista* sino también en un libro publicado en 1938, *An Economic Program for American Democracy* [Un programa económico para la democracia americana], en el que colaboró Sweezy.⁵³

Entonces, ¿era Sweezy sólo un keynesiano de izquierdas, en aquella época? A pesar de que en *Teoría del desarrollo capitalista* había elementos inspirados claramente en Keynes y Hansen, eso no basta para concluir que se le pueda considerar un keynesiano, como tampoco se puede considerar ricardiano a Marx por parecidos motivos.⁵⁴ Lo que cuenta es el marco en el cual incorporaron dichos elementos. Si bien Sweezy siguió a Hansen por ejemplo al insistir en la importancia del declive del crecimiento de la población, ofreció una explicación completamente distinta, igual que hizo Marx con las teorías clásicas como la de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. La obra de Sweezy aparece, sobre todo, como una *crítica* a los keynesianos desde una perspectiva marxiana.

En lugar de concentrar la atención en los elementos keynesianos que se encuentran en Sweezy, lo que en verdad hay que preguntarse es cómo, trabajando dentro del marco neoclásico, Keynes llegó a elaborar una argumentación tan fácilmente absorbible dentro de un marco marxiano. Igual que Marx había argumentado que los economistas políticos no comprendían el fundamento subyacente de sus propias leyes (teorías), Sweezy también insistió, constantemente, en que los keynesianos sabían *qué* ocurría durante la Depresión pero no comprendían *por qué* ocurría. («Hansen comprende muy bien *qué* va mal en nuestra economía actual, y eso es bueno. Pero plantea en la pregunta que se hace este libro: ¿*por qué* han ido así las cosas? y no encontrarán mayores respuestas.»)⁵⁵ El problema central lo constituía, evidentemente, lo inadecuado de las soluciones keynesianas.

Los keynesianos –indicaba Sweezy– no veían que los problemas eran «manifestaciones de la verdadera naturaleza del propio sistema capitalista».⁵⁶ En consecuencia, si bien Keynes «pudo demostrar que sus colegas economistas, con su aceptación irreflexiva de la ley de Say, estaban afirmando de hecho la imposibilidad de lo que en realidad estaba ocurriendo», Sweezy argumentó que, en cambio, había sido incapaz de proceder luego a una crítica de la sociedad existente. ¿Por qué? Porque Keynes atribuía

51. Paul M. Sweezy, «John Maynard Keynes», *Science & Society* (otoño de 1946), reeditado en Sweezy, *Present as History*, p. 257 n.

52. «Hansen and the Crisis of Capitalism», reeditado en Sweezy, *Present as History*, pp. 268-270.

53. Richard Gilbert et al., *An Economic Program for American Democracy*, Nueva York, Vanguard, 1938. Véase la discusión al respecto en Robert Lekacham, *The Age of Keynes*, Nueva York, Random House, 1966, pp. 154-156.

54. Sweezy mismo sugirió esta analogía en «Keynes as a Critic of Capitalism», *Monthly Review* (abril de 1981): 34.

55. Sweezy, «Hansen and the Crisis of Capitalism», *Present as History*, p. 272.

56. *Ibid.*, p. 273.

los problemas a «un fallo intelectual y no al colapso de un sistema social». ⁵⁷ «En general —comentó Sweezy— puede decirse que los keynesianos veían la crisis del capitalismo como una crisis del intelecto.» ⁵⁸

Así y todo, Sweezy destacó que, a la hora de clarificar el «funcionamiento del mecanismo capitalista», los marxistas tenían mucho que «aprender de la obra de Keynes y sus seguidores». ⁵⁹ En efecto —argumentó—, parte de la obra de Marx «adquiere un nuevo significado y encaja en el lugar adecuado leída bajo la luz de las aportaciones keynesianas». ⁶⁰ Y continúa insistiendo en la actualidad en que los marxistas no deberían temer aprender de Keynes ya que «la mayor parte de las valiosas percepciones keynesianas se pueden sumar» a la estructura básica del marxismo. ⁶¹

Sin embargo, Sweezy no tardó demasiados años en detectar en *Teoría del desarrollo capitalista* algunos problemas relacionados con el medio intelectual general keynesiano en el que había estado trabajando. Inicialmente, como indicó en 1950 en una respuesta a Evsey Domar y a varios críticos japoneses de su obra, declaró que su exposición sobre las crisis de subconsumo en términos de agregados netos era «una de las partes más flojas del libro» y argumentó que su análisis agregado (atribuible a la influencia keynesiana) no era adecuado para explorar la cuestión del subconsumo. ⁶² Sin embargo, en años posteriores, fue adoptando una posición cada vez más crítica con respecto a la insuficiencia de la teoría keynesiana, precisamente porque esta se situaba «por completo en el plano macroeconómico». ⁶³ El elemento microeconómico que faltaba era el del monopolio.

LA TEORÍA GENERAL EN LA EDAD DE ORO ⁶⁴

Tras el regreso de Sweezy a Harvard después de la guerra, quedó claro que no tenía posibilidades de que le volvieran a contratar como profesor numerario cuando finalizara su contrato. A pesar de que Schumpeter le apoyó para que pudiera ocupar un puesto como numerario, «jamás existió la más mínima posibilidad de que aceptaran a un marxista». En consecuencia, con una situación económica lo bastante segura como para no tener que contar con un salario académico, Sweezy renunció a su puesto y comenzó a trabajar con Leo Huberman para crear la *Monthly Review*. ⁶⁵

57. Sweezy, «John Maynard Keynes», *Present as History*, p. 258.

58. «Marxian and Orthodox Economics», *Science & Society* (verano de 1947), reeditado en Sweezy, *Present as History*, p. 313.

59. Sweezy, *Present as History*, p. 315.

60. Sweezy, «John Maynard Keynes», *Present as History*, p. 261.

61. Sweezy, «Interview», p. 18.

62. «A Reply to Critics», *The Economic Review* (abril de 1950), reeditado en Sweezy, *Present as History*, pp. 353-354, 360.

63. Sweezy, «Crisis of American Capitalism», p. 3.

64. Puede encontrarse una excelente compilación de ensayos de Sweezy, Kalecki y Steindl (entre otros), pertinente para el análisis que se hace en este apartado, en John Bellamy Foster y Henryk Szlajfer (comps.), *The Faltering Economy*, Nueva York, Monthly Review Press, 1984.

65. Sweezy, «Interview», p. 4; Hillard, «Harry Magdoff and Paul Sweezy», p. 402.

En su número inaugural de mayo de 1949, Sweezy señalaba algunas pruebas gubernamentales recientes que confirmaban «un fenómeno de gran y creciente importancia: la medida en que las corporaciones gigantes financian ahora internamente su expansión ... y, por consiguiente, se han independizado de los mercados de capital, en general, y del control bancario, en particular».⁶⁶ También repetía su argumento de que la tendencia normal del capitalismo estadounidense era de depresión crónica y desempleo masivo.

Sin embargo, en el contexto de la expansión de la posguerra, Sweezy tenía que explicar por qué las cosas parecían distintas. No resultaba difícil, dado el enorme gasto militar de la segunda Guerra Mundial y la acumulación de armamento del periodo de posguerra. En un replanteamiento de su teoría, de 1952, argumentó que era la depresión o el estancamiento, más que un equilibrio con pleno empleo, lo que debía considerarse como el estado normal del capitalismo desarrollado; sin embargo, las nuevas industrias eran un factor central capaz de «reanimar el aletargamiento». Si esas nuevas industrias son «suficientemente numerosas e importantes pueden mantener en funcionamiento el sistema a plena o casi plena capacidad».⁶⁷ Sweezy había encontrado en el desarrollo del complejo militar-industrial una nueva e importante fuerza contrarrestante que mantenía «latente e inoperante» la tendencia al subconsumo en el periodo de postguerra.⁶⁸

La teoría de Sweezy experimentaría, no obstante, un desplazamiento bastante significativo durante la Edad de Oro. En efecto, a ella se incorporó un nuevo elemento. Al describir su teoría en 1980, Sweezy indicó que esta «se apoya en, o combina, una línea de pensamiento que tiene su origen en Michal Kalecki y alcanzó su plena expresión en la obra de Steindl, publicada a principios de los años cincuenta, *Maturity and Stagnation in American Capitalism* [Madurez y estancamiento en el capitalismo estadounidense]». A pesar de la «curiosa ausencia en la teoría keynesiana» de la conexión entre monopolio (en el plano microeconómico) y estancamiento (en el plano macroeconómico), Kalecki había integrado ambas cosas. «Y, evidentemente, Steindl siguió el ejemplo de Kalecki.»⁶⁹

Este reconocimiento de una influencia teórica ya había aparecido antes en el libro de Paul Baran y Sweezy *Monopoly Capital* [El capital monopolista] (que Sweezy describió como una «versión más simple» de la argumentación de Kalecki/Steindl). Allí, Baran y Sweezy elogiaban a Kalecki y Steindl por haber integrado en sus modelos macroeconómicos el monopolio en el plano microeconómico. Y, como señalaban, «cualquiera que esté familiarizado con la obra de Kalecki y Steindl reconocerá fácilmente que los autores del presente libro les deben mucho».⁷⁰

El catalizador fue, sin lugar a dudas, el libro de Steindl, que Sweezy describió en 1971, en su Conferencia Marshall, como «una de las obras de economía política más

66. «Recent developments in American Capitalism», *Monthly Review* (mayo de 1949), reeditado en Sweezy, *Present as History*, pp. 353-354, 118.

67. «A Crucial Difference between Capitalism and Socialism», Sweezy, *Present as History*, p. 347.

68. Véase también «Peace and Prosperity», Sweezy, *Present as History*, p. 364.

69. Sweezy, «Crisis of American Capitalism», pp. 2-3.

70. Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1966, p. 56.

importantes y olvidadas del último medio siglo». ⁷¹ Esa apreciación también se encuentra en su reseña de 1954 del libro de Steindl, en el que proponía que «con su vinculación exitosa de la teoría de la inversión y la teoría de la competencia imperfecta ha realizado, a mi parecer, una aportación de primer orden».

Resulta interesante observar qué consideraba Sweezy central en aquel tiempo. Sintetizó la teoría de Steindl indicando que esta destacaba que «el ahorro interno de las grandes empresas es la fuerza motriz de la acumulación capitalista». En una industria competitiva, esos ahorros eran sensibles a la demanda: con una escasez de capacidad productiva, los elevados márgenes de beneficio resultantes aumentarían el ahorro interno y, por consiguiente, la acumulación; análogamente, un exceso de capacidad productiva generaría una competencia, que reduce los márgenes de beneficio y, por consiguiente, el ahorro interno.

Pero en las industrias oligopolistas, *no* se remediaba de ese modo el exceso de capacidad porque se evitaba la competencia de precios y «por esto existe un sesgo *permanente* a favor de unos márgenes de beneficio elevados y un exceso de capacidad». Además, el exceso de capacidad desanima la inversión adicional mientras que una diversidad de factores inhibe la afluencia de la inversión hacia los sectores competitivos. La teoría de Steindl contenía, por consiguiente, una explicación del estancamiento a largo plazo de la acumulación de capital asociado a un declive secular de la competencia. ⁷²

Sin embargo, como hemos visto, *todos esos elementos ya estaban presentes en la obra del propio Sweezy*. Por otra parte, se podría considerar que dotar a los mismos de un principio organizador constituyó una aportación fundamental. El lugar adecuado para examinar la nueva combinación es *Monopoly Capital*, que Baran y Sweezy empezaron a escribir en la primavera de 1956, mientras Baran estaba concluyendo *The Political Economy of Growth* [Economía política del crecimiento]. ⁷³

Como señalaban ambos en la Introducción, la obra nació, entre otras cosas, de una insatisfacción con la idoneidad de los análisis marxistas del capitalismo monopolista (incluidos los suyos propios). La teoría marxista podía explicar bien la depresión de los años treinta, pero no estaba a la altura cuando se trataba de abordar un periodo de posguerra en el que no se había repetido una depresión severa. «Los marxistas —comentaban los autores— tampoco han contribuido de un modo significativo a la comprensión de algunas de las principales características de la “sociedad opulenta”, en particular su capacidad colosal para generar despilfarro privado y público, y las profundas consecuencias económicas, políticas y culturales que se desprenden de esta característica del sistema.» ⁷⁴

El motivo central del «estancamiento de la ciencia social marxiana» era no haber situado el monopolio en el centro del análisis. El proyecto, un intento de «remediar

71. «On the Theory of Monopoly Capitalism», en Paul M. Sweezy, *Modern Capitalism and Other Essays*, Nueva York, Monthly Review Press, 1972, p. 41.

72. *Econometrica* (octubre de 1954): 531-3.

73. Paul M. Sweezy, «Paul Alexander Baran: A Personal Memoir», en Paul M. Sweezy y Leo Huberman (comps.), *Paul A. Baran (1910-1964): A Collective Portrait*, Nueva York, Monthly Review Press, 1965, 29. Paul A. Baran, *The Political Economy of Growth*, Nueva York, Monthly Review Press.

74. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, p. 3.

esta situación de manera explícita y francamente radical», estaba organizado en torno a «un tema central: la generación y absorción del excedente bajo condiciones de capitalismo monopolista».⁷⁵

Aparte del aparente desplazamiento terminológico de la plusvalía al concepto de «excedente», lo que llama de inmediato la atención es el concepto de *absorción* del excedente. Baran había considerado explícitamente ambos aspectos en su libro (inspirado en Kalecki y Steindl, y también en Sweezy). De hecho, en 1956, después de leer las galeradas de *The Political Economy of Growth*, le había escrito a Sweezy expresando su esperanza de que el análisis del capitalismo monopolista contribuyese a arrancar al «pensamiento marxista sobre el capitalismo monopolista del punto muerto en que se encuentra para conducirlo a considerar con mayor profundidad lo que ambos consideramos el quid de la cuestión: la generación y absorción del excedente económico.»⁷⁶

Como concepto, la generación del excedente no planteaba especiales dificultades a primera vista. El análisis introductorio examinaba la capacidad de las grandes empresas para mantener unos precios altos y evitar la competencia de precios, a la vez que reducían los costes de producción. Después de hacerse, así, con la parte del león del aumento de la productividad, la proyección se caracterizaba por unos «márgenes de beneficios continuamente crecientes»; a diferencia de la argumentación anterior de Sweezy, el núcleo central lo constituía ahora una tasa de explotación creciente en el ámbito de la producción.⁷⁷

Quedaba implícito, por lo tanto, un aumento de la parte del producto nacional correspondiente a los beneficios y, de hecho, «una ley del capitalismo monopolista según la cual el excedente tiende a aumentar tanto en términos absolutos como relativos con el desarrollo progresivo del sistema».⁷⁸ No obstante, como subrayaron Baran y Sweezy respondiendo a una argumentación de Nicholas Kaldor, ese crecimiento relativo del excedente no quedaba necesariamente *de manifiesto* en las estadísticas de las cuentas nacionales. Lo que se planteaba era «el problema de la realización del valor excedente», un problema más crónico que en tiempos de Marx. En efecto, sólo los beneficios *realizados* quedan registrados; «los beneficios potenciales ...dejan su huella en el registro estadístico bajo la forma paradójica de desempleo y exceso de capacidad».⁷⁹

La genealogía de esta argumentación está clara. Su origen se encuentra en Kalecki:

Imagínese, por ejemplo, que como resultado del aumento del grado de monopolio, aumenta la parte relativa de la renta bruta correspondiente a los beneficios. Estos se mantendrán invariables puesto que continuarán estando determinados por la inversión, que depende de las decisiones de inversión pasadas, pero los salarios reales y la renta o el producto brutos se reducirán. El nivel de renta o de producción disminuirá hasta el punto en que la mayor parte relativa de los beneficios genere el mismo nivel absoluto de beneficios.⁸⁰

75. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, pp. 3-8.

76. Sweezy, «Paul Alexander Baran», p. 53.

77. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, p. 71.

78. *Ibid.*, p. 72.

79. *Ibid.*, p. 76.

80. Michal Kalecki, *Theory of Economic Dynamics*, Nueva York, Monthly Review Press, 1968, p. 61.

Aunque Kalecki había considerado la posibilidad de un «crecimiento retardado» y el potencial de crecimiento de la capacidad no utilizada, quien ejerció una influencia directa sobre *Monopoly Capital* fue Steindl. Este argumentó que el motivo de que no se observe una reducción de la parte de la renta correspondiente a los salarios (o un aumento de la parte correspondiente a los beneficios) cuando aumenta el margen de beneficios bruto es que el aumento de la parte correspondiente a los beneficios sólo es *potencial*, o sea que sólo existe como tendencia. Por consiguiente, el ascenso del oligopolio incrementa la producción de valor excedente, pero este último

sólo se puede realizar en la medida en que exista un volumen correspondiente de inversión y de consumo de los capitalistas. Si dicho volumen no aumenta, el aumento de la tasa de valor excedente *producido* no se traducirá en ningún incremento del valor excedente *realizado*, sino sólo en exceso de capacidad.

Por lo tanto, para Steindl, el efecto de una tasa de explotación creciente en el ámbito de la producción no se reflejaría en un incremento real del excedente conseguido sino, más bien, en un menor grado de utilización de la capacidad, «de manera que no existe un desplazamiento de la renta real de los salarios a los beneficios, sino un desplazamiento de la renta potencial de los trabajadores al despilfarro en forma de exceso de capacidad».⁸¹ Lo mismo que puso de manifiesto Baran en el prólogo a la edición de 1962 de *The Political Economy of Growth*. Respondiendo a las críticas de Kaldor, argumentó que un excedente creciente es del todo compatible con una parte de los salarios en la renta nacional estable (e incluso creciente), «por la sencilla razón de que el incremento del excedente adopta la forma de un incremento del *despilfarro*».⁸²

Lo cual es lo mismo y, sin embargo, no exactamente. En efecto, se había producido una *generalización* de la categoría de «despilfarro». Como indicaría posteriormente *Monopoly Capital*, el excedente creciente se puede absorber o utilizar de varias formas: «(1) se puede consumir, (2) se puede invertir y (3) se puede despilfarrar».⁸³ Dada la incapacidad natural del consumo y la inversión capitalistas para absorber el excedente que el capitalismo monopolista era capaz de producir (siempre presente en la teoría de Sweezy), el «despilfarro» (bajo la forma de «promoción de ventas», gasto gubernamental e imperialismo) había llegado a ocupar el centro del análisis.

Por lo tanto, lo que impedía que aumentase el exceso de capacidad (una forma de despilfarro), como la teoría de Kalecki/Steindl predecía que ocurriría a medida que fuese aumentando la tasa de explotación, era el recurso creciente a *otras* formas de despilfarro. Estas aumentan con respecto al consumo y la inversión capitalistas, y «dominan progresivamente la composición del producto social, la tasa de crecimiento económico y la calidad de la sociedad misma». Recuérdese que esos no eran tiempos de depresión sino los tiempos de *La sociedad opulenta* (*The Affluent Society*) de Galbraith,

81. Joseph Steindl, *Maturity and Stagnation in American Capitalism*, Nueva York, Monthly Review Press, 1976 (1952), p. 245.

82. Baran, *The Political Economy of Growth*, p. xxi.

83. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, p. 79.

de *The Waste Makers* de Vance Packard, y del Edsel.⁸⁴ Lo que había que explicar, en el contexto de una teoría general del estancamiento capitalista, era la relación entre la «capacidad colosal de generar despilfarro privado y público» y la ausencia de una depresión. El tratamiento de la promoción de ventas resultaba representativo al respecto.

Aunque Marx había tratado los gastos asociados a la venta de las mercancías como una deducción de la plusvalía total, Baran y Sweezy proponían que la promoción de ventas había «llegado a desempeñar un papel, tanto en el aspecto cuantitativo como cualitativo, que superaba cuanto jamás pudiera haber llegado a imaginar Marx».⁸⁵ Y, en esencia, ese nuevo papel consistía en que la publicidad y otros gastos asociados a la venta habían llegado a constituir un importante «modo de utilización del excedente económico».⁸⁶ Se trataba de un despilfarro de recursos, «pero con la presencia de desempleo y de capacidad no utilizada; dichos recursos habrían permanecido inutilizados en otro caso: la publicidad genera una adición neta a la inversión y a la renta».⁸⁷

Eso suponía un cambio de posición. Sweezy había argumentado anteriormente que el aumento de los gastos asociados a las ventas actúa como una fuerza contrarrestante frente a la tendencia general del capitalismo al subconsumo/sobreacumulación, toda vez que desvían la expansión de las fuerzas productivas «por canales socialmente innecesarios y, por lo mismo, de despilfarro».⁸⁸ En *Monopoly Capital*, en cambio, ese despilfarro de recursos no sólo incrementa el producto sino que «la promoción de ventas absorbe, directa e indirectamente, una gran cantidad de excedente que, de lo contrario, no se habría producido».⁸⁹

Salta a la vista que la novedad iba mucho más allá del hincapié en la absorción del excedente. También se introducía un concepto operativo muy distinto: un excedente que no se habría producido en ausencia de un despilfarro como el que suponía la publicidad (pero también el gasto público y el imperialismo). Si bien ese concepto era coherente con el marco de Kalecki/Steindl, en *Monopoly Capital* algunas de sus características distintivas procedían de Baran. Se había producido un desplazamiento del «excedente real» al «excedente potencial», esto es, al excedente que se produciría y realizaría con un nivel de pleno empleo. Como había señalado Baran, dicho concepto difería explícitamente de la plusvalía de Marx, ya que incluía «el producto perdido dada la subutilización o mala utilización de los recursos productivos».⁹⁰

En el contexto del trabajo de Baran sobre los países subdesarrollados, el hincapié en la «utilización de recursos disponibles no utilizados o subutilizados» y la necesidad de movilizar el excedente económico potencial para desarrollar las fuerzas productivas se hacía eco de las preocupaciones de los economistas clásicos (y de su propio antiguo maes-

84. J. K. Galbraith, *The Affluent Society*, Boston (Mass.), Houghton Mifflin, 1958; Vance Packard, *The Waste Makers*, Nueva York, David McKay Co., 1960. El Edsel era un modelo de Ford de grotesco diseño que se convirtió en inmediato blanco de burlas en cuanto se comenzó a producir.

85. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, p. 114.

86. *Ibid.*, p. 125.

87. *Ibid.*, p. 127.

88. Véase *infra*, p. 271; véase también el análisis en Steindl, *Maturity and Stagnation*, pp. 55-66.

89. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, p. 142.

90. Baran, *Political Economy of Growth*, p. 23 n.

tro, Evgenii Preobrazhensky).⁹¹ Hacer extensivo el concepto de excedente potencial al capitalismo monopolista suponía, empero, un importante desplazamiento del foco de atención. Como ha observado Harry Magdoff en relación con el desarrollo del concepto en Baran, el excedente potencial «es un concepto activo, operativo: permite comprender el despilfarro, la ineficiencia y las posibilidades incumplidas del capitalismo monopolista».⁹²

Para Baran, el sistema necesitaba el despilfarro para «absorber el excedente económico sobrante» u ofrecer «un estímulo adecuado para una inversión adicional mediante la expansión de la demanda agregada»; y *Monopoly Capital* siguió su argumentación en ese aspecto.⁹³ Además de apoyarse en Kalecki y Steindl en lo que se refiere a la relación entre el monopolio y la tendencia al estancamiento, la obra también hizo extensivo a la categoría del despilfarro el modo en que Kalecki había tratado el déficit presupuestario y el excedente de las exportaciones, mediante la incorporación del concepto de excedente económico potencial.⁹⁴ Este último no dejaba de ser, sin embargo, un elemento problemático, especialmente en lo que respecta al intento de determinar el excedente potencial sumando los diversos componentes del despilfarro a los beneficios (y otras rentas de la propiedad).⁹⁵ No obstante, combinado con el marco de Kalecki/Steindl, permitió que *Monopoly Capital* respondiera a los dos interrogantes que allí se planteaban: por qué no se había repetido una severa depresión y por qué el capitalismo monopolista era un terreno yermo.

Para quienes no habían vivido la depresión, el lugar central lo ocupaba el *segundo* interrogante (más que el primero). En la década de 1930, Sweezy había formulado la pregunta oportuna: ¿por qué presenta el capitalismo una tendencia al desempleo crónico y al estancamiento? En la Edad de Oro del capitalismo, *Monopoly Capital* se planteaba otra pregunta igualmente oportuna. Y sus respuestas encontraron una audiencia receptiva en la generación surgida del desierto de la guerra fría, que solo había experimentado la expansión de la posguerra.

Sin embargo, había otra cuestión importante. Como señalaron Baran y Sweezy, en *Monopoly Capital* «se descuida casi por completo un tema que ocupa un lugar cen-

91. Paul A. Baran, «The Political Economy of Backwardness», *Manchester School* (enero de 1952), reeditado en A.N. Agarwala y S.P. Singh, *The Economics of Underdevelopment*, Londres, Oxford, 1958, pp. 81, 83; Isaac Deutscher en Sweezy y Huberman, *Paul A. Baran*, p. 94.

92. Harry Magdoff, «The Achievement of Paul Baran», en Sweezy y Huberman, *Paul A. Baran*, p. 77.

93. Baran, *Political Economy of Growth*, pp. 88-92.

94. Kalecki, *Theory of Economic Dynamics*, p. 51.

95. Véase, por ejemplo, Michael A. Lebowitz, «Monopoly Capital», *Studies on the Left* (septiembre-octubre de 1966). En este marco, los gastos asociados a las ventas y los impuestos —en la medida en que se *desvían de la plusvalía*— reducen la tasa de explotación realizable y, por consiguiente, la pendiente de la línea que representa la parte de los beneficios (es decir, aumentan el producto pero no los beneficios). Es lógico sumarlos para reconstruir el excedente generado en el marco de la producción. En cambio, estimar el excedente sumando a los beneficios el gasto indiferenciado del gobierno y la publicidad (conforme a la teoría de que estos «absorben» una parte del excedente) supone contar dos veces los beneficios que aquellos posibilitan. Véase también Joseph D. Phillips, «Appendix: Estimating the Economic Surplus», *Monopoly Capital*, pp. 369-391. Para una consideración más completa del concepto de excedente, véase el comentario detallado de John Bellamy Foster, *The Theory of Monopoly Capitalism*, cap. 2. Véanse, asimismo, los ensayos de Henryk Szlajfer en Foster y Szlajfer, *The Faltering Economy*.

tral en el estudio marxiano del capitalismo: el proceso de trabajo». Cuestiones como la naturaleza del trabajo, la psicología de los trabajadores, las formas de organización de la clase obrera, etcétera, «todos ellos temas obviamente importantes –reconocían los autores– que se tendrían que tratar en cualquier estudio completo del capitalismo monopolista», estaban ausentes.⁹⁶ Aunque Sweezy sugirió luego que la laguna se debía a que él y Baran carecían de «la cualificación necesaria» –de «la experiencia directa crucialmente importante»–, el silencio tenía un fundamento algo más profundo.⁹⁷

Baran y Sweezy insistieron en que ignorar el proceso de trabajo no suponía que se hubiesen olvidado de la lucha de clases: «La iniciativa revolucionaria contra el capitalismo, que en tiempos de Marx correspondía al proletariado de los países avanzados, ha pasado a las manos de las masas empobrecidas de los países subdesarrollados que luchan para liberarse de la dominación y la explotación imperialistas».⁹⁸ Había un motivo para que así fuera. Varios años antes, Sweezy y Huberman habían argumentado que el aumento de los salarios de los trabajadores siderúrgicos se realizaba a expensas de los consumidores de acero; y esto no era privativo de un sector concreto: «el reparto de los beneficios monopolistas incrementados entre las grandes empresas y unos sindicatos fuertes no se ha limitado a la siderurgia sino que ha sido más bien bastante generalizado en los sectores de la economía organizados de forma monopolista».

El proceso de trabajo capitalista y los trabajadores desaparecieron, por lo tanto, como tema de *Monopoly Capital* porque no se consideraba que los trabajadores actuaran como sujetos bajo el capitalismo monopolista.⁹⁹ Los trabajadores organizados se habían consagrado «a cumplir el papel de socio menor de una sociedad dominada por la Gran Empresa».¹⁰⁰ Una opinión que no resulta sorprendente en un país que no solo carecía de un movimiento revolucionario sino también de un partido que representara a los trabajadores.¹⁰¹ Sweezy amplió esta consideración en 1967, cuando señaló que los trabajadores del sector de producción habían conseguido hacerse con una parte del aumento sustancial de la productividad, aunque también citaba el argumento de Lenin en el sentido de que el «botín» imperialista permite que los capitalistas puedan «sobornar y atraer a su bando a una aristocracia obrera».¹⁰²

96. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, pp. 8-9.

97. Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capital: The Degradation of Work in the Twentieth Century*, Nueva York, Monthly Review, 1974, p. X.

98. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, p. 9.

99. El mismo silencio se daba en *Teoría del desarrollo capitalista*. La principal preocupación de Sweezy en aquel momento era, empero, demostrar que el capitalismo maduro presentaba una tendencia inherente al estancamiento; en resumen, su incapacidad para ofrecer puestos de trabajo era sistémica y no accidental o el resultado de una falta de discernimiento. Lo que importaba eran, por lo tanto, las personas que no tenían un empleo.

100. Leo Huberman y Paul M. Sweezy, «The Steel Strike in Perspective», *Monthly Review* (febrero de 1960): 357-361.

101. Sweezy y Magdoff sugirieron posteriormente que el silencio teórico de *Monopoly Capital* era en parte un reflejo de ese silencio político. «El marxismo nos lleva a esperar (que exista) una relación íntima entre la teoría y la práctica revolucionarias: cuando falta la una, la otra se verá seriamente menoscabada, como mínimo.» «Twenty-Five Eventful Years», *Monthly Review* (junio de 1974): 7-8.

102. Paul M. Sweezy, «Marx and the Proletariat», *Monthly Review* (diciembre de 1967), reeditado en Sweezy, *Modern Capitalism*, p. 13.

Monopoly Capital respondía de ese modo a otra pregunta: ¿qué se ha hecho de la clase obrera? Un proletariado menos y no más revolucionario en los países desarrollados era una característica inherente de la era del capital monopolista. Sin embargo, el capitalismo se tenía que considerar como un «sistema mundial que comprende tanto a los (relativamente pocos) países industrializados como a sus (relativamente numerosos) satélites y dominios» y, en ese sistema planetario, los sujetos revolucionarios habían pasado a ser «las masas de esos dominios explotados». ¹⁰³ En 1971, Sweezy llegaba a la conclusión de que durante el periodo de la posguerra había quedado cada vez más claro que «la contradicción principal del sistema, al menos en el periodo histórico actual, no se da en la parte desarrollada sino entre las partes desarrolladas y las subdesarrolladas». ¹⁰⁴

LA TEORÍA GENERAL EN UNA NUEVA ERA DE CRISIS

Sweezy ha encontrado en el crecimiento económico retardado que se hizo patente a principios de los años 1970 la confirmación de que la tendencia inherente del capitalismo monopolista al estancamiento se acaba manifestando más pronto o más tarde. El periodo de las décadas de 1970 y 1980 le ha brindado, por lo tanto, la oportunidad de reafirmar su teoría en un contexto en el que se pone de manifiesto el efecto de dicha tendencia más que el de las fuerzas contrarrestantes. Dado que este periodo también ha estado marcado por su colaboración con Harry Magdoff (que antes del inicio del macarthismo había trabajado, entre otras cosas, como responsable de la sección de análisis de coyuntura empresarial del Ministerio de Comercio de los Estados Unidos), sus trabajos de este periodo han incluido un importante elemento empírico. ¹⁰⁵

Además de una reafirmación de la teoría, también ha habido, no obstante, algo más. Resulta significativo que en sus explicaciones de por qué la tendencia al estancamiento se mantuvo latente e inoperante durante un periodo tan largo, la centralidad del despilfarro como categoría se haya ido difuminando hasta desaparecer del análisis, al igual que cualquier consideración sobre el excedente potencial. A pesar del lugar temático destacado que ocupaba en el texto, *Monopoly Capital* nunca identificó el despilfarro como la única «fuerza contrarrestante»; las nuevas industrias y las guerras (y sus secuelas) siguieron formando parte del análisis. Así, Baran y Sweezy identificaron una oleada de «automovilización», en el contexto de la liquidez de que disponían los consumidores después de la guerra, y también el enorme aumento del gasto en armamento como una importante explicación de la expansión de la posguerra. ¹⁰⁶ Asimismo, Sweezy y Huberman destacaron en la *Monthly Review* la importancia de la expansión asociada a la reconstrucción de la posguerra en Europa occidental y el estímulo del comercio creciente en el seno del Mercado Común; un año después de publicar-

103. Sweezy, *Modern Capitalism*, pp. 163, 165.

104. Paul M. Sweezy, «Modern Capitalism», *Monthly Review* (enero de 1962): 391; «End of the Boom?», *Monthly Review* (abril de 1967): 4.

105. Hillard, «Harry Magdoff y Paul Sweezy», p. 397.

106. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, pp. 244-245 y capítulo 8, «On the History of Monopoly Capitalism».

se *Monopoly Capital*, su lista de factores explicativos de la expansión incluía el gasto militar, la financiación del déficit, las ayudas fiscales y el aumento de la deuda de los consumidores (pero no el «despilfarro» designado como tal).¹⁰⁷

A esa lista se ha añadido el impulso a la industria civil procedente de las derivaciones de la tecnología militar y, sobre todo, la hegemonía económica de los Estados Unidos durante el periodo de la posguerra (con sus implicaciones particulares para la expansión del comercio mundial y del capital). Sweezy argumenta que la combinación específica de esos factores bastó para generar un estímulo único a favor de la inversión, lo cual se tradujo en un gran auge de inversiones en los sectores industriales clave y una rápida expansión de la capacidad en todas las principales economías capitalistas (así como en algunos países del Tercer Mundo).

En efecto, la guerra «alteró los datos de la situación económica mundial»; una conjunción única de acontecimientos había generado potentes fuerzas contrarrestantes. Sin embargo, «cada una de las fuerzas que habían impulsado la larga expansión de la posguerra era y tenía que ser forzosamente autolimitada». ¹⁰⁸ Y por consiguiente, cuando se agotaron las condiciones especiales, siguió un aumento de los niveles de desempleo, un exceso de capacidad (a escala mundial) mientras la inversión quedaba rezagada: un estancamiento materializado y operativo a la vez.¹⁰⁹

El desplazamiento del despilfarro no fue la única modificación que se introdujo en la teoría general del estancamiento de Sweezy durante las décadas de 1970 y 1980. *Monopoly Capital* había centrado su atención en las características que reflejaban la posición singular de las grandes empresas estadounidenses, relativamente a salvo de los competidores de otros países capitalistas, durante la posguerra; y a medida que fue declinando la hegemonía internacional de los Estados Unidos, los monopolios también fueron quedando desplazados del centro del análisis.

En *Four Lectures on Marxism* (1981), de Sweezy, la atención se centraba en la tendencia inherente del capitalismo al exceso de acumulación, la tendencia de la capacidad productiva a ampliarse «más rápidamente de lo que justifica la capacidad de consumo de la sociedad». En ese contexto, la significación atribuida al monopolio consistía en que este «intensificaba» las contradicciones del proceso de acumulación, al aumentar la capacidad de acumulación y estrangular a la vez las salidas para la inversión. También se hacía mayor hincapié en la significación de la «madurez» en el marco de la explicación sobre las razones por las que tendían a debilitarse las fuerzas contrarrestantes (como el efecto de las nuevas industrias, en particular).¹¹⁰ Durante ese periodo Sweezy retornó, en un sentido muy real, a formulaciones anteriores de su teoría.

Su argumento conservaba, no obstante, como parte integrante, la vinculación establecida por Kalecki/Steindl entre monopolio en el plano microeconómico y estan-

107. «The Common Market», *Monthly Review* (enero de 1962): 391; «End of the Boom», *Monthly Review* (abril de 1967): 4.

108. «Why Stagnation?», *Monthly Review* (junio de 1982), reeditado en Harry Magdoff y Paul M. Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion*, Nueva York, Monthly Review, 1987, pp. 35-36.

109. Para un análisis del exceso de capacidad a escala mundial en el sector siderúrgico como «presagio de futuros acontecimientos», véase Paul M. Sweezy y Harry Magdoff, «Steel and Stagnation», *Monthly Review* (noviembre de 1977).

110. Paul M. Sweezy, *Four Lectures on Marxism*, Nueva York, Monthly Review, 1987, pp. 39, 42-43.

camiento en el plano macroeconómico: «cuanto más monopolista sea la economía, más poderosa será su tendencia al estancamiento».¹¹¹ Sweezy argumenta que este es «consecuencia de la forma específica de sobreacumulación de capital que caracteriza al capitalismo en su fase monopolista». Por consiguiente, cualquier intento de analizar el capitalismo desarrollado debe reconocer la importancia de los elementos monopolistas. Sweezy ha argumentado que la teoría keynesiana no pudo explicar la aparición de la «estanflación» en los años 1970 justamente por no haber incorporado dicho elemento microeconómico.¹¹²

Durante ese periodo, en el curso de la interpretación y análisis de las evoluciones recientes desde la perspectiva de su teoría general, Sweezy (junto con Magdoff) hizo de la *Monthly Review* un medio único para seguir el rastro de la suerte cambiante del capitalismo estadounidense. Dos de esos cambios revisten particular interés. En el «embrión de una teoría adecuada de la inflación bajo condiciones de capitalismo monopolista», Sweezy y Magdoff argumentaron, en 1974, que la capacidad de las empresas gigantes para controlar los precios y los salarios intensificaba la tendencia al estancamiento, pero a la vez significaba que los intentos de estimular la economía generarían inflación.¹¹³ Sin embargo, los técnicos keynesianos (bastardos) que habían ignorado «la estructura monopolista de la economía» se veían frustrados consiguientemente en sus esfuerzos por estimular una economía en estancamiento debido a que «gran parte del aumento de la demanda monetaria se pierde en la subida inflacionaria de los precios en lugar de ir a parar a la expansión del producto».¹¹⁴

La cuestión teórica que Sweezy ha examinado más en los últimos años, además de la «estanflación», es el aumento de la especulación financiera. Después de tomar nota durante años del aumento del endeudamiento (tanto privado como público), ha empezado a llamar cada vez más la atención sobre la coexistencia de un sector de producción estancado y un sector financiero próspero y en expansión. En 1983, Sweezy y Magdoff subrayaron que una parte creciente del capital monetario no se transformaba directamente en capital productivo, sino que, por el contrario, se dedicaba a adquirir instrumentos financieros. No era necesario, empero, que ese dinero acabase desembocando, directa o indirectamente, en la formación de capital real. «Puede permanecer igualmente bajo la forma de capital monetario que circula por el sector financiero y alimenta la expansión de los mercados financieros, que están adquiriendo progresivamente vida propia.»¹¹⁵

Tras dos años en los que proliferaron las transacciones financieras y se multiplicaron los nuevos instrumentos financieros (opciones de futuros, etc.), Magdoff y Sweezy sugirieron que «la esfera financiera posee el potencial para convertirse en un subsis-

111. Sweezy, «Crisis of American Capitalism», p. 3.

112. Paul M. Sweezy, «The Economic Crisis in the United States», *Monthly Review* (diciembre de 1981): 4, 8.

113. «Keynesian Chickens Come Home to Roost», *Monthly Review* (abril de 1974), reeditado en Harry Magdoff y Paul M. Sweezy, *The End of Prosperity: The American Economy in the 1970s*, Nueva York, Monthly Review, 1977, pp. 21-22.

114. Sweezy, «Crisis of American Capitalism», 6; véase también «Inflation without End?», *Monthly Review* (noviembre de 1979): 9.

115. Harry Magdoff y Paul Sweezy, «Production and Finance», *Monthly Review* (mayo de 1983), reeditado en Magdoff y Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion*, pp. 96-97.

tema autónomo del conjunto de la economía, con una enorme capacidad de autoexpansión». Sin embargo, en 1985 señalaron que en el marco de esa divergencia creciente entre una economía estancada y una explosión financiera, la única posibilidad clara era «una quiebra de dimensiones clásicas». De hecho, lo más notable era que aún no se hubiese producido.¹¹⁶

Pero ¿por qué ha ocurrido así? Sweezy y Magdoff han argumentado últimamente que detrás de la explosión financiera ha habido una creciente concentración de riqueza y de renta. Se ha

inflado la reserva de nuevos ahorros en busca de salidas de inversión rentables. Pero, dado el descenso de la demanda de esa reserva para la inversión en la producción de artículos y servicios reales, una parte creciente de la misma ha fluido hacia canales exclusivamente financieros, generando una enorme expansión de la superestructura financiera de la economía y una eclosión sin parangón de la actividad especulativa de todo tipo.¹¹⁷

La explicación es del todo coherente con la teoría general del estancamiento de Sweezy. (También se puede relacionar con los análisis de Kalecki y Steindl sobre los ahorros de los «rentistas» y los «externos», respectivamente.)¹¹⁸ En este sentido, podría confirmar la opinión, a menudo repetida por Sweezy, de que interpretar el estancamiento como el estado «normal» de una economía capitalista plenamente desarrollada es un supuesto mucho más fructífero que el del pleno empleo que subyace a la economía neoclásica.

Que Sweezy lo considere suficiente ya es otra cosa; por su parte, se ha venido mostrando cada vez más insatisfecho con la idoneidad de nuestra comprensión de la relación entre la esfera financiera y la de la producción: «En economía, se necesita una teoría que integre las finanzas y la producción, los circuitos del capital de carácter financiero y de carácter productivo real, de manera mucho más eficaz que nuestras teorías tradicionales».¹¹⁹

Paul Sweezy continúa analizando las características de una economía capitalista madura, una tarea que inició hace más de medio siglo. El decano de la economía radical continúa siendo un ávido estudioso de la historia, que sigue el rastro de las nuevas formas que adoptan las tendencias del capitalismo monopolista que conducen al estancamiento. En toda su actividad conserva el entusiasmo de su juventud. Incluso su anterior pesimismo sobre los trabajadores de las economías capitalistas desarrolladas se ha atemperado una vez que ha quedado atrás la Edad de Oro: si «el sistema mundial ha entrado ahora en una fase de crisis que presenta todas las señales de ser irreversible, resulta difícil eludir la conclusión de que estamos entrando en un nuevo capítulo de la historia de las clases trabajadoras metropolitanas».¹²⁰

116. «The Financial Explosion», *Monthly Review* (diciembre de 1985), reeditado en Magdoff y Paul Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion*, pp. 147, 149-150.

117. Harry Magdoff y Paul Sweezy, «Capitalism and the Distribution of Income and Wealth», *Monthly Review* (octubre de 1987): 13-14.

118. Véanse también Kalecki, *Theory of Economic Dynamics*, p. 159; Steindl, *Maturity and Stagnation*, pp. 113-121.

119. Sweezy, «Interview», p. 19.

120. Sweezy, *Four Lectures on Marxism*, p. 86 n.

A nadie le alegraría más que al propio Paul Sweezy. En efecto, este concluía así su prólogo a *Labor and Monopoly Capital* de Harry Braverman: «La triste, horrible, angustiada forma en que se ven obligados a pasar su vida laboral la inmensa mayoría de mis compatriotas, al igual que sus homólogos en la mayor parte del resto del mundo, ha quedado grabada en mi conciencia de un modo desgarrador e inolvidable».¹²¹

Contribuir a acabar con esta situación sigue siendo el objetivo de Paul Sweezy a los 78 años. Esta es, en efecto, la lección que extrae de su teoría general del estancamiento: «nos enseña que lo que necesitamos no es reformar el capitalismo monopolista sino sustituirlo por un sistema que organice la actividad económica, no para la mayor gloria del capital, sino para satisfacer las necesidades de las personas de llevar una vida digna, segura y, en la medida de lo posible, creativa».¹²²

POSDATA DE 2004

El presente texto, escrito hace más de una década, comienza diciendo: «Paul Sweezy, descrito por el *Wall Street Journal* como «el “decano” de la economía radical», ha contribuido más que ninguna otra persona concreta a mantener viva la economía marxista en Norteamérica». Entonces pensaba, como es lógico, en la extraordinaria sucesión de trabajos elaborados por Paul desde la década de 1930 hasta finales de los años 1980. Sin embargo, la afirmación no era del todo exacta. En efecto, la economía que se asocia a él (y evidentemente a la *Monthly Review*) es un tipo particular de economía marxista. Paul no dedicó su tiempo (como han hecho tantos marxistas académicos) a realizar elaborados cálculos sobre cómo una tasa de ganancia decreciente acabaría derribando al capitalismo o exponiendo elaboradas versiones de la teoría del valor neorricardiana, dos vías que él rechazó en *Teoría del desarrollo capitalista*, su primera obra clásica; del mismo modo, tampoco atribuyó demasiada importancia a la búsqueda de la solución correcta al «problema de la transformación». El *leitmotiv* que recorre toda la obra de Paul es la tendencia del capital a la sobreacumulación (y las diversas formas de sus tendencias contrarrestantes). Y esto ha supuesto hacer hincapié en lo que distingue al capitalismo, sobre la forma en que el capital, por su propia naturaleza, avanza en una dirección que se aleja de la satisfacción de las necesidades humanas y el desarrollo del potencial humano. Significa que Paul nos ha ayudado a no perder de vista el premio. El mayor legado que nos ha dejado es, por lo tanto, su práctica y su visión de lo que debería ser la economía política marxiana. Jamás lo olvidaremos.

Michael A. Lebowitz

121. Braverman, *Labor and Monopoly Capital*, p. XII.

122. «Introduction», Magdoff y Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion*, p. 25.

Prefacio

NO EXISTE EN INGLÉS NINGÚN ESTUDIO ANALÍTICO MEDIANAMENTE AMPLIO de la economía política de Marx. Este libro se destina a llenar esa laguna. No es, sin embargo, ni cabal ni perfecto; muchos temas importantes se han omitido totalmente, y otros han sido pasados por alto con sólo una breve referencia. Espero, no obstante, que contribuirá a una mejor comprensión de un cuerpo importante de pensamiento social que ha sido tratado hasta aquí, muy a menudo, de manera indocta y superficial. No he intentado atenuar las dificultades, pero tampoco me he salido de la ruta para explayarme sobre complejos problemas teóricos, a menos que parecieran estar directamente relacionados con la tarea emprendida.

En todo el libro he citado frecuente y extensamente las obras de Marx y sus discípulos. Esto, indiscutiblemente da lugar a una manera de exposición desmañada, pero me ha parecido inevitable. No es posible dar por supuesto el conocimiento de la literatura marxista; gran parte de la obra más importante, aun de Marx mismo, nunca ha sido traducida al inglés, en tanto que muchos libros y publicaciones periódicas pertinentes sólo están disponibles en las mayores bibliotecas. Además, entre las interpretaciones de las teorías de Marx ha habido grandes discrepancias, y yo anhelo que mis propias interpretaciones, no importa el grado en que algunos lectores puedan disentir de ellas, no den de todos modos la impresión de estar hechas de una sola pieza. Las citas de *El capital* están tomadas de la edición de tres volúmenes publicada por Charles Kerr & Co., de Chicago. Me he sentido con derecho a simplificar la puntuación en los pasajes citados y, en algunos casos, todos ellos registrados en las notas al pie, he alterado la traducción misma para transmitir más exactamente el sentido del original alemán.

Además de exponer y analizar las opiniones de otros autores, he intentado resolver ciertos problemas teóricos que desde hace mucho han sido tema de discusión, y enmar-

car dentro de la teoría marxiana diversos puntos que me parece han sido hasta ahora inadecuadamente analizados. En relación con esto último, llamo particularmente la atención del lector sobre el capítulo 10 («Crisis de realización»), el capítulo 12 («¿Depresión crónica?»), el capítulo 14 («El desarrollo del capital monopolista»), el capítulo 15 («El monopolio y las leyes de movimiento del capitalismo») y el capítulo 18 («El fascismo»). La distribución de los temas sigue una norma precisa, partiendo del problema más abstracto de la economía política —la teoría del valor— y pasando en etapas sucesivas a los problemas urgentes de la sociedad mundial de hoy.

Muchos amigos y colegas han tenido la bondad de leer todo o parte del manuscrito en diversas etapas de su desarrollo, y de ofrecerme valiosas críticas y sugerencias. Entre ellos me gustaría particularmente mencionar a los Dres. Erich Roll, Lewis Feuer, Franz Neumann, Alan R. Sweezy, Robert K. Merton, Svend Laursen, Stanley Moore y a Mr. Paul Baran. Las críticas de mi esposa, Maxine Yaple Sweezy, me han sido especialmente útiles, aunque ella tenga razón al quejarse de que no siempre las he aceptado. Mi gratitud más grande la debo al Dr. Shigeto Tsuru, con quien he tenido la suerte de sostener numerosas discusiones durante años, no sólo sobre los temas tratados en este libro, sino también sobre un gran número de materias conexas. El Dr. Tsuru ha leído todo el manuscrito y me ha ayudado por muchos medios a mejorar tanto la forma como el contenido. Es un gran placer para mí el poder incluir un apéndice suyo en que explica y compara los esquemas de la reproducción de Quesnay, Marx y Keynes. Pienso que este apéndice será de gran interés para los economistas.

No hace falta decir que ninguna de las personas arriba nombradas es en cualquier forma responsable de las opiniones expresadas por mí o de los errores de análisis que puedan quedar en pie.

He incluido, como segundo apéndice, una traducción de varias páginas del libro de Rudolf Hilferding, *Das Finanz Kapital* (publicado por primera vez en 1910), bajo el título de *La ideología del imperialismo*. Está muy difundida en los países de habla inglesa la idea de que el marxismo no supo comprender y prever las tendencias ideológicas que han alcanzado su culminación en los estados fascistas actuales. Aunque sólo sea un breve extracto de esta bien conocida obra del periodo anterior a la primera Guerra Mundial, hará mucho para disipar esa impresión sin fundamento.

En cuanto a las notas, he adoptado la práctica siguiente: aquellas que sólo contienen referencias, han sido relegadas al final del volumen; todas las demás aparecen al pie de la página.*

Paul M. Sweezy

Dunster House,
Cambridge, Mass.
1 de agosto de 1942

* Para facilitar la lectura, en esta edición todas las notas aparecen a pie de página [N. del E.].

Introducción

LA SOCIEDAD ES ALGO MÁS QUE UN NÚMERO DE INDIVIDUOS. ES UN NÚMERO de individuos entre los cuales existen ciertas relaciones precisas y más o menos estables. La forma de la sociedad es determinada por el carácter y la forma de estas relaciones. Las ciencias sociales abarcan todas aquellas ramas del conocimiento que tienen por fin el estudio y la comprensión de estas relaciones y de sus cambios en el curso del tiempo.

Se dirá que todo esto es obvio hasta la banalidad. Y así es. Pero conviene recordar también que las cosas más evidentes son a menudo las más importantes. Desdeñar lo evidente es peligroso. Veamos, como ejemplo, la moderna ciencia de la economía.

La economía es generalmente aceptada como una ciencia social; para convencer-nos, no tenemos más que consultar un catálogo universitario. Su materia o asunto se obtiene del campo de la producción y distribución de mercancías y servicios que la gente necesita y desea. Según estas dos premisas, parecería ser una legítima conclusión la de que la economía estudia las relaciones sociales (interpersonales) de la producción y la distribución. Qué son estas relaciones, cómo cambian, y su sitio en el conjunto de las relaciones sociales, parecerían ser los temas de investigación indicados.

Pero ¿es así como ven las cosas los economistas? Echemos un vistazo rápido a la obra del profesor Lionel Robbins *The Nature and Significance of Economic Science* para aclararlo. No escogemos el libro del profesor Robbins como un ejemplo extremo, sino simplemente como un resumen adecuado de opiniones que sustentan muchos de los economistas modernos. ¿Considera el profesor Robbins la economía una ciencia social en el sentido de que trata en primer término de las relaciones entre las gentes?

«La definición de Economía que lograría más adeptos... es la que la relaciona con el estudio de las causas del bienestar material», nos dice.¹ Esta, seguramente, no es una definición muy prometedora, ya que sugiere toda clase de ciencias naturales y aplicadas que difícilmente podría esperarse que dominara el economista. Podemos, por lo tanto, agradecer al profesor Robbins su decisión de rechazar esta forma de abordar la cuestión. Para llegar a la esencia del asunto, pasa luego a considerar «el caso del hombre aislado que divide su tiempo entre la producción de un ingreso real y el placer del ocio».² Aparece aquí nuestro buen amigo Robinson Crusoe, y el profesor Robbins encuentra su conducta muy instructiva. Sin regresar a tierra firme, el profesor Robbins elabora una definición de la ciencia económica: «La Economía es la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines y medios escasos que tienen usos alternativos».³

Esto no se parece mucho a la definición de una ciencia de las relaciones sociales. Parece ser más bien la definición de una ciencia de la conducta humana en general. No nos sorprende, por lo tanto, encontrar que esta ciencia produce resultados que son generalmente adecuados a todas las formas de la sociedad, es decir, a las condiciones más diversas en cuanto a la clase de relaciones existentes entre los miembros de la sociedad. «Las generalizaciones de la teoría del valor —según el profesor Robbins— son tan aplicables a la conducta del hombre aislado o a la de la autoridad ejecutiva de una sociedad comunista como a la conducta de un hombre en una economía de cambio.»⁴ Lo mismo, sin duda, podría decirse de las generalizaciones de la fisiología. El profesor Robbins no llega precisamente hasta afirmar que la economía no es una ciencia social, pero le disgusta evidentemente la opinión de que lo es. Si tomáramos el punto de vista de los economistas clásicos, dice, sería «posible considerar la materia de la economía como algo social y colectivo». Con la apreciación más reciente de la importancia de la elección individual, sin embargo, «este enfoque principió a ser menos y menos conveniente».⁵ Nos dice, además, que en vez de estudiar la suma de la producción total de la sociedad y su reparto —es decir, el resultado de las relaciones sociales de producción— «consideramos (el sistema económico) como una serie de relaciones interdependientes aunque conceptualmente discretas *entre hombres y bienes económicos*».⁶ En otras palabras, el sistema económico no es considerado principalmente en términos de relaciones entre hombres y hombres (relaciones sociales), sino en términos de relaciones entre hombres y cosas.

Sería un error concluir que el economista moderno no tiene ningún interés en las relaciones sociales de producción. Por el contrario, está constantemente empeñado en investigaciones de un carácter manifiestamente social. Esgrimirá tal vez estas investigaciones como prueba de que los cargos que se le hacen a ese respecto son injustos. Pero esto pasa por alto el punto esencial que estamos tratando de establecer. Es

1. Robbins, *The Nature and Significance of Economic Science*, p. 4.

2. *Ibid.*, p. 12.

3. *Ibid.*, p. 15.

4. *Ibid.*, p. 19.

5. *Ibid.*, p. 69.

6. Cursiva mía. *Ibid.*, p. 69.

perfectamente cierto, claro está, que aplicando o utilizando el aparato conceptual de la teoría económica, se tropieza inevitablemente con las relaciones sociales y se hace preciso ponerlas a discusión. El punto que nos interesa subrayar es que la construcción de este aparato conceptual está proyectada para trascender cualquier juego particular de relaciones sociales. En consecuencia, estas últimas entran en el cuadro sólo incidentalmente, como si dijéramos, y en el plano de la aplicación. Decimos incidentalmente porque no es forzoso que entren. El hecho de que la teoría económica se suponga igualmente aplicable a Robinson Crusoe y a diversos tipos de economía social, prueba esto. Para decirlo de otro modo, la exposición de la teoría económica es principalmente un proceso de construcción e interrelación de conceptos que han sido despojados de todo contenido específicamente social. En la aplicación real el elemento social puede ser (y comúnmente lo es, ya que Robinson Crusoe es principalmente útil e interesante en las etapas preliminares de la exposición teórica) introducido por medio de exposiciones *ad hoc*, que especifican el campo de la aplicación.

Tratemos de aclarar nuestro pensamiento examinando el concepto particular de «salario», que desempeña un papel en todas las teorías económicas modernas. El término se toma del lenguaje corriente, en el cual significa las cantidades de dinero pagadas, a intervalos cortos, por un patrono a sus obreros asalariados. La teoría económica, sin embargo, ha vaciado este contenido social y ha redefinido la palabra como el producto, ya se exprese en valor o en términos físicos, que es imputable a la actividad humana empeñada en un proceso productivo en general. De este modo, Robinson Crusoe, el artesano independiente y el pequeño propietario agrícola, lo mismo que el trabajador fabril, ganan todos, en este sentido, un salario, aunque en el habla común, por supuesto, sólo el último pueda considerarse propiamente un asalariado. En otras palabras: el «salario» se convierte en una categoría universal de vida económica (la lucha por dominar la escasez) en vez de una categoría adecuada a una forma histórica particular de la sociedad.

Estudiando el sistema económico actual, los economistas introducen, ya explícitamente o bien por inferencia, las suposiciones institucionales y sociales que son necesarias a fin de que el salario tome la forma de pagos en dinero, de los patronos a los trabajadores empleados. Lo que hay tras esta forma, sin embargo, se deriva de los teoremas de la productividad, que en sí mismos están enteramente vacíos de contenido social. De este punto se pasa de manera natural y fácil a tratar el salario como «realmente» o «en esencia» la productividad marginal del trabajo, y a considerar la relación entre el patrono y el obrero que se expresa en el pago real de salario como incidental y de ninguna significación particular en sí misma. Así, el profesor Robbins declara que «las relaciones de cambio [en este caso entre patrono y obrero] son un incidente técnico... subsidiario del hecho fundamental de la escasez».⁷

No termina aquí la cuestión. Una vez adoptado el punto de vista que se acaba de establecer, es extraordinariamente difícil, aun para el más prudente, evitar deslizarse al hábito de considerar el «salario» de productividad como, en cierto sentido, el salario razonable, es decir, el ingreso que el obrero percibiría bajo un orden económico equitativo y justo. No nos referimos a las justificaciones del sistema eco-

7. *Ibid.*, p. 19.

nómico actual que los viejos economistas acostumbraban presentar en términos de la teoría de la productividad. Eran demasiado vocingleras y obvias, y hace mucho que pasaron de moda. Nos referimos a un empleo mucho más sutil de la teoría de la productividad como norma de deseabilidad por los críticos del *statu quo*. Tanto el profesor Pigou como Mrs. Robinson, por ejemplo, sostienen que el obrero es explotado si recibe por salario menos que el valor del producto físico marginal de su trabajo.⁸ De este modo, se critica por inferencia el sistema económico actual en la medida en que no llega a adaptarse a un patrón hecho de conceptos que carecen totalmente de contenido social. Algo que tiene una notable semejanza con el modo ley-natural (siglo XVIII) de juzgar a la sociedad lo introducen así de contrabando por la puerta trasera aquellos que se guardarían bien de presentarlo abiertamente en el salón principal.

Se podría hacer un análisis parecido y llegar a resultados muy similares si tuviéramos que examinar otros conceptos centrales de la teoría económica, tales como la renta, el interés, la ganancia, el capital, etc. Pero el punto está ya, probablemente, bastante claro. En cada caso los conceptos se toman del lenguaje corriente, se les extrae el contenido social y las categorías universales que resultan se aplican indistintamente a toda clase de sistemas económicos. Se considera entonces que estos sistemas difieren unos de otros principalmente en cuestiones de forma, no esenciales en lo que concierne al economista. Y aún puede ser, como hemos visto, que sean evaluados, no en términos sociales, sino con relación a modelos abstractos que se piensa que tienen prioridad en importancia lógica.

Parece obvio que de esta forma el economista elude una exploración sistemática de aquellas relaciones sociales tan universalmente consideradas como relevantes para los problemas económicos, que están hondamente encajadas en el lenguaje cotidiano del mundo de los negocios. Y es más evidente aún que el punto de vista básico que la economía moderna ha adoptado, la inhabilita para la tarea más vasta de arrojar luz sobre el papel del elemento económico en el complejo conjunto de las relaciones entre hombre y hombre que forman lo que llamamos sociedad.

Parece razonable suponer que el estado de cosas que ha sido brevemente esbozado en los párrafos anteriores tiene bastante que ver con lo que podemos justamente definir como un sentimiento difundido de insatisfacción con los economistas y sus obras. Siendo este el caso, podría parecer que el procedimiento más fructífero sería emprender un examen de los dogmas y creencias centrales de la economía moderna desde el punto de vista de sus deficiencias como verdadera ciencia social de las relaciones humanas. El análisis crítico de esta índole, sin embargo, es en el mejor de los casos una ingrata tarea, y está comúnmente expuesto al cargo justificable de no ofrecer nada constructivo en lugar de lo que se rechaza. Hemos decidido, por consiguiente, abandonar el terreno de la doctrina aceptada, convencidos como estamos de que hay razones de inconformidad con ella, y explorar otra forma de emprender el estudio de los problemas económicos, a saber, la asociada al nombre de Karl Marx.

8. A. C. Pigou, *The Economics of Welfare* (3.^a ed., 1929), p. 556; y Joan Robinson, *The Economics of Imperfect Competition* (1933), pp. 281 y ss.

En lo que sigue, por lo tanto, nos ocuparemos muy ampliamente de la teoría económica de Marx. No debe pensarse que esto implique ninguna intención de revelar «lo que Marx quiso realmente decir». Al respecto hacemos la suposición simplificada, aunque tal vez no obvia, de que quiso decir lo que dijo, y nos asignamos la tarea más modesta de descubrir lo que se puede, si algo se puede, aprender de Marx.

1

El método de Marx

LAS DISCUSIONES SOBRE METODOLOGÍA EN ECONOMÍA, COMO EN OTROS CAMPOS, pueden resultar cansadas y sin fruto. Sin embargo, eludir totalmente el problema es exponerse a serio engaño. En este capítulo, por consiguiente, intentaremos exponer en forma tan breve como sea posible los principales elementos del enfoque económico que adopta Marx. Esto es lo más importante en el caso de Marx, ya que muchas de sus originales e importantes contribuciones son precisamente de carácter metodológico. Lukács, uno de los más perspicaces entre los marxistas contemporáneos, ha llegado hasta aseverar que «la ortodoxia en cuestiones de marxismo se relaciona exclusivamente con el método».¹

1. EL USO DE LA ABSTRACCIÓN

Desde un punto de vista formal, la metodología económica de Marx puede parecer notablemente similar a la de sus predecesores clásicos y sucesores neoclásicos. Marx era un resuelto partidario del método abstracto-deductivo que fue una característica tan acusada de la escuela de Ricardo. «En el análisis de las formas económicas —escribió en el prefacio a *El capital*— ni el microscopio ni los reactivos químicos son útiles. La fuerza de la abstracción debe reemplazar a uno y otros.» Más aún, Marx aceptaba y practicaba lo que los teóricos modernos han llamado el método de las «aproximaciones sucesivas», que consiste en avanzar paso a paso de lo más abstracto a lo más concreto, eliminando suposiciones simplificadoras en las etapas sucesivas de la investigación, de modo que la teoría pueda tomar en cuenta y explicar una esfera cada vez más vasta de fenómenos reales.

Cuando inquirimos más allá, sin embargo, descubrimos notables diferencias entre Marx y los representantes de la tradición clásica y neoclásica. El principio de la abstracción es por sí mismo incapaz de rendir conocimiento; las dificultades estriban en la manera de aplicarlo. En otras palabras, debe uno decidir en alguna forma de qué hacer abstracción y de qué no hacerla. Aquí surgen por lo menos dos cuestiones. La primera: ¿qué problema se examina? Y la segunda: ¿cuáles son los elementos esenciales del

1. Georg Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein* (1923), p. 13.

problema? Si tenemos las respuestas a ambas preguntas sabremos seguramente de qué no podemos abstraer y, dentro de estos límites, lograremos enmarcar nuestras suposiciones de conformidad con criterios de conveniencia y sencillez. Ahora bien, no necesitamos ir más allá de la primera cuestión para convencernos de que los economistas no siempre han estado de acuerdo sobre sus objetivos. Podemos citar los problemas que algunos economistas muy conocidos se han planteado para su estudio: «la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones» (Adam Smith); «las leyes que rigen la distribución de los productos de la tierra» (Ricardo); «las acciones del hombre en los asuntos ordinarios de la vida» (Marshall); «los precios y sus causas y corolarios» (Davenport); «la conducta humana como una relación entre fines y medios escasos que tienen usos alternativos» (Robbins). Hay aquí, sin duda, superposición, pero es dudoso que haya dos problemas que puedan ser considerados idénticos. De esto se sigue que no hay dos investigadores que manejen sus materiales –incluyendo la manera de usar el arma de la abstracción– exactamente en la misma forma. Uno puede hacer abstracción de una diferencia que otro esté tratando de explicar, y, sin embargo, cada uno puede tener razón desde el punto de vista del problema que estudia. Esto debe recordarlo particularmente quien estudie a Marx, ya que su objetivo –«poner al desnudo la ley económica de movimiento de la sociedad moderna»–,² es radicalmente distinto del de las escuelas de pensamiento no marxista.

Aun después de que la tarea del investigador ha sido terminada, sin embargo, sigue careciendo de una fórmula soberana que lo guíe. Como muy correctamente lo hacía notar Hegel en la introducción a su *Filosofía de la historia*: en el «proceso del entendimiento científico, es de importancia distinguir y poner de relieve lo esencial en contraste con lo llamado no esencial. Pero a fin de hacer esto posible debemos saber qué es esencial...».³ Poner de relieve lo esencial y hacer posible su análisis: esa es la tarea específica de la abstracción. Pero, ¿por dónde empezar? ¿Cómo distinguir lo esencial de lo no esencial? La metodología puede plantear estas cuestiones, pero, por desgracia, no puede suministrar respuestas ya hechas. Si pudiera, el «proceso del entendimiento científico» sería una cuestión bastante más de rutina de lo que realmente es. En la práctica, se precisa formular hipótesis acerca de lo que es esencial, profundizar en estas hipótesis y comprobar las conclusiones con los datos de la experiencia. Si hemos de comprender la obra de un hombre de ciencia determinado, debemos, por consiguiente, tratar de identificar sus hipótesis clave y descubrir, si es posible, de dónde las obtiene y cómo desarrolla sus implicaciones. Apenas es necesario hacer notar que esto no siempre es cosa fácil, pero en el caso de Marx sabemos lo suficiente de su desarrollo intelectual para hacer el intento.

Como estudiante universitario, Marx se concentró en la ciencia del derecho y la filosofía, aspirando a una carrera académica. Sus inclinaciones «radicales» –aunque no fuese entonces ni siquiera un socialista– le impidieron adquirir una posición docente, y en 1842 aceptó la dirección del recién fundado *Rheinische Zeitung*. Con ese carácter

2. Prefacio del autor a la primera edición de *Capital*, I, p. 14.

3. *Philosophy of History*, ed. World's Greatest Literatur, p. 65. Citado por Henryk Grossmann, «Die Aenderung des ursprünglichen Aufbauplans des Marxschen *Kapital* und ihre Ursachen», *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, vol. XIV, cuad. 2 (1929), p. 327.

entró en contacto por primera vez con problemas sociales reales y también con nuevas ideas sociales, particularmente las ideas socialistas y comunistas, que procedían de Francia en gran número en las décadas de 1830 y de 1840. En una controversia con el *Augsburger Zeitung*, Marx se desconcertó un poco al descubrir que no sabía qué pensar del socialismo; resolvió, por consiguiente, dedicar al asunto en la primera ocasión el estudio serio que estaba convencido que merecía. La oportunidad no tardó en presentarse; a los pocos meses el *Rheinische Zeitung* fue clausurado por las autoridades y Marx se encontró libre. Se lanzó inmediatamente al estudio intenso del socialismo y del comunismo, de la historia de Francia y de la economía política inglesa. Fue durante los pocos años que siguieron, vividos principalmente en París y Bruselas, cuando rompió con su pasado filosófico y alcanzó la madurez del punto de vista desde el cual escribiría sus obras económicas posteriores. Para abreviar, su enfoque de la economía se formó y determinó mucho antes de que decidiera hacer de los estudios económicos su principal ocupación.

Tenemos justamente en el famoso prefacio a la *Crítica de la economía política* una declaración de Marx relativa a su desarrollo intelectual durante estos años decisivos. Aunque muchos lectores conocerán este prefacio, tal vez no sea impropio reproducirlo en parte aquí. (Las cursivas son mías.)

Mis estudios me condujeron —escribió Marx— a la conclusión de que las relaciones legales al igual que las formas del estado no podrían ni ser entendidas en sí mismas, ni explicadas por el llamado progreso general de la mente humana, sino que tienen sus raíces en las condiciones materiales de la vida que Hegel resume a la manera de los ingleses y franceses del siglo XVIII bajo el nombre de «sociedad civil»; *la anatomía de esa sociedad civil ha de buscarse en la economía política*. El estudio de esta última, que había yo emprendido en París, lo continué en Bruselas... La conclusión general a la que llegué y la cual, *una vez alcanzada, siguió sirviéndome de hilo conductor en mis estudios*, puede ser brevemente resumida como sigue: en la producción social que realizan, los hombres entran en determinadas relaciones, que son independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a una etapa determinada de desarrollo de las fuerzas materiales de producción. La suma total de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad —la base real sobre la que se levantan las superestructuras legal y política, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción en la vida material determina el carácter general de los procesos sociales, políticos y espirituales de la vida. No es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, sino que, por el contrario, su existencia social determina su conciencia. En cierta etapa de su desarrollo, las fuerzas materiales de producción de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes, o —lo que no es sino una expresión legal de lo mismo— con las relaciones de propiedad dentro de las cuales habían operado antes. De forma de desarrollo de las fuerzas de producción estas relaciones se convierten en sus trabas. Entonces se abre el periodo de la revolución social. Con el cambio de la base económica, toda la inmensa superestructura se transforma más o menos rápidamente.

Esto deja claro que la principal preocupación de Marx era la sociedad en su conjunto, y muy especialmente el proceso del cambio social. La economía política —la «anatomía» de la sociedad— es importante, no, en primer lugar, por sí misma, sino porque es en su esfera donde el ímpetu del cambio social ha de encontrarse. Es preciso subrayar, puesto que tan a menudo se ha dicho lo contrario, que Marx no trataba de

reducirlo todo a términos económicos. Intentaba más bien poner al descubierto la verdadera interrelación de los factores económicos y no económicos en el conjunto de la existencia social.

Una vez alcanzada la conclusión de que la clave del cambio social se encuentra en los movimientos del modo de producción, Marx se dedicó efectivamente a un estudio completo de la economía política, desde el punto de vista de las leyes que rigen los cambios en el modo de producción. «Poner al desnudo la ley económica de movimiento de la sociedad moderna» vino a ser, así, la meta científica a la que dedicó la mayor parte del resto de su vida.

Dado este objetivo, ¿cómo era posible reconocer los aspectos esenciales del problema? Marx retuvo, porque parecían sostenerse en pie a la luz de estudios de investigación sobre la realidad del desarrollo histórico, aquellos elementos del pensamiento de Hegel que ponían énfasis en el proceso y el desarrollo a través del conflicto entre fuerzas opuestas o contradictorias. A diferencia de Hegel, sin embargo, siguió los conflictos históricos decisivos hasta sus raíces, en el modo de producción; esto es, descubrió que eran lo que él llamó conflictos de clase. Así, el *Manifiesto comunista* (1847), después de una nota introductoria, comienza: «La historia de todas las sociedades que han existido hasta aquí es la historia de las luchas de clase». Las fuerzas económicas en acción se manifiestan en conflictos de clase bajo el capitalismo, como bajo las formas anteriores de sociedad. De aquí se sigue que las relaciones económicas esenciales son aquellas que subyacen y se expresan en forma de conflictos de clase. Estos son los elementos esenciales que deben ser aislados y analizados por el método de la abstracción.

Inclusive esta hipótesis, sin embargo, podría conducir a procedimientos divergentes. Los economistas clásicos estaban también muy interesados en las raíces económicas de los conflictos de clase (en cierto sentido, esto es, exactamente, lo que «la distribución del producto de la tierra» quería decir para Ricardo) pero el antagonismo social que ocupaba la mayor parte de su atención, tanto intelectual como emocional, era el conflicto entre capitalistas industriales y terratenientes. En consecuencia, subrayaban mucho, a veces de forma predominante, la cuestión de la tierra y del ingreso derivado de la propiedad de la tierra. En realidad, sin el conocimiento de «la verdadera doctrina de la renta», afirmaba Ricardo, «es imposible entender los efectos del incremento de la riqueza en ganancias y salarios, o averiguar satisfactoriamente la influencia de los impuestos en las diferentes clases de la comunidad...».⁴ Marx advirtió la tendencia a poner el acento principal en la tierra y la renta, y la consideró descaminada. «Nada parece más natural —escribió— que empezar con la renta, con la propiedad agraria, puesto que está ligada a la tierra, la fuente de toda producción y de toda vida, y a la primera forma de producción en todas las comunidades más o menos establecidas, a saber, la agricultura.»⁵ No obstante, agregaba enseguida, «nada podría ser más erróneo». La razón que tenía para adoptar esta actitud es la clave de su procedimiento ulterior.

4. *Principles of Political Economy and Taxation*, ed. Gonner, p. 1.

5. *Critique of Political Economy*, p. 302. La cita es de la inconclusa «Introducción a la Crítica de la Economía Política», que no fue publicada como parte de la *Critique* en la edición original (1859). Fue escrita por Marx en 1857 y publicada por primera vez por Kautsky en 1903. Está incluida como apéndice en la edición inglesa (Kerr).

En la sociedad capitalista

la agricultura viene a ser, cada vez más, una simple rama de la industria y está completamente dominada por el capital... *El capital es la fuerza que todo lo domina en la sociedad burguesa*. Debe constituir tanto el fin como el punto de partida y desarrollarse antes que la propiedad de la tierra...

Sería, por lo tanto, erróneo y nada práctico disponer las categorías económicas en el orden en que fueron los factores determinantes en el curso de la historia. Su orden de secuencia está determinado más bien por la relación que existe entre ellos en la moderna sociedad burguesa, y que es exactamente lo contrario de lo que parece ser su orden natural o el orden de su desarrollo histórico. Lo que nos interesa no es el lugar que las relaciones económicas ocupan en la sucesión histórica de las diferentes formas de la sociedad... Nos interesa su conexión orgánica dentro de la moderna sociedad burguesa.⁶

La oración en cursivas es particularmente importante. Que «el capital es la fuerza que todo lo domina en la sociedad burguesa» significaba para Marx, como hubiera significado para uno de los economistas clásicos, que la relación económica principal es la que existe entre capitalistas y obreros. Como lo expresó en otro lugar, «la relación entre el trabajo asalariado y el capital determina todo el carácter del modo de producción».⁷ Aun antes de que empezara sus investigaciones para la *Crítica* y para *El capital*, había expresado la misma opinión en el *Manifiesto*: «La sociedad en su conjunto se divide cada vez más en dos campos hostiles, en dos grandes clases que se enfrentan una a otra: la burguesía y el proletariado». Esta relación debe ser el centro de la investigación; el poder de abstracción debe ser utilizado para aislarla, para reducirla a su forma más pura, para ponerla en condiciones de ser sometida al más concienzudo análisis, libre de toda confusión extraña a ella.

La adopción de esta actitud requiere un procedimiento que implica por lo menos dos pasos totalmente distintos.

Primero, todas las relaciones sociales, exceptuando las que existen entre capital y trabajo, hay que suponerlas provisionalmente alejadas, para reintroducirlas, una por una, sólo en una etapa ulterior del análisis.

Segundo, la relación capital-trabajo misma debe reducirse a su forma o formas más importantes. Esta no es una cuestión cuantitativa; no quiere decir que deban elegirse para el análisis las formas más frecuentes, o modales, de la relación. La importancia, en este contexto, se refiere a las características y tendencias estructurales de toda la sociedad. Marx, como es bien sabido, escogió las formas de la relación capital-trabajo que surgen en la esfera de la producción industrial como las más importantes de la sociedad capitalista moderna. Capitalistas y obreros por igual son reducidos a ciertos tipos estándar a los cuales se despoja de toda característica no concerniente a la relación que se examina. «Nos ocupamos de los individuos —escribió Marx en el prefacio a *El capital*— sólo en la medida en que son personificaciones de categorías económicas, de peculiares relaciones e intereses de clase.»

¿Cuál es la índole de esta relación capital-trabajo? En la forma, es una relación de cambio. El capitalista compra fuerza de trabajo al obrero; el obrero recibe del

6. *Ibid.*, pp. 303-304. Las cursivas no figuran en el original.

7. *Capital*, III, p. 1025.

capitalista dinero con el cual adquiere lo necesario para la vida. Como una relación de cambio, es claramente un caso especial de un género amplio de relaciones que tienen forma y estructura comunes. Es evidente, por lo mismo, que el estudio de la relación capital-trabajo debe comenzar por un análisis del fenómeno general del cambio.

De este modo llegamos al verdadero punto de partida de la economía política de Marx. La parte I del primer volumen de *El capital*, que resume la precedente *Crítica de la economía política*, lleva el título de «Las mercancías». Todo lo que habitualmente se destina al cambio más bien que al uso directo, es una mercancía; el análisis de las mercancías, por consiguiente, implica el análisis de la relación de cambio y su aspecto cuantitativo (valor de cambio); incluye, además, un análisis del dinero. Como veremos después, algunos de los resultados más interesantes obtenidos por Marx provienen de la forma de considerar las mercancías.

Habiendo puesto la base necesaria con el análisis de las mercancías, Marx emprende su tarea principal. *Casi todo el resto del primer volumen de El capital está dedicado a la relación capital-trabajo en sus formas «aisladas» y «purificadas»*. En otras palabras, el volumen I comienza y se mantiene en un alto nivel de abstracción.

Es difícil para quienes no conocen el método de Marx creer que tal declaración pueda ser hecha en serio. Hacen notar la riqueza de material histórico y factual que tan notablemente caracteriza el volumen I. ¿No significa esto que Marx era, en realidad, justamente lo contrario de lo abstracto? Este razonamiento es erróneo. El propósito legítimo de la abstracción en la ciencia social no es nunca alejarse del mundo real, sino más bien aislar ciertos aspectos del mundo real para fines de investigación intensiva. Por consiguiente, cuando decimos estar operando en un alto nivel de abstracción queremos decir que consideramos un número relativamente reducido de aspectos de la realidad; enfáticamente, no queremos decir que aquellos aspectos que consideramos no sean susceptibles de investigación histórica y de ilustración factual. Una ligera revisión es suficiente para mostrar que la mayor parte del material factual que aporta Marx en el volumen I se refiere directamente a la relación capital-trabajo y tiene un carácter ilustrativo o histórico. Confirma, por lo tanto, en vez de contradecir la declaración de que el volumen I comienza y se mantiene en un alto nivel de abstracción.

Sentado este hecho podemos deducir un corolario importante, a saber, que los resultados obtenidos en el volumen I tienen un carácter provisional. En muchos casos, aunque no necesariamente en todos, sufren una modificación más o menos grande en un nivel inferior de abstracción, es decir, cuando se toman en cuenta nuevos aspectos de la realidad.⁸ Se sigue de aquí que las tendencias o leyes enunciadas en el volumen I no deben interpretarse como predicciones directas del futuro. Su validez es relativa al nivel de abstracción en el cual han sido derivadas y en la medida de las modificaciones que deban sufrir cuando el análisis se lleve a un nivel más concreto. La admisión de este hecho hubiera evitado mucha controversia estéril. Como ejemplo, podemos citar la famosa «ley de la miseria creciente del proletariado», que Marx lla-

8. Este aspecto del método de Marx es correctamente tratado por Henryk Grossmann en la introducción a su libro *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des Kapitalistischen Systems* (1929).

mó «la ley general absoluta de la acumulación capitalista».⁹ Los antimarxistas han afirmado siempre la falsedad de esta ley y han deducido de ahí que el análisis del capitalismo por Marx es incorrecto.¹⁰ Algunos marxistas, por otra parte, se han interesado igualmente en demostrar que la ley es verdadera,¹¹ y es así como dura ya más de medio siglo una acalorada controversia que arroja poca luz. Ambas partes son culpables de la misma incomprensión del método de Marx. La ley en cuestión es deducida en un alto nivel de abstracción; el término «absoluta» usado para definirla lo es en el sentido hegeliano de «abstracta»; no constituye en ningún sentido una predicción concreta del futuro. Más aún, en este caso particular Marx lo dice en un lenguaje perfectamente claro, de modo que parece particularmente difícil perdonar la mala interpretación. Habiendo sentado la ley, agrega inmediatamente: «Como todas las demás leyes, es modificada en su operación por muchas circunstancias cuyo análisis no nos interesa aquí». Sería imposible recibir una advertencia más clara de no interpretar la ley como una predicción concreta. Una consideración adecuada de los problemas de método habría evitado esta incomprensión y muchas otras.

No necesitamos discutir todo el plan de *El capital*. Para nuestros propósitos actuales, sólo es necesario hacer notar que el designio para los volúmenes II y III fue el de tomar en cuenta factores que fueron conscientemente omitidos en el volumen I, es decir, llevar el análisis a niveles de abstracción progresivamente más bajos. Al mismo tiempo, y en cierto sentido paradójicamente, los volúmenes II y III contienen relativamente menos material factual que el volumen I. Esto se debe a su estado inconcluso. Compilando los volúmenes II y III de los manuscritos de Marx, Engels encontró mucho material ilustrativo, pero ese material estaba «escasamente ordenado y mucho menos elaborado».¹² Por otra parte, Marx mismo preparó para la imprenta el volumen I, de manera que pudo completar sus materiales factuales y teóricos en una forma en que Engels no habría podido realizar para los volúmenes posteriores, sin ir más allá de las funciones de un compilador, algo que, juiciosamente, no quiso hacer. Hemos discutido el uso de la abstracción por Marx en términos generales y no nos proponemos, a estas alturas, abordar casos particulares. Conviene advertir, sin embargo, que gran parte de las críticas hechas a la economía política de Marx están basadas, consciente o inconscientemente, en el rechazo de las suposiciones con que trabaja. Nuestro examen debe ayudar a establecer criterios para juzgar la validez de estas críticas. En cada caso, hay que hacer las tres preguntas que siguen, relativas a las suposiciones simplificadoras (o abstracciones) que dan lugar a la crítica: 1) ¿están hechas con la debida consideración del problema que se estudia?; 2) ¿eliminan los elementos no esenciales del problema?; 3) ¿se abstienen de eliminar los elementos esenciales? Si estas tres preguntas pueden ser contestadas en sentido afirmativo, podemos decir que se ha observado el principio de la abstracción apropiada. Este principio es

9. *Capital*, I, p. 707.

10. Grossmann cita un gran número de ejemplos. *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems* (1929).

11. Tal vez el más reciente ejemplo sea el folleto de Alex Bittelman y V. J. Jerome, *Leninism—the only Marxism Today* (1934). Este folleto es una crítica de *Decline of American Capitalism*, por Lewis Corey (1934).

12. *Capital*, II (prefacio del compilador), p. 7.

de gran utilidad para poner a prueba la pertinencia y validez de una parte considerable de la crítica a Marx.

2. EL CARÁCTER HISTÓRICO DEL PENSAMIENTO DE MARX

El método de Marx, dice Lukács, «es, en su profunda esencia, histórico».¹³ Esto es indudablemente correcto y ningún examen del problema que deje de subrayarlo puede considerarse satisfactorio.¹⁴

Para Marx, la realidad social no es tanto un juego de relaciones determinado y menos todavía una aglomeración de cosas. Es más bien el proceso de cambio inherente a un juego de relaciones determinado. En otras palabras, la realidad social es el proceso histórico, un proceso que, en principio, no conoce finalidad ni estaciones de parada.¹⁵ Los sistemas sociales, como los individuos, recorren un ciclo de vida y abandonan la escena cuando «de formas de desarrollo de las fuerzas productivas... se convierten en sus trabas». El proceso del cambio social, sin embargo, no es puramente mecánico; es más bien el producto de la acción humana, pero de una acción que está limitada en forma precisa por la clase de sociedad en que tiene sus raíces. «Los hombres hacen su historia —escribió Marx— pero no la hacen exactamente a su gusto; no la hacen en circunstancias escogidas por ellos, sino en circunstancias ya existentes, dadas y transmitidas del pasado.»¹⁶ La sociedad cambia y, a la vez, dentro de ciertos límites, puede ser cambiada.

La aceptación consecuente de este punto de vista conduce a una actitud consecuentemente histórica ante la ciencia social. Más aún —y este no es más que otro aspecto de lo mismo—, conduce a una actitud crítica ante toda forma de sociedad, inclusive la presente. Es difícil exagerar la importancia de este punto. Es un rasgo característico del pensamiento no marxista el poder comprender el carácter transitorio de todos los sistemas sociales anteriores, en tanto que esta facultad crítica falla cuando se trata del orden capitalista mismo. Esto es verdad, sin duda, hasta cierto punto, con respecto a todas las épocas históricas, pero más adelante se verá cómo hay razones especiales para aplicarlo con vigor particular a la nuestra.¹⁷ Para el típico pensador moderno, como decía Marx, «ha habido historia, pero ya no la hay».¹⁸ La observación de Lukács al respecto es notable:

Esta médula no histórica y antihistórica del pensamiento burgués aparece en una forma más evidente cuando consideramos *el problema del presente como un problema históri-*

13. *Geschichte und Klassenbewußtsein*, p. 7.

14. Uno de los mejores estudios en inglés de este aspecto del pensamiento de Marx y, en verdad, de todos los problemas tratados en este capítulo, se encontrará en *Karl Marx* (1938), de Karl Korsch.

15. «Hay un continuo movimiento de desarrollo de las fuerzas productivas, de destrucción de las relaciones sociales, de formación de ideas; lo único inmutable es la abstracción del movimiento —*motio immortalis*.» Marx, *The Poverty of Philosophy*, International Publishers ed., p. 93.

16. *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, ed. International Publishers, p. 13.

17. Véanse *infra*, pp. 70-74.

18. *The Poverty of Philosophy*, p. 102.

ca... La completa incapacidad de todos los pensadores e historiadores burgueses para comprender los acontecimientos histórico-mundiales del presente como historia del mundo, quedará como un recuerdo desagradable para toda gente sensata desde la Guerra Mundial y la revolución mundial.¹⁹

Nada de lo acontecido desde 1922 podría llevarnos a modificar esta opinión; más bien tenemos que ratificarla. Los marxistas, por otra parte, interpretan coherentemente los hechos contemporáneos en un contexto histórico-mundial. La diferencia no es, evidentemente, una cuestión de inteligencia; es una cuestión de método y criterio.

La mayoría de las gentes dan por supuesto el capitalismo, exactamente como dan por supuesto el sistema solar. La desaparición eventual del capitalismo, que a menudo se acepta en nuestros días, se considera en mucho del mismo modo que el eventual enfriamiento del Sol, es decir, se niega su relación con los hechos contemporáneos. Desde este punto de vista se puede entender y criticar lo que pasa dentro del marco del sistema; pero no se puede entender ni evaluar lo que le pasa al sistema mismo. Este último hecho asume no rara vez la forma de una simple negación de que tenga algún sentido hablar de sistemas sociales. Los grandes acontecimientos históricos, sin embargo, afectan por lo común a sistemas sociales enteros. El resultado es que, para la mente moderna típica, adquieren un carácter catastrófico, con todo lo que ello implica, bajo la forma de choque emocional y confusión intelectual.

Para el marxista, por otra parte, el específico carácter histórico —esto es, transitorio— del capitalismo es una premisa mayor. Es en virtud de este hecho como el marxista puede, por así decirlo, permanecer fuera del sistema y criticarlo en su conjunto. Además, puesto que la acción humana misma es responsable de los cambios que el sistema sufre y sufrirá, una actitud crítica es no sólo intelectualmente posible, sino también moralmente significativa (como no lo sería, por ejemplo, una actitud crítica ante el sistema solar, sean cuales fueren los defectos de este) y, lo que no es menos, prácticamente importante.

19. *Geschichte und Klassenbewußtsein*, p. 173.

2

El problema del valor cualitativo

1. INTRODUCCIÓN

EL PRIMER CAPÍTULO DE *EL CAPITAL* SE TITULA «LAS MERCANCÍAS». YA SE ha hecho notar que mercancía es todo lo que se produce para el cambio más bien que para uso del productor; el estudio de las mercancías es, por consiguiente, el estudio de la relación económica de intercambio. Marx empieza por analizar la «producción simple de mercancías», que es como decir una sociedad en la que cada productor posee sus propios medios de producción y satisface sus múltiples necesidades por el cambio con otros productores que se encuentran en situación similar. Tenemos aquí el problema del cambio en la más clara y elemental de sus formas.

Comenzando por la producción simple de mercancías, Marx observa una bien sentada tradición de teoría económica, mas no debe permitirse que esto oscurezca la clara división que separa su análisis del de la escuela clásica. En el caso de Adam Smith, por ejemplo, el cambio se liga del modo más estrecho posible al hecho tecnológico central de la vida económica, a saber, la división del trabajo. Según Smith, la división del trabajo es el origen de todo aumento en la productividad; es, inclusive, la base de la economía humana, lo que la distingue de la vida de las bestias. Pero Smith es incapaz de concebir la división del trabajo independientemente del cambio; el cambio es, en efecto, anterior a la división del trabajo y causa de ella. El pasaje siguiente resume la teoría de Smith sobre la relación entre división del trabajo y cambio:

Esta división del trabajo, de la que tantas ventajas se derivan, no es originalmente el resultado de ninguna sabiduría humana que prevé y procura esa abundancia general a que da ocasión. Es la consecuencia necesaria, aunque muy lenta y gradual, de cierta propensión de la naturaleza humana que no tiene por mira un beneficio tan grande; la propensión a traficar, a trocar y cambiar una cosa por otra.¹

1. *The Wealth of Nations*, ed. Cannan, vol. I, p. 15.

Esta «propensión a traficar, trocar y cambiar» es, más aún, peculiar de los seres humanos: «Nadie vio nunca a un perro cambiar libre y deliberadamente un hueso por otro con otro perro».² De este modo se liga inseparablemente el cambio a la división del trabajo y se les muestra como las columnas unidas que sostienen la sociedad civilizada. Las implicaciones de esta posición son claras: la producción de mercancías, que tiene sus raíces en la naturaleza humana, es la forma universal e inevitable de la vida económica; la ciencia económica es la ciencia de la producción de mercancías. Desde este punto de vista, los problemas de la economía tienen un carácter exclusivamente cuantitativo; empiezan con el valor de cambio, la relación cuantitativa básica entre las mercancías que se establece a través del proceso del cambio.

Pasando ahora a Marx, vemos desde el principio la diferencia de criterio que distingue su economía política de la de Adam Smith. Marx no niega la existencia de una relación entre la producción de mercancías y la división del trabajo, pero no se trata de ningún modo de la firme y rígida relación que describe Smith. La diferencia en los puntos de vista es claramente señalada en el pasaje siguiente:

Esta división del trabajo es una condición necesaria para la producción de mercancías, pero de aquí no se sigue que, a la inversa, la producción de mercancías sea una condición necesaria para la división del trabajo. En la comunidad india primitiva existe la división del trabajo sin producción de mercancías. O, para tomar un ejemplo más próximo a nosotros, en cada fábrica el trabajo se divide conforme a un sistema, pero esta división no tiene lugar por el cambio de los productos personales de los operarios entre ellos. *Tales productos sólo pueden convertirse en mercancías, los unos con relación a los otros, como fruto de diferentes clases de trabajo, siendo cada clase realizada independientemente y por cuenta de individuos privados.*³

No se quita a la división del trabajo nada de la importancia que Smith le atribuyó, pero se niega enfáticamente que la división del trabajo esté necesariamente ligada al cambio. En otras palabras, la producción de mercancías no es la forma universal e inevitable de la vida económica. Es, más bien, una de las formas posibles de la vida económica, una forma, a buen seguro, que se conoce desde hace muchos siglos y que domina la Edad Moderna, pero de todos modos una forma históricamente condicionada que por ningún concepto puede presentarse como directa manifestación de la naturaleza humana. Las implicaciones de esta opinión son notables. La producción de mercancías es separada del reino de los fenómenos naturales y se convierte en materia válida de la investigación histórico-social. El economista no puede ya confinar su atención a las relaciones cuantitativas que nacen de la producción de mercancías; debe dirigir también su atención al carácter de las relaciones sociales subyacentes en la forma mercancía. Se puede expresar esto diciendo que las tareas de la economía no son sólo cuantitativas, sino también cualitativas. Más concretamente, en el caso del valor de cambio existe, como lo advirtió Adam Smith, la relación cuantitativa entre productos; oculta detrás de ella, como Marx fue el primero en advertirlo, hay una relación específica, históricamente condicionada, entre productores. De acuerdo con Petry,

2. *Ibid.*

3. *Capital*, I, p. 49. Las cursivas no figuran en el original.

podemos llamar al análisis de la primera *el problema del valor cuantitativo*, y al análisis de la segunda, *el problema del valor cualitativo*.⁴

La gran originalidad de la teoría del valor de Marx reside en su aceptación de estos dos elementos del problema y en su designio de considerarlos simultáneamente dentro de un solo armazón conceptual. A las mismas razones se debe, sin embargo, en medida considerable, la gran dificultad que experimentan para entender esa teoría casi todos los que han sido educados en la tradición principal del pensamiento económico. Por esta razón, nos ha parecido conveniente dividir la teoría marxiana del valor en las dos partes que la componen y procurar examinarlas una por una. En consecuencia, discutiremos en este capítulo el problema del valor cualitativo, dejando el más conocido problema cuantitativo para su estudio en el capítulo siguiente.

2. VALOR DE USO

Toda mercancía —escribió Marx— tiene un doble aspecto, el de valor de uso y el de valor de cambio.⁵

El valor de uso no da a una mercancía ningún carácter peculiar. Los objetos de consumo humano en todas las épocas y bajo cualquier forma de sociedad poseen igualmente valor de uso. El valor de uso expresa cierta relación entre el consumidor y el objeto consumido. La economía política, por otra parte, es una ciencia social de las relaciones entre las gentes. Se sigue de aquí que «el valor de uso como tal queda fuera del campo de investigación de la economía política».⁶

Marx excluía el valor de uso —o como ahora se le llamaría, la «utilidad»— de la esfera de investigación de la economía política en virtud de que no da cuerpo directamente a una relación social. Observa estrictamente el requisito de que las categorías de la economía deben ser categorías sociales, esto es, categorías que representen relaciones entre los hombres. Es importante advertir que esto contrasta fuertemente con el punto de vista de la teoría económica moderna. Como se ha observado ya, Lionel Robbins dice —y con ello está simplemente formulando la práctica de todas las escuelas no marxistas—: «Consideramos [el sistema económico] como una serie de relaciones interdependientes aunque conceptualmente discretas *entre hombres y bienes económicos*».⁷ De este punto de partida se sigue, por supuesto, que el valor de uso o utilidad ocupa una posición central entre las categorías de la economía. Pero no se debe pasar por alto en cualquier comparación de la teoría económica marxista con la ortodoxa, que sus respectivos puntos de partida son a este respecto diametralmente opuestos. Ni debe

4. Franz Petry, *Der Soziale Gehalt der Marxschen Werttheorie* (1916). Este pequeño libro, el único publicado por su autor, quien murió en la primera Guerra Mundial a la edad de 26 años, merece mucha más atención de la que ha recibido. Una distinción similar se hace en la excelente nota sobre la teoría del valor, por Alfred Lowe, «Mr. Dobb and Marx's Theory of Value», en el *Modern Quarterly* inglés, julio de 1938.

5. *Critique*, p. 19.

6. *Ibid.*, p. 21.

7. Lionel Robbins, *The Nature and Significance of Economic Science*, p. 69. Las cursivas no figuran en el original.

nacerse motivo de reproche a Marx el que haya dejado de desarrollar una teoría subjetiva del valor, ya que consciente y deliberadamente renunció a cualquier intento de hacerlo.⁸

Esto no significa que el valor de uso no deba desempeñar ningún papel en la teoría económica. Por el contrario, así como la tierra, aunque no una categoría económica en sí misma, es esencial para la producción, el valor de uso es un prerrequisito del consumo y, como correctamente lo observa Petry, no está de ningún modo excluido por Marx de la cadena causal de los fenómenos económicos.⁹

3. VALOR DE CAMBIO

Poseyendo valor de cambio las unas en relación con las otras, las mercancías exhiben su característica única. En una sociedad en la que el cambio es un método regular de realizar el propósito de la producción social, es sólo en calidad de mercancías como los productos tienen valor de cambio. A primera vista, puede parecer que menos aún que en el caso del valor de uso tenemos que ver aquí con una relación social. El valor de cambio aparece como una relación cuantitativa entre cosas, entre las mercancías mismas. ¿En qué sentido, entonces, ha de ser concebido como una relación social y, por lo tanto, como materia adecuada a la investigación del economista? La respuesta de Marx a esta cuestión es la clave a su teoría del valor. La relación cuantitativa entre cosas que llamamos valor de cambio es, en realidad, sólo una forma exterior de la relación *social* entre los propietarios de mercancías o, lo que viene a ser igual en la producción simple de mercancías, entre los productores mismos. La relación de cambio como tal, aparte cualquier consideración de las cantidades implicadas, es una expresión del hecho de que los productores individuales, trabajando aisladamente cada uno, trabajan en realidad los unos para los otros. Independientemente de lo que ellos piensen sobre la cuestión, su trabajo tiene un carácter social que le es impreso por el acto de cambio. En otras palabras, el cambio de mercancías es un cambio de los productos del trabajo de productores individuales. Lo que halla expresión en la forma de valor de cambio es, por consiguiente, el hecho de que las mercancías de que se trata son productos del trabajo humano en una sociedad basada en la división del trabajo, en la que los productores trabajan privada e independientemente.

Hablando en términos estrictos, el concepto valor de cambio se aplica «sólo cuando las mercancías están presentes en plural»,¹⁰ ya que expresa una relación *entre* mercancías. Una mercancía individual, sin embargo, posee la calidad social que se manifiesta cuantitativamente en el valor de cambio. En la medida en que concentramos nuestra atención en esta calidad social, una mercancía es para Marx un simple «valor».

8. La mejor crítica de la teoría subjetiva del valor desde el ángulo marxista, y al mismo tiempo una contribución muy valiosa a la comprensión de la teoría del valor de Marx, es «Böhm-Bawerk's Marx-Kritik», *Marx Studien*, vol. I, 1904, por Rudolf Hilferding.

9. Petry, *Der soziale Gehalt des Marxschen Werttheorie*, p. 17.

10. Marx «Randglossen zu Adolph Wagner's *Lehrbuch der politischen Ökonomie*», apéndice a *Das Kapital*, ed. Instituto Marx-Engels-Lenin, vol. I, p. 853. Esta es la última obra económica de Marx, tomada de un cuaderno de notas fechado en 1881/2. Marx murió en 1883.

Hacia el fin del capítulo I de *El capital*, dice: «Cuando, al comienzo de este capítulo, decíamos, en lenguaje corriente, que una mercancía es tanto un valor de uso como un valor de cambio, estábamos, hablando con precisión, equivocados. Una mercancía es un valor de uso u objeto de utilidad, y un valor».¹¹

Como valor de uso, una mercancía es un rasgo universal de la existencia humana, presente en cada una y en todas las formas de sociedad. Como valor, una mercancía es un rasgo de una forma histórica específica de sociedad que se distingue por dos características principales: 1) división del trabajo desarrollada, y 2) producción privada. En un orden tal –y en ningún otro– el trabajo de los productores se realiza en mercancías, o, si olvidamos el aspecto universal de las mercancías (la utilidad), en valores.

Es esencial darse cuenta de que fue este análisis de las características sociales de la producción de mercancías, y no una arbitraria idea preconcebida o un principio ético, lo que condujo a Marx a identificar el trabajo como la sustancia del valor.¹² Debemos ahora examinar este punto más de cerca.

4. TRABAJO Y VALOR

El requisito de que todas las categorías económicas deben representar relaciones sociales condujo a Marx directamente al trabajo, considerado el «valor que yace oculto detrás»¹³ del valor de cambio. «Sólo una propiedad de la mercancía –como lo expresó Petry– nos permite suponerla portadora y expresión de relaciones sociales, a saber, su propiedad como *producto del trabajo*, ya que como tal no la consideramos ya desde el punto de vista del consumo, sino desde el punto de vista de la producción, como actividad humana materializada...»¹⁴ ¿En qué sentido, entonces, empleamos el concepto «trabajo»?

El trabajo también tiene dos aspectos, uno correspondiente al valor de uso y el otro al valor de la mercancía que produce. A la mercancía como valor de uso corresponde el trabajo como trabajo útil:

La chaqueta es un valor de uso que satisface una necesidad particular. Su existencia es el resultado de una suerte especial de actividad productiva, cuya naturaleza está determinada por su objeto, modo de operación, materia, medios y resultados. Al trabajo, cuya utili-

11. *Capital*, I, p. 70.

12. En las notas sobre Wagner citadas arriba, Marx describía su procedimiento en parte como sigue: de lo que yo... parto es de la forma social más simple en que encontramos el producto del trabajo en la sociedad actual, y que es la "mercancía". La analizo, ante todo, en *la forma en que aparece*. Aquí encuentro que, por una parte, en su forma natural, es una cosa *útil*, alias *valor de uso*, y por otra parte, la *portadora del valor de cambio*... El análisis ulterior de este último me dice que el valor de cambio es sólo una "forma fenomenal", un método independiente de desplegar el valor contenido en la mercancía, y entonces paso al análisis de este último...». *Das Kapital* (Marx-Engels-Lenin, ed.), I, p. 847.

13. *Capital*, I, p. 55.

14. *Der soziale Gehalt der Marxschen Werttheorie*, p. 19.

dad está representada así por el valor en uso de su producto, o que se manifiesta haciendo de su producto un valor de uso, lo llamamos «trabajo útil».¹⁵

Así, la sastrería crea una chaqueta, la hilandería crea hilaza, la tejeduría crea tela, la carpintería crea una mesa, etc. Todas estas son variedades distintas del trabajo útil. Pero sería incorrecto suponer que el trabajo útil es la única fuente del valor de uso; la naturaleza coopera tanto activa como pasivamente en el proceso de producción de valor de uso. «Como lo dice William Petty, el trabajo es su padre y la tierra, su madre.»¹⁶

Si ahora prescindimos del valor de uso de una mercancía, esta existe meramente como valor. Y si procedemos, en forma semejante, a prescindir del carácter útil del trabajo, ¿qué queda?

La actividad productiva, si dejamos de lado su forma especial, a saber, el carácter útil del trabajo, no es más que el gasto de fuerza humana de trabajo. La sastrería y el tejido, aunque cualitativamente actividades productivas diversas, son una y otra un gasto productivo de cerebro, nervios y músculos humanos, y en este sentido son trabajo humano. Por supuesto, esta fuerza de trabajo que permanece igual a través de todas sus modificaciones, debe haber alcanzado cierto punto de desarrollo antes de que pueda ser gastada en múltiples formas. Pero el valor de una mercancía representa trabajo humano abstracto, el gasto de trabajo humano en general.¹⁷

Así, lo que el valor de uso es al valor en el caso de la mercancía, el trabajo útil lo es al trabajo abstracto en el caso de la actividad productiva. Cuando Marx dice que el trabajo es la sustancia del valor, habla siempre, en consecuencia, del trabajo considerado como trabajo abstracto. Podemos resumir la relación cualitativa del valor con el trabajo en la siguiente afirmación:

Por una parte todo trabajo es, hablando fisiológicamente, un gasto de fuerza humana de trabajo, y en su carácter de trabajo humano abstracto idéntico, crea y forma los valores de las mercancías. Por otra parte, todo trabajo es el gasto de fuerza humana de trabajo en una forma especial y con un fin preciso, y en este, su carácter de trabajo útil concreto, produce valores de uso.¹⁸

5. TRABAJO ABSTRACTO

El trabajo abstracto representado en el valor de las mercancías es un concepto que ocupa un lugar importante en el pensamiento de Marx. Hay que reconocer, sin embargo, que no es un concepto fácil de entender, y por esta razón parece cuerdo examinar la cuestión más en detalle.

15. *Capital*, I, p. 48.

16. *Ibid.*, p. 50.

17. *Ibid.*, p. 51.

18. *Ibid.*, p. 54.

Convendría tal vez eliminar desde luego toda mala inteligencia de carácter puramente verbal. A muchos, la expresión «trabajo abstracto» les sugiere algo ligeramente misterioso, quizá no poco metafísico e irreal. Como queda claro en la sección anterior, sin embargo, nada semejante se propuso Marx. El trabajo abstracto es abstracto sólo en el sentido completamente recto de que se pasan por alto todas las características especiales que distinguen una clase de trabajo de otra. La expresión trabajo abstracto es, en pocas palabras, como lo atestigua claramente el uso que Marx hace de ella, equivalente de «trabajo en general»; es lo común a toda actividad humana productiva.

Marx no pensó ser el primero en introducir la idea del trabajo en general en la economía política. Por ejemplo, hablando de Benjamin Franklin, a quien siempre consideró «uno de los primeros economistas, después de William Petty, que penetraron en la naturaleza del valor», hizo la afirmación siguiente:

Franklin no tiene conciencia de que, estimando el valor de toda cosa en trabajo, hace abstracción de cualquier diferencia en las clases del trabajo cambiado, y en esta forma las reduce todas a trabajo humano igual. Pero, aunque ignorante de esto, lo dice, sin embargo. Habla primero de «un trabajo», después de «otro trabajo», y, finalmente, del «trabajo», sin calificación ulterior, como sustancia del valor de toda cosa.¹⁹

Y en relación con otro punto, hace notar que «fue un tremendo progreso por parte de Adam Smith hacer a un lado todas las limitaciones que caracterizan la actividad productora de riqueza y definirla como trabajo en general, no industrial, ni comercial, ni agrícola, ni uno y otro a la vez».²⁰ Ricardo, como Marx lo sabía bien, adoptó el mismo punto de vista y se ajustó a él de modo más consecuente que Smith. En este, como en muchos otros casos, Marx partió de una idea básica de la escuela clásica, le dio expresión exacta y explícita, la desarrolló y la utilizó en el análisis de las relaciones sociales, a su propia manera original y aguda.

Es importante advertir que la reducción de todo trabajo a común denominador, de modo que las unidades de trabajo puedan ser comparadas entre sí y sustituidas una por otra, sumadas y restadas, y finalmente agrupadas para formar un conjunto social, no es una abstracción arbitraria dictada en cierto modo por el capricho del investigador. Es más bien, como observa correctamente Lukács, una abstracción «que pertenece a la esencia del capitalismo».²¹ Veamos esto más de cerca.

La sociedad capitalista se caracteriza por un grado de movilidad del trabajo mucho mayor que el que prevalecía en cualquier forma anterior de sociedad. No sólo los trabajadores cambian de puesto con relativa frecuencia, sino que también la corriente de nuevos trabajadores que entran en el mercado de trabajo es rápidamente desviada de ocupaciones declinantes a otras en ascenso. Como decía Marx, «vemos de una ojeada que, en nuestra sociedad capitalista, una porción dada del trabajo humano se provee, de acuerdo con la demanda cambiante, unas veces en la forma de confección y otras en la de tejido. Puede ser que este cambio no tenga lugar sin fricciones, pero es

19. *Ibid.*, p. 59 n.

20. «Introducción a la Crítica de la Economía Política», *Critique*, p. 298.

21. *Geschichte und Klassenbewußtsein*, p. 18.

preciso que tenga lugar». ²² En estas circunstancias, las diferentes clases específicas de trabajo que existen en un momento dado y las cantidades relativas de cada una vienen a ser cuestiones de importancia secundaria en cualquier noción general del sistema económico. Mucho más importante es el volumen total de la fuerza de trabajo social y su nivel general de desarrollo. De ellos dependen las potencialidades productivas de la sociedad, ya sea que se manifiesten en la producción de artículos de consumo o en la producción de implementos de guerra. Esta conclusión es generalmente aceptada en el mundo moderno; brota de hechos tan comunes en la experiencia, que nadie se atrevería a refutarla. Es importante observar, sin embargo, que al llegar a esta conclusión nos vimos obligados a prescindir de las diferencias entre formas específicas de trabajo, una abstracción que está inevitablemente implícita en la noción misma de una fuerza de trabajo total disponible en la sociedad. Podemos olvidarlo o pasarlo por alto sólo porque las diferencias son *prácticamente* de segunda importancia.

En el curso de una discusión metodológica, Marx subraya este punto en los términos que siguen:

...Esta abstracción del trabajo no es sino el resultado de una suma concreta de diferentes clases de trabajo. La indiferencia hacia la clase particular de trabajo corresponde a una forma de sociedad en la que los individuos pasan fácilmente de una clase de trabajo a otra, debido a lo cual no es importante para ellos qué clase particular de trabajo pueda tocarles desempeñar. El trabajo se ha convertido aquí, no sólo como categoría sino realmente, en un medio de crear riqueza en general y ha dejado de desarrollarse junto con el individuo en un destino particular. Este estado de cosas ha alcanzado su más alto desarrollo en la más moderna de las sociedades burguesas, la de los Estados Unidos. Es sólo aquí donde la abstracción de la categoría «trabajo», «trabajo en general», trabajo *sans phrase*, el punto de partida de la economía política moderna, se realiza en la práctica. ²³

Resumiendo, se puede decir que la reducción de todo trabajo a trabajo abstracto permite ver claramente, detrás de las formas especiales que el trabajo puede adoptar en un momento dado cualquiera, una suma de fuerza de trabajo social que es susceptible de transferencia de un uso a otro de acuerdo con la necesidad social, y de cuya magnitud y desarrollo depende en última instancia la capacidad productora de riqueza de la sociedad. La adopción de este punto de vista, además, está condicionada por la naturaleza misma de la producción capitalista, que lleva la movilidad del trabajo a un grado muy superior al de todas las formas anteriores de sociedad.

6. LA RELACIÓN DE LO CUANTITATIVO CON LO CUALITATIVO EN LA TEORÍA DEL VALOR

Estamos ahora en condiciones de ver con exactitud lo que implica la tesis de que el trabajo abstracto es la sustancia del valor. Una mercancía parece ser a primera vista simplemente un artículo útil que ha sido producido por una suerte especial de traba-

22. *Capital*, I, p. 51.

23. *Critique*, p. 299.

jador, que trabaja privadamente y aislado del resto de la sociedad. Esto es correcto en sí mismo. Pero la investigación revela que la mercancía en cuestión tiene de común con todas las demás mercancías (es decir, que todas ellas son valores) el hecho de absorber una parte del total de la fuerza de trabajo disponible en la sociedad (es decir, que todas ellas son trabajo abstracto materializado). Es esta característica de las mercancías (la cual presupone valor de uso y se manifiesta en valor de cambio) lo que hace de la «mercancía» el punto de partida y la categoría central de la economía política de los tiempos modernos.

Hemos llegado a estas conclusiones a través de un análisis puramente cualitativo, y puede parecer que tienen poco que ver con el problema cuantitativo. No es así, sin embargo. La verdad es que tanto la significación básica como las tareas principales de la teoría del valor cuantitativo son determinadas por el análisis cualitativo. Nos limitaremos aquí a indicar las razones de esto, dejando para el capítulo siguiente la elaboración más detallada.

Desde un punto de vista formal parece que a la teoría del valor cuantitativo sólo concierne descubrir las leyes que rigen las proporciones relativas en que las mercancías se cambian unas por otras. Esta es, ciertamente, la forma en que la teoría ortodoxa considera el asunto; es únicamente una cuestión de valor de cambio.²⁴ Pero, para Marx, como ya sabemos, el valor de cambio es tan sólo la «forma fenomenal» bajo la cual se oculta el valor mismo. Surge, por lo tanto, la cuestión: ¿en qué consiste el problema del valor cuantitativo, además de en la mera determinación de las proporciones de cambio? El análisis hecho arriba nos da la respuesta.

El hecho de que una mercancía sea un valor significa que es trabajo abstracto materializado, o en otras palabras, que ha absorbido una parte del total de la actividad productora de riqueza de la sociedad. Si reflexionamos ahora en que el trabajo abstracto es susceptible de medida en términos de unidades de tiempo, la significación del valor como categoría cuantitativa diferente del valor de cambio se hace visible. Como decía Marx, «la magnitud del valor expresa... la conexión que existe entre cierto artículo y la parte del tiempo total de trabajo de la sociedad que se requiere para producirlo».²⁵

La tarea central de la teoría del valor cuantitativo surge de esta definición del valor como magnitud. Es ni más ni menos que la investigación de las leyes que gobiernan la asignación de la fuerza de trabajo a las diferentes esferas de la producción en una sociedad de productores de mercancías. En el próximo capítulo veremos cómo llevó a cabo Marx esa tarea.

Antes de volver a las implicaciones adicionales del análisis cualitativo de Marx, conviene observar que los dos conceptos, «trabajo socialmente necesario» y «trabajo simple», que han estado al frente de casi todos los ataques a la teoría económica de Marx, pertenecen al aspecto cuantitativo de la teoría del valor y, en consecuencia, serán subsiguientemente examinados. El hecho de que los críticos de Marx hayan concen-

24. Cotéjese, por ejemplo, la siguiente afirmación hecha por Joan Robinson en la introducción a su libro *The Economics of Imperfect Competition*: «el tema principal de este libro es el análisis del valor. No es fácil explicar lo que es el análisis del valor... El punto puede formularse así: usted ve a dos hombres, uno de los cuales da un plátano al otro y recibe de él un penique. Usted pregunta: ¿a qué se debe que un plátano cueste un penique y no otra cantidad cualquiera?» (p. 6).

25. *Capital*, I, p. 114.

trado su atención en este aspecto de la teoría, y en forma unilateral, no es ningún accidente; su actitud hacia el problema del valor los ha inclinado a preocuparse de las proporciones del cambio, perdiendo de vista el carácter de las relaciones sociales que yacen ocultas bajo la superficie. De ahí que formulen extensos juicios sobre el trabajo socialmente necesario y apenas digan algo del trabajo abstracto.

7. EL CARÁCTER FETICHISTA DE LAS MERCANCÍAS

Nuestro análisis de las mercancías nos ha conducido a ver en el valor de cambio una relación entre productores en un sistema determinado de división del trabajo, y en el trabajo particular de los individuos una parte integrante de la suma de fuerza de trabajo de la sociedad. En otras palabras, hemos buscado bajo las formas de organización social para descubrir la sustancia de las relaciones sociales. El que podamos hacer esto no indica, sin embargo, que las formas no sean importantes. Tienen, por el contrario, la mayor importancia. La realidad se percibe en términos de forma. Donde, como aquí, existe entre forma y sustancia una brecha que sólo puede llenar el análisis crítico, el entendimiento hace curiosas trampas. El error y la fantasía son fácilmente aceptables como sentido común evidente, y aun proveen la base para una explicación supuestamente científica. Una incapacidad para comprender, una falsa conciencia, impregna en mayor o menor grado la estructura del pensamiento. Este principio se aplica con fuerza peculiar a las mercancías y a la producción de mercancías. Las ideas a que esta forma de organización social da origen, a menudo tienen sólo una relación remota y desnaturalizada con las relaciones sociales reales que yacen bajo ella. En su doctrina del fetichismo de la mercancía, Marx fue el primero en percibir este hecho y en darse cuenta de su decisiva importancia para la ideología de la época moderna.

En la producción de mercancías la relación básica entre los hombres «adopta, a sus ojos, la fantástica forma de una relación entre las cosas».²⁶ Esta reificación de las relaciones sociales es el corazón y la médula de la doctrina del fetichismo, de Marx:

En las nebulosas regiones del mundo religioso... los productos del cerebro humano aparecen como seres independientes dotados de vida y que entran en relaciones tanto unos con otros como con la especie humana. Lo mismo pasa en el mundo de las mercancías con los productos de la mano del hombre. A esto llamo el fetichismo que se adhiere a los productos del trabajo tan pronto son producidos como mercancías, y que es, por consiguiente, inseparable de la producción de mercancías.

Este carácter fetichista del mundo de las mercancías tiene su origen... en el carácter social peculiar del trabajo que produce mercancías.

Como regla general, los artículos de utilidad se convierten en mercancías sólo porque son productos de individuos privados o grupos de individuos que realizan su trabajo independientemente unos de otros. La suma total del trabajo de todos estos individuos privados forma el trabajo conjunto de la sociedad. Puesto que los productores no se ponen en contacto unos con otros, el carácter social específico del trabajo de cada productor no aparece, excepto en el acto del cambio. En otras palabras, el trabajo del individuo se afirma como par-

26. *Capital*, I, p. 83. «Fantástica» se toma, por supuesto, en su sentido literal.

re del trabajo de la sociedad sólo a través de las relaciones que el acto del cambio establece directamente entre los productos e indirectamente, a través de ellos, entre los productores. Para estos, por consiguiente, las relaciones sociales entre el trabajo de individuos privados aparecen como lo que son, es decir, no como relaciones sociales directas de personas en su trabajo, sino más bien como relaciones materiales de personas y relaciones sociales de cosas.²⁷

En periodos anteriores de la historia, cuando las relaciones de producción tenían un carácter personal directo, tal reificación de las relaciones sociales era evidentemente imposible. Aun en las primeras etapas de la producción de mercancías, «esta mistificación es todavía muy simple»²⁸ y, por lo tanto, es fácil descubrirla. En realidad, sólo cuando la producción de mercancías adquiere un desarrollo tan alto y una difusión tan grande como para dominar la vida de la sociedad, el fenómeno de la materialización de las relaciones sociales adquiere importancia decisiva. Esto ocurre en las condiciones de un capitalismo relativamente avanzado, tal como surgió en Europa occidental durante los siglos XVII y XVIII.²⁹ Aquí la impersonalización de las relaciones productivas es llevada a su punto más alto de desarrollo. El productor individual trata con su prójimo sólo a través del «mercado», donde los precios y las cantidades vendidas son las realidades sustanciales y los seres humanos no son más que sus instrumentos. «Estas cantidades varían de continuo, independientemente de la voluntad, previsión y acción de los productores. Para ellos su propio movimiento social toma la forma de movimiento de las cosas que rigen a los productores en lugar de ser regidas por ellos.»³⁰ Este es, en verdad, «un estado de la sociedad en que el proceso de la producción tiene dominio sobre el hombre en lugar de ser controlado por él»,³¹ y en que, por consiguiente, el carácter real de las relaciones entre los productores mismos es deformado y oscurecido.

Una vez que el mundo de las mercancías ha realizado, por así decirlo, su independencia, y sometido a los productores a su dominio, estos últimos empiezan a mirarlo en buena medida del mismo modo que ven ese otro mundo externo al cual tienen que aprender a adaptarse, el mundo de la naturaleza misma. El orden social se convierte, según la adecuada expresión de Lukács, en una «segunda naturaleza» que se mantiene fuera de los miembros de aquel y opuesta a ellos.³²

Las consecuencias para la estructura del pensamiento son vastas y profundas. Aquí tendremos que contentarnos con algunas sugerencias que puedan servir para ilustrar las posibilidades de interpretación crítica que abre la doctrina del fetichismo.

27. *Capital*, I, pp. 83-84. Una inexactitud grave y algunas secundarias de la traducción inglesa han sido corregidas.

28. *Critique*, p. 31. Véase también *Capital*, pp. 94-95.

29. Cotéjese la discusión de este punto por Lukács, *Geschichte und Klassenbewußtsein*, pp. 96-97. Lukács ha desarrollado y aplicado la doctrina del fetichismo probablemente de un modo tan hábil y con tanto éxito como cualquier escritor marxista.

30. *Capital*, I, p. 86. Se ha hecho una enmienda en la traducción. Este rasgo de la producción de mercancías desarrollada encuentra formulación precisa en la teoría moderna de la competencia pura, en la cual se supone que cada productor trata todos los precios como datos. Su función como sujeto económico consiste en ajustarse a los cambios en los precios del mejor modo posible.

31. *Capital*, I, p. 93.

32. *Geschichte und Klassenbewußtsein*, p. 97.

La aplicación de las ideas y los métodos de la ciencia natural a la sociedad es uno de los rasgos más notables del periodo capitalista. Si bien el desarrollo de las ciencias naturales mismas fue ciertamente, en parte, la causa de ello, sin embargo, las profundas raíces del fenómeno hay que buscarlas en un cambio de actitud hacia la sociedad que fue el reflejo de florecimiento de la producción de mercancías. En el campo de la economía política los resultados de la transición son más claramente visibles en las doctrinas del siglo XVIII, de los fisiócratas en Francia y de la escuela clásica en Inglaterra. La *loi naturelle* de los fisiócratas, la «mano invisible» de Adam Smith, su fe común en la sabiduría del *laissez-faire* como política económica, todo ello indica la profunda creencia en el carácter impersonal y automático del orden económico. Este prejuicio contra la acción social consciente en los asuntos económicos, que se desarrolló en el siglo XVIII, siguió siendo un rasgo muy prominente de la ideología capitalista hasta hace muy poco.³³ Sus raíces específicas en las características de la producción de mercancías, tanto como su conexión con las doctrinas afines de la ley natural y el automatismo social, son brillantemente esclarecidas por la teoría del fetichismo de Marx.

La reificación de las relaciones sociales ha ejercido una profunda influencia en el pensamiento económico tradicional, por lo menos en otros dos sentidos importantes. En primer lugar, las categorías de la economía capitalista —valor, renta, salario, ganancia, interés, etc.— han sido consideradas como si fueran las inevitables categorías de la vida económica en general. Los sistemas económicos anteriores han sido vistos como versiones imperfectas o embrionarias del capitalismo moderno y juzgadas en consecuencia. Basta un poco de reflexión para comprender que este procedimiento pasa por alto importantes diferencias entre formas sociales, estimula una taxonomía no histórica y estéril, y conduce a juicios engañosos y aun a veces risibles. Así, ha sido común en los economistas criticar las prohibiciones medievales de la usura como irracionales y descaminadas, porque, en el capitalismo moderno, el interés desempeña un papel importante en la regulación de la maquinaria productiva. O, para tomar otro ejemplo, vemos a Keynes evaluar la construcción de pirámides en el antiguo Egipto y la construcción de catedrales en la Europa medieval, en términos adecuados a un programa de obras públicas en la Inglaterra del siglo XX.³⁴ No se puede negar, por supuesto, que algunos rasgos son comunes a todas las formas de economía social, pero incluirlas todas en un solo juego de categorías e ignorar, por lo tanto, sus diferencias específicas, es, en un sentido muy exacto, una negación de la historia. El hecho de que la economía moderna haya seguido con firmeza esta línea de conducta es la mejor prueba de su subordinación al fetichismo inherente a la producción de mercancías.

En segundo lugar, la atribución de poder independiente a las cosas no es en ninguna parte más clara que en la división tradicional de los «factores de producción»

33. La declinación del *laissez-faire* en tiempos recientes es fundamentalmente atribuible al desarrollo del monopolio y del imperialismo, un tema que evidentemente no estamos en condiciones de tratar en este punto del análisis. La causa y las implicaciones del monopolio y del imperialismo serán exploradas más adelante, y en la parte IV. El aspecto específicamente ideológico del proceso es breve pero profundamente analizado por Rudolf Hilferding en el pasaje que se incluye en este trabajo como apéndice B.

34. J. M. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money* (1935), p. 131.

en tierra, trabajo y capital, de cada uno de los cuales se piensa que «produce» un ingreso para sus propietarios.

Aquí, como Marx lo expresó,

tenemos mistificación completa del modo de producción capitalista, la transformación de las condiciones sociales en cosas, la mezcla indiferenciada de las condiciones materiales de la producción con sus formas históricas y sociales. Es un mundo encantado, falseado, trastornado, en el que *Monsieur le Capital* y *Madame la Terre* llevan a cabo sus travesuras de duendes como personajes sociales y a la vez como simples cosas.³⁵

Es verdad que la teoría del valor y la distribución de Ricardo, que señala el nivel más alto de la economía política clásica, había puesto la base para una concepción racional de las relaciones de producción capitalistas. Pero Ricardo mismo no pudo elevarse nunca por encima de la visión estrechamente limitada;³⁶ y sus partidarios, alarmados por las perspectivas que se abrían ante ellos, retrocedieron rápidamente al mundo de la ilusión, del que aquel casi les había proporcionado los medios de huir. Desde entonces fueron los críticos del orden social existente, como Marx, los únicos que se preocuparon por continuar lo que Ricardo había dejado inconcluso, poniendo al descubierto las relaciones sociales reales subyacentes en las formas de la producción de mercancías. Lo que de contacto con las relaciones sociales se permitieron los posricardianos fue anulado de hecho por la aparición de la teoría subjetiva del valor en el último tercio del siglo XIX.³⁷

Apartándonos de la economía política en su sentido estrecho, es evidente que la forma de producción de mercancías constituye el velo más eficaz posible para ocultar el verdadero carácter de clase de la sociedad capitalista. Cada quien aparece ante todo como un simple propietario de mercancías con algo que vender: esto es verdad ya se trate de terratenientes, de capitalistas o de trabajadores. Como propietarios de mercancías, todos ellos están en un plano de igualdad perfecta; sus relaciones mutuas no son las relaciones entre amo y siervo de un régimen de *status* personal, sino las relaciones contractuales entre seres humanos libres e iguales. El obrero no advierte que su falta de acceso a los medios de producción lo obliga a trabajar en condiciones dictadas por aquellos que tienen el monopolio de los medios de producción y que, por consiguiente, está siendo explotado para beneficio de otros tan ciertamente como el siervo que era forzado a trabajar cierto número de días en la tierra del señor a cambio del privilegio de labrar un jirón de tierra para sí. Por el contrario, el mundo de las mercancías aparece como un mundo de iguales. El obrero enajena su fuerza de trabajo, la cual permanece opuesta a él como cualquier mercancía a su propietario. La vende, y mientras se le pague su verdadero valor, todas las condiciones del cambio honrado y justo están satisfechas.

35. *Capital*, III, p. 966. A este respecto debe leerse toda la sección sobre «La fórmula trinitaria», a la que pertenece este pasaje.

36. De Ricardo hizo notar Marx, con justicia, que «los paralelogramos de Mr. Owen parecen ser, fuera de la forma burguesa, la única forma de la sociedad que conoce». *Crítica*, pp. 69-70.

37. Véase el excelente ensayo de Maurice Dobb, «The Trend of Modern Economics», en su *Political Economy and Capitalism* (1937).

Esta es la apariencia. Quienes consideran las formas capitalistas como naturales eternas –y hablando en términos generales esto incluye a la mayoría de quienes viven bajo las formas capitalistas– admiten la apariencia como verdadera representación de las relaciones sociales. Sobre esta base se ha levantado toda la vasta superestructura de los principios éticos y legales que sirven a la vez para justificar el orden existente y para regular la conducta de los hombres hacia él. Es sólo mediante un análisis crítico de la producción de mercancías, un análisis que penetre a través de las formas superficiales hasta las relaciones subyacentes de hombre a hombre, como podemos ver con claridad el carácter históricamente relativo de la justicia capitalista y de la legalidad capitalista, de la misma manera que es sólo por tal análisis como podemos ver el carácter histórico del propio capitalismo. Este ejemplo, aunque no podamos continuar su examen aquí, muestra que la doctrina del fetichismo tiene implicaciones que rebasan en mucho los límites convencionales de la teoría económica y del pensamiento económico.

Si la producción de mercancías ha fomentado la ilusión de su propia permanencia y ocultado el verdadero carácter de las relaciones sociales a que da cuerpo, ha creado a la vez la racionalidad económica de los tiempos modernos, sin la cual un pleno desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad sería inimaginable. La racionalidad, en el sentido de una adaptación deliberada de los medios a los fines en la esfera económica, presupone un sistema económico sujeto a ciertas leyes objetivas que no son del todo inestables y caprichosas. Dada esta condición, el individuo puede proceder a planear sus negocios en tal forma que pueda alcanzar, desde su propio punto de vista y desde el punto de vista de las normas comunes, un resultado óptimo.

El hecho de que la producción de mercancías satisfaga esta condición no significa que debamos considerar el sistema como un todo planeado y racional. Por el contrario, el desarrollo de la producción de mercancías bajo las condiciones del capitalismo exhibe, por una parte, una intensa racionalización de sus procesos parciales y por otra, una creciente irracionalidad del funcionamiento del sistema como un todo. Es claro que nos encontramos aquí con una de las mayores contradicciones del régimen capitalista. Un sistema social que tiene dominio sobre el hombre lo educa hasta un punto en que es capaz de controlar su propio destino. Al mismo tiempo, le impide advertir los medios de ejercer el poder que está a su alcance, y desvía más y más sus energías por cauces puramente destructivos.

El estudio de este proceso exigirá nuestra atención en capítulos posteriores de este libro; aquí basta hacer notar que la teoría del valor cualitativo con su corolario en la doctrina del fetichismo de la mercancía, es el primer paso esencial en el análisis que hace Marx del capitalismo. Quien no haya entendido esto ha entendido poco del método crítico de Marx.

3

El problema del valor cuantitativo

1. EL PRIMER PASO

EN TODA SOCIEDAD, DESDE LA MÁS PRIMITIVA HASTA LA MÁS AVANZADA, ES esencial que el trabajo se aplique a la producción y que los bienes sean distribuidos entre los miembros de la sociedad. Lo que cambia en el curso de la historia es el modo de organizar y llevar a cabo estas actividades de producción y distribución. Así lo expresó Marx:

Todo niño sabe que si un país dejara de trabajar, no diré por un año, sino por algunas semanas, moriría. Todo niño sabe también que la masa de productos que corresponde a las distintas necesidades requiere volúmenes distintos y cuantitativamente determinados del trabajo total de la sociedad. Que esta necesidad de distribuir el trabajo social en proporciones precisas no puede ser eliminada por la *forma particular* de la producción social, sino que sólo cambia la *forma que asume*, es un hecho evidente por sí mismo. Ninguna de las leyes naturales puede ser eliminada. Lo que puede cambiar con el cambio de las circunstancias históricas es la *forma* en que estas leyes operan. Y la forma en que esta división proporcional del trabajo opera, en un estado de la sociedad en el que la interconexión del trabajo social se manifiesta en el *cambio privado* de los productos individuales del trabajo, es precisamente el *valor de cambio* de estos productos.¹

El valor de cambio es así un aspecto de las leyes que gobiernan la asignación de la actividad productiva en una sociedad productora de mercancías. Descubrir las implicaciones de esta forma de producción, en términos de relaciones sociales y conciencia social, fue la tarea de la teoría del valor cualitativo examinada en el capítulo anterior. Descubrir la naturaleza de estas leyes en términos cuantitativos es la tarea de la teoría del valor cuantitativo, y es en este sentido que la teoría del valor ha constituido el punto de partida tradicional de la moderna economía política. Si lo tenemos

1. Carta a Kugelmann, *Selected Correspondence*, p. 246.

presente, nos daremos cuenta de que el estudio del valor de cambio mismo es sólo el comienzo de la ciencia económica y no, como lo han sostenido algunos autores, su objetivo último.

Las mercancías se cambian unas por otras en el mercado en ciertas proporciones precisas; absorben también cierta cantidad precisa —que se mide en unidades de tiempo— de la fuerza de trabajo total disponible en la sociedad. ¿Cuál es la relación entre estos dos hechos? Como primera aproximación, Marx supone que existe una correspondencia exacta entre las proporciones del cambio y las proporciones del tiempo de trabajo, o sea, en otras palabras, que las mercancías cuya producción requiere un tiempo igual se cambian sobre la base de uno por uno. Esta es la fórmula más simple y, por lo tanto, un buen punto de partida. Las desviaciones que ocurren en la práctica pueden ser consideradas en subsecuentes aproximaciones a la realidad.

Tenemos que introducir, ante todo, dos especificaciones obvias. En primer lugar, no es cierto que «si el valor de una mercancía es determinado por la cantidad de trabajo empleado en ella, mientras más perezoso e inhábil fuese el trabajador, más valioso sería el producto porque mayor sería el tiempo empleado en su producción».² En la determinación del valor no debe tomarse en cuenta más trabajo que el «socialmente necesario», es decir, necesario en las condiciones sociales existentes. «El tiempo de trabajo socialmente necesario es el que se requiere para producir un artículo en las condiciones normales de la producción y con el grado medio de habilidad e intensidad comunes en un momento dado.»³ Debe notarse que al concepto de «trabajo socialmente necesario» concierne tan sólo la cantidad de trabajo realizado y que no tiene nada que ver con el valor de uso o utilidad.

En segundo lugar, el trabajo más cualificado que el trabajo medio —o «simple»— debe tener, correlativamente, una mayor capacidad de producir valor. «El trabajo cualificado cuenta sólo como trabajo simple intensificado, o más bien como trabajo simple multiplicado, considerándose una cantidad dada de trabajo cualificado igual a una cantidad mayor de trabajo simple.»⁴ La relación cuantitativa entre una hora de trabajo simple y una hora de cualquier tipo dado de trabajo cualificado, es visible en los valores relativos de las mercancías que producen en una hora. Esto no significa, por supuesto, que la relación entre dos tipos de trabajo sea *determinada por* los valores relativos de sus productos. Argumentar de esta forma sería caer en el razonamiento circular. La relación entre los dos tipos de trabajo es teóricamente susceptible de medición con independencia de los valores de mercado de sus productos. Hay aquí dos posibilidades: o bien el trabajador cualificado es más diestro por una habilidad natural superior, o bien el trabajador cualificado es más diestro por su entrenamiento superior. Examinemos estas posibilidades, una tras otra.

Si la diferencia entre dos obreros es una cuestión de habilidad natural, la regla es que la superioridad del más cualificado se manifiesta independientemente de la línea de producción en que pueda ser empleado. Por consiguiente, a fin de establecer una relación cuantitativa de equivalencia entre los dos obreros, sólo es necesario colocar-

2. *Capital*, I, p. 45.

3. *Ibid.*, p. 46.

4. *Ibid.*, p. 51.

los en la misma línea de producción, donde su efectividad relativa puede ser medida fácilmente en términos puramente físicos. Una vez establecida de esta forma la proporción necesaria, puede servirnos para reducir estas dos clases de trabajo a un denominador común en términos de creación de valor, no importa cuán libremente los obreros en cuestión puedan moverse de una industria a otra. No hay nada artificial en esta solución del problema en una sociedad en la que un alto grado de fluidez del trabajo es un hecho demostrado.

Si, por otra parte, la diferencia entre dos obreros es una cuestión de entrenamiento, entonces es claro que el obrero superior emplea en la producción no sólo su propio trabajo (que podemos suponer tendría la calidad de trabajo simple por carecer de entrenamiento) sino también, indirectamente, aquella parte del trabajo de sus maestros a la cual se debe su productividad superior. Si la vida productiva de un obrero es, digamos, de 100.000 horas, y si en su entrenamiento entró el equivalente de 50.000 horas de trabajo simple (incluyendo sus propios esfuerzos en el periodo de entrenamiento), entonces cada hora de su trabajo contará por hora y media de trabajo simple. Este caso, pues, no presenta mayores dificultades que el primero.

En la práctica, las diferencias en pericia pueden ser el resultado de una combinación de diferencias en habilidad y diferencias en entrenamiento. Estos casos más complejos no presentan nuevas cuestiones de principio y se les puede tratar de acuerdo con los métodos que se han esbozado para los dos casos básicos.

La influencia ejercida por la habilidad y el entrenamiento sólo se hace sentir lentamente y de modo imperfecto, y con frecuencia en formas no evidentes. Por esta razón, Marx hizo notar que «las diferentes proporciones en que diferentes clases de trabajo se reducen a trabajo no cualificado como su norma, son establecidas por un proceso que tiene lugar a espaldas de los productores y, en consecuencia, parecen ser fijadas por la costumbre».⁵

Los críticos de la teoría del valor de Marx (y de Ricardo) han sostenido siempre que la reducción del trabajo cualificado a trabajo simple implica el razonamiento circular. El argumento parece ser que la mayor capacidad del obrero más cualificado para crear valor se *deduce del* mayor valor de su producto. Si así fuera, la crítica, por supuesto, sería válida, pero nuestro análisis ha mostrado que no es preciso fiarse de tal razonamiento engañoso. Un ataque más sustancial a la teoría concentraría la atención en la suposición de que las diferencias en habilidad natural son más o menos constantes, aun cuando los obreros sean transferidos de una línea de producción a otra. Claro que no es difícil recordar casos que contradicen esta suposición; hay individuos que son muy hábiles en alguna línea de actividad *especial*, pero cuya capacidad productiva *general* no es de ningún modo notable (por ejemplo, cantantes de ópera, jugadores estrellas de béisbol, matemáticos, etc). Pero estos son casos excepcionales y no debemos permitir que falseen nuestra visión de la fuerza de trabajo como un todo. En lo que se refiere a la vasta mayoría de los obreros productivos, los talentos especializados no tienen gran importancia; las cualidades que hacen a un buen obrero –vigor, destreza, inteligencia– no difieren mucho de una ocupación a otra. La aceptación de este hecho es bastante para establecer la conmensurabilidad esencial del trabajo simple y del trabajo cualificado.

5. *Ibid.*, p. 52.

Habiendo demostrado la viabilidad teórica de reducir el trabajo cualificado a trabajo simple, podemos seguir a Marx cuando abstrae de las condiciones del mundo real lo que hace necesaria tal reducción. «En obsequio a la sencillez, de aquí en adelante tomaremos cualquier clase de trabajo por trabajo simple, no cualificado; con ello no hacemos más que ahorrarnos la molestia de hacer la reducción.»⁶ Desde el punto de vista de los problemas que se propuso estudiar, las diferencias entre el trabajo cualificado y el no cualificado no eran esenciales. Ignorarlas, por lo tanto, es una *abstracción pertinente* en el sentido del término explicado ya en el capítulo 1. Esto no quiere decir que tal abstracción fuera pertinente en todos los casos. Si Marx hubiese tenido interés en explicar las diferencias de salario, por ejemplo, es claro que hubiera sido ilegítima.⁷

Sería un error grave, aunque frecuentemente cometido, el suponer que el capítulo primero de *El capital* contiene toda la teoría del valor cuantitativo de Marx. Se recordará que ese capítulo, titulado «Las mercancías», acentúa predominantemente lo que hemos llamado el problema del valor cualitativo. En lo que concierne al problema del valor cuantitativo, no intenta ir más allá de la primera aproximación contenida en la proposición de que las mercancías se cambian unas por otras en proporción a la cantidad de trabajo socialmente necesario incorporada en cada una. Además, aun con respecto a esta primera aproximación, no se inquieren las circunstancias bajo las cuales sería incondicionalmente válida. Es evidente que en el capítulo I no se da sino un primer paso en el terreno de la teoría del valor cuantitativo. Los pasos siguientes serán dados de acuerdo con el plan de *El capital*, para una etapa ulterior de la obra.

Trataremos de redondear aquí las ideas básicas de Marx sobre el tema del valor, no porque sea esencial hacerlo así para los capítulos que siguen inmediatamente, basados en el volumen I, sino porque este parece ser el mejor modo de evitar incomprendiones que de otra manera podrían presentarse.

2. EL PAPEL DE LA COMPETENCIA

Veamos primero bajo qué condiciones las proporciones de cambio correspondían exactamente a las proporciones del tiempo de trabajo. El famoso ejemplo del ciervo y el castor, de Adam Smith, que Ricardo usó también, nos da un buen punto de partida:

En aquel estado primitivo y rudo de la sociedad que precede a la acumulación de capital y a la apropiación de la tierra, la proporción entre las cantidades de trabajo necesario para adquirir diferentes objetos parece ser la única circunstancia que puede suministrar una regla para el cambio de unos por otros. Si en una nación de cazadores, por ejemplo, matar un castor cuesta por lo común dos veces el trabajo que cuesta matar un ciervo, un

6. *Ibid.*, p. 52.

7. En relación con esto la práctica de Marx no difiere en lo esencial de la de los economistas modernos. Como Hicks lo expresa, «si hemos de prescindir de los cambios en el salario relativo, es completamente legítimo suponer que todo el trabajo es homogéneo». J. R. Hicks, *Value and Capital* (1939), pp. 33-34.

castor debería, naturalmente, valer o cambiarse por dos ciervos. Es natural que lo que es comúnmente el producto de dos días o dos horas de trabajo, valga el doble de lo que es comúnmente el producto de un día o una hora de trabajo.⁸

Los cazadores de Adam Smith son lo que Marx hubiera llamado productores simples de mercancías, cazando cada uno con sus armas relativamente simples, en bosques abiertos a todos y satisfaciendo sus necesidades por medio del cambio de su caza sobrante por los productos de otros cazadores. ¿Por qué, en estas circunstancias, se habrían de cambiar el ciervo y el castor en proporción a la cantidad de tiempo requerida para matar a cada uno de ellos? Es fácil aportar una prueba de lo que Adam Smith daba por supuesto.

Un cazador, empleando dos horas de su tiempo, puede cobrar un castor o dos ciervos. Imaginemos ahora que un castor se cambia por un ciervo «en el mercado». En tales circunstancias, habría que ser un tonto para dedicarse a cazar castores, puesto que en una hora es posible cobrar un ciervo y después, mediante intercambio, obtener un castor, en tanto que para cobrar directamente un castor se necesitarían dos horas. Por lo tanto, esta situación es inestable y no puede durar. La oferta de ciervos crecerá, y la de castores disminuirá hasta que no lleguen al mercado sino ciervos y nadie quiera tomarlos. Si se sigue este razonamiento se puede mostrar por exclusión que sólo una proporción de cambio, a saber, la de un castor por dos ciervos, constituye una situación estable. Si esta proporción rige en el mercado, los cazadores de castores no hallarán incentivo en dedicarse a la caza del ciervo y los cazadores de ciervos no hallarán incentivo en dedicarse a la caza del castor. Esta, por consiguiente, es la proporción de cambio que puede conservar el equilibrio. El valor de un castor es de dos ciervos y viceversa. En esta forma demostramos que la proposición de Adam Smith es correcta.

Para obtener este resultado son necesarias dos suposiciones implícitas, a saber, que los cazadores están preparados para dejar libremente la caza del ciervo por la del castor, si haciéndolo pueden mejorar su situación; y que no hay obstáculos para ese cambio. En otras palabras, los cazadores deben tener el deseo y la posibilidad de competir libremente por cualesquiera ventajas que puedan presentarse en el curso del cambio, transfiriendo su trabajo de una línea de producción a otra. Dada esta clase de competencia en una sociedad de producción simple de mercancías, la oferta y la demanda estarán equilibradas sólo cuando el precio de cada mercancía sea proporcional al tiempo de trabajo requerido para producirla. A la inversa, se establecerán precios proporcionales a los tiempos de trabajo sólo en caso de que las fuerzas competidoras de la oferta y la demanda puedan trabajar libremente. Por lo tanto, la teoría de la determinación de los precios por la oferta y la demanda concurrentes, no sólo no contradice la teoría basada en el trabajo, sino que más bien forma parte integrante, aunque a veces no aceptada, de ella.

Marx no toca este punto en el primer capítulo de *El capital*; como los clásicos, tendió siempre a darlo por supuesto. Pero en algunas otras partes de sus escritos económicos se ocupó de «la oferta y la demanda» —una expresión que era usada simplemente para resumir las fuerzas concurrentes que operan en el mercado— y siempre en el

8. *Wealth of Nations*, I, p. 49.

sentido de un mecanismo destinado a eliminar las desviaciones entre los precios del mercado y los valores: lo que Oskar Lange llama con propiedad un «mecanismo equilibrador».⁹ Así en el volumen III, donde se dedica a esta materia cierto número de páginas, leemos que: «la relación de demanda y oferta explica, en consecuencia, por una parte sólo las desviaciones de los precios de mercado con respecto a los valores de mercado, y por otra parte la tendencia a equilibrar estas desviaciones, en otras palabras, a suspender el efecto de la relación de demanda y oferta».¹⁰ Y el punto queda aún más claro en *Valor, precio y ganancia*, como sigue: «en el momento en que oferta y demanda se equilibran mutuamente, y, por lo mismo, cesan de actuar, el precio de mercado de una mercancía coincide con su valor real».¹¹

3. EL PAPEL DE LA DEMANDA

A Marx se le acusa a menudo de haber ignorado el papel de la demanda, en el sentido de las necesidades y los deseos de los consumidores, en la determinación de las relaciones de valor cuantitativo. El punto carece de importancia en la medida en que la discusión se limita a las proporciones del cambio en una sociedad de producción simple de mercancías como la de los cazadores de Adam Smith, puesto que en esas condiciones la pauta de las necesidades del consumidor no desempeña ningún papel en la determinación de los valores de equilibrio. Si ambos, el castor y el ciervo, son útiles —«nada puede tener valor sin ser un objeto de utilidad»—,¹² deben cambiarse en proporción a sus respectivos tiempos de trabajo, independientemente de la relativa intensidad del deseo que inspire cada uno.

Hemos expresado ya la opinión, sin embargo, de que el problema del valor cuantitativo es más amplio que la mera cuestión de las proporciones del cambio, y de que incluye un estudio de la asignación cuantitativa de la fuerza de trabajo de la sociedad a las diferentes esferas de la producción en una sociedad de productores de mercancías. Cuando se concibe el problema en una forma tan amplia, no se puede prescindir ya de las demandas del consumidor. Si, por ejemplo, los castores son empleados únicamente para hacer sombreros de pelo en tanto que los ciervos suministran el alimento básico de la comunidad, mucha más fuerza de trabajo se empleará en la caza del ciervo que en la del castor. Así es que si se desea conocer *tanto* la proporción del cambio *como* la distribución del trabajo, es necesario contar con dos clases de información: en primer lugar, la información sobre el costo relativo en trabajo del castor y el ciervo; y en segundo lugar, la información sobre la intensidad relativa de la demanda de uno y otro. Dadas estas dos clases de información, es posible determinar lo que puede llamarse el equilibrio económico general de la sociedad en cuestión. Es un «equilibrio» porque define el estado de cosas que, si no ocurre ningún cambio en las condiciones básicas, persistirá; y es «general» porque no sólo se establece el valor

9. En su luminoso ensayo sobre «Marxian Economics and Modern Economic Theory», en *Review of Economic Studies*, junio de 1935.

10. *Capital*, III, p. 224.

11. Ed. International Publishers, p. 26.

12. *Capital*, I, p. 48.

relativo del castor y del ciervo, sino que también se establecen las cantidades de castor y de ciervo producidas y la distribución de la fuerza de trabajo de la sociedad.

Cuando se piensa en las tareas de la teoría del valor cuantitativo en este sentido amplio, no se puede prescindir de la pauta de las necesidades del consumidor. Es exactamente aquí, sin embargo, donde no se puede sostener con éxito el cargo que se hace a Marx de ignorar la demanda. La impresión contraria parece estar tan difundida que una cita en extenso del volumen III puede no ser inoportuna:

Si esta división del trabajo entre las diferentes ramas de la producción es proporcional, entonces los productos de los diferentes grupos se venden por sus valores... o a precios que son modificaciones de sus valores... debido a leyes generales. Es, ciertamente, la ley del valor la que se cumple, no con relación a mercancías o artículos individuales, sino con relación al total de los productos de las esferas sociales particulares de la producción que la división del trabajo hace independientes. Cada mercancía debe contener la cantidad de trabajo necesaria y, al mismo tiempo, sólo debe haberse empleado en los diferentes grupos la cantidad proporcional del tiempo de trabajo social total. Porque el valor de uso de las cosas sigue siendo un prerrequisito. El valor de uso de las mercancías individuales depende de la necesidad particular que cada una satisface. Pero el valor de uso de la masa social de productos depende de la medida en que satisface en cantidad, de manera adecuada, una necesidad social precisa de cada clase particular de producto, de modo que el trabajo se distribuye proporcionalmente entre las distintas esferas de acuerdo con estas necesidades sociales, que son precisas en cantidad... La necesidad social, que es el valor de uso en escala social, aparece aquí como factor determinante de la cantidad de trabajo social que deben suministrar las diferentes esferas particulares... Por ejemplo, suponemos que, proporcionalmente, se han producido demasiados artículos de algodón, aunque sólo se haya realizado en esta producción total el tiempo de trabajo necesario para ella en las condiciones corrientes. Se ha empleado en esta línea de producción demasiado trabajo social o, en otras palabras, una parte de este producto es inútil. El total, por lo tanto, se vende como si sólo se hubiera producido en la proporción necesaria. Este límite cuantitativo de la cuota de trabajo social disponible para las diferentes esferas particulares no es más que una expresión más amplia de la ley del valor, aunque el tiempo de trabajo necesario asume aquí una significación diferente. Sólo tanto de él se requiere para la satisfacción de las necesidades sociales. La limitación se debe aquí al valor de uso. La sociedad puede usar sólo un tanto de su trabajo total para esta clase particular de producto en las condiciones corrientes de la producción.¹³

Si Marx reconocía tan claramente el papel que desempeña la demanda en determinar la asignación del trabajo social, bien se puede preguntar por qué, en el conjunto de su teoría sistemática, se ocupó de este factor tan breve y aun pudiera decirse casualmente; por qué no trabajó en la dirección de sus contemporáneos, Jevons, Walras y Menger, en la elaboración de una teoría de la elección de los consumidores. Hay dos razones fundamentales que explican el visible desdén de Marx por este problema.

En primer lugar, bajo el capitalismo la demanda efectiva es sólo parcialmente una cuestión relativa a las necesidades de los consumidores. Más importante aún es la cuestión básica de la distribución del ingreso, que a su vez es un reflejo de las relacio-

13. *Ibid.*, III, p. 745-746. Véanse también pp. 209, 226.

nes de producción, o en otras palabras, de lo que los marxistas llaman la estructura de clases de la sociedad. Marx era categórico sobre esto:

Observamos de paso que la «demanda social», en otras palabras, la que regula el principio de la demanda, está esencialmente condicionada por las relaciones mutuas de las distintas clases económicas y sus posiciones económicas relativas; es decir, primero, por la proporción entre la plusvalía total y los salarios, y, segundo, por la división de la plusvalía en sus diversas partes (ganancia, interés, renta de la tierra, impuestos, etc.). Y esto muestra una vez más que nada absolutamente puede explicarse por la relación de oferta y demanda, a menos que se haya averiguado previamente la base en que esta relación descansa.¹⁴

Y después:

Parecería... que existe del lado de la demanda una magnitud precisa de necesidades sociales [de la clase obrera] que requiere para su satisfacción una cantidad precisa de ciertos artículos en el mercado. Pero la cantidad que estas necesidades exigen es muy elástica y cambiante. Su fijeza no es sino aparente. Si los medios de subsistencia fuesen más baratos o los salarios en dinero más altos, los trabajadores comprarían más de aquellos, y se pondría de manifiesto una mayor «demanda social» de esta clase de mercancías... Los límites dentro de los cuales la *necesidad de mercancías en el mercado*, la demanda, difiere cuantitativamente de la *necesidad social real*, varía naturalmente con respecto a las diversas mercancías; en otras palabras, la diferencia entre la cantidad de mercancías que exige y aquella cantidad que se exigiría si los precios de las mercancías en dinero, u otras condiciones concernientes al dinero o al modo de vivir de los compradores, fueran diferentes.¹⁵

En la medida en que se acepta la proposición de que la demanda del mercado está dominada por la distribución del ingreso —y es difícil imaginar cómo podría negarse esto, al menos en el caso del capitalismo moderno— parecería que no podemos escapar del todo a la conclusión de que los problemas del valor deben ser abordados por la vía de las relaciones de producción, más bien que por la vía de las evaluaciones subjetivas de los consumidores. Como hemos visto ya en el capítulo anterior, la teoría del valor está hecha para tomar plenamente en consideración las relaciones productivas peculiares a la producción simple de mercancías. En el capítulo siguiente veremos cómo la teoría de la plusvalía sostiene este criterio en el caso del capitalismo, que es una forma más avanzada de producción de mercancías.

Esta consideración por sí sola, sin embargo, difícilmente bastaría para explicar el grado en que Marx desdeña las necesidades de los consumidores. Pues aunque la importancia de estas es limitada, es indudable, sin embargo, que sí desempeñan un papel en determinar la asignación de los esfuerzos productivos de la sociedad. Debe tomarse en cuenta un segundo factor. En el capítulo 1 se subrayó que Marx se interesaba principalmente en el proceso del cambio social: más específicamente, en *El capital* investigaba «la ley económica de movimiento de la sociedad moderna». Desde este punto de vista, todo lo que es en sí mismo relativamente estable y sólo reacciona a los cambios

14. *Ibid.*, p. 214. Se han hecho pequeños cambios en la traducción inglesa.

15. *Ibid.*, pp. 222-223.

que se producen en cualquier otra entidad, no sólo puede sino que debe recibir un puesto secundario en el plan analítico. Es claro que Marx pensaba que las necesidades de los consumidores entran en la categoría de elementos reactivos de la vida social. Las necesidades, en la medida en que no surgen de requerimientos biológicos y físicos elementales, son un reflejo del desarrollo técnico y organizacional de la sociedad, y no viceversa. «El modo de producción de la vida material determina el carácter general de los procesos sociales, políticos y espirituales de la vida. No es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, sino que, por el contrario, su existencia social determina su conciencia.»¹⁶ Si se interesa uno en el cambio económico y acepta la proposición de que los factores subjetivos desempeñan un papel esencialmente pasivo en el proceso del cambio, difícilmente puede uno negar que Marx tenía razón en desdenar, como lo hizo, las necesidades de los consumidores.

Los economistas ortodoxos, aunque en su mayoría abordan el problema del valor por la vía de una teoría de la elección de los consumidores, se han visto generalmente obligados en la práctica a reconocer la primacía de la producción y de la distribución del ingreso siempre que tocan las cuestiones de la evolución económica. Schumpeter puede servir de ejemplo. En su reciente tratado sobre los *Ciclos económicos*, declara:

Procederemos en todo partiendo de la suposición de que la iniciativa de los consumidores en el cambio de sus gustos (es decir, en el cambio del juego de datos que la teoría general incluye en los conceptos de «funciones de utilidad» o «variedades de indiferencia») es desdeñable, y de que todo cambio en los gustos de los consumidores es incidental a la acción de los productores y suscitado por ella.¹⁷

Un poco más adelante, Schumpeter observa que aun los cambios espontáneos en los gustos de los consumidores no tendrán probablemente importancia, a menos que ocasionen transferencias en el ingreso real. Schumpeter admite, en efecto, que para los problemas en que está interesado –los ciclos económicos y las tendencias de desarrollo del sistema capitalista– la teoría de la elección de los consumidores es poco o nada pertinente.

Casi todos los modernos analistas del ciclo económico siguen la misma línea de conducta, aunque son pocos los que lo hacen tan conscientemente como Schumpeter. Los «keynesianos»,¹⁸ por ejemplo, prestan poca atención a los problemas del valor subjetivo, excepto cuando hablan ex profeso de «teoría pura», la que, por ser la más apartada de los problemas sociales, es naturalmente el último baluarte de las ideas anticuadas. La demanda desempeña un papel muy importante en su análisis, pero lo que tienen que

16. *Critica*, pp. 11-12. Cotéjese también lo siguiente: «la producción produce así el consumo: primero, suministrando material a este; segundo, determinando el modo del consumo; tercero, creando en los consumidores la necesidad de sus productos como objetos de consumo. Provee así el objeto, el modo y el resorte móvil del consumo». *Critica*, p. 280.

17. J. A. Schumpeter, *Business Cycles* (1939), I, p. 73.

18. Los que están de acuerdo con las doctrinas fundamentales de J. M. Keynes. La obra de este, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, es, sin duda, la más importante de un economista inglés desde los *Principios*, de Ricardo. Los escritos de Keynes y sus partidarios señalan la emergencia de la teoría económica angloamericana después de un siglo, más o menos, de relativa esterilidad. No hace falta decir que este fenómeno es producto directo de la última fase del desarrollo capitalista.

decir de ella está dominado por la distribución del ingreso, esto es, por las relaciones de producción existentes. Tal vez no sea exagerado decir que la importancia de la contribución keynesiana proviene en gran parte del hecho de que aquí, por primera vez desde Ricardo, la teoría económica ortodoxa concede a las relaciones reales de la producción capitalista un peso razonable en el análisis del proceso capitalista. Se daría un nuevo paso adelante si se pudiera hacer comprender a los keynesianos que es esto lo que hacen.¹⁹

Así vemos que el relativo desdén de Marx por los problemas de la elección de los consumidores encuentra un amplio apoyo en tendencias recientes del pensamiento económico.

4. «LEY DEL VALOR» CONTRA «PRINCIPIO DE LA PLANIFICACIÓN»

Estamos ahora en condiciones de advertir que lo que Marx llamaba «la ley del valor» resume las fuerzas actuantes en una sociedad productora de mercancías, que regula: *a)* las proporciones del cambio de mercancías, *b)* la cantidad producida de cada una, y *c)* la asignación de la fuerza de trabajo a las diferentes ramas de la producción. La condición básica para la existencia de una ley del valor es una sociedad de productores privados que satisfagan sus necesidades por el cambio entre ellos. Las fuerzas actuantes incluyen, por una parte, la productividad del trabajo en las diferentes ramas de la producción y la pauta de las necesidades sociales modificada por la distribución del ingreso; y, por otra parte, las fuerzas equilibradoras de la oferta y la demanda concurrentes en el mercado. Para emplear una expresión moderna, la ley del valor es esencialmente una teoría de equilibrio general desarrollada en primer término con referencia a la producción simple de mercancías y adaptada después al capitalismo.

Esto implica el que una de las principales funciones de la ley del valor sea la de aclarar que en una sociedad productora de mercancías, a pesar de que las decisiones no se toman de un modo centralizado y coordinado, existe el orden y no simplemente el caos. Nadie decide cómo se debe asignar el esfuerzo productivo, o cuánto se debe producir de las diversas clases de mercancías; sin embargo, el problema se resuelve, y no en una forma puramente arbitraria e ininteligible. La función de la ley del valor consiste en explicar cómo sucede esto y cuál es el resultado. Marx lo expone así en un pasaje importante, hacia el fin de *El capital*:

Puesto que los capitalistas individuales se encuentran uno con otro únicamente como propietarios de mercancías, y cada uno procura vender su mercancía tan cara como sea posible (guiados aparentemente en la regulación de su producción por su propia voluntad arbitraria), la ley interna se cumple meramente por medio de la competencia entre ellos, por la presión mutua de uno sobre el otro, mediante la cual se equilibran las diferentes desviaciones. Únicamente como ley interior y, desde el punto de vista de los agentes indivi-

19. Se ha mostrado ya que inclusive Marshall se daba cuenta de la significación primordial de la producción en la formación de las necesidades. Cotéjese Talcott Parsons, «Wants and Activities in Marshall», *Quarterly Journal of Economics*, noviembre de 1931. Ello no parece afectar, sin embargo, la estructura de la teoría de Marshall.

duales, como ley ciega, ejerce aquí su influencia la ley del valor, manteniendo el equilibrio social de la producción en la barahúnda de sus fluctuaciones accidentales.²⁰

De esto se sigue que, en la medida en que la asignación de la actividad productiva es sometida a un control consciente, la ley del valor pierde su pertinencia y su importancia; el principio de planificación la sustituye.²¹ En la economía de una sociedad socialista la teoría de la planificación debiera ocupar la misma posición básica que la teoría del valor en la economía de una sociedad capitalista. El valor y la planificación son tan opuestos entre sí como el capitalismo y el socialismo, y por las mismas razones.

5. VALOR Y PRECIO DE PRODUCCIÓN

El precio, según la forma en que Marx usa el vocablo en el volumen I de *El capital*, es tan sólo la expresión monetaria del valor. Como tal, su análisis pertenece a la teoría del dinero, que no intentaremos exponer en esta obra. En el volumen III, sin embargo, aparece el concepto absolutamente distinto de «precio de producción». Los precios de producción son *modificaciones* de los valores. Sin embargo, puesto que las diferencias entre los precios de producción y los valores son atribuibles a ciertos rasgos del capitalismo que no han sido aún tomados en cuenta, dejaremos el examen del tema para una etapa ulterior del razonamiento (véase, más adelante, el capítulo 7).

Sólo un punto, a este respecto, hay que sentar aquí. Como veremos, los precios de producción se derivan *de* los valores de acuerdo con ciertas reglas generales; las desviaciones no son arbitrarias ni carecen de explicación. La opinión que ha prevalecido en la crítica angloamericana de Marx desde Böhm-Bawerk,²² a saber, que la teoría del precio de producción contradice la teoría del valor, es, por lo tanto, todo lo contrario de la verdad. No sólo la teoría del precio de producción no contradice la teoría del valor, sino que se basa directamente en ella y no tendría ningún sentido a no ser como parte del desarrollo de la teoría del valor.

6. PRECIO DE MONOPOLIO

La introducción de elementos de monopolio en la economía dificulta, por supuesto, el funcionamiento de la ley del valor como reguladora de las relaciones cuantitativas de producción y de cambio. «Cuando hablamos de precio de monopolio —obser-

20. *Capital*, III, p. 1026.

21. Este contraste es correctamente señalado por el antiguo economista soviético Preobrazhensky: «en nuestro país, donde se ha establecido la economía centralizada y planeada del proletariado, y la ley del valor ha sido limitada o sustituida por el principio de planificación, la previsión y el conocimiento desempeñan un papel excepcional en comparación con la economía capitalista». E. Preobrazhensky, *The New Economics* (1926, en ruso), p. 11. Agradezco a Mr. Paul Baran el haberme llamado la atención sobre este pasaje.

22. E. v. Böhm-Bawerk, *Karl Marx and the Close of his System* (traducción inglesa 1898, original 1896), particularmente cap. III, «The Question of the Contradiction».

vaba Marx— queremos decir en sentido general un precio determinado sólo por el anhelo de adquirir de los compradores y por su solvencia, independientemente del precio, que es determinado por el precio de producción general y por el valor del producto.»²³ En otras palabras, el control de la oferta por el monopolista le permite aprovecharse de las condiciones de la demanda. En este caso, por consiguiente, la demanda adquiere una significación especial, y tanto el precio como la cantidad producida (y, en consecuencia, también la asignación del trabajo) son diferentes de lo que serían en un régimen de competencia. Además, y este es el aspecto más serio del monopolio desde un punto de vista analítico, las discrepancias entre el precio en condiciones de monopolio y el valor no están sometidas a ningunas reglas generales, como sucede con las discrepancias entre el precio de producción y el valor. Más adelante, cuando estudiemos las tendencias monopolistas en la sociedad capitalista, encontraremos, sin embargo, que este elemento arbitrario en la determinación del precio bajo condiciones monopolistas no es tan molesto como pudiera parecer al principio. En lo que se refiere al funcionamiento del sistema en su conjunto, descubriremos que la índole, si no la amplitud, de los cambios que origina el monopolio puede ser razonablemente bien analizada e interpretada.²⁴

Antes de abandonar el tema del precio de monopolio, un punto debe ser particularmente subrayado. Las relaciones de valor cuantitativo son perturbadas por el monopolio; las relaciones de valor cualitativo, no. Dicho en otras palabras, la existencia del monopolio en sí misma no altera las relaciones sociales básicas de la producción de mercancías: la organización de la producción a través del cambio privado de los productos individuales del trabajo. Ni cambia la conmensurabilidad esencial de las mercancías; es decir, el hecho de que cada una representa cierta porción del tiempo de la fuerza de trabajo total de la sociedad, o, para emplear la terminología de Marx, que cada una es una congelación de cierta cantidad de trabajo abstracto. Este es un punto importante, pues quiere decir que, aun bajo condiciones de monopolio, podemos seguir midiendo y comparando mercancías y conjuntos de mercancías en términos de unidades de tiempo de trabajo, a pesar del hecho de que las relaciones cuantitativas precisas implicadas en la ley del valor han dejado de ser válidas

23. *Capital*, III, p. 900.

24. Véase, más adelante, el capítulo 15.

4

Plusvalía y capitalismo

ES IMPORTANTE NO CONFUNDIR LA PRODUCCIÓN DE MERCANCÍAS EN GENERAL con el capitalismo. Es verdad que sólo bajo el capitalismo «todos o la mayoría de los productos toman la forma de mercancías»,¹ de modo que puede decirse, ciertamente, que el capitalismo implica la producción de mercancías. Pero lo contrario no es verdad: la producción de mercancías no implica necesariamente el capitalismo. En realidad, un alto grado de desarrollo de la producción de mercancías es un prerrequisito necesario para la aparición del capitalismo. Por consiguiente, a fin de aplicar nuestra teoría del valor al análisis del capitalismo, es necesario ante todo examinar cuidadosamente los rasgos especiales que separan esta forma de producción del concepto general de producción de mercancías.

1. EL CAPITALISMO

Bajo la producción simple de mercancías, a la que principalmente, hasta ahora, hemos limitado nuestra atención, cada productor posee sus propios medios de producción y trabaja con ellos; bajo el capitalismo, la propiedad de los medios de producción corresponde a un conjunto de individuos, mientras que otro realiza el trabajo. Además, tanto los medios de producción como la fuerza de trabajo son mercancías; es decir, unos y otra son objetos de cambio y, por lo mismo, portadores de valor de cambio. Se sigue que no sólo las relaciones entre propietarios, sino también las relaciones entre propietarios y no propietarios tienen el carácter de relaciones de cambio. Lo primero es característico de la producción de mercancías en general, lo segundo, del capitalismo solamente. Podemos decir, por lo tanto, que la compra y venta de la fuerza de trabajo es la *differentia specifica* del capitalismo. Como Marx lo expresó:

Las condiciones históricas de su existencia no se dan de ningún modo con la mera circulación de dinero y mercancías. Sólo pueden surgir a la vida cuando el propietario de los medios de producción y subsistencia se encuentra en el mercado con el trabajador libre que vende su fuerza de trabajo. Y esta condición histórica abarca una historia del mundo.

1. *Capital*, I, p. 188.

El capital, por lo tanto, anuncia desde su primera aparición una nueva época en el proceso de la producción social.²

En la producción simple de mercancías el productor vende su producto a fin de comprar otros productos que satisfagan sus necesidades específicas. Empieza con Mercancías, las convierte en Dinero, y de ahí, una vez más, en Mercancías. Las Mercancías constituyen el principio y el fin de la transacción que tiene su fundamento racional en el hecho de que las mercancías recibidas son cualitativamente diferentes de las entregadas. Marx designa este circuito, simbólicamente, como M-D-M. Bajo el capitalismo, por otra parte, el capitalista, actuando en su calidad de tal, se presenta en el mercado con Dinero, compra Mercancías (fuerza de trabajo y medios de producción) y entonces, después de cumplido un proceso de producción, vuelve al mercado con un producto que convierte una vez más en Dinero. Este proceso se designa como D-M-D. El dinero es el principio y el fin; falta aquí el fundamento racional de M-D-M, ya que el dinero es cualitativamente homogéneo y no sirve para satisfacer necesidades. Es evidente, sin duda, que si la D del comienzo tiene la misma magnitud que la del final, todo el proceso carece de sentido. De ahí que el único proceso significativo desde el punto de vista del capitalista sea D-M-D', en el que D' es mayor que D. La transformación cualitativa del valor de uso es reemplazada aquí por la expansión cuantitativa del valor de cambio como objetivo de la producción. En otras palabras, el capitalista sólo tiene por qué desembolsar dinero a cambio de fuerza de trabajo y medios de producción si en esa forma puede adquirir una cantidad mayor de dinero. El incremento del dinero, la diferencia entre D' y D, es lo que Marx llama plusvalía;³ constituye el ingreso del capitalista como tal y suministra «el fin directo y el incentivo determinante de la producción».⁴

Es muy importante no pasar por alto las implicaciones de este análisis. Para Marx, la importancia decisiva de la plusvalía se debe a la forma histórica específica de la producción capitalista. El pasaje que sigue subraya vigorosamente el punto:

La circulación simple de mercancías –vender para comprar– es un medio de realizar un propósito no conectado con la circulación, a saber, la apropiación de los valores de uso, la satisfacción de necesidades. La circulación de dinero como capital es, por el contrario, un

2. *Ibid.*, p. 189. Esto se expresa a menudo diciendo que el capitalismo, a diferencia de sistemas económicos anteriores, se basa en el trabajo libre. Al lector puede ocurrírsele preguntar si, según este criterio, la economía fascista moderna es capitalista. La respuesta es, ciertamente, en sentido afirmativo. El estudio más completo de la Alemania nacional-socialista hecho hasta ahora responde a esta cuestión del modo siguiente: «libertad de contratación del trabajo significa sobre todo una distinción clara entre trabajo y ocio, que introduce en las relaciones de trabajo la posibilidad de calcular y predecir. Significa que el obrero sólo vende su fuerza de trabajo durante determinado tiempo, que se contrata o se fija por ley... En Alemania aún existe esa libertad de contratación del trabajo. La distinción entre trabajo y ocio es tan neta como en cualquier democracia, si bien el régimen intenta controlar el tiempo libre que les queda a los obreros... Han fracasado todos los intentos de los juristas nacional-socialistas para sustituir el contrato de trabajo por algún otro instrumento legal (tal como las relaciones de comunidad) y... todas las relaciones entre patronos y empleados siguen siendo contractuales». Franz Neumann, *Behemoth* (1942), pp. 338-339.

3. La palabra alemana es *Mehrwert*, literalmente «más valor».

4. *Capital*, III, p. 1026.

fin en sí misma, puesto que la expansión del valor sólo tiene lugar en el curso de este movimiento renovado sin cesar. La circulación de capital, por lo tanto, no tiene límites. De este modo, el representante consciente de este movimiento, el poseedor de dinero, se convierte en capitalista. Su persona, o más bien su bolsillo, es el punto del cual parte y al cual regresa el dinero. *La expansión del valor, que es la base objetiva o el resorte principal de la circulación D-M-D, se convierte en su fin subjetivo, y sólo en la medida en que la apropiación de más y más riqueza en abstracto se convierte en el único motivo de sus operaciones el capitalista actúa como tal, esto es, como capital personificado y dotado de conciencia y voluntad. Los valores de uso, por lo tanto, no deben considerarse nunca el fin real del capitalista; ni tampoco la ganancia lograda en una sola transacción. El proceso inacabable y sin descanso de la obtención de ganancias es el solo fin que persigue.*⁵

Basta comparar esta afirmación con la opinión casi universal de los economistas ortodoxos de que la obtención de plusvalía como incentivo de la producción proviene de una característica innata de la naturaleza humana (el llamado «móvil de la ganancia») para advertir cuán hondo es el abismo que separa la economía política marxista de la ortodoxa. En capítulos posteriores tendremos a menudo ocasión de volver sobre este punto; mientras no se haya entendido cabalmente, no puede hablarse de una genuina comprensión de Marx.

2. EL ORIGEN DE LA PLUSVALÍA

Para descubrir el origen de la plusvalía es necesario, ante todo, analizar el valor de la mercancía fuerza de trabajo. Cuando decimos que la fuerza de trabajo es una mercancía, no queremos decir que el trabajo mismo sea una mercancía. La distinción es importante y debe ser cuidadosamente tomada en consideración; podemos aclararla como sigue. El capitalista toma a salario al obrero para que este vaya cierto día a su fábrica, dispuesto a realizar cualquier tarea que se le encomiende. Al hacer esto, compra la capacidad de trabajo del obrero, su fuerza de trabajo; pero hasta aquí no se trata del gasto de cerebro y músculo que constituyen el trabajo real. Estos últimos entran en el cuadro solamente cuando al obrero se le pone en movimiento, en una tarea específica. El trabajo, en otras palabras, es el uso de la fuerza de trabajo, exactamente como, empleando la analogía de Marx, la digestión es el uso del poder de digestión.

En el sentido más estricto, la fuerza de trabajo es el trabajador mismo. En una sociedad de esclavos esto es obvio, ya que lo que el comprador adquiere es el esclavo y no su trabajo. Bajo el capitalismo, sin embargo, el hecho de que el contrato de trabajo sea legalmente limitado o terminable, o ambas cosas, oscurece la realidad de que lo que el obrero hace es venderse por un periodo de tiempo estipulado. Esta es, sin embargo, la realidad de la cuestión, y es probable que el concepto de un día de fuerza de trabajo sea mejor entendido, simplemente, como un trabajador por un día.

Ahora bien, puesto que la fuerza de trabajo es una mercancía, debe tener un valor como cualquier otra mercancía. Pero, ¿cómo se determina el valor de «esta mercancía peculiar»? Marx responde a esta cuestión como sigue:

5. *Ibid.*, I, pp. 169-170. Las cursivas no figuran en el original.

El valor de la fuerza de trabajo se determina, como en el caso de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo necesario para la producción, y, en consecuencia, también para la reproducción de este artículo especial... Dado el individuo, la producción de fuerza de trabajo consiste en la reproducción de sí mismo o su manutención. Por consiguiente, el tiempo de trabajo requerido para la producción de fuerza de trabajo se reduce al necesario para la producción de los medios de subsistencia; en otras palabras, el valor de la fuerza de trabajo es el valor de los medios de subsistencia necesarios para el mantenimiento del trabajador... Sus medios de subsistencia deben... ser suficientes para mantenerlo en su estado normal como individuo laborante. Sus necesidades naturales, como el alimento, el vestido, el combustible y el alojamiento varían según las condiciones climáticas y otras condiciones físicas de su país. Por otra parte, el número y la magnitud de sus llamadas necesidades esenciales... son el producto del desarrollo histórico y dependen, por lo tanto, en gran medida, del grado de civilización de un país...⁶

Volveremos más tarde a este problema;⁷ por el momento debe advertirse en particular lo que sigue: que el valor de la fuerza de trabajo se reduce al valor de una cantidad más o menos precisa de mercancías ordinarias.

Ahora estamos listos para pasar al análisis de la plusvalía. El capitalista llega al mercado con dinero y compra maquinaria, materiales y fuerza de trabajo. Los combina después en un proceso de producción del que resulta un volumen de mercancías que son lanzadas nuevamente al mercado. Marx supone que el capitalista compra lo que compra a sus valores de equilibrio y vende lo que vende a su valor de equilibrio. Y sin embargo, al final tiene más dinero que cuando comenzó. En algún punto del proceso se ha creado más valor, o plusvalía. ¿Cómo es esto posible?

Es claro que la plusvalía no puede surgir del mero proceso de circulación de mercancías. Si todos pretendieran obtener una ganancia elevando sus precios, digamos en un 10 por ciento, lo que cada quien ganara como vendedor lo perdería como comprador, y el único resultado sería la elevación de los precios en general, lo que a nadie beneficiaría. Parece ser igualmente obvio que los materiales que entran en el proceso productivo no pueden ser la fuente de la plusvalía. El valor que los materiales tienen al comienzo es transferido a los productos al final, pero no hay razón para suponer que posean el poder oculto de aumentar su valor. Otro tanto pasa, aunque tal vez de un modo menos evidente, con los edificios y máquinas que se utilizan en el proceso productivo. Lo que distingue los edificios y la maquinaria de los materiales es el hecho de que los primeros transfieren su valor al producto final más lentamente, es decir, en una sucesión de periodos de producción, y no todo de una vez, como en el caso de los materiales. Es verdad, por supuesto, que de los materiales y la maquinaria se puede decir que son *físicamente* productivos, en el sentido de que la mano de obra que trabaja con ellos puede rendir una producción mayor que la mano de obra que trabaja sin ellos, pero la productividad física en este sentido no debe confundirse bajo ninguna circunstancia con la productividad de valor. Desde el punto de vista del valor no hay razón para suponer que los materiales o la maquinaria puedan transferir finalmente al producto más de lo que ellos contienen. Esto sólo

6. *Ibid.*, pp. 189-190.

7. Veáanse pp. 110 y ss.

deja una posibilidad, a saber, que la fuente de trabajo sea la fuente de la plusvalía. Examinemos esto más de cerca.

Como ya hemos visto, el capitalista compra la fuerza de trabajo por su valor, es decir, paga al obrero como salario una suma correspondiente al valor de los medios de subsistencia del obrero. Supongamos que este valor es el producto del trabajo de seis horas. Pero significa que después de seis horas de producción el obrero ha añadido al valor de los materiales y la maquinaria usados —un valor que sabemos que reaparece en el producto— el valor adicional suficiente para compensar sus propios medios de subsistencia. Si el proceso hubiera de interrumpirse en este punto, el capitalista podría vender el producto por lo exactamente suficiente para reembolsar sus gastos. Pero el obrero se ha vendido al capitalista por un día, y no hay nada en la naturaleza de las cosas que ordene limitar la jornada de trabajo a seis horas. Supongamos que la jornada de trabajo es de doce horas. Entonces, en las últimas seis horas, el obrero continúa agregando valor, pero ahora es un valor en exceso del necesario para compensar sus medios de subsistencia; es, en suma, plusvalía que el capitalista puede tomar para sí.

Todas las condiciones del problema se cumplen, en tanto que las leyes que regulan el cambio de mercancías no han sido en ninguna forma violadas. Pues el capitalista como comprador pagó por cada mercancía, por el algodón, por el huso y por la fuerza de trabajo, su valor completo. Vende su hilaza... en su valor exacto. Sin embargo, retira... de la circulación más de lo que originalmente lanzó a ella.⁸

La llana lógica de este razonamiento puede expresarse de un modo más sencillo. Con su trabajo de un día, el trabajador produce más que los medios de subsistencia de un día. En consecuencia, la jornada de trabajo puede dividirse en dos partes, trabajo necesario y trabajo excedente. Bajo las condiciones de la producción capitalista, el producto del trabajo necesario va a poder del obrero en forma de salario, mientras que el capitalista se apropia el producto del trabajo excedente en forma de plusvalía. Debe notarse que el trabajo necesario y el trabajo excedente como tales son fenómenos que están presentes en todas las sociedades en que la productividad del trabajo humano se ha elevado por encima de cierto mínimo muy bajo, es decir, en todas las sociedades con excepción de las más primitivas. Más aún, en diversas sociedades no capitalistas (por ejemplo, la esclavitud y el feudalismo), el producto del trabajo excedente se lo apropia una clase especial que por un medio u otro mantiene su control sobre los medios de producción. Lo específico del capitalismo es, entonces, no el *hecho* de la explotación de una parte de la población por otra, sino la *forma* que asume esta explotación, a saber, la producción de plusvalía.

3. LOS COMPONENTES DEL VALOR

Por el análisis precedente se ve que el valor de cualquier mercancía producida en las condiciones del capitalismo se puede dividir en tres partes. La primera, que sólo

8. *Capital*, I, p. 217.

representa el valor de los materiales y la maquinaria usados, «no sufre, en el proceso de producción, ninguna alteración cuantitativa de su valor»,⁹ y, por lo mismo, se la llama «capital constante». Se la representa simbólicamente con la letra c . La segunda parte, la que restituye el valor de la fuerza de trabajo, sufre en cierto sentido una alteración de su valor, ya que «reproduce el equivalente de su propio valor y produce, además, un excedente, una plusvalía, que puede variar, que puede estar más o menos de acuerdo con las circunstancias».¹⁰ Esta segunda parte se llama, por consiguiente, «capital variable», y se la representa con la letra v . La tercera parte es la plusvalía misma, que se designa con la letra p . Ciñéndose a esta notación, podemos formular así el valor de una mercancía:

$$c + v + p = \text{valor total}$$

Esta fórmula, además, no se limita en su aplicabilidad al análisis del valor de una sola mercancía, sino que puede extenderse y cubrir la producción total durante cierto periodo, digamos un año, de una empresa o de cualquier grupo de empresas, llegando hasta incluir toda la economía.

Dos comentarios hay que hacer a este respecto. Primero, debe notarse que la fórmula que se acaba de introducir es en realidad una versión simplificada de los balances modernos de empresas. El valor total equivale a las entradas brutas por ventas; el capital constante, al desembolso en materiales más depreciación; el capital variable, al desembolso en sueldos y salarios; y la plusvalía, al ingreso disponible para su distribución como intereses y dividendos o para su reinversión en el negocio. La teoría del valor de Marx tiene así el gran mérito, a diferencia de algunas otras teorías del valor, de su estrecha relación con las categorías reales de contabilidad de la empresa capitalista de negocios.

Segundo, si la fórmula se extiende hasta incluir toda la economía, nos proporciona un armazón conceptual para el manejo de lo que usualmente se llama el ingreso o renta nacional. No obstante, es necesario no pasar por alto las diferencias entre los conceptos marxianos del ingreso y los que emplean investigadores más modernos. Si usamos letras mayúsculas para designar cantidades totales, podemos decir que los teóricos modernos, cuando hablan de ingreso nacional bruto, incluyen comúnmente $V + P$ más esa parte de C que representa la depreciación del capital fijo, pero excluyen el resto de C . Por ingreso nacional neto entienden simplemente $V + P$, lo que incluye todos los pagos a individuos más los ahorros del negocio. Comparando la terminología de Marx con la clásica encontramos un tipo diferente de discrepancia. Por «entrada bruta», Ricardo, por ejemplo, entendía lo que los teóricos modernos llaman ingreso neto, esto es, $V + P$, mientras que «entrada neta» quería decir para Ricardo sólo plusvalía, esto es, la suma de las ganancias y la renta.¹¹

9. *Ibid.*, p. 232.

10. *Ibid.*, pp. 232-233.

11. Para un examen ulterior de la relación entre la fórmula del valor y los conceptos del ingreso, véase, más adelante, el apéndice A.

4. LA TASA DE PLUSVALÍA

La fórmula $c + v + p$ constituye la espina dorsal analítica, por decirlo así, de la teoría económica de Marx. En el resto de este capítulo definiremos y discutiremos ciertas ratios o proporciones que se derivan de ella.

La primera de estas proporciones lleva el nombre de tasa de plusvalía, se define como la proporción de la plusvalía con respecto al capital variable, y se designa con una p' :

$$\frac{p}{v} = p' = \text{tasa de plusvalía}$$

La tasa de plusvalía es la forma capitalista de lo que Marx llama la tasa de explotación, es decir, la proporción de trabajo excedente con respecto al trabajo necesario. Supongamos así que el día de trabajo es de doce horas, y que seis horas corresponden a trabajo necesario y seis horas a trabajo excedente. Entonces, en cualquier sociedad en que una clase explotadora se apropie el producto del trabajo excedente, tendremos una tasa de explotación dada por la proporción siguiente:

$$\frac{6 \text{ hs}}{6 \text{ hs}} = 100 \text{ por ciento}$$

Bajo el capitalismo, el producto del trabajo asume la forma de valor. Si suponemos que en una hora el obrero produce un valor de \$ 1, la tasa de plusvalía será dada por:

$$\frac{\$ 6}{\$ 6} = 100 \text{ por ciento}$$

Lo que, por supuesto, es numéricamente idéntico a la tasa de explotación. Los dos conceptos, tasa de explotación y tasa de plusvalía, pueden ser usados con frecuencia el uno en lugar del otro, pero es importante recordar que el primero es el concepto más general aplicable a todas las sociedades de explotación, mientras que el segundo sólo se aplica al capitalismo.

La magnitud de la tasa de plusvalía es directamente determinada por tres factores: la duración del día de trabajo, la cantidad de mercancías que entran en el salario real y la productividad del trabajo. El primero establece el tiempo total que debe dividirse entre el trabajo necesario y el trabajo excedente, y el segundo y el tercero juntos determinan cuánto de ese tiempo debe contarse como trabajo necesario. Cada uno de estos tres factores es por turno el punto focal de un complejo de fuerzas que debe ser analizado en el desarrollo ulterior de la teoría. La tasa de plusvalía puede elevarse ya sea por una extensión del día de trabajo o por una rebaja del salario real, o por un aumento de la productividad del trabajo, o bien, finalmente, por alguna combinación de las tres operaciones. En caso de aumento en la duración del día de trabajo, Marx habla de la producción de plusvalía absoluta, en tanto que de la rebaja del salario

real o del aumento de la productividad, que conducen a una reducción del trabajo necesario, resulta la producción de plusvalía relativa.

Marx trabaja casi siempre con la suposición simplificada de que la tasa de plusvalía es igual en todas las ramas de la industria y en todas las empresas dentro de cada industria. Esta suposición implica ciertas condiciones que nunca se dan sino parcialmente en la práctica. Primero, debe haber una fuerza de trabajo homogénea, transferible y móvil. Esta condición ha sido ya examinada extensamente en conexión con el concepto de trabajo abstracto;¹² si se la satisface, podemos hablar de «una competencia entre los trabajadores y un equilibrio por medio de su emigración continua de una esfera de la producción a otra».¹³ Segundo, cada industria y todas las empresas dentro de cada industria deben emplear exactamente la cantidad de trabajo que sea socialmente necesaria en las circunstancias existentes. En otras palabras, se supone que ningún productor opera con un nivel de técnica excepcionalmente alto o excepcionalmente bajo. En la medida en que esta condición no se satisfaga, algunos productores tendrán una tasa más alta (o más baja) de plusvalía que el promedio social, y estas diferencias no serán eliminadas por la transferibilidad y movilidad del trabajo entre industrias y empresas.

Es importante entender que la suposición de tasas iguales de plusvalía se basa, en último análisis, en ciertas tendencias muy reales de la producción capitalista. Efectivamente, los obreros se trasladan de las zonas de salarios bajos a las de salarios más altos, y los productores procuran servirse de los métodos técnicos más avanzados. En consecuencia, se puede decir que la suposición no es más que una idealización de las condiciones reales. Como Marx lo expresó:

Tal tasa general de plusvalía —como una tendencia, al igual que todas las demás leyes económicas— la hemos supuesto en aras a la simplificación teórica. Pero en los hechos es una premisa real del modo de producción capitalista, aunque sea más o menos estorbada por fricciones prácticas que ocasionan localmente diferencias más o menos considerables, como en el caso de las leyes de colonización para los trabajadores agrícolas ingleses. Pero en teoría es costumbre suponer que las leyes de la producción capitalista evolucionan en su forma pura. En realidad, sin embargo, no hay sino una aproximación. Esta aproximación es tanto más grande en la medida en que el modo de producción capitalista se desarrolla normalmente, y en la medida en que su adulteración por restos de condiciones económicas anteriores es sobrepasada.¹⁴

5. LA COMPOSICIÓN ORGÁNICA DEL CAPITAL

La segunda proporción que se deriva de la fórmula $c + v + p$ es una medida de la relación del capital constante con el capital variable, en el capital total usado en la producción. Marx llama a esta relación la composición orgánica del capital. Varias pro-

12. Véanse *supra*, pp. 66 y ss.

13. *Capital*, III, p. 206.

14. *Ibid.*, p. 206.

porciones servirían para indicar esta relación, pero la que parece más adecuada es la proporción del capital constante con respecto al capital total. Designemos a este con la letra o . Tenemos entonces:

$$\frac{c}{c + v} = o = \text{composición orgánica del capital}$$

En lenguaje no técnico, la composición orgánica del capital es una medida de la amplitud en que el trabajo es provisto de materiales, instrumentos y maquinaria en el proceso productivo.

Como en el caso de la tasa de plusvalía, los factores que determinan la composición orgánica del capital en cualquier tiempo están sujetos a varias influencias causales. Ciertos aspectos importantes del problema serán examinados más adelante. Por el momento sólo es necesario tomar nota de que la tasa de los salarios reales, la productividad del trabajo, el nivel técnico que prevalece (estrechamente relacionado con la productividad del trabajo) y la amplitud de la acumulación de capital en el pasado, todo ello entra en la determinación de la composición orgánica del capital.

Las suposiciones que hace Marx concernientes a la composición orgánica del capital serán consideradas en la sección siguiente, en relación con la tasa de ganancia.

6. LA TASA DE GANANCIA

Para el capitalista la proporción crucial es la tasa de ganancia g , en otras palabras, la proporción de la plusvalía con respecto al desembolso total de capital. Si la designamos con una g , tenemos:

$$\frac{p}{c + v} = g = \text{tasa de ganancia}$$

Es preciso indicar algunas cosas con respecto a esta proporción. En primer lugar, identificando directamente la plusvalía con la ganancia suponemos que no hay que pagar ninguna porción de la plusvalía al propietario en forma de renta. Esta es una suposición que Marx no hace sino hasta en la parte VI del volumen III de *El capital*, donde introduce por primera vez el problema de la renta. Este procedimiento lo explicó Marx en una carta a Engels en la que adelantaba un esbozo preliminar de *El capital*. «En el conjunto de esta sección (entonces titulada “El capital en general”)... la propiedad de la tierra se toma como = 0; esto es, nada atañe todavía a la propiedad de la tierra como una relación económica particular. Este es el único medio posible de evitar tener que considerarlo todo bajo cada relación particular.»¹⁵ Puesto que intentar una discusión de la teoría de la renta rebasa el plan más bien limitado de esta obra, nos atendremos en todo a la suposición mencionada.

15. Marx-Engels, *Selected Correspondence*, ed. International Publishers, p. 106.

En segundo lugar, la fórmula $p/(c+v)$, hablando estrictamente, muestra la tasa de ganancia sobre el capital realmente empleado en la producción de una mercancía dada. En la práctica, el capitalista calcula usualmente la tasa de ganancia sobre su inversión total por un periodo de tiempo dado, un año, por ejemplo. Pero la inversión total no es generalmente igual que el capital empleado durante un año, ya que el tiempo de rotación de los distintos elementos de la inversión total varía grandemente. Así, por ejemplo, un edificio de fábrica puede durar 50 años y una máquina 10, en tanto que el desembolso por salarios vuelve al capitalista cada tres meses. A fin de simplificar la exposición teórica y de poner la fórmula de la tasa de ganancia de acuerdo con el concepto común de una tasa anual de ganancia, Marx hace la suposición de que todo capital tiene un idéntico periodo de rotación de un año (o cualquier periodo unitario que se escoja para los fines del análisis). Esto implica que el proceso productivo requiere un año, que los materiales, maquinaria y fuerza de trabajo comprados al comienzo del año se han concluido al final de este, y que la producción se vende entonces y todos los gastos se recuperan con la adición de la plusvalía. Esto no quiere decir que Marx ignore las cuestiones relacionadas con los periodos variantes de rotación, como tampoco que ignore el problema de la renta; por el contrario, una gran parte del volumen II está dedicada a las complicaciones que nacen de las diferencias en tiempos de rotación de los distintos elementos del capital. Pero aquí, una vez más, para restringir el alcance de la discusión y enfocar la atención en los elementos esenciales de la teoría, nos atendremos en todo este trabajo a la suposición ya expresada.

En cuanto a los factores que determinan la tasa de ganancia, es fácil demostrar que son idénticos a los factores que determinan la tasa de plusvalía y la composición orgánica del capital. En lenguaje matemático, la tasa de ganancia es una función de la tasa de plusvalía y de la composición orgánica del capital. Recordando las definiciones $p' = p/v$, $o = c/(c+v)$, y $g = p/(c+v)$, se sigue por simple manipulación que

$$g = p' (1 - o).^{16}$$

Así, a pesar del hecho de que la tasa de ganancia es la variable crucial desde el punto de vista del comportamiento del capitalista, para fines de análisis teórico debe mirársela como dependiente de las dos variables más fundamentales, la tasa de plusvalía y la composición orgánica del capital. Este es el procedimiento que Marx adoptó realmente y que seguiremos en nuestras investigaciones subsecuentes.¹⁷

Como en el caso de la tasa de plusvalía, también en el de la tasa de ganancia se supo-

16. Como sigue:

$$\begin{aligned} g &= \frac{p}{c+v} = \frac{pv}{v(c+v)} = \frac{pc + pv - pc}{v(c+v)} = \frac{p(c+v) - pc}{v(c+v)} \\ &= \frac{p(c+v)}{v(c+v)} - \frac{pc}{v(c+v)} = \frac{p}{v} - \frac{p}{v} \cdot \frac{c}{c+v} = p'(1 - o). \end{aligned}$$

17. Véase, particularmente, el capítulo 6.

ne la igualdad general entre las industrias y las empresas. Las condiciones necesarias son estrictamente paralelas en los dos casos. A la movilidad de los trabajadores que pasan de las zonas de salarios bajos a las zonas de salarios más altos, corresponde la movilidad del capital que pasa de las zonas de ganancias reducidas a zonas de mayores ganancias, mientras que en los dos casos se requiere una igualdad general en el nivel de la técnica. Todo capitalista que logre mantener una ventaja en cuanto a métodos técnicos puede disfrutar de una tasa más alta de plusvalía y, por consiguiente, también de una tasa más alta de ganancia, que sus colegas. La justificación de ambas suposiciones es, en consecuencia, de un modo virtual la misma, aunque quizá sea cierto que en la práctica, y en ausencia de monopolio, el capital es más homogéneo y más móvil que el trabajo.

En este punto encontramos por primera vez un problema teórico interesante. Si tanto las tasas de plusvalía como las tasas de ganancia son iguales en todas partes, se sigue entonces que, si el cambio de mercancías debe realizarse de acuerdo con la ley del valor, la composición orgánica del capital debe ser también la misma en todas partes. Esto puede ser fácilmente demostrado suponiendo dos mercancías con iguales valores e iguales tasas de plusvalía, pero con diferentes composiciones orgánicas del capital. Por ejemplo, el valor de la mercancía A se forma de $10c + 20v + 20p = 50$, y el de la B está hecho de $30c + 10v + 10p = 50$. La tasa de plusvalía es, en cada caso, del 100 por ciento, y sus respectivos valores son idénticos; es de suponer que deban cambiarse uno por otro sobre la base de uno a uno. Sin embargo, de ocurrir esto es obvio que el capitalista productor de A tendría una tasa de ganancia del $66 \frac{2}{3}$ * por ciento, mientras que el capitalista productor de B tendría una tasa de ganancia de sólo el 25 por ciento. Esta situación no podría ser estable.

Se recordará que la afirmación de la igualdad en las tasas de plusvalía y en las tasas de ganancia la basamos en tendencias reales existentes en la producción capitalista, tendencias que nacen de la fuerza de la competencia. ¿Podemos aseverar acaso que hay también una tendencia real a la igualdad en las composiciones orgánicas del capital, de modo que pueda salvarse la dificultad haciendo aquí una suposición semejante? La respuesta es negativa. Dentro de una industria dada existe indudablemente una tendencia de las composiciones orgánicas del capital de las diversas firmas a ser iguales entre ellas. Pero entre industrias productoras de mercancías por completo diferentes y con métodos muy variados, tal tendencia no existe. Por ejemplo, evidentemente no hay nada que haga coincidir las proporciones del capital constante con respecto al capital variable en las industrias del acero y de la confección.

Es inevitable, por lo tanto, la conclusión de que en el mundo real de la producción capitalista, la ley del valor no ejerce un control directo. De ningún modo se justifica, sin embargo, el deducir de este hecho, como lo hacen invariablemente los críticos de Marx, que la teoría del valor debe ser desechada, buscándose una nueva base para analizar el funcionamiento del sistema capitalista.¹⁸ Es perfectamente lícito suponer un

* Se ha optado, en esta edición, por mantener la notación de la edición original inglesa en lo que se refiere a los decimales (*N. del E.*).

18. Con mucho, la mejor exposición de este punto de vista es la de Böhm-Bawerk, *Karl Marx and the Close of his System*. Dificilmente será una exageración decir que las críticas subsecuentes a la teoría económica de Marx han sido meras repeticiones de los argumentos de Böhm. La única gran excepción es la crítica de Ladislaus von Bortkiewicz, que será examinada más adelante en varios puntos.

sistema capitalista en el cual las composiciones orgánicas del capital son iguales en todas partes y, por lo tanto, la ley del valor sigue vigente, y examinar el funcionamiento de tal sistema. No es posible decidir *a priori* si este procedimiento es válido o no; hay que ponerlo a prueba abandonando la suposición de las composiciones orgánicas iguales e investigando la medida en que deban modificarse los resultados obtenidos. *Si se demuestra que las modificaciones son de poca importancia, el análisis basado en la ley del valor quedará justificado; si, por otra parte, resultan ser bastante grandes para alterar el carácter esencial de los resultados, entonces, ciertamente, tendremos que abandonar la ley del valor y buscar un nuevo punto de partida.*

El método de Marx se ajusta al procedimiento que acabamos de esbozar. En los dos primeros volúmenes de *El capital*, ignora las diferencias en las composiciones orgánicas, lo cual es otra forma de decir que supone que no existen. Después, en el volumen III, abandona esta suposición e intenta mostrar que, desde el punto de vista de los problemas que estaba tratando de resolver, las modificaciones que resultan son de un carácter relativamente secundario. No hay duda de que la prueba que Marx ofrece para esta última proposición es en algunos aspectos insatisfactoria, pero sustituyéndola por una prueba adecuada demostraremos que tanto su método como sus conclusiones son correctos.¹⁹

Bortkiewicz, el único entre los críticos de la estructura teórica de Marx, advirtió toda la importancia de la ley del valor y de su empleo. Además, como lo veremos, fue Bortkiewicz quien sentó la base para una prueba lógicamente inobjetable de la justeza del método de Marx, lo que le da derecho a ser considerado no sólo un crítico sino también un contribuyente de importancia a la teoría marxiana. Vale la pena citar en este punto del análisis la exposición de Bortkiewicz sobre la cuestión:

El hecho de que la ley del valor no sea válida en el orden económico capitalista depende, según Marx, de un factor o serie de factores que no constituye sino más bien oculta la esencia del capitalismo. Suponiendo que la composición orgánica del capital fuese la misma en todas las esferas de la producción, la ley del valor controlaría directamente el cambio de mercancías sin detener la explotación de los obreros por los capitalistas y sin reemplazar el deseo de ganancia de los capitalistas por ningún otro motivo en la determinación del volumen, la dirección y la técnica de la producción.²⁰

Aquí tenemos en pocas palabras la razón para suponer iguales las composiciones orgánicas del capital. Esta suposición, sin embargo, no debe confundirse con las suposiciones de iguales tasas de plusvalía e iguales tasas de ganancia. Estas últimas tienen su justificación en tendencias reales existentes en una economía capitalista de competencia; la primera envuelve una abstracción deliberada de condiciones que indudablemente existen en el mundo real. Su plena justificación sólo podrá demostrarse, por lo tanto, en una etapa ulterior, cuando examinemos las consecuencias de abandonarla.

19. Véase, más adelante, el capítulo 7.

20. L. v. Bortkiewicz, «Wertrechnung und Preisrechnung im Marxschen System», en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, julio de 1906, p. 30.

5 LA acumulación y el ejército de reserva

1. LA REPRODUCCION SIMPLE

Es útil Y AUN NECESARIO, PARA FINES TEORICOS, IMAGINAR UN SISTEMA Capitalista que marche año tras año por los mismos cauces y sin cambio alguno. Esto nos permite abarcar la estructura de las relaciones que prevalecen en el sistema como un todo, en su forma mas clara y simple. Seguir este procedimiento no implica, sin embargo, pensar que alguna vez haya habido o pudiera haber un sistema capitalista real que permaneciese inmutable año tras año. Ciertamente, cuando examinemos el caso en que se supone que no existe el cambio, se vera que algunos de los elementos mas esenciales del capitalismo, como existe en realidad, han sido deliberadamente ignorados.

Quesnay, el líder de los fisiócratas, fue el primer economista que intento hacer una presentación sistemática de la estructura de las relaciones existentes en la producción capitalista. Su famoso Tableau economique (1758) marco por esta sola razón un hito en el desarrollo del pensamiento económico, y Marx lo llamo indiscutible la idea mas brillante de que la economía política había sido culpable hasta entonces».'

Marx fue enormemente influido por Quesnay y consideraba su propio plan para el análisis de la estructura del capitalismo, que en su forma más elemental llama <<reproducción simple>>, como una versión mejorada del Tableau.²

La reproducción simple se refiere a un sistema capitalista que conserva indefinidamente las mismas dimensiones y las mismas proporciones entre sus diversas partes.

1. Theorien über den Mehrwert, I, p. 92.

2. Una carta de Marx a Engels, fechada el 6 de julio de 1863, comienza como sigue: <<si te resulta posible con este calor, mira el adjunto Tableau economique, con el que sustituyo la Tabla de Quesnay, y dime qué objeciones tienes que hacerle. Abarca todo el proceso de la reproducción Selected Correspondence,

: 153. En El capital Marx abandonó la forma diagramatica del plan que acompañaba a esta carta, pero las ideas están allí, con la exposición muy ampliada. Véase particularmente el volumen I, capítulo XXIII,

el volumen II, capítulo XX. Para un examen de la relación entre el Yhbleau de Quesney y los planes de la reproducción de Marx, véase el apéndice A.

Para que se cumplan estas condiciones es necesario que los capitalistas repongan cada año el capital gastado o usado y empleen toda su plusvalía en el consumo y que los obreros gasten todo su salario en el consumo. Si no se cumplieran estos requisitos tendría lugar una acumulación o bien un agotamiento de la existencia de medios de producción, y esto esta excluido por hipótesis Podemos ver mas fácilmente la razón de estas afirmaciones si representamos la reproducción simple en el lenguaje de notación introducido en el capítulo anterior.

Supongamos que toda la industria esta dividida en dos grandes ramas: en la I se producen medios de producción y en la II se producen artículos de consumo. Para ciertos fines conviene subdividir la rama de artículos de consumo en una productora de artículos de consumo para obreros (wage goods), y otra productora de artículos de consumo para capitalistas, o sea, lo que puede llamarse artículos de lujo.³ Aunque sera deseable trabajar con un plan de reproducción de tres ramas en el capítulo 7, el plan de dos ramas es mas sencillo y enteramente adecuado a nuestros propósitos actuales.

Hagamos que c_1 y c_2 sean el capital constante empleado, respectivamente, en I y II; en forma similar, hagamos que v_1 y v_2 sean el capital variable, p_1 y p_2 la plusvalía, y w_1 y w_2 el producto, medido en valor, de las dos ramas, respectivamente.

Tendremos entonces la tabla siguiente, que representa la producción total:

$$\text{I} \quad c_1 + v_1 + p_1 = w_1$$

$$\text{II} \quad c_2 + v_2 + p_2 = w_2$$

Para que se cumplan las condiciones de la reproducción simple, el capital constante usado debe ser igual a la producción total de la rama de bienes de producción, y el consumo combinado de capitalistas y obreros debe ser igual a la producción total de la rama de artículos de consumo. Esto significa que

$$c_1 + c_2 = c_1 + v_1 + p_1$$

$$v_1 + p_1 + v_2 + p_2 = c_2 + v_2 + p_2$$

Eliminando c_1 de ambos términos de la primera ecuación y $v_2 + p_2$ de ambos términos de la segunda ecuación, se ve que las dos se reducen a la siguiente ecuación única:

$$c_2 = v_1 + p_1$$

Esta puede llamarse, entonces, la condición básica de la reproducción simple. Quiere decir, sencillamente, que el valor del capital constante usado en la rama de artículos de consumo debe ser igual al valor de las mercancías consumidas por los obreros y

5. La distinción, como la hace Marx, es entre «artículos necesarios para la vida» y «artículos de lujo». El Capital II, capítulo XX, sección 4.

capitalistas dedicados a producir medios de producción. Si se satisface esta condición, la escala de la producción no cambia de un año al siguiente.

Antes de seguir adelante, examinemos el plan de reproducción un poco más en detalle. Quizá su mayor importancia reside en el hecho de que ofrece un armazón unificado para analizar las interconexiones de la producción total y del ingreso, un problema que no fue nunca sistemáticamente tratado por los economistas clásicos. La producción se divide en dos amplias categorías: producción total de medios de producción y producción total de artículos de consumo. Ambas, tomadas en su conjunto, constituyen la suma de la oferta social agregada de mercancías. El ingreso, por otra parte, podemos decir que se divide en tres categorías: el ingreso del capitalista que este debe gastar en medios de producción si ha de mantener su posición como capitalista, el ingreso del capitalista que este es libre de gastar en consumo (plusvalía) y el ingreso del trabajador (salario). Sin embargo, puesto que hay capitalistas y obreros en las dos grandes ramas de la producción, quizá sea mejor decir que el ingreso se divide en seis categorías, tres por cada rama. Tomadas en su conjunto, estas constituyen la demanda agregada de mercancías. Ahora, es obvio que en situación de equilibrio la oferta agregada y la demanda agregada deben igualarse, pero lo que no es tan obvio es la interrelación entre los diversos elementos de las dos sumas que serán exactamente suficientes para crear tal equilibrio. Es una de las funciones más importantes del plan de reproducción la de arrojar luz sobre este problema. Cumpliendo esta función —debe observarse de paso—, el plan de reproducción pone los cimientos para un análisis de las discrepancias entre oferta y la demanda agregadas, que, por supuesto, se manifiestan en trastornos generales del proceso productivo.⁴

Cada una de las partidas del plan de reproducción tiene un carácter doble en el sentido de que representa un elemento de demanda y a la vez un elemento de oferta. Considérese C_1 ; constituye una parte del valor de la producción total de los medios de producción y constituye también una parte de los ingresos de los capitalistas de la sección I derivados de la venta de medios de producción y normalmente destinados a gastarse en nuevos medios de producción. Así, c_1 representa a la vez la oferta y la demanda de medios de producción. Los cambios requeridos tienen siempre lugar entre los capitalistas de la sección I; el valor por la cantidad c_1 realiza, por así decirlo, un recorrido circular, partiendo de un extremo de la rama de medios de producción y dando la

vuelta para volver a entrar a la misma rama al comienzo del periodo de producción siguiente. La partida que sigue es v_1 , que representa aquella parte del valor de la producción total de medios de producción que reembolsa los salarios; es, de este modo, oferta de medios de producción. Por otra parte, V_1 representa, asimismo, los salarios de los obreros empleados en producir medios de producción y, en este sentido, evidentemente, constituye demanda de medios de consumo. No se equiparan aquí los elementos de la oferta y la demanda. Lo que es válido para V_1 , bajo la suposición de la reproducción simple, lo es también para p_1 , salvo que aquí se trata de la plusvalía de los capitalistas de la sección I. Completamos el análisis de la sección I con una oferta de medios de producción iguales a $v_1 + p_1$, no vendidos, y

4. Véase el capítulo 10.

con una demanda de medios de consumo de la misma magnitud, no satisfecha. Pasemos ahora a la sección II, o sea, la producción de medios de consumo. Una parte de la producción total de artículos de consumo igual a C_2 , que representa el valor de los medios de producción usados en producir artículos de consumo, corresponde a la demanda de nuevos medios de producción por los capitalistas de la sección II. Aquí tampoco hay equiparación directa entre oferta y demanda. Es diferente lo que pasa con V_2 y p_2 ; estos representan oferta y demanda de artículos de consumo. Como en el caso de C_1 , los cambios necesarios pueden tener lugar totalmente dentro de una sección, esta vez la sección II. La sección II queda así con una oferta «no vendida» de artículos de consumo iguales a C_2 y una demanda no satisfecha de medios de producción de la misma magnitud.

Refiriéndonos ahora a las relaciones entre las dos ramas, advertimos que la I tiene una oferta de medios de producción y una demanda de medios de consumo iguales a $V_1 + p_1$, y la II tiene una demanda de medios de producción y una oferta de medios de consumo iguales a c_2 . Es claro que las dos ramas pueden, por así decirlo, negociar entre ellas, y siempre que $v_1 + p_1$ sea exactamente igual a c_2 , su intercambio desembarazará el mercado de medios de producción y de medios de consumo, y establecerá el equilibrio entre la oferta y la demanda agregadas.

Este razonamiento nos lleva de nuevo a la condición del equilibrio de la reproducción simple por un método que tiene la ventaja de poner al desnudo la lógica inherente al esquema de reproducción. Este esquema de reproducción es, en esencia, un expediente para mostrar la estructura de las ofertas y demandas en la economía capitalista, en términos de las clases de mercancías producidas y de las funciones de quienes perciben los ingresos. Debe agregarse, sin embargo, que del esquema como tal no es posible hacer ningunas deducciones causales; el esquema proporciona un armazón, no un sustituto, para la investigación ulterior.

2. LAS RAÍCES DE LA ACUMULACION

El lector puede haber discurrido que el capitalista que vive en el mundo imaginario de la reproducción simple no muestra las características que atribuimos a los capitalistas en el capítulo anterior. En él hicimos notar que «los valores de uso no deben nunca considerarse el fin real del capitalista», y, sin embargo, hemos construido ahora un sistema en el cual los capitalistas reciben el mismo ingreso año tras año y lo consumen siempre hasta el último dólar. Evidentemente, en tales circunstancias, los valores de uso tendrían que ser considerados el fin que persigue el capitalista.

Es inevitable la conclusión de que la reproducción simple implica la abstracción de lo más esencial en el capitalista, a saber, su interés en ampliar su capital. Realiza esto convirtiendo una parte —a menudo la mayor— de su plusvalía en capital adicional. Su capital acrecentado le permite entonces apropiarse de aún más plusvalía, que a su vez convierte en capital adicional, y así sucesivamente. Este es el proceso conocido como acumulación de capital constituye la fuerza motriz del desarrollo capitalista.

El capitalista, como lo observaba Marx, «comparte con el avaro la pasión por la riqueza como tal. Pero lo que en el avaro es una simple idiosincrasia, en el capitalista es el efecto del mecanismo social del que él es tan solo una de las ruedas».5 Es muy importante comprender este punto. La forma de circulación $D-M-D'$, en la que el capitalista ocupa la posición clave, es, objetivamente, un

proceso de expansion del valor. Este hecho se refleja en el fin subjetivo del capitalista. No es de ningun modo una cuestion de propensiones o instintos humanos innatos; el deseo del capitalista de aumentar el valor que controla (de acumular capital) proviene de su posicion especial en una forma particular de organizacion de la produccion social. Un instante de reflexion mostrara que no podria ser de otro modo. El capitalista es un capitalista y una figura importante en la sociedad solo por ser el propietario y representante del capital. Privado de su capital, no sería nada. Pero el capital tiene una sola cualidad, la de poseer magnitud, y de aqui se sigue que un capitalista puede distinguirse de otro solamente

por la magnitud del capital que representa. El propietario de una gran cantidad de capital ocupa un puesto mas alto en la escala social que el propietario de una cantidad pequena; posicion, prestigio y poder se reducen a la vara de medir cuantitativa de pesos y centavos. El éxito en la sociedad capitalista, por lo tanto, consiste en aumentar el capital propio. «Acumular —como lo expresaba Marx— es conquistar el mundo de la riqueza social, acrecentar la masa de seres humanos explotados por él y, de este modo, extender el predominio directo e indirecto del capitalista.»⁶ Dado el apremio de acumular, un factor adicional apenas menos importante viene a reforzar los motivos del capitalista. La mayor cantidad de plusvalía y también, por lo mismo, el mayor poder de acumulacion corresponde al capitalista que emplea los métodos técnicos mas avanzados y eficientes; en consecuencia, el afan de perfeccionamiento es universal. Pero los nuevos y mejores métodos de produccion exigen mayores desembolsos de capital y convierten en obsoletos ya por lo tanto, sin valor los medios de produccion existentes. Con las palabras de Marx, el desarrollo de la produccion capitalista hace necesario aumentar constantemente la cantidad de capital desembolsado en una empresa industrial dada, y la competencia hace que cada capitalista individual sienta las leyes inmanentes de la produccion capitalista como leyes externas coercitivas. Lo obliga a acrecentar constantemente su capital a fin de conservarlo, pero no puede acrecentarlo si no es por medio de la acumulacion progresiva.⁷

Vemos así que el analisis marxiano relaciona la acumulacion de capital con la forma historica especifica de la produccion capitalista. El camino del éxito y de la elevacion social pasa a través de la acumulacion, y quien rehusa participar en la competencia, esta en peligro de perderlo todo. Conforme a este analisis de la acumulacion, Marx trazo el esbozo de una teoria del consumo de los capitalistas:

En el amanecer historico de la produccion capitalista —y todo capitalista advenedizo debe pasar personalmente por esta etapa historica-, la avaricia y el deseo de hacerse rico son

5. Capital, I, p. 649.

6. [bid.

7. [bid

las pasiones dominantes. Pero el progreso de la produccion capitalista no solo crea un mundo de deleites; abre en la especulacion y el sistema de crédito mil posibilidades de enriquecimiento subitito. Cuando se ha alcanzado cierta etapa de desarrollo, un grado convencional de prodigalidad que es también una exhibicion de riqueza y, por lo mismo, una Puente de crédito se convierte en una necesidad de los negocios para el «infortunado» capitalista. El lujo entra en los gastos de representacion del capital. .. Aunque, por consiguiente, la prodigalidad del capitalista no tiene nunca el caracter bona fide de la prodigalidad del señor feudal dadivoso, sino que, por el contrario, tiene siempre acechando tras ella la mas sordida avaricia y el calculo mas ansioso, y, sin embargo, sus gastos crecen con su acumulacion, sin que los unos restrinjan necesariamente la otra. Pero junto con este crecimiento se desarrolla a la vez en su

pecho un conflicto faustico entre la pasion de acumulacion y el deseo de disfrute.⁸

De este modo, aunque la urgencia de acumular sigue predominando, no excluye un deseo paralelo, y aun en parte derivado, de aumentar el consumo.

Es interesante comparar las ideas de Marx sobre los motivos de la acumulacion y el consumo de los capitalistas con las teorias contemporaneas ortodoxas que ponen el acento en la «abstinencia» y la «espera». Segun la teoria de la abstinencia, es penoso para el capitalista «abstenerse» de consumir a efecto de acumular, y, por lo tanto, el interés del

capital debe considerarse el necesario galardón de tal abstinencia. Contra esto, Marx sustenta la opinión de que acumular capital, es decir, acrecentar la riqueza propia, es un fin positivo y lleva consigo, tanto como el consumo, ciertos «placeres». Sería exactamente tan lógico —indica— ver en el consumo una abstinencia de la acumulación, como lo contrario:

Nunca se le ha ocurrido al economista vulgar hacerse la sencilla reflexión de que toda acción humana debe considerarse como «abstinencia» de su contraria. Comer es abstinencia de ayunar; caminar, abstinencia de estarse quieto; trabajar, abstinencia de estar ocioso; estar ocioso, abstinencia de trabajar, etc. Estos caballeros harían bien en reflexionar sobre la sentencia de Spinoza:

Determinatio est negatio.⁹

En pocas palabras, los capitalistas quieren a la vez acumular y consumir; cuando hacen lo uno, ello puede considerarse abstinencia de lo otro; pero el ver la cuestión de esta manera no explica nada. Si pasamos a la teoría de la «espera» —Alfred Marshall fue el principal exponente de esta doctrina—, las cosas no pueden sino empeorar. La idea aquí es que, finalmente, los capitalistas desean consumir todo lo que poseen. No lo hacen desde luego porque esperan poder consumirlo con interés en el futuro. Esta es la reducción ad absurdum de una adhesión consecuente con la suposición de que todo proceder económico está encaminado a satisfacer necesidades de consumo. En tanto que la teoría de la abstinencia simplemente deja de lado la urgencia del capitalista de acumular riqueza, la teoría de la espera la niega del todo.

8. Capital, I, pp. 650-651. La idea de que «el lujo entra en los gastos de representación del capital»

contiene una interesante prefiguración de la doctrina del «consumo conspicuo», de Thorstein Veblen, como

la expone en 7201*121 de *Za c/use ociaszz*, capítulo IV.

9. Capital, I, p. 654 n.

No debe pasarse por alto el hecho de que la teoría de la abstinencia la presentó por primera vez Nassau W Senior en la década de 1830, y de que los economistas anteriores habían dado generalmente por supuesto un motivo independiente para la acumulación. Así Ricardo le escribió una vez a Malthus; «considero ilimitados las necesidades y los gastos de la humanidad. Todos queremos aumentar nuestros gozos o nuestro poder. El consumo aumenta nuestros gozos; la acumulación, nuestro poder; y ambos promueven igualmente la demanda». Como de costumbre, Ricardo universaliza un rasgo de la producción capitalista, aplicándolo a «la humanidad» en general, pero no hay aquí ningún vestigio del punto de vista de la abstinencia. ¿Cómo podemos explicarnos este súbito cambio de frente de los economistas políticos? La respuesta parece estar en el hecho de que la teoría de la abstinencia, así como las teorías de la espera y de la prelación en el tiempo, después de ella, operaban como defensa de la plusvalía y, por lo tanto, del statu quo. Antes de 1830, más o menos —Marx indica que la revolución de julio en Francia señala el viraje—, el capitalismo, hablando en general, había sido una fuerza agresiva que atacaba muchos, aunque ciertamente no todos, de los aspectos del statu quo. Lograda la victoria, sin embargo, fue necesario pasar del ataque a la defensa. Muchas de las diferencias entre las doctrinas de los economistas clásicos y las de sus sucesores, pueden ser comprendidas tan sólo recordando este hecho; no fue la menor de tales diferencias la señalada por la aparición de la teoría de la acumulación basada en la abstinencia.

3. LA ACUMULACIÓN Y EL VALOR DE LA FUERZA DE TRABAJO: PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Se podría presentar en este punto un esquema de reproducción, que Marx llama Reproducción Ampliada en contraste con la reproducción simple, mostrando la interrelación de las ofertas y las demandas cuando la acumulación es tomada en cuenta, es decir, cuando los capitalistas no consumen ya totalmente la plusvalía, sino que esta se divide en tres partes, una que consumen los capitalistas, otra que se agrega al capital constante y una tercera que se suma al capital variable. Pero nos parece más prudente posponer la presentación de la Reproducción Ampliada hasta el

capítulo 10, cuando estemos preparados para examinar más de cerca sus implicaciones respecto del problema de las crisis. Por ahora nos interesa investigar los efectos de la cantidad acrecentada del capital variable, o lo que viene a ser lo mismo, la demanda acrecentada de fuerza de trabajo, que va implícita en el proceso de acumulación. Para este fin podemos tomar simplemente las relaciones cuantitativas de oferta y demanda que son necesarias para mantener el equilibrio de la Reproducción Ampliada, sin entrar en la estructura formal del esquema.

Partimos, pues, del hecho indudable de que la acumulación implica un aumento en la demanda de fuerza de trabajo. Ahora bien, cuando aumenta la demanda de una mercancía cualquiera, su precio sube asimismo, y esto lleva consigo una desviación del precio respecto del valor. Sabemos que en el caso de una mercancía ordina-

10. Ricardo, *Letters to Malt/Jus*, 1810-1823, ed. Bonar, p. 45. Las cursivas no figuran en el original.

ria, digamos telas de algodón, esto pondrá ciertas fuerzas en movimiento para poner nuevamente el precio de acuerdo con el valor: los manufactureros de telas de algodón obtendrán ganancias anormalmente altas, otros capitalistas serán inducidos a entrar en esa industria, crecerá la oferta de telas de algodón y el precio bajará hasta que sea nuevamente igual al valor, y las ganancias, normales. Habiendo sentado de esta forma el principio general, nos impresiona enseguida un hecho notable: la fuerza de trabajo no es una mercancía ordinaria. No hay capitalista que pueda dedicarse a producir fuerza de trabajo en caso de que suba el precio de esta; en realidad, no hay ninguna «industria de fuerza de trabajo» en el sentido en que hay una industria de telas de algodón. Sólo en una sociedad esclavista, como el sur de Norteamérica antes de la guerra

civil, donde se practicaba la cría de esclavos para obtener ganancias, se puede hablar propiamente de una industria de fuerza de trabajo. Bajo el capitalismo, en general, el mecanismo equilibrador de la Oferta y la demanda está ausente en el caso de la fuerza de trabajo. Mientras estuvimos ocupándonos de la reproducción simple, fue posible suponer que la fuerza de trabajo se vendía por su valor. No había contradicción alguna en tal suposición, ya que no hay fuerzas actuando para producir una desviación entre el precio de la fuerza de trabajo y su valor. Tan pronto se toma en cuenta la acumulación, sin

embargo, deja de ser así. La acumulación eleva la demanda de fuerza de trabajo, y no es ya lícito suponer la igualdad entre los salarios y el valor de la fuerza de trabajo.

Además, como acabamos de ver, el mecanismo en que puede confiarse para el restablecimiento de esta identidad en el caso de todas las mercancías que se producen para obtener ganancias, es ineficaz en el caso de la fuerza de trabajo. Parece que hay ciertas dificultades para la aplicación de la ley del valor a la mercancía fuerza de trabajo."

Esto implica algo más que una sutileza de lenguaje. No es en verdad una exageración decir que pone en cuestión la validez de toda la estructura teórica de Marx. Para advertir el porqué de esto sólo es necesario recordar que la plusvalía, que es esencial para la existencia del capitalismo, depende de la diferencia que existe entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor de la mercancía que el trabajador produce. Si no hay fuerzas en acción que conserven los salarios iguales al valor de la fuerza de trabajo, ¿qué razón hay para suponer la existencia de esta brecha esencial entre los salarios y el valor

11. Los marxistas, generalmente, han pasado por alto la dificultad lógica que envuelve el aplicar la ley del valor a la mercancía fuerza de trabajo. Y es curioso que los críticos de Marx, casi con la misma unanimidad, hayan olvidado este punto tan importante. Bortkiewicz, en este y otros aspectos, es un caso especial. Él vio claramente la dificultad, como lo muestra el pasaje siguiente: «someter los salarios a la ley del valor, como lo hace Marx, es inadmisibles, ya que esta ley, hasta donde puede suponerse, para tener validez descansa en la competencia entre productores, la cual está totalmente excluida en el caso de la mercancía fuerza de trabajo». <<Wertrechnung und Preisrechnung im Marxschen System», *Are/Jiz/für Soziälwissentse/mfž imčí Soziézgbolitik*, septiembre de 1907, p. 483. Bortkievvicz, sin embargo, creía que era posible evitar la dificultad abandonando la idea de que la fuerza de trabajo es una mercancía como otras y suponiendo

simplemente que el salario real es fijo. Al parecer, no se le ocurrió nunca que tal suposición no se justifica ya desde el momento en que se introduce la acumulación.

Oskar Lange, recientemente, ha puesto énfasis en la dificultad que envuelve el aplicar la ley del valor a la mercancía fuerza de trabajo, y ha hecho notar, por primera vez hasta donde yo estoy enterado, las implicaciones del problema con respecto a la estructura teórica de Marx: «Marxian Economics and Modern Economic Theory», *Review of Economic Studies*, junio de 1935.

del producto? ¿No podríamos con igual razón suponer que los salarios suben bajo el estímulo de la acumulación hasta eliminar toda la brecha? Antes de examinar la respuesta de Marx a estas preguntas será necesario analizar brevemente la solución ricardiana del problema de la relación entre los salarios y el valor de la fuerza de trabajo, ya que en esta, como en otras cuestiones de teoría económica, se puede entender mejor a Marx mediante una comparación con Ricardo.

La teoría cuantitativa del valor y la ganancia, de Ricardo, es muy semejante, excepto en materia de terminología, a la de Marx. Este paralelismo parece extenderse a la teoría de los salarios. «El trabajo —dice Ricardo—, como todas las demás cosas que se compran y se venden y que pueden aumentar o disminuir en cantidad, tiene su precio natural y su precio de mercado. El precio natural del trabajo es el precio necesario para que los trabajadores, en promedio, puedan subsistir y perpetuar su raza, sin aumento ni disminución.»¹² Ricardo fue muy explícito sobre las fuerzas que actúan para mantener el precio de mercado a nivel con el precio natural:

Por mucho que el precio de mercado del trabajo pueda desviarse de su precio natural, tiene, como las mercancías, una tendencia a ajustarse a él.

Cuando el precio de mercado del trabajo excede su precio natural, la condición del trabajador es más próspera y feliz, y tiene la posibilidad de disponer de una porción más grande de artículos necesarios y goces de la vida. .. Sin embargo, cuando por el estímulo que los salarios altos dan al crecimiento de la población, el número de trabajadores aumenta, los salarios bajan de nuevo hasta su precio natural, y en verdad, como reacción, caen a veces por debajo de él.”

Para Ricardo, en pocas palabras, el mecanismo necesario para asegurar que los salarios permanezcan más o menos al nivel convencional de subsistencia lo proporciona una teoría de la población. Además, la teoría demográfica en que pensaba era evidentemente un caso especial de la famosa teoría maltusiana, que tan en boga estuvo en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX. Así, en el esquema clásico, la oferta de todas las mercancías ordinarias es regulada por la competencia entre capitalistas, en tal forma que se iguala el precio al valor; en el caso de la oferta de trabajo, precisamente la misma función es desempeñada por la teoría de población. Es en este sentido que la teoría de la población es parte integrante de la estructura teórica de la economía política clásica.

Marx no escribió mucho acerca de los factores que determinan el volumen de la población, pero es evidente, por lo menos, que concebía uso alguno para la teoría maltusiana o cualquiera de sus variantes. A la teoría de la población la llamaba «el dogma de los economistas»¹⁴ y casi no la mencionaba, a no ser para menospreciar

12. *Principles of Political economy*, p. 71. Lo que Ricardo llama el «precio natural del trabajo» equivale al concepto marxiano del «valor de la fuerza de trabajo». Los clásicos, y Marx en una de sus primeras obras de economía, *Value, Labor and Capital* (1847), no distinguían entre el trabajo y la fuerza de trabajo; usaban más bien la palabra «trabajo» en ambos sentidos. La confusión era frecuente como resultado del uso doble de la palabra «trabajo».

13. *Prinzipien*, p. 71. Las cursivas no figuran en el original.

14. Czapitzl, 1, p. 699. Toda la página es importante a este respecto.

15. *Essay on Population*, de Malthus, lo llamó un «libelo sobre la raza humana»¹⁵ y a su doctrina, «la fantasía maltusiana de la población».¹⁶ La gran sensación causada por el Ensayo no se debió de ningún modo a su originalidad o interés científico (pues ambos faltaban en él totalmente) sino «tan sólo a interés de partido».¹⁷ Sería probablemente imposible

encontrar en todos los escritos de Marx una referencia favorable a la doctrina clásica de la población. Evidentemente, no estaba dispuesto a adoptar este método de ajustar la teoría del valor al carácter único de la mercancía fuerza de trabajo.

4. LA SOLUCIÓN DE MARX: EL EJÉRCITO DE RESERVA DEL TRABAJO

Marx estaba, por supuesto, bien enterado de la tendencia de los salarios a subir bajo el impacto de la acumulación de capital: Las exigencias del capital que se acumula pueden exceder al aumento de la fuerza de trabajo o del número de trabajadores; la demanda de trabajadores puede exceder a la oferta y, por consiguiente, los salarios pueden subir. En verdad, esto debe ser así finalmente si las condiciones supuestas antes persisten. Puesto que, si cada año se emplean más trabajadores que en el anterior, tarde o temprano se llegará a un punto en que las exigencias de la acumulación empiecen a sobrepasar la oferta de trabajo acostumbrada y, por lo tanto, tenga lugar una elevación de salarios.¹⁸

Estaba completamente seguro, sin embargo, de que tal elevación de salarios «no puede nunca alcanzar el punto en que amenazase al sistema mismo». Tenía que preguntarse, por lo tanto: ¿qué es lo que detiene los salarios, de tal modo que la plusvalía y la acumulación puedan seguir siendo los rasgos característicos y esenciales de la producción capitalista? Esta cuestión es el anverso de la planteada antes —¿qué es lo que mantiene los salarios iguales al valor de la fuerza de trabajo?— y, por consiguiente, responder a una es, al mismo tiempo, responder a la otra.

La solución de Marx a este problema gira alrededor de su famoso concepto del «ejército de reserva del trabajo» o, como también lo llamó, la «población excedente relativa». El ejército de reserva consiste en obreros desocupados que, mediante su competencia activa en el mercado de trabajo, ejercen una presión continua a la baja en el nivel del salario:

El ejército industrial de reserva durante los periodos de estancamiento y de prosperidad media gravita sobre el ejército activo de trabajo; durante los periodos de sobreproducción y paroxismo, pone freno a sus pretensiones. La población excedente relativa es, por lo tanto, el pivote sobre el cual opera la ley de la demanda y la oferta de trabajo. Ella confina el

15. Carta a Schweitzer, *Selecteal Correspondence*, p. 170.

16. Carta a Kugelmann, *ioicl*, p. 201.

17. *Capital*, I, p. 675 n.

18. *ÍBiol*, p. 672.

campo de acción de esta ley dentro de los límites absolutamente adecuados a la actividad explotadora y a la dominación del capital.¹⁹

El ejército de reserva se recluta principalmente entre aquellos que han sido desplazados por la maquinaria, «sea que esto tome la forma más ostensible del despido de trabajadores empleados ya, o la forma menos evidente pero no menos real de la más difícil absorción de la población trabajadora adicional por los cauces usuales».²⁰ Que

Marx consideraba la introducción de maquinaria para economizar trabajo como una respuesta más o menos directa de los capitalistas a la tendencia ascendente de los salarios, se ve con claridad en el pasaje siguiente:

Entre 1849 y 1859, tuvo lugar una elevación de salarios en los distritos agrícolas ingleses. .. Este fue el resultado de un éxodo inusitado de la población agrícola excedente, ocasionado por las necesidades de la guerra y el desarrollo enorme de los ferrocarriles, las fábricas, las minas, etc. En todas partes los agricultores se lamentaban y el *London Economist*, refiriéndose a aquellos salarios de hambre, parloteaba muy seriamente sobre «un progreso general y sustancial». Ahora bien, ¿qué hicieron los agricultores? ¿Esperaron hasta que, como resultado de esa brillante remuneración, los trabajadores agrícolas se hubieran multiplicado y aumentado hasta tal punto que sus salarios debieran bajar de nuevo, según lo prescribía el talento económico dogmático? Introdujeron más maquinaria y al instante hubo otra vez trabajadores excedentes, en una proporción satisfactoria aun para los agricultores. Había ahora «más capital» que antes, empleado en la agricultura y en una

forma más productiva. Con ello la demanda de trabajo cayó, no sólo relativa sino absolutamente.²¹ En lo que concierne a los capitalistas individuales, cada cual da por supuesto el nivel de los salarios y procura obtener las mayores ventajas posibles. Al introducir maquinaria, por lo tanto, no hace más que tratar de reducir su nómina de pagos. El efecto neto de esta conducta general de los capitalistas, sin embargo, es el de provocar el desempleo, que a su vez actúa sobre el nivel del salario mismo. De aquí se sigue que mientras más fuerte sea la tendencia de los salarios a subir, más fuerte será también la presión del ejército de reserva para contrarrestarla, y viceversa. En términos del movimiento del capital social total, la mecanización significa un alza en la composición orgánica del capital, es decir, un aumento de los gastos de los capitalistas en maquinaria y materiales, a expensas del trabajo. Puede significar un descenso absoluto en la demanda de trabajo, o puede significar simplemente que la demanda de trabajo se retrasa con respecto al aumento del capital total. En este último caso, si la población crece —no importa por qué razones— la ampliación continua del ejército de reserva, digamos como una proporción más o menos constante de la fuerza trabajadora total, es una posibilidad perfectamente lógica. Marx parece haber tenido habitualmente algo de este género en consideración; las suposiciones subyacentes en este caso eran, en verdad, las que se le habrían ocurrido de un modo natural a cualquiera que escribiese a mediados del siglo XIX. 19. Ibid, p. 701. Las cursivas no figuran en el original.

2G. Ibid, p. 691.

21. Ibid, p. 700.

Pero el principio del ejército de reserva es independiente de cualquier suposición particular sobre la población; opera igualmente bien con una población estacionaria y aun con una población declinante. En este hecho tenemos una de las diferencias decisivas entre Marx y sus predecesores de la escuela clásica, un tema al cual volveremos pronto.

En relación con esto, conviene advertir que Marx no fue el primero en descubrir la posibilidad del desplazamiento del trabajo por la maquinaria, ni aun el primero en exponer la falsedad de la teoría de la compensación, que era entonces, como es ahora, tan popular entre los economistas y publicistas ortodoxos. Un trabajo teórico en extremo importante había sido realizado ya por Ricardo (entre otros) en el famoso capítulo «Sobre la maquinaria» que apareció por primera vez en la tercera edición de los Principios. Allí, Ricardo establecía con argumentos un poco desmañados, pero lógicamente inatacables, que la maquinaria que ahorra trabajo «libera» obreros sin liberar el capital variable necesario para su empleo en otras partes, y, por lo tanto, su reemplazo depende principalmente de la acumulación adicional. Aunque Ricardo no lo dijo, es consecuente con su razonamiento el suponer que la tasa de desplazamiento excede la tasa de reabsorción como resultado de la nueva acumulación. El gran éxito de Marx fue la integración de este principio en la teoría general de la acumulación del capital, de tal modo que libera a esta última de la, de otra forma, fatal dependencia del dogma maltusiano de la población.

Sería erróneo, por supuesto, suponer que la tasa de acumulación o bien la introducción de maquinaria para ahorrar trabajo proceden a un ritmo regular como para mantener un delicado equilibrio de los salarios con la plusvalía. Por el contrario, «con la acumulación y el desarrollo de la productividad del trabajo que la acompaña, crece también el poder de expansión rápida del capital». ²² Un estallido súbito de acumulación de capital puede ser el resultado de la apertura de un nuevo mercado o de una nueva industria. En tales casos, el ejército de reserva se vacía y desaparece el obstáculo que frena el alza de los salarios; la plusvalía puede, en verdad, disminuir seriamente. «Pero tan pronto esta disminución toca el punto en que el trabajo excedente que nutre al capital no es suministrado ya en el volumen normal, se produce una reacción: se capitaliza una parte menor del ingreso, la acumulación se retrasa y el movimiento de alza de los salarios se detiene.»²³ Marx describe aquí una de las causas fundamentales de las crisis. Junto a la eliminación del trabajo por la maquinaria, las crisis y las depresiones toman su lugar como mecanismo capitalista específico para reconstruir el ejército de reserva cada vez que este se ha reducido a proporciones peligrosamente pequeñas. Dejamos para más tarde la elaboración del tema.²⁴ Aquí Sólo necesitamos tomar nota de que, a través de su relación con el ejército de reserva, el problema de las crisis ocupa una posición central en el sistema teórico de Marx. En tanto que para los teóricos clásicos el problema consistía

no tanto en explicar las crisis como en explicar su desaparición, para Marx el capitalismo sin crisis sería, en último análisis, inconcebible.²⁵

22. Ibid, p. 693.

23. Ibid, p. ÖSU.

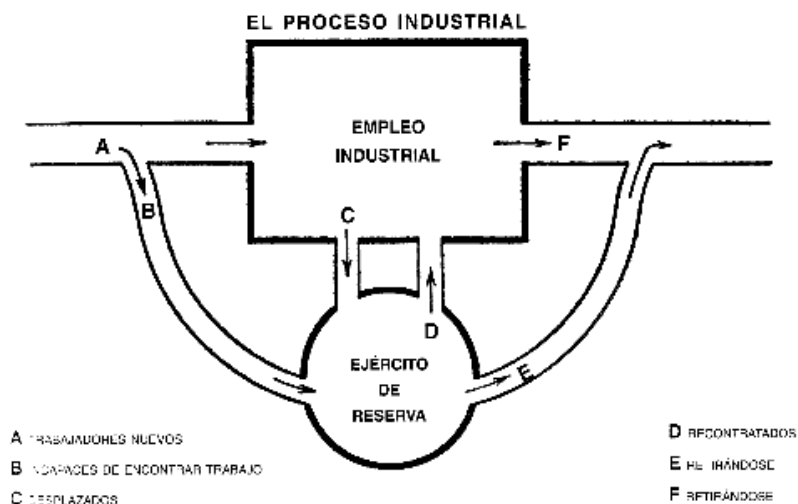
24. Véase, más adelante, el capítulo 9.

25. En el caso del fascismo, este principio sufre una modificación considerable. Véase infra el Capítulo 18, secs. 5 y 6.

Se puede esclarecer la teoría del ejército de reserva con un sencillo diagrama que representa el proceso industrial. Arriba está la gran masa de trabajadores en Empleo industrial. Esta es alimentada, de una parte, por la corriente de nuevos trabajadores que consiguen puestos por primera vez en la industria capitalista (A), y de la otra, por

los desocupados del ejército de reserva que se incorporan a la industria. Abandonan el empleo industrial, primero, los trabajadores retirados que han concluido su carrera productiva (F), y segundo, aquellos que son desplazados de la industria (C) y, por lo tanto, pasan al ejército de reserva. Para completar el diagrama, se incluyen dos corrientes más, a saber, los nuevos trabajadores que, no logrando encontrar empleo, se incorporan inmediatamente al ejército de reserva (B); y aquellos que, después de un periodo de desocupación, abandonan la búsqueda de puestos de trabajo y se agregan a la corriente de trabajadores retirados

EL PROCESO INDUSTRIAL



En la fase de prosperidad del ciclo económico, el empleo industrial aumenta a expensas del ejército de reserva; por otra parte, a la crisis y la depresión corresponde una contracción del Empleo Industrial mientras el ejército de reserva crece.

Una representación diagramática similar de la noción clásica del proceso industrial sólo necesitaría mostrar el empleo industrial con la corriente de nuevos trabajadores que ingresan y el flujo de trabajadores que se retira. El nivel de los salarios, en esta perspectiva, depende principalmente de la magnitud de la corriente de nuevos trabajadores, la que a su vez es una función del crecimiento de la población. De esta forma, si consideramos el sistema de producción como coextensivo del campo de Empleo industrial, la noción clásica concebía que los salarios estaban, a fin de cuentas, regulados por factores exteriores al sistema (población).

En la teoría de Marx, sin embargo, el sistema de producción incluye tanto el Empleo Industrial como el ejército de reserva. Sea cual fuere la suposición que hagamos con respecto a factores exteriores al sistema (población), queda en pie el hecho de que este contiene en sí un mecanismo para regular el nivel de los salarios y, por lo tanto, para

mantener el de las ganancias.²⁶

Más aún, puesto que todas las corrientes de la figura están concebidas como flujos permanentes, no hay lugar a una crítica basada en el argumento de que el desempleo tecnológico es meramente un fenómeno transitorio y, por lo tanto, no puede ser parte integrante de una teoría del sistema de producción.

5 . LA NATURALEZA DEL PROCESO CÁPITALĪSTA

La economía política clásica, que tan firmemente se apoya en la teoría maltusiana de la población, se inclinó siempre a predecir el fin inminente del progreso económico. El razonamiento era majestuoso y convincente en su simplicidad. La acumulación estimula indirectamente el desarrollo de la población; el aumento del número de habitantes obliga a recurrir a tierras inferiores; las cosas necesarias para la vida sólo pueden producirse, por consiguiente, a un costo sin cesar creciente en términos de horas-hombre. Esto implica un alza en el valor del trabajo y, en consecuencia, de los salarios como una proporción del producto total;²⁷ y, por lo mismo, también, un descenso de la ganancia como una proporción del producto total. Eventualmente parecía seguro que inclusive la cantidad absoluta de la ganancia comenzaría a descender. Finalmente, la acumulación por los capitalistas —la fuerza motriz de todo el proceso- «cesará del todo cuando sus ganancias sean tan bajas que no representen para ellos una compensación adecuada por las molestias y los riesgos que necesariamente afrontan empleando su capital de forma productiva».²⁸ Este curso inexorable de la evolución podría ser detenido temporalmente por descubrimientos técnicos y científicos que hicieran menos costosa la producción de artículos necesarios. Pero al final debe efectuarse y alcanzar su conclusión lógica, el estado estacionario. El progreso económico debe ser finalmente detenido por dos leyes naturales preponderantes e inmutables: la ley de la población y la ley de los rendimientos decrecientes. John Stuart Mill, a este respecto, habla en serio de la «imposibilidad de evitar en último término el estado estacionario, esta irresistible necesidad de que la corriente de la actividad humana desemboque al fin en un mar al parecer estancado».²⁹

Esta es una teoría de la evolución económica que se deduce con precisión lógica de algunas premisas iniciales claramente enunciadas. Como palabra final de la economía política clásica sobre la tendencia esencial del sistema capitalista, posee una intrínseca

26. Con esto no se niega la importancia práctica y teórica de la tasa de crecimiento de la población. El problema adquiere gran importancia en un nivel de abstracción un poco más bajo. Véase, más adelante, el capítulo 12, sección 3, n.º 3.

27. Ello no implica, por supuesto, ninguna elevación de la tasa del salario real.

28. Ricardo, *Principios*, p. 101.

29. J. S. Mill, *Principios de Economía Política*, ed. Ashley, p. 746.

pidez intelectual que, ciertamente, no debe negarse. Pero hacia el final del siglo XIX, los hechos, minando como termitas los cimientos de la soberbia mansión, hicieron que todo el edificio se derrumbara con estrépito. La teoría maltusiana de la población no pudo sobrevivir al notable descenso en la curva de las tasas de natalidad que comenzó durante la década de 1870 en los países occidentales más avanzados. Los economistas, gradualmente y de mala gana, se vieron obligados a abandonar la teoría de la población y con ella toda la teoría clásica de la evolución económica.

Dadas las circunstancias, esto era inevitable. Pero los economistas abandonaron mucho más de lo que era necesario. En vez de buscar una teoría satisfactoria de la evolución económica para sustituir la teoría clásica desacreditada, procedieron a excluir las cuestiones relativas a los procesos evolutivos del campo de la elaboración teórica sistemática. Desde el punto de vista de «la estática y la dinámica» a las que los teóricos dedicaban ahora su atención, incluso el ciclo económico aparecía como un asunto meteorológico o, en el mejor de los casos, como un producto secundario de la incapacidad congénita de la mente legislativa para entender los verdaderos principios del dinero y de la banca.

Tales fueron las tristes consecuencias del colapso de la teoría clásica.

El desarrollo de la teoría económica de Marx, sin embargo, no podía conducir a tales resultados. Rechazando desde el principio cualquier permuta con el maltusianismo, Marx se protegió contra los perniciosos efectos de su colapso. Más aún, incluyendo en su estructura teórica el principio del ejército de reserva en vez de la ley de la población, no sólo rompió categóricamente con la tradición clásica, sino que puso también la base para un nuevo y asombrosamente poderoso ataque a los problemas de la evolución económica.

En tanto que en la teoría clásica los cambios en los métodos de producción son considerados dependientes de invenciones y descubrimientos esencialmente fortuitos, en la teoría de Marx se convierten en condiciones necesarias para prolongar la existencia de la producción capitalista. Pues es principalmente por medio de las innovaciones tecnológicas para economizar trabajo como se recluta el ejército de reserva, y sólo por la existencia continua del ejército de reserva pueden sobrevivir la plusvalía y la clase que ella sostiene. Pero esto no agota la cuestión. No es ni siquiera necesario aceptar la teoría del materialismo histórico de Marx para convenir en la tesis de que los cambios en la técnica de la producción ejercen una profunda influencia en la estructura institucional e ideológica de la sociedad. En el *Manifiesto Comunista*, dijo Marx: «la burguesía no puede existir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción y, por este medio, las relaciones de producción y, con ellas, todas las relaciones de la sociedad». En *El capital*, Marx plantó esta penetrante visión en el suelo de la teoría económica. De este modo, descubrió una de las más importantes «leyes de movimiento» del capitalismo, cuya exploración era el propósito expreso de *El capital*.

No hemos explicado aún, por supuesto, la teoría de la evolución económica de Marx en todas sus ramificaciones; lo que hemos hecho es proveer la base de tal teoría, la noción fundamental del proceso capitalista como aquel que, en principio, implica la acumulación incesante acompañada de cambios en los métodos de producción. Es claro, desde luego, que esta noción del proceso capitalista difiere radicalmente de la que está en la base de la teoría clásica de la evolución económica. Esta última, en prin-

cipio, no toma en cuenta los cambios en los métodos de producción; el desarrollo económico es considerado exclusivamente en términos de cambios cuantitativos (graduales) en la población, el capital, los salarios, las ganancias y la renta. Las relaciones sociales no son afectadas; el resultado final es simplemente un estado de cosas en el que todas estas tasas de cambio son iguales a cero. Puesto que la visión de Marx subraya principalmente los cambios que ocurren en los métodos de producción, implica el cambio cualitativo en la organización social y en las relaciones sociales, a la vez que el cambio cuantitativo en las variables económicas como tales. Así se abre el camino para considerar el «resultado final» como una reconstrucción revolucionaria de la sociedad, más bien que como un mero estado de reposo.³⁰

30. Es necesario anotar una excepción importante a la por otra parte válida generalización de que los economistas modernos no hacen ningún intento de incluir los procesos evolutivos en su teorización sistemática. Esa excepción es J. A. Schumpeter, cuya *Theory of Economic Development* (1912) representa a este respecto, una bien definida desviación de lo normal.

La teoría de Schumpeter tiene ciertas notables semejanzas con la de Marx. Comienza con una demostración de que la ganancia y el interés estarían ausentes de la «Corriente Circular», un concepto que corresponde a la reproducción simple de Marx. Parece probable que Schumpeter llegaría hasta mantener que aun faltando la acumulación, hay fuerzas que actúan para eliminar el excedente del ingreso sobre el costo del cual se derivan la ganancia del empresario y el interés. En otras palabras, en ausencia de cambios de ingreso se atribuirá totalmente a los factores originales de la producción; las máquinas repondrán exactamente su costo, no dejando excedente para sus propietarios.

Los empresarios, no obstante, procuran eludir el destino de pobres que les espera en un estado estacionario de la sociedad, reduciendo los costos, descubriendo nuevos mercados, inventando o popularizando nuevos productos y, en general, introduciendo «innovaciones». Los que tienen éxito disfrutan de una suerte de posición de monopolio temporal que es la fuente de la ganancia del empresario. Puesto que el capital en dinero provee los medios para arrancar los recursos de sus cauces acostumbrados de uso y desviarlos por nuevos cauces —y esta es la esencia de la innovación—, los empresarios están dispuestos a pagar interés para obtener su control. Una vez que ha aparecido el interés en algún punto del sistema, siendo exclusivamente un fenómeno monetario, se extiende a todo el sistema. Cualquier fuente particular de ganancia está destinada a ser temporal —suponiendo la falta de barreras permanentes a la competencia— pero como las innovaciones se suceden unas a otras, la ganancia y el interés como tales nunca desaparecen del todo. Sin duda que la introducción de innovaciones no tiene lugar lenta y continuamente, sino más bien en grupos o racimos. Esta discontinuidad en el proceso de la innovación está en la base del fenómeno no conocido por ciclo económico.

El breve esbozo de la teoría de Schumpeter basta para indicar que para él, como para Marx, los cambios de los métodos de producción son un rasgo básico del capitalismo y no simples epifenómenos que impactan de manera más o menos azarosa en el proceso económico.

A pesar de ciertas semejanzas obvias entre esta noción y la noción marxiana —que Schumpeter mismo reconoce abiertamente— quedan discrepancias teóricas fundamentales. Por ejemplo, no hay en Schumpeter nada análogo al ejército de reserva, y su forma de considerar la relación capital-trabajo es por completo diferente a la de Marx. Además, Schumpeter niega expresamente toda intención de pasar de los cambios de los métodos de reproducción a los «cambios en la organización económica, sus costumbres», etc. (p. 10). Por lo tanto, admite: «mi estructura cubre sólo una pequeña parte de su campo» [de Marx] (p. 60).

Vale la pena advertir que en los círculos ortodoxos la teoría del desenvolvimiento económico de Schumpeter, no ha disfrutado nunca de la atención que merece y ha sido muy mal entendida y mal divulgada. Sólo ha logrado aceptación, en la medida en que la ha logrado, como teoría del ciclo económico más bien que como la base de una teoría de la evolución capitalista. En último análisis, por lo siguiente, el ejemplo de Schumpeter sirve sólo para subrayar la falta de interés del economista ortodoxo moderno en lo que Marx llamó las «leyes de movimiento» del capitalismo.

6

La tendencia decreciente de la tasa de ganancia

1. LA FORMULACIÓN DE LA LEY POR MARX

HEMOS VISTO EN EL CAPÍTULO ANTERIOR QUE LA ACUMULACIÓN DE CAPITAL va acompañada por una mecanización progresiva del proceso de producción. La misma cantidad de trabajo, operando con un equipo más perfeccionado y eficiente, puede elaborar más materiales y rendir un volumen cada vez mayor de productos acabados. Considerado desde cierto punto de vista, ello quiere decir que la productividad del trabajo crece de continuo; desde otro punto de vista, quiere decir que la composición orgánica del capital (la proporción del desembolso del capitalista en materiales y maquinaria con respecto al desembolso total) exhibe también un curso ascendente sostenido. De estos cursos indiscutibles derivó Marx su famosa «ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia».

Mostramos antes¹ que la tasa de ganancia puede expresarse en términos de la tasa de plusvalía y la composición orgánica del capital, con la fórmula siguiente:

$$g = p' (1 - o)$$

De aquí se sigue que, si suponemos que la tasa de plusvalía (p') es constante, la tasa de ganancia (g) varía en sentido inverso a la composición orgánica del capital (o). En otras palabras, si o sube, g tiene que bajar. Pero hemos establecido ya el hecho de que o exhibe una tendencia ascendente en el curso del desarrollo capitalista; por lo tanto, debe existir al menos una tendencia de g a caer. Como pronto veremos, puede no ser más que una tendencia, ya que los cambios en p' pueden equilibrar, y aun más que equilibrar, los efectos de un cambio en o .

Esta es, en muy pocas palabras, la sustancia de lo que Marx llama la Teoría de la Ley (volumen III, capítulo XIII, «La ley como tal» en la versión de W. Roces). Para él era

1. Véase, *infra*, pp. 97 y ss.

muy importante. Demostraba que ciertos obstáculos internos se oponían al desarrollo indefinido de la producción capitalista. Por una parte, una composición orgánica ascendente del capital es la expresión de la creciente productividad del trabajo; por otra parte, la tasa decreciente de la ganancia que la acompaña tiene que cerrar al fin los cauces de la iniciativa capitalista. Marx expresó muy claramente esta idea en el pasaje que sigue, discutiendo la posición de Ricardo sobre la tendencia de la tasa de ganancia:

La tasa de ganancia es la fuerza compulsora de la producción capitalista, y sólo se producen aquellas cosas que rinden una ganancia. De aquí el pavor de los economistas ingleses por el descenso de la tasa de ganancia. El que la simple posibilidad de tal cosa preocupara a Ricardo muestra su profunda comprensión de las condiciones de la producción capitalista. El reproche que se le hace de observar solamente el desarrollo de las fuerzas productivas... desdénando los sacrificios a que da lugar en seres humanos y en valores de capital, acierta precisamente a mostrar su punto fuerte. El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social es la tarea histórica y el privilegio del capital. Es precisamente por este medio como inconscientemente crea los requisitos materiales de un modo de producción más alto. Lo que preocupa a Ricardo es el hecho de que la tasa de ganancia, el principio que estimula la producción capitalista, la premisa fundamental y fuerza motriz de la acumulación, sea puesta en peligro por el desarrollo mismo de la producción. Y la proporción cuantitativa lo significa todo aquí. Hay en verdad algo más hondo oculto en este punto, algo que él percibe vagamente. Se demuestra aquí de manera puramente económica, es decir, desde un punto de vista burgués, dentro de los límites de la comprensión capitalista, desde el ángulo de la propia producción capitalista, que esta tiene un término, que es relativa, que no es un modo absoluto sino solamente un modo histórico de producción, correspondiente a una época determinada y limitada en el desarrollo de las condiciones materiales de la producción.²

2. LAS CAUSAS CONTRARRESTANTES

Marx enumera seis «causas contrarrestantes» que «contrarrestan y anulan» la ley general de la tasa decreciente de la ganancia, «dejándole tan sólo el carácter de una tendencia».³ Una de estas, la sexta, se relaciona en realidad con la forma de calcular la tasa de ganancia, y no la examinaremos aquí. Las otras cinco pueden ser clasificadas según que su efecto sea mantener baja la composición orgánica del capital o elevar la tasa de plusvalía.⁴ En la primera clasificación entra el Abaratamiento de los Elementos del Capital Constante, mientras que en la segunda encontramos el Aumento de la Intensidad de Explotación, la Depresión de los Salarios por Debajo de su Valor y la Sobreproducción Relativa. Una de las causas, el Comercio Exterior, entra en ambos grupos. Veamos sucintamente cómo operan estos distintos factores.

2. *Capital*, III, p. 304.

3. *Ibid.*, p. 272.

4. Recordando la fórmula $g = p' (1 - o)$ podemos ver que todas las fuerzas actuantes sobre la tasa de ganancia pueden ser incluidas en una u otra o en ambas clasificaciones.

Abaratamiento de los elementos del capital constante. El uso creciente de maquinaria que eleva la productividad del trabajo, disminuye el valor por unidad del capital constante. «De esta manera el valor del capital constante, aunque crece sin cesar, no puede crecer en la misma proporción que su volumen material, es decir, el volumen material de los medios de producción que pone en movimiento la misma cantidad de fuerza de trabajo. En casos excepcionales, la masa de los elementos del capital constante puede hasta crecer mientras que su valor permanece igual o incluso disminuye.»⁵ En otras palabras, un aumento dado en la composición orgánica del capital, haciendo bajar el valor del capital constante, actúa en cierta medida como su propio correctivo. Como lo indica Marx, la compensación puede ser muy importante, llegando hasta el punto de anular totalmente el aumento inicial.

Aumento de la intensidad de explotación. Aquí Marx hace hincapié en la prolongación de la jornada de trabajo y en lo que hoy se llamaría «acelerar» (*speed-up*) y «estirar» (*stretch-out*). La prolongación de la jornada de trabajo eleva directamente la tasa de plusvalía, aumentando la cantidad de trabajo excedente sin afectar la de trabajo necesario. El acto de acelerar y estirar, por otra parte, eleva la tasa de plusvalía haciendo entrar el trabajo necesario en un tiempo más corto y dejando así una parte mayor de la jornada no alterada para el trabajo excedente. El efecto en cualquiera de estos casos es elevar la tasa de ganancia en relación con lo que en otras circunstancias hubiera sido. Estos métodos para elevar la tasa de ganancia no están necesariamente relacionados con una composición orgánica ascendente del capital, sino que son más bien recursos adoptados por los capitalistas para compensar una tasa descendente de ganancia, siempre y cuando sean practicables.

Depresión de los salarios por debajo de su valor. La práctica de reducción de salarios, que los capitalistas están dispuestos a adoptar cada vez que pueden, Marx meramente la menciona de paso, puesto que se apoya en la suposición general de que todos los precios y salarios están determinados por el mercado, y esta suposición rechaza la posibilidad de una política de salarios agresiva por parte de los capitalistas. Este factor, dice, «no tiene nada que ver con el análisis general del capital, sino que atañe a un examen de la competencia, que no se hace en esta obra».⁶

Sobrepoblación relativa. Hemos visto ya en el capítulo anterior cómo el uso creciente de maquinaria, que en sí mismo significa una más alta composición orgánica del capital, deja libres a cierto número de trabajadores y crea así la «sobrepoblación relativa» o el ejército de reserva. Marx hace hincapié en el punto de que la existencia de trabajadores desocupados conduce a la instalación de nuevas industrias con una composición orgánica del capital relativamente baja y, por lo mismo, una tasa de ganancia relativamente alta. Cuando estas tasas de ganancia relativamente altas se promedian con las tasas de ganancia obtenidas en las viejas industrias, hacen subir la tasa de ganancia general.⁷ Parecería, sin embargo, que un efecto más importante del ejército de reserva es el que fue examinado en el capítulo anterior, a saber, el de deprimir, mediante la competencia con la fuerza de trabajo activa en el mercado de traba-

5. *Capital*, III, p. 277.

6. *Ibid.*, p. 276.

7. La formación de una tasa general de la ganancia será examinada en el capítulo siguiente.

jo, la tasa de los salarios, y elevar por este medio la tasa de plusvalía. Por esta razón hemos clasificado la sobrepoblación relativa como uno de los factores que tienden a elevar la tasa de plusvalía.

Comercio exterior. A menudo el comercio exterior hace posible adquirir materias primas y artículos necesarios para la vida más baratos que si se produjeran en el país. «En la medida en que el comercio exterior abarata en parte los elementos del capital constante, y en parte los artículos necesarios para la vida por los cuales se cambia el capital variable, tiende a elevar la tasa de ganancia elevando la tasa de plusvalía y reduciendo el valor del capital constante.»⁸ Este factor, por consiguiente, entra en las dos clasificaciones de las causas contrarrestantes. Aquí, nuevamente, sin embargo, se debe observar que no existe ninguna relación necesaria entre las posibilidades del comercio exterior y los cambios en la composición orgánica del capital, de modo que la inclusión del comercio exterior en este punto debiera considerarse en el aspecto de una nota al pie, más que como parte integrante del análisis.

Será fácil advertir, por este sumario de las causas contrarrestantes, que el análisis de Marx no es ni sistemático ni completo. Como tantas cosas más en el volumen III, quedó inacabado, y podemos inferir con certeza que, si Marx hubiera vivido para preparar por sí mismo el original para la imprenta, habría introducido extensas ampliaciones y revisiones en varios puntos. No será impropio, en consecuencia, examinar más en extenso el problema de la tendencia que sigue la tasa de ganancia a la luz de todo el sistema teórico de Marx. Esto es tanto más necesario cuanto que la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia ha sido objeto de numerosas críticas, lo mismo de partidarios que de oponentes de Marx.

3. UNA CRÍTICA DE LA LEY

Hemos visto que las fuerzas actuantes sobre la tasa de ganancia pueden resumirse en una fórmula que contiene dos variables algo complicadas, la tasa de plusvalía y la composición orgánica del capital. Hemos visto también que la tendencia de la tasa de ganancia a caer, la infiere Marx sobre la base del supuesto de que la composición orgánica del capital sube, mientras que la tasa de plusvalía permanece invariable. Parece en verdad correcto suponer una composición orgánica ascendente del capital. ¿Se justifica, sin embargo, suponer *al mismo tiempo* una tasa constante de plusvalía?

Es preciso tener claridad sobre las implicaciones de esta última suposición. Una composición orgánica ascendente del capital va de la mano de la creciente productividad del trabajo. Si la tasa de plusvalía permanece invariable, esto significa que tiene lugar una elevación de los salarios reales, exactamente proporcional al aumento en la productividad del trabajo. Supongamos que la productividad del trabajo se duplica, es decir, que en un tiempo igual el trabajo produce dos veces lo que antes. Entonces, puesto que una tasa de plusvalía inalterable significa que el obrero trabaja la misma cantidad de tiempo para sí, y la misma cantidad para el capitalista, que antes, resulta que tanto la

8. *Capital*, III, p. 278.

producción total física representada por el salario como la producción total física representada por la plusvalía se han duplicado también. En otras palabras, la productividad acrecentada del trabajo del obrero beneficia a este en igual grado que al capitalista. Si bien puede no haber ninguna objeción lógica a la suposición que conduce a este resultado, hay, sin embargo, razones para dudar que sea correcta.

En primer lugar, hasta aquí todo nuestro análisis nos conduce a esperar una tasa ascendente de la plusvalía. Una de las concomitantes normales de la productividad del trabajo acrecentada, en las condiciones del capitalismo, es la creación de un ejército industrial de reserva, que ejerce una influencia deprimente sobre los salarios y por este medio tiende a elevar la tasa de plusvalía. Esta es precisamente una de las características que distinguen al capitalismo: que el trabajo pasado, en forma de capital constante, mantiene una relación de competencia con el trabajo viviente y frena las demandas de este último. La suposición de una tasa constante de plusvalía con la productividad ascendente del trabajo parece pasar por alto este efecto. Puede decirse que Marx tomó en cuenta este problema incluyendo la sobrepoblación relativa entre las causas contrarrestantes de la tasa decreciente de ganancia, y desde un punto de vista formal puede convenirse en ello. Pero no parece muy prudente considerar una parte integrante del proceso de la productividad ascendente de forma separada y como un factor de contrapeso; es un procedimiento mejor reconocer, desde el principio, que la productividad ascendente tiende a conllevar una tasa más alta de plusvalía. Más aún, esto es lo que usualmente hace Marx. Dos citas de diferentes partes del volumen I ilustran su modo normal de acercarse a la cuestión:

Como cualquier otro aumento en la productividad del trabajo, la maquinaria se destina a abaratar las mercancías, y, acortando la parte de la jornada de trabajo en que el obrero trabaja para sí, alarga otra parte, la que da, sin compensación, al capitalista. Para abreviar, es un medio de producción de plusvalía.⁹

Y esta otra exposición, todavía más enfática, del mismo punto:

Pero de la mano de la productividad creciente del trabajo, va, como hemos visto, el abaratamiento del trabajador, y, por consiguiente, una tasa más alta de plusvalía, inclusive cuando los salarios reales se elevan. *Estos últimos nunca suben proporcionalmente a la fuerza de trabajo productiva.*¹⁰

Podríamos fácilmente agregar muchos otros pasajes que expresan la misma opinión general; realmente, quizá no sea una exageración decir que la parte IV del volumen I («La producción de plusvalía relativa»), que cubre más de 200 páginas, está dedicada a elaborar muy ampliamente la estrecha relación que existe entre la productividad del trabajo y la tasa de plusvalía.

Podría parecer, en consecuencia, que, inclusive en términos de su propio sistema teórico, difícilmente se justifica la suposición de Marx de una tasa constante de plus-

9. *Ibid.*, I, p. 405.

10. *Ibid.*, p. 662. Las cursivas no figuran en el original.

valía que coexista con una composición orgánica ascendente del capital. Un ascenso en la composición orgánica del capital significa, necesariamente, un aumento en la productividad del trabajo, y Marx mismo nos dice que una más alta productividad va invariablemente acompañada por una tasa más alta de plusvalía. En el caso general, por consiguiente, tenemos que suponer que la creciente composición orgánica del capital marcha *pari passu* con una tasa ascendente de plusvalía.

Si se supone que tanto la composición orgánica del capital como la tasa de plusvalía son variables, como creemos que debiera hacerse, entonces la dirección en que la tasa de ganancia cambiará se hace indeterminada. Todo lo que podemos decir es que la tasa de ganancia bajará si el porcentaje de aumento en la tasa de plusvalía es menor que el porcentaje de disminución en la proporción del capital variable con respecto al capital total.¹¹ (La proporción del capital variable con respecto al capital total equivale a uno menos la composición orgánica del capital. Cuando la composición orgánica del capital aumenta, la proporción del capital variable con respecto al capital total disminuye.)

¿Podemos considerar como probable que esta condición se cumpla en general? En otras palabras, ¿es lícito suponer que los cambios en la composición orgánica del capital serán, por lo común, relativamente, tan superiores a los cambios en la tasa de plusvalía que los primeros dominarán los movimientos en la tasa de ganancia? Si es así, la suposición de Marx de una tasa constante de plusvalía pudiera considerarse como un recurso útil para enfocar la atención en el elemento más importante de la situación, y podría justificarse el considerar los cambios en la tasa de plusvalía como una «causa contrarrestante».

Marx mismo pensó probablemente en estos términos, y esta es quizá la razón de que formulase el problema de la tasa de ganancia como lo hizo. La mayoría de los escritores marxistas subsecuentes han pensado, sin duda, lo mismo, pues la impresión general que se recibe de sus escritos es que, en cualquier periodo considerable, los cambios en la composición orgánica del capital serán, con seguridad, enormes, tan grandes en realidad como para pesar mucho más que cualquier posible efecto compensatorio de los cambios en la tasa de plusvalía.¹²

Tal opinión le parece al autor de este libro insostenible. En términos *físicos* es seguramente verdad que la cantidad de maquinaria y materiales por obrero ha mostrado una tendencia a crecer muy rápidamente, por lo menos durante el último siglo y medio.

11. Tenemos $g = p' (1 - o)$. Representemos $1 - o$, la proporción del capital variable con respecto al capital total, con una o' . Entonces la ecuación puede escribirse $g = p' o'$. Ahora, $d g = p' d o' + o' d p'$. Por lo tanto, $d g$ es negativa, es decir, la tasa de ganancia cae si $p' d o'$ (que es esencialmente negativa) es numéricamente mayor que $o' d p'$ (que es esencialmente positiva). Esta situación puede escribirse también $|d p' / p'| < |d o' / o'|$, que es la forma en que aparece en el texto.

12. Esta actitud puede observarse muy claramente por ejemplo, en el esquema de la reproducción ampliada que elaboró Otto Bauer («Die Akkumulation des Kapitals», *Neue Zeit*, año 31, vol. 1), en el cual se supone que el capital constante aumenta dos veces tan rápidamente como el capital variable, mientras que la tasa de plusvalía permanece inalterable. Henrik Grossmann se apoderó de este esquema (*Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, 1929) y lo convirtió en la base de su teoría del derrumbe capitalista. Es claro que tanto Bauer como Grossmann aceptaban las implicaciones del esquema en tanto que describe un crecimiento extremadamente rápido en la composición orgánica del capital.

Pero la composición orgánica del capital es una expresión de *valor*; y debido a la productividad del trabajo en ascenso constante, el crecimiento en el volumen de maquinaria y materiales por obrero no debe considerarse un índice del cambio en la composición orgánica del capital. Realmente, la impresión general de la rapidez del crecimiento de la composición orgánica del capital parece ser considerablemente exagerada.

Debe notarse que estamos considerando aquí los cambios en la composición orgánica del capital después de tomar buena nota del abaratamiento de los elementos del capital constante, que Marx considera una «causa contrarrestante». Pudiera parecer que sería preferible mirar primeramente lo que podría llamarse el aumento «original» en la composición orgánica, para observar los efectos de este en la tasa de ganancia, y sólo entonces tomar nota del abaratamiento de los elementos del capital constante, que se debe a la elevación de la productividad combinada con el aumento «original». Podría afirmarse que, si esto se hiciera, la tasa del aumento en la composición orgánica parecería mucho mayor, y que sólo una de las «causas contrarrestantes» impide que este hecho aparezca en las estadísticas. Es dudoso, sin embargo, que tenga algún objeto útil tal intento de conservar la distinción implícita de Marx entre el ascenso primitivo en la composición orgánica y la baja contrarrestante (pero más pequeña) debida al abaratamiento de los elementos del capital constante. Todo lo que puede observarse en todo caso es el cambio neto en la composición orgánica que es resultante de ambas fuerzas. Parece mejor, por lo tanto, usar la expresión «cambio en la composición orgánica del capital» sólo en el sentido neto que toma en cuenta el abaratamiento de los elementos del capital constante. Si se hace esto, será tal vez menor la tentación de pensar en la composición orgánica en términos físicos y no en términos de valor.

Si estos argumentos son sólidos, se sigue que no hay ninguna suposición general de que los cambios en la composición orgánica del capital serán relativamente tan superiores a los cambios en la tasa de plusvalía que los primeros dominarán los movimientos en la tasa de ganancia. Por el contrario, parecería que debemos considerar las dos variables como de importancia aproximadamente coordinada. Por esta razón, la formulación de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia por Marx no es muy convincente. Al mismo tiempo podemos advertir que los intentos hechos para demostrar que una composición orgánica ascendente del capital debe ser acompañada por una tasa ascendente de la ganancia tampoco son convincentes.¹³

13. El más interesante fue el de Bortkiewicz («Wertrechnung und Preisrechnung im Marxschen System», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, septiembre de 1907), quien sostuvo que «el error en la prueba que Marx da para su ley de la tasa descendente de la ganancia consiste principalmente en que no toma en cuenta la relación matemática entre la productividad del trabajo y la tasa de plusvalía» (p. 466), y trató de probar que si se toma en cuenta este factor el resultado tiene que ser una tasa ascendente de la ganancia. La prueba consiste esencialmente en suponer que los capitalistas no introducirían métodos de producción que requiriesen una composición orgánica del capital más alta, a menos que el efecto fuese el de elevar la tasa de ganancia. Esto es verdad tratándose del capitalista individual, mas para la clase capitalista en su conjunto, el cambio en la tasa de ganancia es un resultado de sus acciones, que pueden ser por completo distintas de lo que cada uno pensara hacer. De la misma manera, cuando los capitalistas ofrecen elevar el precio de la fuerza de trabajo, cada cual pretende mejorar su propia situación, pero el resultado neto será el de empeorar la suerte de todos. El lector interesado en proseguir el examen de esta cuestión debe con-

Esto no significa que no haya ninguna tendencia de la tasa de ganancia a descender. No sólo Marx, sino los teóricos clásicos y los teóricos modernos también, todos han considerado una tendencia decreciente de la tasa de ganancia como un rasgo básico del capitalismo. Lo único que he querido poner de manifiesto es que no es posible demostrar una tendencia decreciente de la tasa de ganancia comenzando el análisis por la composición orgánica ascendente del capital. Tan pronto se da uno cuenta, *sin embargo, de que la misma composición orgánica ascendente del capital no es sino un eslabón de una cadena causal más larga de influencias que actúan sobre la tasa de ganancia, el dilema aparente desaparece. Tras la composición orgánica ascendente del capital está el proceso de la acumulación de capital, y es aquí donde debemos buscar las fuerzas que tienden a deprimir la tasa de ganancia.*

Se explicó en el capítulo anterior cómo la acumulación de capital, tomada en sí misma, actúa para aumentar la demanda de salarios. Si los demás factores no cambian, tal elevación de los salarios conduce a una reducción en la tasa de plusvalía, y esto, a su vez, se expresa en un descenso en la tasa de ganancia. Puesto que, como Marx lo recalca una vez y otra, «el proceso capitalista de producción es esencialmente un proceso de acumulación»,¹⁴ se sigue que de este solo hecho surge una tendencia persistente de la tasa de ganancia a caer. Se observó también, sin embargo, en el capítulo anterior, que los capitalistas no se someten dócilmente a la merma en la tasa de ganancia que su propia acumulación origina. Mediante la introducción de maquinaria y otros recursos para economizar trabajo, procuran mantener la tasa de ganancia en su nivel anterior y aun elevarla por encima de él. Es aquí donde la composición orgánica ascendente del capital entra en el cuadro. Si los actos de los capitalistas tendrán éxito en la restauración de la tasa de ganancia o si actuarán solamente para apresurar su descenso, es una conclusión que no se puede apoyar en razones teóricas generales, si el análisis hecho en esta sección es correcto. Una cosa parece totalmente segura, sin embargo, y es que el aumento en la composición orgánica del capital tenderá a restablecer la tasa de plusvalía, y, de esa forma, a acrecentar el volumen de la plusvalía más allá de lo que este hubiera sido en ausencia del aumento de la composición orgánica del capital. Por lo tanto, inclusive si el efecto es el de deprimir más aún la tasa de ganancia, los actos de los capitalistas al elevar la composición orgánica del capital no carecen de cierta justificación objetiva desde el punto de vista de la clase capitalista en su conjunto.

Nunca se haría demasiado hincapié en que los razonamientos de esta sección se han referido a las bases teóricas de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. No ha habido el propósito de negar la existencia o la importancia fundamental de esta tendencia. Ni ha habido tampoco la intención de negar la validez de las «causas contrarrestantes» de Marx. En la práctica, una de estas, a saber, el aumento de la intensidad de explotación (*speed-up, stretch-out, taylorización, etc.*) es particularmente impor-

sultar los siguientes textos: Kei Shibata, «On the Law of Decline in the Rate of Profit», *Kyoto University Economic Review*, julio de 1934, y «On the General Profit Rate», *ibid.*, enero de 1939; y también Hans Neisser. «Das Gesetz der Fallenden Profitrate als Krisen- und Zusammenbruchsgesetz», *Die Gesellschaft*, enero de 1931.

14. Esta cita concreta es de *Capital*, III, p. 255.

rante. Es este un método de hacer caber más trabajo en una cantidad de tiempo dada. Por ejemplo, lo que antes requería cinco horas se hace ahora en cuatro como resultado de un aumento en la velocidad de la maquinaria. Con la jornada de trabajo invariable, digamos de 10 horas, cinco de las cuales eran de trabajo necesario y cinco de trabajo excedente, la proporción será de cuatro horas de trabajo necesario y seis de trabajo excedente. La tasa de plusvalía ha aumentado del 100 por ciento al 150 por ciento. Los números son puramente ilustrativos, pero las magnitudes implicadas son realistas, y muestran los cambios relativamente grandes en la tasa de plusvalía que pueden resultar de cambios aparentemente pequeños en la velocidad del trabajo. Los capitalistas sufren siempre la tentación de intentar un aumento en la tasa de plusvalía por este medio, y no parece muy dudoso que el contrapeso que resulta a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia sea continuo y pueda ser a veces importante. Nadie que descuide este factor podrá comprender plenamente las tendencias actuales en la producción capitalista.

Por último, antes de abandonar el tema de los movimientos en la tasa de ganancia, debemos hacer notar que existen otras fuerzas, además de las mencionadas hasta ahora, que son importantes a este respecto. Tales fuerzas pueden ser clasificadas en aquellas que tienden a deprimir la tasa de ganancia y aquellas que tienden a elevarla. Entre las fuerzas tendentes a deprimir la tasa de ganancia podemos mencionar: 1) los sindicatos, y 2) la acción del Estado en beneficio de los trabajadores; entre las fuerzas tendentes a elevar la tasa de ganancia podemos mencionar: 3) las organizaciones patronales, 4) la exportación de capital, 5) la formación de monopolios, y 6) la acción del Estado en beneficio del capital. (La enumeración, naturalmente, está lejos de ser completa.) Examinemos brevemente cada una de estas fuerzas.

1. *Sindicatos*. Combatiendo la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, los capitalistas están igualmente empeñados en tratar de hacer caer los salarios. Como ya hemos visto, su aliado principal en esta guerra a los salarios es el ejército industrial de reserva. Si la competición del ejército industrial de reserva en el mercado de trabajo pudiese actuar sin estorbo ni obstáculo, los ingresos reales de los obreros serían mantenidos en un bajo nivel de subsistencia, en tanto que los capitalistas cosechaban todos los beneficios del aumento en la productividad, recibiendo una participación más grande en el valor de la producción total, a la vez que todo el aumento en el ingreso real. Así, el ejército de reserva es el obstáculo más importante que impide a los trabajadores participar de las ventajas del desarrollo industrial. Para vencer este obstáculo, los obreros se agrupan en sindicatos, asegurándose de este modo, hasta donde es posible, el control de la oferta de fuerza de trabajo. Los sindicatos son así el instrumento más importante con que los obreros procuran mejorar sus condiciones bajo la producción capitalista. Al mismo tiempo y por las mismas razones, sin embargo, los sindicatos ejercen una influencia deprimente sobre la tasa de ganancia.

2. *Acción del Estado en beneficio de los trabajadores*. Es este un factor de gran importancia, cuyas raíces serán más ampliamente examinadas más adelante (capítulo 13). Suele tomar muchas formas; por ejemplo, la limitación legal de la jornada de trabajo, el seguro contra el desempleo y, recientemente, en Estados Unidos, la legislación destinada a salvaguardar el derecho de contratación colectiva. Por lo general (aunque no necesariamente) la primera reduce la tasa de plusvalía, en tanto que la segun-

da y la tercera son una buena ayuda para los trabajadores en sus esfuerzos por mantener los niveles del salario. Muchos otros tipos de acción del Estado podríamos mencionar a este respecto. Tienden en su mayor parte, es evidente, a deprimir la tasa de ganancia.

3. *Organizaciones patronales.* Por cuanto estas organizaciones actúan para mejorar la posición contractual del capital frente al trabajo, ejercen, sin duda, una influencia ascendente en la tasa de ganancia.

4. *Exportación del capital.* Es este un factor al que Marx prestó poca atención, no porque no tenga importancia, sino porque Marx no vivió lo suficiente para completar su sistema teórico. En sus efectos directos sobre la economía del país, la exportación de capital actúa para mitigar la presión sobre el mercado de trabajo doméstico y, de esta forma, impide que la acumulación tenga todo su efecto depresivo sobre la tasa de ganancia. Un examen más extenso de la exportación de capital corresponde a la teoría de la economía mundial, a la cual volveremos en el capítulo 16.

5. *Formación de monopolios.* Es obvio que los capitalistas individuales crean monopolios con la esperanza de mejorar su propia tasa de ganancia. Más aún, el resultado puede ser una elevación de la tasa de ganancia general. La influencia del monopolio en la tasa de ganancia, sin embargo, es un tema complicado que debemos abordar en detalle después (capítulo 15).

6. *Acción del Estado en beneficio del capital.* Un ejemplo obvio de esta lo ofrecen las tarifas proteccionistas. Como en el caso de los monopolios, las tarifas proteccionistas pueden tener el efecto de elevar la tasa de ganancia general, pero aquí también el resultado total es complejo y debe reservarse para ulterior consideración (capítulo 16).

Esta enumeración de los factores que influyen en la tasa de ganancia, aunque de ningún modo completa, puede servir para mostrar que una gran variedad de fuerzas dispares, y aparentemente sin relación unas con otras, tienen un foco común en sus efectos sobre la tasa de ganancia. Si es correcta la opinión de Marx de que los movimientos en la tasa de ganancia dominan finalmente el funcionamiento del sistema capitalista, nos proporciona un principio unificador de primera importancia. En el análisis del capitalismo todo debe ser cuidadosamente examinado y probado por su influencia sobre la tasa de ganancia. Hecho esto, la economía política se convierte en un instrumento de comprensión más coherente y más poderoso.

7

La transformación de los valores en precios

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

ESTE ES EL MOMENTO DE EXAMINAR EN DETALLE UN PROBLEMA QUE HA OCUPADO una posición central en la mayor parte de las discusiones sobre la teoría económica de Marx, desde que Engels publicó el volumen III de *El capital*, en 1894.

En todo el volumen I, Marx desarrolla su análisis como si la ley del valor controlara directamente los precios de todas las mercancías. Esto es lícito en tanto se supone que la composición orgánica del capital es la misma en todas las ramas de la producción. Una vez abandonada esta suposición, sin embargo, surge una seria dificultad que algunos han considerado inevitable.¹

Dividamos la industria en tres ramas principales, correspondientes a la doble división usada antes, en la sección I del capítulo 5. La rama I produce medios de producción; la rama II, artículos de consumo para los obreros (*wage goods*) y la rama III, artículos de consumo para los capitalistas (artículos de lujo). En obsequio a la sencillez, supondremos durante toda esta discusión que todas las industrias dentro de una sola rama tienen la misma composición orgánica del capital. Para ilustrar las condiciones bajo las cuales la ley del valor es válida, suponemos que entre las ramas la composición orgánica del capital es también la misma. Considerando la tasa de plusvalía como del 100 por ciento, tenemos una situación como la escrita en la Tabla 1.

Todo está, sin duda, en orden. Todas las mercancías se venden en sus valores. Se cumplen las condiciones de la reproducción simple: la cantidad de capital constante desembolsado (400) equivale justamente a la cantidad de capital constante producido (400); el total de los salarios (200) es exactamente el necesario para comprar la cantidad de bienes salariales producidos (200); y la plusvalía de todas las ramas (200) cubre la producción total de la rama de artículos de lujo (200). Finalmente, todos los capitalistas disfrutan de la misma tasa de ganancia ($33 \frac{1}{3}$ por cien-

1. Véase *supra* p. 98.

to) y, por lo mismo, ninguno tiene incentivo para pasar de una línea de producción a otra.

Tabla 1. Cálculo del valor

Rama	Capital constante <i>c</i>	Capital variable <i>v</i>	Plusvalía <i>p</i>	Valor <i>c + v + p</i>	Tasa de plusvalía <i>p/v</i>	Comp. org. del cap. <i>c/(c + v)</i>	Tasa de ganancia <i>p/(c + v)</i>
I	200	100	100	400	100 %	66 2/3 %	33 1/3 %
II	100	50	50	200	100 %	66 2/3 %	33 1/3 %
III	100	50	50	200	100 %	66 2/3 %	33 1/3 %
Total	400	200	200	800	100 %	66 2/3 %	33 1/3 %

En el mundo real, sin embargo, la composición orgánica del capital no es la misma en todas las industrias. Por ejemplo, es relativamente alta en la industria de la energía eléctrica y relativamente baja en la industria del vestido. A fin de aclarar este hecho, hemos de modificar nuestras suposiciones. En la Tabla 2, la rama III queda inalterada, pero la composición orgánica del capital se supone más alta en la rama I y más baja en la II.

Como antes, la producción total es de 800, y las condiciones de la reproducción simple se cumplen en lo que se refiere a la producción total de las tres ramas. Pero el resultado de modificar las composiciones orgánicas del capital se ve claramente en las nuevas tasas de ganancia. Mientras que antes las tasas de ganancia eran todas iguales, del 33 1/3 por ciento, ahora son del 23, 60 y 33 1/3, respectivamente, en las tres ramas.

Es obvio que esta situación no podría ser estable. Todos los capitalistas querrían dedicarse a la producción de bienes salariales a fin de participar de la tasa de ganancia más alta que ella ofrece. Y semejante migración de capital de algunas industrias a otras, evidentemente trastornaría todo el esquema. Una situación de equilibrio debe caracterizarse por la igualdad en las tasas de ganancia rendidas por todas las industrias del sistema. Marx lo expresó vigorosamente al escribir que «no hay duda de que, aparte distinciones accidentales, no esenciales, y mutuamente compensatorias, una diferencia en la tasa media de ganancia de las diversas líneas de industria no existe en realidad y no podría existir sin derogar todo el sistema de la producción capitalista».²

En apariencia, el intento de aplicar la ley del valor a una situación en que la composición orgánica del capital difiere de industria a industria, fracasa. «Podría parecer —dijo Marx— como si la ley del valor fuera incompatible con los fenómenos reales de la producción, de modo que debiéramos abandonar el intento de comprender estos fenómenos.»³ En manos de sus críticos esta declaración ha sido, figurativamente hablan-

2. *Capital*, III, p. 181. Como veremos más adelante, esto no es válido ya si se supone que la economía contiene elementos de monopolio.

3. *Capital*, III, pp. 181-182.

co. reducida a una forma más simple: «La teoría del valor es incompatible con los fenómenos reales de la producción».

Tabla 2. Cálculo del valor

Rama	Capital constante <i>c</i>	Capital variable <i>v</i>	Plusvalía <i>p</i>	Valor <i>c + v + p</i>	Tasa de plusvalía <i>p/v</i>	Comp. org. del cap. <i>c / (c + v)</i>	Tasa de ganancia <i>p / (c + v)</i>
	250	75	75	400	100 %	77 %	23 %
	50	75	75	200	100 %	40 %	60 %
	100	50	50	200	100 %	66 2/3 %	33 1/3 %
Total	400	200	200	800	100 %	66 2/3 %	33 1/3 %

Marx, sin embargo, no veía las cosas de este modo tan lúgubre. Reconoció abiertamente el dilema al que la teoría del valor lo llevaba; examinemos sus esfuerzos por encontrar una salida.⁴

2. LA SOLUCIÓN DE MARX

A fin de entender el método de Marx es conveniente suponer que un proceso de ajuste se comienza desde un punto de partida como el descrito en la Tabla 2. Los capitalistas se moverán en busca de la tasa de ganancia más alta posible, hasta que ninguno pueda mejorar su situación por un nuevo movimiento, un estado de cosas que sólo se alcanzará cuando la tasa de ganancia sea la misma para todas las industrias.

Ahora bien, según Marx, la suma total del valor producido, a saber, 800, será la misma que antes, ya que no ha habido cambio en el número total de horas de trabajo empleadas. Además, tanto la suma total de capital como la suma total de plusvalía quedarán inafectadas. Los precios de las mercancías y la división de la plusvalía entre los capitalistas, sin embargo, serán diferentes. En otras palabras, los capitalistas participarán del conjunto de la plusvalía de acuerdo con el volumen de sus capitales totales, y no, como previamente, de acuerdo con el volumen de sus capitales variables. Los

4. Ha sido muy común el suponer que Marx no se enteró del problema a debate hasta después de que el volumen I había sido publicado, y esto ha conducido a pensar que el examen de los precios de producción en el volumen III no es más que un torpe esfuerzo para cubrir errores previos no reconocidos. Por ejemplo, H. B. Parkes, en su libro *Marxism: an Autopsy* (1939), que contiene de forma sintética muchas de las más extendidas malas interpretaciones del marxismo, expresa esta opinión como sigue: «La razón del aserto de que Marx no trataba de explicar los precios es que cuando Marx llegó a escribir el tercer volumen de *Das Kapital*, encontró que algunas de las teorías que había adelantado en el volumen I eran inaplicables...». En realidad, el primer borrador del volumen III fue terminado antes de la publicación del volumen I. Véase el prefacio de Engels al volumen III, p. 11.

precios de las mercancías (lo que Marx llama «precios de producción») estarán formados ahora por el capital empleado en la producción más una ganancia calculada como un cierto porcentaje del desembolso de capital. Este porcentaje no es otra cosa que la tasa media de ganancia y se encuentra dividiendo la plusvalía total entre el capital social total.

En términos de valor el sistema aparece como sigue:

$$\begin{array}{r}
 \text{I} \quad c_1 + v_1 + p_1 = w_1 \\
 \text{II} \quad c_2 + v_2 + p_2 = w_2 \\
 \text{III} \quad c_3 + v_3 + p_3 = w_3 \\
 \hline
 \text{Totales} \quad C + V + P = W
 \end{array}$$

La tasa media de ganancia, g , es la plusvalía total sobre el capital total. Esto es,

$$g = \frac{P}{C + V}$$

Cambiando ahora los términos de los precios, el esquema anterior se convierte en:

$$\begin{array}{r}
 \text{I} \quad c_1 + v_1 + g(c_1 + v_1) = G_1 \\
 \text{II} \quad c_2 + v_2 + g(c_2 + v_2) = G_2 \\
 \text{III} \quad c_3 + v_3 + g(c_3 + v_3) = G_3 \\
 \hline
 \text{Totales} \quad C + V + g(C + V) = G
 \end{array}$$

Pero, por supuesto, $g(C + V) = P$, lo que significa que la plusvalía total es idéntica a la ganancia total, y, además, que el precio total iguala al valor total. Sin embargo, en lo general, los precios y valores individuales difieren.

Apliquemos ahora este método de transformación a los datos de la Tabla 2. Las primeras cuatro columnas de la Tabla 3 reproducen datos de la Tabla 2; en las columnas restantes se realiza la transformación. En este ejemplo, g es $200/600$ o $33 \frac{1}{3}$ por ciento.

Comparando la Tabla 3 con la Tabla 2, vemos que el precio de las mercancías producidas en la rama I ha subido en $33 \frac{1}{3}$, el precio de las mercancías producidas en la rama II ha bajado en una proporción semejante y el precio de las mercancías producidas en la rama III no ha cambiado. Ha tenido lugar, ya se ve, un alza en las ganancias de la rama I, que corresponde a una baja en las ganancias de la rama II. Pero los totales de ganancias y precios de todas las ramas son respectivamente iguales a los totales anteriores de plusvalía y valor.

Este es el método propio de Marx para transformar los valores en precios. Antes de poder hacer cualesquiera comentarios generales, es necesario probar la consistencia interior de los resultados. Las Tablas 1 y 2 fueron construidas sobre la hipótesis de la reproducción simple: se supuso que la producción de la rama I era igual a la cantidad del capital constante usado; que la producción de la rama II era igual al total de los sala-

rios, y que la producción de la rama III era igual a la plusvalía total. Para que el procedimiento usado en la transformación de los valores en precios pueda considerarse satisfactorio, es preciso que no quebrante las condiciones de la reproducción simple. El paso del cálculo del valor al cálculo del precio no tiene ninguna relación con el problema de si el sistema económico en su conjunto es estacionario o se expande. Debe ser posible hacer la transición sin afectar a este problema de una forma u otra.

Tabla 3. Cálculo del precio por Marx

Rama	Capital constante c	Capital variable v	Plusvalía p	Valor $c + v + p$	Ganancia $g(c + v)$	Precio $c + v + g(c + v)$	Desviación del precio respecto del valor
I	250	75	75	400	$108 \frac{1}{3}$	$433 \frac{1}{3}$	$+ 33 \frac{1}{3}$
II	50	75	75	200	$41 \frac{2}{3}$	$166 \frac{2}{3}$	$- 33 \frac{1}{3}$
III	100	50	50	200	50	200	0

Examinemos, bajo esta luz, la Tabla 3. La Tabla 3a selecciona de la Tabla 3 los elementos pertinentes, e incluye, también, los totales que fueron omitidos en la Tabla 3.

Un breve examen de la Tabla 3a revela que el método de transformación usado por Marx da por resultado una violación del equilibrio de la reproducción simple. La cantidad total del capital constante empleado en la producción sigue siendo igual a 400, pero el capital constante producido en la rama I tiene ahora el precio de $433 \frac{1}{3}$. Hay entre ambas cifras una diferencia de $33 \frac{1}{3}$. De modo semejante, la cuenta total de salarios de las tres ramas monta a 200, pero la producción total de bienes salariales en la rama II tiene el precio de sólo $166 \frac{2}{3}$. Hay aquí también una diferencia de $33 \frac{1}{3}$. El hecho de que la plusvalía total siga cubriendo la producción total de artículos de lujo es un mero accidente debido a la forma en que la tabla ha sido construida. En general, no podría esperarse ninguna coincidencia de este género.

Tabla 3a. Cálculo del precio por Marx

Rama	Capital constante	Capital variable	Ganancia	Precio
I	250	75	$108 \frac{1}{3}$	$433 \frac{1}{3}$
II	50	75	$41 \frac{2}{3}$	$166 \frac{2}{3}$
III	100	50	50	200
Totales	400	200	200	800

Las diferencias mostradas en la Tabla 3a podrían justificarse sólo por la suposición de que, de sus ingresos, los trabajadores acumulan capital por $33 \frac{1}{3}$. Pero, naturalmente, no hay ninguna razón por la cual debiéramos hacer esa suposición, y no es razonable imponérsela por la mecánica de la transformación de los valores en precios. Sólo cabe una conclusión, a saber, que el método marxiano de transformación es lógicamente insatisfactorio.

3. UNA SOLUCIÓN ALTERNATIVA ⁵

No es difícil descubrir la fuente del error de Marx. En su esquema del precio, los desembolsos de los capitalistas en capital constante y capital variable quedan exactamente como estaban en el esquema del valor; en otras palabras, el capital constante y el capital variable empleados en la producción se siguen expresando en términos de valor. Las producciones totales, por otra parte, se expresan en términos de precio. Ahora bien, es obvio que en un sistema en que el cálculo del precio es general, tanto el capital empleado en la producción como el producto mismo deben expresarse en términos de precio. El inconveniente está en que Marx sólo anduvo la mitad del camino en la transformación de los valores en precios. No hay por qué sorprenderse de que tal procedimiento conduzca a resultados contradictorios.

Marx mismo de ningún modo ignoraba esta posible fuente de error. Examinando el problema de la transformación en el volumen III, escribía:

Puesto que el precio de producción puede apartarse del valor de una mercancía, se sigue que el precio de costo (capital constante más capital variable) de una mercancía, que contiene este precio de producción, puede estar también por encima o por debajo de esa porción de su valor total, que está formada por el valor de los medios de producción consumidos por ella. Es necesario recordar esta significación modificada del precio de costo y tener presente que siempre existe la posibilidad de un error si suponemos que el precio de costo de las mercancías de cualquier esfera particular es igual al valor de los medios de producción consumidos por ella.⁶

Aquí, sin embargo, abandonó el tema, haciendo notar: «nuestro actual análisis requiere un examen más minucioso de este punto». Mas, al parecer, el problema le preocupaba, pues volvió a él en su *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, donde dedicó dos páginas a mostrar cómo «la transformación de los valores en precios de producción opera en forma doble», a saber, alterando el monto de la ganancia percibida en una industria dada, y alterando el precio de los factores aportados, que él llamó precio de costo.⁷

5. La obra básica sobre esta materia es el ensayo de Bortkiewicz, «Zur Berichtigung der grundlegenden theoretischen Konstruktion von Marx im dritten Band des "Kapital"», *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, julio de 1907. Puesto que esta sección no es esencialmente sino una versión abreviada del razonamiento de Bortkiewicz, hemos omitido las referencias específicas.

6. *Capital*, III, p. 194.

7. *Theorien über den Mehrwert*, III, pp. 200-201.

A pesar de ello, Marx reiteró su creencia de que los precios de producción podían ser derivados de los valores: «Esta importante desviación de los precios de producción respecto de los valores —que la producción capitalista lleva a efecto— no altera en nada el hecho de que los precios de producción, como antes, son determinados por los valores».⁸ Debe decirse, sin embargo, que nunca logró demostrar el punto en forma lógicamente convincente, aunque, de haber vivido bastante para rehacer el volumen III, es muy posible que hubiese dejado esa materia en un estado más satisfactorio. En el resto de esta sección esbozaremos un método para transformar los valores en precios que está libre de la objeción a que el método de Marx da lugar.

Como primer paso, supongamos que el precio de una unidad de capital constante es x veces su valor, el precio de una unidad de artículos para trabajadores o bienes salariales (*wage goods*) es y veces su valor, y el precio de una unidad de artículos de lujo es z veces su valor. Representemos, además, la tasa general de ganancia con una t (y es importante entender que t no se define como Marx definía la tasa de ganancia, y, por lo tanto, parece prudente no usar el mismo símbolo para los dos conceptos).

Ahora bien, en el cálculo del valor, las tres ecuaciones siguientes describen las condiciones de la reproducción simple:

$$\begin{array}{ll} \text{I} & c_1 + v_1 + p_1 = c_1 + c_2 + c_3 \\ \text{II} & c_2 + v_2 + p_2 = v_1 + v_2 + v_3 \\ \text{III} & c_3 + v_3 + p_3 = p_1 + p_2 + p_3 \end{array}$$

Si las transformamos a términos de precio, estas ecuaciones se convierten en:

$$\begin{array}{ll} \text{I} & c_1 x + v_1 y + t (c_1 x + v_1 y) = (c_1 + c_2 + c_3) x \\ \text{II} & c_2 x + v_2 y + t (c_2 x + v_2 y) = (v_1 + v_2 + v_3) y \\ \text{III} & c_3 x + v_3 y + t (c_3 x + v_3 y) = (p_1 + p_2 + p_3) z \end{array}$$

Y esto puede escribirse de nuevo así:

$$\begin{array}{ll} \text{I} & (1 + t) (c_1 x + v_1 y) = (c_1 + c_2 + c_3) x \\ \text{II} & (1 + t) (c_2 x + v_2 y) = (v_1 + v_2 + v_3) y \\ \text{III} & (1 + t) (c_3 x + v_3 y) = (p_1 + p_2 + p_3) z \end{array}$$

En estas tres ecuaciones hay cuatro cantidades incógnitas, a saber: x , y , z y t . Para llegar a una solución única es necesario contar con el mismo número de ecuaciones e incógnitas. Por lo tanto, debemos tener una ecuación más, o bien una incógnita menos. Podríamos proceder como lo hizo Marx, igualando el valor total al precio total. Esto nos daría la siguiente cuarta ecuación:

8. *Ibid.*, p. 201.

$$\begin{aligned} (c_1 + c_2 + c_3)x + (v_1 + v_2 + v_3)y + (p_1 + p_2 + p_3)z &= \\ &= (c_1 + c_2 + c_3) + (v_1 + v_2 + v_3) + (p_1 + p_2 + p_3) \end{aligned}$$

La significación económica de esta ecuación es fácil de advertir. Hasta aquí, en nuestros esquemas del valor lo hemos calculado todo en términos de horas de trabajo; en otras palabras, una hora de trabajo ha sido la unidad de cómputo. Al suponer que la producción total en términos de valor es igual a la producción total en términos de precio, deberíamos retener simplemente la misma unidad de cómputo en los esquemas del precio. No hay ninguna objeción lógica a esta forma de proceder, pero desde un punto de vista matemático hay otro método más simple y, por lo tanto, más atractivo.

En vez de calcular el esquema del valor en términos de unidades de tiempo de trabajo, podríamos ponerlo en términos de dinero. Así, el valor de cada mercancía no se expresaría en unidades de trabajo, sino en términos del número de unidades de la mercancía-dinero por el cual se cambiara. El número de unidades de trabajo necesarias para producir una unidad de mercancía-dinero suministraría un eslabón directo entre los dos sistemas de cómputo. Supongamos que el esquema del valor ha sido calculado en términos de dinero, y que el oro, que clasificaremos como artículo de lujo, ha sido escogido como mercancía-dinero. Entonces, una unidad de oro (digamos 1/35 de onza) es la unidad de valor. En obsequio a la sencillez, supondremos también que las unidades de otros artículos de lujo han sido escogidas de tal manera que todas se cambian por la unidad de oro sobre la base de uno a uno: en otras palabras, el valor unidad de todos los artículos de lujo, inclusive el oro, es igual a uno. Ahora, pasando de un esquema del valor a un esquema del precio, queremos retener 1/35 de onza de oro como unidad de cómputo. La unidad de oro será, por consiguiente, igual a uno en ambos esquemas, y en las condiciones supuestas lo mismo debe ser verdad para todos los artículos de lujo.

Puesto que hemos hecho ya la suposición de que el precio de una unidad de artículos de lujo es z veces su valor, esto equivale a considerar

$$z = 1$$

y a su vez esto reduce el número de incógnitas a tres. Puesto que tenemos tres ecuaciones, el sistema está ahora totalmente definido.

Si consideramos ahora $1 + t = m$, nuestras tres ecuaciones quedan finalmente como sigue:

$$\begin{aligned} \text{I} \quad m(c_1x + v_1y) &= (c_1 + c_2 + c_3)x \\ \text{II} \quad m(c_2x + v_2y) &= (v_1 + v_2 + v_3)y \\ \text{III} \quad m(c_3x + v_3y) &= p_1 + p_2 + p_3 \end{aligned}$$

La solución real de la ecuación es, por supuesto, materia de álgebra; lo que nos interesa es el resultado. Para expresar este de la manera más adecuada se forman las seis expresiones siguientes:

$$f_1 = \frac{v_1}{c_1} \qquad g_1 = \frac{v_1 + c_1 + p_1}{c_1}$$

$$f_2 = \frac{v_2}{c_2} \qquad g_2 = \frac{v_2 + c_2 + p_2}{c_2}$$

$$f_3 = \frac{v_3}{c_3} \qquad g_3 = \frac{v_3 + c_3 + p_3}{c_3}$$

[Desde aquí hasta el final del capítulo, la letra g no indica ganancias.]

Recordando que

$$c_1 + c_2 + c_3 = c_1 + v_1 + p_1$$

$$v_1 + v_2 + v_3 = c_2 + v_2 + p_2$$

$$p_1 + p_2 + p_3 = c_3 + v_3 + p_3$$

nuestras ecuaciones pueden escribirse de nuevo

$$\begin{array}{ll} \text{I} & m(x + f_1 y) = g_1 x \\ \text{II} & m(x + f_2 y) = g_2 y \\ \text{III} & m(x + f_3 y) = g_3 \end{array}$$

Las soluciones⁹ que resultan son entonces las siguientes:

$$m = \frac{f_2 g_1 + g_2 - \sqrt{(g_2 - f_2 g_1)^2 + 4f_1 g_1 g_2}}{2(f_2 - f_1)}$$

$$y = \frac{g_3}{g_2 + (f_3 - f_2) m}$$

$$x = \frac{f_1 y m}{g_1 - m}$$

9. Estas ecuaciones son de segundo grado y de una clase poco corriente. El modo más conveniente de proceder parece ser el de escribir de nuevo las dos primeras como ecuaciones lineales en x e y . Entonces, si existe una solución, debe cumplirse la condición

$$\begin{vmatrix} (m - g_1) & m f_1 \\ m & (m f_2 - g_2) \end{vmatrix} = 0$$

La solución de m aparece enseguida, y de aquí en adelante todo marcha viento en popa.

Se recordará que definimos m como igual a $t + 1$, y, por lo tanto, t (la tasa de ganancia) resulta de

$$t = m - 1$$

Estas fórmulas pueden parecer terribles, pero en realidad no es difícil aplicarlas. Como ejemplo de la forma en que los precios pueden ser derivados de los valores, hagamos las operaciones necesarias con los datos básicos presentados en la Tabla 2. El esquema del valor es como sigue:

$$\begin{aligned} \text{I} \quad & 250 (c_1) + 75 (v_1) + 75 (p_1) = 400 \\ \text{II} \quad & 50 (c_2) + 75 (v_2) + 75 (p_2) = 200 \\ \text{III} \quad & 100 (c_3) + 50 (v_3) + 50 (p_3) = 200 \end{aligned}$$

Usando las fórmulas para x , y y m , obtenemos

$$x = \frac{9}{8}$$

$$y = \frac{3}{4}$$

$$m = \frac{4}{3}$$

Esto implica una tasa de ganancia ($m - 1$) de $33 \frac{1}{3}$ por ciento.

Todo lo que queda por hacer ahora es introducir las cifras reales en el juego final de ecuaciones de precios. El resultado aparece en la Tabla 3b.

Tabla 3b. Cálculo correcto de precios

Rama	Capital constante	Capital variable	Ganancia	Precio
I	281 $\frac{1}{4}$	56 $\frac{1}{4}$	112 $\frac{1}{2}$	450
II	56 $\frac{1}{4}$	56 $\frac{1}{4}$	37 $\frac{1}{2}$	150
III	112 $\frac{1}{2}$	37 $\frac{1}{2}$	50	200
Totales	450	150	200	800

Es claro que el cálculo del precio conforme a lo que podría llamarse con propiedad el método de Bortkiewicz, como aparece en la Tabla 3b, no ocasiona ningún tras-

torno en el equilibrio de la reproducción simple. La producción total de la rama I es igual al capital constante empleado; la producción de la rama II es igual a los salarios pagados; y la producción total de la rama III es suficiente para absorber la plusvalía total que perciben los capitalistas. Además, todos los capitalistas realizan el 33 ⅓ por ciento sobre sus inversiones. Todo está en orden de nuevo, como estaba en la Tabla 1, que mostraba un esquema del valor sobre el supuesto de la igualdad en la composición orgánica del capital para todas las industrias.

Hasta ahora los ejemplos numéricos han sido elaborados sobre la base de cifras, presentadas primeramente en la Tabla II, que fueron especialmente escogidas por su sencillez y manejabilidad. Hay, sin embargo, cierta característica accidental de este juego particular de cifras que podría conducir a una mala interpretación. Se notará que en la Tabla 3b el precio total asciende a 800, exactamente la misma suma que el valor total en las tablas anteriores. De esto podría uno sentirse inclinado a deducir que, en general, el método de Bortkiewicz para transformar los valores en precios no altera los totales. No es así, sin embargo, y a fin de demostrar el punto parece deseable reproducir las tablas que Bortkiewicz mismo usa para ilustrar su método de transformación. La Tabla 4 da un esquema del valor y la Tabla 4a, el correspondiente esquema del precio.

Tabla 4. Cálculo del valor^a

Rama	Capital constante	Capital variable	Plusvalía	Valor
I	225	90	60	375
II	100	120	80	300
III	50	90	60	200
Totales	375	300	200	875

^a Aquí se supone que la tasa de plusvalía es del 66 ⅔ por ciento.

Tabla 4a. Cálculo del precio

Rama	Capital constante	Capital variable	Ganancia	Precio
I	288	96	96	480
II	128	128	64	320
III	64	96	40	200
Totales	480	320	200	1.000

La Tabla 4a se deriva de la Tabla 4 del mismo modo que la Tabla 3b se derivó de la Tabla 3. Vemos una vez más que todas las condiciones de la reproducción simple se satisfacen plenamente por este método de transformación.

Pero hay una diferencia entre este caso y el anterior. En la Tabla 4a, el precio total (1.000) difiere del valor total en la Tabla 4 (875), mientras que en el ejemplo precedente los dos totales eran iguales. Una breve explicación de esta diferencia mostrará que el ejemplo anterior es un caso especial, en tanto que el presente debe ser considerado de validez general.

El problema depende de la composición orgánica del capital en la industria del oro con relación a la composición orgánica del capital social total antes de que se haya realizado la transformación a términos de precio. Esto puede ser fácilmente demostrado. Es claro, primero, que si en la industria del oro prevalece una composición orgánica del capital relativamente alta, el precio del oro será mayor que su valor. Esto resulta del hecho de que en el cálculo del precio la ganancia es proporcional al capital total, en tanto que en el cálculo del valor es proporcional al capital variable solamente. En consecuencia, si todas las demás mercancías se expresan en términos de oro, su precio total debe ser menor que su valor total. Esto puede formularse de otra manera, como sigue: puesto que *ex hypothesi* el precio y el valor de una unidad de oro son ambos numéricamente iguales a uno, el hecho de que su precio sea «más alto» que su valor puede explicarse tan sólo por el hecho de que el precio medio de todas las mercancías es más bajo que su valor medio. Dicho todavía de otro modo, si la composición orgánica del capital es relativamente alta en la industria del oro, la transformación del valor en precio elevará el poder de compra del oro. El mismo razonamiento se aplica, *mutatis mutandis*, al caso en que la composición orgánica del capital en la industria del oro es relativamente baja. Sólo en el caso especial de que la composición orgánica del capital en la industria del oro es exactamente igual a la composición orgánica social media del capital, es verdad que el precio total y el valor total son idénticos.

Estos principios pueden ser puestos a prueba por referencia a los ejemplos numéricos ya presentados. En la Tabla 2, la composición orgánica del capital en la rama de artículos de lujo (y, por lo tanto, en la industria del oro) era de 100/150, o sea del 66 $\frac{2}{3}$ por ciento, mientras que la composición orgánica del capital total era de 400/600, que es también el 66 $\frac{2}{3}$ por ciento. En consecuencia, la transformación en precio (Tabla 3b) daba por resultado un precio total igual al valor total. En el ejemplo tomado por Bortkiewicz, sin embargo, la composición orgánica del capital en la rama de artículos de lujo era originalmente de 50/140, o sea del 35 $\frac{5}{7}$ por ciento, comparada con una composición orgánica del capital social de 375/675, o sea del 55 $\frac{5}{9}$ por ciento. Puesto que en este caso la composición orgánica del capital en la industria del oro era relativamente baja, la transformación del valor en precio daba por resultado un precio total mayor que el valor total.

Como no hay ninguna razón para suponer que la composición orgánica del capital en la industria del oro sea igual a la composición orgánica media del capital social, resulta que en lo general el método de Bortkiewicz conduce a un precio total que difiere del valor total.

Es importante darse cuenta de que esta diferencia entre el valor total y el precio total no implica ninguna conclusión teórica importante. Se trata únicamente de la unidad

de cómputo. Si hubiéramos empleado la unidad de tiempo de trabajo como unidad de cómputo en los esquemas del valor y del precio, los totales habrían sido los mismos.¹⁰ Como resolvimos emplear la unidad de oro (dinero) como unidad de cómputo, los totales difieren. Pero en ambos casos, las proporciones del esquema del precio (proporción de la ganancia total con respecto al precio total, y de la producción total del capital constante con respecto a la producción total de artículos para trabajadores –*wage goods*–, etc.) resultarán iguales, y son las relaciones existentes entre los diversos elementos del sistema, más que las cifras absolutas en que se expresan, las que importan.

Con la ayuda del método de Bortkiewicz hemos demostrado que de un sistema de cálculo del valor puede derivarse un sistema de cálculo del precio. Este es el problema en que Marx estaba realmente interesado. Creía poder resolverlo empleando una tasa media de ganancia calculada partiendo directamente de las magnitudes del valor. Esto era un error, pero un error que palidece hasta la insignificancia si lo comparamos con la hazaña profundamente original de haber planteado correctamente el problema. Pues con este éxito Marx preparó el terreno para la vindicación final de la teoría del valor-trabajo, el sólido cimiento de toda su estructura teórica.¹¹

4. UN COROLARIO DEL MÉTODO DE BORTKIEWICZ

Un examen minucioso de la fórmula para la tasa de ganancia, derivada arriba, revela un hecho notable. Se recordará que la fórmula en cuestión es la siguiente:

$$m = \frac{f_2 g_1 + g_2 - \sqrt{(g_2 - f_2 g_1)^2 + 4f_1 g_1 g_2}}{2(f_2 - f_1)}$$

en la que las relaciones siguientes se conservan:

$$\begin{aligned} f_1 &= \frac{v_1}{c_1} & g_1 &= \frac{v_1 + c_1 + p_1}{c_1} \\ f_2 &= \frac{v_2}{c_2} & g_2 &= \frac{v_2 + c_2 + p_2}{c_2} \\ f_3 &= \frac{v_3}{c_3} & g_3 &= \frac{v_3 + c_3 + p_3}{c_3} \end{aligned}$$

10. El uso de la unidad de tiempo de trabajo como unidad de cómputo en ambos esquemas está en la base del ingenioso método de transformación ideado por Natalie Moszkowska, *Das Marxsche System* (1929), esp. pp. 3-19.

11. La importancia del problema de la transformación se examina extensamente en las dos últimas secciones de este capítulo.

Se observará que ni f_3 ni g_3 aparecen en la fórmula. En otras palabras, la composición orgánica del capital en la rama III (artículos de lujo) no desempeña ningún papel directo en la determinación de la tasa de ganancia.

Este es un resultado de considerable interés teórico. Significa, esencialmente, que la tasa de ganancia depende sólo de las condiciones de producción existentes en aquellas industrias que contribuyen, directa o indirectamente, a la formación de los salarios reales. Las condiciones existentes en las industrias que proveen únicamente al consumo de los capitalistas sólo cuentan aquí en la medida en que influyen en las condiciones de las industrias que producen artículos para trabajadores (*wage goods*). Marx hubiera aceptado que esta proposición es válida con respecto a la tasa de plusvalía, pero su método de transformar los valores en precios lo condujo a creer que no era aplicable a la tasa de ganancia. Como lo hizo notar Bortkiewicz, sin embargo, el resultado está de acuerdo con la teoría de las ganancias de Ricardo y la crítica de Marx a Ricardo sobre este punto era injusta.¹²

Bortkiewicz desarrolló este teorema sobre la tasa de ganancia en dos direcciones. En primer lugar, lo consideraba un apoyo concluyente al punto de vista de Marx de que las ganancias constituyen una sustracción del producto del trabajo. A este respecto, Bortkiewicz sustituyó el término de Marx «teoría de la explotación» (*Ausbeutungstheorie*) por la expresión neutral «teoría de la deducción» (*Abzugstheorie*). A la luz de este teorema,

debiera ser completamente claro que la causa de la ganancia como tal debe buscarse en la relación salarial y no en la fuerza productiva del capital. Si se tratara de esta fuerza, sería inexplicable por qué ciertas ramas de la producción están excluidas de toda influencia sobre el nivel de las ganancias.¹³

En segundo lugar, Bortkiewicz mostró cómo este teorema, relativo a la tasa de ganancia, podría conducir a la refutación de la validez general de la versión de Marx de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Para demostrar que no hay ninguna relación necesaria entre las variaciones en la composición orgánica media del capital social total y las variaciones en la tasa media de ganancia, basta suponer que la composición orgánica del capital en la rama III sube, mientras todo lo demás permanece invariable. La composición orgánica media del capital puede subir, pero la tasa de ganancia no cambia.

La importancia práctica de esta crítica no es grande. En general, no hay ninguna razón para suponer una tendencia de la composición orgánica del capital en las industrias de artículos de lujo a subir más rápidamente que el promedio de todas las industrias. Más aún, en el mundo real las industrias que sólo proveen al consumo de los capitalistas son, sin duda, pocas y relativamente poco importantes. La gran mayoría de las industrias de artículos de consumo pertenecen tanto a la rama II como a la III.

12. Bortkiewicz se empeñó mucho en defender a Ricardo contra Marx.

13. «Wertrechnung und Preisrechnung im Marxschen System», en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, septiembre de 1907, pp. 446-447.

Algunos autores han supuesto, al parecer, que el peso principal de la crítica de Bortkiewicz a la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia se apoya en las razones que acabamos de explicar.¹⁴ Esto es verdad en lo que concierne a su artículo «Sobre la rectificación de la construcción teórica fundamental de Marx en el volumen III de *El capital*».¹⁵ Pero en sus otros ensayos sobre la teoría económica de Marx, «Cálculo del valor y cálculo del precio en el sistema marxista»,¹⁶ Bortkiewicz pone el énfasis principal en el desdén de Marx por «la relación matemática entre la productividad del trabajo y la tasa de plusvalía».¹⁷ Esta última objeción a la formulación de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia por Marx es en verdad la más importante de las dos. Además, esta objeción no tiene nada que ver con el procedimiento usado en la transformación de los valores en precios.

5. LA IMPORTANCIA DEL CÁLCULO DEL PRECIO

Hasta aquí hemos discutido los aspectos técnicos del problema de la transformación de los valores en precios. Habiendo observado que el método de Marx era defectuoso, localizamos la fuente de su error y procedimos a demostrar que el problema puede resolverse de manera lógicamente satisfactoria. ¿Cuál es, ahora, la importancia de toda la cuestión?

Parece claro que Marx mismo consideró el problema del cálculo del precio como de importancia evidentemente secundaria. Su pertinencia, en lo que a Marx le concernía, se limitaba a dos aspectos de la economía: 1) los precios de las mercancías individuales, y 2) las ganancias relativas de los capitalistas individuales. Para usar un giro moderno, estos son temas económicos de naturaleza microscópica. Se refieren a elementos separados del sistema, no al sistema en su conjunto. Marx, empero, estaba interesado en la macroscopía económica: el ingreso total, su división entre las principales clases sociales y la forma en que estas cantidades totales operan en el curso del desarrollo del sistema capitalista. En relación con estos temas mayores, la cuestión del cálculo del valor *versus* el cálculo del precio poseía sólo una importancia incidental, que Marx podía permitirse desdeñar sin peligro.

Si el método de Marx para resolver el problema de la transformación pudiera considerarse válido, parece no haber duda de que esta posición sería enteramente justificada. De acuerdo con su método, la producción total, la plusvalía total, los salarios totales, la tasa de plusvalía y la tasa de ganancia, permanecen todos inalterados ante la transición de términos de valor a términos de precio. Además, las fuerzas puestas en movimiento por el capitalista en su incansable persecución de ingresos y riquezas acrecentados operan con el mismo vigor y con exactamente los mismos vastos efectos, ya se trate de un sistema de cálculo del valor o de un sistema de cálculo del precio.

14. Véanse los artículos de Shibata citados *supra*, p. 124 n.

15. *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, julio de 1907.

16. *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, julio de 1906, julio de 1907, septiembre de 1907.

17. Véanse los artículos de Shibata citados *supra*, p. 124 n.

Nuestra investigación ha mostrado, no obstante, que el método de Marx es insatisfactorio, que no solamente los precios y ganancias individuales, sino también las sumas totales y su relación entre ellas pueden ser afectados por la transición de valor a precio. ¿Hasta dónde, en todo caso, desacredita este hecho las conclusiones a que se ha llegado en anteriores capítulos sobre la hipótesis de la igualdad en la composición orgánica de los capitales de todo el sistema?

Para contestar a esta pregunta, imaginemos un esquema del valor basado en la suposición de la igualdad general en la composición orgánica de los capitales. Llamemos V a este esquema del valor. En este caso, el correspondiente esquema del precio es idéntico. Ahora, modifiquemos la composición orgánica de los capitales individuales, pero de tal manera que el promedio no cambie. Llamemos P al correspondiente esquema del precio. Sabemos que V y P diferirán en ciertos detalles. Por ejemplo, tanto la suma total de la plusvalía como la tasa de ganancia pueden ser, digamos, menores en P que en V . Pero haciendo a un lado las cifras particulares de que se trate, se ve fácilmente que las relaciones implicadas en los dos esquemas son idénticas. En ambos, los capitalistas obtienen ganancias, y los obreros, salarios; las condiciones de la reproducción simple son las mismas. Al pasar de V a P , el sistema ha sufrido, como si dijéramos, una transformación que sólo afecta a sus dimensiones. Al comparar dos estados de equilibrio, esta, en sí misma, no es materia muy importante.

Que ambos sistemas se desarrollen ahora bajo el efecto de la acumulación. ¿Diferirán en grado importante sus características tendenciales? Este es el meollo del problema.

Parecería que pudieran surgir de dos fuentes diferencias claramente apreciables. En primer lugar, en P la composición orgánica del capital en la industria del oro podría seguir un curso singular, digamos elevándose más empinadamente que el promedio de todas las industrias, mientras que *ex hypothesi* en V todas las industrias funcionan de modo similar a este respecto. En tal caso, el poder de compra del dinero operaría de manera diferente en los dos sistemas, o, viendo el asunto por el otro lado, el precio total diferiría progresivamente del valor total. Se trata aquí simplemente, sin embargo, como lo hemos advertido ya, de la unidad de cómputo, una cuestión que no tiene ninguna importancia teórica mayor. Resulta que la primera diferencia puede ser desechada sin temor a consecuencias graves.

Una segunda diferencia entre las tendencias de V y P podría surgir debido a ciertos cambios relativos a la composición orgánica del capital entre las diversas industrias de P , cambios que, por suposición, están ausentes de V . El promedio crecerá simultáneamente en ambas en la misma medida, pero puede suponerse que el ritmo de crecimiento en algunas industrias de P sea rápido, mientras que en otras es lento o quizá no existe. Mas para establecer una diferencia en las tendencias generales, esta modificación interna de la composición orgánica del capital en P tendrá que ser precisamente de cierta índole. Tendrá que afectar a las industrias de artículos para trabajadores (*wage goods*), en conjunto, de forma diferente que a las industrias de artículos de lujo. Porque si los aumentos particularmente altos, al igual que los casos en que no hay aumento, se distribuyen más o menos al azar en todo el campo de la industria, no habrá razón para suponer un efecto particular en cualquiera de las cantidades totales pertinentes.

En verdad, ciertos cambios que tengan un efecto especial en las industrias de artículos para trabajadores (*wage goods*) no son imposibles. Más aún, en principio, basta que estos cambios ejerzan una influencia considerable en las industrias que, en forma directa o indirecta, son relativamente más importantes en la producción de artículos para trabajadores, comparadas con aquellas que son relativamente más importantes en el campo de los artículos de lujo. En consecuencia, debe admitirse que puede haber fuerzas presentes en P que estén ausentes de V .

Pero aquí es pertinente plantear una cuestión. Sabemos ya que V exhibe ciertas tendencias bastante precisas. Tales tendencias no desaparecen por la transformación en P ; cuando mucho, cambian. Pero, ¿en qué sentido cambian? ¿Se refuerzan o se inhiben? La verdad es que no hay fundamentos en que apoyar una respuesta a la pregunta. En tales circunstancias, hay sólo una suposición general recomendable en cierto grado, a saber, la de que las diferentes tasas de cambio en la composición orgánica de los capitales se distribuyen más o menos al azar entre las diversas ramas de la industria. Esto equivale a suponer que las tasas de cambio en la composición orgánica del capital entre las industrias son neutras con respecto a la tendencia de las cantidades agregadas en que estamos principalmente interesados. Esto, finalmente, equivale a hacer abstracción completa de tales tasas de cambio divergentes. Es una abstracción apropiada en el sentido que explicamos ya en un capítulo anterior.¹⁸

Hecha esta abstracción, se sigue que las pautas de desarrollo trazadas por V y P diferirán sólo en pequeños detalles. En otras palabras, las leyes de movimiento de la producción capitalista pueden, en principio, ser descubiertas y analizadas mediante el uso, ya sea del cálculo del valor o del cálculo del precio. La legitimidad de tratar el caso en que el cálculo del valor y el cálculo del precio son idénticos es un corolario evidente.

Resulta, por tanto, que una concepción correcta del problema de la transformación no afecta a las leyes del desarrollo capitalista a las que llegamos en capítulos anteriores.

6. ¿POR QUÉ NO EMPEZAR CON EL CÁLCULO DEL PRECIO?

Podrá argüirse que el conjunto de problemas relacionados con el cálculo del valor y la transformación de los valores en precios es una especie de exceso de equipaje. Si en el mundo real impera el cálculo del precio, ¿por qué no operar en términos de precio desde el principio?

Un marxista puede, sin peligro, aceptar en parte este punto de vista. En la medida en que la forma de funcionar de los elementos desiguales del sistema económico (los precios de las mercancías individuales, las ganancias de capitalistas particulares, la combinación de los factores productivos en la empresa individual, etc.) afecta a los problemas planteados para su solución, parece no haber duda de que el cálculo del valor es de poca utilidad. Los economistas ortodoxos han trabajado intensamente en problemas de esta índole durante el último medio siglo y más. Han elaborado una suerte de teoría del precio más útil en este dominio que todo lo que podamos encontrar en Marx o sus partidarios.

18. Véanse *supra*, pp. 58 y ss.

Podría uno sentirse tentado a ir más allá y reconocer que desde el punto de vista formal es posible prescindir del cálculo del valor aun en el análisis del funcionamiento del sistema como un todo. Hay, sin embargo, una razón de peso para creer que esta sería una opinión equivocada. La producción total social íntegra es producto del trabajo humano. En las condiciones capitalistas, una parte de esta producción total social se la apropia el grupo de la comunidad que posee los medios de producción. Esto no es un juicio moral, sino un método de describir la relación económica realmente básica entre los grupos sociales. Encuentra su formulación teórica más exacta en la teoría de la plusvalía. Mientras conservemos el cálculo del valor, no podrá velarse el origen y la naturaleza de las ganancias como una deducción del producto del trabajo social total. La traducción de las categorías pecuniarias a categorías sociales se facilita grandemente. El cálculo del valor, en resumen, hace posible observar, bajo los fenómenos superficiales del dinero y las mercancías, las relaciones subyacentes entre los hombres y las clases.

El cálculo del precio, por otra parte, oscurece las relaciones sociales subyacentes de la producción capitalista. Puesto que la ganancia se calcula como un rédito del capital total, surge inevitablemente la idea de que el capital como tal es en alguna forma «productivo». Las cosas parecen estar dotadas de un poder propio independiente. Desde el punto de vista del cálculo del valor, es fácil reconocer en esto una forma flagrante del fetichismo de la mercancía. Desde el punto de vista del cálculo del precio, parece ser natural e inevitable.¹⁹ No se trata sólo, sin embargo, de velar las relaciones sociales básicas de la producción capitalista. Cada una de las teorías de la ganancia que han sido elaboradas partiendo del cálculo del precio es susceptible de serias objeciones. Böhm-Bawerk, el gran oponente de la teoría del valor de Marx, demolió realmente las teorías que se apoyaban en la pretendida productividad del capital como principio explicativo. Su propia teoría de la preferencia temporal no tiene, en verdad, fundamentos más sólidos.²⁰ Es quizá significativo que los teóricos modernos hayan abandonado en gran parte el intento de explicar el origen de la ganancia y se limiten ahora a analizar los cambios en el nivel de la ganancia y la división de esta entre los empresarios y accionistas.

Pero pese a esta actitud de indiferencia de los teóricos modernos hacia el problema del origen y la naturaleza de la ganancia, las cuestiones que implica son de profun-

19. Véanse *supra*, pp. 72 y ss.

20. Böhm-Bawerk pensó que esta teoría combinaba la productividad y la preferencia temporal, y de este modo eludía sus propias objeciones a las por él llamadas «ingenuas» teorías de la productividad. Bortkiewicz, sin embargo, mostró que el único fundamento independiente para el interés aducido por Böhm era la preferencia temporal.

Bortkiewicz, al parecer el único entre los críticos de Marx, consideraba la teoría de la «deducción» como origen de la ganancia, y la yuxtaposición del cálculo del valor y el cálculo del precio, como indiscutiblemente las contribuciones más importantes de Marx a la teoría económica. Tomó esta posición porque participaba de la opinión expresada en el texto, a saber, que las otras teorías de la ganancia son insatisfactorias. Desarrolló este tema en una importante serie de ensayos que han recibido una atención mucho menor de la que merecen. Además de los ya citados, pueden anotarse los que siguen: «Der Kardinalfehler der Böhm-Bawerkschen Zinstheorie», *Schmoller's Jahrbuch*, 1906; «Zur Zinstheorie», *ibid.*, 1907; y «Böhm-Bawerk's Hauptwerk in seinem Verhältnis zur sozialistischen Theorie des Kapitalzinsens», *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, 1923.

da significación. Afectan no sólo a nuestra actitud hacia el sistema económico en que vivimos, sino también a nuestra selección de los instrumentos teóricos con que procuramos comprenderlo. Es esta circunstancia la que da a la discusión sobre el cálculo del precio *versus* el cálculo del valor su verdadera importancia. Si creemos con Marx y los grandes economistas clásicos que la ganancia sólo puede ser entendida como una deducción del producto combinado total del trabajo social, no hay manera de pasar por alto el cálculo del valor y la teoría del valor-trabajo en que se basa.

8

La naturaleza de las crisis capitalistas

MARX NUNCA PERDIÓ DE VISTA EL PROBLEMA DE LAS CRISIS. EN EL *MANIFIESTO*, uno de sus primeros trabajos, hablaba de «las crisis comerciales que por su repetición periódica ponen a prueba la vida de toda la sociedad burguesa, cada vez más amenazadoramente». Y una de las últimas cosas publicadas durante su vida, la «Posdata a la Segunda Edición» del volumen I de *El capital* (1873), terminaba con una nota similar:

El movimiento contradictorio de la sociedad capitalista impresiona al burgués práctico del modo más notable en los cambios del ciclo periódico que la industria moderna recorre y cuyo punto culminante es la crisis general. La crisis se aproxima una vez más, aunque no esté todavía sino en su etapa preliminar; y por la universalidad de su escenario y la intensidad de su acción, hará resonar la dialéctica inclusive en las cabezas de los advenedizos del nuevo sagrado imperio pruso-germano.¹

Más aún, del principio al fin de los tres volúmenes de *El capital* y de los tres de la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*,² el problema de las crisis reaparece sin cesar. Con todo, no se encuentra en ninguno de los escritos de Marx nada que se aproxime a un examen completo o sistemático de la materia.

Razones de mucho peso explican tal ausencia. Las crisis son fenómenos extraordinariamente complicados. Una gran variedad de fuerzas económicas les da forma en mayor o menor medida. Como Marx lo expresó: «La crisis real puede explicarse sólo por el movimiento real de la producción, la competencia y el crédito capitalistas».³ Por «competencia» y «crédito» entendía toda estructura de organización de los mercados y el meca-

1. *Capital*, I, p. 26. Se han hecho correcciones en la traducción. En la edición inglesa, a esta posdata se le da erróneamente el nombre de «Prefacio a la Segunda Edición».

2. *Theorien über den Mehrwert* (1905-10).

3. *Ibid.*, II/2, p. 286.

nismo financiero que hace la economía real mucho más complicada que los sistemas tipo que fueron analizados en *El capital*. Para decirlo de otro modo, la crisis como fenómeno concreto complejo no podía ser plenamente analizada en los niveles de abstracción a que *El capital* se reduce. Lo que sí encontramos son todos los aspectos del problema de la crisis que aparecen en los niveles de abstracción más altos. Estos se presentan de cuando en cuando en todo el análisis, aunque no necesariamente en orden lógico desde el punto de vista de un examen integral de las crisis. Tal vez pueda decirse con certeza que si Marx hubiera vivido para completar su análisis de la competencia y el crédito nos hubiera dado un examen cabal y sistemático de las crisis. Resultó, sin embargo, que las crisis tuvieron que quedarse en la lista de las tareas inconclusas.

En estas circunstancias, y en vista de la importancia práctica del problema, era natural que los seguidores de Marx dedicaran una gran atención a la teoría de las crisis. Por otra parte, ampliaron el análisis de Marx en varios sentidos, a la vez que disputaban entre ellos acerca del significado y de la importancia relativa de sus dispersas aportaciones a la materia. No es posible, por lo tanto, tratar de las crisis dentro del marco general de la teoría económica de Marx sin tomar en consideración los escritos marxistas posteriores sobre el asunto. En lo que sigue no intentaremos cubrir el tema totalmente; nos limitaremos más bien a espigar en los autores más importantes, en la medida en que puedan ayudarnos a redondear y aclarar la exposición.

1. LA PRODUCCIÓN SIMPLE DE MERCANCÍAS Y LAS CRISIS

Una moneda o medio de circulación bien aceptado y más o menos estable es un rasgo necesario de una sociedad que ha avanzado más allá de la etapa del trueque ocasional hasta el punto de satisfacer regularmente sus necesidades por medio del cambio privado entre los productores individuales. En tanto que la forma de la transacción de trueque es *M-M*, mercancía contra mercancía, en las condiciones de la producción de mercancías desarrollada, la forma de cambio se convierte en *M-D-M*, mercancía contra dinero y dinero contra mercancía. Así, la función y el propósito del dinero es dividir el acto del cambio en dos partes que, por la naturaleza misma del caso, pueden estar separadas en el tiempo y en el espacio. En la historia de la civilización, la introducción del dinero representó un gran paso adelante. El productor no está ya obligado a buscar a alguien que tenga lo que él necesita y que, al mismo tiempo, necesite lo que él tiene. El uso de la moneda le permite vender su producto cuando está terminado y comprar a su satisfacción lo que le hace falta. De este modo se ahorra mucho tiempo y resulta posible la verdadera especialización, que es la base de la productividad incrementada.

Todo esto es lugar común. Pero lo que tal vez no sea generalmente admitido es el hecho de que la organización de la producción por medio del cambio privado, de la forma ya dicha, lleva consigo la posibilidad de una crisis de índole tal que sería inconcebible en una economía más simple, en la que el trabajo estuviera organizado y los productos fuesen compartidos bajo la dirección de una sola autoridad (por ejemplo, en la economía de la familia patriarcal o de la casa solariega feudal). Porque si

nismo financiero que hace la economía real mucho más complicada que los sistemas tipo que fueron analizados en *El capital*. Para decirlo de otro modo, la crisis como fenómeno concreto complejo no podía ser plenamente analizada en los niveles de abstracción a que *El capital* se reduce. Lo que sí encontramos son todos los aspectos del problema de la crisis que aparecen en los niveles de abstracción más altos. Estos se presentan de cuando en cuando en todo el análisis, aunque no necesariamente en orden lógico desde el punto de vista de un examen integral de las crisis. Tal vez pueda decirse con certeza que si Marx hubiera vivido para completar su análisis de la competencia y el crédito nos hubiera dado un examen cabal y sistemático de las crisis. Resultó, sin embargo, que las crisis tuvieron que quedarse en la lista de las tareas inconclusas.

En estas circunstancias, y en vista de la importancia práctica del problema, era natural que los seguidores de Marx dedicaran una gran atención a la teoría de las crisis. Por otra parte, ampliaron el análisis de Marx en varios sentidos, a la vez que disputaban entre ellos acerca del significado y de la importancia relativa de sus dispersas aportaciones a la materia. No es posible, por lo tanto, tratar de las crisis dentro del marco general de la teoría económica de Marx sin tomar en consideración los escritos marxistas posteriores sobre el asunto. En lo que sigue no intentaremos cubrir el tema totalmente; nos limitaremos más bien a espigar en los autores más importantes, en la medida en que puedan ayudarnos a redondear y aclarar la exposición.

1. LA PRODUCCIÓN SIMPLE DE MERCANCÍAS Y LAS CRISIS

Una moneda o medio de circulación bien aceptado y más o menos estable es un rasgo necesario de una sociedad que ha avanzado más allá de la etapa del trueque ocasional hasta el punto de satisfacer regularmente sus necesidades por medio del cambio privado entre los productores individuales. En tanto que la forma de la transacción de trueque es *M-M*, mercancía contra mercancía, en las condiciones de la producción de mercancías desarrollada, la forma de cambio se convierte en *M-D-M*, mercancía contra dinero y dinero contra mercancía. Así, la función y el propósito del dinero es dividir el acto del cambio en dos partes que, por la naturaleza misma del caso, pueden estar separadas en el tiempo y en el espacio. En la historia de la civilización, la introducción del dinero representó un gran paso adelante. El productor no está ya obligado a buscar a alguien que tenga lo que él necesita y que, al mismo tiempo, necesite lo que él tiene. El uso de la moneda le permite vender su producto cuando está terminado y comprar a su satisfacción lo que le hace falta. De este modo se ahorra mucho tiempo y resulta posible la verdadera especialización, que es la base de la productividad incrementada.

Todo esto es lugar común. Pero lo que tal vez no sea generalmente admitido es el hecho de que la organización de la producción por medio del cambio privado, de la forma ya dicha, lleva consigo la posibilidad de una crisis de índole tal que sería inconcebible en una economía más simple, en la que el trabajo estuviera organizado y los productos fuesen compartidos bajo la dirección de una sola autoridad (por ejemplo, en la economía de la familia patriarcal o de la casa solariega feudal). Porque si

el productor A vende y después, por una razón cualquiera, deja de comprar a B, este, no habiendo logrado vender a A, no puede comprar a C; y este, no habiendo podido vender a B, no puede comprar a D; y así sucesivamente. De esta forma, una interrupción en el proceso de la circulación, que está condicionado por la separación de la compra y la venta, puede extenderse desde su punto de origen hasta afectar a toda la economía. Aparece entonces la consecuencia conocida, la crisis, en la que coinciden existencias de mercancías invendibles y necesidades insatisfechas. Cada productor ha producido más de lo que puede vender. Mientras que en formas anteriores de sociedad el desastre económico era sinónimo de escasez insólita, encontramos aquí por primera vez esa forma peculiarmente civilizada de la crisis económica, la crisis de sobreproducción. Por supuesto, en este caso sería absurdo decir que la causa de la crisis es la sobreproducción; por el contrario, es obvio que la sobreproducción es el resultado de la crisis. En el ejemplo ofrecido, la «causa» ha de buscarse en las circunstancias que indujeron al productor A a interrumpir el proceso de cambio de sus propios productos por los productos de otros. Si logramos averiguar por qué A vendió y no pudo comprar, habremos descubierto la causa de la crisis, al menos en sentido aproximado.

Ahora bien, realmente no es fácil concebir las razones por las cuales los productores hayan de seguir esta conducta desorganizadora en una sociedad de producción simple de mercancías. Seguramente, un desastre natural, la guerra o algún otro acontecimiento catastrófico puede interrumpir la circulación en las condiciones de la producción simple de mercancías, pero la crisis económica resultante sería probablemente una crisis de déficit agudo, más bien que de excedentes invendibles, y a este respecto la producción simple de mercancías no es muy diferente de sociedades más primitivas. El atesoramiento, basado en la sed de oro del avaro, es una explicación concebible de una crisis de la índole descrita, y es bien sabido que el atesoramiento como un fin en sí mismo es mucho más común en condiciones próximas a la producción simple de mercancías que en sociedades más avanzadas. El atesoramiento, sin embargo, tiene lugar usualmente de modo gradual y en un largo periodo de tiempo. Si un aumento adecuado en la oferta total de la mercancía dinero lo compensa, no tendrá efectos apreciables en la economía; si no es así, puede ejercer una influencia persistentemente depresiva en la circulación y, por lo tanto, en la producción. Pero es difícil advertir cómo podría el atesoramiento provocar esa crisis de carácter violento y súbito a que estamos acostumbrados en el mundo moderno. Parece segura la conclusión de que, excluidos los factores externos, como las guerras y las cosechas malogradas, las crisis son posibles pero más bien improbables, o cuando mucho accidentales, bajo la producción simple de mercancías.

Esta conclusión brota esencialmente de las condiciones básicas de la producción simple de mercancías. La circulación de $M-D-M$ lleva en sí, ciertamente, las posibilidades de una crisis, pero al mismo tiempo significa producción para el consumo; y puesto que el consumo es fundamentalmente un proceso continuo, hay pocas razones para esperar que las posibilidades se conviertan en hechos.

2. LA LEY DE SAY

Los economistas clásicos mostraron su falta de perspectiva histórica en su constante incapacidad para distinguir entre producción simple de mercancías y producción capitalista. Los teoremas elaborados a base de las suposiciones implícitas de la producción simple de mercancías fueron con frecuencia generalizados y aplicados erróneamente a la producción capitalista.

Uno de los ejemplos más claros de lo dicho nos lo ofrece el principio que se ha hecho famoso, en la literatura económica, con el nombre de «ley de los mercados de Say», llamada así por referencia al discípulo francés de Adam Smith y contemporáneo de Ricardo, Jean Baptiste Say.⁴

La ley de Say sostiene que a una venta sigue invariablemente una compra por igual cantidad; en otras palabras, que no puede interrumpirse la circulación $M-D-M$, y, por lo tanto, no puede haber crisis ni sobreproducción. Hemos visto ya que bajo la producción simple de mercancías tal interrupción parece improbable; la ley de Say transforma esto en el dogma de la imposibilidad. La tesis correcta de que las crisis y la sobreproducción son improbables bajo la producción simple de mercancías se convierte en la tesis falsa de que las crisis y la sobreproducción son imposibles en cualesquiera circunstancias. Aceptando la ley de Say, a veces explícita y a veces tácitamente, los economistas clásicos cerraron el camino a una teoría de las crisis; como resultado, sus contribuciones a la materia fueron fragmentarias, inconexas y de escaso valor permanente.

Nadie advirtió esto más claramente que Marx, y, por lo mismo, no es sorprendente que haya dedicado mucha atención a una crítica detallada de la ley de Say (en su versión ricardiana). Quería eliminar toda duda sobre la naturaleza de la posibilidad formal de las crisis y la sobreproducción en las sociedades productoras de mercancías, y abrir así el camino a un análisis ulterior de las causas de las crisis. Esta tarea se cumple en la sección sobre las crisis de la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*.⁵

Ricardo negaba la posibilidad de la sobreproducción general en los términos siguientes:

Un hombre no produce sino con el propósito de consumir o vender y nunca vende sino con la intención de comprar alguna otra mercancía que pueda serle útil, o que pueda contribuir a la producción futura. Produciendo, pues, se convierte necesariamente en el consumidor de sus propios artículos o en el comprador y consumidor de los artículos de alguna otra persona... Los productos se compran siempre con productos, o con servicios; el dinero es sólo el medio por el cual se efectúa el cambio.⁶

Marx ridiculizó el razonamiento: «Este es un balbuceo infantil propio de Say, pero indigno de Ricardo».⁷ En realidad, no está uno obligado a comprar sólo porque ha ven-

4. El dudoso honor de la originalidad —dudoso en este caso, de todos modos— difícilmente podría adjudicarse a Say, a pesar del hecho de que el principio en cuestión va comúnmente asociado a su nombre. En lo que concierne a los clásicos, la prioridad parece pertenecer a James Mill, padre de John Stuart Mill.

5. *Theorien über den Mehrwert*, II/2, esp. pp. 272-291.

6. *Principles*, pp. 273-275.

7. *Theorien über den Mehrwert*, II/2, p. 277.

dido. La venta y la compra están separadas en el tiempo y en el espacio. El dinero es algo más que «el medio por el cual se efectúa el cambio»; es el medio por el cual el cambio se divide en dos transacciones separadas y distintas, la venta y la compra. Si uno vende y deja de comprar el resultado es la crisis y la sobreproducción. «Cuando decimos que la forma simple de la metamorfosis (es decir, $M-D-M$) contiene la posibilidad de la crisis, decimos solamente que en esta forma misma reside la posibilidad de división y separación de operaciones esencialmente complementarias.»⁸ Ricardo llega hasta desfigurar las condiciones de la producción simple de mercancías, aunque evidentemente considera su análisis aplicable no sólo a la producción simple de mercancías, sino también al capitalismo. Cuando pasemos a examinar este último, veremos en su integridad las implicaciones del error de Ricardo.

3. EL CAPITALISMO Y LAS CRISIS

La forma de circulación $M-D-M$, que es característica de la producción simple de mercancías, se convierte bajo el capitalismo en $D-M-D'$. Desde el punto de vista de la circulación esta es la diferencia fundamental entre ambas.⁹ Examinemos esto más en detalle.

El fundamento racional de $M-D-M$ es claro. En lo que concierne al valor de cambio, la M al comienzo y la M al final son idénticas. Desde el punto de vista del valor de uso, sin embargo, la primera M no posee ninguno para su productor, o, en todo caso, sólo un pequeño valor de uso, en tanto que la segunda M se desea porque su valor de uso es mayor. Así, el propósito del cambio es la adquisición de valor de uso y no el aumento del valor de cambio. Esto es lo que se quiere decir cuando se afirma que la producción simple de mercancías es producción para el consumo, y es esto lo que explica la improbabilidad de las crisis y de la sobreproducción en las condiciones de la producción simple de mercancías.

$D-M-D'$, la forma dominante de la circulación bajo el capitalismo, es por completo diferente. El capitalista, actuando como tal,¹⁰ inicia su carrera con dinero (D) en cantidad suficiente para funcionar efectivamente como capital; lanza este a la circulación, a cambio de fuerza de trabajo y medios de producción (C); finalmente, después de cumplido un proceso de producción, reaparece en el mercado con mercancías que transforma de nuevo en dinero (D'). Tanto la D al principio como la D' al final representan valor de cambio; ninguna de ellas posee valor de uso. Todo el proceso carece de sentido, por consiguiente, a menos que haya una diferencia cuantitativa entre D y D' ; en otras palabras, a menos de que $D' - D = \Delta D$ sea positiva. En lo que concierne al capitalista, «la expansión del valor, que es la base objetiva o el resorte principal de la circulación $D-M-D$, se convierte en su propósito subjetivo, y sólo en la medida en que la apropiación de más y más riqueza en abstracto se vuelve el único móvil

8. *Ibid.*, pp. 280-281.

9. Véanse *supra*, pp. 87 y ss.

10. Es importante no confundir al capitalista como tal con el capitalista como consumidor. Ordinariamente, cuando hablamos de capitalista en general, nos referimos al primero.

de sus operaciones, el capitalista actúa como tal».¹¹ Tenemos aquí un nuevo elemento que faltaba totalmente en la producción simple de mercancías. Pues aunque el avaro pueda compartir la pasión del capitalista por la riqueza en abstracto, la satisface retirando dinero de la circulación; en tanto que el capitalista devuelve constantemente su dinero a la circulación, y de esa forma cambia el carácter del proceso mismo de la circulación. Esto es lo que se quiere decir cuando se afirma que el capitalismo es producción para obtener ganancia, y es esto lo que explica, como pronto veremos, por qué el capitalismo es peculiarmente proclive a las crisis y a la sobreproducción.

Antes de que consideremos la relación entre $D-M-D'$ y las crisis, debe notarse que la forma de circulación $M-D-M$ no deja simplemente de existir o de ser pertinente con la aparición de la producción capitalista. Sin duda, para la gran mayoría de la gente, para los trabajadores, la circulación sigue tomando la forma $M-D-M$, con todo lo que ella implica. El obrero comienza con una mercancía, la fuerza de trabajo, que en el mejor de los casos tiene para él un valor de uso muy limitado, convierte su fuerza de trabajo en dinero, y, finalmente, emplea el dinero en adquirir artículos necesarios y en procurarse comodidades. Esto es $M-D-M$, y el objetivo es un aumento del valor de uso. $D-M-D'$ es tan extraña al obrero como a los simples productores de mercancías. Es, por lo tanto, enteramente erróneo describir al obrero como dominado por el móvil de la ganancia o imaginar que comparte el deseo del capitalista de apropiarse de «más y más riqueza en abstracto». El obrero es estimulado por un deseo de valores de uso, y lo que parece ser «acumulación» en los obreros (mediante los bancos de ahorros, las compañías de seguros, etc.) tiene poco de común con la acumulación del capitalista. Proviene, más bien, de la necesidad que tiene el obrero de tratar de asegurarse un flujo de valores de uso para sí y para su familia cuando su fuerza de trabajo no sea ya vendible.¹²

La diferencia de conducta y de motivos entre el capitalista y el obrero no tiene, por supuesto, nada que ver con la «naturaleza humana». Proviene de la diferencia entre $D-M-D'$ y $M-D-M$, es decir, de las circunstancias objetivas diferentes en que cada uno está colocado. Por no hacer esta distinción, la teoría económica ortodoxa ha caído con frecuencia en uno u otro de dos errores opuestos: el error de suponer que bajo el capitalismo *cada uno* es impulsado por el deseo de obtener ganancias, o el error de suponer que *cada uno* se interesa solamente en los valores de uso y, por lo mismo, que todo ahorro debe considerarse a la luz de una redistribución del ingreso a través del tiempo. Marx da un buen ejemplo de las inconsecuencias en que la teoría económica ortodoxa puede caer con este motivo. Cita, aprobándola, una declaración de MacCulloch:

11. *Capital*, I, p. 170.

12. Dada una población creciente con una concentración del número en los grupos más jóvenes, es posible que la «acumulación» por los obreros con este motivo dé por resultado un considerable ahorro neto. A esto, sin embargo, se contraponen el gasto de aquellos cuyos ingresos están por debajo del nivel de subsistencia (desocupados, ancianos, etc.) y que se ven por consiguiente obligados a vivir de la caridad o de tal o cual forma de ayuda. Es dudoso que el ahorro neto de la clase obrera en su conjunto haya sido alguna vez positivo por un periodo de tiempo considerable. Hay, por lo tanto, muchas razones para creer que la suposición en que se apoyó siempre Marx, a saber, que los trabajadores consumen sus ingresos íntegros, está plenamente justificada por motivos tanto teóricos como prácticos.

«La pasión inextinguible del lucro, la *auri sacra fames*, guiará siempre al capitalista». Pero, añade rápidamente Marx: «Esta opinión, por supuesto, no impide al mismo MacCulloch y a otros de su talla, cuando experimentan dificultades teóricas, como, por ejemplo, en el problema de la sobreproducción, transformar al mismo capitalista en un ciudadano moral, cuyo solo interés está en los valores de uso, y a quien se le desarrolla inclusive un hambre insaciable de botas, sombreros, huevos, calicó y otros tipos de valores de uso extremadamente conocidos».¹³ El examen cuidadoso de las características simples, pero fundamentales, de la sociedad capitalista servirá de prevención contra tales añagazas.

Analicemos ahora la relación entre $D-M-D'$ y el problema de la crisis. Hemos visto ya que la atención del capitalista se concentra en ΔD ; está interesado en lograr que ΔD sea todo lo grande posible. Naturalmente, no juzga el éxito o el fracaso por el volumen absoluto de ΔD , sino más bien por el volumen de ΔD con relación a la magnitud de su capital original, o, en otras palabras, por el volumen de la fracción $\Delta D/D$. Puesto que esta fracción no es evidentemente sino la tasa de ganancia, podemos decir que el capitalista está interesado en elevar al máximo su tasa de ganancia, que es este el objetivo inmediato que tiene delante cuando aventura su capital en la producción.

Ahora bien, en lo que concierne a la posibilidad formal de la crisis no hay diferencia entre la producción simple de mercancías y el capitalismo. Lo que se dijo antes analizando la producción simple de mercancías es igualmente aplicable aquí. Cualquier interrupción en el proceso de la circulación, cualquier retención del poder de compra respecto del mercado, puede iniciar una contracción en el proceso de la circulación, que dará origen al fenómeno de la sobreproducción y que pronto se reflejará en un descenso de la producción misma. Pero hay una gran diferencia, la de que mientras antes era difícil advertir lo que podría iniciar tal contracción, ahora es claro de todos modos que si algo le ocurre a ΔD , el capitalista reconsidera inmediatamente la conveniencia de lanzar su D a la circulación. ΔD constituye ese talón de Aquiles del capitalismo que faltaba en la producción simple de mercancías.

Por ahora examinaremos dos casos. En primer lugar, si ΔD desaparece o se vuelve negativo, el incentivo de la producción capitalista dejará de existir. Los capitalistas retirarán su capital, se reducirá la circulación y comenzará una crisis seguida de sobreproducción. Este caso es bastante claro; es también, sin embargo, un caso extremo que no tendrá probablemente su duplicado en la práctica. Es cierto que a veces la ganancia desaparece y aun deja el sitio a pérdidas en la mayor parte de la economía como un todo. Pero en general se reconoce que este es el *resultado* de una crisis particularmente severa; es, en otras palabras, un fenómeno de depresión y difícilmente puede usarse para explicar el comienzo de la crisis.

Nuestro segundo caso, por consiguiente, es el de un descenso del ΔD o, para emplear una terminología más conocida, de la tasa de ganancia. Suponiendo que la tasa de ganancia permanezca siempre positiva, de modo que el factor que da motivo a la producción capitalista no sea nunca eliminado, ¿hay aún razones para esperar que en cierta etapa los capitalistas puedan reducir sus operaciones lo bastante para provocar una crisis? La respuesta es, enfáticamente, sí. Como Marx lo expresó, bajo el capitalis-

13. *Capital*, I, p. 171 n.

mo «no se trata sólo de reemplazar la misma masa de objetos de que el capital se compone, en la misma escala o (en el caso de la acumulación) en una escala ampliada, sino de reemplazar el valor del capital adelantado por la tasa *usual (gewöhnlich)* de la ganancia». ¹⁴ No es necesario considerar la tasa usual de la ganancia como una cifra precisa, nada más y nada menos; basta determinar claramente el nivel de las cifras, digamos del 10 al 15 por ciento, o del 4 al 6 por ciento, según las circunstancias. Tan pronto descienda la tasa de ganancia por debajo del nivel ordinario, comenzará una reducción de las operaciones de los capitalistas. No es difícil advertir las razones.

Debido a la naturaleza misma del proceso de circulación, cada capitalista individual tiene que escoger de continuo entre dos líneas de acción alternativas: debe devolver un capital a la circulación o conservarlo en forma de dinero. A la larga, es verdad, esta alternativa no existe; si quiere continuar siendo un capitalista, más tarde o más temprano tendrá que reinvertir su capital. Pero esto no significa que deba reinvertir su capital inmediatamente, ni tampoco que deba seguir reinvertiendo siempre su capital en la misma línea de producción. Es un principio generalmente aceptado que si la tasa de ganancia desciende por debajo del nivel ordinario en cualquier industria particular, los capitalistas retirarán su capital de esa industria para colocarlo en otra. Sin embargo, si la tasa de ganancia desciende más allá del nivel ordinario en todas o casi todas las industrias al mismo tiempo, nada puede ganarse con pasar de una a otra. Cuando esto sucede, los capitalistas no están obligados a seguir reinvertiendo bajo condiciones que deben considerar desfavorables; pueden posponer la reinversión hasta que las condiciones sean favorables otra vez, es decir, hasta que la tasa de ganancia alcance de nuevo el nivel ordinario, o bien hasta que se hayan resignado a una nueva y más baja norma de la tasa de ganancia. Entretanto, el aplazamiento de la reinversión había interrumpido el proceso de circulación y provocado la crisis y la sobreproducción. La crisis y la depresión subsiguiente forman parte, en realidad, del mecanismo por el cual la tasa de ganancia es restituida completa o parcialmente a su nivel previo.

No es verdad, por consiguiente, que la tasa de ganancia deba desaparecer o volverse negativa para producir una crisis. Lo único que se requiere es un descenso en la tasa más allá de su nivel ordinario, suficiente para inducir a los capitalistas a retener su capital en forma de dinero, esperando la vuelta de condiciones más favorables. De esta forma se rompe la continuidad del proceso de la circulación y se precipita la crisis.

Podría pensarse que los capitalistas, ante una tasa de ganancia anormalmente baja, en vez de conservar su capital en dinero aumentarían su consumo personal. Si esto ocurriese, cambiaría el carácter de la demanda de mercancías, pero el total no se vería afectado y no se produciría, en consecuencia, ninguna interrupción en el proceso de la circulación. Argumentar de esta forma, sin embargo, es cometer el error contra el cual tan cuidadosamente nos previno Marx; es suponer que de pronto el capitalista pierde su interés en la acumulación y se convierte en «un ciudadano moral cuyo solo interés está en los valores de uso»; es suponer que el capitalista, ante los «tiempos malos», busca su compensación en una vida desordenada y no en el más prosaico pero también más realista expediente de apretarse el cinturón; es, para decirlo

14. *Theorien über den Mehrwert*, II/2, p. 265. La cursiva no figura en el original.

brevemente, suponer eliminado lo más esencial del capitalismo, el apremio incesante de acumular capital. Marx criticó esta forma de razonar muy claramente en el pasaje que sigue:

Nunca debe olvidarse que en el caso de la producción capitalista no se trata directamente del valor de uso, sino del valor de cambio, y más particularmente del aumento de la plusvalía. Este es el motivo impulsor de la producción capitalista, y es una delicada concepción la que, a fin de probar la desaparición de las contradicciones de la producción capitalista, hace abstracción de sus bases mismas y la convierte en un sistema de producción al que atañe el consumo inmediato de los productores.¹⁵

El tema de esta sección puede resumirse como sigue: la forma específica de la crisis capitalista es una interrupción del proceso de circulación provocada por un descenso en la tasa de ganancia más allá de su nivel ordinario. Es interesante y, además, instructivo advertir que la moderna teoría del ciclo económico ha llegado a una conclusión que, aunque aparentemente inconexa, es, no obstante, en esencia, muy similar a la posición de Marx. Los teóricos modernos comienzan en un nivel de abstracción más bajo que Marx: para ellos la clase capitalista se divide en dos secciones, la de los empresarios que organizan y dirigen los procesos de producción, y la de los poseedores de capital en dinero, que suministran bajo la forma de préstamos a interés los fondos que los empresarios necesitan para sus operaciones. Los empresarios pueden también poseer capital, pero en la medida en que lo tienen se considera que se lo prestan a interés a sí mismos. Bajo estas suposiciones, el empresario pensará que vale la pena invertir capital mientras la tasa de ganancia¹⁶ que percibe sea mayor que el tipo del interés que está obligado a pagar. Tan pronto la tasa de ganancia cae por debajo del tipo de interés, en cambio, el empresario no tiene ya motivo para invertir; la circulación se interrumpe y sobreviene la crisis.

Planteada la cuestión de este modo, parece que la dificultad estriba en que el tipo de interés es demasiado alto. En cierto sentido es verdad, pero lo que realmente significa es que antes que prestar su capital a los empresarios a tipos inferiores, los capitalistas prefieren conservarlo en forma de dinero. Puede haber varias razones para esta preferencia, pero los teóricos del ciclo económico parecen estar generalmente de acuerdo en que la más importante es la creencia del capitalista de que probablemente los tipos inferiores de interés no durarían, o, en otras palabras, que los tipos inferiores serían inusuales y anormales, y que, por lo tanto, desde un punto de vista puramente pecuniario sería más prudente posponer las actividades de préstamo hasta que la demanda hubiese llegado a los actuales o tal vez aún más altos tipos.¹⁷ Por supuesto, si los tipos de interés no se recuperan como se esperaba después de un periodo de

15. *Ibid.*, pp. 266-267.

16. A lo que llamamos aquí tasa de ganancia se le denomina usualmente eficiencia marginal o productividad del capital. Las diferencias entre estos conceptos no son importantes desde el punto de vista que nos ocupa ahora.

17. Conservar el dinero en espera de un tipo de interés más alto en el futuro (o dicho de otro modo, en espera de más bajos precios de los valores en el futuro) es lo que Keynes llama preferencia de la liquidez derivada del motivo especulativo.

tiempo razonable, los capitalistas pueden resignarse a un nuevo y más bajo nivel de tipos y, por consiguiente, comenzar a prestar otra vez en términos aceptables para los empresarios.

Si tratamos ahora de formular este aserto haciendo abstracción de la separación de capitalistas y empresarios, advertimos al punto que la negativa de los capitalistas poseedores del dinero a prestar a los empresarios a tipos de interés inferiores al que se considera normal o común, es esencialmente el mismo fenómeno que la negativa de los capitalistas empresarios (que Marx llama capitalistas a secas) a invertir cuando la tasa de ganancia desciende más allá de su nivel ordinario. En términos generales, estos son modos alternativos de decir que la clase capitalista en su conjunto restringe sus actividades de inversión cuando la tasa del beneficio sobre el capital cae por debajo de cierto nivel que es más o menos preciso en cualquier tiempo y lugar particulares. La formulación marxiana tiene la gran ventaja de enfatizar que este tipo de conducta proviene de las características más fundamentales de la producción capitalista y no de la forma particular en que la oferta y el empleo de los fondos de capital están organizados. Esto no es afirmar que el completo análisis de las crisis sea posible sin tomar plenamente en consideración los fenómenos del mercado de dinero, el tipo del interés, el crédito, etc. Sólo hemos tratado de demostrar lo que la moderna teoría del ciclo económico a menudo pasa por alto, a saber, que aun faltando las disposiciones institucionales que den origen a un mercado de dinero y a un tipo de interés, la producción capitalista seguirá sujeta a las crisis provocadas por las fluctuaciones en la tasa de ganancia. La implicación más importante de esta prueba es que no se puede esperar que las intromisiones en el sistema monetario, en cualquier grado que fueren, pongan término a las crisis capitalistas.

4. LOS DOS TIPOS DE CRISIS

Si el análisis anterior es correcto, se sigue que el examen de las causas de las crisis debe hacerse en términos de las fuerzas que operan sobre la tasa de ganancia. A este respecto, la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia es evidentemente apropiada. Mostramos en el capítulo 6 que el proceso de la acumulación de capital lleva consigo una tendencia de la tasa de ganancia a la baja. Si esta tendencia no se elimina constante y gradualmente, parece claro que el resultado pueden ser las crisis. Esta posibilidad será examinada en el capítulo siguiente bajo el encabezamiento general de «Las crisis relacionadas con la tendencia decreciente de la tasa de ganancia». Es importante darse cuenta de que la tendencia decreciente fue deducida sobre la base de la suposición de que las condiciones de la ley del valor se satisfacían plenamente;¹⁸ en otras palabras, del principio al fin del análisis se supuso que todas las mercancías se vendían en sus valores de equilibrio. La tasa descendente de la ganancia no era, por consiguiente, un síntoma de desequilibrio en el sistema del valor, aunque si condujese a una crisis, se convertiría entonces en la causa de tal desequilibrio.

18. El uso del cálculo del precio no exigiría cambios importantes en las conclusiones a que llegamos sobre la base del cálculo del valor. Véanse pp. 141 y ss.

Si ahora abandonamos la suposición de que todas las mercancías se venden en sus valores de equilibrio, aparece otra posible causa de descenso en la lucratividad: los capitalistas pueden hallarse incapacitados para vender las mercancías en sus valores. Esta posibilidad ha sido poco mencionada hasta aquí, aunque está implícita en la teoría del valor. El punto es obvio cuando se aplica a una sola mercancía; si se produce demasiado, el precio de mercado cae por debajo del valor, y la ganancia se reduce o desaparece. Si esto ocurre en un número suficiente de industrias al mismo tiempo, el resultado es un descenso general en la tasa de ganancia, seguido de una crisis. En este caso, sin embargo, el descenso en la lucratividad es ya un síntoma de desequilibrio, intensificado ahora por la crisis subsiguiente. La dificultad esencial es la de realizar el valor que, en un sentido físico, está ya incorporado en las mercancías acabadas. Por lo tanto, esta posibilidad será examinada en detalle en el capítulo 10, bajo el encabezamiento general de «Las crisis de realización».

Es importante advertir la diferencia entre las crisis relacionadas con la tendencia descendente de la tasa de ganancia y las crisis de realización. El capitalista práctico, probablemente, no verá ninguna diferencia; para él la dificultad estriba siempre en el lucro insuficiente, sea cual fuere su causa. Pero desde el punto de vista del análisis causal, los dos tipos de crisis plantean problemas diversos. En un caso tienen que ver con movimientos en la tasa de plusvalía y en la composición del capital, quedando intacto el sistema del valor; en el otro, tienen que ver con fuerzas todavía no especificadas que tienden a crear un déficit general en la demanda efectiva de mercancías, no, sin duda, en el sentido de que la demanda sea insuficiente para comprar todas las mercancías ofrecidas, sino de que es insuficiente para comprarlas todas con una tasa de ganancia satisfactoria. El punto de partida de la crisis es, en ambos casos, un descenso de la tasa de ganancia; pero lo que está detrás del descenso en un caso requiere un análisis muy diferente del que requiere lo que está detrás del descenso en el otro.

9

Las crisis relacionadas con la tendencia decreciente de la tasa de ganancia

DE ACUERDO CON MARX, LA TASA DE GANANCIA TIENDE A CAER EN EL CURSO del desarrollo capitalista porque, como regla general, la composición orgánica del capital se eleva relativamente más deprisa que la tasa de plusvalía.¹ Este puede ser el caso, aunque en el capítulo 6 expusimos ciertas razones de duda sobre la generalidad de la ley. De todos modos, en la medida en que la tasa de ganancia manifiesta una tendencia descendente por la razón dicha, parece claro que tenemos la base para una teoría de las crisis. No necesitamos repetir el análisis del mecanismo por el cual un descenso en la tasa de ganancia más allá de cierto punto se convierte en la causa de una crisis.

En un capítulo titulado «Desarrollo de las contradicciones internas de la ley»,² Marx advertía la conexión entre las crisis y la tendencia de la tasa de ganancia a caer. «Ella (una caída en la tasa de ganancia) provoca la sobreproducción, la especulación, la crisis y el excedente de capital, junto con el excedente de población.»³ Y de nuevo, «el límite del modo de producción capitalista se hace evidente... en el hecho de que el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo crea con la tasa descendente de la ganancia una ley que, al llegar a cierto punto, se convierte en un antagonismo de este modo de producción y requiere, para su anulación, crisis periódicas.»⁴ Parece probable que en estos dos pasajes Marx pensaba en un descenso de la tasa de ganancia atribuible a

1. Estrictamente, a este respecto, deberíamos hablar de la proporción del capital variable con respecto al capital total, en vez de la composición orgánica. Sin embargo, si la división del capital en constante y variable no dista mucho de mitad y mitad, el descenso relativo en el primero es poco diferente del ascenso relativo en el último.

2. *Capital*, III, capítulo XV. Véase la edición castellana del FCE, p. 240.

3. *Ibid.*, p. 283.

4. *Ibid.*, p. 303.

una composición orgánica ascendente del capital; en otras palabras, pensaba en su ley general de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

Algunos autores han sacado la conclusión de que Marx daba a entender que la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia era el primer principio explicativo en lo que concierne a las crisis.⁵ Este es un problema de interpretación que se complica bastante por el hecho de que en el mismo capítulo en que aparecen los pasajes arriba citados Marx toma también en cuenta la lucratividad debido a otras dos causas separadas y distintas: 1) un descenso en la tasa de plusvalía consiguiente a un aumento de los salarios en términos de valor⁶ y 2) la imposibilidad, en ciertas circunstancias, de vender mercancías en sus valores íntegros; o sea, lo que hemos llamado el problema de la realización.⁷ Más aún, a ambos factores se les relaciona con la crisis, y en ocasiones es imposible decir con certeza en qué clase de descenso de la lucratividad pensaba Marx. En estas condiciones, no hay realmente manera de saber cuánto peso intentaba dar a la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia como un elemento en la explicación de las crisis. A veces hay indicios de que consideraba esta ley aplicable solamente a la larga. Por ejemplo, en algún lugar dice: «En vista de las muchas causas diferentes que provocan un ascenso o un descenso en la tasa de ganancia, se podría esperar que la tasa media de ganancia cambiase todos los días. Pero determinado movimiento en una esfera contrarrestará el de otra. Investigaremos más adelante (es decir, en la parte dedicada a la ley) hacia qué lado gravitan finalmente estas fluctuaciones. Pero son lentas».⁸ Los cambios lentos en la tasa de ganancia difícilmente son pertinentes al problema de las crisis, ya que, a la larga, las ideas de los capitalistas sobre lo que es normal cambian también. Se recordará a este respecto que el capítulo «Desarrollo de las contradicciones internas de la ley» tiene, quizás en grado mayor que la mayor parte del volumen III, el carácter de notas preliminares tomadas por Marx para guiarse en la elaboración ulterior de las materias tocadas, de modo que no debe pensarse en juicios definitivos.

Hasta ahora nuestra atención se ha limitado a la relación entre crisis y la versión de Marx sobre la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. En el capítulo 6, sin embargo, llegamos a la conclusión de que deberíamos pisar terreno más firme para buscar las causas de esa tendencia en el proceso de acumulación de capital con su tendencia inherente a elevar la demanda de fuerza de trabajo y, con ella, el nivel de los salarios. Si pasamos ahora a la parte VII del volumen I («La acumulación del capital») encontraremos que Marx tenía una bien articulada teoría de las crisis, expuesta precisamente en estos términos. Es un hecho curioso, que no tiene una explicación obvia, que la aportación a la teoría de la crisis contenida en el volumen I haya sido en gran parte olvidada por quienes escriben sobre la teoría económica de Marx.

Estamos familiarizados ya con el importante lugar que el ejército de reserva del trabajo ocupa en el análisis teórico del capitalismo de Marx. Indicamos ya brevemente en el examen anterior de esta materia que las crisis desempeñan un papel importante en el

5. Véase, por ejemplo, Maurice Dobb, *Political Economy and Capitalism*, cap. IV; y Erich Preiser, «Das Wesen der Marxschen Krisentheorie» en *Wirtschaft und Gesellschaft* (Festschrift für Franz Oppenheimer 1924).

6. Más adelante, en el capítulo 13, discutiremos las crisis que obedecen a esta causa.

7. Véase el capítulo siguiente.

8. *Capital*, III, p. 199.

reclutamiento del ejército de reserva. Abordemos ahora un análisis más detallado de esta relación.

Es concebible que si la acumulación de capital marchara fácilmente y hubiera siempre, en el momento oportuno y en la cantidad necesaria, nuevas invenciones disponibles para ahorrar trabajo, podría existir un ejército de reserva más o menos estable que serviría para impedir que la acumulación ejerciera una presión indebida para el aumento de los salarios. Pero tal cuadro es irreal. Conforme se desarrolla el capitalismo, las fluctuaciones agudas en la tasa de acumulación, que en parte son ocasionadas por revoluciones en la técnica y en parte conducen a ellas, se convierten cada vez más en una regla. Así lo expresó Marx:

Con la acumulación y el desarrollo de la productividad del trabajo que la acompaña, el poder de expansión rápida del capital crece también; crece no sólo porque aumenta la elasticidad del capital que ya funciona, no meramente porque se amplía la riqueza absoluta de la sociedad, de la que el capital sólo es una parte elástica, ni simplemente porque el crédito, bajo cada estímulo especial, pone en seguida una parte desusada de esta riqueza a disposición de la producción en forma de capital adicional; crece también porque las condiciones técnicas mismas del proceso de producción —maquinaria, medios de transporte, etc.— permiten ahora la más rápida transformación de masas de producto excedente en medios de producción adicionales. La masa de riqueza social, superabundante por el proceso de acumulación, y transformable en capital adicional, se arroja frenéticamente a las antiguas ramas de la producción cuyo mercado se expande constantemente, o a ramas recién formadas, tales como ferrocarriles, etc., que el desarrollo de las antiguas hace necesario. En todos estos casos debe haber la posibilidad de arrojar súbitamente grandes masas de hombres a los puntos decisivos, sin perjuicio para la escala de la producción en otras esferas. La sobrepoblación provee estas masas.⁹

Pero si la población excedente es una precondition necesaria para tal estallido súbito de la acumulación, también es verdad que esta última tiende a agotar el ejército de reserva y conduce a una situación en que la fuerza de trabajo disponible es más o menos utilizada en su totalidad. Los capitalistas se ven obligados a competir entre ellos por la demanda de trabajadores adicionales, los salarios se elevan y la plusvalía se reduce. Siempre que la acumulación «requiere una adición extraordinaria de trabajo pagado, los salarios suben y, si todos los demás factores permanecen iguales, el trabajo retribuido (plusvalía) disminuye en proporción. Pero, tan pronto como esta disminución toca el punto en que el trabajo excedente que nutre al capital no es sumistrado ya en la cantidad normal,¹⁰ comienza una reacción: se capitaliza una parte más del ingreso, la acumulación se retrasa y el movimiento al alza de los salarios se detiene».¹¹ Esta «reacción», caracterizada como está por una restricción de la actividad inversionista, no es nada más ni nada menos que la crisis.

⁹ *Ibid.*, I, pp. 693-694.

¹⁰ Marx subraya aquí de nuevo la necesidad de que la ganancia se produzca a una tasa normal, si el sistema de producción ha de funcionar fácilmente y sin interrupción. Como se hizo notar en el capítulo anterior, este es un aspecto esencial de su teoría de las crisis.

¹¹ *Ibid.*, I, p. 680.

Parece completamente claro que fue este proceso de declinación del ejército de reserva, alza de los salarios y reducción de la lucratividad, como causa de las crisis, lo que Marx tuvo presente cuando formuló su bien conocida crítica de las teorías del subconsumo en el volumen II. El siguiente es el pasaje en cuestión:

Es una pura tautología el decir que las crisis tienen su causa en la escasez de consumidores solventes, o de un consumo que pague. El sistema capitalista no conoce ningún otro modo de consumo que el que paga, exceptuando el del indigente o del «ladrón». Si algunas mercancías no se venden, ello significa que no se han encontrado para ellas compradores solventes, o, en otras palabras, consumidores (ya sea que las mercancías sean compradas en última instancia para consumo individual o productivo). [La referencia al «consumo individual o productivo» muestra que Marx entendía aquí por «consumo solvente» lo que los autores de hoy llaman «demanda efectiva».] Pero si se pretendiera revestir esta tautología de una justificación más profunda diciendo que la clase obrera recibe una porción demasiado pequeña de su propio producto, y que el mal se remediaría dándole una parte mayor de él, o elevando sus salarios, tendríamos que responder que siempre las crisis son precedidas precisamente por un periodo en que los salarios se elevan en lo general y la clase obrera recibe realmente una parte mayor de la producción anual destinada al consumo. Desde el punto de vista de los defensores del «simple» (!) sentido común, tal periodo debería más bien eliminar la crisis. Parece, entonces, que la producción capitalista incluye ciertas condiciones que son independientes de la buena o mala voluntad y que permiten a la clase obrera disfrutar de esa relativa prosperidad sólo momentáneamente y, además, siempre como augurio de una crisis próxima.¹²

Esta exposición fluye de un modo natural del examen de las crisis en el volumen I, y va dirigida contra la cruda teoría del subconsumo que ha disfrutado siempre de popularidad considerable, sobre todo entre los sindicalistas. No podría haber nada más absurdo, sin embargo, que citar este pasaje como «prueba» de que Marx consideraba que la magnitud del consumo no tiene ninguna consecuencia en la causalidad de las crisis. Entraremos en este aspecto de su pensamiento más en detalle al examinar las crisis de realización.

Las crisis que son provocadas por una reducción de la lucratividad consiguiente a un alza en los salarios se consideran también en el capítulo «Desarrollo de las contradicciones internas de la ley», del volumen III. Aquí se suponen «condiciones extremas» aquellas de acuerdo con las cuales no sólo la tasa de ganancia, sino también la cantidad absoluta de la ganancia, sufre una reducción. En este caso, «habría un fuerte y súbito descenso en la tasa media de ganancia, pero se debería a un cambio en la composición orgánica del capital, que no tendría por causa el desarrollo de las fuerzas productivas, sino un alza en el valor en dinero del capital variable (debida al aumento de los salarios) y la correspondiente reducción de la proporción de trabajo excedente con respecto al trabajo necesario».¹³ En relación con este caso, que evidentemente continúa la línea

12. *Capital*, II, pp. 475-476. Marx agrega la siguiente nota al pie: «Se pide a los defensores de la teoría de las crisis de Rodbertus que tomen nota de esto».

13. *Capital*, III, p. 295. Las cursivas son del autor de este libro. Es interesante observar que Preiser (*op. cit.*) aprovecha ampliamente este ejemplo en apoyo de su negativa de que la ley de la tendencia descendente de la ganancia esté en el centro de la teoría de la crisis de Marx. No se da cuenta de que Marx habla aquí de un tipo de descenso en la tasa de ganancia diferente del que implica la «ley».

de pensamiento sobre las crisis del volumen I, Marx hizo su más detallado análisis de la depresión. Este examen es tan breve que, suprimiendo algunos pasajes no esenciales, puede ser mejor expuesto con las propias palabras de Marx.

Una vez que las crisis ha empezado,

en todas las circunstancias el equilibrio se restablece haciendo improductiva o destruyendo una cantidad mayor o menor de capital. Esto afectaría hasta cierto punto la sustancia material del capital, es decir, que una parte de los medios de producción, capital fijo y circulante, no prestaría ningún servicio como capital; una parte de las empresas en operación se cerrarían entonces. Por supuesto, el tiempo desgastaría y depreciaría todos los medios de producción (excepto la tierra) pero este estancamiento especial causaría una destrucción bastante más grave de los medios de producción...

La labor destructora principal mostraría sus efectos más terribles en el aniquilamiento de los *valores* de los capitales. Esa parte del valor del capital que sólo existe en la forma de pretensión de futuras participaciones en la plusvalía o la ganancia, que consiste en realidad en notas de crédito sobre la producción en sus varias formas, se vería inmediatamente depreciada por la reducción de las percepciones que sirven de base para calcularla. Una parte de la moneda de oro y plata se vuelve improductiva, no puede ser usada como capital. Una parte de las mercancías en el mercado sólo pueden completar su proceso de circulación y reproducción por medio de una inmensa reducción de sus precios, lo que significa una depreciación del capital que representa. En la misma forma se deprecian los elementos del capital fijo. Viene después la complicación adicional de que el proceso de reproducción se basa en suposiciones precisas sobre precios, de modo que una caída general de los precios detiene y trastorna el proceso de reproducción. Esta interferencia y este estancamiento paralizan la función del dinero como medio de pago, que está condicionada por el desarrollo del capital y por las relaciones de precio resultantes. La cadena de pagos vencidos en ciertas fechas se rompe en cien puntos y el desastre se agrava por el colapso del sistema de crédito...

Al mismo tiempo, entrarán en juego otros factores. El estancamiento de la producción habría echado fuera una parte de la clase trabajadora, y colocado de esa forma a la parte ocupada en una situación tal que tendría que someterse a una reducción de salarios, aun por debajo del nivel medio. Esta operación hace en el capital el mismo efecto que si la plusvalía relativa o absoluta hubiera sido aumentada manteniendo el nivel medio de los salarios... Por otra parte, la baja de los precios y la lucha de la competencia habrían dado a cada capitalista un impulso para elevar el valor individual de su producción total por encima del promedio de su valor, mediante nuevas máquinas, nuevos y mejores métodos de trabajo y nuevas combinaciones, lo que significa aumentar la fuerza productiva de cierta cantidad de trabajo... La depreciación misma de los elementos del capital constante sería otro factor tendente a elevar la tasa de ganancia. La masa del capital constante empleado, comparada con el capital variable, habría aumentado, pero el valor de esta masa podría haber disminuido a pesar de ello. El estancamiento actual de la producción habría preparado un aumento de la producción para más tarde, dentro de los límites del capitalismo.

Y de esta forma, el ciclo se habría cerrado una vez más. Una parte del capital que había sido depreciado por el estancamiento de sus funciones recobraría su viejo valor. En cuanto al resto, se describiría una vez más el mismo círculo vicioso en las condiciones del aumento de la producción, en un mercado ampliado y con fuerzas productivas acrecentadas.¹⁴

14. *Capital*, III, pp. 297-299. Véase la edición castellana del FCE, pp. 251-253.

Es claro, por esta descripción de los efectos ulteriores de una crisis, que Marx miraba la depresión como algo más que simples malos tiempos; la depresión es más bien el método específico de remediar (desde un punto de vista capitalista) los males de la prosperidad. Un ritmo acelerado de acumulación da lugar a una reacción bajo la forma de crisis; la crisis se convierte en depresión; la depresión, engrosando el ejército de reserva y depreciando los valores del capital, restablece la lucratividad de la producción y por este medio pone la base para que se reanude la acumulación. La repetición de todo el proceso es ahora simplemente una cuestión de tiempo. Esta es, entonces, realmente, más que una teoría de las crisis; es, esencialmente, una teoría de lo que los economistas modernos llaman el ciclo económico en su conjunto. Marx estaba bien al tanto de esto:

El curso característico de la industria moderna, a saber, un ciclo decenal (interrumpido por oscilaciones más breves) de periodos de actividad media, producción a alta presión, crisis y estancamiento, depende de la formación constante, la mayor o menor absorción y la reformatión del ejército industrial de reserva formado por la población excedente. A su turno, las fases variables del ciclo industrial reclutan a la población excedente y se convierten en uno de los más enérgicos agentes de su reproducción... Toda la forma del movimiento de la industria moderna depende, por lo tanto, de la transformación constante de una parte de la población trabajadora en brazos desocupados o semioocupados. La superficialidad de la economía política se muestra en el hecho de que considera la expansión y contracción del crédito, que es un mero síntoma de los cambios periódicos del ciclo industrial, como su causa. Lo que sucede con los cuerpos celestes, que una vez lanzados en cierto movimiento preciso lo repiten siempre, pasa también con la producción social tan pronto como es lanzada en este movimiento de expansión y contracción alternas. Los efectos, a su vez, se convierten en causas, y los variados accidentes de todo el proceso, que reproduce siempre sus propias condiciones, toman la forma de periodicidad.¹⁵

Se ve así que Marx consideraba el ciclo económico como la forma específica del desarrollo capitalista, y la crisis como una fase del ciclo. El factor básico que se refleja en este curso peculiar de desarrollo es una tasa fluctuante de acumulación, la que, a su vez, tiene sus raíces en las características técnicas y de organización fundamentales del sistema capitalista. La cadena causal corre de la tasa de acumulación al volumen del empleo, del volumen del empleo al nivel de los salarios y del nivel de los salarios a la tasa de ganancia. Un descenso en la tasa de ganancia más allá de su nivel ordinario obstruye la acumulación y precipita una crisis, la crisis se convierte en depresión y, finalmente, la depresión crea de nuevo las condiciones favorables para una aceleración del ritmo de la acumulación.

Debe notarse que la concepción del ciclo económico que surge del análisis de la acumulación de capital de Marx es aceptable, en principio al menos, para la economía política ajena a Marx. En verdad se puede tal vez decir con certeza que no hay un solo elemento importante de esta teoría que no tenga su lugar en una o más de las muchas teorías del ciclo de negocios elaboradas por los economistas en las últimas tres o cuatro décadas.¹⁶

15. *Capital*, I, pp. 694-695.

16. Esto no implica, por supuesto, que Marx haya influido en grado importante en la moderna teoría del ciclo económico.

Las fluctuaciones en la tasa de inversión, los déficits de trabajo, los «desajustes» entre los costos y los precios de venta, todo esto es familiar a los estudiosos del problema del ciclo, aunque, naturalmente, el énfasis cambia de una teoría a otra. Inclusive la idea de que el ciclo económico es la forma inevitable del desarrollo capitalista es ampliamente aceptada; teóricos tan conocidos como Spiethoff, Schumpeter, Robertson y Hansen se han empeñado mucho en subrayar este punto. Sin embargo, la teoría ortodoxa se ha detenido aquí. Jamás ha visto en el ciclo económico una amenaza a la estabilidad del sistema capitalista mismo; la crisis y la depresión, en lugar de ser lo que Kautsky definió una vez incisivamente como el *memento mori* del capitalismo, son consideradas más bien fuerzas restauradoras, desagradables por el momento pero necesarias a la larga. ¿Hemos de sacar la conclusión de que Marx mismo hubiera estado de acuerdo?

Si no hubiera tenido sobre la crisis otras opiniones que las expuestas en este capítulo, la respuesta podría ser afirmativa. No era así, si embargo. La teoría de las crisis presentada en el volumen I, y a la que ocasionalmente se vuelve en los volúmenes II y III, se destina a considerar sólo un lado del problema total. Ya que, desde el principio hasta el fin, supone que, hasta la aparición real de la crisis, todas las mercancías pueden venderse por sus valores íntegros. En el lenguaje de la teoría corriente, supone que la crisis no es el resultado sino más bien la causa de un déficit de demanda efectiva. La dificultad, por consiguiente, no reside en ningún sentido en la escasez de mercancías, sino en una distribución insatisfactoria (desde el punto de vista capitalista) del ingreso entre los que perciben salarios y los que perciben plusvalía. Abandonar esta suposición es abrir una nueva línea de posibilidades. Mientras estas no hayan sido exploradas, lo que se hará en el capítulo siguiente, la teoría permanece incompleta y unilateral; las conclusiones que aparentemente resultan de ello no deben considerarse definitivas.

Crisis de realización

SI EL DESCENSO EN LA LUCRATIVIDAD QUE ES LA CAUSA INMEDIATA DEL ESTALLIDO de una crisis, es el resultado de la incapacidad de los capitales para realizar el valor neto de las mercancías que producen, hablaremos de una «crisis de realización». En la literatura marxista, la discusión se ha concentrado en dos tipos de crisis que pueden ser clasificadas bajo este encabezamiento general: 1) crisis que provienen de la «desproporcionalidad» entre las diversas líneas de producción; y 2) crisis que provienen del «subconsumo» de las masas. Examinemos una tras otra.

1. LAS CRISIS QUE PROVIENEN DE LA DESPROPORCIONALIDAD

Marx consideraba elemental, y ninguno de sus seguidores lo ha negado, que la crisis general y la sobreproducción pueden ser el resultado de trastornos parciales en el proceso de producción y circulación. Si todas las mercancías se vendieran en sus valores, esto significaría que las proporciones relativas en que los diversos artículos fueron producidos eran «correctas». Pero las proporciones correctas no son conocidas por los capitalistas *a priori*, ni están estipuladas en un plan general. Cada capitalista produce para un mercado cuya magnitud puede estimar solamente sobre la base de un conocimiento muy incompleto, lo que da por resultado que se produzca, ya «demasiado», ya «demasiado poco». Esto se manifiesta en precios de venta que están por encima o bien por debajo de los valores. Una tendencia compensatoria entra en acción en este punto; la producción de mercancías que se han vendido por debajo de sus valores se reduce, mientras que la producción de mercancías que se han vendido por encima de sus valores se expande. Si las condiciones (métodos de producción, necesidades de los consumidores, productividad del trabajo, etc.) no cambiaran nunca, las proporciones correctas se descubrirían finalmente por prueba y error, y de allí en adelante todos los precios de venta corresponderían a los valores. En la práctica, sin embargo, las condiciones cambian constantemente, de tal modo que la conformidad de los precios de venta con los valores no es en el mejor de los casos sino aproximada y temporal.

Esta es una noción común y generalmente aceptada por todas las escuelas de teoría económica. Pero los clásicos daban a entender, si es que no lo expresaban siempre

de forma abierta, que el proceso de ajuste sería fácil y continuo, de modo que ningunos trastornos generales podían resultar de estas situaciones de sobreproducción y subproducción parciales. No hay ninguna garantía de que esta condición será satisfecha en general. Si, por ejemplo, los capitalistas de la industria del acero sobrestiman la demanda de acero y producen más de lo que el mercado puede absorber a precios remunerativos, reducirán su producción y, al hacerlo, reducirán la demanda de fuerza de trabajo, de hierro, carbón, transportes, etc. No hay ninguna razón para suponer que deba tener lugar una expansión simultánea de la producción de otras mercancías, de tal naturaleza que compense el déficit en la demanda creada por la reducción de la producción de acero. Y si no la hay, el error de los fabricantes de acero dará lugar a una interrupción del proceso de circulación, la que, como lo sabemos ya por el examen hecho en el capítulo 8, tenderá a extenderse desde su punto de origen. Más aún, si la producción de acero es bastante importante para que el trastorno original sea grande, puede hundir toda la economía en una crisis general. Como lo dijo Marx, «para que la crisis (y, por lo tanto, también la sobreproducción) sea general, basta que se apodere de los principales artículos de comercio».¹

La causa de tal crisis se puede descubrir fácilmente en lo que hemos llamado desproporcionalidad entre las diversas ramas de la producción, y esta desproporcionalidad a su vez tiene sus raíces en el carácter anárquico y sin plan de la producción capitalista.² La desproporcionalidad es siempre una posible causa de las crisis, y es casi seguramente un factor de complicación en todas las crisis, sea cual fuere la causa básica de estas. Es en parte por esta razón —el funcionamiento del sistema de crédito es una razón adicional— que la crisis real *nunca* se ciñe exactamente a una pauta teórica fija. Pero las desproporcionalidades que provienen del capitalismo sin plan, por su naturaleza, no son susceptibles de explicación en términos de leyes generales. Por esta razón su examen queda fuera del ámbito del sistema teórico de Marx. Así, habiendo mencionado la desproporcionalidad como posible, en alguna parte continúa Marx:

No obstante, no hablamos aquí de la crisis en la medida en que descansa en la producción desproporcional (*unproportionierter Produktion*), es decir, en la distribución defectuosa del trabajo social entre las esferas individuales de la producción. Esto puede ser considerado sólo en la medida en que la discusión se relaciona con la competencia entre los capitalistas. Allí, como ya se ha dicho, el ascenso o descenso del valor de mercado como una consecuencia de esta relación defectuosa da por resultado el retiro del capital de una esfera de producción y su traslado a otra, la migración del capital de una rama a otra. No obstante, está ya implícito en este proceso tendente a lograr el equilibrio el hecho de que supone lo contrario del equilibrio y, por lo tanto, puede llevar consigo la simiente de la crisis, y que la crisis misma puede ser una forma de lograr el equilibrio.³

1. *Theorien über den Mehrwert*, II/2, p. 293.

2. Algunos autores han atribuido las crisis de este tipo a la «anarquía de la producción capitalista». Esto es correcto, pero debe recordarse que «anarquía» a este respecto no es sinónimo de «caos». La anarquía no implica necesariamente la falta de orden, sino solamente la falta de regulación consciente. A la larga, la producción capitalista, a pesar de su carácter anárquico, está sujeta a leyes de movimiento precisas y objetivamente válidas.

3. *Theorien über den Mehrwert*, II/2, p. 301.

Puesto que la «competencia entre capitalistas» era un tema que Marx no pretendía analizar detalladamente, es muy natural que sólo de paso haya prestado atención a la desproporcionalidad como causa de las crisis. Además, los primeros partidarios de Marx y los comentaristas de sus escritos económicos parecen haber ignorado totalmente esta «teoría» de las crisis. Puede, por lo mismo, parecer sorprendente que muchos portavoces de la socialdemocracia alemana, en los días anteriores y posteriores a la primera Guerra Mundial, presentaran una explicación de las crisis a base de la desproporcionalidad, como si fuera la única y sola teoría marxista de la materia.⁴ Las razones para ello merecen cierta atención.

El hombre a quien se debió principalmente la popularidad de la teoría de la desproporcionalidad entre los socialistas fue el economista ruso Michael Tugan-Baranowsky. Tugan era tal vez el más influyente y original de los pensadores económicos producidos por el llamado movimiento «revisionista» que empezó a progresar en todas las ramas del socialismo europeo después de la muerte de Engels en 1895. Podría discutirse si es correcto llamar revisionista a Tugan, ya que nunca pretendió tener nada de marxista, y a este respecto se diferenciaba de aquellos que, como Eduard Bernstein, pensaban (o al menos decían que pensaban) «revisar» simplemente a Marx a la luz de la experiencia moderna. Para todos los fines prácticos, sin embargo, Tugan se identificaba con los revisionistas, y sería engañoso no clasificarlo como tal en lo que concierne a este examen. Debe añadirse, sin embargo, que Tugan ejerció también una influencia considerable en el desarrollo de las investigaciones modernas relativas al ciclo económico, y su trabajo sobre la historia de las crisis comerciales en Inglaterra es uno de los primeros esfuerzos de investigación empírica en este campo.⁵

Tugan rechazaba lo que veía como las dos explicaciones de la crisis presentadas por Marx, a saber, 1) que las crisis son provocadas por la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, y 2) que las crisis resultan del subconsumo de las masas. Se deshizo de la primera alegando que un ascenso en la composición orgánica del capital, lejos de conducir a una caída en la tasa de ganancia, como lo suponía Marx, debe conducir a un ascenso de esta.⁶ Intentó refutar la segunda mediante una minuciosa demostración de que no podía haber sobreproducción o déficit de la demanda independientemente de lo que suceda con el consumo, en tanto la producción sea correctamente proporcionada a las diversas ramas de la industria. La teoría de la desproporcionalidad era, por lo tanto, en cierto sentido, un corolario de su crítica a Marx y de ningún modo la consideraba una exposición de la teoría de este. Pero a fin de explicar lo que entendía por producción proporcional, que se suponía era inmune a todas las dificultades

4. Un buen ejemplo lo ofrece el ensayo de Julian Borchardt sobre «La teoría de las crisis», anexo al compendio de *El capital* de Marx, por el mismo autor, que fue publicado en inglés bajo el título de *The People's Marx* y puede encontrarse en *Capital, the Communist Manifesto and Other Writings*, The Modern Library, editado por Max Eastman. El compendio de Borchardt tuvo una amplia circulación en Alemania y disfrutó de la aprobación oficial del Partido Socialdemócrata.

5. M. Tugan-Baranowsky, *Studien zur Theorie und Geschichte der Handelskrisen in England*, 1901. La traducción alemana se basa en la segunda edición rusa, revisada, de 1900. La primera edición rusa apareció en 1894.

6. La «prueba» de la proposición de Tugan se basa en una suposición puramente arbitraria sobre lo que sucede con la tasa de plusvalía y debe considerarse, por lo mismo, como no válida.

del subconsumo, aprovechaba ampliamente los esquemas de reproducción que Marx había presentado en el volumen II. Tugan fue el primero en usar de este modo los esquemas, y, al hacerlo, introdujo una moda que se extendió rápidamente entre los autores marxistas. Pronto la teoría de la desproporcionalidad, desarrollada en relación con los esquemas de reproducción, llegó a ser considerada teoría propia de Marx y no de Tugan; su verdadero origen se pasó por alto o se olvidó. Lo que finalmente puso el sello de la autenticidad a esta nueva versión de la teoría de la desproporcionalidad fue su aceptación, al menos en sus implicaciones positivas, por Hilferding, en su conocido libro sobre el capital financiero, algunos años más tarde.⁷ Hilferding era un marxista «ortodoxo», considerado tal vez el economista más prominente del movimiento socialista de habla alemana; su libro fue, sin duda, uno de los más importantes después de *El capital* mismo. Cuando Hilferding adoptó la teoría de la desproporcionalidad, la solvencia de esta quedó garantizada.

Marx no hubiera negado nunca la validez de la teoría. Probablemente, hubiera pensado que el uso de los esquemas de reproducción para ilustrarla era una buena idea. Pero le hubieran molestado mucho las exageraciones y las simplificaciones de la teoría, y, a decir verdad, son estas, más que su contenido un tanto pobre, las que explican la popularidad de que gozó. Pues, en rigor, Tugan y la mayoría de los que, aunque inconscientemente, siguieron sus huellas, entendían la teoría de la desproporcionalidad como la única explicación posible de las crisis, y si se acepta esta conclusión, las implicaciones son, sin duda, de mucho alcance. Examinemos esto más de cerca.

Si el desarrollo del capitalismo es inseparable de una tendencia decreciente de la tasa de ganancia o de una demanda del consumo que tiende a quedarse cada vez más rezagada respecto de las necesidades de la producción, o bien es inseparable de ambas, entonces se puede esperar que los males del sistema aumenten con el tiempo, y el día en que las relaciones capitalistas se conviertan en una traba para el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas de la sociedad debe llegar tan seguramente como la noche sigue al día.⁸ Por esta razón, en realidad, las crisis que periódicamente interrumpen la vida económica de la sociedad deben considerarse un *memento mori* del orden social existente. Pero si estos horribles presagios descansan en una base puramente imaginaria, y si las crisis no tienen su causa real en nada más indócil que las desproporcionalidades en el proceso productivo, entonces el orden social existente parece estar bastante seguro, al menos hasta que los hombres sean suficientemente bien educados y moralmente avanzados para desear y merecer otro mejor. Entretanto, no sólo no tiene por qué haber un colapso del capitalismo, sino que mucho puede hacerse, bajo el capitalismo, para aplazar las desproporcionalidades, que son la causa de mucho sufrimiento innecesario. Más aún: bastante se está haciendo ya, pues a medida que la industria se organiza en consorcios y progresa la supervisión del gobierno sobre los asuntos económicos, ¿no es claro que la anarquía de la producción capitalista va siendo progresivamente eliminada? Si se acepta la primera de estas opiniones alternas, los socialistas deben prepararse para los tiempos tormentosos que les aguardan; deben estar dispuestos inclusive, si fuere necesario, a imponer por la fuerza una solución revolu-

7. Rudolf Hilferding, *Das Finanzkapital*, 1910.

8. Este problema se examina en detalle después. Véanse los capítulos 11 y 12.

alternativa a las contradicciones del orden existente. Pero si se acepta la segunda alternativa, los socialistas pueden mirar hacia delante, hacia un periodo indefinido de tranquilo trabajo educativo que, así pueden al menos esperarlo, será finalmente coronado por el triunfo con la adopción pacífica, por consenso general, de la república cooperativa.

Ahora bien, no puede haber duda de que en la médula del revisionismo está el deseo de creer que la última es la única opinión racional. El apoyar y justificar este deseo de creer se convirtió en la función principal de la teorización revisionista. Desde este punto de vista, la teoría de Tugan sobre la desproporcionalidad como causa de las crisis —construida sobre la base de los mismos argumentos que se proponían refutar las teorías de la tasa decreciente de ganancia y del subconsumo, era muy atractiva. Cuando se recuerda que en los años anteriores a la primera Guerra Mundial la gran mayoría de los intelectuales ligados a la socialdemocracia alemana gravitaban hacia el campamento revisionista —aunque a muchos de ellos, como Kautsky y Hilferding, les hubiera confundido cualquier duda sobre su ortodoxia—, no es difícil de explicar la popularidad de la teoría de la desproporcionalidad.

Todo esto forma parte ya de la historia del pensamiento socialista, y puede parecer un intento de resucitar cuestiones muertas el dedicar ahora tanta atención a la teoría de la desproporcionalidad. Pues su interés intrínseco no es grande, y la literatura marxista reciente sobre el problema de las crisis ha mostrado una sana disposición a relegarla una vez más, como lo hizo el propio Marx, a una posición de importancia secundaria.⁹ No obstante, hay todavía una excelente razón para un análisis cuidadoso de la argumentación de Tugan, y es que, elaborando la teoría de la desproporcionalidad, Tugan pretendía al mismo tiempo minar todas las versiones de la explicación de las crisis por el subconsumo. Y al hacerlo así, daba, sin saberlo, la mejor clave para una interpretación de las propias exposiciones fragmentarias y un tanto enigmáticas de Marx sobre la relación entre el consumo y las crisis. Será útil, por lo tanto, examinar el razonamiento de Tugan, como introducción a la teoría de las crisis basada en el subconsumo.

2. LAS CRISIS QUE PROVIENEN DEL SUBCONSUMO

Ya hemos tenido ocasión de usar los esquemas de reproducción. En el capítulo 5 construimos un esquema de dos ramas (la rama I, productora de medios de producción, o capital constante, y la rama II, productora de artículos de consumo) que se apoyaba en el supuesto de la reproducción simple (ausencia de acumulación de capital). En el capítulo 7 utilizamos esquemas de tres ramas (dividiendo la rama de artículos de consumo en dos, una productora de artículos para trabajadores —*wage goods*— y otra de artículos de consumo para los capitalistas) en el análisis de la relación entre los valores y los precios de producción. En estos esquemas conservamos la hipótesis de la reproducción simple. Tugan-Baranowsky trabajó siempre con esquemas de tres ramas, pero se puede exponer un poco más sencillamente la médula de su razo-

9. Para una buena crítica reciente de las teorías de la desproporcionalidad, véase Natalie Moszkowska: *Zur Kritik moderner Krisentheorie*, (1935), cap. V.

namiento con sólo dos ramas. Debemos abandonar ahora el supuesto de la reproducción simple y examinar la naturaleza de las condiciones de equilibrio en la reproducción ampliada (acumulación de capital). En primer lugar, sin embargo, recordemos las condiciones de equilibrio en la reproducción simple.

$$\begin{array}{l} \text{I} \quad c_1 + v_1 + p_1 = w_1 \\ \text{II} \quad c_2 + v_2 + p_2 = w_2 \end{array}$$

Si la oferta de capital constante ha de igualar a la demanda ascendente suscitada por la necesidad de sustituir el capital constante usado, debemos tener

$$c_1 + v_1 + p_1 = c_1 + c_2$$

y si la oferta de artículos de consumo ha de absorber todo el ingreso de capitalistas y trabajadores, debemos tener

$$c_2 + v_2 + p_2 = v_1 + p_1 + v_2 + p_2$$

Cada una de estas ecuaciones se reduce a la forma más simple de

$$c_2 = v_1 + p_1$$

y si esta condición se satisface, existe equilibrio entre las dos ramas. Una cantidad de capital constante igual a c_1 debe volver siempre al proceso de la producción en la rama I, y, por lo tanto, no entra nunca en el cambio con la rama II; y, de forma semejante, una cantidad de artículos de consumo igual a $v_2 + p_2$ es consumida siempre por los obreros y capitalistas de la rama II, y, por lo tanto, tampoco entra en el cambio entre las dos ramas.

Pasando a la reproducción ampliada, supondremos, como Marx lo hace siempre,¹⁰ que los trabajadores continúan consumiendo todos sus ingresos, pero los capitalistas invierten una parte de los suyos en ensanchar el proceso de la producción. Esto quiere decir que los capitalistas desembolsan una parte de su plusvalía en comprar medios adicionales de producción y fuerza de trabajo adicional. Para que esto se realice sin dificultades, deben producirse medios de producción por encima de lo que es necesario para sustituir el capital constante usado en el periodo corriente de producción, y deben producirse también los artículos de consumo para los obreros adicionales. Suponemos también que, con ingresos crecientes, los capitalistas aumentan su propio consumo de año en año, aunque en menos del monto íntegro del aumento en la plusvalía.

Ahora puede ser útil dividir la plusvalía en cuatro partes: la primera, una cantidad gastada en el consumo, que es exactamente suficiente para mantener el consumo de los capitalistas al nivel del periodo precedente —llamémosla p_c ; la segunda, un incremento del consumo —llamémosle $p\Delta_c$; la tercera, la acumulación que sirve para aumentar el capital variable —llamémosla p_{av} ; y la cuarta, la acumulación que se emplea en

10. Véase p. 154 *n*.

requerir capital constante adicional —llamémosla p_{ac} . Si agregamos los subíndices numéricos para distinguir los elementos pertenecientes a la rama I de los pertenecientes a la rama II, el esquema de la reproducción total queda como sigue:

$$\begin{array}{r}
 \overbrace{\hspace{10em}}^{p_1} \\
 \boxed{c_1 + v_1 + p_{c1}} + p\Delta_{c1} + p_{av1} + p_{ac1} = w_1 \\
 \boxed{c_2 + v_2 + p_{c2}} + p\Delta_{c2} + p_{av2} + p_{ac2} = w_2 \\
 \underbrace{\hspace{10em}}_{p_2}
 \end{array}$$

Los seis términos incluidos en el cuadro corresponden exactamente al esquema pasado en el supuesto de la reproducción simple; los restantes se agregan por el paso a la reproducción ampliada.¹¹

Para descubrir la condición de equilibrio en la reproducción ampliada debemos proceder como antes, es decir, igualando todos los elementos que representan una demanda de capital constante a la producción total del capital constante, y todos los elementos que representan una demanda de artículos de consumo a la producción total de artículos de consumo. Esto nos da las dos ecuaciones siguientes:

$$\begin{aligned}
 c_1 + p_{ac1} + c_2 + p_{ac2} &= c_1 + v_1 + p_{c1} + p\Delta_{c1} + p_{av1} + p_{ac1} \\
 v_1 + p_{c1} + p\Delta_{c1} + p_{av1} + v_2 + p_{c2} + p\Delta_{c2} + p_{av2} &= \\
 &= c_2 + v_2 + p_{c2} + p\Delta_{c2} + p_{av2} + p_{ac2}
 \end{aligned}$$

Después de simplificarlas, ambas se reducen a la sola condición de

$$\boxed{c_2} + p_{ac2} = \boxed{v_1 + p_{c1}} + p\Delta_{c1} + p_{av1}$$

Esto es considerablemente más complicado que el caso de la reproducción simple, pero las dos condiciones de equilibrio muestran, como podría esperarse, una clara semejanza estructural. Los elementos encerrados en cuadros a cada lado de la ecuación, en realidad, constituyen *ex definitione* la condición de equilibrio en la reproducción simple y deben ser iguales independientemente del resto de los elementos. Además, como antes, un número considerable de elementos no entra en el cambio entre las dos ramas. Una cantidad cada vez mayor de capital constante, producido en la rama I, permanece en la rama I; mientras que, por supuesto, el consumo creciente de los obreros y capitalistas de la rama II es abastecido enteramente por la producción total de la rama II.

11. Bujarin, en su exposición formal del esquema de la reproducción ampliada, comete el error de suponer que el consumo de los capitalistas permanece siempre igual. De ahí que omita siempre el elemento p_{ac} . El mismo error campea en su razonamiento, donde parece incapaz de imaginarse un aumento en el consumo de los capitalistas. N. Bujarin, *Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals*, pp. 10, 29 y ss.

Ahora bien, de acuerdo con Tugan, el esquema de la reproducción ampliada¹² prueba dos cosas: primera, si la parte de la plusvalía que anualmente se agrega al capital no se divide entre las diversas industrias y ramas en proporciones correctas, el resultado seguro es una crisis; y segunda, si el incremento del capital se divide en proporciones correctas, no puede haber motivos para una crisis. Así, el esquema de la reproducción demuestra al mismo tiempo cuál es la causa de la crisis (la desproporcionalidad) y cuál no es (el consumo restringido de las masas). Examinemos estas dos pretensiones.

Tugan creía que el peligro de que la desproporcionalidad conduzca a una crisis sólo aparece realmente en relación con el capital recién acumulado. «Si no fuera necesario encontrar inversiones para los nuevos capitales, si la producción no fuera espoleada por la capitalización de las ganancias, la división proporcional de la producción social no ofrecería grandes dificultades.»¹³ Pero en el caso de nuevas inversiones, la experiencia no puede ofrecer base firme para juzgar las normas de la nueva demanda; cada capitalista toma sus propias decisiones sin tener conocimiento de lo que los otros hacen; las proporciones correctas, como lo indica el esquema de producción ampliada, se relacionan unas con otras de una manera complicada: total, que la probabilidad de que el proceso marche fluidamente y sin interrupciones no existe en la práctica. Puesto que, como Tugan lo enfatizaba cuidadosamente, la acumulación es inseparable del capitalismo, ello equivale virtualmente a decir que las crisis son inevitables, al menos hasta que se pueda introducir alguna forma efectiva de planificación en el proceso de la producción. Aunque no tenga afinidad con esta investigación, puede añadirse, para completar la exposición, que Tugan hace de ello una teoría del ciclo económico, introduciendo las operaciones del sistema de crédito. La crisis y la depresión constituyen un periodo durante el cual se amontona, ocioso, el capital disponible para prestamos, y los tipos de interés descienden. Pronto se reanuda la actividad inversionista. Por diversas razones, entre ellas el periodo de tiempo necesario para completar muchos de los nuevos proyectos, la desproporcionalidad latente en la división del capital recién invertido no sale a la superficie hasta después de haberse disfrutado de un periodo considerable de prosperidad. Pero, eventualmente, cuando los nuevos proyectos están en marcha, la desproporcionalidad se hace evidente y pronto precipita la inevitable crisis. De aquí en adelante el proceso no hace más que repetirse.

Esta teoría es vulnerable sobre todo por superficial. Pero como no es nuestra intención criticar la contribución positiva de Tugan a la teoría del ciclo económico, pasemos a su segunda afirmación, a saber, que el esquema de la reproducción ampliada sirve también para demostrar la imposibilidad del subconsumo. «Si la producción social estuviera organizada de acuerdo con un plan —pretendía Tugan—, si los directores de la producción tuvieran un conocimiento cabal de la demanda y el poder de encauzar el trabajo y el capital de una rama de la producción a otra, entonces, *por*

12. Los esquemas de reproducción de Tugan se presentan en términos numéricos, y las condiciones de equilibrio son en efecto definidas, más que expuestas, en forma ecuacional. Nuestro propósito es dar la esencia de su argumentación de una forma más breve, más fácilmente comprensible, y, a la vez, más general. Para la exposición de Tugan, véase *Handelskrisen*, esp. cap. I, y *Theoretische Grundlagen des Marxismus* (1905), cap. IX.

13. *Handelskrisen*, p. 33.

*«muy bajo que fuera el consumo social, la oferta de mercancías no podría nunca aventajar a la demanda.»*¹⁴

Debe decirse desde luego que la «prueba» de la afirmación de Tugan es puramente formal y descansa en una manipulación de los esquemas de reproducción. Reducida a sus términos más simples, desemboca en esto: que si la división proporcional de la producción total es precisamente la que prescribe la condición de equilibrio para la reproducción ampliada, entonces la oferta y la demanda deben equilibrarse exactamente. Si recordamos que la condición de equilibrio se derivó del supuesto de una igualdad de oferta y demanda, esto apenas puede sorprendernos.

A primera vista, sin embargo, podría parecer que aun ese razonamiento tautológico tampoco apoya la conclusión de que la reproducción ampliada puede proseguir indefinidamente «por muy bajo que fuere el consumo social». Pues, si los capitalistas de las dos ramas acumulan, aproximadamente, con la misma tasa —y no hay ninguna razón para suponer otra cosa—, el esquema de reproducción mismo parece mostrar que el equilibrio puede mantenerse sólo en el caso de que ambas ramas se amplíen de manera coordinada, y que, por supuesto, la ampliación de la rama II necesariamente implique un aumento del consumo. Tratemos de imaginar un caso de acumulación en ambas ramas, con el consumo social invariable. Toda acumulación debe tomar la forma de adquisición de capital constante adicional, y los capitalistas no deben aumentar su propio consumo; de otra manera, el consumo social subiría. Esto quiere decir que los elementos $p\Delta_c$ y p_{av} en el esquema de reproducción equivalen todos a cero. Entonces, el esquema aparece como sigue:

$$\begin{array}{l} \text{I} \quad c_1 + v_1 + p_{c1} + p_{ac1} \\ \text{II} \quad c_2 + v_2 + p_{c2} + p_{ac2} \end{array}$$

Y la condición de equilibrio se reduce a la forma siguiente:

$$v_1 + p_{c1} = c_2 + p_{ac2}$$

Pero sabemos ya que v_1 , p_{c1} y c_2 son por definición los elementos de la reproducción ampliada que corresponden a la reproducción simple y, por lo tanto, que

$$v_1 + p_{c1} = c_2$$

debe en todo caso ser verdad. De esto se sigue que p_{ac2} debe ser cero; en otras palabras, ninguna acumulación tiene lugar en la rama II. Como esto contradice nuestra hipótesis original, parece que debemos sacar la conclusión de que el caso es imposible.

En realidad, sin embargo, esta conclusión proviene de cierta inflexibilidad en la disposición del esquema de la reproducción, pues hemos supuesto, implícitamente, que ninguna parte del capital y trabajo empleados ya en el periodo previo puede emigrar de una rama a otra. Si se abandona esta suposición, algo del capital constante recién acumulado puede entrar en cada rama, mientras que algo del capital variable

14. *Ibid.*, p. 33. Las cursivas no figuran en el original.

(junto con los trabajadores que sostiene) podrá trasladarse de la rama II a la rama I. Si se mantienen, las proporciones correctas, el resultado final será que la producción total de la rama I aumente debido al empleo de más trabajo y medios de producción en ella, en tanto que la producción total de la rama II permanece invariable, compensándose exactamente la pérdida de trabajo con una mayor utilización del capital constante. La composición orgánica del capital social total se eleva y la producción de medios de producción aumenta con relación a la de artículos de consumo.

El mismo razonamiento en lo esencial puede emplearse para construir un caso de reproducción ampliada, mostrando un aumento en la producción de medios de producción coincidente con un descenso absoluto, pero menor, en la producción de artículos de consumo, y es esto lo que hace Tugan.¹⁵ Debe notarse que un caso tal implica un descenso absoluto en el número de trabajadores empleados y, por consiguiente, la restricción del consumo de la clase obrera en su conjunto, y ningún cambio en el consumo de los capitalistas. La producción total, sin embargo, aumenta sin cesar, y la proporción correspondiente a medios de producción es mayor cada vez. Desde el punto de vista de los obreros, las cosas van de mal en peor; pero Tugan insiste en que el capitalismo es manejado por y para los capitalistas, y desde el punto de vista de estos no hay ningún déficit en la demanda de lo que producen y, por lo tanto, no hay peligro de crisis. El único requisito es que las proporciones adecuadas se mantengan siempre entre las diversas ramas de la producción. Tugan lleva su razonamiento hasta la conclusión lógica:

Si todos los trabajadores, excepto uno, desaparecen y son sustituidos por máquinas, entonces este trabajador único pondrá toda la enorme masa de maquinaria en movimiento, y con su ayuda producirá nuevas máquinas –y los artículos de consumo de los capitalistas. La clase obrera desaparecerá, lo que no perturbará en nada el proceso de autoexpansión (*Verwertungsprozess*) del capital. Los capitalistas no recibirán una masa menor de artículos de consumo, todo el producto de un año será realizado y utilizado por la producción y el consumo de los capitalistas en el año siguiente. Aun en el caso de que los capitalistas deseen limitar su propio consumo, no se presenta ninguna dificultad; en este caso, la producción de artículos de consumo para los capitalistas cesa parcialmente, y una parte cada vez mayor de la producción social consiste en medios de producción, que sirven al propósito de ampliar más aún la producción. Se producen, por ejemplo, hierro y carbón que sirven siempre para ampliar la producción de carbón y hierro. La producción ampliada de hierro y carbón de cada año subsecuente consume la masa aumentada de productos del año anterior, hasta que la provisión de los minerales necesarios se agota.¹⁶

Pocos economistas han llegado a tales extremos en la negación de la interdependencia de la producción y el consumo.¹⁷ Pero de todos modos es imposible acusar a

15. *Theoretische Grundlagen des Marxismus*, pp. 224 y ss. Véase especialmente la nota al pie que comienza en la p. 226.

16. *Ibid.*, p. 230.

17. Sería erróneo, sin embargo, suponer que, sosteniendo esta opinión, Tugan representa un caso aislado entre los economistas de renombre. En un pasaje sobre el cual Dobb llama la atención, J. B. Clark escribió una vez: «si los capitalistas estuvieran... resueltos a ahorrar todos sus ingresos actuales y futuros que excedieran de una cantidad fija, capitalizarían, primero, una parte de sus recursos actuales y después

Tugan de inconsecuencia. Comenzó jugando con los esquemas de reproducción; estableció ciertas reglas del juego, y descubrió que perseverando en escribir una línea de números tras otra podía alcanzar los resultados más sorprendentes. No era fácil, ni aun para Tugan, dar el paso final de atribuir las características de sus esquemas al mundo real, pero, después de vacilar un instante, se tiró de cabeza:

Todo esto puede sonar muy extraño, sí, tal vez como el mayor desatino. Tal vez... la verdad, sin duda, no siempre es una cosa fácil de entender; sin embargo, sigue siendo verdad. Por verdad, naturalmente, no entiendo la totalmente arbitraria e irreal suposición de que la sustitución del trabajo manual por maquinaria conduce a una disminución absoluta del número de obreros (esta hipótesis sólo ha servido para demostrar que mi teoría, aun llevada al extremo de lo irreal, se mantiene en pie), sino más bien la tesis de que, dada una distribución proporcional de la producción social, ningún descenso en el consumo social puede dar origen a un exceso de productos.¹⁸

Los autores marxistas recibieron la teoría de Tugan en forma unánime y enfáticamente desfavorable. De ningún modo podemos decir que todos ellos vieran en un déficit del consumo una causa inevitable o al menos muy importante de las crisis, pero ninguno podía digerir la idea de que la producción pudiese aumentar de manera indefinida independientemente del nivel o la tendencia del consumo. Tal vez sea provechoso repasar muy brevemente algunas de las reacciones que la teoría de Tugan provocó.

Uno de los primeros en reseñar el primer libro de Tugan fue Conrad Schmidt, uno de los revisionistas más competentes. Escribiendo en el órgano teórico de los revisionistas, Schmidt, aunque totalmente de acuerdo con Tugan en que el derrumbe del capitalismo era una eventualidad de lo más improbable, sin embargo, rebatió vivamente sus ideas sobre la relación entre la producción y el consumo. «Los "propósitos de la producción", por los cuales la producción tiene lugar —escribió Schmidt—, son propósitos que en último análisis y en una forma u otra provienen de la demanda de artículos de consumo, propósitos que sólo son comprensibles cuando se les considera en relación con la demanda del consumo y constantemente referidos de nuevo a ella. La demanda final o de consumo es la fuerza animadora que, en todo el conjunto de la economía, mantiene en marcha el enorme aparato de la producción.»¹⁹

todo el ingreso ulterior del capital así creado. Construirían más fábricas que a su vez darían lugar siempre a nuevas fábricas. En este caso no hay plétora; pero es un caso irreal». (Introducción a Karl Rodbertus. *Overproduction and Crisis*, traducción inglesa, 1898, p. 15.) Más recientemente, Knight ha dicho: «Dada una planificación correcta... la velocidad de la absorción de fondos por el mercado en el proceso de la inversión real nunca puede ser menor que la tasa de afluencia de los fondos... Es una cuestión puramente tecnológica, y no hay ninguna razón para que no sea utilizada íntegramente en la capacidad productiva total de la sociedad en la fabricación de nuevos bienes de capital, si la población decide ahorrar todos sus ingresos.» (F. H. Knight, «The Quantity of Capital and the Rate of Interest», *Journal of Political Economy*, octubre de 1936, p. 639.) Estas afirmaciones reflejan una opinión muy semejante a la de Tugan, pero ninguno de los dos autores fue mucho más allá de la simple exposición del principio.

18. *Theoretische Grundlagen des Marxismus*, pp. 230-231.

19. *Sozialistische Monatshefte* (1901), II, p. 673.

Un poco después Kautsky, entonces generalmente considerado portavoz autorizado del marxismo, publicó una reseña de la misma obra en el órgano teórico oficial del Partido Socialdemócrata. La severidad de Kautsky no era menor que la de Schmidt:

El capitalista puede igualar hombres y máquinas tanto como guste, pero la sociedad sigue siendo una sociedad de hombres y nunca de máquinas; las relaciones sociales siguen siendo siempre relaciones de hombre a hombre, nunca relaciones de los hombres con las máquinas. Por esta razón, en último análisis, el trabajo humano sigue siendo el factor que crea valor, y, por esta razón también, la amplitud del consumo humano ejerce una influencia decisiva en el aumento de la producción... La producción es y sigue siendo producción para el consumo humano.²⁰

Louis B. Boudin, el destacado teórico marxista norteamericano de los años anteriores a la primera Guerra Mundial, miembro de la escuela ortodoxa, se asoció al ataque a Tugan. Llamando a la teoría de este «un absurdo total» y la «mismísima podredumbre», Boudin afirmaba que «los medios de producción... no son nada más que MEDIOS para la producción de artículos consumibles. Por consiguiente, donde no hay demanda de los artículos consumibles que al fin y al cabo han de producirse con ellos, su producción es sobreproducción, y esto es lo que resulta ser cuando se aplica la prueba final».²¹

Inclusive Hilferding, aunque su propia teoría de la crisis debiera mucho a Tugan, discrepaba vivamente sobre esta importante cuestión:

[Tugan] ve sólo las formas económicas específicas de la producción capitalista, y, por consiguiente, pasa por alto las condiciones naturales que son comunes a toda producción, sea cual fuere su forma histórica; de este modo, llega a una extraña noción de la producción que no tiene en cuenta otra cosa que la producción misma, mientras que el consumo sólo aparece como un molesto accidente. Si bien esto es «demencia», tiene todavía «método» y aun método marxista, ya que el análisis de la forma histórica de la producción capitalista es específicamente marxista. Es un marxismo que se ha vuelto loco, pero que sigue siendo marxismo, lo que hace la teoría de Tugan tan singular y estimulante. Tugan mismo siente esto, aunque no se dé cuenta. De ahí su viva polémica contra el «sentido común» de sus contrarios.²²

Era, por supuesto, de esperar que Rosa Luxemburg, la reina de los subconsumistas, rechazara desdeñosamente la argumentación de Tugan. «La idea de que la producción de medios de producción es independiente del consumo —escribió— es naturalmente una vulgar fantasía económica de Tugan-Baranowsky.»²³

20. *Die Neue Zeit*, año XX, vol. 2 (1901-1902), p. 117.

21. *The Theoretical System of Karl Marx* (1907), p. 249.

22. *Das Finanzkapital*, p. 355 n.

23. *Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Imperialismus* (1922), p. 291. Esta obra fue publicada primeramente en 1912 y fue seguida, durante la guerra, por una respuesta a sus críticas, titulada *Die Akkumulation des Kapitals oder was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben. Eine Antikritik*. La semejanza de los títulos puede fácilmente conducir a confusión.

Por último, podemos cerrar esta revista de opiniones con la mesurada exposición de Bujarin, que era a menudo el portavoz de los bolcheviques en materia de economía política. Sosteniendo que la esencia del «Tugan-Baranowskismo» consiste en «separar la producción del consumo y aislarla por completo», Bujarin decía lo siguiente:

Si tuviéramos que ver con un mercado que estuviese emancipado del consumo y, en consecuencia, con un círculo cerrado de producción, de medios de producción en el que las ramas de la producción se sirvieran las unas a las otras, o dicho de otro modo, si tuviéramos un extraño sistema de producción como el que pinta la vivaz imaginación de Tugan, entonces, seguramente, una sobreproducción general sería imposible... Llegamos a resultados enteramente distintos si, en vez de la teoría de Tugan-Baranowsky, sostenemos la teoría correcta, la teoría de Marx. Tenemos entonces una cadena de industrias conexas, proveyéndose unas a otras de mercados que siguen cierto orden preciso, determinado por la continuidad técnico-económica de todo el proceso de la producción. Esta cadena termina, sin embargo, con la producción de artículos de consumo que pueden... tener salida sólo para el consumo personal *directo*...²⁴

Bajo todas estas críticas a la teoría de Tugan yace una sola idea, a saber, que el proceso de la producción es y debe seguir siendo, independientemente de su forma histórica, un proceso destinado a producir artículos para el consumo humano. Cualquier intento de alejarse de este hecho fundamental representa una huida de la realidad que debe concluir en una quiebra teórica. La habilidad de Tugan para forjar esquemas de reproducción que aparentemente demuestran lo contrario, no cambia las cosas en un ápice: la producción es producción para el consumo, pese a Tugan y a sus esquemas de reproducción, que sostienen lo contrario. Sobre este punto, todos los matices de la opinión marxista estuvieron absolutamente de acuerdo. Pero surge, naturalmente, la cuestión: ¿no hay una contradicción crasa entre esto y la opinión, tan frecuentemente reiterada por Marx mismo, de que el fin y objeto de la producción capitalista *no* es el consumo, sino más bien la expansión de los valores? ¿No es esta una forma evidente del error contra el cual nos previno Marx diciendo: «no debe olvidarse nunca que en el caso de la producción capitalista no se trata directamente del valor de uso, sino del valor de cambio, y más particularmente de la expansión de la plusvalía»?²⁵

La respuesta se encontrará en la admisión de que existe en verdad una contradicción entre los fines de la producción vista como un proceso técnico-natural de creación de valores de uso, y los fines del capitalismo considerado un sistema histórico de expansión del valor de cambio. No sólo existe, sino que constituye la contradicción fundamental de la sociedad capitalista, de la cual se derivan, a fin de cuentas, todas las demás contradicciones.

La economía política tradicional pretende pasar por alto o negar esta contradicción con el ardid de suponer que el fin subjetivo de la producción capitalista es idéntico al fin objetivo de la producción en general, a saber, el aumento de la utilidad. Tugan, por otra parte, adoptó el método opuesto, el de suponer que la expansión

24. *Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals*, p. 76.

25. *Theorien über den Mehrwert*, II/2, p. 266.

indefinida del valor de cambio es compatible con los fines de la producción en general. La economía política de Marx, en contraste con ambos, no sólo reconoce la contradicción, sino que la proclama a los cuatro vientos y se apoya en ella para demostrar que el capitalismo, como los diversos sistemas sociales que lo precedieron, no es permanente.

Tratemos ahora de seguir esta línea de pensamiento, hasta donde se relaciona con el problema de las crisis, en los escritos de Marx mismo, y después, hecho esto, de presentar una formulación lógicamente inatacable de la muy mal entendida teoría del «subconsumo» como causa de las crisis capitalistas.

Como sus seguidores, Marx no participaba de la idea de Tugan de que la producción, vista como un proceso natural común a todas las épocas históricas, podía de alguna forma encauzarse a sí misma. En la inconclusa «Introducción a la crítica de la economía política», fue categórico a este respecto:

El consumo engendra la producción, creando la necesidad de nueva producción, es decir, proveyendo la causa ideal, interna, impulsora, que constituye el prerrequisito de la producción. El consumo suministra el impulso para la producción, así como su objeto, que desempeña en la producción el papel de su propósito guía. Es claro que, si la producción suministra el objeto material del consumo, el consumo provee el objeto ideal de la producción, como su imagen, su necesidad, su impulso y su propósito. Suministra el objeto de la producción en su forma subjetiva. Si no hay necesidades, no hay producción. Pero el consumo reproduce la necesidad.²⁶

Aun bajo el capitalismo, donde las diversas ramas de la producción adquieren un grado considerable de independencia aparente, unas de otras, los medios de producción no se producen nunca si no es con el propósito de utilizarlos finalmente, de forma directa o indirecta, para producir artículos de consumo.

...una circulación continua tiene lugar entre capital constante y capital constante (aun sin tomar en cuenta ninguna acumulación acelerada), que es independiente del consumo individual en la medida en que no entra nunca en tal consumo, pero que está, sin embargo, precisamente limitada por él, ya que la producción de capital constante nunca tiene lugar por sí misma, sino sólo porque se necesita más capital de este en aquellas esferas de la producción cuyos productos pasan al consumo individual.²⁷

No obstante, las relaciones sociales de la producción capitalista imponen una restricción del consumo y al mismo tiempo estimulan a los capitalistas a intentar un aumento ilimitado de la producción. En un vigoroso pasaje que merece ser ampliamente conocido, Marx describe esta característica fundamental del capitalismo:

El consumo del trabajador es en promedio igual a sus costos de producción, no a lo que él produce. Toda la plusvalía la produce para otros... Además, el capitalista industrial.

26. *Critique*, pp. 278-279.

27. *Capital*, III, p. 359

que empuja al obrero a esta sobreproducción (es decir, producción por encima de sus propias necesidades) y emplea todos los medios para aumentar todo lo posible esta relativa sobreproducción en contraste con la producción necesaria, se apropia directamente del producto excedente. Pero como capital personificado, produce por la producción misma, necesita enriquecerse por el enriquecimiento mismo. En la medida en que es un simple funcionario del capital y, por lo tanto, un encargado de la producción capitalista, se interesa en el valor de cambio y en su incremento, no en el valor de uso y en el aumento de su volumen. Se trata de la expansión de la riqueza abstracta, de la apropiación creciente del trabajo de otros. Al capitalista lo impulsa el mismo apremio de hacerse rico que al avaro, sólo que lo satisface, no en la forma ilusoria de atesorar un montón de oro y plata, sino en el desarrollo del capital por medio de la producción efectiva. Si la sobreproducción del obrero es *producción para otros*, entonces la producción del capitalista normal, que debiera ser el capitalista industrial, es *producción por la producción misma*. A medida que crece su riqueza, él se queda a la zaga de su ideal y se vuelve manirroto por exhibir su riqueza. Pero disfruta siempre de su riqueza con pesadumbre, con el freno de la economía y del afán de enriquecimiento. A pesar de todo lo que gaste, sigue siendo como el avaro, esencialmente codicioso. Cuando Sismondi afirma que el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo hace posible para el obrero disfrutar de más y más artículos de consumo, los cuales, sin embargo, si realmente hubiera de recibirlos, lo harían inepto para el trabajo (como trabajador asalariado), no es menos cierto que el capitalista industrial se vuelve más o menos inadecuado a sus funciones tan pronto como piensa en disfrutar de su riqueza, tan pronto como aspira a la acumulación para el disfrute en vez de al disfrute de la acumulación. Es también, de este modo, un creador de *sobreproducción*, de producción para otros.²⁸

Podemos ver aquí, pues, los elementos de lo que Marx llama en alguna parte «la contradicción fundamental» del capitalismo: la producción carece totalmente de objetivo a menos que se la encauce hacia una meta precisa en el consumo, pero el capitalismo trata de ampliar la producción sin ninguna referencia al consumo, que es el único que puede darle un sentido. «Él [Sismondi] percibe la contradicción fundamental: por una parte, fuerza productiva desenfrenada y aumento de la riqueza que al mismo tiempo consiste en mercancías y debe convertirse en dinero; por otra parte, como una base, la limitación [del consumo] de la masa de productores a los medios de subsistencia necesarios.»²⁹

Sobre este fondo, los pasajes más conocidos en que Marx relaciona las crisis y la producción estancada con la magnitud del consumo adquieren un sentido y una importancia que de otra manera podría faltarles. El más sustancial y en cierto modo el más explícito de estos pasajes es el siguiente:

La creación de... plusvalía es el objeto del proceso directo de la producción. Tan pronto como la cantidad disponible de plusvalía ha tomado cuerpo en mercancías, las plusvalías ha sido producida... Viene ahora la segunda parte del proceso. Toda la masa de mercancías... debe venderse. Si no se hace esto, o si sólo se hace parcialmente o sólo a precios

28. *Theorien über den Mehrwert*, I, pp. 377-379. Marx continúa y hace notar que frente a los productores, cuyo consumo está limitado al mínimo, se encuentran los simples consumidores bajo la forma de propietarios, Estado, Iglesia, etc. El examen de estas y otras «terceras partes» que consumen sin producir se reserva para el capítulo 12. Ni qué decir tiene que son muy importantes en la práctica.

29. *Theorien über den Mehrwert*, III, p. 55

que estén por debajo de los precios de producción, no por ello el trabajador ha sido menos explotado, pero su explotación no se realiza igualmente para el capitalista. Puede no rendirle ninguna plusvalía, o realizar sólo una parte de la plusvalía producida, o puede representar inclusive una pérdida parcial o completa de su capacidad. Las condiciones de la explotación directa y las de la realización de la plusvalía no son idénticas. Están separadas lógicamente, así como en el tiempo y el espacio. Las primeras sólo están limitadas por la fuerza productiva de la sociedad, y las últimas, por las relaciones proporcionales de las diversas líneas de producción y por la capacidad de consumo de la sociedad. Esta última no está determinada ni por la fuerza productiva absoluta ni por la capacidad de consumo absoluta, sino por la capacidad de consumo basada en las condiciones antagónicas de la distribución, que reducen el consumo de las grandes masas de la población a un mínimo variable, dentro de límites más o menos estrechos. La capacidad de consumo es restringida, además, por la tendencia a acumular, la avaricia de expansión del capital y la producción de plusvalía en escala acrecentada. Esta es una ley de la producción capitalista impuesta por las revoluciones incesantes en los métodos de producción..., la resultante depreciación del capital existente, la pugna de la competencia general y la necesidad de mejorar los productos y ampliar la escala de la producción para la propia conservación y bajo pena de fracaso. Por consiguiente, el mercado debe ampliarse sin cesar, de manera que sus interrelaciones y las condiciones que las rigen asumen cada vez más la forma de una ley natural independiente de los productores y se vuelven más y más incontrolables. Esta contradicción interna tiende a equilibrarse por una expansión de los campos exteriores de la producción. Pero en la medida en que la fuerza productiva se desarrolla, se encuentra en desacuerdo con la estrecha base en que descansa el estado de consumo. Sobre esta base contradictoria no es ninguna contradicción el que haya un exceso de capital simultáneamente con un exceso de población. Porque, si bien una combinación de ambos acrecentaría realmente la masa de la plusvalía producida, intensificaría al mismo tiempo la contradicción entre las condiciones bajo las cuales se produce la plusvalía y aquellas bajo las cuales se realiza.³⁰

Aquí Marx expresa la creencia de que una interrupción de la producción puede ser el resultado de la incapacidad de los capitalistas para vender las mercancías en sus valores. La dificultad se atribuye a un volumen restringido de la demanda del consumo (restringido por los salarios bajos más la «tendencia a acumular» de los capitalistas). Esto no significa necesariamente, sin embargo, que un descenso de la producción total deba ocurrir primero en la rama de artículos de consumo. El que sea así o no, depende de la forma de la relación que existe entre la producción de medios de producción y la producción de artículos de consumo. El silencio de Marx sobre este punto sólo indica que nunca había elaborado en detalle la teoría del «subconsumo».

En la cita precedente se describe la depresión como un periodo en que el aumento de la producción es detenido por una demanda insuficiente del fruto final de la producción, a saber, los artículos de consumo. La correspondiente noción de prosperidad concibe un periodo en el cual se producen más medios de producción que los que pueden ser utilizados. Así,

las épocas en que la producción capitalista pone en juego todas sus fuerzas son siempre periodos de sobreproducción, porque las fuerzas de la producción nunca pueden ser utili-

30. *Capital*, III, pp. 286-287.

zadas más allá del punto en que la plusvalía puede ser no sólo producida sino también realizada; pero la venta de las mercancías, la realización del capital mercancía, y, por lo tanto, también de la plusvalía, está limitada no sólo por las necesidades de consumo de la sociedad en general, sino por las necesidades de consumo de una sociedad en la que la gran mayoría está formada por pobres que deben seguir siendo siempre pobres.³¹

Las dos largas citas de Marx recién expuestas contienen la implicación de que el estancamiento de la producción, en el sentido de utilización de los recursos productivos por debajo de su capacidad, debe considerarse el estado de cosas normal en las condiciones del capitalismo, pues sólo desde este punto de vista es posible, racionalmente, designar los periodos de utilización plena como «periodos de sobreproducción». Si se adopta esta opinión, todo el problema de la crisis aparece bajo una nueva luz. El énfasis pasa de la cuestión: «¿Qué es lo que suscita la crisis y la depresión?», a su contraria: «¿Qué es lo que suscita la expansión?». Si bien las dos cuestiones de ningún modo se excluyen mutuamente, la literatura sobre el ciclo económico ha tendido siempre en el pasado a enfatizar la primera; en el curso de nuestra investigación ulterior encontraremos que la última conduce a resultados de importancia por lo menos igual. Aquí, una vez más, sin embargo, no se puede sostener que Marx haya desarrollado las implicaciones de su propia indicación.

Finalmente, podemos citar lo que parece ser la declaración más precisa de Marx a favor de una teoría de las crisis basada en el subconsumo:

La causa última de todas las crisis reales sigue siendo la pobreza y el consumo restringido de las masas, en contraste con la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas de tal manera que su único límite sería la capacidad absoluta de consumo de la sociedad toda.³²

En su contexto, esta declaración tiene el carácter de una observación entre paréntesis; y la interpretación que deba darse a la expresión «la causa última de todas las crisis reales», queda sin esclarecer. El principio que implica, sin embargo, es evidentemente idéntico al enunciado en las dos citas precedentes.

Podríamos presentar otros pasajes que acentúan la contradicción entre el apremio del capitalismo por ampliar la producción y su interés correlativo en limitar el consumo,³³ pero añadirían poco a lo ya mostrado. ¿Hasta dónde podemos decir, enton-

31. *Capital*, II, p. 363 n. La cláusula «porque las fuerzas de la producción nunca pueden ser utilizadas más allá del punto en que la plusvalía puede ser no sólo producida, sino también realizada», dice en el original: *weil die Produktionspotenzen nie soweit angewandt werden können, das dadurch mehr Wert nicht nur produziert, sondern realisiert werden kann*. Tomado ya literalmente o ya de acuerdo con la traducción de la edición Kerr, este pasaje dice lo contrario de lo que Marx evidentemente pensó decir. Pues parece significar que la producción nunca puede ser llevada *hasta* el punto en que el valor adicional puede ser realizado, en tanto que el sentido de todo el pasaje obviamente impone la interpretación de que la producción nunca puede ser llevada *más allá* de ese punto. Por consiguiente, he hecho esta corrección en la versión presentada en el texto.

32. *Capital*, III, p. 568.

33. Por ejemplo, *ibid.*, pp. 293, 301, 302-303.

ces, que tenemos aquí una teoría desarrollada de las crisis causada por el subconsumo? No parece ser posible ninguna respuesta precisa a la cuestión. Ciertamente, los pasajes citados pertenecen a partes muy dispersas de los escritos de Marx, y en ningún punto aparece el problema sometido a la clase de análisis extenso y laborioso que a menudo se encuentra en su obra. Por esta razón podría sostenerse que Marx miraba el subconsumo como un aspecto, no muy importante en el conjunto, del problema de la crisis. Esta parece ser la opinión de Dobb,³⁴ y hay, sin duda, mucho en su favor. Otra opinión es posible, a saber, que en estos pasajes dispersos Marx daba aviso anticipado de una línea de razonamiento que, si hubiera vivido para completar su obra teórica, habría sido de primera importancia en el cuadro total de la economía capitalista. Muchos de sus seguidores han sido, evidentemente, de esta opinión y, en general, me parece la más razonable de las dos alternativas.

Si así es, debiera ser posible, sin embargo, construir con la ayuda de los conceptos analíticos de Marx una teoría lógica y detallada allí donde Marx mismo sólo dejó directivas muy generales. Mas no se puede decir que algún escritor marxista haya tenido mucho éxito en esta dirección. El intento de Rosa Luxemburg, sin duda el más elaborado y probablemente el que logró atraer más adeptos que cualquier otro, fue un fracaso evidente desde el punto de vista lógico.³⁵ Kautsky hizo poco más que repetir las exposiciones de Marx relativas a la dependencia general de la producción con respecto al mercado de artículos de consumo. Escribiendo en 1902, Kautsky presentó «la teoría de la crisis que los marxistas “ortodoxos” atribuyen generalmente a Marx», en los siguientes términos:

Los capitalistas y los trabajadores a quienes explotan proveen, con el crecimiento de la riqueza de los primeros y del número de los últimos, lo que es, seguramente, un mercado sin cesar creciente para los medios de consumo producidos por la industria capitalista; el mercado crece, sin embargo, menos rápidamente que la acumulación de capital y el ascenso en la productividad del trabajo. La industria capitalista debe buscar, por consiguiente, un mercado adicional fuera de su dominio en naciones y estratos de la población no capitalistas. Tal mercado lo encuentra y amplía más y más, pero no lo bastante deprisa... De esta manera cada periodo de prosperidad, al que sigue una importante ampliación del mercado, está predestinado a corta vida, y la crisis se convierte en su fin necesario.³⁶

Fuera de introducir las «naciones y estratos de la población no capitalistas» —incidentalmente, una interesante prefiguración de Rosa Luxemburg—, Kautsky no tiene aquí nada que agregar a las exposiciones de Marx ya citadas. Es inclusive cierto que la formulación de la relación entre consumo y producción, hecha por Kautsky, es menos específica y, por lo tanto, menos satisfactoria que la de Marx.

El no haberse logrado ningún progreso importante con la teoría del subconsumo, a lo que tal vez debieran añadirse los reiterados ataques de los críticos hostiles, tendió a alejar cada vez más la atención de los autores marxistas de este criterio sobre

34. *Political Economy and Capitalism*, p. 115.

35. Para un examen ulterior de la teoría de Rosa Luxemburg, véase *infra*, capítulo 11, sección 8.

36. *Die Neue Zeit*, año XX, vol. 2 (1901-1902), p. 80.

el problema de las crisis. Uno de los tratados más serios escritos en Alemania durante la tercera década del siglo xx, el de Henryk Grossmann,³⁷ negaba de plano la posibilidad del consumo insuficiente; y, como lo hemos anotado ya, el prominente economista marxista inglés contemporáneo, Maurice Dobb, asigna al subconsumo un papel claramente secundario con respecto al de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

Para que la teoría del subconsumo recupere su prestigio y ocupe un lugar entre los principios importantes y aceptados de la teoría económica de Marx, es claro que hace falta una formulación cuidadosa, libre de las objeciones que han sido hechas a las versiones precedentes. En el resto de este capítulo se intentará tal formulación. El argumento lógico se basa en el apéndice algebraico que va al final del capítulo. En general, esto no implica conceptos ni suposiciones que no figuren, implícita o explícitamente, en el cuerpo principal de la teoría de Marx. De modo que la intención no es ni construir una teoría «original» ni revisar la teoría de Marx, sino más bien suplementar su obra en un punto en que está incompleta.

La tarea real de una teoría del subconsumo consiste en demostrar que el capitalismo tiene una *tendencia* innata a ampliar la capacidad de producción de artículos de consumo más rápidamente que la demanda de artículos de consumo. Para decirlo de otro modo, debe mostrarse que existe una tendencia a utilizar los recursos de una forma que distorsiona la relación entre la oferta potencial y la demanda potencial de artículos de consumo. Esta tendencia puede manifestarse en uno de dos sentidos. O bien 1) la capacidad se amplía realmente y la dificultad se hace visible sólo cuando un volumen acrecentado de artículos de consumo comienza a llegar al mercado. Habrá entonces un punto más allá del cual la oferta excede a la demanda a precios normalmente lucrativos, y al pasar de este punto la producción de artículos de consumo, o la producción de capacidad adicional, o más probablemente ambas, serán restringidas. En este caso, pues, la tendencia en cuestión se manifiesta en una crisis. O bien 2) hay recursos productivos ociosos que no son utilizados para producir capacidad adicional, porque se comprende que la capacidad adicional sería redundante en relación con la demanda de las mercancías que pudiera producir. En este caso, la tendencia no se manifiesta en una crisis, sino más bien en el estancamiento de la producción. De aquí se sigue que, si se puede verificar la tendencia al subconsumo, ella podrá servir para explicar tanto las crisis como los periodos de estancamiento. A la vez, sin embargo, debe esperarse que haya muchas fuerzas que contrarresten la tendencia al subconsumo, de manera que por largos periodos esta última puede permanecer latente e inoperante. Por ahora sólo intentaremos verificar la tendencia al subconsumo, dejando las fuerzas contrarrestantes y su interacción mutua para su examen en el capítulo 12.

El procedimiento es este: suponer que todos los recursos productivos son continuamente y plenamente utilizados, y después demostrar que, faltando las fuerzas contrarrestantes, esto conduce a una contradicción. La conclusión indicada es entonces que la contradicción sólo se puede «resolver» por una violación de la suposición original, lo que, a su vez, debe significar, en la práctica, por medio de crisis y estancamientos.

37. *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems* (1929). La teoría de Grossmann se examina *infra*, capítulo 11, sección 10.

Suponemos, como antes, que los trabajadores consumen sus salarios íntegros y que la plusvalía de los capitalistas, que aumenta sin cesar, puede dividirse en cuatro partes: la primera, que mantiene su consumo en el nivel previo; la segunda, que aumenta su consumo; la tercera, que se acumula y sirve para ocupar trabajadores adicionales; y la cuarta, que se acumula y se agrega a la existencia del capital constante. La tercera y cuarta partes constituyen *acumulación* en el sentido marxiano del término; solamente la cuarta es *inversión* al uso de la moderna literatura sobre el ciclo económico. Será conveniente seguir empleando aquí esta terminología; el lector debe, por lo tanto, tener el cuidado de recordar que la acumulación hecha por los capitalistas es en parte consumida por los obreros y en parte invertida en medios de producción adicionales. Los economistas clásicos a menudo cometían el error de suponer que toda acumulación es consumida; los teóricos modernos se van con frecuencia al extremo opuesto, al suponer que toda acumulación es invertida.³⁸

Ahora bien, el hecho básico del capitalismo, del cual depende a fin de cuentas el funcionamiento del sistema, es la urgencia de los capitalistas por hacerse ricos. La satisfacción de este deseo exige dos pasos: 1) obtener tanta ganancia como sea posible, y 2) acumular una parte de ella tan grande como sea posible. El primero implica el mejoramiento continuo de los métodos de producción, principalmente usando más y más maquinaria y materiales por obrero; el segundo implica la acumulación de proporciones cada vez más grandes de una ganancia total creciente. Traducido esto a la terminología del párrafo anterior, tenemos lo siguiente: que la acumulación sube como una proporción de la plusvalía y que la inversión sube como una proporción de la acumulación. Entre tanto, el consumo crece porque los capitalistas aumentan su propio consumo y desembolsan una parte de su acumulación en salarios aumentados. Pero, y este es el punto importante, como el aumento del consumo de los capitalistas es una proporción decreciente de la plusvalía total, y como el aumento de los salarios es una proporción decreciente de la acumulación total, resulta que la tasa de crecimiento del consumo (es decir, la proporción de aumento del consumo con respecto al consumo total) desciende con relación a la tasa de aumento de los medios de producción (es decir, la proporción de las inversiones con respecto a los medios de producción totales). En otras palabras, *la proporción de la tasa de aumento del consumo con respecto a la tasa de aumento de los medios de producción declina*. Este es un resultado que se desprende lógicamente de la norma de conducta característica de los capitalistas.

Si cambiamos ahora nuestro ángulo de visión y consideramos la producción un proceso técnico natural de creación de valores de uso, vemos que debe existir una relación precisa entre la masa de medios de producción (suponiendo, se recordará, que sean plenamente utilizados) y la producción total de artículos de consumo. Además, debe existir igualmente una relación precisa entre los cambios en la existencia de medios de producción (inversión) y los cambios en la producción total de artículos de consumo. Estas relaciones son determinadas finalmente por las características técnicas de la producción y, por consiguiente, pueden variar con el desarrollo progresivo de los métodos de producción. Las pruebas que tenemos, sin embargo, sugieren con fuerza un grado notablemente alto de estabilidad para una economía capitalista razonablemen-

38. Para un examen más completo de este problema, véase *infra*, apéndice A.

te bien desarrollada. En otras palabras, parece que por largos periodos un porcentaje dado de aumento en la existencia de medios de producción será generalmente acompañado por el mismo porcentaje, aproximadamente, de aumento en la producción total.³⁹

Sobre esta base tenemos razones para suponer que la relación técnicamente determinada entre el stock de medios de producción y la producción total de artículos de consumo permanece invariable. Si partimos de una situación de equilibrio, se sigue entonces que una tasa dada de aumento de los medios de producción será acompañada por una tasa igual de aumento en la producción total de los artículos de consumo. En otras palabras, *la proporción de la tasa de aumento en la producción total de artículos de consumo con respecto a la tasa de aumento de los medios de producción permanece invariable*. Esta conclusión es el resultado de considerar la producción un proceso organizado y sincronizado de fabricación de artículos útiles para el consumo humano.

Podemos enunciar ahora muy brevemente la esencia de la teoría del subconsumo. Puesto que los capitalistas, que controlan la dirección de los recursos y de los fondos, actúan de tal manera que se produce un descenso constante en la proporción

$$\frac{\text{tasa de aumento del consumo}}{\text{tasa de aumento de los medios de producción}}$$

y puesto que la naturaleza del proceso de producción impone por lo menos una estabilidad aproximada en la relación

$$\frac{\text{tasa de aumento de la producción total de artículos de consumo}}{\text{tasa de aumento de los medios de producción}}$$

resulta que existe una tendencia inherente al aumento en el consumo a quedarse por detrás del aumento en la producción total de artículos de consumo. Como ya se ha hecho notar, esta tendencia puede expresarse en forma de crisis o de estancamiento, o de ambos.

Hemos hablado de una tendencia del consumo a quedarse por detrás de la producción total de artículos de consumo. Sin embargo, puesto que el numerador y el denominador, en las dos precedentes proporciones, están funcionalmente relacionados de tal forma que sería imposible sustraer de uno sin sumar al otro, es igualmente lógico hablar de una tendencia del abastecimiento de medios de producción a exceder las necesidades de medios de producción. Bien entendidos, por lo tanto, el «subconsumo» y la «sobrepducción» son las dos caras de una misma moneda. Si se tiene presente esto, no será motivo de sorpresa que una crisis de «subconsumo» pueda estallar primero en la esfera de la producción de medios de producción, mientras que una crisis de «sobrepducción» puede estallar primero en la esfera de la producción de artículos

39. Véase el estudio estadístico de Carl Snyder, «Capital Supply and National Well-Being», *American Economic Review*, junio de 1936. El hecho de que las conclusiones de Snyder sean en su mayor parte ilógicas y desatinadas echa a perder desgraciadamente una obra que es, por lo demás, muy valiosa.

de consumo. La etiqueta que se use es una cuestión de gusto, y el punto de origen un detalle relativamente sin importancia, que depende de una multitud de circunstancias particulares.

Debe señalarse de nuevo que aquí tenemos que ver con una *tendencia* al subconsumo, que siempre está presente pero que puede ser total o parcialmente compensada por fuerzas contrarrestantes que no han sido tomadas en cuenta todavía. De la naturaleza de tales fuerzas contrarrestantes y de su vigor relativo en diferentes etapas del desarrollo capitalista, trataremos en el capítulo 12.

De esta discusión surge un punto importante, a saber, que es incorrecto oponer la «desproporcionalidad» al «subconsumo» como causa de las crisis; y que, al hacerlo, Tugan-Baranowsky sólo consiguió oscurecer las cuestiones reales. Pues ahora se ve que el subconsumo es precisamente un caso especial de la desproporcionalidad (desproporcionalidad entre el aumento de la demanda de artículos de consumo y el aumento de la capacidad de producción de artículos de consumo). Esta desproporcionalidad, sin embargo, en contraste con la que examina Tugan, no proviene del carácter del capitalismo falto de coordinación y de plan, sino de la naturaleza interna del capitalismo, a saber, «que el capital y su autoexpansión aparecen como el punto de partida y de llegada, como el motivo y el propósito de la producción; que la producción es meramente producción para el *capital*, y no viceversa, y los medios de producción simples medios de un sistema de incansante expansión del proceso de la vida para beneficio de la *sociedad* de los productores».⁴⁰

Los únicos escritores marxistas, aparte de Marx mismo, que entendieron correctamente la relación general entre la desproporcionalidad, el subconsumo y las crisis, fueron Lenin y sus discípulos, particularmente Bujarin. Los escritos propios de Lenin⁴¹ sobre la materia no fueron amplios y están casi totalmente incorporados en una serie de polémicas contra los escritores populistas (*Narodniki*), que ejercieron una influencia considerable en los círculos intelectuales rusos durante la década de 1890. Los *Narodniki* eran subconsumistas estrictos y dogmáticos, y sostenían que el capitalismo nunca podría expandirse sobre la base del mercado interno y, por consiguiente, debía confiar su crecimiento continuo a la captura de un mercado exterior cada vez más vasto. Argumentaban que Rusia había aparecido en escena demasiado tarde para competir victoriosamente por el mercado exterior con naciones industriales más viejas de Europa Occidental y de América. Por lo tanto, el capitalismo ruso estaba condenado a la degeneración y la decadencia desde su nacimiento mismo, y no podía, bajo ninguna circunstancia, ser considerado una fuerza progresiva. De esto deducían que el socialismo ruso no podía confiar en el desarrollo de una clase obrera revolucionaria, sino que debía más bien obtener apoyo en el campo, del campesinado, con sus antiguas instituciones de propiedad comunal y su odio acerbo a una aristocracia terrateniente que vivía de la más brutal de las explotaciones.

Toda esta concepción del papel del capitalismo en Rusia fue enérgicamente impugnada por Lenin. Para él, el capitalismo era, bajo las condiciones específicas entonces

40. *Capital*, III, p. 293.

41. Los pasajes más importantes relativos a las crisis están reunidos en un apéndice al volumen II de *El capital* por el Instituto Marx-Engels-Lenin (en alemán).

existentes en Rusia, una fuerza progresiva que engendraba a la clase obrera industrial, portadora del futuro socialista. En apoyo de su posición, atacaba la teoría populista en sus raíces, es decir, en la doctrina de la inexpansibilidad del mercado interno. Pero, al hacerlo, se negaba a colocarse en el otro extremo, representado por Tugan-Baranowsky y Bulgakov,⁴² quienes mantenían la expansibilidad indefinida del mercado interno en tanto se guardaran las proporciones correctas entre las ramas individuales de la producción. Lenin sostenía que en realidad existe en el capitalismo una contradicción entre la producción y el consumo o, en otras palabras, una tendencia al subconsumo. «Entre el esfuerzo ilimitado por ampliar la producción, que es la esencia misma del capitalismo y el consumo restringido de las masas... hay indudablemente una contradicción.»⁴³ Esto negaba la posición de Tugan. Pero no llevaba a la conclusión populista:

...no hay nada más estúpido que deducir de las contradicciones del capitalismo su imposibilidad, su carácter no progresivo, etc.; eso es huir de una realidad desagradable pero evidente, al mundo nebuloso de las fantasías románticas. La contradicción entre el esfuerzo ilimitado por ampliar la producción y la capacidad de consumo limitada no es la única contradicción del capitalismo, que en general no puede ni existir ni desarrollarse sin contradicciones. Las contradicciones del capitalismo dan fe de su carácter histórico transitorio, explican las condiciones y causas de su caída y de su transformación en una forma superior, pero no excluyen ni la posibilidad del capitalismo ni su carácter progresivo en comparación con sistemas anteriores de economía social.⁴⁴

En la teoría de la crisis, Lenin adoptó una posición muy semejante, aunque parece no haberla elaborado en detalle. Se confesaba adicto a la teoría de la desproporcionalidad que surge de la anarquía de la producción capitalista, pero declaraba enfáticamente que esta teoría no negaba la importancia y pertinencia de la propensión al subconsumo, afirmando claramente que el subconsumo, lejos de contradecir la explicación basada en la desproporcionalidad, es tan sólo un aspecto de esta: «la “capacidad de consumo de la sociedad” y “la proporcionalidad de las diversas ramas de la producción”, no son de ningún modo condiciones individuales, independientes, inconexas. Por el contrario, cierto estado del consumo es uno de los elementos de la proporcionalidad».⁴⁵

Bujarin siguió de cerca las huellas de Lenin. Distinguía dos tipos de teoría de la crisis. El primero, que rechazaba, sostiene que «las crisis surgen de la desproporcionalidad entre las ramas individuales de la producción. El factor del consumo no desempeña ningún papel». El segundo, el de «Marx, Lenin y los marxistas ortodoxos», que Bujarin aceptaba, sostiene que «las crisis surgen de la desproporcionalidad en la producción social. El factor del consumo, sin embargo, forma parte de esta desproporcionalidad».⁴⁶

42. No he tenido acceso a ninguna de las obras de Bulgakov, aunque parece que algunas, en todo caso, fueron traducidas al alemán. Juzgando por las citas y comentarios de Lenin y Rosa Luxemburg, Bulgakov era un teórico muy capaz, posiblemente superior a Tugan-Baranowsky.

43. *Sämtliche Werke*, vol. III, p. 21.

44. *Ibid.*, p. 22.

45. *Das Kapital*, ed. Marx-Engels-Lenin, vol. II, p. 562.

46. *Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals*, pp. 79-80.

En principio, la posición de Lenin y Bujarin, como la de Marx mismo, es inobjetable. Pero, también como en Marx, su demostración de la tendencia al subconsumo es fragmentaria e incompleta. Es de esperar que la exposición hecha en este capítulo sirva para eliminar las dudas y vacilaciones que han impedido hasta ahora a muchos economistas marxistas aceptar la teoría del subconsumo como un aspecto –y un aspecto muy importante– de todo el problema de la crisis.

3. APÉNDICE

La siguiente exposición sobre el consumo se basa en el último libro publicado por Otto Bauer antes de su muerte.⁴⁷ Las muy interesantes sugerencias de Bauer son esencialmente correctas, aunque no están presentadas con toda exactitud y no muestran con suficiente claridad la relación que existe entre el subconsumo y las características básicas de la producción capitalista.⁴⁸

Si I es el ingreso nacional neto en términos de valor, s la cuenta total de los salarios (= consumo de los obreros), l la parte de plusvalía que consumen los capitalistas, y k la parte de la plusvalía agregada al capital constante (= inversión), entonces, tenemos la ecuación siguiente:

$$I = s + l + k \quad (1)$$

Todos estos conceptos, naturalmente, representan tasas de afluencia por unidad de tiempo. En el caso de la inversión, esto significa que k es esencialmente la tasa de aumento de la existencia total de medios de producción. En otras palabras, si K es la existencia total de medios de producción, entonces $k = dK / dt$.

Suponemos que el ingreso nacional sube constantemente y que cada una de las tres partes que lo componen sube también. De este modo, si consideramos s y l funciones de k , siempre será cierto que, a medida que k aumente, s y l aumentarán también. Pero como es un rasgo fundamental del capitalismo el que una proporción creciente de la plusvalía tiende a ser acumulada y una proporción creciente de la acumulación tiende a ser invertida, tanto s como l deben aumentar menos rápidamente que k . Por lo tanto, tenemos:

$$s = f(k) \text{ tal que } 0 < f'(k) < 1 \text{ y } f''(k) < 0 \quad (2)$$

y similarmente:

$$l = \phi(k) \text{ tal que } 0 < \phi'(k) < 1 \text{ y } \phi''(k) < 0 \quad (3)$$

47. *Zwischen zwei Weltkriegen?* (1936), especialmente pp. 51-66 y el apéndice.

48. Es interesante hacer notar que en ninguno de sus escritos anteriores mostró Bauer ninguna inclinación a aceptar una teoría del subconsumo.

Supongamos ahora, de acuerdo con la argumentación presentada en el capítulo 10, que la producción total de artículos de consumo debe ser proporcional a la existencia de medios de producción. Esto implica que la tasa del aumento de medios de producción (= inversión) es proporcional al aumento en la producción total de artículos de consumo. Por lo tanto, si el aumento del consumo en el tiempo dt es $ds + dl$, se requerirá una adición a los medios de producción, digamos c , tal que

$$c = \lambda (ds + dl) \tag{4}$$

donde λ es el factor de la proporcionalidad.⁴⁹ (Nótese que c , como k antes, es esencialmente una derivada con respecto al tiempo.)

Para que tenga lugar un desarrollo fácil e ininterrumpido, es claro que c , la tasa de la inversión requerida por el aumento del consumo, debe operar de la misma forma que k , la tasa de la inversión dictada por la norma de operación capitalista típica. Por lo tanto, si $dc/dt \neq dk/dt$, tendremos una contradicción.

De (1) tenemos:

$$\frac{d^2I}{dt^2} = \frac{d^2s}{dt^2} + \frac{d^2l}{dt^2} + \frac{d^2k}{dt^2} \tag{5}$$

Y como de (4):

$$\frac{dc}{dt} = \lambda \left(\frac{d^2s}{dt^2} + \frac{d^2l}{dt^2} \right) \tag{6}$$

Podemos escribir:

$$\frac{dc}{dt} = \lambda \left(\frac{d^2I}{dt^2} - \frac{d^2k}{dt^2} \right) \tag{7}$$

Ahora, tomando en cuenta (2) y (3):

$$\frac{d^2I}{dt^2} = \left[f'(k) + \Phi'(k) + 1 \right] \frac{d^2k}{dt^2} + \left[f''(k) + \Phi''(k) \right] \left(\frac{dk}{dt} \right)^2 \tag{8}$$

Si el ingreso nacional aumenta a una tasa constante o declinante, es decir, si $dI/dt^2 \equiv 0$, entonces se sigue de (8) y de las condiciones supuestas en (2) y (3) que

⁴⁹ λ es esencialmente la relación que se define en la literatura moderna sobre el ciclo económico como «principio de aceleración», o simplemente como «la relación».

$$\frac{d^2I}{dt^2} - \frac{d^2k}{dt^2} < 0 \quad (9)$$

De (7) y (9), entonces:

$$\frac{dc}{dt} < 0 \quad (10)$$

Pero como

$$\frac{dk}{dt} = \frac{\frac{dI}{dt}}{f'(k) + \phi'(k) + 1} \quad (11)$$

Es evidente que

$$\frac{dk}{dt} > 0 \quad (12)$$

Tomados juntos (10) y (12) indican una contradicción. Los capitalistas tienden a aumentar la tasa de la inversión ($dk / dt > 0$), pero la forma en que dejan aumentar el consumo sólo garantiza una tasa descendente de la inversión ($dc / dt < 0$). Por lo tanto, si la tasa de la inversión aumenta en realidad, la producción total de artículos de consumo mostrará una tendencia continua a superar la demanda.

Se notará que a esta conclusión se llega a base de suponer que el ingreso nacional en términos de valor aumenta a una tasa constante o descendente. Si el ingreso nacional aumenta a una tasa ascendente, dc / dt puede ser positiva y puede ser igual a dk / dt ; aunque ninguna de estas cosas es necesariamente cierta. Es muy posible que el ingreso nacional aumente a una tasa ascendente en un país capitalista «joven», en el que la fuerza humana abunda o aumenta con rapidez. Nuestro análisis sugiere, por lo tanto, que es improbable que tal país tenga que afrontar serias dificultades de subconsumo. Pero en un país capitalista «viejo» —y todos los países capitalistas avanzados con la posible excepción del Japón merecen, sin duda, esta designación hoy día— es casi seguro que el ingreso nacional aumenta a una tasa descendente. En lo que concierne al capitalismo, tenemos indudablemente razón en llamar al subconsumo una enfermedad de la vejez. Para argumentos adicionales en apoyo de esta conclusión, referimos al lector al capítulo 12.

La controversia sobre el derrumbe

1. INTRODUCCIÓN

ESTAMOS AHORA EN CONDICIONES DE PLANTEAR UNA CUESTIÓN QUE ANTERIORMENTE no podíamos más que sugerir. ¿Son las crisis el *memento mori* del capitalismo? ¿Tienden a ser cada vez más severas y, con el tiempo, a culminar en el derrumbe del sistema mismo? Desde finales de la década de 1890 ha sido este uno de los temas más amplia y seriamente discutidos en todo el dominio del pensamiento marxista. Pero antes de señalar la importancia del análisis precedente en relación con este problema, será útil esbozar algunas de las principales cuestiones y teorías de lo que puede llamarse con propiedad la controversia sobre el derrumbe.

Los términos generales de la controversia fueron establecidos por las exposiciones dispersas de Marx sobre el fin del capitalismo y el advenimiento del socialismo. En líneas generales, su posición no era nada ambigua y la mantuvo consecuentemente. Al llegar a cierto punto, las relaciones capitalistas de producción cesarán de fomentar el desarrollo de las fuerzas productivas y se convertirán en otras tantas trabas para su expansión ulterior. Esto señalará el principio de un periodo revolucionario durante el cual la clase obrera, oprimida y disciplinada a la vez por su posición especial en la sociedad, derrocará las relaciones de producción existentes y establecerá, en su lugar, relaciones de producción superiores socialistas. Más aún, de acuerdo con Marx, este no es un proceso que *puede* ocurrir, sino que *debe* ocurrir con toda la fuerza ineludible de una ley natural.

Marx, sin embargo, no trazó en detalle el curso de los acontecimientos que señalarían la transformación del capitalismo en una traba para el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas. Las crisis serían más y más severas, «poniendo la existencia de toda la sociedad burguesa a prueba, cada vez más amenazadoramente»; los medios adoptados para vencerlas («de una parte por la destrucción forzosa de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y por la más completa explotación de los antiguos») dan resultados únicamente a costa de «allanar el camino para crisis más extensas y destructivas, y... debilitar los medios por los cuales se previenen las crisis».

Esta fue la opinión expuesta en el *Manifiesto Comunista*. Una convicción semejante de que las crisis deben seguir haciéndose cada vez peores, aunque menos explícitamente expresada, se puede encontrar en el examen de la tasa decreciente de la ganancia, en el volumen III.¹ Todas estas son, sin embargo, exposiciones de un carácter muy general; dejan abierta la cuestión del «derrumbe» capitalista en cualquier acepción del término.

Otra línea distinta de pensamiento, que será examinada más de cerca en la parte IV, señala también los obstáculos crecientes en el camino de la expansión capitalista. Hay, según Marx, una fuerte tendencia del capital a la centralización en un número de manos cada vez menor. Con el tiempo,

el monopolio del capital se convierte en una traba del modo de producción que ha surgido y florecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan al fin a un punto en que se hacen incompatibles con su tegumento capitalista. Este tegumento salta en pedazos. Suena el toque funeral de la propiedad privada. Los expropiadores son expropiados.²

Esta, sin embargo, no es tanto una predicción como la vívida descripción de una tendencia. Pues en otro lugar, hablando de la «centralización de los capitales ya existentes en unas cuantas manos y la descapitalización de muchos», Marx lanza una advertencia implícita contra deducciones demasiado rígidas. «Este proceso —dice— daría pronto lugar al colapso³ de la producción capitalista, si no fuese por las tendencias contrarrestantes que ejercen sin cesar una influencia descentralizadora, al lado de las tendencias centrípetas.⁴

En sentido real puede decirse que todo el sistema teórico de Marx constituye una negación de la posibilidad de expansión capitalista indefinida y una afirmación de la inevitabilidad de la revolución socialista. Pero en ninguna parte se encontrará en su trabajo una doctrina del derrumbe específicamente económico de la producción capitalista. Si esto debe anotarse como una debilidad o no, lo veremos a su debido tiempo. De todos modos, es claro que su tratamiento del problema, en sus aspectos positivos y negativos, preparó el terreno para una prolongada controversia que no puede considerarse totalmente concluida hasta la fecha.

En los años anteriores a la muerte de Engels (1895), el problema del derrumbe capitalista no era frecuentemente discutido como tal. Las observaciones ocasionales que parecían descansar en una teoría precisa del derrumbe eran realmente poco más que un intento de dar expresión enfática a la concepción general de una transición inevitable del capitalismo al socialismo. Por ejemplo, en 1891 Kautsky escribió: «Fuerzas económicas irresistibles conducen con la certidumbre del sino al naufragio de la producción capitalista. La sustitución del orden social existente por otro nuevo no es ya simplemente deseable; se ha hecho inevitable».⁵ Sin embargo, algunos años después.

1. Véase el pasaje citado, *supra*, p. 118.

2. *Capital*, I, p. 837.

3. La palabra alemana es aquí *Zusammenbruch*. En todo este trabajo la traducimos por la más literal de «derrumbe».

4. *Capital*, II, p. 289.

5. *The Class Struggle (Erfurt Program)*, ed. Kerr, p. 117.

en su polémica con Bernstein,⁶ Kautsky negó vigorosamente que hubiera cualquier vestigio de una teoría del derrumbe en su obra anterior. Sostuvo inclusive, y no parece haber ninguna razón válida para dudar de la exactitud de su afirmación, que la concepción misma de una teoría del derrumbe y aun el término (*Zusammenbruchstheorie*) fueron invenciones de Bernstein. Esto requiere una explicación.

2. EDUARD BERNSTEIN

Eduard Bernstein fue por muchos años un amigo íntimo y colaborador de Engels, generalmente considerado un marxista ortodoxo y representante destacado de la socialdemocracia alemana. Poco después de la muerte de Engels, sin embargo, Bernstein inició el llamado movimiento revisionista, que estará siempre unido a su nombre. Los artículos publicados en *Die Neue Zeit* en 1896 y 1897 fueron elaborados en forma de libro en 1899, bajo el título de *Las presuposiciones del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*.⁷ Este fue, como correctamente lo hizo notar Kautsky, el primer escrito sensacional en la literatura de la socialdemocracia. Por primera vez un marxista renombrado consideró que era «prudente» revisar a Marx; por supuesto, la prensa se mostró encantada y el libro alcanzó una amplísima circulación y muy seria aprobación.

Bernstein, movido por un profundo temor a la violencia, el desdén por la teoría y la preocupación por los detalles prácticos de la vida cotidiana, era casi en todos los sentidos la antítesis de Marx. La palabra «revisionismo», aplicada a las obras de Bernstein, es un eufemismo extremo. Su propósito real, aunque puede no haber tenido plena consciencia de ello, era arrancar el marxismo hasta la raíz del movimiento socialista. En vez de la concepción básica del socialismo, por Marx, como fruto necesario de un proceso histórico objetivo, Bernstein quería sentar la idea del socialismo como una meta de la humanidad civilizada, libre de escoger su futuro para adaptarse a normas éticas y morales más altas. Donde Marx habría sostenido que los hombres aprenden a merecer lo que logran, Bernstein sostenía, por el contrario, que los hombres logran lo que merecen. De ahí que Bernstein sustituyera la lucha y la preparación revolucionaria por la persuasión y la educación como medios para llegar al socialismo.

Bernstein se daba cuenta de que, para obtener resultados en su medio, no podía limitarse a tirar por la borda el marxismo; este ejercía una atracción demasiado grande y una influencia demasiado profunda. Era necesario proceder con más cautela, mediante la modernización y revisión del marxismo. Persiguiendo así, tortuosamente, su propósito, Bernstein encontró en la «teoría del derrumbe» uno de los puntos de ataque más convenientes. Su argumentación es más o menos como sigue. Una de las doctrinas de Marx era la del derrumbe inevitable y catastrófico del capitalismo —no es necesario decir que Bernstein fue incapaz de aducir pruebas de esto. A la luz de la evolución económica desde la muerte de Marx (desarrollo del mercado mundial, aparición de los cárteles, perfección del sistema de crédito, etc.), la teoría del derrumbe

6. *Bernstein und das sozialdemokratische Programm*, 1899.

7. *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*. La traducción inglesa se titula *Evolutionary Socialism*.

catastrófico es ya insostenible y debe ser abandonada. En su lugar hay que reconocer una tendencia al mejoramiento en el desarrollo capitalista: la severidad de las crisis disminuye, las luchas de clases se vuelven menos agudas, etc. (es característico de Bernstein «establecer» la tendencia al mejoramiento en una forma puramente descriptiva. Y ahora viene el contenido real del razonamiento). La táctica revolucionaria sólo se justifica a base de suponer que el capitalismo se derrumbará y que la existencia permanente de la sociedad exigirá positivamente un nuevo orden económico –en tal caso, por supuesto, todo lo que sea necesario en este momento estará también justificado. Pero si, como creía Bernstein, el derrumbe capitalista es el resultado, no del desarrollo capitalista real, sino de una teoría gastada, se sigue que toda excusa para la revolución se ha desvanecido. En realidad, la eliminación pacífica y gradual de los males del capitalismo es posible. Por lo tanto, es también conveniente en lo político y justa en lo moral. De este modo, Bernstein llega a la misma conclusión positiva que sus contemporáneos fabianos de Inglaterra, quienes, debido a una herencia intelectual diferente, pudieron dar por supuesta la sensatez del gradualismo, sin pasar por los laboriosos preparativos de revisar a Marx.

3. EL CONTRAATAQUE ORTODOXO

La respuesta de los marxistas ortodoxos a la agresión de Bernstein no fue de ningún modo uniforme. El primer contraataque formal a sus argumentos económicos fue el de Heinrich Cunow en el órgano teórico oficial del Partido Socialdemócrata. Este esfuerzo es interesante principalmente por su título: «Sobre la teoría del derrumbe».⁸ Cunow dio por supuesto que Marx y Engels creían en el derrumbe del capitalismo pero no hace ningún intento, sin embargo, de dar contenido específico al concepto. En verdad, tal como lo usa la mayoría de las veces, el término parece significar meramente lo contrario de las alegres predicciones de Bernstein sobre el futuro de la situación económica bajo el capitalismo. En cuanto a las ideas propias de Cunow sobre el empeoramiento progresivo de la situación económica, no hay más que una burda teoría del «déficit de mercados», que podría encontrar apoyo en ciertos escritos populares de Engels, pero que no tiene fundamento en Marx.

La reacción de Kautsky ante Bernstein fue por completo diferente a la de Cunow. En vez de discutir como merecía la cuestión del derrumbe capitalista, Kautsky intentó anularla por medio del desdén. Marx y Engels no tuvieron ninguna teoría del derrumbe en el sentido de Bernstein –es decir, de «la gran crisis económica que lo abarcaba todo», como «el camino inevitable hacia la sociedad socialista».⁹ Por el contrario, aunque creían que la situación económica debía empeorar bajo el capitalismo, el elemento esencial y original en su teoría era que el factor decisivo para realizar la transición al socialismo sería «la fuerza creciente y la madurez del proletariado»¹⁰ En cuanto a la

8. *Die Neue Zeit*, año XVII, vol. I (1898-1899).

9. La formulación es citada por Kautsky, quien la toma de Bernstein, *Bernstein und das sozialdemokratische Programm*, p. 43.

10. *Ibid.*, p. 45.

táctica del movimiento socialdemócrata, Kautsky rechazaba el gradualismo de Bernstein, pronunciándose a favor de la flexibilidad máxima. Es necesario estar «armados para toda eventualidad»: «la socialdemocracia toma en cuenta la crisis y la prosperidad, la reacción y la revolución, las catástrofes y el desarrollo lento, pacífico».¹¹

4. TUGAN-BARANOWSKY

Bernstein había pretendido esgrimir la teoría del derrumbe como un garrote sobre las cabezas de los marxistas ortodoxos. El intento de Kautsky de arrebatar su potencia como arma fracasó notablemente. La ofensiva revisionista tomó cada vez más la forma de una refutación de la inevitabilidad del derrumbe capitalista; la otra cara de la moneda era siempre la expansibilidad ilimitada del capitalismo y, por lo tanto la perversidad y destructividad de la revolución. Hemos tenido ya ocasión de examinar un poco extensamente la contribución de Tugan-Baranowsky a la causa del revisionismo, que desde el punto de vista del economista es, sin duda, la más interesante. De acuerdo con Tugan, Marx no tuvo una sino dos teorías del derrumbe, apoyándose una en la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y la otra en el subconsumo. Tugan pensaba haber logrado refutar ambas teorías. Su conclusión final, por consiguiente, fue que el derrumbe del capitalismo no era en ningún sentido una necesidad económica. «La humanidad no alcanzará nunca el socialismo como un obsequio de fuerzas económicas ciegas, elementales, sino que debe, consciente de su meta, trabajar por el orden nuevo: luchar por él.»¹² El problema fue relegado así a una época lejana en que «la humanidad» estaría al fin lista para adoptar el socialismo.

Tugan nunca trató de distinguir entre teoría del derrumbe y teoría de la crisis. Un capítulo titulado «La teoría de las crisis de Marx», en su obra anterior sobre la teoría y la historia de las crisis, corresponde muy de cerca en contenido a un capítulo titulado «El derrumbe del orden económico capitalista» en el libro posterior sobre los principios del marxismo. Aparentemente, Tugan pensaba que la teoría de Marx encaraba un aumento continuo de la severidad de las crisis, de modo que finalmente debía ocurrir una tan intensa que condujese al derrumbe. En lo esencial, esta opinión no está probablemente muy alejada de la de Bernstein; no hace falta decir que no provee un concepto muy específico o fácilmente utilizable del derrumbe.

5. CONRAD SCHMIDT

Criticando las opiniones de Tugan, Conrad Schmidt (revisionista) hizo una valiosa contribución a la controversia sobre el derrumbe. Dando por supuesto que «Marx y los marxistas» tenían una teoría del derrumbe, Schmidt intentó demostrar que su médula esencial era el subconsumo: «Es desde este punto de vista como la teoría de que el capitalismo va rápidamente hacia una catástrofe económica general, puede ser

11. *Ibid.*, p. 166.

12. *Theoretische Grundlagen des Marxismus*, p. 239.

desarrollada más sencilla y claramente». Catástrofe económica general, según parece, significaba para Schmidt lo que el derrumbe para Bernstein: una crisis económica muy severa que lo abarca todo. La argumentación, desarrollada con claridad admirable, merece una cita extensa:

¿...no conducen los capitalistas, por su oposición a todo aumento de salarios, a una lucha que tiene la tendencia a conservar el ingreso –y, por lo tanto, también, el poder de compra– de las masas tan bajo como sea posible, mientras ellos, los capitalistas, por otra parte, elevan su propio ingreso –y con ello la masa del capital acumulado que busca inversión productiva– en progresión que crece rápidamente? ¿Podrá en tales condiciones el aumento del poder de compra... marchar al paso con el ritmo de la acumulación de capital? Y en caso contrario, ¿no debe, entonces, hacerse cada vez más difícil la venta de las mercancías conforme la demanda del consumo, la base de la producción, se queda respecto de la acumulación de capital y el aumento de la producción, que crecen rápidamente (con la exportación, los gastos improductivos del Estado, etc., como únicos factores que aportan lentitud al proceso)? De esta forma, pues, el capitalismo tendería a crear en sí mismo y de sí mismo un estado de sobreproducción en constante crecimiento. La competencia intensificada en el mercado como resultado de la dificultad cada vez mayor de las ventas tendería a manifestarse en una presión creciente sobre los precios, y, por consecuencia, en un *descenso de las tasas de utilidad* o de la *tasa media de ganancia*, un descenso por virtud del cual el modo de producción capitalista se vuelve para la mayoría de los empresarios privados cada vez menos lucrativo y más peligroso, en tanto que, a la vez, el mercado de trabajo empeora progresivamente para los obreros y las filas del *ejército industrial de reserva* se hinchan más y más terriblemente. El camino del desarrollo de la sociedad capitalista sería así, también, el camino hacia su propia bancarrota y la transición a un nuevo orden socialista sería dictada por una situación forzosa (*Zwangslage*) de la sociedad misma.¹³

Como descripción de la tendencia al subconsumo, es excelente. La debilidad del análisis de Schmidt es, sin embargo, obvia. Considera la tasa descendente de la ganancia y el creciente ejército industrial de reserva como *derivados* del subconsumo y no como tendencias *paralelas* del desarrollo capitalista. Sobre esta base puede rechazar toda la teoría del derrumbe, con sus implicaciones revolucionarias. Ya que, si todas las dificultades del capitalismo provienen del subconsumo, podrán ser eliminadas elevando suficientemente el poder de compra de las masas. Así, pregunta Schmidt:

¿Cómo... puede uno determinar de antemano el grado en que las masas trabajadoras pueden ser capaces, por medio de los sindicatos y de las luchas políticas contra los capitalistas, de aumentar su ingreso (y, por lo tanto, la demanda definitiva del consumo)? ¿Cómo puede uno, de esta forma, predecir que el aumento en el ingreso de los trabajadores debe quedarse todo el tiempo, necesariamente, por detrás del aumento en el ingreso y de la acumulación de la clase capitalista, lo que en verdad fue la base de toda esta profecía de catástrofe?¹⁴

13. *Sozialistische Monatshefte*, año V, vol. 2 (1901), pp. 675 y ss.

14. *Ibid.*, p. 676.

De acuerdo con esta opinión, el programa de los socialistas reformistas estaba hecho para mantener indefinidamente en marcha el capitalismo. Con el tiempo, pensaba Schmidt como los demás revisionistas, la clase obrera sería bastante fuerte y estaría bastante educada como para realizar el socialismo sin el aguijón de intolerables contradicciones económicas. Por desgracia, todo el razonamiento pasa por alto la relación directa que existe entre los salarios y la tasa de ganancia. Schmidt propone superar la tendencia al subconsumo acelerando la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Sabemos ya que cualquiera de ellas puede ser causa de crisis; en lo que concierne al derrumbe capitalista —si realmente hay que tomar en cuenta esa eventualidad— no parece haber mucha razón para suponer que la una sea finalmente menos peligrosa que la otra.

6. LA POSICIÓN DE KAUTSKY EN 1902

En 1902, Kautsky publicó su contribución más extensa y más importante a la teoría de la crisis en forma de reseña,¹⁵ criticando el libro de Tugan *Teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra*. Esta vez las cuestiones implicadas en la teoría del derrumbe —aunque no la expresión misma— son sustancialmente tratadas por Kautsky, quien destina casi un tercio de todo el artículo a estudiar la cuestión de «si el carácter de las crisis está cambiando, y en qué medida, si exhiben una tendencia a desaparecer o a suavizarse, como algunos revisionistas, de acuerdo con los optimistas liberales, seguían sosteniéndolo aún hace dos o tres años».¹⁶ Aprovechando el propio material descriptivo y estadístico de Tugan, Kautsky llega a una respuesta precisa: «Se puede decir en general que las crisis están haciéndose cada vez más severas y más extensas en su campo de acción.»¹⁷ Más aún, consideraciones teóricas lo condujeron a creer que el capitalismo marcha hacia un «periodo de depresión crónica»:

De acuerdo con nuestra teoría, este desarrollo es una necesidad, y este solo hecho prueba que el método de producción capitalista tiene límites que no puede rebasar. Debe llegar un tiempo, y puede ser muy pronto, en que sea imposible para el mercado mundial extenderse, aun en forma temporal, más rápidamente que las fuerzas productivas de la sociedad, un tiempo en que la sobreproducción sea crónica en todas las naciones industriales. Inclusive entonces, los altibajos de la vida económica son posibles y probables; una serie de revoluciones técnicas que desvalorizan una masa de medios de producción existentes y suscitan la creación a gran escala de nuevos medios de producción, el descubrimiento de ricos nuevos campos de oro, etc., pueden, inclusive entonces, acelerar por algún tiempo la marcha de los negocios. Pero la producción capitalista requiere la expansión ininterrumpida y rápida, para que el desempleo y la pobreza de los trabajadores y la inseguridad de los pequeños capitalistas no alcancen un punto extremadamente alto. La existencia permanente de la producción capitalista sigue siendo posible, por supuesto, aun en tal estado de depresión crónica, pero se vuelve por completo intolerable para las masas de la población; estas se ven obligadas a buscar una salida de la miseria general, y sólo pueden encontrarla en el socialismo.

15. «Krisentheorien», en *Die Neue Zeit*, año XX, vol. 2 (1901-1902).

16. *Ibid.*, p. 133.

17. *Ibid.*, p. 136.

...Considero esta situación forzosa (*Zwangslage*) como inevitable si el desarrollo económico prosigue como hasta hoy, mas espero que el triunfo del proletariado sobrevendrá oportunamente para orientar el desarrollo en otra dirección antes de que la situación forzosa en cuestión se presente, de tal modo que sea posible evitarla.¹⁸

El análisis en que descansa esta conclusión deja mucho que desear; la conclusión misma, sin embargo, con sólo decir lo que significa, es muy superior a las versiones anteriores de la teoría del derrumbe. En lugar de una concepción catastrófica, pero muy vaga e indefinida, del derrumbe capitalista, tenemos aquí por primera vez un cuadro preciso y neto de la «depresión crónica». Ascensos temporales son posibles todavía, y no hay que pensar en nada semejante a la automática desaparición del capitalismo, pero las dificultades económicas crecientes empujan al pueblo a buscar una salida, y en lo que concierne a la gran mayoría, la única esperanza de salvación está en una dirección socialista. Ciertamente, Kautsky expresa la creencia de que la que había llamado en su polémica con Bernstein «la fuerza y madurez del proletariado», será bastante poderosa para introducir el socialismo antes de que el capitalismo haya degenerado en tan triste estado de cosas. Pero ahora se advierte, como no se advertía en la obra anterior, que el que esto resulte o no verdad no tiene nada que ver con las tendencias económicas fundamentales de la producción capitalista, pues Kautsky estaba lejos de compartir la complaciente opinión de Schmidt de que la lucha del proletariado contra los capitalistas obraría en el sentido de suprimir los obstáculos a la expansión capitalista.

Si la teoría de la «depresión crónica» de Kautsky debe ser o no clasificada como una versión de la «teoría del derrumbe», es una cuestión discutible. De todos modos, desde el punto de vista de la relación con problemas prácticos de estrategia y de táctica, hay una estrecha semejanza. Kautsky termina su artículo con un examen admirablemente claro de la relación que existe entre su teoría y la táctica del movimiento socialista. Los revisionistas, dice, convertirían la socialdemocracia, de un partido de lucha clasista del proletariado, en un partido democrático de reformas socialistas. «Tal restauración de la vieja democracia pequeño-burguesa pueden considerarla posible sólo aquellos que creen que el antagonismo de clase entre el proletariado y las clases poseedoras se debilita sin cesar.»¹⁹ Kautsky hace notar, sin embargo, que

la concepción de una mejoría en los antagonismos de clase es incompatible con nuestra teoría de las crisis. Si esta última es correcta, el modo de producción capitalista marcha hacia un periodo de depresión continua, y si el proletariado no conquista antes el poder, el desarrollo económico intensificará los antagonismos de clase hasta el momento en que se alcance ese estado de depresión continua.²⁰

Más aún, no solamente las luchas de clase domésticas, sino también los conflictos internacionales se hacen cada vez más severos, ya que, a medida que se acerca el estado de depresión crónica, cada nación se esfuerza por ampliar su participación en

18. *Ibid.*, pp. 140-141.

19. *Ibid.*, p. 141.

20. *Ibid.*, p. 142.

el comercio mundial a expensas de las otras, «para cuyo fin los principales medios son la conquista colonial, las tarifas protectoras y los cárteles, y el resultado es una agudización continua de los antagonismos entre los grandes estados industriales». ²¹ El único camino que puede seguir el proletariado, por consiguiente, es el camino de la lucha de clases, haciendo uso del conocimiento que una teoría acertada puede proveer y apartándose resueltamente de las ilusiones del gradualismo revisionista:

Crisis, conflictos, catástrofes (*Krisen, Kriege, Katastrophen*) de todas clases, esta es la hermosa alteración que el curso del desarrollo económico ofrece en perspectiva para las próximas décadas. Exactamente como tantos sueños que se han vuelto humo en los últimos años —el sueño de la eliminación de las crisis mediante los cárteles, el sueño de la conquista inadvertida, pacífica, paso a paso, del poder político a través de experimentos a la Millerand y, finalmente, el sueño de la saturación de la clase dominante inglesa de un espíritu socialista...—, así los acontecimientos de los años próximos conducirían a la desaparición de ese sueño que flota hoy ante nuestros ojos de que las guerras y las catástrofes son cosa del pasado, mientras frente a nosotros se extiende hacia delante el camino llano del progreso pacífico y tranquilo. ²²

7. LOUIS B. BOUDIN

Durante toda una década después de la aparición del libro de Tugan y de las importantes reseñas de Schmidt y Kautsky, ningún nuevo punto de vista que llamara la atención fue introducido en la controversia del derrumbe. Escribiendo sus *Principios teóricos del marxismo* en 1905, Tugan observaba, con evidente desaprobación, que casi todos los socialistas, cualesquiera que fuesen sus discrepancias, estaban en general de acuerdo en que «debe llegar un tiempo en que la sobreproducción se haga crónica y el orden económico capitalista se derrumbe debido a la imposibilidad de encontrar salidas para su capital recién acumulado». ²³ Tugan exageraba seguramente el alcance del acuerdo entre los socialistas; su intento por presentar a Schmidt como un teórico del derrumbe y dar de este modo la impresión de que esa opinión disfrutaba de apoyo inclusive entre los revisionistas, no fue más que un ardid de discusión. Entre los marxistas ortodoxos, sin embargo, había indudablemente pocas diferencias serias de opinión en aquel tiempo. Del fermento de las discusiones con Bernstein había salido una versión relativamente firme de la teoría marxista ortodoxa: en lo tocante a las crisis y al derrumbe capitalista, seguía de cerca las opiniones que Kautsky había expresado en 1902.

Louis B. Boudin era un portavoz adecuado de este periodo de estabilización teórica. Su libro *El sistema teórico de Karl Marx* (1907), si bien contiene poco de nuevo o de original, es con todo una obra sustancial que resume mejor que cualquier otra las opiniones teóricas sustentadas por los representantes acreditados del socialismo inter-

21. *Ibid.*, p. 142.

22. *Ibid.*, p. 143.

23. *Theoretische Grundlagen des Marxismus*, p. 214.

nacional en la primera década del siglo. En la teoría de la crisis, Boudin aceptaba una burda explicación del subconsumo; estaba seguro de que las crisis tendrían que hacerse más severas y de que había límites objetivos precisos a la expansibilidad del capitalismo; hablaba inclusive del «derrumbe puramente económico-mecánico del sistema capitalista».²⁴ No se inclinaba, sin embargo, a enfatizar el problema del derrumbe; su posición general está más adecuadamente expuesta en el pasaje que sigue:

De acuerdo con la filosofía marxiana un sistema de producción sólo puede subsistir mientras ayuda, o al menos no estorba, al desenvolvimiento y la plena explotación de las fuerzas productivas de la sociedad, y debe dejar el campo a otro sistema cuando se convierte en un obstáculo, en una *traba* a la producción. No hace falta decir que un sistema se ha convertido en un obstáculo y una traba a la producción cuando sólo puede existir estorbando la producción y arruinando lo que se ha producido ya. Tal sistema, por lo tanto, no puede durar mucho tiempo, sin que tenga nada que ver en ello la posibilidad o imposibilidad puramente mecánica de su subsistencia. Tal sistema se ha hecho *históricamente imposible*, aun cuando mecánicamente pueda ser aún posible.²⁵

La semejanza entre esta opinión y la expresada por Kautsky en su crítica a Tugan es clara. En general, puede decirse que el análisis de Boudin sólo se distingue del de Kautsky en el carácter más acusadamente primitivo del subconsumismo que sustenta.

Después de Boudin, la cuestión del derrumbe tendió a esfumarse en el transcurso de la controversia teórica. Hilferding, muy influido por Tugan, declaró que, «el derrumbe económico no es en ningún sentido una concepción racional»,²⁶ pero no elaboró el tema. Tampoco Kautsky, al escribir una larga reseña sobre Hilferding, se sintió llamado a recuperar la cuestión. Seguramente, Kautsky no estaba para discusiones estériles. «El revisionismo teórico —aunque no el práctico— ha sido derrotado, y nosotros los marxistas podemos dedicar toda nuestra energía y todo nuestro tiempo... a la gran tarea de fortalecer y adaptar a los tiempos modernos la estructura que nuestros maestros dejaron incompleta.»²⁷ Todo estaba tranquilo en el frente teórico, pero no había de permanecer así mucho tiempo. Poco más de un año después de que Kautsky hubiera escrito estas líneas, Rosa Luxemburg hizo estallar una bomba entre los satisfechos teóricos de la socialdemocracia. La reacción fue de ofendida sorpresa y de mal disimulada furia.

8. ROSA LUXEMBURG

Rosa Luxemburg trataba de demostrar que la acumulación de capital es imposible en un sistema capitalista cerrado. El que Marx no mostrara estar al tanto de ello se debió al estado inconcluso de su obra. Rosa Luxemburg ofrecería ahora la

24. *Theoretical System of Karl Marx*, p. 163.

25. *Ibid.*, p. 254.

26. *Das Finanzkapital*, p. 471.

27. «Finanzkapital und Krisen», en *Die Neue Zeit*, año XXIV, vol. 1 (1910-1911), p. 765.

que debía omitida, llenaría la laguna más importante que quedaba en el sistema de Marx y de este modo explicaría los hasta ahora inexplicables fenómenos del imperialismo moderno.

En el centro del problema de la acumulación de capital, según Rosa Luxemburg, está la realización de la plusvalía. En la reproducción simple, la realización de la plusvalía no ofrece dificultades: se vende toda a capitalistas para su propio consumo. Pero en la reproducción ampliada, las cosas son diferentes. El valor de todas las mercancías y, por lo tanto, del conjunto de la producción social total, consiste en capital constante más capital variable más plusvalía. El capital constante se realiza por medio de las compras de reposición de los capitalistas mismos; el capital variable se realiza por medio del gasto que los obreros hacen de sus salarios; todo ello está claro. Pero, ¿qué pasa con la plusvalía? Una parte la compran los capitalistas para su propio consumo; otra parte, desean acumularla, y aquí aparece la dificultad: «¿dónde está la demanda de la plusvalía acumulada?».²⁸ Ciertamente, la plusvalía que los capitalistas desean acumular no pueden realizarla vendiéndola a los trabajadores, ya que estos agotan sus salarios en la realización del capital variable. No pueden vendérsela a ellos mismos para su consumo, pues en tal caso habríamos vuelto a la reproducción simple. «¿Quién, entonces, puede ser el comprador o consumidor de la porción social de mercancías, cuya venta es un prerequisite necesario para la acumulación de capital?»²⁹ Podría pensarse que la parte de plusvalía en cuestión existe bajo la forma de medios de producción adicionales que los capitalistas se compran unos a otros, y en esta forma hacen posible la acumulación. Pero, entonces, ¿quién compraría la cantidad mayor aún de artículos producidos en el periodo siguiente? Si se responde que esta se conserva para siempre, entonces

tenemos ante nosotros un tiovivo que gira alrededor de sí mismo en el espacio vacío. Esto no es acumulación capitalista, es decir, amontonamiento de capital en dinero, sino lo contrario: producción por la producción misma, y siendo así, desde el punto de vista del capital, es un completo absurdo.³⁰

De este razonamiento, Rosa Luxemburg saca la conclusión de que el problema que ha planteado es insoluble y la única salida está en abandonar la suposición con que empezó, a saber, la de un sistema cerrado hecho exclusivamente de capitalistas y obreros. Después pasa a argumentar que la parte de plusvalía que ha de acumularse sólo puede ser realizada vendiéndola a consumidores no capitalistas, es decir, a consumidores que están totalmente fuera del sistema capitalista, ya sea porque el país en que viven no ha sido tocado aún por el capitalismo o porque el sector de la población a que pertenecen (campesinos, por ejemplo) vive aún en el plano de la producción simple de mercancías. El proceso mismo de expansión, sin embargo, arrastra a

28. *Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Imperialismus*, p. 114 (estado de la edición de 1922). Esta obra será mencionada en adelante como *Akkumulation des Kapitals*. La obra posterior, *Die Akkumulation des Kapitals oder was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben*, *Eine Antikritik*, será citada (de la edición de 1921), como *Antikritik*.

29. *Antikritik*, p. 16.

30. *Ibid.*, p. 17.

estas naciones y capas de la población a la órbita del capitalismo. Con el tiempo, todas ellas serán absorbidas, y cuando esto ocurra, la imposibilidad teórica de un capitalismo cerrado se manifestará en la práctica; el sistema se derrumbará espontáneamente.

Sobre la base de esta teoría, el imperialismo surge como una pugna de todas las naciones capitalistas por controlar lo más que sea posible de los restos del mundo no capitalista; y las altas tarifas protectoras aparecen como los medios por los cuales cada quien procura impedir a los otros el acceso a su propio mercado no capitalista interno. Así, los fenómenos más notables de la última etapa del desarrollo capitalista aparecen como ocasionados por el agotamiento del mercado no capitalista; el mismo síntoma los muestra como augurios del derrumbe inminente del capitalismo, que ninguna fuerza del mundo puede aplazar.

La teoría de Rosa Luxemburg es susceptible de crítica desde diversos puntos de vista; un error en particular, sin embargo, eclipsa a los demás:³¹ discutiendo la reproducción ampliada, conserva implícitamente las suposiciones de la reproducción simple. El dogma, que jamás pone en duda ni por un momento, de que el consumo de los obreros no puede realizar ninguna plusvalía, implica que el monto total del capital variable y, por lo mismo, también el consumo de los obreros debe permanecer siempre fijo y constante como en la reproducción simple. En realidad, la acumulación implica típicamente la adición al capital variable, y, cuando este capital variable adicional es gastado por los obreros, realiza una parte de la plusvalía que tiene la forma física de artículos de consumo.³² Como Rosa Luxemburg no entendía eso, pensaba que el consumo no podía aumentar dentro de los marcos del capitalismo. De aquí a la conclusión de que las adiciones a la existencia de medios de producción no podrían desempeñar función alguna sólo había un breve paso. Dada su premisa sobre la estabilidad del consumo, esto sería indudablemente correcto; sólo podría negarlo quien creyese en la completa independencia de la producción y el consumo a la Tugan-Baranowsky: las adiciones continuas a los medios de producción serían entonces, ciertamente, «un tiovivo que gira alrededor de sí mismo en el espacio vacío». Sin embargo, puesto que la estabilidad del consumo no descansa en nada más sustancial que la propia inflexibilidad lógica de Rosa Luxemburg, la teoría entera se viene abajo como un castillo de naipes. La ingeniosa observación de Bujarin sigue siendo la crítica más eficaz de esa estructura teórica: «Si se excluye la reproducción ampliada al comienzo de una prueba lógica —escribió—, es naturalmente fácil hacerla desaparecer al final; se trata simplemente de la reproducción simple de un simple error lógico».³³

Junto al error fundamental que implica la incomprensión y el mal uso de los esquemas de reproducción, las otras debilidades y confusiones en el pensamiento de Rosa

31. Ponemos totalmente a un lado los problemas puramente monetarios de la acumulación de capital, aunque Rosa Luxemburg les dedica mucha atención, a menudo confundiendo inclusive la cuestión: ¿de dónde viene la *demanda*?, con esta otra: ¿de dónde viene el *dinero*? Su examen de esta última cuestión es el menos útil; pero se trata, después de todo, de un problema secundario que en lo esencial no tiene que ver con su tesis principal.

32. En términos de los esquemas de reproducción usados en el capítulo 10, el capital variable adicional que realiza plusvalía es designado P_{av} (véase *supra*, p. 174).

33. *Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals*, p. 20.

Luxemburg tienen una importancia secundaria. Para nuestros propósitos actuales, basta hacer notar que si el análisis fuese correcto cuando niega la posibilidad de la acumulación en un sistema cerrado, sus consumidores no capitalistas de ningún modo podrían alterar la situación. No es posible vender a consumidores no capitalistas sin comprarles también. En lo que concierne al proceso de la circulación capitalista, no es posible disponer de la plusvalía de este modo; en el mejor de los casos, puede cambiar de forma. ¿Quién ha de comprar las mercancías «importadas» del entorno no capitalista? Si no puede haber en principio ninguna demanda de las mercancías «exportadas», tampoco puede haber demanda de las mercancías «importadas». Toda esta distinción entre consumidores «capitalistas» y «no capitalistas» es, en este contexto, del todo irrelevante. Si el dilema fuese real, probaría más de lo que Rosa Luxemburg intentaba mostrar: demostraría no el próximo derrumbe del capitalismo, sino la imposibilidad del capitalismo. Rosa Luxemburg, a diferencia de los *Narodniki* en Rusia, décadas y media antes, tenía un sentido muy agudo de las realidades económicas y políticas para llevar su razonamiento lógico hasta esa absurda conclusión. Según la frase de Lenin, nunca estuvo en peligro de huir «de una realidad desagradable, pero evidente, del mundo nebuloso de las fantasías románticas». Sólo se salvó, sin embargo, por el tucoso recurso de inventar una falsa solución a un problema engañoso.

En conjunto, *La acumulación del capital* está dedicado al análisis teórico y sólo accidentalmente a extraer inferencias políticas. No obstante, Rosa Luxemburg expresó en un prefacio la esperanza de que, aparte de su interés puramente teórico, la obra podría tener «alguna importancia para nuestra lucha práctica contra el imperialismo», y no dejó duda sobre lo que consideraba el carácter general de sus implicaciones políticas:

Mientras más violentamente el capital, empleando métodos militares en el mundo exterior y también en el país, suprime los elementos no capitalistas y empeora las condiciones de vida de todo el pueblo trabajador, más completamente la historia cotidiana de la acumulación de capital se transforma, en la escena mundial, en una cadena continua de catástrofes y convulsiones políticas y sociales que, unidas a catástrofes económicas periódicas, en forma de crisis, harán imposible la continuación de la acumulación y necesaria la rebelión de la clase obrera internacional contra el dominio del capital, aun antes de que este se haga pedazos contra sus propias y autogeneradas barreras económicas.³⁴

La acogida dispensada a *La acumulación de capital* en la prensa socialdemócrata fue una verdadera sorpresa para su autora. Esperaba que todos los marxistas, convencidos por sus argumentos, reconociesen que la suya era «la única posible y concebible solución del problema».³⁵ En vez de eso, la mayoría de los reseñadores la criticaron vivamente; más aún, le fueron abiertamente hostiles. La reseña del *Vorwärts*, periódico oficial del partido, «ofrece un extraño aspecto aun para el lector que no conozca el material, pero es aún más extraño si se toma en cuenta el hecho de que el libro criticado es de un carácter puramente teórico, no polemiza con ningún marxista vivo y se ciñe estrictamente

34. *Akkumulation des Kapitals*, p. 445.

35. *Antikritik*, p. 5.

tamente a su tarea».³⁶ El asunto no terminó con las reseñas desfavorables. Quienquiera que elogiase el libro sentía el disgusto de los jefes superiores; sólo aquellos que lo criticaban podían ser considerados «expertos» —«un hecho sin precedentes y un tanto cómico en sí mismo», pensó ella.

La reacción de los portavoces oficiales de la socialdemocracia ante el libro de Rosa Luxemburg no incluyó ninguna aportación teórica importante, y su interés consiste principalmente en el estado de ánimo que revelaba. En el movimiento alemán, el miedo a la revolución se había hecho para entonces tan característico del «ortodoxo» como del revisionista. Aún era de buen tono hablar de la revolución —que tendría lugar algún día en un futuro indefinido. Con ese fin, harto paradójicamente, se necesitaba una teoría que pudiese garantizar la capacidad de subsistencia del capitalismo. Por consiguiente, era preciso combatir todas las teorías del derrumbe y sostener la expansibilidad indefinida del capitalismo, considerado simplemente un sistema económico. Podía mirarse entonces la revolución como un acto deliberado del proletariado, para el cual, sin embargo, el proletariado estaría preparándose durante mucho tiempo. En la práctica, esta posición es idéntica a la de los revisionistas y diametralmente opuesta a la de Rosa Luxemburg. Nada de extraño que esta fuese vista como una mujer peligrosa e irresponsable.

A pesar de serios errores analíticos y no obstante la hostilidad del marxismo oficial, Rosa Luxemburg era más auténticamente marxista que cualquier otro miembro del movimiento alemán. En el terreno del materialismo histórico, si no en el de la teoría económica en su sentido más estrecho, estaba muy por encima de sus críticos. Escribió:

Si suponemos con los «expertos» el carácter ilimitado de la acumulación de capital, el suelo firme de la necesidad histórica objetiva desaparece bajo los pies del socialismo. Nos refugiamos en la niebla de los sistemas y escuelas premarxistas, que pretenden deducir el socialismo de la simple injusticia y perversidad del mundo actual y de la simple voluntad revolucionaria de la clase obrera.³⁷

A diferencia de Marx, Rosa Luxemburg, rechazando «el carácter ilimitado de la acumulación de capital», sentó un concepto de derrumbe mecánico. Pero esta es, después de todo, una diferencia de opinión relativamente secundaria, si la ponemos al lado de su acuerdo fundamental sobre la naturaleza del proceso histórico mismo.

9. ACTITUDES DE POSGUERRA

La guerra y sus consecuencias interrumpieron el debate sobre el derrumbe; no fue sino hasta mediados de la década de 1920, alcanzada la estabilización relativa por el capitalismo mundial, cuando la cuestión de los límites teóricos de la expansión capitalista ocupó de nuevo la atención de los economistas marxistas. Aparecieron entonces, hablando de modo aproximativo, tres puntos de vista principales.

36. *Ibid.*

37. *Ibid.*, p. 37.

En primer lugar, la posición del Partido Socialdemócrata, cuyos portavoces habían caído casi todos, más o menos francamente, en un punto de vista reformista. Encontramos aquí argumentos parecidos a los presentados por los revisionistas alrededor del cambio de siglo, sólo que ahora los en otro tiempo principales teóricos ortodoxos, Kautsky y Hilferding, se unieron abiertamente a los revisionistas para formar un frente único en contra de la teoría del derrumbe. Kautsky, escribiendo en 1927, repudió su propia teoría anterior de la depresión crónica de la cual el capitalismo no podría escapar: «La esperanza de que las crisis se harían alguna vez tan extensas y prolongadas que la continuación de la producción capitalista resultaría imposible, y su sustitución por un orden socialista inevitable, ya no encuentra apoyo hoy en día».³⁸ Y Hilferding, hablando ante la Conferencia del Partido Socialdemócrata en 1927, presenta el caso más explícitamente aún:

He rechazado siempre toda teoría de derrumbe económico... Después de la guerra, tal teoría era defendida principalmente por los bolcheviques, que creían que estábamos ya al borde mismo del derrumbe del sistema capitalista. No hay ninguna razón para temer que eso ocurra. Siempre hemos sido de la opinión que el derrocamiento del sistema capitalista no debe esperarse como cosa que ha de ocurrir fatalmente, ni se producirá por obra de las leyes internas del sistema, sino que debe ser un acto consciente del proletariado.³⁹

En segundo lugar, la opinión sustentada por los bolcheviques. No hay duda de que Hilferding estaba equivocado al atribuirles una teoría específicamente económica del derrumbe. Desde la lucha teórica con los *Narodniki*, en la que Lenin tomó una parte principal, los teóricos bolcheviques se habían mostrado muy renuentes a apoyar, aun de forma limitada, las predicciones de una catástrofe puramente económica. Por otra parte, creían evidentemente en el fin inevitable del capitalismo, pero lo esperaban como resultado de guerras que no eran tanto el fruto de una tendencia al derrumbe económico como de la persecución cada vez más intensa de ganancias monopolistas por los grandes consorcios de los países capitalistas rivales. Es obvio que la guerra y la revolución rusa estimularon vigorosamente esta manera de pensar, de la cual nos ocuparemos más extensamente en la parte IV. En términos del problema planteado al comienzo de este capítulo, no es posible clasificar a los bolcheviques como teóricos del derrumbe.⁴⁰

En tercer lugar estaban aquellos que seguían sosteniendo la tesis del derrumbe. Con los antiguos líderes del pensamiento marxista ortodoxo, como Kautsky y Cunow, en abierta o mal disfrazada alianza con los revisionistas, la defensa de esta posición quedó a cargo de los partidarios de Rosa Luxemburg. *El Imperialismo*, de Fritz Sternberg,⁴¹ es el producto sobresaliente, en el dominio económico, de esta escuela de pensamien-

38. *Die materialistische Geschichtsauffassung* (2ª ed.), vol. II, p. 546.

39. Citado por Grossmann, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, p. 57 n.

40. Véase el capítulo 5 («La teoría del derrumbe del capitalismo») de *Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals*, de Bujarin.

41. *Der Imperialismus*, 1926.

to marxista. En las cuestiones esenciales, Sternberg repetía los argumentos de Rosa Luxemburg, incluyendo sus errores, pero logró añadir poco de su cosecha. En lo general, pues, durante la década posterior a la guerra se adelantó poco en el esclarecimiento de la cuestión del derrumbe. Esta era la situación que existía cuando Henryk Grossmann publicó, en 1929, el examen más detallado y elaborado del problema que había aparecido hasta entonces: *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*. Un breve examen de esta obra nos pondrá sustancialmente al día, ya que la década de 1930 no fue un periodo de progresos importantes en la economía política marxista, un hecho que puede atribuirse a las condiciones casi imposibles de trabajo en muchas partes del continente, la preocupación de los teóricos rusos por una nueva serie de problemas, y el relativo atraso del marxismo angloamericano, particularmente en cuestiones de teoría económica.⁴²

10. HENRYK GROSSMANN

La teoría propia de Grossmann sobre el derrumbe capitalista —no es necesario tomar en serio su pretensión de haber sido el primero que exhumó la verdadera doctrina de Marx mismo—, tiene por lo menos el mérito de la originalidad. Para Grossmann no existe el problema de la realización; se preocupa tan poco como Tugan-Baranowsky por la relación entre producción y consumo. ¿Cómo, entonces, condena a muerte al régimen capitalista? El método es bastante ingenioso.

En la base del razonamiento de Grossmann está un esquema de reproducción ideado por Otto Bauer para usarlo en su crítica a *La acumulación de capital*, de Rosa Luxemburg.⁴³ Este esquema tiene las características siguientes: la población trabajadora y el monto del capital variable crecen por igual a la tasa del 5 por ciento al año; la tasa de plusvalía permanece siempre al 100 por ciento, de modo que la cantidad total de la plusvalía crece también a una tasa del 5 por ciento; la composición orgánica del capital sube (para mostrar esto se supone que el capital constante crece a una tasa del 10 por ciento al año). La forma en que la plusvalía se divide en sus tres partes básicas —consumo de los capitalistas, capital variable adicional y capital constante adicional— está rígidamente determinada por estas suposiciones. Se destina tanto a capital constante adicional y tanto a capital variable adicional, a fin de mantener las tasas de aumento supuestas de antemano; lo que resta se deja para el consumo de los capitalistas. Ahora bien, es obvio que si llevamos este esquema suficientemente lejos nos conducirá a extraños resultados, ya que los aumentos del capital constante, aunque derivados de la plusvalía, se supone que crecen más rápidamente que ella. Bauer desarrolló el esque-

42. Esto no significa que en la década de 1930 faltara totalmente el trabajo teórico interesante e importante sobre el análisis de las crisis capitalistas. Podemos mencionar algunos libros. En Europa central: Otto Bauer, *Zwischen zwei Weltkriegen?* (1936), Natalie Moszkowska, *Zur Kritik moderner Krisentheorien* (1935); en Inglaterra (Gran Bretaña): Maurice Dobb, *Political Economy and Capitalism* (1937); y en Norteamérica (Estados Unidos): Lewis Carey, *The Decline of American Capitalism* (1934). Ninguna de estas obras, sin embargo, se refiere principalmente al problema que se estudia en este capítulo.

43. Otto Bauer, «Die Akkumulation des Kapitals», en *Die Neue Zeit*, año XXXI, vol. I (1912-1913), pp. 831-838, 862-874.

ma por sólo cuatro años, lo que no fue suficiente para sacar a la luz sus rarezas potenciales. Pero Grossmann sigue resueltamente hacia adelante, hasta alcanzar los 35 años. En el año 21, el monto de la plusvalía dejada para el consumo de los capitalistas empieza a declinar, y hacia el año 34 ha desaparecido casi toda. De aquí en adelante, no sólo sufren hambre los capitalistas, sino que ni aun a costa de tan heroicos sacrificios pueden ya mantener la tasa de acumulación prefijada en las proporciones de capital constante y variable prefijadas. El esquema, en otras palabras, se viene abajo por un déficit de plusvalía; dadas las suposiciones en que se basa, es literalmente imposible llevarlo más allá del año 34.⁴⁴

El esquema de Bauer se derrumba debido a un déficit de plusvalía. Mediante un salto mental que deja sin respiración, Grossmann concluye que el sistema capitalista debe derrumbarse también debido a un déficit de plusvalía. Esto vuelve a poner de cabeza la teoría de Rosa Luxemburg sobre el exceso de plusvalía. «La dificultad estriba más bien en la expansión del capital: la plusvalía no es suficiente para continuar la acumulación a la tasa de acumulación supuesta. Es, por consiguiente, la catástrofe.»⁴⁵ A pesar de ciertas atenuaciones y clarificaciones, esta teoría del «déficit de plusvalía», como se deduce del esquema de Bauer, sigue siendo en todo el trabajo de Grossmann la esencia de su pensamiento sobre el problema del derrumbe.⁴⁶

La teoría de Grossmann muestra de forma aguda los peligros del pensamiento mecanicista en la ciencia social. Los esquemas de reproducción, incluidos los de Bauer, son útiles como método para hacer comprensible el carácter de cierto conjunto de relaciones. Pero tomar un esquema cualquiera, necesariamente arbitrario, y suponer que representa con exactitud los rasgos esenciales del proceso real de la acumulación de capital, es provocar el desastre teórico. Lenin hizo notar una vez, criticando a Tugan-Baranovsky, que «los esquemas no pueden probar nada; sólo pueden *ilustrar* un proceso cuando sus elementos separados han sido *teóricamente esclarecidos*».⁴⁷ Hubiera sido conveniente para Grossmann prestar atención a la advertencia; el no haber clarificado los elementos de su esquema conduce a una seria tergiversación del proceso real de la acumulación, y a una conclusión inaceptable. Aquí sólo podemos señalar algunos de los defectos más patentes de la teoría de Grossmann.

En primer lugar, el esquema de Bauer hace depender la tasa de acumulación de dos factores, la tasa de crecimiento de la población y la supuesta necesidad del capital cons-

44. El número de años para el cual el esquema puede funcionar viene determinado, naturalmente, por el volumen absoluto de las cifras supuestas para el primer año, así como por las tasas relativas de crecimiento del capital constante y del capital variable. El primer año de Bauer lo da la fórmula $200.000c + 100.000v + 100.000p$. El año 34 muestra $4.641.489v + 500.304v + 500.304p$. La cantidad de p (500.304) es aquí menos del 10 por ciento de 4.641.489 más del 5 por ciento de 500.304. Por lo tanto, el esquema debe terminar con el año 34.

45. Grossmann, *ob. cit.*, p. 178.

46. Puede observarse, entre paréntesis, que la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, si bien aparece, por supuesto, en el esquema de Bauer, no tiene nada que ver con la teoría del derrumbe de Grossmann, aunque numerosas observaciones hechas en el curso de la obra podrían conducir a la impresión contraria. Moszkowska (*Zur Kritik moderner Krisentheorien*, cap. IV), desorientada, interpreta la teoría de Grossmann como una teoría de la tasa descendente de la ganancia.

47. *Das Kapital* (ed. Marx-Engels-Lenin), vol. II, apéndice, p. 566.

tante de aumentar con el doble de rapidez que el capital variable. La tasa de crecimiento de la población se fija entonces en una cifra muy alta, a saber, a una tasa compuesta del 5 por ciento al año.⁴⁸ En casi cualesquiera circunstancias, la suposición de que el capital constante crece con el doble de rapidez que el capital variable parece en extremo irreal. Pero es nada menos que fantástica cuando se une a la suposición de que la fuerza de trabajo crece a la enorme tasa del 5 por ciento anual, pues un rápido aumento en el volumen de la fuerza de trabajo es precisamente el factor que más vigorosamente opera a fin de mantener baja la proporción del capital constante con respecto al capital variable. Esto es así porque una oferta abundante de trabajo impide que suban los salarios y, en consecuencia, pone freno a la tendencia a sustituir la fuerza del trabajo por maquinaria. Resulta que si suponemos un aumento muy rápido en la oferta de trabajo, sería razonable suponer un aumento en el capital constante más o menos igual al aumento en el capital variable. Con apoyo en esta hipótesis, el esquema puede ser indefinidamente ampliado; si usáramos el método de razonar de Grossmann, tendríamos que sacar la conclusión de que el capitalismo puede funcionar eternamente.

Grossmann objetaría que la creciente composición orgánica del capital es un rasgo esencial del capitalismo que no es posible suponer eliminado. Muy cierto, pero ¿qué es lo que ocasiona la tendencia ascendente de la composición orgánica del capital? La respuesta es que el precio de la fuerza de trabajo tiende a subir estimulado por la acumulación —el esfuerzo organizado de los obreros puede en ciertas ocasiones desempeñar un papel tan importante como los déficit reales a este respecto— y que esto da lugar a la sustitución continua de la fuerza de trabajo por máquinas. En otras palabras, la tasa de acumulación es la *variable independiente*; la división de la acumulación entre capital constante y capital variable no es de ningún modo fija, sino que depende en buena parte de la relación entre la tasa de acumulación y la tasa de aumento de la fuerza de trabajo; en general, esta relación es tal que da origen a una tasa de aumento del capital constante relativamente mayor que la del capital variable. De todo esto, que es básico en el análisis marxista del capitalismo, no encontramos ni una palabra en Grossmann. Si se le toma en consideración, se ve que la idea de que la creciente composición orgánica del capital, como un monstruo a lo Frankenstein, debe con el tiempo obligar a los capitalistas a acumular toda su plusvalía, implica una inversión completa de los eslabones causales dentro del proceso de acumulación. El esquema de Bauer era satisfactorio para el fin a que se destinaba, a saber, para demostrar que es posible realizar la plusvalía dentro de un sistema cerrado; como una representación del proceso de acumulación, sin embargo, su empleo es engañoso y no se justifica.

A la teoría de Grossmann pueden hacerse muchas críticas más. Por ejemplo, supongamos por un instante que la forma en que usa el esquema de Bauer es lícita. Aun así, ¿por qué y en qué sentido sería el año 35 un año de derrumbe desde un punto de vista capitalista? Es cierto que la plusvalía no está presente en el volumen suficiente para emplear a todos los obreros adicionales y añadir, además, el 10 por cien-

48. Por vía de comparación con las condiciones históricas reales, puede hacerse notar que aun en los Estados Unidos, durante los años de 1839 a 1915, un periodo de crecimiento de la población extremadamente rápido, la tasa anual compuesta de crecimiento no fue más alta del 2.28 por ciento.

to al capital constante. Pero, ¿por qué habría de significar esto capital ocioso, como lo propone Grossmann? Supongamos que la plusvalía es suficiente para agregar el 4 por ciento de los trabajadores y el 8 por ciento del capital constante. ¿Vacilarían los capitalistas, afligidos por el 1 por ciento de los trabajadores que no podrían encontrar ocupación? No, por supuesto. En realidad, bajo las suposiciones de Grossmann cada año posterior al 34 vería un aumento en la desocupación, pero no habría nada que impidiera a los capitalistas continuar invirtiendo sus acumulaciones —ni aun retroceder a una norma razonable de consumo por su propia cuenta, si así lo deseaban. El creciente desempleo tendría, también desde el punto de vista capitalista, un efecto salvable al reducir los salarios y elevar la tasa de plusvalía y, por lo tanto, la tasa de ganancia. Si los obreros insistieran en multiplicarse a un ritmo tan rápido, a pesar del empeoramiento continuo de sus condiciones, en tal caso, bien podría abandonárseles a un destino maltusiano: ciertamente, nadie insinuó nunca que el capitalismo se derrumbaría por tal motivo.

En lo que concierne a la teoría de Grossmann, podemos considerar como suficiente el haber mostrado, primero, que el uso hecho por él del esquema de la reproducción de Bauer es ilegítimo; y segundo, que aun cuando así no fuera, las conclusiones que saca Grossmann no ofrecen garantía. Negando la existencia de un problema de realización e ignorando la importancia real de la tasa descendente de la ganancia, Grossmann se incorpora en realidad a la misma escuela de pensamiento de Tugan-Baranovsky. Este juicio sobre alguien que no escatima esfuerzos en el ataque a Tugan es duro tal vez, pero la exactitud histórica no autoriza otro.

Con esto podemos poner fin a nuestro examen de la controversia sobre el derrumbe. Los resultados no son concluyentes; queda mucho por esclarecer todavía. ¿Hasta qué punto puede el análisis de las crisis, presentado en esta parte, contribuir a la tarea de esclarecimiento?

12

¿Depresión crónica?

1. INTRODUCCIÓN

NI LOS TEÓRICOS DEL DERRUMBE NI SUS CRÍTICOS PARECEN HABER TENIDO una concepción clara e inequívoca del significado del «derrumbe» capitalista. Algunos, como Bernstein, pensaban en términos de una crisis económica muy severa, que lo abarcaría todo y de la cual no podría haber escape. Otros, como Rosa Luxemburg y Grossmann, pensaban claramente en términos de un aniquilamiento súbito de todo el orden social,

todo a la vez y nada en primer lugar,
igual que las burbujas al estallar.

Pero estas ideas, evidentemente derivadas de analogías —el individuo perseguido por un hado implacable, o la máquina que ha llegado al fin de su vida útil—, pierden su carácter concreto cuando se aplican a un orden social. Toda crisis severa puede ser, por supuesto, y a menudo lo es, definida como un derrumbe. Pero en este sentido, la expresión pierde la connotación de finalidad que se le atribuye en el contexto de la controversia sobre el derrumbe. Se supone que el derrumbe del capitalismo es el fin del capitalismo; señala el punto más allá del cual el capitalismo es imposible. Esta es la implicación; sin embargo, es precisamente aquí donde se hace muy difícil ser más específicos. Una forma particular de la sociedad, es decir, cierto conjunto de relaciones sociales, puede hacerse demasiado gravoso, pero ¿qué significa la afirmación de que es imposible?

La dificultad de la respuesta indica que hay algo erróneo en esta cuestión. Históricamente, el fin de un orden social sobreviene en una de dos formas: o se desintegra durante un largo periodo de tiempo, en parte como resultado de la decadencia interna y en parte como resultado de ataques del exterior; o es más o menos rápidamente sustituido por un nuevo orden social. A pesar de semejanzas obvias, estos dos procesos tienen mucho de común, y ninguno de ellos es definido con propiedad por el término «derrumbe». Lo que ambos casos tienen en común es que el viejo orden ha perdido su carácter progresivo, mina la vitalidad de la sociedad y sus beneficiarios tienen que recurrir a métodos externos en su empeño de defender su posición; en pocas

palabras, usando la frase exacta de Marx, se ha convertido en una «traba» para el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas de la sociedad. El camino a seguir, el de la reconstrucción o el de la decadencia, depende ante todo de que el viejo orden, durante su existencia, haya o no dado origen a una clase que esté dispuesta y sea capaz de romper los lazos que lo atan y construir una sociedad nueva.

Aplicando estas consideraciones al caso del capitalismo, vemos que las cuestiones realmente importantes no pueden ser agrupadas alrededor del concepto del derrumbe capitalista, que el término significa muy poco o demasiado. Lo que necesitamos saber es si existen fuerzas desintegradoras que operen en la sociedad capitalista, y cuáles son. Con respecto a las crisis económicas, podemos precisar la cuestión: ¿tienden las fuerzas que producen las crisis a ser cada vez más rigurosas en el curso del desarrollo capitalista, de tal modo que con el tiempo la depresión tienda a ser la regla más bien que la excepción? Si es así, podemos considerar esto un elemento principal en la transformación de las relaciones capitalistas, «de formas de desarrollo de las fuerzas de producción... en sus trabas». Y podemos estar seguros de que la futura atenuación de los conflictos sociales, que tan confiadamente esperaban los revisionistas, es el pronóstico de sus buenos deseos y no de un análisis científico.

En cierto sentido, esta fue siempre la cuestión básica que se debatía en la controversia sobre el derrumbe. Ni Rosa Luxemburg ni Grossmann, los teóricos más estrictos del derrumbe, creyeron nunca que el desarrollo del capitalismo proseguiría hasta lo que consideraban su fin lógico. Como decía Rosa Luxemburg, las luchas de clase y las guerras internacionales tienen que conducir a la revolución «mucho antes de que se llegue a las últimas consecuencias del desarrollo económico».¹ Aceptado esto, es difícil eludir la conclusión de que es la dirección del desarrollo y no «las últimas consecuencias» lo que importa en primer lugar; el problema del derrumbe aparece como una cuestión esencialmente extrínseca, que ha recibido una atención desproporcionada. Probablemente no haya riesgo en suponer que es esta la razón de que Marx no se interesara por el derrumbe capitalista; prefirió analizar las tendencias reales del desarrollo capitalista, más que hilar teorías acerca de un resultado hipotético que, en todo caso, no se alcanzaría nunca. El carácter incompleto de su obra no reside —como pensó Rosa Luxemburg— en la falta de una teoría del derrumbe, sino más bien en el análisis inconcluso de las tendencias capitalistas.

De todos los intentos de revisar, suplementar, interpretar y corregir a Marx, que repasamos en el capítulo anterior, se destaca como el más importante el del artículo de Kautsky, de 1902. Kautsky trató de llevar una etapa adelante lo que entendía ser la teoría marxista de la crisis, planteando la cuestión de si, a la larga, las crisis tienden a hacerse más o menos severas. Su respuesta fue que tienden a hacerse más severas, hasta tal punto en realidad, que tarde o temprano debe iniciarse un periodo de «depresión crónica», a menos que sobrevenga el triunfo del socialismo. De acuerdo con nuestra propia interpretación, la pregunta de Kautsky era, seguramente, correcta. Con ayuda de un análisis de las crisis más adecuado que el que estaba a disposición de Kautsky, pongamos a prueba la corrección de su respuesta.

1. *Antikritik*, p. 21.

2. LAS CONDICIONES DE LA EXPANSIÓN CAPITALISTA

En el capítulo 10 demostramos que la producción capitalista ampara una tendencia al subconsumo (o a la sobreproducción) y no hace falta repetir el razonamiento. En principio, esta tendencia puede manifestarse en una crisis o en el estancamiento de la producción. Ambos son métodos, el uno rápido y tal vez temporal, el otro invariable y continuo, por los cuales se impide que la acumulación supere las necesidades del mercado en artículos de consumo. Esto no implica que la depresión no afecte al consumo y opere sólo en el sentido de reducir la acumulación. Afecta desfavorablemente a ambos, pero a esta última en una medida proporcionalmente mayor. Para tomar un caso extremo, en una depresión severa las ganancias pueden convertirse en pérdidas, pues el sistema en su conjunto y los capitalistas pueden ser obligados a vivir de sus pasadas acumulaciones, en vez de incrementarlas. De este modo, la acumulación puede en realidad hacerse negativa por algún tiempo, mientras que, por supuesto, el consumo tiene que ser siempre positivo e importante, aun cuando la sociedad no tenga que hacer otra cosa que seguir existiendo en un sentido puramente físico. La contracción de la acumulación, relativamente más grande si se la compara con la del consumo, es el factor que, de un modo general, establece el límite más bajo a un descenso en la actividad productiva.

Puesto que la tendencia al subconsumo es inherente al capitalismo y sólo puede ser vencida, evidentemente, por la no utilización parcial de los recursos productivos, podemos decir que el estancamiento es la norma hacia la cual tiende en todos los tiempos la producción capitalista. Pero sabemos que durante los últimos cuatro siglos, más o menos, el capitalismo se ha desarrollado prodigiosamente sin más obstáculos a la tendencia ascendente que las crisis periódicas y ocasionales caídas en el estancamiento. ¿Cuál es la explicación de esta aparente paradoja? La respuesta reside principalmente en el nivel de abstracción al que hasta ahora hemos reducido nuestro análisis del problema del subconsumo. Hasta aquí hemos desdeñado las fuerzas que tienen el efecto de contrarrestar la tendencia al subconsumo, fuerzas que, evidentemente, han sido bastante poderosas para dominar el curso histórico real del desarrollo capitalista. Para encontrar una respuesta a la cuestión que por el momento nos interesa —¿marcha en realidad el capitalismo hacia un estado de depresión crónica?— debemos modificar el procedimiento y concretar nuestra atención en las fuerzas contrarrestantes. Si encontramos probable que operen en el futuro con la misma fuerza que en el pasado, tendremos que sacar la conclusión de que la tendencia al subconsumo, presente todo el tiempo, no constituirá en sí una barrera a la expansión indefinida del capitalismo.² Si, por otra parte, se puede probar que las fuerzas contrarrestantes se están haciendo relativamente más débiles, podemos esperar que la tendencia al subconsumo se afirme en grado cada vez mayor y la predicción de Kautsky de un periodo inminente de depresión crónica recibirá una base sólida.

Hablando en general, las fuerzas contrarrestantes pueden ser agrupadas en dos categorías principales: las que tienen el efecto de elevar la tasa de aumento del consumo

2. Hay que decir explícitamente que no nos interesan aquí las dificultades que podrían surgir de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia aun faltando los problemas insolubles del subconsumo.

con relación a la tasa de aumento de los medios de producción, y las que privan al aumento desproporcionado en los medios de producción de sus consecuencias económicamente perjudiciales. En la segunda categoría entran: 1) las nuevas industrias; y 2) la inversión defectuosa; en la primera: 3) el crecimiento de la población, 4) el consumo improductivo y 5) los gastos del Estado. Intentaremos para cada uno de estos elementos explicar su significado, analizar la forma en que opera y estimar su probable importancia futura, comparándola con su importancia real en el pasado como fuerzas contrarrestantes de la tendencia al subconsumo.

3. FUERZAS CONTRARRESTANTES DE LA TENDENCIA AL SUBCONSUMO

1. *Nuevas industrias.* Durante el periodo de formación de una nueva industria no existe relación claramente definida entre las adiciones a los medios de producción y las adiciones a la producción total de artículos acabados. Por ejemplo, un ferrocarril tiene que ser construido antes de que pueda ser usado. Durante el periodo de construcción la inversión sigue su curso mientras que el suministro de servicio real de transporte no aumenta; sólo cuando el ferrocarril está terminado se mantiene la relación entre los medios de producción y la producción total de artículos acabados. Una vez que se ha llegado a este punto, sin embargo, ocurre generalmente que las adiciones ulteriores a los medios de producción (nuevo material rodante, vía doble, riel más pesado, etc.) estarán estrechamente relacionadas con los cambios en la producción total (tonelada-kilómetros de transporte). De esto podemos deducir el importante principio de que para la economía en su conjunto la relación entre la inversión y los cambios en la producción total de artículos de consumo será grandemente afectada por la porción *relativa* que de la inversión total corresponde al establecimiento de nuevas industrias.

Si partimos de una economía que no posee virtualmente ninguna industria (aparte de la artesana), es claro que puede pasar por una etapa transitoria comúnmente llamada *industrialización*, durante la cual la mayor parte de sus energías están dedicadas a construir nuevos medios de producción. Puede ocurrir, inclusive, que el establecimiento de nuevas industrias sea en tal escala, *relativamente a la producción total*, que por algún tiempo se requiera una reducción real en la producción total de artículos de consumo. Durante un proceso de industrialización, todas las que llamamos comúnmente industrias «básicas» aparecen como nuevas industrias, y su establecimiento absorbe capital recién acumulado sin un aumento correspondiente en la producción total de artículos de consumo. Sólo cuando el proceso de industrialización está completo se ve claro que la capacidad de producción de artículos de consumo ha sido considerablemente acrecentada, y la necesaria relación entre los medios de producción y la producción total de artículos de consumo aparece una vez más en primer término.

De esto podemos concluir que la industrialización (establecimiento de nuevas industrias) contrarresta la tendencia al subconsumo, y lo hace aproximadamente *en proporción a la parte relativa que de la inversión total le corresponde*. No hace falta decir que este fue un factor de primera importancia durante los siglos XVIII y XIX. Desde

nuestro punto de vista actual, sin embargo, la cuestión crucial es la de si las nuevas industrias tienen ya y seguirán teniendo relativamente menor importancia que en el pasado. La respuesta parece ser incondicionalmente afirmativa. Esto no quiere decir que no aparezcan ya nuevas industrias, o que no sean importantes las que aparecen. Lo que quiere decir es que los países capitalistas avanzados han sufrido un proceso de transformación que los ha hecho pasar de un estado predominantemente agrario-artesano a sus actuales condiciones de alta industrialización. Es difícil inclusive imaginar una serie de nuevas industrias que tuvieran hoy una importancia *relativa* comparable a la de las industrias textil, minera, metalúrgica y del transporte en los siglos XVIII y XIX. Menos posible aún es percibir cualquier desarrollo actual o potencial de la magnitud necesaria.

Naturalmente, esto no es aplicable a aquellas partes del mundo en las que el proceso de industrialización apenas ha comenzado o está en pleno ascenso todavía. Allí el establecimiento de nuevas industrias es aún capaz de absorber enormes sumas de capital sin aumento simultáneo de la producción total de artículos de consumo. Sería posible suponer que este capital fuera suministrado por las acumulaciones de las zonas ya industrializadas, de tal modo que debiera considerarse que el campo para nuevas industrias está lejos de haberse agotado. Hasta cierto punto, esto es indudablemente lo que ocurre, pero hay muchos factores que complican la cuestión y que es preciso tener en cuenta. Una parte muy grande del mundo, la Rusia europea y asiática, se industrializa rápidamente bajo relaciones de producción socialistas y sin beneficio para el capital extranjero. Inclusive con respecto a las restantes extensas regiones de Asia, África y América Latina, que hasta ahora sólo han sido ligeramente tocadas por el capitalismo, ciertos obstáculos no fácilmente superables se oponen a la absorción de capital extranjero a gran escala. El crecimiento del monopolio en los viejos países capitalistas fortalece la resistencia a la industrialización de nuevas regiones, que ha existido siempre en cierta medida; la disputa constante sobre el derecho a explotar las diversas áreas excluye virtualmente la posibilidad de que cualquier país disfrute plenamente de los beneficios de la expansión pacífica; por último, los pueblos de las tierras atrasadas se vuelven cada vez más hostiles a la dominación extranjera y se resisten cada vez más a incorporarse a las viejas economías capitalistas. Estos temas serán tratados de modo más completo en la parte IV; basta mencionarlos para prevenirnos contra la fácil suposición de que los efectos de la terminación sustancial del proceso de industrialización en el centro de la producción capitalista pueden ser compensados por una más rápida expansión en la periferia. Es seguro que se hace y seguirá haciéndose presión en tal sentido; sin embargo, saber si prevalecerá y si tendrá los efectos que se esperan, y en qué medida, es un problema difícil que es preciso dejar para un examen ulterior y separado.

En lo que concierne a las viejas regiones capitalistas, hay poca duda de que la importancia relativa de las nuevas industrias disminuye. Esto es exactamente lo que cabría esperar, y si se olvidan las características especiales del capitalismo, podría uno inclinarse a afirmar que esta es una evolución del todo grata. Habiendo construido nuestras industrias básicas, estamos ahora en condiciones de gozar de sus frutos bajo la forma de consumo de masas acrecentado. No debe pasarse por alto, sin embargo, que la pauta básica de acumulación-consumo del capitalismo no tiene relación con la posi-

bilidad de producir valores de uso. Por lo tanto, la terminación sustancial del proceso de industrialización conduce, en las condiciones del capitalismo, no a un gran aumento en el consumo social, sino más bien a la eliminación de una de las más poderosas fuerzas contrarrestantes de la tendencia al subconsumo, presente en todo tiempo. Esto es lo que Lenin quería decir cuando afirmó que «la misión histórica del capitalismo... consiste en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad; su estructura impide la aplicación útil de estas realizaciones técnicas en beneficio de las masas del pueblo».³ Esta es una razón, tal vez la más importante, a favor de la idea de que el capitalismo marcha hacia un periodo de depresión crónica.

2. *Inversión defectuosa.* En las condiciones del capitalismo, la inversión lleva siempre el propósito de crear una oferta para una demanda incierta. Inevitablemente, hay cierta cantidad de inversión que resulta haber tenido por base un cálculo erróneo y que debe ser total o parcialmente abandonada, con pérdida y aun a veces la ruina del capitalista que la hizo. Podemos dar a esto el nombre de «inversión defectuosa». Ella absorbe una parte de la acumulación del capitalista, sin aumento en la producción total de artículos de consumo, y contrarresta así la tendencia al subconsumo. Es probable que sea más importante mientras peor informados estén y más entusiastas sean los capitalistas individuales. Estas cualidades, a su vez, serán más patentes en un periodo en que, por otras razones, tenga lugar una expansión rápida. Por lo tanto, en general, la inversión defectuosa es una fuerza que contrarresta la tendencia al subconsumo más vigorosamente cuando menos se la necesita y apenas lo hace en un periodo de estancamiento, cuando más útil sería. Hay otra razón por la cual la inversión defectuosa pierde importancia como fuerza contrarrestante, a saber, el desarrollo de las combinaciones monopolistas, que están en condiciones de estimar y aun tal vez de influir en la demanda de sus productos, allí donde el viejo promotor o empresario operaba principalmente en las tinieblas. La mayor renuencia del capital a arriesgarse hoy en día, que a menudo es objeto de comentarios, se debe probablemente en grado no pequeño a una apreciación más realista de cuáles son en verdad los riesgos. Es una de las contradicciones del capitalismo el que un mejor conocimiento puede perjudicar su operación.

No se debe sobrestimar, por supuesto, la importancia cuantitativa de la inversión defectuosa en cualquier etapa del desarrollo capitalista. Sin embargo, por las razones indicadas, puede haber ejercido alguna vez un efecto no despreciable contrarrestando la tendencia al subconsumo, aunque hay pocos indicios de que sea muy importante en la actualidad.

Pasamos ahora a considerar las fuerzas contrarrestantes que operan elevando la tasa de aumento del consumo en relación con la tasa de aumento de los medios de producción.

3. *Crecimiento de la población.* La teoría marxista del subconsumo, plenamente desarrollada, nos permite entender un problema que ha escapado hasta hoy a los economistas, a saber, la relación entre el crecimiento de la población y el aumento de la producción capitalista. En este contexto, el crecimiento de la población no debe concebirse en un sentido demográfico estricto; lo importante es más bien el aumento en el volu-

3. *Sämtliche Werke*, III, pp. 20-21.

men de la fuerza de trabajo a disposición de la industria capitalista, ya sea que esto resulte de un aumento natural en el número o de introducir en la órbita de la producción capitalista trabajadores que estaban antes fuera de ella. Como primera aproximación, sin embargo, podemos considerar un sistema cerrado y totalmente capitalista en el que la expansión de la fuerza de trabajo tenga lugar en concomitancia con el crecimiento de la población en general.

Si en tal sistema el crecimiento de la población es rápido, un aumento igualmente rápido del capital variable será posible sin ninguna presión que haga subir el nivel de los salarios y, por lo mismo, sin un efecto desfavorable en la tasa de ganancia. El capital constante debe aumentar también, y por razones tecnológicas parece improbable que su tasa de aumento se retrase en relación con el aumento del capital variable. Pero en las circunstancias supuestas hay poca presión, si la hay, para economizar constantemente fuerza de trabajo, sustituyendo el capital variable por capital constante. Los teóricos anteriores han pasado por alto generalmente la pertinencia de este conjunto de relaciones respecto del problema del subconsumo. El punto que ha de notarse especialmente es que el aumento del capital variable constituye una salida para la acumulación y, al mismo tiempo, significa un aumento en el consumo.⁴ Así, en el caso que se examina, una alta tasa de acumulación es compatible con un rápido aumento en el consumo por una parte y ningún descenso en la tasa de ganancia por otra. Más aún, el peligro del subconsumo desaparece, puesto que no hay ninguna tendencia de la tasa de aumento del capital constante (medios de producción) a sobrepasar la tasa de aumento del consumo. Sabemos ya que es esta tendencia la que está en la raíz de las dificultades ocasionadas por el subconsumo.

Consideremos ahora un sistema en el cual el crecimiento de la población sea lento. Si la acumulación hubiera de tomar aún la forma de aumentos proporcionales del capital constante y del variable, podría continuar sólo con tal de que parte del capital variable adicional fuese a aumentar los salarios de los obreros ya ocupados. Como esto haría bajar la tasa de ganancia, los capitalistas tratarían de economizar fuerza de trabajo dedicando una proporción cada vez mayor de su acumulación al aumento del capital constante, a expensas del capital variable. De este modo se ocasionaría el desempleo y la tasa de ganancia podría sostenerse, pero el aumento de medios de producción sería acelerado y el aumento del consumo, retardado: el dilema del subconsumo se presentaría así en toda su fuerza.

Esta forma de pensar fue indicada por Marx mismo en un agudo comentario al consejo de los clásicos a los obreros de limitar su número relativamente a la acumulación de capital. «Tal limitación del aumento en la población trabajadora –escribió– disminuyendo la oferta de trabajo y, por lo mismo, elevando su precio, tan sólo aceleraría el uso de maquinaria y la transformación del capital circulante en capital fijo, y, de este modo, crearía un excedente artificial de población, un excedente que, por regla general, no es suscitado por la falta de medios de subsistencia, sino por la falta de... demanda de trabajo.»⁵ Un breve paso basta para llegar a la conclusión de que todo retardo en

4. Véase, *infra*, la exposición del apéndice A.

5. *Theorien über den Mehrwert*, II/2, p. 373. Este pasaje aparece en el curso de un análisis de las opiniones de Barton y Ricardo, como lo indica la terminología («trabajo» en vez de «fuerza de trabajo», capital «circulante» y «fijo» en vez de capital «variable» y «constante»).

el ritmo de crecimiento de la población no sólo tiene el efecto paradójico de suscitar desocupación, sino que también fortalece la tendencia al subconsumo.

De lo anterior podemos deducir el principio general siguiente: la porción de la acumulación que puede incorporarse al capital variable sin deprimir la tasa de ganancia depende en gran parte de la tasa de crecimiento de la población; mientras más rápido sea el crecimiento de la población, mayor será la porción que se incorpore al capital variable; por lo tanto, más rápido será el aumento en el consumo; por lo mismo, también, menor será el peligro de subconsumo. Esto significa que el vigor de la tendencia al subconsumo está en razón inversa a la rapidez de crecimiento, siendo débil en periodos de crecimiento rápido y haciéndose más fuerte conforme declina la tasa de crecimiento. Podemos por tanto, en aras de la conveniencia, hablar de la ley de la razón inversa entre el crecimiento de la población y la tendencia al subconsumo.

Si abandonamos la suposición de un sistema cerrado y totalmente capitalista, el alcance de esta ley se extiende. Desde el punto de vista de la producción capitalista, la nueva población incluye no sólo el aumento natural en el número, sino también la absorción de grupos que por primera vez están disponibles para su empleo como trabajadores asalariados. Sobre todo en sus primeras fases, el capitalismo se expande principalmente sobre la base de una fuerza de trabajo reclutada mediante la destrucción, más o menos violenta, de relaciones económicas más primitivas. En esta etapa de desarrollo, el «problema de la población» consiste primordialmente en los obstáculos que deben ser vencidos para convertir a los campesinos y artesanos independientes en obreros asalariados. Más tarde, este mismo proceso continúa bajo la forma de extensión del capitalismo para abarcar los llamados pueblos atrasados en todas las partes del mundo.

Repasando los últimos cuatro siglos, debemos reconocer que el factor población ha sido extremadamente favorable a la rápida e incontenida expansión del capitalismo. Grandes reservas de fuerza humana para su enganche al servicio del capital no han faltado nunca, en tanto que, desde mediados del siglo XVIII, aproximadamente, el aumento natural del número en las principales naciones capitalistas ha continuado a un ritmo sin precedentes. La conclusión claramente indicada es que el crecimiento de la población, tomado en su sentido amplio, ha sido un factor muy importante para contrarrestar la tendencia al subconsumo que obra siempre en el sentido de retardar o detener la expansión de la producción capitalista.

Si la población ha sido importante en el pasado, no lo será menos en el futuro. En este respecto como la bien conocida tendencia descendente en la tasa de crecimiento de la población, que es característica de todos los países capitalistas altamente desarrollados, adquiere una importancia especial. Esta tendencia, que surge directamente del descenso en la natalidad, no es de ningún modo accidental. Los factores importantes que contribuyen a ella, tales como la urbanización, el nivel de vida ascendente,⁶ la inseguridad

6. En las primeras etapas de desarrollo, el nivel de vida ascendente y el conocimiento acrecentado se reducían principalmente en el descenso de la mortalidad y, por ese medio, aceleraban el crecimiento de la población. Este fue el factor más importante en el gran aumento de finales del siglo XVIII y del siglo XIX. Más tarde, sin embargo, el ascenso del nivel de vida, en conjunción con otros factores, algunos de los cuales mencionan en el texto, se convirtió en un factor igualmente importante para deprimir la natalidad. La aparente paradoja de que el nivel de vida ascendente pudiera una vez acelerar y otra retardar el crecimiento de la población, se explica así fácilmente. A fin de evitar la confusión, debe hacerse notar que una elevación de

dad en la subsistencia y la difusión del conocimiento entre las masas, para hablar sólo de los más evidentes, parecen ser productos inevitables del desarrollo capitalista. Más aún, los intentos de varios países para invertir la corriente de la natalidad no han logrado, hasta hoy al menos, ningún éxito notable. Un amplio examen de este problema nos llevaría demasiado lejos, pero inclusive sin un análisis detallado parece prudente suponer que ninguna inversión drástica de las actuales tendencias de la población es probable en el futuro inmediato. Se sigue que, desde el punto de vista de la expansión capitalista, la situación va haciéndose cada vez más desfavorable.⁷ En lo que concierne al crecimiento natural en el número, por lo tanto, la resistencia al subconsumo disminuye constantemente, y debido a esto parece difícil negar la marcha del capitalismo hacia un estado de depresión crónica.

En lo relativo al otro aspecto del problema de la población, a saber, la incorporación de nuevos grupos al sistema capitalista, la perspectiva es menos clara. Interiormente, los principales países han agotado casi sus reservas de fuerza de trabajo no capitalista, pero hay aún muy grandes masas de población, particularmente en Asia, África y América Latina, que han permanecido hasta hoy fuera de la órbita de las relaciones capitalistas. Tenemos aquí exactamente el mismo problema que encontramos antes al examinar las nuevas industrias. Una vez más la solución para el capitalismo parecería consistir en la expansión hacia las regiones no capitalistas, industrialmente atrasadas, del mundo. Aquí sólo podemos hacer notar que se tropieza con los mismos obstáculos.⁸ Hasta qué punto es posible vencerlos, y con qué resultados, se verá en la parte IV.

Resumiremos ahora lo dicho sobre el papel del factor poblacional en la expansión capitalista. El análisis marxiano del proceso de acumulación conduce —particularmente por su énfasis en la distinción entre capital variable y capital constante, que tan a menudo la teoría no marxista ignora o pasa por alto— a la ley de la razón inversa entre el crecimiento de la población y la tendencia al subconsumo. Sobre la base de esta ley podemos ver que, tanto desde el punto de vista de la disponibilidad de nuevos estratos y nuevas regiones, por una parte, como desde el punto de vista del aumento natural en número, por otra, las condiciones para la expansión capitalista han sido extremadamente favorables en el pasado. Por la misma razón, el descenso en la tasa de crecimiento de la población, que comenzó hace relativamente poco en los países más avanzados, tendrá seguramente graves consecuencias en el futuro, y estas no serán fácilmente contrarrestadas por una absorción más rápida de los países no desarrollados aún. En lo que se refiere al factor poblacional, la perspectiva para la expansión capitalista es ciertamente desfavorable.

nivel de vida no implica necesariamente un aumento en el consumo tal como es definido para fines de análisis teórico. El consumo, al igual que la acumulación y las partes que la componen, tiene que ser medido en términos de valor. Dado un aumento en la productividad del trabajo, es claro que la *cantidad* de mercancías consumidas puede subir mientras el consumo en términos de *valor* permanece invariable o inclusive desciende.

7. Desde otros puntos de vista, por ejemplo el de la población óptima en una sociedad socialista planeada, el descenso en la tasa de crecimiento de la población bien pudiera resultar conveniente; y, en verdad, es obvio que la continuación indefinida de la tasa de crecimiento que mostraban los países occidentales en el siglo XIX, tarde o temprano y desde cualquier punto de vista, debe conducir a desastrosas consecuencias. Estas consideraciones, sin embargo, no afectan a las condiciones a que llegamos en el texto.

8. Véanse *supra*, pp. 219 y *ss.*

Hemos examinado ya tres fuerzas contrarrestantes de la tendencia al subconsumo: a saber, las nuevas industrias, la inversión defectuosa y el crecimiento de la población. La primera y la tercera han sido evidentemente de importancia enorme en la determinación del curso actual del desarrollo capitalista; las tres operan todavía, pero su vigor disminuye. Esto es un fuerte apoyo a la tesis de Kautsky de que la expansión capitalista conduce inevitablemente al reforzamiento de la tendencia al subconsumo hasta que, al fin, se empantana en un estado de depresión crónica. Pero antes de aceptar esta opinión debemos examinar las otras dos fuerzas contrarrestantes, ya que en ambos casos se verá que se han hecho más y no menos poderosas en tiempos recientes.

4. *Consumo improductivo.* La estructura básica de la sociedad capitalista presupone sólo dos clases: capitalistas y obreros. Puesto que en principio puede prescindirse de todas las demás, hemos hecho hasta ahora abstracción de ellas en nuestro análisis del valor y de la acumulación. Al examinar la magnitud y la dirección del consumo total, este procedimiento no se justifica ya. Como consumidores, hay al lado de los capitalistas y los obreros muchas «terceras clases de personas» que «deben, por sus servicios, recibir dinero de estas dos clases, o bien, en la medida en que lo reciben sin prestar ningún servicio equivalente, son coposeedores de la plusvalía en forma de renta, interés, etc.»⁹ Marx menciona aquí dos tipos de las llamadas «terceras personas» que han sido tradicionalmente tipificados, de un lado por los sirvientes domésticos, y del otro por la aristocracia terrateniente y la Iglesia. Cada una de ellas recibe y consume parte de la plusvalía que hasta aquí hemos supuesto agotada por el consumo y la acumulación de los capitalistas. Como estas terceras personas no desempeñan un papel directo en el proceso de producción de plusvalía, pueden ser denominadas consumidores improductivos, y su consumo, consumo improductivo. Este es el sentido original, aunque generalmente mal interpretado, en que Adam Smith aplicaba el término «improductivo» a esa clase de trabajadores que, aun cuando sus servicios sean muy útiles y tal vez hasta indispensables, no rinden, sin embargo, ninguna ganancia a los patronos capitalistas.¹⁰ La categoría de consumidores improductivos es más amplia que la de trabajadores improductivos porque incluye aquellos que, como propietarios consumen sin realizar trabajo alguno. Por otra parte, parece prudente ampliar más aún la categoría para incluir en ella el consumo de aquellos que se dedican a la actividad comercial improductiva,¹¹ aun cuando formalmente sea imposible distinguirlos de los

9. *Capital*, II, p. 384.

10. El hecho de que los trabajadores productivos (en el sentido de aquellos que son empleados por los capitalistas con el propósito de vender los productos de su trabajo con ganancia) producen comúnmente una mercancía material, condujo a Adam Smith a identificar «productividad» con la producción de mercancías materiales. Los autores modernos han tenido seguramente razón al criticar a Smith por esta definición de la productividad, pero generalmente han pasado por alto que tales críticas no tocan la posición real de Smith. Bajo el capitalismo, la productividad es la producción de plusvalía. Adam Smith, a pesar de su error lógico, sabía esto muy bien, mientras que los economistas modernos, con su desdén habitual por las características específicas del capitalismo, han retrocedido realmente más allá de la definición de Smith, sustituyéndola por otra en términos de valor de uso. Esta definición sirve para oscurecer más que para aclarar el funcionamiento del capitalismo.

11. Como se explicará más en detalle *infra* (pp. 262-265), la actividad comercial es improductiva porque no crea plusvalía, sino que más bien la absorbe de los otros sectores de la economía.

consumidores productivos (es decir, capitalistas y obreros) en la industria, la agricultura y el transporte. El grupo comercial, aunque, por supuesto, nunca del todo ausente en un sistema capitalista, adquiere una importancia peculiar cuando el crecimiento del monopolio obliga a los capitalistas a poner cada vez más énfasis en la venta a costa de la producción. Debido a esto, el análisis de la llamada «nueva clase media», que incluye a muchos vendedores y otras personas ocupadas en la distribución, así como a terceras personas del tipo más conocido (profesionales, por ejemplo), será mejor emprenderlo después de que hayamos examinado el problema del monopolio en la parte IV.

El problema del consumo improductivo ha sido reconocido desde hace mucho como importante por aquellos economistas que han considerado la magnitud del consumo total uno de los factores que determinan el funcionamiento del sistema capitalista. Especialmente Malthus, entre los economistas clásicos, tenía conciencia de los peligros del subconsumo, y sobre esta base erigió su defensa del papel económico de la aristocracia y del clero, cuyo consumo ayuda a impedir la plétora general que de otro modo, según Malthus, sería inevitable. A Marx mismo le pareció que el consumo improductivo ayuda a proveer el objetivo final cuya ausencia haría imposible la expansión continua de la producción. Después de hacer notar que tanto los trabajadores como los capitalistas son «productores para otros», los primeros por su estatus de proletario y los últimos por su fiebre de acumulación, Marx continúa como sigue:

Frente a esta sobreproducción de un lado, debe levantarse de otro el sobreconsumo, el consumo por el consumo mismo, en contraste con la producción por la producción misma. Lo que el capitalista individual debe entregar al propietario, al Estado, a los acreedores del Estado, a la Iglesia, etc., los cuales meramente consumen rentas, reduce su riqueza de forma absoluta, pero mantiene su deseo de hacerse rico en un Estado fuerte y de ese modo conforta su alma capitalista. Si los propietarios, los capitalistas que poseen el dinero, etc., hubiesen de consumir sus rentas en trabajo productivo y no en trabajo improductivo (esto es, si hubieran de acumular en vez de consumir sus ingresos), el propósito faltaría por completo. Se convertirían en capitalistas industriales en vez de representar la función del consumo como tal...¹²

Marx no elaboró este tema, como no elaboró la teoría de las crisis basada en el subconsumo, y, sin duda, por las mismas razones. Sin embargo, difícilmente podemos dudar que, al tener en cuenta el consumo improductivo como uno de los factores que condicionan la expansibilidad del capitalismo, no hacemos más que seguir un razonamiento cuya importancia y pertinencia eran perfectamente claras para él.

No todo consumo improductivo constituye una adición neta al consumo de los obreros y capitalistas. Ambas clases dedican una parte de sus ingresos a pagar los servicios de médicos, profesores, sirvientes, etc., en vez de dedicarlos a adquirir mercancías consumibles. Por lo general, conviene considerar el consumo de terceras personas de este tipo como parte integrante del consumo de los capitalistas y obreros mismos. El número de gentes que participan en la producción social total de ar-

12. *Theorien über den Mehrwert*, I, pp. 378-379.

tículos consumibles o, en otras palabras, el volumen total del empleo, sufre seguramente la influencia del volumen de consumo improductivo de esta clase, pero no es probable que el efecto en la demanda total de artículos consumibles sea grande, ni tampoco es probable que la tasa de acumulación sea materialmente afectada.¹³ El volumen total del empleo ejerce naturalmente una influencia indirecta en el proceso de reproducción, pero no es por ahora nuestro propósito investigar tales efectos indirectos. En general, nuestra conclusión debe ser que el consumo improductivo de aquellos que prestan servicios personales no puede tener mucha importancia en el problema del subconsumo.

No pasa lo mismo, sin embargo, con otras categorías del consumo improductivo. En la Inglaterra de los economistas clásicos, por ejemplo, grandes cantidades de plusvalía bajo la forma de renta aflúan a los bolsillos de la aristocracia terrateniente, que formaba una clase social separada y distinta. Debido a sus tradiciones y hábitos feudales todavía fuertes, la nobleza y los hidalgos terratenientes no compartían la fiebre de acumulación de los capitalistas, derrochaban más bien sus ingresos, y a menudo más que sus ingresos, en sostener un tren de vida que los capitalistas industriales consideraban imprevisor y ruinoso. Era esta una forma de consumo improductivo que, evidentemente, constituía una merma de la cantidad de plusvalía disponible para acumulación. En estas condiciones, cualquier cambio en la división proporcional de la plusvalía entre ganancias y rentas (por ejemplo, como un resultado de la derogación de las Leyes de Granos) debía tener un efecto indudable sobre el volumen total del consumo y sobre la tasa de acumulación. Debe decirse, sin embargo, que la situación a este respecto ha cambiado grandemente en los últimos cien años, de modo que hoy en las naciones capitalistas avanzadas apenas hay razón para seguir hablando de una clase separada de propietarios que difieran notablemente de los capitalistas por sus hábitos de consumo y acumulación. La propiedad de la tierra y del capital está a menudo en manos de las mismas personas o grupos de personas, tal vez mediante la gestión de una empresa de negocios; en lo que concierne a la división de la plusvalía entre el consumo y la acumulación, la distinción entre renta y ganancia no puede ser ya un factor importante. Los aristócratas se han convertido totalmente en capitalistas; al mismo tiempo, sin embargo, los capitalistas, gracias a su riqueza mayor y su posición social más importante, se han hecho más aristócratas y están obligados a exhibir su riqueza un poco más pródigamente de lo que era necesario para la «clase media» del siglo XIX. Así, aunque hoy las condiciones reales justifican más que nunca en el pasado la abstracción que atribuye toda la plusvalía a una clase homogénea de capitalistas, puede, sin embargo, ser verdad que el desarrollo histórico que conduce a este resultado ha contenido tendencias contrarias que se han neutralizado en gran parte unas a otras con respecto a la pauta general del consumo y la acumulación.

Si bien en principio el caso de la aristocracia terrateniente de los primeros tiempos muestra del modo más claro de qué forma el consumo improductivo puede afectar

13. Era evidentemente este el caso en que Ricardo pensaba al expresar la opinión, muy mal interpretada, de que «como los trabajadores... están interesados en la demanda de trabajo, deben desear, naturalmente, que una parte de los beneficios tan grande como sea posible se desvíe de los gastos superfluos, para ser gastada en sostener sirvientes domésticos». (*Principles*, pp. 348-385.)

el nivel general del consumo, y por ese medio contrarrestar la tendencia al subconsumo, en nuestros días el consumo de quienes se dedican a actividades comerciales improductivas es de una importancia práctica mucho mayor. Como ya se ha indicado, este problema se relaciona estrechamente con el desarrollo del monopolio y la aparición de la llamada «nueva clase media», y por esta razón el análisis de sus aspectos más concretos debe dejarse para cuando lleguemos a estos temas en la parte IV.¹⁴ Por ahora nos contentaremos con declarar, sin probarlo: 1) que una fracción considerable del consumo improductivo de este tipo constituye, como el de la aristocracia terrateniente, una adición al consumo total y una deducción de la plusvalía de otro modo disponible para acumulación; 2) que la importancia del consumo improductivo de esta clase ha venido aumentando continuamente, al menos durante el último medio siglo, y todo indica que seguirá aumentando en el futuro; y 3) que, desde el punto de vista de la compensación de la tendencia al subconsumo, esta parece ser con mucho la corriente más importante en el campo del consumo improductivo.

Nuestra conclusión con respecto al consumo improductivo es que su aumento, particularmente debido a la expansión del sistema de distribución, opera como un freno sobre la tendencia al subconsumo. Tenemos aquí, pues, un factor que, desde el punto de vista económico, debilita la presunción favorable a la teoría de Kautsky sobre un período próximo de depresión crónica.

5. *Gastos del Estado.* Los economistas clásicos, y más tarde Marx, consideraron los gastos del Estado una categoría de consumo improductivo. La afirmación de este predicado se basaba en dos suposiciones tácitas, a saber, que el Estado no se dedica a actividades productivas, es decir, no desembolsa dinero con la expectativa de recuperarlo por la venta de mercancías; y que los gastos de transferencia (principalmente el interés de la deuda pública) van a manos de consumidores improductivos. Dadas estas suposiciones, no hay duda que los gastos del Estado directamente, e indirectamente a través del consumo de los empleados del gobierno y tenedores de bonos, operan en el sentido de retirar valores del proceso de reproducción de forma definitiva, y es esta la función del consumo que le da una importancia especial y vital en el funcionamiento de la economía. Inclusive en el siglo XIX, estas suposiciones no eran más que burdas aproximaciones a la situación real,¹⁵ pero no pueden haber estado tan lejos de la realidad como para que la identificación indirecta de los gastos del Estado con el consumo improductivo fuese un grave engaño. No obstante, el enorme aumento en el volumen y la variedad de los gastos del Estado, que ha sido una característica tan notable del siglo XX, hace deseable separar los gastos del Estado del consumo improductivo y analizarlos un poco más cuidadosamente de lo que antes parecía necesario.

Desde el punto de vista del proceso de reproducción, hay tres categorías fundamentales de gastos del Estado: desembolsos de capital del Estado, transferencias del Estado y consumo del Estado. Examinémoslas una por una.

Los desembolsos de capital del Estado incluyen todos los desembolsos en trabajo y materiales que son hechos con fines de producción de mercancías o servicios para la

14. Véase *infra*, capítulo 15, sección 4.

15. Es en particular probable que una parte no despreciable del interés de la deuda pública fuese regularmente acumulado por quienes lo recibían.

venta. Aquí el criterio del consumo, a saber, el retiro de valores del proceso de reproducción, no se satisface, y puesto que las empresas del Estado de esta índole aspiran por lo común a obtener plusvalía bastante para cubrir el tipo de interés corriente de las obligaciones del gobierno, parece correcto clasificar estos desembolsos como capital, y al Estado, hasta ese punto, como capitalista.¹⁶

Los gastos en obras públicas sólo entran, evidentemente, en la categoría de desembolsos de capital del Estado en la medida en que pertenecen al tipo llamado autoliquidables. Las obras públicas que son en parte de ese tipo deben dividirse en desembolsos de capital del Estado y consumo del Estado. Un aumento en los desembolsos de capital del Estado, que puede llamarse acumulación del Estado, es, desde el punto de vista del proceso de reproducción, semejante a cualquier otra forma de acumulación. Si la acumulación del Estado simplemente ocupa el lugar de la acumulación privada, el efecto de la tendencia al subconsumo es inexistente o al menos desdeñable: mientras que si la acumulación del Estado tiene lugar a expensas del consumo privado o del Estado, la tendencia al subconsumo se agrava. Puesto que el primer caso parece ser el más probable, acaso sea prudente suponer que la acumulación del Estado no ejerce una influencia muy importante en la tendencia al subconsumo.

«Transferencias del Estado» es un término adecuado para designar ese gran conjunto de pagos del tesoro público que no tienen relación con la venta de mercancías o la prestación de servicios al Estado: interés de la deuda pública, pagos de seguridad social y ayuda, subsidios, etc. Si estas transferencias implican un cambio neto de la acumulación al consumo, es una pregunta a la que no es posible responder con exactitud, ya que no existe un método para aislar las fuentes de los ingresos estatales, que es preciso asociar con los pagos de transferencia. Caben, sin embargo, ciertos juicios cualitativos. Durante el siglo XIX, la estructura fiscal en todos los países capitalistas era altamente regresiva en sus gravámenes, en tanto que los pagos de transferencia iban a parar principalmente a manos de los sectores ricos de la población. En estas condiciones, no hay duda de que el Estado, mediante el mecanismo de los pagos de transferencia, actuaba como una máquina de acumular, bombeando poder de compra del bolsillo de los consumidores al bolsillo de los acumuladores. En las últimas décadas, sin embargo, el uso creciente de los impuestos sobre corporaciones, ingresos y propiedades, y el volumen cada vez mayor de los pagos de seguridad social, se han combinado para alterar el balance. Que el mecanismo de transferencia en su conjunto produzca un balance neto a favor del consumo es improbable, pero de todos modos es claro que constituye menos que antes una rémora al consumo. Tenemos, por consiguiente, razones para decir que los pagos de transferencia han venido evolucionando en la dirección de contrarrestar la tendencia al subconsumo.

Por último, la categoría más importante de gastos cubre lo que hemos llamado consumo del Estado, a saber, las actividades legislativas, judiciales y ejecutivas ordinarias del Estado, obras públicas de un carácter no autoliquidable, y establecimientos militares. Puesto que los gastos hechos para tales propósitos implican la retirada definitiva

16. Hay, por supuesto, diferencias entre el Estado como capitalista y el capitalista privado, la principal de las cuales es probablemente un incentivo psicológico y social más débil para la obtención de beneficio máximo y para la acumulación máxima, de parte del Estado.

de valores del proceso de reproducción, desempeñan la misma función que los desembolsos para el consumo individual de capitalistas y obreros. Supongamos que es posible, de forma aproximada, identificar las rentas que están ligadas a los gastos para el consumo del Estado. Si estas rentas significan meramente que los ingresos de los consumidores productivos e improductivos disminuyen en una cantidad igual, entonces, evidentemente, no se produce ningún aumento neto en el consumo. Sin embargo, en la medida en que las rentas provienen de la plusvalía que de otro modo habría sido acumulada, es claro que hay una ventaja para el consumo. (Debe recordarse que, a diferencia de las transferencias del Estado, el consumo del Estado no puede traducirse en una disminución del consumo total.) Tanto la importancia absoluta y relativa creciente del consumo del Estado, como la mayor confianza de los estados capitalistas en los impuestos que pesan al menos en parte sobre la plusvalía, llevan a la conclusión de que el consumo del Estado ha sido cada vez más la causa del aumento en el consumo total. Como a la misma conclusión llegamos al examinar los pagos de transferencia, podemos clasificar los gastos del Estado como una fuerza contrarrestante cuya importancia es cada vez mayor, de la tendencia al subconsumo.

4. ¿DEBE SALIR TRIUNFANTE EL SUBCONSUMO?

Resulta que de las cinco fuerzas contrarrestantes que han sido examinadas, tres (las nuevas industrias, la inversión defectuosa y el crecimiento de la población) han venido debilitándose, y dos (el consumo improductivo y los gastos del Estado) han venido robusteciéndose. El balance, sin embargo, es menos parejo de lo que la proporción de tres a dos podría indicar. Es bastante claro que las nuevas industrias y el crecimiento de la población han dominado la expansión del capitalismo durante casi toda su historia. Su declinación en importancia relativa tiende seguramente a eclipsar todos los demás factores, uno por uno o combinados. En general, parece haber poca duda de que la resistencia al subconsumo disminuye en los principales centros del capitalismo mundial. Este no es ningún accidente y, siendo cierto hoy, puede ser anulado mañana; el carácter transitorio de la industrialización y del crecimiento de la población en la escala del siglo XIX es en verdad evidente para todos. La teoría de Nautsky de la marcha del capitalismo hacia un periodo de depresión crónica debido al subconsumo, parecería estar justificada. Pero hay aún otro factor que debemos tener en cuenta.

Hasta aquí hemos supuesto que el Estado cubre totalmente sus gastos por la tributación. Los empréstitos de individuos no introducen ninguna nueva cuestión de principio. Pero existe otra posibilidad, a saber, que el Estado gaste dinero que no se toma del ingreso de nadie, sino que se produce directamente, o se toma en préstamo de los bancos. Si todos los recursos productivos son plenamente utilizados, este método para cubrir los gastos del Estado conduce, por la vía de la inflación de los precios, a una sustracción de los ingresos individuales. En este caso, probablemente, el efecto en el consumo total no es grande, ya que por regla general el aumento en el consumo del Estado es compensado, principalmente, por una reducción del consumo individual. Pero si la economía se deprime y los recursos no se utilizan plenamente, el consumo

adicional del Estado, cubierto por la creación de poder de compra, tendrá efectos secundarios favorables en la acumulación y el consumo privados. Por consiguiente, instituyendo y sosteniendo una tasa suficiente de consumo del Estado procedente del poder de compra de reciente creación, podría parecer que el Estado se encuentra en condiciones de llevar la economía a un nivel de empleo total y sostenerla allí. Más aún, del examen anterior se sigue que, una vez alcanzada una situación de empleo total, el Estado puede, alterando la pauta y el volumen de los impuestos y los gastos, influir en el consumo total y la acumulación total en cualquier dirección deseada.

Estas posibilidades plantean una nueva cuestión. Teníamos previamente el problema de descubrir los efectos económicos de cierta política del Estado, presumiblemente adoptada por razones distintas a la de que pudiera tener los efectos de que se trata. Los servicios sociales más extensos y una tributación más progresista, por ejemplo, no fueron instituidos para contrarrestar la tendencia al subconsumo, aunque tienen tal efecto. Ahora, sin embargo, tenemos que considerar la posibilidad y las implicaciones de una política del Estado que puede estar específicamente destinada a producir ciertos efectos en el funcionamiento de la economía, a saber, una compensación de la tendencia al subconsumo. Todos los economistas modernos recomiendan esta línea de acción, y aún es corriente interpretar en este sentido mucho de lo que los gobiernos capitalistas han hecho en los últimos diez años. Pero si es posible para los gobiernos capitalistas contrarrestar deliberadamente la tendencia al subconsumo cuando las otras fuerzas contrarrestantes resultan demasiado débiles para impedir un estado de depresión crónica, podemos preguntarnos entonces a qué se reduce la teoría de Kautsky. La tendencia al subconsumo, en vez de traducirse en depresión crónica en cierta etapa del desarrollo, se convierte simplemente en una tendencia a la depresión crónica que puede ser contrarrestada por una nueva fuerza, la acción deliberada del Estado. Tal vez pueda decirse que esta es más una ampliación que una repudiación de la teoría de Kautsky. Aunque puede ser así, es claro que, si se acepta la ampliación, es preciso descartar o en todo caso considerar como no demostradas las deducciones de su teoría hechas por Kautsky mismo. Si es posible oponerse con éxito a la marcha hacia el estancamiento económico, ¿por qué suponer que el desempleo, la inseguridad, la agudización de los conflictos de clase e internacionales aguardan al capitalismo? ¿Por qué no, por el contrario, una sociedad capitalista «dirigida», manteniendo la prosperidad económica mediante la acción del Estado y tal vez hasta evolucionando gradualmente hacia un orden socialista completo? Cuando Kautsky mismo, ya de edad avanzada, rechazó la teoría de la depresión crónica,¹⁷ era esa perspectiva revisionista la que adoptaba. ¿Tenía razón, acaso?

Sería en vano tratar de responder a estas preguntas en el nivel de abstracción a que hasta ahora hemos reducido nuestro análisis. No podemos introducir simplemente por la fuerza al Estado como *deus ex machina* para resolver las contradicciones demostradas del proceso de acumulación. Su posición y su función en la sociedad capitalista deben ser examinadas para ver lo que se puede y lo que no se puede esperar de él. Más aún, al capitalismo modelo del análisis anterior le faltan muchos rasgos que son de gran importancia en el mundo moderno. La suposición de un sistema cerrado de com-

17. Véanse *supra*, pp. 209 y ss.

encia es un recurso teórico útil y aun necesario, pero no debe confundirse con el mundo real. Hacerlo así es cometer de una forma particularmente escandalosa la «falacia de lo concreto fuera de lugar». La *diagnosis* y el pronóstico del caso del capitalismo requieren, además de la disección del proceso de acumulación, un estudio cuidadoso del Estado, del monopolio y de la economía mundial.

No hace falta decir que tal estudio cuidadoso es imposible dentro de los límites de un volumen relativamente breve. Pero podemos concentrar la atención en algunos de los más importantes factores en acción, y de este modo sentar la base para una mejor comprensión de lo que ha venido sucediendo en años recientes y de lo que el futuro nos reserva.

IV
El imperialismo

13

El Estado

1. EL ESTADO EN LA TEORÍA ECONÓMICA

POCOS NEGARÁN PROBABLEMENTE QUE EL ESTADO DESEMPEÑA UN PAPEL vital en el proceso económico. Hay muchos aún, sin embargo, que argumentarían que el Estado puede y debe quedar fuera de la teorización económica.

Desde cierto punto de vista, esto no es difícil de entender. En tanto se considere la economía como una ciencia de las relaciones entre el hombre y la naturaleza, al modo de la escuela moderna, sólo es preciso tener en cuenta al Estado en el terreno de la aplicación y no como una parte de la materia objeto de la ciencia. No existe el Estado en la isla de Robinson Crusoe, y, sin embargo, la economía es tan pertinente para Robinson como para la América del siglo XX. Desde este punto de vista, el Estado no puede ser lógicamente un tema de la economía teórica: debe considerársele uno de los factores que modelan y limitan la aplicación de los principios económicos a cualquier conjunto dado de condiciones reales.¹

Todo esto cambia cuando se adopta la opinión de que la economía es la ciencia de las relaciones sociales de producción bajo condiciones históricamente determinadas. El no incluir al Estado en la materia de la economía se convierte entonces en una omisión arbitraria e injustificable. En vista de esto, y después de lo que se ha dicho en anteriores capítulos sobre el enfoque fundamental de Marx ante la economía, no parece hacer falta ninguna nueva explicación para justificar la inclusión de un capítulo sobre el Estado en nuestro estudio de la teoría económica de Marx. Una advertencia es necesaria, sin embargo, antes de seguir adelante.

Como en el caso de las crisis, Marx no elaboró nunca una teoría del Estado sistemática y formalmente completa. Es claro que en un principio trató de hacerlo. Por ejemplo, abre el prefacio a la *Crítica de la economía política* con las siguientes palabras:

Considero el sistema de la economía burguesa en el orden siguiente: capital, propiedad agraria, trabajo asalariado; Estado, comercio exterior, mercado mundial... La primera parte del libro primero, que trata del capital, consta de los capítulos siguientes: 1. Mercancía; 2. Dinero, o circulación simple; 3. Capital en general. Los primeros dos capítulos forman

1. Véase *supra*, Introducción, pp. 43-47.

el contenido de esta obra... La elaboración sistemática del plan esbozado arriba dependerá de las circunstancias.²

El plan sufrió modificaciones importantes en el curso del tiempo, como lo muestra el examen de los tres volúmenes de *El capital*, pero el Estado permaneció siempre en un segundo plano y no recibió nunca la «elaboración sistemática» que Marx evidentemente había querido concederle. Se sigue que no hay que pensar en un buen resumen de sus opiniones. En vez de eso, intentaré presentar un tratamiento teórico sumario del Estado que sea consecuente con las numerosas observaciones dispersas de Marx sobre el asunto y que, al mismo tiempo, provea el suplemento necesario al cuerpo principal de principios teóricos que se refieren al desarrollo del sistema capitalista.³

2. LA FUNCIÓN PRIMORDIAL DEL ESTADO

Hay una tendencia entre los teóricos liberales modernos a considerar el Estado una institución establecida en interés de la sociedad en su conjunto para fines de mediación y conciliación de los antagonismos a que inevitablemente da origen la existencia social. Es esta una teoría que elude las añagazas de la metafísica política y que sirve para integrar de forma tolerablemente satisfactoria un grupo considerable de hechos observados. Contiene, sin embargo, un defecto básico cuya aceptación conduce a una teoría de orientación esencialmente marxiana. Por lo tanto, una crítica de lo que puede llamarse la concepción del Estado como órgano de mediación entre las clases, es quizá la mejor forma de presentar la teoría de Marx.

La teoría de la mediación entre las clases supone, comúnmente de forma implícita, que la estructura de clases subyacente, o lo que viene a ser lo mismo, el sistema de relaciones de propiedad, es un dato inmutable, semejante a este respecto al orden de la naturaleza misma. Pasa luego a preguntarse qué arreglo pueden hacer las diversas clases para entenderse unas con otras, y descubre que la respuesta lógica y necesaria es una institución que concilie sus intereses opuestos. Se conceden a esta institución poderes para mantener el orden y arreglar disputas. Al Estado del mundo real se le identifica como un duplicado de esta construcción teórica.

No es difícil advertir la debilidad de esta teoría. Reside en la suposición de una estructura clasista e inmutable de la sociedad y que, por así decirlo, se sostiene a sí misma. El más ligero estudio de la historia muestra la superficialidad de esta suposición.⁴ La

2. *Critique*, p. 9.

3. Entre los escritos marxistas más importantes sobre el Estado podemos mencionar los siguientes: Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, particularmente cap. IX; Lenin, *El Estado y la revolución*; Rosa Luxemburg, «Sozialreform oder Revolution?» *Gesammelte Werke*, vol. III. Existe una traducción inglesa de esta última obra (*Reform or Revolution*), Three Arrows Press, Nueva York, 1937, pero desgraciadamente no es muy satisfactoria. En S. H. M. Chang, *The Marxian Theory of the State* (1931), se encontrará un examen razonablemente adecuado de una gran cantidad de literatura marxista sobre el Estado.

4. Muchos teóricos lo reconocen hasta cierto punto, pero creen que lo que fue verdad de las sociedades pasadas no lo es de la sociedad moderna. En otras palabras, se considera el capitalismo el producto acabado final de la evolución social. Véase el examen de este punto *supra*, capítulo 1.

realidad es que muchas formas de las relaciones de propiedad, con sus concomitantes estructuras de clases han aparecido y desaparecido en el pasado, y no hay razón para suponer que esto no seguirá ocurriendo en el futuro. La estructura de la sociedad no forma parte del orden natural de las cosas; es el producto del desarrollo social pasado, y cambiará en el curso del desarrollo social futuro.

Aceptado esto, resulta claro que la teoría liberal yerra en la forma en que inicialmente plantea el problema. No podemos preguntar: dada cierta estructura de clases, ¿cómo conseguirán entenderse entre ellas las distintas clases, a pesar de sus intereses divergentes y a menudo antagónicos? Debemos preguntar: ¿cómo nació una estructura de clases particular y por qué medios está asegurada su existencia permanente? Tan pronto se intenta responder a esta pregunta, se advierte que el Estado desempeña en la sociedad una función anterior y más fundamental que cualquiera de las que los liberales de hoy le atribuyen. Examinemos esto más de cerca.

Un conjunto dado de relaciones de propiedad sirve para definir y demarcar la estructura de clases de la sociedad. De todo conjunto de relaciones de propiedad, una o más clases (los poseedores) obtienen ventajas materiales y otras clases (los poseídos y los no poseedores) sufren desventajas materiales. Una institución especial capaz y deseosa de emplear la fuerza en el grado que sea preciso es esencial para el mantenimiento de tal conjunto de relaciones de propiedad. La investigación muestra que el Estado posee estas características en el más alto grado y que a ninguna otra institución le está o puede estarle permitido competir con él a este respecto. Esto se expresa comúnmente diciendo que el Estado, y sólo el Estado, ejerce soberanía sobre todos los que están sujetos a su jurisdicción. No es difícil, por consiguiente, identificar al Estado como el garantizador de un conjunto dado de relaciones de propiedad.

Si nos preguntamos ahora de dónde procede el Estado, la respuesta es que el Estado es producto de una larga y ardua lucha en la que la clase que ocupa las posiciones clave en el proceso de producción de la época, consigue prevalecer sobre sus rivales y forma un Estado que se encargará de hacer efectivo el conjunto de relaciones de propiedad favorables a sus intereses. En otras palabras, cualquier Estado particular es hijo de la clase o las clases de la sociedad que se benefician del conjunto particular de relaciones de propiedad que el Estado tiene la obligación de hacer efectivo. Basta reflexionar un momento para adquirir la convicción de que difícilmente podría ser de otra manera. Tan pronto hemos abandonado la suposición históricamente insostenible de que la estructura de clases de la sociedad es de algún modo natural o se impone por sí misma, es claro que a cualquier otro resultado le faltarían los prerequisites de estabilidad. Si las clases perjudicadas estuvieran en posesión del poder del Estado, intentarían emplearlo para establecer un orden social más favorable a sus propios intereses, en tanto que la difusión del poder del Estado entre las diversas clases sociales meramente trasladaría el terreno del conflicto al Estado mismo.

No se niega que tales conflictos dentro del Estado, correspondientes a luchas de clases fundamentales fuera de él, han tenido lugar en ciertos periodos históricos transitorios.⁵ Sin embargo, durante esos largos periodos en que cierto orden social dis-

5. Como ejemplo, véase el examen de «Las condiciones del fascismo», *infra*, pp. 305-307.

fruta de una existencia relativamente prolongada y estable, el poder del Estado debe ser un monopolio de la clase o clases que son sus principales beneficiarias.

En oposición a la teoría del Estado que se basa en la mediación entre las clases, tenemos aquí la idea subyacente de lo que ha sido llamado la teoría de la dominación de clase. La primera da por aceptada la existencia de cierta estructura de clases y ve en el Estado una institución destinada a conciliar los intereses opuestos de las diversas clases; la última, por otra parte, reconoce que las clases son un producto del desarrollo histórico y ve en el Estado un instrumento en manos de las clases dominantes para hacer efectiva y garantizar la estabilidad de la estructura de clases misma.

Es importante advertir que, en lo que concierne a la sociedad capitalista, «la dominación de clase» y «la protección de la propiedad privada» son virtualmente expresiones sinónimas. Por consiguiente, cuando decimos con Engels que el fin superior del Estado es la protección de la propiedad privada,⁶ queremos decir también que el Estado es un instrumento de dominación de clase. Esto es, sin duda, insuficientemente apreciado por los críticos de la teoría de Marx, que tienden a ver en la noción de dominación de clase algo más tenebroso y siniestro que la «mera» protección de la propiedad privada. En otras palabras, tienden a considerar la dominación de clase algo reprochable y la protección de la propiedad privada algo meritorio. En consecuencia, no se les ocurre identificar las dos ideas. Frecuentemente, sin duda, esto se debe a que no piensan en la propiedad capitalista, sino más bien en la propiedad privada, como sería en una sociedad de producción simple de mercancías donde cada productor posee sus propios medios de producción y trabaja con ellos. En tales condiciones no existe clase alguna, ni, por lo tanto, la dominación de clase. Bajo las relaciones capitalistas, sin embargo, la propiedad tiene una significación por completo diferente, y es fácil mostrar que su protección se identifica con el mantenimiento de la dominación de clase. La propiedad privada capitalista no consiste en cosas —las cosas existen independientemente de la propiedad— sino en una relación social entre personas. La propiedad libera del trabajo a sus poseedores y les permite disponer del trabajo de otros, y esta es la esencia de toda dominación social, sea cual fuere la forma que asuma. Se sigue de esto que la protección de la propiedad privada es fundamentalmente la garantía de la dominación social de los propietarios sobre los no propietarios. Y es precisamente esto, a su vez, lo que se entiende por dominación de clase, cuyo sostenimiento es la función primordial del Estado.

La admisión de que la defensa de la propiedad privada es el primer deber del Estado es el factor decisivo para determinar la actitud del socialismo marxista auténtico frente al Estado. «La teoría de los comunistas —escribieron Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*— puede resumirse en esta sola frase: abolición de la propiedad privada.» Puesto que el Estado es ante todo el protector de la propiedad privada, resulta que no es posible realizar ese propósito sin un choque frontal entre las fuerzas del socialismo y el poder del Estado.⁷

6. *Origin of the Family, Private Property and the State*, ed. Kerr, p. 130.

7. El tratamiento de la relación entre el Estado y la propiedad ha sido, necesariamente, en extremo esquemático. A fin de evitar malentendidos, debe agregarse la siguiente nota. La idea de que el Estado es una organización para el sostenimiento de la propiedad privada no fue de ningún modo una invención de Marx y Engels. Por el contrario, constituía la piedra angular de todo el desarrollo previo del pensamiento político desde el derrumbe del feudalismo y los orígenes del Estado moderno. Bodino, Hobbes, Locke.

3. EL ESTADO COMO INSTRUMENTO ECONÓMICO

El hecho de que la primera preocupación del Estado sea la de proteger la existencia permanente y la estabilidad de una forma de sociedad dada no significa que no desempeñe otras funciones de importancia económica. Por el contrario, el Estado ha sido siempre un factor muy importante en el funcionamiento de la economía dentro de los marcos del sistema de relaciones de propiedad que garantiza. Este principio es, en general, implícitamente reconocido por los autores marxistas siempre que analizan el funcionamiento de un sistema económico real, pero ha recibido poca atención en los debates sobre la teoría del Estado. No es difícil descubrir la razón de esto. La teoría del Estado ha sido usualmente examinada con el problema de la transición de una forma de sociedad a otra en primer término; en otras palabras, lo que hemos llamado la función primordial del Estado ha sido la materia del análisis. *El Estado y la revolución*, de Lenin —el título indica claramente el centro de interés—, sentó un precedente que ha sido ampliamente imitado.⁸ En consecuencia, la teoría del Estado como instrumento económico ha sido olvidada, aunque evidentemente, para nuestros fines, es necesario tener alguna idea de los puntos esenciales del pensamiento de Marx sobre la materia.

Por fortuna, Marx, en su capítulo sobre la duración de la jornada de trabajo,⁹ ofrece un sólido y lúcido análisis del papel del Estado en relación con un problema muy importante de la economía capitalista. Examinando este capítulo un poco en detalle podemos deducir los principios directores de la enseñanza de Marx sobre el papel del Estado dentro del marco de las relaciones de propiedad capitalistas.

La tasa de plusvalía, una de las variables claves en el sistema de teoría económica de Marx, depende de tres factores: la productividad del trabajo, la duración de la jornada de trabajo y los estándares de subsistencia que prevalecen. Es importante, por lo mismo, descubrir los factores determinantes de la duración de la jornada de trabajo. Evidentemente, no se trata de una ley económica en sentido estricto. Como lo expresa Marx,

aparte de linderos extremadamente elásticos, la naturaleza del cambio mismo de mercancías no impone límites a la jornada de trabajo, no impone límites a la plusvalía. El capitalista sostiene sus derechos como comprador cuando trata de hacer la jornada de trabajo tan larga como sea posible... Por otra parte... el trabajador sostiene su derecho como vendedor cuando quiere reducir la jornada de trabajo a una duración normal precisa. Hay

Rousseau, Adam Smith, Kant y Hegel —para no mencionar sino a algunos pensadores prominentes del periodo anterior a Marx— reconocían claramente esta función central del Estado. Creían que la propiedad privada era la condición necesaria para el desarrollo pleno de las potencialidades humanas, la condición *sine qua non* de la libertad genuina. Marx y Engels agregaron que la libertad basada en la propiedad privada es la libertad para una clase explotadora, y que la libertad para *todos* presupone la abolición de la propiedad privada, es decir, la realización de una sociedad sin clases. Con todo, Marx y Engels no olvidaron que la realización de una sociedad sin clases (abolición de la propiedad privada) sólo es posible sobre la base de ciertas condiciones históricas precisas; sin el enorme aumento de la productividad del trabajo, que el capitalismo ha ocasionado, una sociedad sin clases no sería más que una vacua utopía.

8. Por ejemplo, el libro de Chang, ya citado, sigue muy de cerca el trazo de Lenin.

9. *Capital*, I, capítulo X.

aquí, por consiguiente, una antinomia, derecho contra derecho, ambos con el sello de la ley de los cambios. Entre derechos iguales, la fuerza decide. De ahí que en la historia de la producción capitalista, la determinación de lo que es una jornada de trabajo se presenta como el resultado de una lucha, una lucha entre el capital colectivo, es decir, la clase de los capitalistas, y el trabajo colectivo, es decir, la clase obrera.¹⁰

Después de describir ciertas formas, tanto precapitalistas como capitalistas, de explotación, que implican la duración de la jornada de trabajo, Marx examina «la lucha por una jornada de trabajo normal» en el desarrollo histórico del capitalismo inglés. La primera base de esta lucha dio como resultado las «leyes compulsivas para la extensión de la jornada de trabajo desde mediados del siglo XIV al final del XVII». Los patronos, esforzándose por crear un proletariado entrenado y disciplinado con la fuerza humana precapitalista disponible, tenían que recurrir con frecuencia al Estado en demanda de ayuda. El resultado fueron las leyes que extendían la duración de la jornada de trabajo. Por largo tiempo, no obstante, la extensión de la jornada de trabajo fue un proceso muy lento y gradual. No fue sino hasta el rápido desarrollo del sistema fabril en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando comenzó ese proceso de prolongación de las horas de trabajo que culminó en las conocidas condiciones de comienzos del siglo XIX:

Después de que el capital había necesitado siglos para extender la jornada de trabajo hasta su duración máxima normal, y luego más allá, hasta el límite del día natural de 12 horas, siguió con el nacimiento del maquinismo y de la industria moderna, en el último tercio del siglo XVIII, una intrusión violenta, parecida a una avalancha por su intensidad y extensión... Tan pronto como la clase obrera, aturdida al principio por el ruido y la barahúnda del nuevo sistema de producción, recobró hasta cierto punto la conciencia, su resistencia comenzó.¹²

El comienzo de la resistencia de la clase obrera se anunció en la segunda fase del desarrollo: «Limitación compulsiva del tiempo de trabajo por ley, las leyes fabriles inglesas, 1833 a 1864».¹³ En una serie de enconadas luchas políticas, los obreros lograron arrebatar una concesión tras otra a sus oponentes. Estas concesiones tomaron la forma de leyes que limitaban las horas de trabajo para categorías cada vez más amplias de trabajadores, hasta que, hacia 1860, el principio de limitación de la jornada de trabajo quedó tan firmemente establecido que ya no fue posible impugnarlo. De ahí en adelante el progreso siguió un curso más tranquilo.

La limitación de la jornada de trabajo no fue una simple cuestión de concesiones de la clase dominante frente a una amenaza revolucionaria, aunque este fuera, sin duda, el factor principal. Hay que tener en cuenta, por lo menos, otras dos consideraciones de importancia. Marx advirtió que

10. *Ibid.*, p. 259.

11. *Ibid.*, capítulo X, sección 5.

12. *Ibid.*, I, pp. 304-305.

13. *Ibid.*, capítulo X, sección 6.

aparte el movimiento de la clase obrera que se hacía cada vez más amenazador, la limitación del trabajo fabril fue dictada por la misma necesidad que esparció el guano sobre los campos ingleses. La misma ciega ansia de pillaje que en un caso agotó el suelo, había, en el otro, arrancado de raíz las fuerzas vivas de la nación.¹⁴

Más aún, la cuestión de la legislación fabril formó parte de la fase final de la lucha por el poder político entre la aristocracia terrateniente y los capitalistas industriales:

Por mucho que el manufacturero individual pudiera soltar las riendas a su antigua sed de lucro, los portavoces y líderes políticos de la clase manufacturera ordenaron un cambio de frente y de lenguaje hacia la población trabajadora. Se habían lanzado a la lucha por la derogación de las Leyes de Granos y necesitaban que los obreros los ayudaran a alcanzar el triunfo. Prometieron, por consiguiente, no sólo una hogaza de pan de tamaño doble, sino también la promulgación de la Ley de las Diez Horas en el milenio de Libre Cambio...¹⁵

Y después de lograda la derogación de las Leyes de Granos, los obreros «encontraron aliados en los *tories* anhelosos de revancha». ¹⁶ De este modo, la legislación fabril obtuvo cierto apoyo de ambas partes de la gran lucha sobre el libre cambio.

Finalmente, Marx cerraba su exposición sobre la jornada de trabajo como sigue:

Para su «protección» contra «la sierpe de sus agonías», los trabajadores deben ponerse de acuerdo y, como clase, imponer la aprobación de una ley, de una poderosa barrera social que impida a los mismos trabajadores venderse y vender a sus familias, por contrato voluntario con el capital, para la esclavitud y la muerte. En vez del pomposo catálogo de los «inalienables derechos del hombre» viene la modesta Carta Magna de una jornada de trabajo legalmente limitada, que dejará claro «cuándo termina el tiempo que el trabajador vende y cuándo comienza el suyo propio». *Quantum mutatus ab illo!*¹⁷

¿Qué conclusiones generales podemos deducir del examen de la jornada de trabajo por Marx? El principio de sentido más general fue expuesto por Engels. Al refutar el cargo de que el materialismo histórico desdeña el elemento político en el cambio histórico, Engels citaba el capítulo sobre la jornada de trabajo, «donde la legislación, que es con seguridad un acto político, tiene un efecto tan tajante» y concluía que «la fuerza (es decir, el poder del Estado) es también un poder económico» y, por lo tanto, de ningún modo está excluida de los factores causales del cambio histórico.¹⁸ Establecido esto, es necesario preguntar bajo qué circunstancias y en interés de quién el poder económico del Estado será puesto en acción. Sobre ambos puntos el análisis de la jornada de trabajo resulta instructivo.

14. *Ibid.*, I, pp. 263-264.

15. *Ibid.*, pp. 308-309.

16. *Ibid.*, p. 311.

17. *Ibid.*, p. 330.

18. Carta de Engels a Conrad Schmidt, 27 de octubre de 1890. *Selected Correspondence*, p. 484.

Primero, se acude al poder del Estado para resolver problemas planteados por el desarrollo económico de la forma particular de sociedad de que se trate, en este caso el capitalismo. En el periodo primitivo, un déficit de fuerza de trabajo y en el periodo posterior, la sobreexplotación de la población trabajadora: tales fueron los motivos de la acción del Estado. En cada caso, la solución del problema exigía la intervención del Estado. Numerosos ejemplos conocidos de carácter similar vienen a la mente.

Segundo, es de esperar, naturalmente, que el poder del Estado bajo el capitalismo se use, en primer lugar y por encima de todo, en beneficio de la clase capitalista, ya que el Estado se dedica a la preservación de la estructura del capitalismo y debe estar, por lo tanto, bajo la dirección de aquellos que aceptan plenamente los postulados y objetivos de esta forma de sociedad. Esta es una verdad incuestionable, pero no es inconsecuente decir que la acción del Estado puede ser contraria a los intereses económicos inmediatos de algunos y aun de todos los capitalistas, con la sola condición de que se persiga el fin predominante de conservar el sistema intacto. La limitación legal de la jornada de trabajo es un ejemplo clásico de esta suerte de acción del Estado. La intensidad del antagonismo de clases que tuvo su origen en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo era tal, que resultó imperativo para la clase capitalista hacer concesiones, aun a costa de ventajas económicas inmediatas.¹⁹ Con el fin de mantener la paz doméstica y la tranquilidad, embotando el filo de los antagonismos de clase y evitando, en fin, los peligros de una revolución violenta, la clase capitalista está siempre dispuesta a hacer concesiones mediante la acción del Estado. Puede ocurrir, por supuesto, que la ocasión de las concesiones sea la exteriorización real de la amenaza revolucionaria.²⁰ En este caso, su propósito es el de restablecer la paz y el orden, de modo que la producción y la acumulación puedan marchar de nuevo sin interrupciones.

Resumiremos los principios que están en la base del empleo del Estado como instrumento económico dentro de los marcos del capitalismo. En primer lugar, el Estado entra en acción en la esfera económica para resolver problemas planteados por el desarrollo del capitalismo. En segundo lugar, cuando afectan a los intereses de la clase capitalista, hay una fuerte predisposición a usar libremente el poder del Estado. Y por último, se puede usar el Estado para hacer concesiones a la clase obrera, siempre que las consecuencias de no hacerlo así sean suficientemente peligrosas para la estabilidad y el funcionamiento del sistema como un todo.

Debe notarse que ninguna de estas conclusiones presta apoyo a la opinión revisionista de que se puede realizar el socialismo a través de una serie de reformas fragmentarias. Por el contrario, surgen del principio básico de que el Estado existe en pri-

19. Este ejemplo aclara el carácter concesional de la acción del Estado en favor de la clase obrera, ya que no podría afirmarse que los trabajadores tuviesen participación en el poder del Estado en Inglaterra en los tiempos en que las principales leyes fabriles fueron aprobadas. A este respecto, es suficiente recordar que la Ley de Reforma de 1832 limitaba seriamente el voto sobre la base de la propiedad, y que la siguiente extensión de los derechos políticos no tuvo lugar sino en 1867. Para entonces, las más importantes victorias en la lucha por la legislación fabril se habían logrado ya.

20. Por ejemplo, Marx observó que en Francia «la revolución de febrero [1848] fue necesaria para traer al mundo la ley de las 12 horas». *Capital*, I, p. 328.

«El control social»... se interesa, no en la limitación de la propiedad capitalista, sino, por el contrario, en su protección. O hablando en términos económicos, no constituye un ataque a la explotación capitalista, sino más bien una normalización y regularización de esta explotación.²¹

Marx nunca expresó nada que contradiga esto, y citar su capítulo sobre la jornada de trabajo, como a menudo lo hacen los revisionistas, en apoyo del punto de vista gradualista es tan sólo mostrar la incompreensión de todo su sistema teórico.

4. LA CUESTIÓN DE LA FORMA DE GOBIERNO

Hasta aquí nada se ha dicho sobre la forma de gobierno en la sociedad capitalista. ¿Es posible que los principios de la acción del Estado que han sido examinados no tengan validez en una sociedad capitalista plenamente democrática? (Por «plenamente democrática» no entendemos más que lo que existe hoy en la mayor parte del mundo de habla inglesa: parlamentarismo combinado con sufragio universal y libertad de organización en la esfera política.)

Si la teoría marxista responde a esta pregunta de forma negativa, ello no quiere decir que no se considere importante la cuestión de la democracia, sino sólo que la democracia no altera la significación básica del Estado en relación con la economía. La existencia de la democracia es, por supuesto, un asunto de primera importancia, particularmente para la clase obrera. Sólo bajo una forma democrática de gobierno puede la clase obrera organizarse libre y eficazmente para la realización de sus fines, ya sean estos de carácter socialista o meramente reformistas. Es esta la razón por la cual una de las primeras demandas del movimiento obrero en todos los países no democráticos ha sido siempre la implantación de formas democráticas de gobierno. Más aún, para la clase dominante la democracia ha constituido siempre una amenaza potencial a la estabilidad de su posición y ha sido concedida en consecuencia de mala gana, con limitaciones y habitualmente sólo bajo una fuerte presión. Marx expuso las cuestiones esenciales muy vigorosamente al discutir la constitución democrática francesa de 1848:

La contradicción de mayor alcance en esta constitución consiste en lo siguiente: la constitución da posesión del poder político mediante el sufragio universal a las clases cuya esclavitud social debe perpetuar, el proletariado, los campesinos y la pequeña burguesía. Y retira a la clase cuyo viejo poder social sanciona, la burguesía, las garantías políticas de este poder. La obliga a gobernar en condiciones democráticas, que ayudan constantemente a las clases hostiles a obtener la victoria y ponen en peligro las bases mismas de la sociedad burguesa.²²

21. *Gesammelte Werke*, III, p. 56.

22. *Class Struggles in France*, ed. International Publishers, pp. 69-70.

La democracia saca a la luz en la esfera política los conflictos de la sociedad capitalista; restringe la libertad de los capitalistas para el uso del Estado en su propio beneficio; fortalece a la clase obrera en su demanda de concesiones; aumenta incluso, por último, la posibilidad de que la clase obrera presente demandas que amenacen al sistema mismo y que, por lo tanto, deban ser rechazadas por los capitalistas y sus funcionarios gubernamentales, sin consideración de las consecuencias. Como veremos después, todas estas son cuestiones de la mayor importancia para la determinación del curso real de la evolución capitalista; pero no contradicen los principios expuestos en la sección precedente. En otras palabras, no hay nada en la naturaleza de la democracia que nos lleve a modificar nuestra opinión sobre las funciones fundamentales y los límites de la acción del Estado en la sociedad capitalista. Por otra parte, debemos insistir en que los revisionistas, sosteniendo la opinión contraria de que el socialismo puede sustituir gradualmente al capitalismo por los métodos de la democracia capitalista, en realidad abandonan totalmente la posición de Marx.

La falacia de la posición revisionista nunca fue más claramente señalada como lo hizo Rosa Luxemburg en su polémica con Bernstein y Schmidt en 1899:

De acuerdo con Conrad Schmidt, la obtención de una mayoría socialdemócrata en el parlamento debería ser el camino directo hacia la socialización gradual de la sociedad... Formalmente, sin duda, el parlamentarismo expresa los intereses de toda la sociedad en la organización del Estado. Por otra parte, sin embargo, sigue siendo la sociedad capitalista, es decir, una sociedad en la que los intereses capitalistas gobiernan... Las instituciones que son democráticas por su forma son, en esencia, instrumentos de los intereses de clase dominantes. Donde esto es más evidente es en el hecho de que tan pronto como la democracia muestra una disposición a negar su carácter de clase y a convertirse en instrumento de los intereses reales del pueblo, las formas democráticas mismas son sacrificadas por la burguesía y por sus representantes en el Estado. La idea de una mayoría socialdemócrata aparece, por consiguiente, como un cálculo que, totalmente en el espíritu del liberalismo burgués, sólo se interesa en un aspecto —el aspecto formal— de la democracia, y no tiene en cuenta el otro aspecto, el de su contenido real.²³

La propagación del fascismo en las dos últimas décadas, particularmente en aquellos países donde la organización de la clase obrera había alcanzado su mayor desarrollo, ha hecho mucho por debilitar la creencia en la posibilidad de una transición gradual hacia el socialismo por los métodos que provee la democracia capitalista. Otto Bauer, uno de los representantes destacados de la Segunda Internacional y por largo tiempo líder de los socialistas austriacos, expresaba una opinión muy difundida cuando escribió, en 1936, que la experiencia del fascismo «destruye la ilusión del socialismo reformista, de que la clase obrera puede llenar las formas de la democracia con un contenido socialista y transformar el orden capitalista en un orden socialista sin salto revolucionario».²⁴ La advertencia de Rosa Luxemburg de que en un caso extremo «las formas democráticas mismas son sacrificadas por la burguesía y por sus representantes en el Estado», resulta estar bien fundada. Volveremos a esta cuestión en detalle más adelante, en los capítulos 17 y 19.

23. Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, III, pp. 59-60.

24. Otto Bauer, *Zwischen zwei Weltkriegen?*, p. 142.

5. EVALUACIÓN DEL PAPEL DEL ESTADO

Podría parecer que estamos preparados ahora para considerar el problema del Estado en relación con la depresión crónica, que fue planteado al final de la última parte. Pero esto sería un error. La depresión crónica es sólo uno de los problemas del capitalismo que requieren la acción del Estado, y tratar de ella aisladamente conduciría, sin duda, a conclusiones falsas.

Debe recordarse una vez más que el análisis de los capítulos precedentes ha sido realizado en un grado de abstracción relativamente alto con respecto a varias cuestiones importantes. Hemos supuesto, en particular, excepto en *excursi* ocasionales, un sistema capitalista cerrado y de competencia libre. En realidad, el capitalismo de hoy no es ni cerrado ni de libre competencia. Lo que vemos a nuestro alrededor es una economía mundial interconexa consistente en numerosas naciones capitalistas, semicapitalistas y no capitalistas, en las que el monopolio en diversos grados de desarrollo es un fenómeno común. Como se verá, estos hechos no son accidentales; pertenecen a la naturaleza misma del capitalismo como fase de la historia del mundo. Hacer abstracción de ellos fue un paso necesario, pero a la vez provisional, en nuestro análisis. Ha llegado el momento de rebasar esta posición, de tener en cuenta una diversidad de aspectos del desarrollo capitalista que hemos dejado de considerar hasta ahora. Haciéndolo así veremos aparecer nuevos problemas y condiciones que afectan profundamente nuestra concepción del futuro del capitalismo y el papel del Estado en él.

Nuestras siguientes tareas consistirán, por lo tanto, en analizar las tendencias estructurales e institucionales del capitalismo que modifican su carácter competitivo; y en analizar las características que se desarrollan en la economía mundial. Descubriremos la más estrecha relación entre ambas tareas. Sólo cuando estas tareas hayan sido terminadas, estaremos en condiciones de aplicar los principios expuestos en este capítulo y de evaluar concretamente el papel de la actividad del Estado en la determinación del destino del orden capitalista.

El desarrollo del capital monopolista

LAS TENDENCIAS DEL CAPITALISMO QUE CONDUCEN AL ABANDONO DE LA libre competencia entre productores y a la formación de monopolios están estrechamente relacionadas con la composición orgánica ascendente del capital que ha sido discutida en capítulos anteriores. Dos aspectos deben ser tenidos en cuenta: primero, el aumento del capital constante en relación con el capital variable; y segundo, el aumento en la porción fija del capital constante, es decir, en edificios y máquinas, en relación con materias primas, semielaboradas y auxiliares. El resultado de ambas tendencias es un alza en el volumen medio de la unidad productiva. Marx observó que esto podía ocurrir de dos modos, que debemos examinar ahora.

1. CONCENTRACIÓN DEL CAPITAL

Si los capitalistas individuales acumulan, de modo que aumente la suma de capital bajo el control de cada uno, esto hace posible una escala de producción acrecentada. Marx denominaba a este proceso «concentración del capital». La concentración en este sentido acompaña normalmente a la acumulación y es obvio que no puede tener lugar sin esta. Lo contrario, sin embargo, no es necesariamente cierto, ya que es posible concebir la acumulación al mismo tiempo que los capitalistas individuales pierden importancia, tal vez con motivo de repetidas subdivisiones entre herederos. A pesar de tendencias contrarrestantes de esta suerte, la concentración por sí misma sería, sin duda, suficiente para provocar un aumento continuo en la escala de la producción, y una tendencia, al menos en algunos sectores, hacia la limitación de la competencia. Al lado de la concentración hay un segundo proceso, todavía más importante, que Karl Marx llamaba «centralización del capital».

2. CENTRALIZACIÓN DEL CAPITAL

La centralización, que no debe confundirse con la concentración, significa la combinación de los capitales que ya existen:

Este proceso difiere del anterior en que sólo presupone un cambio en la distribución del capital ya disponible y en funcionamiento; su campo de acción no está, en consecuencia, limitado por el aumento absoluto de la riqueza social, por los límites absolutos de la acumulación. El capital aumenta en un lugar, en poder de una sola persona, porque muchos lo han perdido en otro lugar. Esta es la centralización propiamente dicha, diferente de la acumulación y la concentración.¹

Marx no trató de exponer «las leyes de esta centralización de capitales» sino que más bien se contentó con «una breve alusión a algunos hechos». Esto se debió al plan de su obra y no a la creencia de que el fenómeno careciese de importancia. Con todo, su breve alusión es instructiva y será examinada.

El factor primordial y básico en la centralización se encuentra en la economía de la producción a gran escala. «La batalla de la competencia se libra por el abaratamiento de las mercancías. La baratura de las mercancías depende, *ceteris paribus*, de la productividad del trabajo, y esta, a su vez, de la escala de producción. Por consiguiente, los capitalistas mayores vencen a los menores.»² Algunos de los capitales menores desaparecen, otros pasan a manos de las empresas más eficientes, que por este medio aumentan de tamaño. Así, la lucha misma entre competidores es un agente de centralización.

Hay otra fuerza centralizadora que actúa de un modo distinto, y es el «sistema de crédito». Según el empleo que Marx da a la expresión, el sistema de crédito ha de entenderse en un sentido amplio que incluya no solamente los bancos, sino todo el mecanismo financiero de las empresas de inversión, mercados de valores, etc.:

En sus comienzos, el sistema de crédito llega a hurtadillas como un modesto auxiliar de la acumulación, y trae, por hilos invisibles, los recursos monetarios dispersos en toda la extensión de la sociedad a manos de los capitalistas individuales o asociados. Pero pronto se convierte en un arma nueva y formidable en la lucha entre competidores, y, finalmente, se transforma en un inmenso mecanismo social para la centralización de capitales.³

La centralización por la vía del sistema de crédito, en su forma desarrollada, no implica la expropiación de los capitalistas menores por los mayores, sino «la combinación de cierto número de capitales ya existentes o en proceso de formación... por el camino más llano de la formación de sociedades anónimas».⁴ Este es, con mucho,

1. *Capital*, I, p. 686.

2. *Ibid.*, p. 686.

3. *Ibid.*, p. 687.

4. *Ibid.*, p. 688.

el método más rápido para ampliar la escala de producción. «El mundo seguiría careciendo de ferrocarriles si se hubiese visto obligado a esperar hasta que la acumulación hubiera permitido a algunos capitalistas individuales emprender la construcción de un ferrocarril. La centralización, por otra parte, realizó esto fácilmente por medio de las sociedades anónimas.»⁵

El fin de la centralización en cualquier rama de la industria se alcanza cuando sólo queda una firma.⁶ Pero en la sociedad como un todo, el límite extremo no se alcanzaría sino «hasta que todo el capital social estuviera unido, ya fuese en manos de un solo capitalista o en las de una sola corporación».⁷ Esta observación de Marx, y en verdad todo el examen de la centralización que hace, dejan claro que no consideraba el proceso desde el punto de vista de la propiedad legal —que podría distribuirse entre un gran número de accionistas—, sino más bien desde el punto de vista de la magnitud del capital bajo una dirección unificada.

Los principales efectos de la centralización, y en grado menor de la concentración misma, son tres. En primer lugar, conduce a una socialización y racionalización del proceso de trabajo dentro de los límites del capitalismo; a este respecto, Marx habla de «la transformación progresiva de los procesos de producción aislados que se realizan en las formas de costumbre, en procesos de producción socialmente combinados y científicamente dirigidos».⁸ En segundo lugar, la centralización, que es una consecuencia de la transformación técnica y de la composición orgánica ascendente del capital, acelera a su vez la marcha adelante de la transformación técnica. «La centralización, acelerando e intensificando así los efectos de la acumulación, extiende a la vez las revoluciones en la composición técnica del capital, lo que aumenta su parte constante a expensas de su parte variable, y de este modo reduce la demanda de trabajo relativa.»⁹ El tercer efecto, que no interesó a Marx en la etapa particular de su estudio en la que se ocupaba de la centralización, es un corolario obvio, a saber, la sustitución progresiva de la competencia entre un gran número de productores por el control monopolista o semimonopolista de los mercados por un número menor.

3. LAS CORPORACIONES

Hemos visto que Marx reconocía la corporación como un instrumento esencial de centralización. Estaba también al tanto de que las corporaciones tenían ciertas implicaciones ulteriores y de gran alcance para el carácter y el funcionamiento de la producción capitalista. Estas aparecen en uno de los anteproyectos manuscritos que Engels

5. *Ibid.*

6. En la cuarta edición alemana, Engels agregó la siguiente nota al pie: «Los más recientes trusts ingleses y americanos procuran realizar esto tratando de unir al menos todas las grandes compañías de cierta rama de industria en una gran sociedad anónima con un monopolio de hecho». *Capital*, I, p. 688.

7. *Ibid.*

8. *Ibid.*

9. *Ibid.*, I, p. 689. Este no es el único efecto de la centralización en la transformación tecnológica. Véanse *infra*, p. 260-261.

reunió para formar el volumen III de *El capital*,¹⁰ incompleto como está, el análisis muestra, sin embargo, que Marx se adelantó en mucho a su tiempo al reconocer la importancia de este problema.

Marx establece tres puntos principales en relación con las sociedades anónimas:

1. Una enorme expansión de la escala de producción y de las empresas, que era imposible para los capitalistas individuales...
2. El capital... recibe aquí directamente la forma de capital social... distinto del capital privado, y sus empresas asumen la forma de empresas sociales, distintas de las empresas individuales. Es la abolición del capital como propiedad privada dentro de los límites de la producción capitalista misma.
3. La transformación del capitalista que realmente opera en un simple gerente, en un administrador del capital de otras personas, y de los propietarios del capital en simples propietarios, en simples capitalistas poseedores de dinero.¹¹

El primero de estos puntos lo hemos tratado ya. El segundo y el tercero resumen brevemente la sustancia de un gran volumen de literatura sobre las corporaciones, de las últimas dos o tres décadas. La producción privada, debilitada ya por la aparición del sistema fabril, desaparece casi por completo en la gran corporación, y el propietario real del capital se retira casi por entero del proceso productivo. Sin embargo, Marx no comete el error que han cometido muchos autores modernos al escribir sobre la materia de considerar la corporación un paso directo hacia el control social de la producción. Por el contrario, la consecuencia de este nuevo progreso es «una nueva aristocracia de la finanza, una nueva suerte de parásitos bajo la forma de promotores, especuladores y simples directores nominales; todo un sistema de estafa y engaño por medio de la manipulación de las corporaciones, del tráfico y la especulación con las acciones. Es la producción privada sin el control de la propiedad privada».¹²

La teoría de Marx sobre las corporaciones fue elaborada y ampliada por Rudolf Hilferding en su importante obra *El capital financiero*, publicada en 1910. Económicamente, el aspecto más importante de la forma de organización corporativa es la disolución del lazo unificador entre la propiedad del capital y la dirección real de la producción, «la liberación del capitalista industrial de las funciones de empresario industrial», como lo expresaba Hilferding.¹³ Fue desarrollando las implicaciones de este fenómeno como Hilferding realizó su más importante contribución a la teoría de las corporaciones.

No es la forma corporativa como tal la que convierte al capitalista industrial en un capitalista poseedor de dinero; una firma privada puede pasar por el procedimiento legal de la incorporación sin sufrir ningún cambio esencial desde el punto de vista económico. Lo que es decisivo es el desarrollo de un mercado de valores seguro, a su vez un largo proceso histórico que no podemos analizar aquí. La razón de esto es clara:

10. *Capital*, III, capítulo XXVII («El papel del crédito en la producción capitalista»).

11. *Ibid.*, p. 516.

12. *Ibid.*, p. 521.

13. *Das Finanzkapital*, p. 112.

solo por medio del mercado de valores logra el capitalista independizarse del destino de la empresa particular en la que ha invertido su dinero. En la medida en que se perfecciona el mercado de valores, el accionista se parece cada vez menos al capitalista-director anticuado y cada vez más a un prestamista que puede recuperar la posesión de su dinero cuando lo desee. Queda siempre una diferencia, a saber, que el accionista corre un riesgo de pérdida mayor que el simple prestamista y, por lo tanto, puede esperarse que el beneficio de las acciones exceda al interés del dinero por un premio variable sobre el riesgo. Con esta limitación, la transformación del accionista de capitalista industrial que percibe ganancias a capitalista poseedor de dinero que percibe intereses, es en principio completa.

La primera consecuencia de esta transformación es la aparición de «la ganancia del promotor» (*Gründergewinn*), que Hilferding designa correctamente como «una categoría económica *sui generis*».¹⁴ Si una empresa (existente ya o en proceso) ha de rendir, digamos, el 20 por ciento sobre el capital invertido en ella, y si el rendimiento de las acciones de empresas de riesgo semejante es del 10 por ciento, incorporando la empresa y «flotándola» en el mercado, los promotores podrán vender acciones para doblar el monto del capital realmente invertido. La diferencia va directa o indirectamente a los bolsillos de los promotores, que de ese modo se enriquecen y refuerzan para nuevas operaciones. La ganancia del promotor es un incentivo para la formación de corporaciones, a la vez que una fuente de grandes fortunas; en ambos sentidos estimula el aumento en la escala de producción y la centralización del capital.

El acto de la promoción se consuma en la emisión y la venta de nuevos valores a quienes disponen de capital monetario libre. Es esta la razón de que el especialista en la venta de nuevos valores llegue a ocupar una posición clave en la formación de corporaciones, desempeñando con frecuencia directamente las funciones de promoción y quedándose con la mayor parte de la ganancia del promotor. En Alemania, los grandes bancos comerciales, con sus vastos recursos y sus contactos financieros, pronto se dedicaron al negocio de vender nuevos valores y ocuparon el primer lugar en el campo de la promoción. En los Estados Unidos, por otra parte, fueron los banqueros privados, tratantes en cambios nacionales y extranjeros, los primeros en entrar en el campo de los nuevos valores, y de este modo desarrollaron gradualmente la banca de inversión como institución diferente de la banca comercial, aunque en una etapa posterior de desarrollo los bancos comerciales entraron en el negocio de inversión por mediación de los llamados filiales de valores. A pesar de los caminos de desarrollo un tanto divergente, que se debieron tal vez a diversas limitaciones legales de la libertad de los bancos de comercio, el resultado en Alemania y Estados Unidos, los dos países que Hilferding tomó como base de sus generalizaciones, fue sustancialmente el mismo. Los financieros desempeñaron el papel principal en la promoción y de este modo lograron una posición muy importante, y aun, por algún tiempo, dominante en la estructura corporativa. Este fenómeno dio la base a Hilferding para titular su libro *El capital financiero*. Veremos más adelante, sin embargo, que Hilferding erró en el sentido de sobrestimar la importancia de la dominación financiera en la última etapa del desarrollo capitalista.

14. *Ibid.*, p. 118.

Además de sentar la base para la ganancia del promotor, la separación del capitalista individual de su puesto en el proceso productivo conduce a una mayor centralización del control sobre el capital. Nominalmente, en la corporación, el control está en manos del cuerpo de accionistas. Pero, incluso legalmente, los propietarios de las mayorías de las acciones tienen de hecho el completo control del capital aportado por todos los accionistas; en la práctica, la proporción requerida es de ordinario mucho menos que la mayoría, «no más que de un tercio a un cuarto del capital, y aun menos».¹⁵ Debido a este hecho, los grandes capitalistas que pueden disponer de un gran bloque de acciones en una o más corporaciones tienen la posibilidad de someter a su control una suma de capital varias veces mayor que la que poseen. Esto pone de relieve un atributo de la forma de organización corporativa sobre el que Hilferding no fue bastante explícito, a saber, que si bien la propiedad de las acciones como tal se divorcia del control y de la dirección de la producción, no obstante, la propiedad de una cantidad suficientemente grande de acciones lleva consigo el control de la producción en una escala acrecentada.¹⁶

Esto mismo, sin embargo, no expresa todas las posibilidades de centralización del control mediante el uso de la forma corporativa, pues debe recordarse que una corporación puede poseer las acciones de otra u otras corporaciones más. Así, un capitalista puede controlar la corporación *A* poseyendo, digamos, un tercio de sus acciones. Parte del capital de *A* puede ser usado para obtener el control de las corporaciones *B*, *C* y *D*, y el capital de estas, a su vez, para traer al redil más y más corporaciones. «Con el desarrollo de la forma corporativa nace una técnica especial de la finanza que tiene el propósito de asegurar a la más pequeña suma de capital propio el dominio sobre la mayor suma posible de capital ajeno.»¹⁷

Debe anotarse ahora el paso final del proceso de centralización que la forma corporativa hace posible. Por una parte, la ganancia del promotor pone vastas riquezas en poder de un número relativamente pequeño de capitalistas e instituciones bancarias; por otra parte, estas riquezas pueden ser invertidas de tal forma que aseguren el control de una suma de capital mucho mayor. De esta manera, como lo expresó Hilferding,

se forma un círculo de personas que, gracias a la posesión de capital propio como representantes del dominio concentrado sobre capital ajeno (directores de bancos), ocupan lugares en los consejos directivos de un gran número de corporaciones. Surge así una especie de unión personal [*Personalunion*], por una parte entre las diversas corporaciones mismas y por otra entre estas y los bancos, un hecho que tiene que ser de gran importancia para la política de estas instituciones, ya que nace entre ellas una comunidad de intereses [*gemeinsame Besitzinteresse*].¹⁸

15. *Ibid.*, p. 130.

16. Tenemos aquí una buena ilustración del principio dialéctico de que bajo ciertas circunstancias un cambio en la cantidad más allá de un punto preciso conduce a un cambio en la calidad.

17. *Das Finanzkapital*, pp. 130-131. Hilferding anotaba que «esta técnica ha alcanzado su perfección en el financiamiento de los sistemas ferrocarrileros americanos» (p. 131). Tenemos que decir ahora que este nivel, que ya era alto, fue superado en el campo de los servicios públicos en la década de 1920.

18. *Ibid.*, p. 132.

En muchos casos, esta unión personal interna es madre o al menos precursora de una organización unificada más estrecha aún, en forma de cárteles, trusts o combinaciones, directamente destinados al control monopolista del mercado. En la sección siguiente examinaremos por separado estas formas de organización.

Las consecuencias generales de la propagación de la forma corporativa pueden resumirse como sigue: intensificación del proceso de centralización junto con una aceleración de la acumulación en general, por una parte; y por otra, formación de una capa superior relativamente pequeña de grandes capitalistas cuyo control rebasa en mucho los límites de su capital propio. Este último punto ha sido tan mal comprendido por los autores modernos que tal vez merezca unas palabras más.

En años recientes hemos leído mucho sobre la propiedad separada del control en la gran corporación. Esta definición de las tendencias reales es correcta si por ella se entiende que la concentración del control sobre el capital no está limitada por la concentración de la propiedad. Sin embargo, si se le atribuye la implicación de que el control sale por completo de manos de los poseedores y se convierte en prerrogativa de algún otro grupo de la sociedad, es del todo errónea. Lo que realmente ocurre es que la gran mayoría de los poseedores se ve privada de control en provecho de una pequeña minoría. La gran corporación no significa, por lo tanto, ni democratización ni abrogación de las funciones de control de la propiedad, sino más bien su concentración en un pequeño grupo de grandes poseedores de propiedad. Lo que pierden muchos poseedores de propiedad lo ganan unos pocos. Hilferding tenía completa razón cuando decía que «los capitalistas forman una sociedad en cuya dirección la mayoría de ellos no tiene participación alguna. El dominio real sobre el capital productivo pertenece a hombres que sólo han aportado una parte de él».¹⁹

4. CÁRTELES, TRUSTS Y COMBINACIONES

La última etapa en el desarrollo del capital monopolista llega con la formación de combinaciones que tienen el propósito consciente de dominar la competencia. Esta etapa sólo se alcanza sobre la base de un grado relativamente alto de centralización que, reduciendo el número de empresas en una línea de producción dada, hace la competencia cada vez más dura y peligrosa para los supervivientes. La competencia tiende a convertirse en una competencia a muerte que no favorece a nadie. Cuando esto ocurre, el terreno está preparado para el movimiento de las combinaciones.

Marx terminó sus escritos económicos antes de que empezara el movimiento de las combinaciones y, en consecuencia, no dejó ningún análisis del mismo en los tres volúmenes de *El capital*. Sin embargo, hacia el tiempo en que Engels emprendió la edición del volumen III, al mediar la década de 1880, la dirección de los acontecimientos era clara ya. En una larga nota inserta en el examen de las corporaciones de

19. *Ibid.*, p. 145. Pruebas de hecho de esta tesis, en lo que concierne a los Estados Unidos, están ahora disponibles en gran número en dos informes cuidadosamente documentados que editó el Comité Económico Nacional Transitorio, a saber, monografía n.º 29, *The Distribution of Ownership in the 200 Largest Nonfinancial Corporations*; y monografía n.º 30, *Survey of Shareholdings in 1.710 Corporations with Securities Listed on a National Securities Exchange*.

Marx, Engels hablaba de «los grados segundo y tercero de las sociedades anónimas» bajo la forma de cárteles y «en algunas ramas... la concentración de toda la producción de la rama en una gran sociedad anónima bajo una sola administración». «La libre competencia por largo tiempo fomentada —hacia notar Engels— ha llegado al límite de sus posibilidades y se ve obligada a anunciar su propia bancarrota palpable.»²⁰

Hilferding, con la rica experiencia a la vista de Alemania y Estados Unidos en los años de 1890 a 1910, pudo elaborar e incorporar esta penetrante visión a la teoría económica de Marx. Nuestro análisis sigue el de Hilferding en el trazo general, aunque con modificaciones adecuadas para los lectores más familiarizados con las condiciones de Estados Unidos que con las de Alemania.

La característica específica de las formas de organización aquí examinadas, que las distingue de la corporación como tal, es que están deliberadamente destinadas a aumentar las ganancias por medio del control monopolista de los mercados. La realización de este propósito implica la limitación o anulación de la libertad de acción de las empresas afectadas y su coordinación bajo una política unificada precisa. Habiendo numerosos grados de limitación, se sigue que puede haber muchas formas diferentes de combinación monopolista. Mencionaremos algunas de las más importantes, desde la forma de asociación más suelta hasta la fusión total de las firmas concurrentes. Debe recordarse siempre que un interés común entre competidores, basado en juntas directivas entrelazadas o en conexiones bancarias comunes, si existe, fortalece mucho la tendencia a la combinación y allana el camino hacia ella. En verdad, podría decirse incluso que la comunidad de interés es, en cierto sentido, un tipo de combinación que conduce fácilmente a formas más estrechas.

Tal vez la forma de combinación más débil sea la llamada «pacto de caballeros», que es esencialmente la articulación de una política común acordada por competidores, pero sin carácter obligatorio para ninguno de ellos. El incentivo para que cada firma individual rompa el pacto es fuerte, sin embargo, y los arreglos de esta índole pocas veces duran más de un breve periodo.

Se alcanza una nueva etapa con la formación de un *pool* en que los negocios se distribuyen de acuerdo con una fórmula acordada entre los participantes. El pacto de *pool* se hace generalmente por escrito, pero su cumplimiento depende sobre todo de la cooperación voluntaria de sus miembros. Por lo tanto, como el pacto de caballeros, el *pool* es inestable y generalmente no es más que un fenómeno transitorio.

Ciertos tipos de cártel se parecen mucho al *pool* y participan de su debilidad. Para superar esta se extiende el control del cártel sobre sus miembros y se establecen sanciones contra aquellos que rehúsan aceptar sus condiciones. Un cártel típico tiene un comité central encargado de fijar los precios y las cuotas de producción, y con poderes para castigar a los transgresores con multas o por otros medios. La independencia de los miembros puede ser restringida más aún centralizando las compras y las ventas en una sola agencia, rompiendo así la relación directa entre las firmas individuales y sus clientes, e incluso otorgando al comité central poderes para cerrar las plantas ineficientes y distribuir la suma de las ganancias de acuerdo con alguna fórmula establecida. Después de este último paso, el cártel se acerca bastante, en muchos aspectos, a la fusión completa.

20. *Capital*, III, p. 518.

Una forma de organización más estrecha que el cártel es el trust en el sentido estricto de la palabra, que disfrutó de mucho favor en Estados Unidos por algún tiempo, hasta que fue puesto fuera de la ley. Bajo la forma del trust los propietarios de la mayoría de las acciones de cierto número de corporaciones independientes entregan sus acciones a un grupo de depositarios, a cambio de certificados de depósito. Los depositarios ejercen el derecho de voto correspondiente a las acciones y los tenedores de los certificados reciben los dividendos. De este modo, la política de las empresas se unifica por completo, en tanto que la identidad legal y de negocios de los mandantes permanece inalterada como en el cártel. El trust en este sentido no debe confundirse con el significado que comúnmente se atribuye al término, según el cual es una designación genérica que cubre casi todo el campo de las combinaciones monopolistas.

Finalmente, llegamos a la fusión completa en la que la independencia de las firmas participantes queda abolida. La fusión puede tener lugar de varios modos, siendo los principales la absorción de todas las firmas por una grande y la desaparición de todas las viejas firmas en favor de una nueva entidad de negocios. En todo caso, el resultado es el mismo: completa unidad orgánica bajo una sola dirección. Esta es evidentemente la forma de combinación más efectiva desde el punto de vista de la realización de una política monopolista.

Los factores que determinan las formas de combinación adoptadas en circunstancias variables de tiempo y de lugar constituyen una rama especial de la economía aplicada. En general, puede decirse que se relacionan con las condiciones particulares que prevalecen en las diversas ramas de la industria, las debilidades de las formas de asociación más sueltas y las disposiciones legales vigentes en los distintos países. Así, por ejemplo, en Estados Unidos las leyes que prohibían las combinaciones del tipo del cártel y del trust obraron en el sentido de extender considerablemente el uso de la fusión completa como método para realizar propósitos monopolistas; mientras que en Alemania, donde se concedió al cártel un estatus legal reconocido, esta última forma fue la que prosperó.

Desde nuestro punto de vista, estas diferencias son de importancia secundaria. El hecho decisivo es que el movimiento de las combinaciones se extendió a todos los países capitalistas avanzados durante las dos décadas, más o menos, de finales y comienzos de siglo, y dio lugar a un cambio cualitativo en el carácter de la producción capitalista. La libre competencia, que había sido la norma dominante (aunque, por supuesto, no exclusiva) del funcionamiento del mercado capitalista, fue definitivamente reemplazada por el monopolio en grados diversos, también como norma dominante. Las consecuencias de esta transición en las leyes generales del movimiento de la sociedad capitalista tendrán que ser cuidadosamente examinadas en los dos próximos capítulos.

5. EL PAPEL DE LOS BANCOS

Hemos advertido ya que los bancos, por su posición estratégica en la emisión y venta de nuevos valores, desempeñan un papel singularmente importante en la formación de las corporaciones, y lo mismo se puede decir de la fusión de corporaciones ya formadas. Los bancos se apropian de la mayor parte de la ganancia del promotor,

nombran a sus propios representantes para integrar las juntas directivas de las corporaciones y logran una gran influencia en la adopción de su política.

¿En qué sentido se ejercerá esta influencia? Siempre hacia la abolición de la competencia. Una compañía individual puede, si se considera bastante fuerte, aceptar con gusto la lucha prolongada, hasta vencer, con sus competidores, arrojando un periodo provisional de ingresos reducidos en la esperanza de recuperar con exceso sus pérdidas más tarde. Pero a un banco que tiene relaciones con numerosas compañías, semejante conducta debe, por fuerza, parecerle fútil y derrotista. Los beneficios de una empresa son compensados por las pérdidas de otras. Como Hilferding hizo notar,

en consecuencia, el esfuerzo de los bancos por eliminar la competencia entre las firmas en que están interesados, es absoluto. Todo banco tiene también interés en la mayor ganancia posible. Si las demás cosas permanecen iguales, este propósito se realiza en una rama particular de la industria cuando la competencia ha sido completamente eliminada. De ahí que los bancos procuren el monopolio.²¹

Mientras más vastas son las conexiones de un banco y más poderosa es su voz, más efectivamente puede perseguir su propósito de eliminación de la competencia y erección de monopolios. De ahí que la centralización del capital en la esfera industrial encuentre su duplicado en el desarrollo de unidades bancarias cada vez mayores. Sobre esta base surge esa unión personal interna de juntas directivas entrelazadas e intereses comunes que liga a los magnates industriales y bancarios más fuertes en todos los países capitalistas avanzados.

Hasta aquí podemos aceptar el análisis de Hilferding con pocas reservas. Pero va mucho más lejos, a veces declarando abiertamente y siempre dando a entender que en la asociación entre el capital industrial y el bancario es este último el que ocupa la posición dominante. En alguna parte define «el capital financiero» como «capital controlado por los bancos y utilizado por los industriales»,²² y describe la tendencia del capitalismo como si implicara la sujeción creciente de todos los aspectos de la vida económica a un círculo cada vez más estrecho de grandes bancos. Esto aparece con claridad en el pasaje siguiente:

Con el desarrollo de la banca, con la relación cada vez más estrecha entre los bancos y la industria, se desarrolla la tendencia, por una parte, a eliminar la competencia entre los bancos, y por la otra, a concentrar todo el capital bajo la forma de capital monetario y a colocarlo productivamente sólo por mediación de los bancos. En un último análisis, esta tendencia conduciría a una situación en la que todo el capital monetario estaría a disposición de un banco o grupo de bancos. Semejante «banco central» ejercería entonces el control sobre el conjunto de la producción social.²³

21. *Das Finanzkapital*, p. 231.

22. *Ibid.*, p. 283.

23. *Ibid.*, p. 218.

No puede haber duda de que esta opinión es fundamentalmente engañosa. Hilferding confunde una fase transitoria del desarrollo capitalista con una tendencia permanente. Es verdad que durante el periodo del movimiento mismo de las combinaciones, cuando las corporaciones y amalgamas están en proceso de formación, los bancos se encuentran en una posición estratégica que les permite extender su imperio a las áreas clave del sistema productivo. El proceso de combinación, sin embargo, no puede prolongarse indefinidamente. El último límite se alcanzaría en cualquier industria dada cuando sólo quedase una firma, pero por regla general el proceso se detiene mucho antes de que este último límite haya sido realmente alcanzado. La competencia de índole peligrosa es por lo general efectivamente abolida cuando algo así como de las tres cuartas a las cuatro quintas partes de una industria dada están en manos de unas pocas grandes compañías. Más allá de este punto, la tendencia a la combinación ulterior se ve fuertemente debilitada y puede ser incluso totalmente compensada por fuerzas contrarrestantes. Agrupaciones rivales de grandes capitalistas siguen existiendo y cada cual espera siempre poder mejorar su posición a expensas de los otros; cada cual necesita bases en los sectores industriales más importantes como fuente de poder y como posibles tantos en un juego de regateo con los otros. Una vez que el espectro de la competencia a muerte ha sido ahuyentado y un *modus vivendi* para los fines monopolistas más generales y necesarios ha sido descubierto, las nuevas combinaciones son menos frecuentes y pueden cesar pronto del todo.

Alcanzada esta etapa, la posición de los bancos sufre un cambio notable. La función de emitir nuevos valores, en la cual se basaba originalmente su poder, pierde mucho en importancia. Las grandes corporaciones monopolistas se hallan, en directa proporción a sus éxitos (es decir, a su lucratividad), en posesión de fuentes internas de recursos, no sólo bajo la forma de ganancias que pueden acumularse en vez de distribuirse como dividendos a los accionistas, sino también bajo la forma de depreciación, agotamiento, equipo fuera de uso y otras llamadas cuentas «de reserva» que cada vez en mayor escala se dedican a propósitos de acumulación. Con estas fuentes internas de capital adicional a su disposición, las administraciones corporativas dejan de depender en mayor o menor grado del mercado de nuevos valores como fuente de capital y, por ello mismo, dejan de depender de los banqueros. Ciertamente, donde la influencia de los bancos está sólidamente atrincherada, esto no significa la inmediata declinación de su poder. Pero, a la larga, el poder económico no relacionado con ninguna función económica está condenado a debilitarse y, finalmente, a desaparecer. Esto es exactamente lo que pasa con el poder de los bancos en la medida en que está basado en el control de la emisión de nuevos valores. La función misma se atrofia y el poder a que dio origen declina, dejando a los bancos en una posición secundaria. Pasados sus días de gloria, el capital bancario retrocede a una posición subsidiaria del capital industrial, restableciendo así la relación que existía antes del movimiento de las combinaciones. Esto no significa que el capitalismo en general regrese a su estado anterior; por el contrario, el monopolio y la dominación de una pequeña capa superior de grandes capitalistas se hacen más sólidos y se extienden gradualmente, abarcando sectores cada vez más vastos del sistema de producción y distribución. Sólo que su base es el capital industrial y no, como Hilferding pensó que sería, el capital bancario. La dominación del capital bancario es una fase transitoria del desarrollo capi-

talista, que coincide aproximadamente con la transición del capitalismo de competencia al monopolista.²⁴

El error de Hilferding es grave al menos en dos sentidos. Por una parte, la concepción previa del dominio financiero impide la comprensión de los cambios recientes más importantes en el carácter del proceso de acumulación, particularmente el desarrollo del financiamiento corporativo interno.²⁵ Y, por otra parte, conduce a grandes ilusiones respecto de la naturaleza y las dificultades de la tarea que implica la realización de una sociedad socialista. Ya en 1910, Hilferding expresaba la opinión de que «la captura de seis grandes bancos de Berlín significaría la captura de las esferas más importantes de la gran industria».²⁶ Incluso en aquella época esto estaba lejos de ser verdad, aunque incuestionablemente la captura de los grandes bancos podría haber quebrantado seriamente las industrias que dependían de ellos. Pero hoy todo el sistema bancario podría ser «capturado» en Estados Unidos, por ejemplo, sin ocasionar otra cosa que una leve agitación temporal en las filas del gran capital. Es claro que si la teoría del capitalismo financiero es interpretada en el sentido de implicar la dominación de los bancos, es una pobre base para construir una política socialista.

Para poner fin a este examen, sin embargo, debemos observar que la expresión «capital financiero» no tiene por fuerza las implicaciones que Hilferding le atribuyó. Lenin, en particular, criticó la definición del capital financiero de Hilferding basándose en que «guarda silencio sobre uno de los puntos más importantes, a saber, el aumento de la concentración de la producción y del capital en medida tan grande que la concentración conduce y ha conducido al monopolio». El «capital controlado por los bancos y utilizado por los industriales», de Hilferding, Lenin lo substituyó por lo siguiente:

La concentración de la producción, los monopolios que surgen de ella, la fusión o la coalición de los bancos con la industria: tal es la historia del ascenso del capital financiero y el contenido de este concepto.²⁷

Así, la teoría de Lenin está libre, ciertamente, de las críticas que se han hecho a la de Hilferding. Es dudoso, no obstante, que el término «capital financiero» pueda ser despojado de la connotación de dominio de la banca que Hilferding le dio. Si es así, parece preferible abandonarlo del todo y substituirlo por el término «capital monopolista», que expresa claramente lo que es esencial en la idea de Lenin sobre el «capital financiero», sin ser tan probable que, como este último concepto, desoriente a los lectores incautos.

24. La admisión más clara, por un escritor marxista, del carácter transitorio de la dominación financiera, la encontramos en Grossmann, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, pp. 572 y ss. Para un breve bosquejo del debilitamiento del poder de la finanza en Estados Unidos, véase mi artículo «The Decline of the Investment Banker», *Antioch Review*, primavera de 1941.

25. Es interesante observar que, pese a todos los cambios habidos entre los años 1910 y 1930, en este último Hilferding seguía repitiendo, casi palabra por palabra, los argumentos de *Das Finanzkapital*. Véase su artículo «Die Eigengesetzlichkeit der kapitalistischen Entwicklung», en *Kapital und Kapitalismus*, ed. Bernhard Harms (1931), vol. I.

26. *Das Finanzkapital*, p. 473.

27. *Imperialism*, ed. International Publishers, Little Lenin Library, p. 44.

15

El monopolio y las leyes de movimiento del capitalismo

EN EL CAPÍTULO ANTERIOR AVERIGUAMOS CÓMO Y POR QUÉ EL CAPITALISMO de competencia, en cierta etapa de su desarrollo, se convierte en capitalismo de monopolio. Esta metamorfosis, a su vez, repercute en el funcionamiento del sistema, enmendando algunas de sus leyes y modificando otras. El análisis de las enmiendas y modificaciones en las leyes del movimiento capitalista debe ser, por lo tanto, nuestra próxima tarea. En este capítulo nos limitaremos a las consecuencias que aparecen bajo la hipótesis de un sistema cerrado; en el capítulo siguiente someteremos a examen los problemas de la economía mundial.

1. MONOPOLIO Y PRECIO

«Cuando hablamos de precio de monopolio —escribió Marx— nos referimos de un modo general a un precio que es determinado sólo por el anhelo que los compradores tienen de adquirir y por su solvencia, independientemente del precio que es determinado por el precio general de producción y por el valor de los productos.»¹ Siendo este el caso, resulta obvio, como decía Hilferding, que «la realización de la teoría de Marx sobre la concentración, sobre la fusión monopolista, parece dar por resultado la invalidación de la teoría de Marx del valor».²

Esta observación, ciertamente, no carece de cierta justificación. Bajo condiciones de monopolio, las proporciones de cambio no se ciñen a las proporciones de tiempo de trabajo, ni están en una relación teóricamente demostrable con las proporciones de tiempo de trabajo, como sucede con los precios de producción. Cuando los productores tienen poder bastante para limitar la oferta, lo tienen también para fijar los precios, y resulta imposible determinar teóricamente y en un grado de generalidad provechoso a

1. *Capital*, III, p. 900.

2. *Das Finanzkapital*, p. 286.

qué nivel serán fijados los precios; demasiados factores diversos entran en la determinación de un precio dado para que sea posible la elaboración de una teoría exacta que tenga algo más que una aplicabilidad muy limitada. Esto está plenamente demostrado por los intentos de la teoría económica ortodoxa en años recientes de establecer leyes objetivas sobre el precio en condiciones de monopolio total o parcial. Aparte de algunas proposiciones vacuas, tales como la de que el precio será fijado en el punto en que se obtenga la ganancia máxima, la teoría del precio de monopolio se convierte pronto en un catálogo de casos especiales, cada uno con su solución particular. No es esta una falla de los economistas, ni tampoco es meramente, como algunos afirman, un indicio del retraso de la ciencia; la dificultad es inherente a la materia. No se ha descubierto ninguna ley medianamente general del precio de monopolio porque no existe ninguna.

El hecho de que sea inútil buscar una teoría del precio de monopolio que pueda colocarse en el mismo plano que las teorías del valor y del precio de producción no debe, sin embargo, ser causa de desaliento. Pues podemos afirmar con bastante generalidad y certeza que, comparada con la situación que existiría bajo la competencia, la producción total de equilibrio es más pequeña y el precio de equilibrio es más alto cuando se introducen elementos de monopolio. Si es así, podemos partir de la teoría del valor (o del precio de producción) como base, y analizar la índole, si no la amplitud, de las modificaciones que el monopolio trae consigo. Esto es en extremo importante, ya que nos permite desarrollar la teoría del monopolio en un sentido realmente útil, algo que no sería posible si las desviaciones del precio de monopolio con respecto al precio de competencia fuesen puramente arbitrarias tanto en lo relativo a su dirección como a su alcance.

Incluso en relación con el alcance de la desviación del precio de monopolio con respecto al precio de competencia, ciertas opiniones del tipo «más o menos» son posibles a menudo. Así, es por lo general prudente suponer que el precio será mayor mientras menos afecten, relativamente, a la cantidad comprada, los cambios en el precio (es decir, mientras menos elástica sea la demanda) y mientras más completo sea el monopolio. Estos son factores acerca de los cuales es frecuentemente posible formarse un juicio aproximado, pero útil, particularmente cuando se trata de estimar los efectos de los cambios técnicos y de organización en los precios. No debe esperarse, sin embargo, que sea posible reducir la teoría del precio de monopolio a precisión cuantitativa; quienquiera que intente hacerlo no logrará más que perderse en un laberinto de casos especiales.

Casi no es necesario decir que la validez de la medición de las mercancías en términos de valor, esto es, con la vara de medir del tiempo de trabajo socialmente necesario, es independiente de las proporciones de cambio particulares que estén establecidas en el mercado, sea bajo condiciones de competencia o de monopolio. Como pronto veremos, este hecho es de primera importancia para el desarrollo de la teoría del monopolio más allá de la simple esfera de los precios.

2. EL MONOPOLIO Y LA TASA DE GANANCIA

En lo que concierne a la empresa individual, la transición de la competencia al monopolio trae consigo un aumento en la ganancia; este es, en verdad, todo el propó-

sito y fin del monopolio. Pero el valor total producido por la fuerza de trabajo social no aumenta en nada con la formación de monopolios y, por lo tanto, la ganancia extra del monopolista tiene el carácter de una transferencia de valores procedentes del ingreso de otros miembros de la sociedad. ¿De los bolsillos de quién viene la ganancia extra del monopolio? Marx expresó las dos posibilidades más generales en los términos que siguen:

El precio de monopolio de ciertas mercancías transferiría meramente una parte de la ganancia de los otros productores de mercancías a las mercancías con precio de monopolio. Un trastorno local en la distribución de la plusvalía entre las diferentes esferas de la producción tendría lugar... pero no cambiarían los límites de la plusvalía misma. Si una mercancía con precio de monopolio entrara en el consumo necesario del trabajador, aumentaría el salario y, de ese modo, reduciría la plusvalía si el trabajador recibiera el valor de su fuerza de trabajo igual que antes. Pero tal mercancía podría también hacer caer el salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo, sólo, por supuesto, en la medida en que el salario fuese más alto que el mínimo de subsistencia físico. En este caso, el precio de monopolio sería pagado por una deducción del salario real... y de las ganancias de los demás capitalistas.³

Para decirlo brevemente, la ganancia extra es una deducción de la plusvalía de otros capitalistas, o una deducción de los salarios de la clase obrera. Hablando en general, sin embargo, en cualquier tiempo y lugar los salarios gravitan alrededor de un nivel socialmente considerado como un estándar de subsistencia mínimo. Los sindicatos son uno de los agentes más poderosos para la obtención de este resultado;⁴ y como los sindicatos están ya bastante desarrollados al producirse el movimiento de la combinación, parece razonable suponer que las deducciones de los salarios ocasionadas por la ganancia extra del monopolio serán rápidamente restituidas. Si este razonamiento es válido, se sigue que la ganancia extra del monopolista proviene principalmente de los bolsillos de sus colegas capitalistas. En lo que sigue, trabajaremos sobre esta hipótesis excepto allí donde se introduzca expresamente un cambio.

La tendencia a la igualdad de tasas de ganancia, que es un rasgo característico del capitalismo de competencia, es así doblemente quebrantada por el monopolio: las ganancias de algunos aumentan en tanto que las ganancias de otros disminuyen. Por supuesto, hay todavía una tendencia del capital a salir de las ramas perjudicadas y penetrar en las favorecidas, pero la esencia misma del monopolio es la existencia de obstáculos eficaces a este libre movimiento del capital. Por consiguiente, una nueva forma de la tendencia a la igualdad en las tasas de ganancia entra en juego ahora, una forma que Hilferding destaca mucho en su examen del monopolio.⁵ Es esta la *propagación* del monopolio de cualquier punto en que aparece. En la medida en que el monopolio se hace general, las utilidades de los individuos son hasta cierto punto compensadas por sus pérdidas y las tasas de ganancia se acercan más a la igualdad (aunque

3. *Capital*, III, pp. 1.003.

4. Esto no debe conducirnos a pasar por alto que, a la larga, el sindicalismo es uno de los factores importantes que determinan el nivel convencional de subsistencia mismo.

5. Véase *Das Finanzkapital*, pp. 287 y ss.

una igualdad exacta no podría alcanzarse nunca por este camino). El principio de la propagación puede aclararse como sigue. Cierta industria, digamos la producción de mineral de hierro, es monopolizada y el precio de su producto sube. Parte de la pérdida que resulta la soportan los productores de hierro en lingotes, que tienen ahora un incentivo acrecentado para unirse a fin de elevar sus precios ante la industria del acero y, a la vez, exigir precios más bajos de la industria minera. De este modo, la combinación se propagará en círculos concéntricos desde cualquier punto de origen dado, capturando aquellas industrias donde las circunstancias sean favorables a la implantación y el mantenimiento de condiciones de monopolio.

El proceso de propagación, sin embargo, opera de forma muy desigual, pues hay siempre industrias en que sólo se requiere una pequeña inversión de capital; hacen falta muchas firmas para satisfacer la demanda y la entrada en ese campo es fácil para cualquiera que cuente con el mínimo de capital requerido. Aquí subsisten las condiciones de la competencia, a pesar de las ventajas que resultan de la combinación. Se sigue que ni de la modalidad del capital ni de la propagación del monopolio puede esperarse una igualdad general de las tasas de ganancia. En vez de ello hay una jerarquía de tasas de ganancia que van de la más alta en las industrias de producción a gran escala, donde es relativamente fácil establecer combinaciones cerradas bien protegidas, a la más baja en las industrias de producción a muy pequeña escala, donde numerosas firmas coexisten y la facilidad de la entrada impide las combinaciones estables.

3. EL MONOPOLIO Y LA ACUMULACIÓN

El monopolio afecta profundamente al proceso de acumulación, primero en sus efectos sobre la tasa de acumulación procedente de una suma dada de plusvalía, y, segundo, en sus efectos sobre la colocación del capital acumulado. Examinemos estos problemas uno tras otro.

La plusvalía total de la sociedad se divide en numerosas secciones, correspondiendo cada una en volumen a la parte del capital social total de que proviene. Es una regla general que la proporción acumulada aumenta con el volumen de la sección de plusvalía. De aquí se sigue que la centralización por sí misma, puesto que disminuye el número y aumenta el volumen de las secciones, tendrá el efecto de elevar la tasa de acumulación de un total dado de plusvalía.⁶ El monopolio intensifica este efecto trans-

6. Podría plantearse la cuestión de si las secciones de plusvalía deben medirse de acuerdo con el volumen de las unidades productivas que primero incrementan, o de acuerdo con el volumen de las últimas y mucho más numerosas unidades de propiedad a las que finalmente afluyen. Si el segundo es el método adecuado, la centralización de la producción, puesto que puede avanzar por medio de la forma corporativa sin centralización de la propiedad, podría no tener principalmente ningún efecto en el volumen relativo de las secciones y, por lo tanto, en la tasa de acumulación. Con el desarrollo del financiamiento corporativo interno, sin embargo, las unidades de producción (corporaciones) adquieren enorme importancia como unidades para fines de acumulación. Por consiguiente, si bien la falta, o al menos el ritmo más lento, de la centralización de la propiedad comparada con la centralización de la producción, debe ser tomada en cuenta, esto de ningún modo significa, sin embargo, que la centralización de la producción no tenga ninguna virtud para elevar la tasa de acumulación.

riendo la plusvalía de los capitalistas menores a los mayores. El crecimiento de la acumulación originada con la adición a las secciones más grandes debe ser mayor que la disminución atribuible a la sustracción de las secciones más pequeñas. Vemos, por consiguiente, que por dos razones la tasa de acumulación bajo el capitalismo de monopolio tiende a ser más alta que bajo el capitalismo de competencia.

Pasemos ahora a los efectos del monopolio en las necesidades del capital recién acumulado. Aquí el factor decisivo es que el mantenimiento mismo del monopolio exige cerrar a la inversión las ramas monopolizadas y, por lo tanto, más lucrativas de la industria. Observamos la aparente paradoja de que un monopolista que obtiene grandes beneficios se negará, sin embargo, a invertir más capital en su propia industria y buscará oportunidades exteriores de inversión, aun cuando la tasa de ganancia obtenible sea mucho más baja. La paradoja desaparece tan pronto advertimos que la política de inversiones del monopolista no puede ser determinada por su tasa de ganancia de conjunto o por la tasa obtenible sobre la inversión adicional tomada en sí misma. Debe guiarse más bien por lo que podemos llamar la tasa de ganancia marginal, es decir, la tasa sobre la inversión adicional después de tener en cuenta el hecho de que la inversión adicional, aumentando la producción total y reduciendo el precio, llevará consigo una reducción de la ganancia sobre la antigua inversión.⁷ La tasa de ganancia de conjunto puede ser alta mientras que la tasa marginal es baja o incluso negativa. El monopolista buscará, por consiguiente, oportunidades de inversión exteriores en tanto la tasa obtenible en cualquier parte sea mayor que la tasa marginal en su propio campo. Es verdad, por supuesto, que los actos del capitalista extraño no se regirán por la tasa de ganancia marginal del monopolista; pero la existencia del monopolio significa que el extraño no es libre de entrar en ese campo, por mucho que lo desee.

El principio de que el monopolista se rige en sus decisiones de inversión por la tasa de ganancia marginal es de fundamental importancia. Además de explicar el cese de las inversiones en las ramas monopolizadas mientras la tasa de ganancia parece aún ser alta, nos ayuda a entender cómo y por qué la actitud del capital de monopolio hacia la transformación tecnológica difiere de la del capital de competencia. Así como en el caso de una expansión de la producción total el monopolista debe tener en cuenta el efecto que ella tendrá sobre su antiguo negocio, en el caso de una innovación tecnológica no puede olvidar la pérdida de valor que su capital ya invertido puede sufrir por anticuado. Bajo la competencia, por otra parte, el beneficio es disfrutado

7. El ejemplo siguiente ayudará a esclarecer el concepto. Un monopolista con un capital de \$ 1.000 produce 100 unidades anualmente, a un costo de \$ 5 por unidad y vende a un precio de \$ 10 por unidad. Su ganancia es de \$ 500, o sea, el 50 por ciento sobre su capital. La adición de \$ 100 a su capital le permitirá producir 10 unidades más, siempre a un costo de \$ 5 por unidad. A fin de vender 110 unidades, sin embargo, el precio tendría que ser reducido de \$ 10 a \$ 9. La ganancia sobre la inversión adicional será de $\$ 90 - \$ 50 = \$ 40$, o sea el 40 por ciento sobre el capital adicional de que se trate. Sin embargo, el monopolista debe tener en cuenta el hecho de que el precio de \$ 9 se aplica a todas las unidades y no sólo a las unidades adicionales. Puesto que ha estado vendiendo 100 unidades a \$ 10, perderá \$ 100 cuando el precio baje a \$ 9. Esta pérdida debe ponerse junto al beneficio de 40 por ciento de las unidades adicionales en venta. Es obvio que la pérdida excede en mucho al beneficio; la tasa de ganancia marginal es realmente negativa. El monopolista hará mejor en invertir sus \$ 100 fuera de su propia industria en tanto pueda obtener alguna ganancia, y, si esto es imposible, será mejor para él conservar los \$ 100 en efectivo en vez de colocarlos en su propio negocio.

por el innovador, en tanto que la pérdida, si la hay, es soportada al menos en gran parte por sus competidores. Esto no significa que la transformación tecnológica deba cesar bajo el monopolio; las instituciones de investigación perfeccionadas que sostienen los grandes combinados monopólicos son algo nuevo y prueban que, en amplitud y alcance, el progreso tecnológico recibe un poderoso estímulo de la centralización del capital. Lo que significa es que el ahorro de trabajo se convierte más que nunca en el propósito de la tecnología capitalista, y que el ritmo de introducción de nuevos métodos será adaptado a la necesidad de reducir al mínimo el trastorno de los valores de los capitales existentes. En otras palabras, los nuevos métodos tendrán una predisposición cada vez más fuerte a economizar trabajo, y por lo común el nuevo equipo sustituirá al viejo sólo cuando este último se haya gastado y deba ser forzosamente sustituido.⁸ En consecuencia, el monopolio hace subir la tasa de afluencia de trabajadores al ejército industrial de reserva y reduce el mercado de inversión para el capital recién acumulado como fruto del progreso tecnológico.

Hemos visto que el monopolio detiene la demanda de nuevo capital en las industrias monopolizadas de dos maneras: restringiendo la producción total para mantener la máxima tasa posible de la ganancia de conjunto; y regulando conscientemente la tasa de introducción de innovaciones técnicas, de tal modo que se reduzca al mínimo la necesidad de nuevo capital.⁹ La contrapartida de esta detención de las inversiones en las industrias monopolizadas es un amontonamiento de capital en las industrias donde la entrada está libre, o al menos no tan restringida, con la consecuente depresión de las tasas de ganancia en estas áreas. Así, el efecto inmediato de la acumulación consiste meramente en intensificar las deformaciones en la pauta de tasas de ganancia que el monopolio trae originalmente consigo.

¿Cuál es la significación del monopolio desde el punto de vista de los problemas de la crisis y la depresión? En la medida en que la tasa de acumulación aumenta, evidentemente el efecto consiste en acelerar la tendencia descendente de la tasa media de ganancia y reforzar la tendencia al subconsumo. Pero esto no es todo. Como el monopolista se rige por la tasa de ganancia marginal en su propia industria, y como la tasa en las demás esferas de competencia se deprime, el resultado neto es una depresión de la tasa de ganancia que determina las decisiones de inversión. Este es un factor que contribuye a las crisis y depresiones, aparte de ser un factor adicional de la tendencia descendente de la tasa media de la ganancia y de la tendencia al subconsumo. Así, además de intensificar las viejas contradicciones del proceso de acumulación, el monopolio introduce otras nuevas.

Debe anotarse un punto más a este respecto. Si alguna parte de la ganancia extra del monopolio constituye una deducción del ingreso de los trabajadores, el resultado

8. En ciertos casos esto puede traducirse en la supresión completa de un invento, pues cuando sería lucrativo introducirlo puede haber disponibles técnicas más altamente desarrolladas aún. En otras palabras, algunos inventos pueden ser desechados por falta de incentivos de competencias para introducirlos tan pronto como estuvieron disponibles. Estoy en deuda con el Dr. Robert K. Merton por habérmelo hecho notar.

9. Este último punto puede resultar más claro para algunos lectores si lo formulamos como sigue: el monopolista tiende a financiar su progreso tecnológico con incrementos de depreciación y no con ahorros netos.

es un aumento del total de la plusvalía a expensas de la parte de la producción social que corresponde a la clase obrera. Esto, a su vez, eleva la tasa de acumulación y reduce la tasa del consumo y de este modo fortalece la tendencia al subconsumo.

4. EL MONOPOLIO Y LOS COSTES DE DISTRIBUCIÓN CRECIENTES

Para analizar la relación entre el monopolio y los costos de distribución es necesario mostrar primero a grandes trazos la teoría de Marx sobre el capital comercial y la ganancia comercial.¹⁰

El comercio ha de entenderse en un sentido estricto que incluya tan sólo las actividades de compra y venta, excluyendo el transporte, el almacenamiento y la entrega. Estos últimos, en la teoría de Marx, son aspectos de la producción misma y, en consecuencia, no requieren tratamiento teórico separado. En la práctica, el comerciante realiza una parte de estas funciones productivas, de modo que nunca es fácil aislar sus funciones comerciales. Sin embargo, la distinción es clara en principio y debemos hacerla para fines teóricos.

Desde el punto de vista de la sociedad como un todo, el comercio es improductivo; no agrega nada al total de los valores producidos, sino que más bien se ocupa de la transformación de los valores ya existentes, de la forma de moneda a la forma de mercancía o viceversa. Este principio es perfectamente claro para el capitalista industrial individual, que sabe muy bien que un aumento en los costos de compra y de venta, si todo lo demás permanece invariable, no aumenta el valor de sus productos, sino que, en vez de esto, reduce su ganancia. Pero cuando la función comercial es separada de la función industrial y realizada por un grupo independiente de comerciantes, parece que el valor de los productos es acrecentado por el monto de las ganancias de los comerciantes, más cualquier gasto incidental en la realización de las operaciones comerciales. Esta, sin embargo, es una ilusión que el análisis disipa. El mero acto de separar el comercio de la producción es impotente para alterar el carácter de uno u otro.

Supongamos por un momento que el comerciante no tiene gastos. No obstante, para el fin de comprar mercancías y venderlas de nuevo, necesita cierta suma de capital, y, puesto que es libre de transferirlo en cualquier tiempo a otras líneas de actividad, este capital debe obtener la tasa de ganancia corriente. ¿Cómo es esto posible si ninguna plusvalía se produce en la esfera de las operaciones comerciales? Marx resolvió el problema mostrando que el capital comercial se apropia de una parte de la plusvalía producida en la esfera industrial. El comerciante compra mercancías al industrial a menos de su valor por el monto de su margen de ganancia y las vende en su valor. Puede hacerlo así porque bajo el capitalismo no se puede prescindir del consumo; en una economía no planeada, la de juntar a compradores y vendedores es una función absolutamente necesaria. En consecuencia, debe invertirse capital en este campo. Pero no se invertirá capital en el comercio a menos que devengue la tasa media de ganancia. Por consiguiente, la competencia («oferta y demanda») hace bajar el precio del

10. *Capital*, III, caps. XVI y XVII.

industrial hasta el punto en que el capital comercial puede entrar en acción a la tasa de ganancia que prevalece. El resultado neto es que una cantidad no alterada de plusvalía se distribuye sobre una suma de capital mayor, con lo cual la tasa media de ganancia se reduce. Como dijo Marx, «mientras mayor sea el capital del comerciante en proporción al capital industrial, menor es la tasa de la ganancia industrial, y viceversa».¹¹

En la práctica, el comerciante tiene gastos que hacer, tanto en fuerza de trabajo (empleados, mecanógrafos, tenedores de libros, etc.) como en local de oficina, instalaciones y materiales auxiliares. El tratamiento de estos gastos por Marx no es del todo inequívoco; los pasajes pertinentes llevan la marca de un primer borrador en el que se abría paso a través del problema sin tener, desde el comienzo, una visión clara de las conclusiones que resultarían. No obstante, podemos tratar de mostrar la solución que parece más de acuerdo con la lógica general de su teoría.

Desde el punto de vista del comerciante, los gastos tienen el carácter de capital en el mismo grado que sus desembolsos en mercancías para la reventa. Por lo mismo, el margen entre los precios de compra y los de venta de las mercancías en que comercia debe ser suficientemente grande, no sólo para producir una ganancia comercial en el sentido ya explicado, sino también para reintegrarle el importe de los desembolsos hechos en cubrir sus gastos, más una ganancia normal sobre estos desembolsos. Nada del margen entre el precio de compra y el de venta es valor producido en la esfera comercial; este principio no se altera de ningún modo por la introducción de los gastos del comerciante. En consecuencia, debe ser en su totalidad una deducción de la plusvalía que de otro modo correspondería íntegramente a los capitalistas industriales.

Puesto que los empleados en la esfera comercial son pagados con plusvalía y no crean ningún valor ellos mismos, se sigue que deben ser clasificados como trabajadores improductivos, y su consumo, como consumo improductivo. Este análisis justifica así el procedimiento, adoptado en el capítulo 12, de incluir a los trabajadores comerciales, con los sirvientes, los propietarios y otros semejantes, en la categoría de consumidores improductivos.¹²

El comercio tiene un efecto triple en la acumulación. 1) Como los gastos del comercio constituyen una deducción de la plusvalía, hay menos plusvalía disponible para acumulación. Parte de los gastos son salarios que sus perceptores gastan en artículos de consumo; en esta medida, el consumo social aumenta. Parte de los gastos son desembolsos en edificios, equipo y materiales que no aumentan el consumo social ni directa ni indirectamente. No obstante, el efecto en el proceso de reproducción es el mismo que si el consumo aumentara; los valores se usan y desaparecen del esquema de reproducción. El primer efecto del comercio consiste, por consiguiente, en reducir la plusvalía y, por lo tanto, la acumulación, y aumentar correspondientemente la tasa del consumo. 2) Como los capitalistas comerciales participan de la restante plusvalía con los capitalistas industriales, se sigue que el número de secciones en que el total se divide es mayor, y el volumen medio, menor. Hemos advertido ya que esto reduce la tasa de acumulación. 3) La expansión del proceso de reproducción requiere un aumento del capital comercial, que por consiguiente ofrece un mercado de inversión. En resumen: el comer-

11. *Ibid.*, p. 337.

12. Véase *supra*, p. 227.

cio aumenta el consumo, reduce la acumulación y provee un mercado de inversión. Contrarresta, por consiguiente, la tendencia al subconsumo.¹³

Estamos ahora preparados para analizar los efectos del monopolio en la esfera comercial de la economía capitalista.

La consecuencia más evidente de la centralización y del incremento del monopolio es una declinación en la importancia relativa del comerciante independiente. Esto obedece a dos causas: por una parte, las combinaciones verticales eliminan las transacciones entre los capitales independientes, que de otro modo serían inevitables; por otro lado, las grandes firmas hacen una parte cada vez mayor de sus propias compras y ventas, ya que su negocio es lo bastante extenso para permitirles mantener departamentos especializados para ese fin que son por lo menos tan eficientes como el comerciante independiente. Hilferding subrayó este aspecto del monopolio: «La combinación monopolista... suprime el comercio independiente. Hace enteramente superflua una parte de las operaciones comerciales y reduce el gasto de las otras».¹⁴ Desgraciadamente, como se detuvo aquí, concluyó que los costes de compra y venta iban en descenso y, por lo tanto, dio una impresión totalmente incorrecta del verdadero estado de las cosas. En realidad, existe otra relación entre el monopolio y los costes de la circulación de mercancías mucho más importante.

Bajo la competencia, las ganancias altas conducen a una expansión de la producción. Las ganancias adicionales del monopolio, sin embargo, no tienen esta consecuencia; en realidad, están condicionadas por la restricción de la producción total. No obstante, no dejan de tener efecto en la conducta de los monopolistas, cada uno de los cuales concentra ahora su atención en el intento de acrecentar su parte en los negocios disponibles y, por lo tanto, en la ganancia adicional. Es muy importante que esto se haga sin recurrir al método de reducción de precios, que casi siempre conduce a las represalias, al aumento de la producción total y a la reducción o incluso abolición de la ganancia extra. La alternativa a la reducción de precios está en atraer a los compradores, alejándolos de las fuerzas rivales de suministro por métodos de venta más eficaces. Hay que distinguir entre dos casos, aunque ofrezcan aspectos estrechamente relacionados entre sí, del mismo fenómeno general. Primero, los esfuerzos de empresas de la misma industria por quitarse los negocios una a otra. A este respecto, debe recordarse que la centralización rara vez prosigue hasta el punto de poner una industria entera bajo el control de una sola firma. Y segundo, los esfuerzos de todos los productores de una industria por persuadir a los consumidores a gastar más dinero en sus productos, a expensas de los productos de otras industrias. Entre estos dos casos, las técnicas de venta varían un tanto, pero básicamente siguen una norma similar y no requieren análisis por separado.

En los esfuerzos de los monopolios por aumentar sus ventas sin comprometer la existencia de ganancias adicionales, encontramos la explicación fundamental del enor-

13. En una etapa anterior del desarrollo capitalista, cuando la fuerza contrarrestante del crecimiento de la población y de las nuevas industrias era muy poderosa y a menudo parecía haber un déficit más bien que una plétora de capital en busca de posibilidades de inversión, se había considerado al comercio una rémora a la expansión de la producción capitalista. Las condiciones han cambiado de tal forma, sin embargo, que esta actitud no se justifica ya.

14. *Das Finanzkapital*, p. 264.

me desarrollo de las artes de vender y anunciar, que es una característica tan notable del capitalismo de monopolio. Esta evolución asume muchas formas, incluso el intento de atraer clientes por medio de embalajes y etiquetajes sugestivos, el mantenimiento de equipos de vendedores y publicistas, y tal vez lo más importante de todo, la emisión continua de enormes cantidades de anuncios a través de periódicos, revistas y estaciones de radio. Pero los métodos directos de venta y anuncio son sólo una parte del cuadro. Indirectamente, el efecto es la multiplicación de los canales de distribución, y una considerable duplicación en los campos del transporte, del almacenamiento y la entrega de mercancías. Estas actividades forman parte, como sabemos, del proceso de producción mismo. Pero ahora se expanden mucho más allá de los límites de lo que sería socialmente necesario bajo condiciones de competencia.¹⁵ Bajo el monopolio solamente una parte de las actividades distributivas pueden ser consideradas productoras de valor; las demás son esencialmente similares a la venta en sentido estricto y comparten con ella el atributo de gastar valor sin producirlo.

Estudios recientes sobre los costes de distribución dan una idea de la medida en que el monopolio ha ocasionado una expansión del mecanismo de venta y distribución. Por ejemplo, sobre la base de su informe *¿Es la distribución demasiado costosa?* (1939), la Twentieth Century Fund hace las declaraciones que siguen:

La distribución —no la producción— es ahora la gran frontera del sistema de negocios norteamericano. La distribución se lleva 59 centavos de cada dólar del consumidor, contra sólo 41 centavos para los procesos de producción. Los trabajadores empleados en la distribución aumentaron nueve veces entre 1870 y 1930, en tanto que la población aumentó sólo tres veces.¹⁶

No debe darse mucha importancia a los números exactos que se citan. Aparte de las críticas que se han hecho a los métodos estadísticos empleados, esos números no dan la medida del aumento de las actividades *improductivas* en la venta y distribución. Hay que esperar ciertamente algún aumento en la importancia relativa del transporte, el almacenamiento y la entrega, conforme la producción vaya haciéndose más diversificada y geográficamente especializada. En qué grado el aumento es así socialmente necesario, sólo podría establecerse después de una larga investigación, y, aun entonces, sólo dentro de límites razonablemente amplios. A pesar de todas las limitaciones, sin embargo, la dirección y la importancia de la tendencia general son claras.

Los principios teóricos que surgen del análisis que hace Marx del capital comercial y de la ganancia comercial son totalmente aplicables al aumento de los costes de venta y de distribución improductivas bajo la influencia del monopolio. La plusvalía que de otro modo estaría disponible para acumulación se desvía, en vez de esto, para sostener un mecanismo de venta y distribución inflado. Las ganancias adicionales del monopolio se reducen así con frecuencia hasta el punto en que parecen no ser

15. Un buen ejemplo lo encontramos en los efectos de la muy difundida práctica de mantenimiento de los precios de reventa, que concede amplios márgenes a los distribuidores y, por lo tanto, estimula la entrada de un número mayor que el que de otro modo sería necesario.

16. Carta circular del Twentieth Century Fund a los profesores de economía, fechada el 9 de mayo de 1941.

mayores que el promedio de las ganancias de competencia, de modo que la existencia misma del monopolio se pierde de vista. Se crean, por ejemplo, muchas nuevas secciones de plusvalía en forma de ganancias de firmas anunciadoras o de tiendas minoristas duplicadas y socialmente innecesarias. El consumo aumenta por la cantidad pagada como salarios a trabajadores adicionales improductivos, y el mismo efecto, en lo que concierne al proceso de reproducción, tienen los desembolsos en materiales y equipo necesarios para realizar la venta y mucho de las actividades de distribución. El efecto neto de todo ello es que el ritmo de expansión del capital se hace más lento y aparece una poderosa fuerza contrarrestante de la tendencia al subconsumo.

Hay otro aspecto del desarrollo del sistema distributivo en el periodo del capitalismo de monopolio que merece un breve examen. Todo el argumento sobre esta tendencia se basa en una elevación sustancial y continuada de la productividad del trabajo. Sólo satisfecha esta condición, es posible que la proporción de la fuerza de trabajo ocupada en tareas improductivas aumente sin graves consecuencias adversas en el nivel general de vida. Contrariamente, dado un aumento continuo en la productividad del trabajo, el terreno está preparado para una expansión de la plusvalía y de las clases sociales que se mantienen por medio de ella. En su discusión de las opiniones de Barton y Ricardo sobre la maquinaria, Marx se empeñó mucho en mostrar este aspecto de la productividad ascendente del trabajo:

La masa de artículos que entra en el ingreso bruto¹⁷ puede aumentar sin un aumento concomitante en la parte de esta masa destinada al capital variable. Esta última puede incluso hacerse más pequeña. En este caso es más lo consumido como ingresos por los capitalistas, propietarios, sus dependientes, las clases improductivas, el Estado, la clase de los intermediarios (empleados de comercio), etc.¹⁸

A esto sólo necesitamos agregar que la expansión de la esfera de distribución bajo la influencia del monopolio constituye una forma específica de un desarrollo que Marx trata aquí sólo en los términos más generales.

El ascenso en la productividad del trabajo y el crecimiento desproporcionado de la esfera distributiva a que conduce bajo el capitalismo de monopolio constituye una evolución con implicaciones sociales y políticas de gran alcance. La llamada «nueva clase media» de burócratas industriales, profesionales, maestros, empleados del Estado, etc., que inevitablemente se desarrolla como fruto de la centralización y el ascenso del nivel de vida, es acrecentada por el ejército de vendedores, agentes publicitarios, publicistas y empleados asalariados que forman una proporción tan grande de aquellos que se dedican a actividades de distribución. Estos elementos de la población están relativamente bien pagados y, por lo tanto, disfrutan de un nivel de vida que, desde un punto de vista subjetivo, los liga más o menos estrechamente a la clase dominante de los capitalistas y propietarios. Más aún, como bajo el capitalismo una gran parte de ellos deri-

17. El término «ingreso bruto» es usado aquí en su significación ricardiana, no en el sentido que le asignan los teóricos modernos. Traducido a conceptos de Marx, el ingreso bruto ricardiano es igual a la suma de capital variable más plusvalía.

18. *Theorien über den Mehrwert*, II/2, p. 353.

van sus ingresos directa o indirectamente de la plusvalía, de modo que una disminución de la plusvalía repercutiría necesariamente sobre ellos de forma desfavorable, existe también un lazo objetivo que liga sus intereses a los de la clase dominante. Por estas dos razones, la nueva clase media tiende a dar apoyo social y político a los capitalistas más que a los trabajadores; sus miembros constituyen, por así decirlo, un ejército de masa que acepta fácilmente la dirección de los generales capitalistas. Contra una opinión muy difundida, Marx tenía plena conciencia de este papel de la nueva clase media. En su crítica de la teoría de la maquinaria, de Ricardo, Marx presenta la cuestión como sigue:

Lo que él [Ricardo] olvida exponer es el continuo crecimiento de las clases medias que están entre los trabajadores de una parte y los capitalistas y propietarios de la otra, en su mayor parte sostenidas por ingresos que pesan como una carga sobre la base trabajadora, y acrecientan la seguridad y el poder de los diez mil superiores.¹⁹

Si esta era ya una tendencia muy importante en los tiempos de Marx, ¡cuánto más ha venido a serlo en el periodo del capitalismo de monopolio! Subsecuentemente, veremos cómo constituye una de las fuerzas componentes que deciden el curso real del desarrollo capitalista.

5. CONCLUSIÓN

Intentemos ahora un breve resumen esquemático de los efectos generales más importantes del monopolio en el funcionamiento del sistema capitalista.

1. Suben los precios de las mercancías monopolizadas.
2. Las tasas de ganancia iguales en el capitalismo de competencia se convierten en una jerarquía de tasas de ganancia, las más altas en las industrias más completamente monopolizadas, las más bajas en las de mayor competencia.
3. Las secciones pequeñas de la plusvalía se reducen y las grandes crecen. Esto eleva la tasa de acumulación y, por lo tanto, acentúa la tendencia descendente de la tasa media de la ganancia y la tendencia al subconsumo.
4. Se cierra el paso a la inversión en las industrias monopolizadas; el capital se amontona en las áreas de mayor competencia. Por consiguiente, la tasa de la ganancia que determina las decisiones de inversión desciende. Este es un factor en el origen de las depresiones, aparte de la tendencia decreciente general de la tasa de ganancia y de la tendencia al consumo.
5. La predisposición de la tecnología capitalista a economizar trabajo se fortalece, y la introducción de nuevas técnicas se dispone de modo que se reduzca al mínimo la necesidad de capital nuevo.
6. Los costes de venta suben y el sistema distributivo se expande más allá de lo socialmente necesario. Esto tiene a su vez las consecuencias que siguen:
 - a) Las ganancias adicionales del monopolio se reducen, en muchos casos a no más que el nivel de competencia.

19. *Ibid.*, p. 368.

b) Se crean nuevas secciones de plusvalía, y aparece un gran número de consumidores improductivos. Por lo tanto, la tasa de acumulación se reduce y la tasa de consumo aumenta. Esto opera como una fuerza contrarrestante de la tendencia al subconsumo.

c) La nueva clase media que da apoyo social y político a la clase capitalista se desarrolla.

Se notará que los efectos clasificados como *b)* en cierta medida contrarrestan los números *3)*, *4)* y *5)*. Este, sin embargo, no es un caso de simple anulación de fuerzas opuestas. Las contradicciones del proceso de acumulación, que son acentuadas por *3)*, *4)* y *5)*, son básicamente sintomáticas de la dificultad de contener las fuerzas productivas que se expanden rápidamente dentro de los marcos de las relaciones de propiedad capitalistas. El crecimiento del sistema distributivo bajo el monopolio atenúa la dificultad y suaviza las contradicciones, pero no lo hace capacitando al capitalismo para dominar las fuerzas productivas que se expanden, sino más bien desviando su uso por canales socialmente innecesarios y, por lo mismo, de despilfarro. Hay aquí una importante diferencia que no debemos pasar por alto. Si se la toma en cuenta, los efectos «favorables» del monopolio aparecen bajo una luz que dista mucho de favorecerlos.

La economía mundial

1. CONSIDERACIONES GENERALES

NUNCA HA HABIDO NI HABRÁ UN SISTEMA CAPITALISTA CERRADO COMO EL que hemos venido suponiendo en la mayor parte del análisis precedente. Esto no significa que no tengamos razón al suponer un sistema cerrado, ni siquiera que las leyes y tendencias del capitalismo que han sido descubiertas sobre la base de esta suposición no existan. Lo que significa es que hemos venido haciendo abstracción de ciertos aspectos de la realidad a fin de analizar e identificar más claramente otros. Al abandonar la suposición de un sistema cerrado no renunciamos a lo que ya hemos aprendido; más bien, hacemos posible extender y profundizar nuestro conocimiento por vías que hasta ahora nos hemos abstenido deliberadamente de seguir.

El mundo real es un mundo en que cierto número de naciones coexisten y tienen relaciones entre ellas. Algunas de estas naciones son sociedades capitalistas bien desarrolladas; algunas se están convirtiendo rápidamente en naciones capitalistas; algunas, apenas han sido hasta ahora tocadas por el capitalismo; una de ellas es una sociedad socialista. Sus relaciones mutuas no son arbitrarias o accidentales; ninguna nación podría seguir existiendo en algo semejante a su forma actual y por un largo periodo en aislamiento de las otras. Así como los individuos en la sociedad son económicamente necesarios los unos para los otros y, por lo tanto, forman una economía integrada, las naciones del mundo son económicamente necesarias las unas para las otras y, por lo tanto, forman una economía mundial integrada. Examinemos el carácter de estas relaciones económicas internacionales.

Las relaciones económicas básicas de la economía mundial son las relaciones de cambio de la producción de mercancías. Históricamente, las mercancías tuvieron su origen en la esfera del comercio intercomunal,¹ y las relaciones entre los miembros de una comunidad nunca han estado tan completamente dominadas por el cambio como las relaciones entre las comunidades mismas. En un solo país, incluso si en él está altamente desarrollada la producción de mercancías, hay siempre un ancho cam-

1. Como Marx lo expresó, «la transformación de los productos en mercancías se realiza a través del cambio entre diversas comunidades, no a través del cambio entre miembros de la misma comuna». *Capital*, III, p. 209.

po de relaciones económicas ajenas al cambio; es el caso, por ejemplo, de las relaciones que existen entre los administradores y los obreros en una fábrica o corporación. En la esfera internacional, sin embargo, las relaciones ajenas al cambio, hablando en términos generales, desempeñan un papel menos prominente. Este hecho determina nuestro acceso a los problemas de la economía mundial.

El cambio en general surge de una forma particular de la división social del trabajo. De la misma manera, el cambio internacional corresponde a una forma particular de la división internacional del trabajo. Las bases de la división internacional del trabajo en cualquier tiempo dado están en parte naturalmente y en parte históricamente condicionadas. Por ejemplo, un país exporta mercancías para cuya producción posee ventajas de clima y recursos naturales; otro, industrialmente más avanzado, exporta mercancías que requieren un alto nivel de técnica y una fuerza de trabajo cualificada, y así sucesivamente. Hay ciertas cuasiconstantes en la pauta de la división internacional del trabajo, pero hay también elementos muy importantes que cambian sin cesar debido a diferentes etapas y ritmos de desarrollo de los países de que se trate. Esto no debe olvidarse nunca. La economía mundial, que es una economía productora de mercancías, no está regulada conforme a un plan que demande el desarrollo sincronizado de sus varias partes componentes; más bien las partes se desarrollan a tontas y a locas, con ritmos desiguales. Cualquier equilibrio que pueda aparecer será una resultante accidental de su acción recíproca, con un carácter puramente temporal.

En la medida en que el capitalismo se desarrolla en varias partes de la economía mundial, las relaciones económicas internacionales no están ya confinadas a simples cambios de mercancías; estos son suplementados por movimientos de capital, es decir, la exportación por algunos países y la importación por otros de mercancías que tienen las características y funciones específicas del capital. Por ejemplo, los capitalistas del país *A* envían medios de producción a los capitalistas del país *B*, que con ellos pueden emplear fuerza de trabajo para producir plusvalía. La plusvalía, sin embargo, no pertenece a los capitalistas de *B*, o al menos, no toda les pertenece; debe ser devuelta regularmente a los capitalistas de *A*.² Mediante transacciones de esta índole, la extensión del capitalismo se acelera grandemente y las relaciones económicas entre los países se complican. No es ya necesario el balance entre las exportaciones y las importaciones de un país; los movimientos de capital en una dirección y de plusvalía en la otra deben también ser tenidos en cuenta.

¿Hasta qué punto son aplicables a la economía mundial las leyes que rigen el valor, la tasa de plusvalía y la tasa de ganancia? Consideremos, en primer lugar, el caso del comercio por sí solo, dejando la exportación de capital para un examen posterior. Dada la competencia y la movilidad de los recursos dentro de cada país, las mercancías se venderán en el mercado doméstico en sus valores o precios de producción —en lo que sigue no se repetirá esta cualidad— y tanto las tasas de plusvalía como las tasas de ganancia se igualarán entre las distintas ramas de la industria. Entre diversos países, sin embar-

2. La exportación de capital es correctamente definida por Hilferding como «exportación de valor que se destina a crear plusvalía en el extranjero. Es esencial que la plusvalía permanezca a disposición del capital nacional». *Das Finanzkapital*, p. 395.

go, ningún equilibrio semejante es posible por los procesos comerciales únicamente. No es necesario que las mercancías cambiadas entre dos países en términos iguales conren gan iguales cantidades de trabajo; en verdad, si así ocurriera, sería un hecho puramente accidental. Exactamente lo mismo sería verdad con respecto a los productos de dos industrias dentro de un país, si la transferencia de trabajo de una a la otra fuese imposible. En otras palabras, la ley del valor es buena sólo entre mercancías que son el producto de una y la misma fuerza de trabajo homogéneo y móvil; en el caso de mercancías producidas en diferentes países, esta condición generalmente no se cumple. De forma similar, cuando hablamos de la tendencia de las tasas de plusvalía a la igualdad bajo la producción capitalista, esto implica la libre movilidad del trabajo,³ la cual falta también en las relaciones económicas internacionales. Por consiguiente, la tasa de plusvalía (o, alternativamente, la tasa de explotación) no necesita ser igual en diferentes países. Por último, la igualación de las tasas de ganancia presupone la movilidad del capital y esta la hemos desechado provisionalmente por hipótesis. Del hecho de que las leyes en cuestión sean válidas dentro de cada uno de los países que comercian y no entre ellos, no se sigue que el comercio internacional no produzca ningún efecto. El comercio debe, en todo caso, acrecentar la masa de valores de uso a disposición de todos los países afectados, y puede influir sobre el nivel de la tasa de plusvalía y de la tasa de ganancia en uno o más de ellos. Por ejemplo, si el país *A* puede obtener artículos de consumo para trabajadores (*wage goods*) más baratos (en términos de su propio tiempo de trabajo) por medio del intercambio con otros países, que produciéndolos en casa, entonces el mismo salario real se manifestará en una tasa de plusvalía más alta y, por lo tanto, también en una tasa de ganancia más alta con comercio que sin él. Este era el centro de gravedad de la defensa del libre cambio de Ricardo, y explica en buena parte por qué los capitalistas ingleses, en las circunstancias particulares de mediados del siglo XIX, se oponían tan vigorosamente a las Leyes de Granos. Además, si el comercio da como resultado un «abaratamiento de los elementos del capital constante», para usar la frase de Marx, la tasa de ganancia sube.⁴

Debe notarse en particular que el comercio entre los países puede afectar la distribución del valor producido, ya sea en uno de ellos o en ambos —por ejemplo, alterando la tasa de plusvalía de la forma ya explicada—, pero no puede transferir valor de uno al otro. Un país más avanzado, por ejemplo, no puede extraer valor de un país menos avanzado por el comercio únicamente; sólo puede hacerlo mediante la posesión de capital en este último. Algunos autores marxistas han sostenido, por el contrario, que el comercio constituye un método por el cual el valor es transferido de tierras atrasadas a países más altamente industrializados. Así, Otto Bauer, discutiendo una relación comercial de esta índole, dice lo siguiente:

El capital del país más altamente desarrollado tiene la más alta composición orgánica del capital... Ahora bien, Marx nos ha hecho posible entender que —gracias a la tendencia a la igualación de las tasas de ganancia— los obreros de cada país no producen valor sólo para

3. Véase *supra*, p. 94.

4. Se recordará que esta es una de las causas «contrarrestantes» de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia examinadas por Marx.

sus propios capitalistas; más bien, la plusvalía producida por los obreros de *ambos* países se divide entre los capitalistas de ambos países, no de acuerdo con la cantidad del trabajo ejecutado en cada uno de los dos, sino de acuerdo con la cantidad de capital activo en cada país. Sin embargo, como en el país más altamente desarrollado la misma cantidad de trabajo lleva consigo *más* capital, el país más altamente desarrollado atrae para sí una parte de plusvalía mayor que la correspondiente a la cantidad de trabajo ejecutada en él. Es como si la plusvalía producida en ambos países fuera apilada primero en un solo montón y dividida después entre los capitalistas conforme al volumen de sus capitales. Así, *los capitalistas del país más desarrollado* no sólo explotan a sus propios trabajadores, sino que *constantemente se apropian también de una porción de la plusvalía producida en el país menos desarrollado*.⁵

El inconveniente del argumento de Bauer es que da por supuesto lo que intenta probar. Da por supuesto que la igualación de tasas de ganancia entre países puede ser realizada mediante el comercio por sí solo, y deduce que esto debe implicar una transferencia de plusvalía del país con relativamente menos capital al país con relativamente más capital. La conclusión, en verdad, resulta de la premisa, pero la premisa es incorrecta. No es verdad que el comercio iguale las tasas de ganancia entre dos países, como no lo es que el comercio iguale las tasas de ganancia entre dos industrias monopolizadas dentro de un solo país. Bauer aplica la teoría de Marx sobre la igualación de las tasas de ganancia, que se basa en la competencia y la movilidad del capital, al comercio entre países, sin advertir que las condiciones necesarias para su validez están ausentes.

La situación cambia, por supuesto, tan pronto como abandonamos la suposición que excluye las exportaciones de capital. Es claro que los capitalistas de los países de ganancia reducida –hablando en general, los países en que la acumulación ha ido ya lo más lejos posible– exportarán capital a los países de ganancia más elevada. Las tasas de ganancia tenderán ahora a un nivel único, dejando como siempre un margen para los necesarios premios sobre los riesgos. Más aún, los capitalistas de los países de ganancia reducida se beneficiarán doblemente. Como Dobb lo explica en relación con las inversiones en las áreas coloniales:

No sólo [la inversión en las áreas coloniales] significa que el capital exportado... se invierte a una tasa de ganancia más alta que si se hubiese invertido en el país, sino que crea también una tendencia de la tasa de ganancia en el país... a ser mayor de lo que de otro modo hubiera sido. Esto último ocurre porque la plétora de capital que busca inversión en la metrópoli se reduce debido al mercado colonial de inversión lucrativa, la presión sobre el mercado de trabajo se afloja y el capitalista puede comprar fuerza de trabajo en el país a un precio inferior... De esta forma el capital se beneficia doblemente; por la tasa de ganancia más alta que obtiene en el exterior y por la «tasa de plusvalía» más alta que puede mantener en el país...⁶

5. *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, pp. 246-247. La misma posición toma Grossmann, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, pp. 341 y ss. El intento de Grossmann de demostrar que esta era también la opinión de Marx, no es convincente. Para un examen de la posición de Marx con respecto a los argumentos encontrados que presentan Smith y Ricardo sobre este punto, véase Dobb, *Political Economy and Capitalism*, pp. 229-230. Dobb mismo llega a conclusiones sustancialmente similares a las presentadas antes en el texto.

6. *Political Economy and Capitalism*, pp. 234-235.

Nótese que la igualdad internacional de tasas de ganancia no implica igualdad internacional de tasas de plusvalía. En tanto la movilidad del trabajo a través de las fronteras nacionales se restrinja por tal o cual razón, los obreros de algunos países continuarán siendo más explotados que los de otros, aun cuando la tasa de ganancia obtenible por el capital sea la misma en todas partes.

El efecto general de la exportación de capital consiste en retardar la maduración de las contradicciones del proceso de acumulación en los países exportadores de capital y en acelerar su aparición en los países importadores de capital. En resumen, hay una tendencia de la tasa de desarrollo del capitalismo en los diversos sectores de la economía mundial a emparejarse debido a los movimientos de capital.

El análisis anterior describe una economía mundial en la que la libertad de comercio y la libertad de movimientos de capital son la regla. Si esta fuera una suposición realista, tendríamos razón al concluir que los resultados de nuestro análisis del sistema cerrado no requieren sino una ligera modificación para tener en cuenta el hecho de que el mundo está dividido en regiones políticamente separadas. En realidad, la suposición está lejos de ser realista. Desde el comienzo de la edad capitalista, las relaciones entre países han constituido en un grado peculiar el dominio de la política económica, es decir, de la acción del Estado encaminada a alcanzar metas económicas precisas. Puesto que, por razones históricas que no es posible examinar aquí, ha habido siempre no uno sino numerosos estados capitalistas operando en la esfera internacional, debemos tener en cuenta no tanto los efectos de una política económica particular, aunque sea cambiante, como un choque de políticas económicas divergentes y a menudo antagónicas. Esta circunstancia tiene una profunda influencia en el curso de las relaciones económicas internacionales; y, lo que es más importante aún, tal vez repercute sobre la estructura interna de los países afectados y la modifica. Cuando hablamos de economía mundial, por consiguiente, no nos referimos meramente a la extensión de las relaciones de producción de mercancías (capitalista en grado cada vez mayor) al área más vasta concebible; implicamos también cambios cualitativos en las partes componentes de la economía mundial.

Antes de proceder a un examen de la naturaleza y consecuencias de la política económica internacional, conviene anotar algunas de las determinantes básicas de la acción del Estado en este dominio. Ya se ha hecho notar en el capítulo 13 que el Estado entra en acción para resolver los problemas económicos conforme se presentan en el curso del desarrollo capitalista, y que, como la clase capitalista controla el aparato del Estado, la presión a este propósito aumenta en proporción a la importancia de los intereses capitalistas de que se trate. En la esfera internacional, continuamente aparecen nuevos problemas, en parte porque es propio del capitalismo cambiar, pero más aún porque los diferentes sectores de la economía mundial cambian a *tempos* variantes, de modo que la posición de unos con respecto a los otros es de lo más inestable. Más aún, cada país tiene que adaptarse a la política cambiante adoptada por los otros. Aquellos cuyos intereses están vinculados al comercio internacional y a los movimientos de capital, comprenden por lo común grandes e influyentes sectores de la clase capitalista, a los que a menudo se agregan otros grupos importantes, como grandes propietarios rurales y campesinos o agricultores independientes que dependen de la venta de mercancías sin ser capitalistas ellos mismos. Estos últimos grupos tienen

generalmente alguna participación en el poder del Estado. La clase obrera tiene poco interés directo en los asuntos internacionales, pues la mercancía que vende, es decir, la fuerza de trabajo, debe por su naturaleza ser vendida localmente y no puede ser negociada a través de las fronteras nacionales. Por consiguiente, la clase obrera influye poco en la elaboración de la política económica internacional, la cual queda en manos de los inmediatamente afectados, que son miembros de la clase dominante y que tienen acceso al poder del Estado. En estas circunstancias, la oposición al uso del poder del Estado es mínima, y el contenido real de la política económica depende del resultado de un conflicto de intereses entre sectores diversos de la clase dominante. Por último, es muy importante advertir que en las relaciones internacionales cualquier política que se adopte va dirigida, al menos en parte, contra los extraños y que debido a esto es posible y fácil, apelando a los sentimientos nacionalistas, patrióticos y de hostilidad al extranjero, obtener verdaderamente la aquiescencia y aun el apoyo de toda la comunidad. Es mucho más difícil concebir bajo este aspecto la intervención del Estado en la vida interna de una nación, y esta es indiscutiblemente una de las razones decisivas de que el Estado haya tendido siempre a ser mucho más activo en la esfera internacional.

2. LA POLÍTICA ECONÓMICA EN EL PERIODO DE LA COMPETENCIA

En el periodo del capitalismo de competencia —aproximadamente las primeras siete décadas del siglo XIX—, la política económica de los países capitalistas con respecto al comercio exterior se ajustaba más o menos estrictamente a una de dos pautas básicas. La primera, que se practicaba sólo en Inglaterra, era la política del libre cambio; la segunda, que imperaba en el resto del mundo capitalista, era la política de la protección limitada a la producción industrial. Para nuestros fines, la política de protección limitada puede ilustrarse con el ejemplo de Estados Unidos. Examinemos las dos una tras otra.

Inglaterra salió del siglo XVIII con su industria más adelantada que la de cualquier otro país. Las industrias textil, minera y metalúrgica, que eran las puntas de lanza de la revolución industrial, dependían casi desde el comienzo, para su prosperidad, del mercado de exportación, y no tenían nada que temer de la competencia exterior. Por otra parte, los intereses agrarios, políticamente dominantes todavía, estaban bien protegidos por un sistema de tarifas y subsidios de exportación: tarifas para restringir la importación de grano extranjero cuando la cosecha inglesa era pobre y los precios altos; subsidios para reducir la oferta doméstica y conservar el precio alto cuando la cosecha era buena. Con el crecimiento de la población y su concentración en centros industriales se hizo necesario importar regularmente productos agrícolas, y pronto fue evidente que todo el sistema de protección agrícola estaba en aguda contradicción con los intereses del capital industrial. Empezó la famosa lucha por la derogación de las Leyes de Granos, que terminó en 1846 con la victoria del libre cambio y la pérdida por la clase terrateniente de mucho del poder político que conservaba. Hilferding describió las cuestiones básicas de esta lucha con admirable claridad:

Los manufactureros no tenían nada que temer de la importación de productos industriales extranjeros, ya que sus establecimientos eran técnica y económicamente muy superiores. Por otra parte, sin embargo, el precio del grano constituía el elemento más importante en el «precio del trabajo», y este factor era tanto más importante en la determinación de los costos industriales cuanto que la composición orgánica del capital era todavía baja, y la parte de la fuerza humana en el valor del producto total, correspondientemente alta. El motivo abiertamente manifestado de la campaña inglesa sobre las tarifas era el abaratamiento de las materias primas por una parte y del precio de la fuerza de trabajo por otra.⁷

Ricardo, con su franqueza usual, justificaba el libre cambio principalmente en estos términos, aunque la mayoría de sus partidarios apoyaba su defensa en las pretendidas ventajas que, en términos de valores de uso multiplicados, resultarían para la gran mayoría de los pueblos, en todos los países comerciales. Vale la pena anotar que la clase obrera tuvo poca participación directa en la lucha, aunque utilizó la escisión entre industriales y terratenientes para impulsar su propia campaña por la legislación fabril.

Mientras se lograba la victoria del libre cambio en Inglaterra, en Estados Unidos se libraba una lucha similar, aunque con los papeles invertidos. Aquí la industria estaba en pañales y era incapaz de competir con éxito, a no ser sobre una base muy restringida, con los productos ingleses. Por otra parte la agricultura y particularmente el algodón, el sostén principal de la economía esclavista del Sur, dependía en grado creciente del mercado de exportación. Además, las clases agrícolas estaban interesadas en comprar productos industriales a precios tan bajos como fuera posible. Como resultado, el incipiente industrialismo de Estados Unidos, particularmente en los estados del nordeste, clamaba por tarifas protectoras, mientras la agricultura, dirigida por el viejo Sur, sostenía el sistema del libre cambio. Por un periodo considerable, la cuestión fue parcialmente resuelta mediante una serie de compromisos. Se impusieron las tarifas, pero eran mucho más eficaces para llenar las arcas del tesoro público que para impulsar el desarrollo de la industria; en su conjunto, el sistema siguió siendo de libre cambio más que de protección, pero no era realmente satisfactorio para nadie. En tales circunstancias, la cuestión de las tarifas se convirtió en uno de los puntos centrales de conflicto entre el Norte y el Sur que condujo a la guerra civil. La victoria del Norte rompió la espina dorsal de los intereses del libre cambio, y Estados Unidos adoptó una política de protección grandemente acentuada de sus industrias, que se expandían con rapidez.

Vemos que la conquista del poder político por el capital industrial condujo en Inglaterra a una política de libre cambio y en Estados Unidos a una política de protección, en una época en que la estructura industrial de ambos países era principalmente de competencia. Es incorrecto, por lo tanto, hablar de «la» política económica del capitalismo de competencia en la esfera internacional. Hay dos políticas básicas (con pequeñas variantes, por supuesto) y el que sea adoptada una u otra depende de la etapa de desarrollo en que se encuentre el país y de su posición frente a otros países con los cuales mantenga relaciones. Hay un punto más que debe ser subrayado a este respecto. Las teorías básicas presentadas por los portavoces del capital industrial en los dos países eran fundamentalmente idénticas. Partidarios de la protección en este país, tales

7. *Das Finanzkapital*, pp. 377-378.

como Henry Carey, no discrepaban de los librecambistas ingleses en cuanto a la superioridad esencial del libre cambio. Sostenían, sin embargo, que un país industrialmente atrasado como Estados Unidos debía usar la protección como un recurso transitorio para alcanzar a Inglaterra (el llamado argumento de las industrias nacientes). Cuando se contara con equipo, capital y experiencia iguales a los del país más avanzado, habría que abandonar las tarifas en favor del libre cambio y dejar que cada país disfrutara plenamente de los beneficios de la división internacional del trabajo. Por lo tanto, podemos decir que el libre cambio es la ideología del capitalismo de competencia, aun cuando sólo sea puesto realmente en práctica bajo condiciones especiales.

Un segundo aspecto de la política económica en el periodo de competencia se refiere a las relaciones entre los países económicamente avanzados y las áreas atrasadas del mundo, con sistemas económicos en gran parte precapitalistas aún. A este respecto, se deben recordar las características principales del periodo mercantilista, que va del siglo XVI hasta bien entrado el siglo XVIII. Las grandes naciones comerciales (España, Holanda, Francia e Inglaterra) habían construido imperios coloniales de extensión mundial, un proceso que implicaba frecuentes conflictos armados entre dos o más de los partícipes. Los propósitos básicos del sistema colonial eran tres: garantizar la seguridad y la prosperidad de los comerciantes dedicados al comercio colonial (primordialmente compañías comerciales monopolistas), excluir la competencia de los comerciantes extranjeros y regular las condiciones de comercio entre la madre patria y la colonia, de tal modo que la primera tuviese asegurada la parte del león en los beneficios. El mercantilismo se caracterizó así por la prosecución de una política colonial activa y agresiva.

El siglo XIX presenció un cambio notable. España y Holanda habían sido ya reducidas a la condición de potencias de segundo orden, incapaces de seguir ejerciendo una influencia decisiva en el desarrollo de la economía mundial. Francia, después de su derrota en las guerras napoleónicas, se dedicó a desarrollar intensamente su economía interna sobre una base industrial. Inglaterra, la única entre las grandes potencias coloniales, estaba aparentemente en condiciones de extender el radio de sus intereses imperiales e intensificar la explotación de las áreas atrasadas del mundo casi a su arbitrio. Pero nada semejante ocurrió; por el contrario, la elevación del capital industrial de competencia al poder alteró el curso de la política colonial. Las complicadas restricciones y reglas del sistema mercantil resultaron ser otras tantas trabas a la libertad del capital para expandirse y seguir la línea de actividad que eligiera; los productos de las fábricas inglesas no necesitaban ningún privilegio exclusivo para conquistar el mundo; el mantenimiento del imperio era costoso y a muchos les parecía innecesario. Casi todos los aspectos del mercantilismo, incluida su política colonial, juntamente con las Leyes de Granos, recibieron rudos ataques del partido del libre cambio. Por supuesto que la liberación real de las colonias no pasó de ser una demanda de los librecambistas radicales. Las exigencias de la seguridad en vidas y propiedades hacían indeseable la acción precipitada, y era difícil ignorar los intereses creados en empleos y pensiones de importantes elementos de la clase gobernante. Es verdad, incluso, que nuevas áreas importantes fueron sometidas a la dominación británica a mediados del siglo. No obstante, las relaciones con las colonias fueron significativamente liberalizadas, y en todas partes los hombres esperaban con confianza el día en que las áreas atrasadas, mejor

educadas en los deberes y obligaciones de la sociedad civil, podrían ocupar su lugar como unidades de gobierno propio en una comunidad mundial de naciones.

En cuanto a la exportación de capital en el periodo de la competencia, parece razonable decir que no había alcanzado aún la categoría de un problema central que influyese en la pauta de la política económica. El rápido crecimiento de la población y el progreso de la industrialización que caracterizaron ese periodo, creaban grandes oportunidades para la acumulación de capital en la mayoría de los países donde se habían establecido relaciones capitalistas estables. En aquellas circunstancias, y considerando los riesgos inevitables que ello implicaba, los capitalistas por lo general no estaban dispuestos a buscar oportunidades de inversión fuera de los límites de sus propios países. Inglaterra, una vez más, era una excepción (deberían agregarse Holanda y algunos centros financieros de una Alemania dividida aún, para dejar completo el cuadro), pero el capital inglés tenía pocas dificultades para encontrar acomodo en el extranjero bajo condiciones satisfactorias que requerían un mínimo de atención del gobierno inglés. Recordemos que una parte muy grande del capital inglés de exportación, durante este periodo, iba a las Américas y particularmente a Estados Unidos, donde se mezclaba con la corriente de la acumulación americana en ascenso. El problema de crear condiciones favorables a la inversión de capital, destruyendo formas precapitalistas de economía o evitando los peligros del nacionalismo despierto en las áreas atrasadas, era aún principalmente cosa del futuro.

Resumamos ahora las características principales de la política económica en el periodo del capitalismo de competencia. Es claro que el factor decisivo que eclipsaba a todos los demás en la escala mundial era la supremacía del industrialismo inglés. Esto produjo una política de libre cambio en Inglaterra y una política de protección limitada (por encima de la oposición de los productores agrícolas) en los estados industriales menos desarrollados. En la esfera colonial, Inglaterra, aun cuando había dejado muy atrás o vencido a sus rivales más importantes, abandonó su conducta agresiva y expansionista del periodo anterior. Junto con las Leyes de Granos, los privilegios monopólicos y las restricciones del mercantilismo, el sistema colonial mismo cayó en descrédito entre los portavoces del capitalismo industrial, aunque, por diversas razones, su abandono real no pasó de ser una expectativa para el futuro. Finalmente, la exportación de capital no se había convertido aún en un problema central que influyese en la política económica.

3. LA TRANSFORMACIÓN DE LA POLÍTICA ECONÓMICA

Durante el último cuarto del siglo XIX tuvo lugar un vasto cambio en los métodos y objetivos de la política económica en todo el mundo capitalista. Se debió a tres factores básicos: 1) el ascenso de otras naciones, marcadamente Alemania y Estados Unidos, a una posición desde la cual podían disputarle la supremacía industrial a Inglaterra; 2) la aparición del capitalismo de monopolio; y 3) la maduración de las contradicciones del proceso de acumulación en los estados capitalistas más avanzados. Para fines teóricos es necesario analizar separadamente estos tres factores, aunque en la práctica están inextricablemente entrelazados. Comencemos por los efectos del monopolio en la política económica en la esfera internacional.

El objetivo del monopolio es la obtención de ganancias adicionales mediante el alza de los precios y la limitación de la oferta. Si los productores extranjeros tienen acceso al mercado del monopolista, sin embargo, puede ser imposible la realización de este propósito. En consecuencia, el capital monopolista exige tarifas. Más aún, exige tarifas no sólo suficientemente altas para igualar las ventajas de que disfrutaban los extranjeros —tales ventajas pueden pertenecer ya, realmente, al monopolista, y no a sus rivales— sino más bien tarifas lo bastante altas para excluir del mercado al extranjero en cualesquiera condiciones. Para el monopolista, «la pugna por tarifas más altas es tan ilimitada como la pugna por obtener ganancias».⁸ Este hecho por sí solo significa un cambio fundamental en el carácter del proteccionismo, bien descrito por Hilferding:

La vieja política de tarifas tenía el propósito... de acelerar el desarrollo de una industria dentro de las fronteras protegidas...

Es diferente en la época de los monopolios capitalistas. Ahora las industrias más importantes, de mayor capacidad exportadora, acerca de cuya aptitud para competir en el mercado mundial no puede haber duda y para las cuales, de acuerdo con la vieja teoría, las tarifas debieran carecer de interés, exigen altos derechos protectores.⁹

La historia no termina aquí. La restricción de la oferta, que el monopolista está obligado a practicar, tiene serias desventajas. Impide la utilización máxima de la capacidad de las plantas y el pleno disfrute de los beneficios de la producción a gran escala; más aún, obliga al capital acumulado del monopolista a buscar mercados exteriores de inversión, en vez de servir al propósito de ampliar su propio equipo de producción. En consecuencia, procura superar estas desventajas dedicándose al comercio de exportación, y a fin de asegurarse una porción tan grande como sea posible del mercado mundial está dispuesto a vender a un precio inferior al de sus competidores extranjeros. Está en condiciones de hacerlo porque las ganancias adicionales del mercado nacional protegido fortalecen su posición; pero no debe suponerse que el resultado sea una pérdida. Los costos más bajos de la producción a gran escala pueden elevar la ganancia sobre los negocios nacionales y permiten al monopolista lograr sobre las ventas en el exterior ganancias mayores que las que obtendría si hubiera invertido su capital en alguna industria nacional no monopolizada. Este sistema de «subvencionar» las ventajas exteriores con parte de las ganancias del monopolista protegido en el interior se conoce como *dumping*. Hilferding describió sus implicaciones como sigue:

Con el desarrollo del sistema de subsidios, la función de las tarifas protectoras cambia por completo, y aun pasa a ser lo contrario de lo que era. De medio de defensa contra la conquista de los mercados nacionales desde el exterior, las tarifas se convierten en un medio para conquistar mercados exteriores, y de arma protectora de los débiles se convierte en arma de ataque al servicio de los fuertes.¹⁰

8. *Ibid.*, p. 386.

9. *Ibid.*, pp. 384-385.

10. *Ibid.*, p. 389.

Cuando varios monopolios nacionales de la misma industria están simultáneamente empeñados en fuerte rivalidad en el mercado mundial, tal vez recurriendo cada uno a la práctica del *dumping*, en un esfuerzo por ensanchar su parte, la competencia a muerte que fue eliminada por la formación de un monopolio en el país, se reproduce a escala internacional. El resultado es con frecuencia el mismo, a saber, el logro de un arreglo, quizá bajo la forma de un cártel internacional, para dividir los negocios disponibles entre los bandos contendientes. Algunos autores han visto en estos cárteles internacionales un signo de armonía de intereses cada vez mayor entre los países capitalistas. Esto es un error. Tal arreglo participa más bien de la naturaleza de un tratado de paz, que es respetado sólo hasta que uno de los signatarios se considera bastante fuerte para romperlo con ventaja. Como los diferentes países se desarrollan con ritmos desiguales, ese momento llegará sin duda. El cártel internacional es tan sólo el medio de estabilizar temporalmente una situación existente, de manera que todos los miembros puedan evitar pérdidas inútiles; no es nunca un medio de suprimir el conflicto básico de intereses entre los monopolios nacionales.¹¹

Hay que mencionar otros dos efectos del monopolio. Hemos advertido que el monopolio restringe el campo de acumulación de capital, y que esto aumenta el interés del monopolista en ampliar su mercado de exportación. Estimula también la búsqueda de campos exteriores lucrativos para la inversión de capital; en otras palabras, da impulso a la exportación de capital. En la medida en que el capital que busca colocación en el extranjero es el del monopolista mismo, la exportación de capital toma a menudo la forma especial de «inversión directa», es decir, el establecimiento de fábricas sucursales en los países extranjeros. Es particularmente probable que esto ocurra cuando al monopolista se le impide, por medio de tarifas o por algún otro medio, extender sus exportaciones a las áreas en cuestión. Finalmente, las más altas aspiraciones del capital monopolista seguirán siendo siempre la extensión del alcance de los productos monopolizados por una parte y la expansión del mercado protegido por otra. Estos dos objetivos requieren la expansión del territorio sometido a la dominación política del propio país del monopolista. El deseo de los monopolistas de tener acceso exclusivo a las materias primas escasas que pueden ser usadas para exigir tributo a todos los países del mundo es particularmente vivo, y esto puede realizarse de forma mucho más expedita cuando es fácil obtener concesiones y protección del Estado, es decir, si la región productora de materia prima está bajo el control del Estado del monopolista. Las colonias que producen materias primas valiosas no son tan sólo, o siquiera principalmente, para asegurarle a la madre patria una *fuentes de aprovisionamiento*, como a menudo se afirma; el propósito es, con más frecuencia, asegurar una *fuentes de ganancia extra* a los monopolistas de la madre patria. La expansión del mercado protegido de los monopolios requiere, asimismo, anexiones territoriales, ya que sólo de esta forma es posible abarcar a los nuevos clientes dentro de los límites del sistema nacional de tarifas. A este respecto, es indiferente en principio que el territorio adicional sea industrialmente atrasado o avanzado, mientras el monopolista se crea capaz de apoderarse del mercado para sus propios productos. Los estados industria-

11. Hilferding argumenta hábilmente este punto en *Das Finanzkapital*, pp. 392-393, y fue reforzado por Lenin en *El imperialismo*, cap. V.

les próximos y las colonias lejanas son igualmente codiciables para el monopolista. Por consiguiente, en materia de política colonial y territorial, el capital de monopolio es expansionista y anexionista.

La importancia de la aparición en la arena mundial de naciones capaces de disputarle a Inglaterra la supremacía industrial, no requiere sino un ligero énfasis. Si hubiera que buscar los momentos críticos de este desarrollo, se escogerían incuestionablemente la guerra civil de Estados Unidos y la guerra franco-prusiana (como culminación de las guerras de unificación alemanas) en el continente de Europa. Estos acontecimientos señalaron la aparición de Estados Unidos y Alemania, y en grado menor de Francia, pese a su derrota militar, como naciones industriales poderosas. En las nuevas condiciones, el capital inglés, aunque tenía poco que temer aún en lo relativo a su mercado nacional, tuvo que disponerse a sostener una competencia cada vez más dura en el mercado internacional. Ya no podía considerar confiadamente el mundo como un coto suyo; no sólo tenía que enfrentarse a la posibilidad de la competencia en nuevas áreas, sino que lo amenazaba incluso el peligro, no inmediato tal vez, de ser desalojado de posiciones en que estaba atrincherado desde hacía largo tiempo.

El resultado inmediato fue un estrechamiento de los vínculos del imperio y la restauración de la política colonial agresiva en todos sus aspectos. África, que sólo en menos del 10 por ciento había estado sometida a la dominación extranjera en 1875, fue casi completamente repartida entre las naciones europeas en el curso de los siguientes 25 años. Incluso los Estados Unidos, muy ocupados todavía en colonizar los espacios abiertos del continente norteamericano, ingresaron en las nóminas coloniales antes de que terminara el siglo, como resultado de la guerra hispanoamericana.

Mucha de esta renovada actividad en la construcción de imperios tuvo un carácter protector o previsor. Cuando un país reclama una región, se sigue como cosa natural que los nacionales de otros países se encontrarán, en el mejor de los casos, en una situación desfavorable para hacer negocios en ella. Por consiguiente, aunque los capitalistas ingleses pueden tener poco que ganar de la anexión llevada a cabo por su propio país, pueden tener mucho que perder de la anexión llevada a cabo por Francia o Alemania. Tan pronto los rivales aparecen en escena, cada país debe hacer todos los esfuerzos posibles para proteger su posición contra las incursiones de los otros. El resultado puede parecer una pérdida neta, pero esto sólo es así porque la medición está hecha partiendo de una base inadecuada. Lo que importa no es la pérdida o ganancia comparada con la situación preexistente, sino más bien la pérdida o ganancia comparada con la situación que habría prevalecido si un rival hubiera logrado adelantarse. Este es un principio de amplia aplicación en la teoría económica del monopolio; cuando se aplica a la construcción de imperios coloniales, se le puede denominar probablemente el principio de la anexión protectora.¹² Con él se relaciona estrechamente en ciertos sentidos el apremio de anexionar territorios que, aunque de escaso o ningún valor actual, pueden, sin embargo, resultar valiosos en el futuro. Este puede ser denominado el principio de la anexión anticipante. Las anexionaciones protectoras y anti-

12. Los autores marxistas que han escrito sobre el imperialismo, por lo general, no han enfatizado lo bastante este factor en la expansión de los imperios coloniales. Una excepción notable es la de Grossmann, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, pp. 450 y ss.

cipantes desempeñaron un papel muy importante en la rebatía de las partes aún no reclamadas de la superficie de la Tierra, a finales del siglo XIX. Finalmente, no debemos olvidar las consideraciones de índole estratégica. Un imperio debe ser defendible desde el punto de vista militar, y esto implica, evidentemente, la necesidad de bases terrestres y marítimas bien situadas, líneas de comunicación, etc.

El cambio de actitud hacia las colonias, que hemos venido examinando, tuvo su origen en la aparición de serios rivales de la supremacía industrial de Inglaterra en el mundo. Nuestro anterior análisis del efecto del monopolio en la política económica debe dejar claro que la nueva política colonial recibió un fuerte impulso con el desarrollo del capitalismo de monopolio en las últimas décadas del siglo XIX.

El tercer factor fundamental que contribuye a la transformación de la política económica es la maduración de las contradicciones del proceso de acumulación en los países capitalistas avanzados. La teoría que lo fundamenta ha sido presentada en detalle en la parte II y no la repetiremos aquí. Sólo necesitamos recordar que tanto la tendencia decreciente de la tasa de ganancia como la tendencia al subconsumo ponen obstáculos cada vez mayores en el camino de la acumulación. En grado creciente, la acumulación en los países avanzados asume la forma de exportación de capital¹³ a las regiones atrasadas donde los salarios son bajos y las ganancias altas, donde la abundancia potencial de la oferta de trabajo y el bajo nivel de industrialización evitan, al menos por el momento, los peligros del subconsumo. Pero no debe suponerse que el capital encuentra todo preparado para recibirlo en las regiones atrasadas. Las poblaciones nativas tienen sus propios medios habituales de ganarse la vida y no están nada ansiosas de alistarse al servicio del capital extranjero por salarios insuficientes. En consecuencia, esas regiones tienen que ser sometidas a la jurisdicción del Estado capitalista y las condiciones favorables al desarrollo de relaciones de producción capitalistas deben ser creadas por la fuerza. Hilferding escribió:

Como siempre, cuando el capital se encuentra por primera vez frente a relaciones que le impiden satisfacer su necesidad de autoexpansión y que serían superadas por los procesos económicos sólo gradualmente y con demasiada lentitud, apela al poder del Estado y pone al servicio de la expropiación forzosa que crea el necesario proletariado libre, a salario, ya se trate como en los primeros tiempos de campesinos europeos o de indios de México y Perú, o bien, como ahora, de los negros de África.¹⁴

Esta es la primera pero no la única razón por la cual la exportación de capital a los países atrasados tiende a una activa política colonial. La segunda razón es que, a medida que más y más países avanzados alcanzan la etapa de exportación de capital, la rivalidad por los campos de inversión más lucrativos se hace intensa, y los capitalistas de cada nación apelan a sus propios gobiernos en demanda de ayuda. Esta se les da más fácilmente convirtiendo las regiones atrasadas en colonias de las que los nacionales de otros países pueden ser total o parcialmente excluidos. Aquí también los moti-

13. Como lo expresó Lenin, «la necesidad de exportar capital surge del hecho de que en unos cuantos países el capitalismo ha “sobremadurado”...», *Imperialism*, p. 58.

14. *Das Finanzkapital*, p. 401.

vos de protección y anticipación desempeñan un papel. Por último, aparece un tercer motivo para una política colonial. Citaremos nuevamente a Hilferding:

En las mismas tierras recién abiertas el capitalismo importado... provoca la oposición creciente del pueblo, cuya conciencia nacional ha despertado, contra los intrusos... Las viejas relaciones sociales sufren una revolución completa; la unidad agraria, vieja de mil años, de las «naciones sin historia», se hace pedazos... El mismo capitalismo da gradualmente a los pueblos oprimidos los medios y el método para lograr su propia liberación. El objetivo que en otro tiempo fue el más elevado de las naciones europeas, la creación de un Estado nacional como medio de obtener la libertad económica y cultural, ahora se convierte en el de ellos. Estos movimientos de independencia amenazan al capital europeo precisamente en sus más valiosos... campos de explotación, y en un grado cada vez mayor este encuentra que sólo puede mantener su dominio por el aumento continuo de sus instrumentos de fuerza.

De ahí el clamor de todos los capitalistas interesados en los países extranjeros, en demanda de un fuerte poder de Estado, cuya autoridad pueda proteger sus intereses en los más lejanos rincones del globo... Pero lo que mejor satisface al capital de exportación es la dominación completa de las nuevas regiones por el poder del Estado de su propio país. Pues entonces, excluido el capital de otros países, aquel disfruta de una posición privilegiada y el Estado le garantiza sus ganancias. De este modo, el capital de exportación tiende también a una política imperialista.¹⁵

Nada de lo que se ha dicho sobre la exportación de capital autoriza la suposición de que este contribuye directamente a una rápida *industrialización* de las regiones atrasadas. Los campos en que el capital tiende a afluir son más bien empréstitos garantizados por el gobierno para varias clases de obras públicas, ferrocarriles, servicios públicos, explotación de recursos naturales y comercio: en resumen, actividades que no compiten con las exportaciones de mercancías de los países industrialmente avanzados. La exportación de capital conduce, por consiguiente, a un desarrollo muy unilateral de la economía de las regiones atrasadas. Una burguesía nativa aparece y trata de impulsar el desarrollo de las industrias nacionales, pero los obstáculos son enormes y el progreso, en el mejor de los casos, es lento. Entretanto, la destrucción de la industria artesana por las manufacturas baratas importadas arroja al campo a una parte mayor de la población nativa. Vemos aquí la génesis de la contradicción económica fundamental de las regiones atrasadas, la crisis agraria siempre en ascenso. Tanto los intereses de la burguesía nacional como los de las masas nativas son sacrificados a las necesidades del capital de los países avanzados. Por consecuencia, ambas clases se unen en un movimiento genuinamente nacional de liberación, contra el dominio extranjero. Es este movimiento, como lo señala Hilferding en el pasaje arriba citado, el que obliga a las potencias imperialistas a apretar continuamente el lazo de su poder sobre las regiones atrasadas.¹⁶

Debe quedar claro que, en la medida en que el monopolio estimula la exportación de capital —y hemos visto que hay razones bastantes para creer que lo hace—, contri-

15. *Ibid.*, p. 406.

16. Todo este problema es examinado con mayor amplitud en el próximo capítulo.

buye a la nueva política colonial por este medio tanto como por aquellos que han sido examinados ya.

Hemos visto ahora cómo el monopolio, la amenaza a la supremacía económica mundial de Inglaterra y la maduración de las contradicciones del proceso de acumulación en los países avanzados, se combinaron para realizar una transformación completa del carácter de la política económica en las últimas décadas del siglo XIX. La protección ilimitada sustituyó gradualmente al libre cambio o a la protección limitada; la competencia a muerte de los monopolios nacionales, de vez en cuando mitigada por combinaciones internacionales de carácter más o menos estable, sustituyó a la libre competencia en el mercado mundial; una política colonial renovada y doblemente agresiva, destinada a acaparar valiosas fuentes de materias primas, extender el alcance de los mercados protegidos y garantizar campos de inversión lucrativos a los capitales exportados, sustituyó a la indiferencia y aun hostilidad hacia los imperios coloniales heredados de los días del mercantilismo. Hemos examinado, en resumen, la aparición de aquellos rasgos de la última etapa del desarrollo capitalista que llevaron a Lenin a darle el nombre de «imperialismo». Pero casi no es necesario decir que semejante trastorno fundamental en las relaciones de la economía mundial no podía sino influir profundamente en todos los demás aspectos de la economía capitalista y de la política capitalista. Por lo tanto, en el próximo capítulo nos ocuparemos más ampliamente de la naturaleza y consecuencias del imperialismo.

El imperialismo

1. INTRODUCCIÓN

EL IMPERIALISMO PUEDE SER DEFINIDO COMO UNA ETAPA DEL DESARROLLO de la economía mundial en la cual *a)* algunos países capitalistas avanzados se encuentran en un plano de competencia con respecto al mercado mundial de productos industriales; *b)* el capital monopolista es la forma dominante del capital; y *c)* las contradicciones del proceso de acumulación han alcanzado tal madurez que la exportación de capital es un rasgo sobresaliente de las relaciones económicas mundiales. Como consecuencia de estas condiciones económicas básicas, tenemos dos características más: *d)* una dura rivalidad en el mercado mundial, lo que conduce alternativamente a la competencia a muerte y a combinaciones monopólicas internacionales; y *e)* la división territorial de las partes «no ocupadas» del mundo entre las grandes potencias capitalistas (y sus satélites). Con pequeñas modificaciones, esta es la definición del imperialismo propuesta por Lenin.¹ El libro de Lenin sobre el imperialismo, debe recordarse, era breve y buena parte del mismo estaba dedicado a resumir hechos y cifras probatorios. El análisis teórico más detallado de los capítulos precedentes puede ayudar a demostrar la consistencia y propiedad de la concepción del imperialismo de Lenin.

Los antagonismos internacionales del imperialismo son fundamentalmente los antagonismos de las clases capitalistas nacionales rivales. Como en la esfera internacional los intereses del capital se traducen directa y rápidamente a términos de políticas del Estado, se sigue que estos antagonismos asumen la forma de conflictos entre estados, y así, indirectamente, entre naciones enteras. Debemos examinar ahora los profundos efectos resultantes en la estructura económica y social interna de los países capitalistas.

1. Una definición correcta del imperialismo, de acuerdo con Lenin, incluirá los cinco rasgos esenciales siguientes:

(1) La concentración de la producción y del capital, desarrollada hasta una etapa tan alta que ha creado monopolios que desempeñan un papel decisivo en la vida económica.

(2) La fusión del capital bancario con el capital industrial y la creación, sobre la base de este «capital financiero», de una oligarquía financiera.

(3) La exportación de capital, como concepto distinto de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particularmente grande.

2. NACIONALISMO, MILITARISMO Y RACISMO

En el periodo formativo de la sociedad capitalista, el nacionalismo y el militarismo juntos desempeñaron un papel indispensable. El nacionalismo fue la expresión de las aspiraciones de la clase media ascendente hacia la unidad económica y la libertad cultural, contra el separatismo y el oscurantismo de la sociedad feudal; el militarismo era el medio inevitable para ese fin. Hay quienes rehúsan admitir que el militarismo haya desempeñado alguna vez un papel histórico constructivo, pero, como dice Rosa Luxemburg, «si consideramos la historia como fue —no como pudo o debió haber sido— debemos convenir en que la guerra ha sido un rasgo indispensable del desarrollo capitalista».²

En el periodo del imperialismo, el nacionalismo y el militarismo, ligados todavía como hermanos siameses, sufren un cambio de carácter en los países avanzados, aunque retienen su función y significación anteriores en el caso de las nacionalidades oprimidas y adquieren estas características por primera vez en las regiones atrasadas y coloniales del mundo. En los países avanzados, el nacionalismo y el militarismo dejan de servir al propósito de realizar la unificación interna y la libertad sobre una base capitalista, y en vez de esto se convierten en armas de la lucha mundial entre grupos de capitalistas rivales. El militarismo, el uso de la fuerza organizada, es un aspecto necesario de esa lucha, aunque, en tanto quede territorio no reclamado susceptible de ocupación, puede no conducir al conflicto abierto entre las potencias. El nacionalismo no es menos vital, ya que sin los motivos del honor nacional y la grandeza, las masas carecerían del entusiasmo y la disposición para el sacrificio tan necesarios al éxito de la lucha imperialista. Esto no es argüir, aunque lo contrario se infiere a menudo, que el nacionalismo sea un sentimiento artificial deliberadamente suscitado por los capitalistas para sus propios fines; por el contrario, son precisamente las hondas raíces que el nacionalismo echó en amplias capas del pueblo durante el periodo de formación de la sociedad moderna, las que hacen de él un factor tan importante en el periodo del imperialismo. A este respecto, Hilferding habla correctamente de la «notable desviación de la idea nacional» del reconocimiento del derecho de autodeterminación e independencia hacia la glorificación de la nación propia contra las demás.³ A pesar de esto, es significativo que el nacionalismo continúe llevando las señales de su origen. Incluso cuando es más evidente que se le invoca en interés de la dominación, el vocabulario de «libertad», «liberación», «autodeterminación», etc., se conserva fielmente.

(4) Se forman combinaciones monopólicas internacionales de capitalistas que se dividen el mundo.

(5) La división territorial del mundo por las mayores potencias capitalistas, se hace completa». *Imperialism*, p. 81.

Lenin evidentemente presupone nuestro punto a), y nosotros hemos omitido su párrafo 2). Se ha explicado ya (*supra*, p. 258) que lo que hay de sólido en el concepto de «capital financiero», incluida la dominación de una pequeña oligarquía de grandes capitalistas, está comprendido en nuestro concepto de «capital monopolista». En consecuencia, retener el segundo rasgo de Lenin sería redundante o engañoso.

2. *Gesammelte Werke*, III, p. 58.

3. *Das Finanzkapital*, p. 427. Algunas páginas de Hilferding sobre la ideología del imperialismo, incluido el pasaje citado aquí, han sido traducidas y aparecen más adelante, en el Apéndice B.

El ascenso del militarismo a una posición de importancia permanente y cada vez mayor en todas las naciones imperialistas tiene consecuencias económicas de gran alcance. En primer lugar, fomenta el desarrollo de un grupo de monopolistas especialmente favorecidos en aquellas industrias, como el acero y la construcción de barcos, que son más importantes para la producción de armamentos. Los magnates de las municiones tienen un interés directo en la expansión máxima de la producción militar; no sólo se benefician con los pedidos del Estado, sino que disponen de campos de inversión seguros y lucrativos para sus ganancias acumuladas. Por lo tanto, son estos elementos de la clase capitalista los que encabezan la demanda de una política exterior agresiva. En segundo lugar, como los gastos militares desempeñan la misma función económica que los gastos de consumo,⁴ la expansión de los ejércitos y marinas constituye una fuerza cada vez más importante para contrarrestar la tendencia al subconsumo. Desde el punto de vista del funcionamiento de la economía como un todo, por lo tanto, resulta cada vez más peligroso restringir la magnitud de los desembolsos militares. Finalmente, en la medida en que la producción de armamento utiliza fuerza de trabajo y medios de producción para los cuales de otro modo no habría demanda, el militarismo ofrece en realidad a la clase capitalista en su conjunto mayores oportunidades de inversión lucrativa de capital. Por todas estas razones, y muy aparte de las necesidades que tienen su origen en las rivalidades imperialistas, el militarismo tiende a desarrollar su propia dinámica expansionista en la sociedad capitalista. Como muy exactamente lo dijo Rosa Luxemburg, escribiendo en 1899:

Lo que mejor demuestra el carácter específico del militarismo de hoy es el hecho de que generalmente se desarrolla en todos los países como una consecuencia, por así decirlo, de su propia fuerza motriz mecánica interior, un fenómeno que era totalmente desconocido hace algunas décadas. Advertimos esto en el carácter fatal de la inminente explosión, inevitable a pesar de que los objetivos y motivos del conflicto no son nada concluyentes. De motor del desarrollo capitalista, el militarismo se ha convertido en una enfermedad capitalista.⁵

Junto con la transformación en el carácter del nacionalismo y del militarismo, aparece una nueva, seudocientífica, justificación de la política de expansión imperialista, a saber, la teoría de la superioridad racial. La relación entre la ideología racial y el imperialismo fue claramente explicada por Hilferding:

Como la subordinación de naciones extranjeras tiene lugar por la fuerza, es decir, de una forma muy natural, a la nación dominante le parece que debe su dominio a sus especiales cualidades naturales, en otras palabras, a sus características raciales. Así, la ideología racial ofrece un fundamento aparentemente científico a la codicia de poder del capital financiero, el cual demuestra, de este modo, la causa y la necesidad de sus operaciones. En vez del ideal democrático de la igualdad, aparece el ideal oligárquico del dominio.⁶

4. Véanse *supra*, pp. 228-229.

5. *Gesammelte Werke*, III, p. 59.

6. *Das Finanzkapital*, pp. 427-428. También el Apéndice B, más adelante.

Es verdad que la doctrina de la superioridad racial como tal no era nueva. El francés Gobineau, escribiendo en la década de 1850, fue uno de los primeros y más influyentes expositores de la pseudociencia moderna de la raza. El propósito de Gobineau, como él francamente lo reconocía, era el de combatir la corriente en ascenso de opinión democrática en el continente europeo y demostrar el derecho natural de la aristocracia a gobernar en Francia. La aristocracia francesa, argumentaba Gobineau, fue originalmente de extracción germánica en tanto que la masa del pueblo francés era gala o celta. Como la raza germánica era «superior», se seguía que la aristocracia gobernaba en virtud de sus características inherentes. Esta teoría estaba pensada para concitar un gran apoyo en Francia, pero algunas décadas más tarde fue adoptada con entusiasmo por los exponentes de la expansión alemana y de este modo se convirtió en el punto de partida de la moderna ideología racial alemana. Al mismo tiempo aproximadamente, en Inglaterra, y en grado menor en Estados Unidos, se descubría con un poco de retraso la «carga del hombre blanco», y se hacía de ella una justificación «humanitaria» del dominio mundial anglosajón.

Pronto se descubrió que la utilidad de la teoría de superioridad racial no se limitaba a la justificación de las conquistas exteriores. La intensificación del conflicto social dentro de los países capitalistas avanzados, que analizaremos más ampliamente enseguida, tiene que ser encauzada en lo posible por canales inocuos (inocuos desde el punto de vista de la dominación de clase capitalista). La incitación de antagonismos de carácter racial es un método adecuado para desviar la atención de la lucha de clases, la cual, como Hilferding señala en relación con otro asunto, «para la clase poseedora es tan estéril como peligrosa».⁷ En consecuencia, el antisemitismo, que durante el siglo XIX se creía, generalmente, en desaparición de los países capitalistas más avanzados, resurge y ocupa su lugar entre los descubrimientos «científicos» del nuevo racismo. La discriminación de las minorías reales o imaginarias, además, tiene la plena aprobación de la teoría económica del monopolio, porque, de este modo, es posible rehusar empleos y oportunidades de inversión a los grupos discriminados, sus salarios y ganancias pueden ser deprimidos por debajo del nivel corriente, y los sectores favorecidos de la población pueden obtener remuneraciones materiales importantes.

3. EL IMPERIALISMO Y LAS CLASES

Para analizar el efecto del imperialismo en los conflictos sociales internos de la sociedad capitalista es necesario hacer una breve digresión para señalar ciertas características del capitalismo avanzado que hasta aquí han permanecido principalmente inadvertidas.

En primer lugar, hay una marcada tendencia de los intereses de la gran propiedad a unirse bajo la dirección del capital monopolista. Bajo un régimen de corporaciones, el viejo conflicto entre industriales y grandes terratenientes tiende a desaparecer; toda clase de bienes físicos se mezclan en el balance social, y los valores de la corporación son un medio común para la inversión de la plusvalía, sea cual fuere el tipo de

7. *Ibid.*, p. 429.

propiedad de que esta procede. Además, con el desarrollo del monopolio en la industria por una parte y la apertura de nuevos países agrícolas por otra, la vieja disputa sobre la política de tarifas pierde su sentido; todos los sectores de la clase propietaria se unen en la demanda de derechos protectores. Esto no significa que los conflictos de intereses entre grandes poseedores de bienes puedan ser eliminados; su severidad, sin embargo, se reduce y tiene una importancia decreciente para la elaboración de las políticas de la clase dominante. Hilferding ofrece un agudo análisis de esta tendencia en el caso de Alemania;⁸ a pesar de las diferencias en las condiciones nacionales, que pueden asumir gran importancia en tiempos de crisis, la tendencia marcha *pari passu* con el proceso de acumulación en todo el mundo capitalista.

En segundo lugar, paralelamente a la unificación de los intereses de la propiedad, se realiza la unificación de los intereses del trabajo. En su lucha por salarios más altos, jornada más corta y mejores condiciones de trabajo, los obreros descubren en una industria tras otra que su fuerza reside en la organización y la cooperación. En consecuencia, el sindicalismo se desarrolla y se extiende a sectores cada vez más amplios de la clase obrera. Sobre la base de la experiencia en la cooperación para el logro de propósitos comunes, los obreros forman sus propios partidos políticos para obtener concesiones que están fuera del alcance de la lucha económica por sí sola. Con estos fundamentos, surge una conciencia y solidaridad de clase entre los obreros que fomenta la acción común y la política común en todos los campos, y hace posible obtener beneficios económicos y concesiones políticas que de otro modo serían inalcanzables.⁹ Este proceso estaba ya en marcha en Inglaterra a mediados del siglo XIX, pero en el mundo capitalista en general se desarrolla plenamente sólo durante la época imperialista. Así, en lo que concierne a los capitalistas y los obreros, el imperialismo se caracteriza por el estrechamiento de las filas de clase y la intensificación de la lucha de clases. Esto ocurre independientemente de las características internacionales especiales del imperialismo.

8. *Ibid.*, cap. XXXIII.

9. Está fuera del alcance de esta obra el investigar en detalle las consecuencias de los sindicatos y de la legislación favorable a la clase obrera, en el funcionamiento del capitalismo. Puede anotarse de paso, sin embargo, que la introducción específica de estos factores no suspende ninguna de las leyes fundamentales del proceso de acumulación que han sido ya examinadas. El efecto principal es la elevación de los salarios. Como una mayor lentitud en el ritmo de crecimiento de la población tiene también tendencia a elevar los salarios, el análisis de los dos fenómenos es esencialmente similar. La tasa de plusvalía y, por lo tanto, también la tasa de ganancia se reducen. Los capitalistas reaccionan ante esto elevando la tasa de introducción de nueva maquinaria; el ejército de reserva se expande. Pero como los sindicatos, el seguro contra el desempleo, etc., impiden al ejército de reserva ejercer toda su influencia depresiva sobre los salarios, el proceso se hace ahora más o menos continuo. La mecanización conduce a un rápido desarrollo de los medios de producción, pero el consumo no es apreciablemente estimulado, ya que las tasas más altas del salario son compensadas por el mayor volumen del desempleo. Por lo tanto, paradójicamente, la acción sindical tiende a intensificar la tendencia al subconsumo. (Para una exposición más completa de los efectos de una tasa descendente de crecimiento de la población, véanse *supra*, pp. 220 ss.)

El hecho de que la acción sindical no mejore grandemente la situación de la clase obrera en su conjunto es una de las causas más importantes que la llevan a la acción política. Cuando se descubre que aquí también el capitalismo traza límites precisos a las ventajas que es posible obtener, la clase obrera se ve al fin obligada por la experiencia a cambiar sus propósitos de reforma dentro de los marcos del capitalismo por los de demolición del capitalismo y establecimiento de una economía socialista.

En tercer lugar, entre los capitalistas y los obreros se encuentra una formación de grupos medios que no pertenecen a ninguna de las clases básicas de la sociedad capitalista. Algunos de ellos van perdiendo importancia, por ejemplo los agricultores independientes, que sucumben poco a poco ante la expansión de la agricultura capitalista y, por lo tanto, tienden a convertirse (en muy pocos casos) en capitalistas o (en la gran mayoría de los casos) en obreros asalariados o arrendatarios sin propiedad; los artesanos y los tenderos verdaderamente independientes declinan también en número y en importancia: estos son, en resumen, los grupos que Marx y Engels tenían presentes cuando hablaban en el *Manifiesto Comunista* de la desaparición de las «capas inferiores de la clase media –los pequeños comerciantes, tenderos y comerciantes retirados en general, los artesanos y campesinos». Al lado de estos sectores declinantes de la clase media, sin embargo, están las «nuevas clases medias» que son engendradas por la elevación de los estándares de vida, la centralización del capital y el crecimiento del monopolio. Las nuevas clases medias incluyen grupos tan diversos como los burócratas industriales y del gobierno, vendedores, publicistas, tratantes, que son, si no de hecho sí en la forma, empleados del gran capital, profesionales, maestros, etc. En el periodo del imperialismo, particularmente debido a la influencia expansiva del monopolio en la maquinaria de distribución, estos grupos crecen no sólo en sentido absoluto, sino también en relación con la población total. La importancia numérica de las clases medias antiguas y nuevas no debe, sin embargo, conducirnos a evaluar su papel como evaluamos el de los capitalistas y obreros. En vez de una solidaridad de intereses cada vez mayor, expresada en unidad de organización más estrecha y en acción política más consciente y eficaz, encontramos entre las clases medias la mayor confusión y diversidad de intereses y propósitos. Falta una base objetiva para la unidad de organización y para la política conscientemente orientada, excepto en el caso de grupos relativamente pequeños que son demasiado débiles para ser eficaces y a menudo se ponen de acuerdo para conseguir fines generales. Por consiguiente, el destino de las clases medias en el periodo de maduración de las contradicciones capitalistas es el de ser aplastadas entre las extorsiones del capital monopolista por una parte, y las demandas de mejores condiciones y mayor seguridad para la clase obrera por otra; esto, de cualquier modo, es común a todas ellas, y es esto lo que determina la básica actitud característica de casi todos los sectores de las clases medias. La actitud en cuestión es de hostilidad, tanto al capital como al trabajo organizados, una hostilidad que puede manifestarse de formas aparentemente contradictorias. Por una parte, las clases medias son la fuente de diversos grados de anticapitalismo no proletario; por otra parte, de utopías en las que todo poder de clase organizado se disuelve y el individuo (es decir, el miembro suelto de un grupo de la clase media) se convierte en la unidad social básica, como en los días desaparecidos de la producción simple de mercancías. Veremos en el próximo capítulo cómo, en ciertas circunstancias, la primera de estas ideologías es adaptada a las necesidades del capital monopolista bajo la forma de fascismo.

Tratemos ahora de fijar el efecto de los rasgos especiales del imperialismo en las diversas clases sociales.

En lo que concierne a la clase propietaria, bajo la dirección del capital monopolista, poco hay que añadir a lo que ya se ha dicho en este y anteriores capítulos. El capital monopolista necesita expandirse en el extranjero y, a este fin, requiere la ayuda y

protección del Estado. Es aquí, por consiguiente, donde encontramos las raíces de la política imperialista con todas sus múltiples implicaciones.

Los intereses de la clase obrera en una política exterior agresiva y expansionista son más complejos. En la medida en que el comercio exterior y la exportación de capital hacen posible la importación de artículos de consumo para trabajadores (*wage goods*) y aumentan las ganancias de la clase capitalista, es claro que a los obreros se les ofrecen oportunidades para mejorar su estándar de vida sin suscitar necesariamente la acerba hostilidad de sus patronos. En este sentido, los obreros se benefician. Más aún, si, faltando la exportación de capital y los gastos militares propios de una política imperialista, un país capitalista avanzado resintiera los efectos de una tasa de ganancia baja y del subconsumo, entonces puede decirse que la clase obrera se beneficiaría de un nivel de ocupación más alto que el que de otro modo lograra. Contra esto, sin embargo, hay que considerar la pérdida de salarios reales que los obreros soportan si los gastos militares van más allá de cierto punto y, especialmente, si las rivalidades interimperialistas conducen a un conflicto armado real. Resulta de estas consideraciones que la clase obrera de cualquier país puede obtener el mayor beneficio de una expansión del comercio exterior y de la exportación de capital si las ganancias de los capitalistas suben, se fomenta la importación barata de artículos de consumo para obreros (*wage goods*) y hay escaso peligro de una colisión con los países rivales. Esta fue precisamente la situación peculiar en que la clase obrera inglesa se encontró durante la mayor parte del siglo XIX, hecho que explica bien la actitud complaciente y aun favorable que el movimiento de la clase obrera británica adoptó hacia la expansión de los intereses británicos en el extranjero en los años anteriores a la primera Guerra Mundial.

Incluso en Inglaterra las condiciones cambiaron gradualmente a este respecto. Como Kautsky lo hizo notar desde 1902:

En tanto la industria inglesa dominó el mercado mundial, los obreros ingleses pudieron convenir con sus capitalistas en que la de vivir y dejar vivir es la mejor política. Eso terminó tan pronto como competidores iguales y aun a menudo superiores aparecieron en el mercado mundial bajo la forma de Alemania y Norteamérica. Ahora empieza de nuevo en Inglaterra también la lucha contra los sindicatos, que se hace más intensa en proporción a la agudeza de la competencia entre estas grandes potencias industriales.¹⁰

En otras palabras, tan pronto como la rivalidad internacional se hace aguda, cada clase capitalista trata de mantener su posición sin sacrificar sus ganancias por medio de la rebaja de salarios y la prolongación de la jornada en su propio país. No debe olvidarse, además, como Dobb ha subrayado, que la exportación de capital impide que los salarios suban en el país como subirían si el capital fuera invertido nacionalmente: Dobb mira esto incluso como «la razón por la cual, fundamentalmente, el interés del capital y el del trabajo en esta materia son opuestos».¹¹ Y, por último, con la intensificación de las rivalidades imperialistas resulta cada vez más claro para la clase obrera que al fin del proceso sólo puede estar la guerra, de la cual tiene mucho que perder y

10. «Krisentheorien», en *Die Neue Zeit*, año XX, vol. 2 (1901-1902), p. 142.

11. *Political Economy and Capitalism*, p. 235.

poco que ganar. Por consiguiente, si bien puede haber épocas en que una política imperialista sea benéfica a los intereses de la clase obrera, esto no puede durar mucho y, finalmente, la más fundamental y perdurable oposición de los obreros tiene que salir a la superficie. En esta y otras cuestiones, los intereses y las políticas del capital y del trabajo son fundamentalmente antagónicos.

Acerca de los intereses económicos de las clases medias hay pocas generalizaciones que valga la pena hacer, y esto es también verdad respecto de sus relaciones con el imperialismo. Algunos grupos, sin duda, salen ganando; otros, perdiendo; y hay aun otros casos en que el balance depende de circunstancias particulares o es del todo indefinido. Careciendo de intereses comunes y de una base de organización común, las clases medias son peculiarmente inestables y se adhieren fácilmente a vagos ideales de grandeza nacional o superioridad racial, una propensión que se acentúa por la difícil posición que ocupan entre el capital organizado y el trabajo organizado en la sociedad capitalista avanzada. La nación o la raza se convierte en el sustituto de la solidaridad de intereses de clase que su posición aislada en la sociedad hace imposible para las clases medias, y al mismo tiempo les ofrece una suerte de evasión psicológica de los contratiempos de su vida cotidiana. Objetivamente, por lo tanto, amplios sectores de las clases medias están maduros para afiliarse a la causa de la expansión exterior. El capital monopolista sabe apreciar estas susceptibilidades de las clases medias y, más aún, aprovecharlas para sus propios fines. A este respecto es un hecho de gran importancia que las grandes sumas que debido al monopolio se gastan en anuncios y publicidad, pongan todos los canales de la opinión pública bajo la influencia directa de la oligarquía superior de la clase dominante. Manipulando las susceptibilidades de las clases medias, y en menor grado las de los sectores no organizados de la clase obrera, es posible construir un formidable apoyo de masas para una política imperialista agresiva. Es a este respecto como las ideologías nacionalistas y racistas, que analizamos en la sección precedente, adquieren su mayor importancia. Las ventajas para los intereses de la propiedad son mayores aún de lo que esto podría sugerir. Puesto que, como hemos visto, la clase obrera tiende a ser hostil a la expansión imperialista, es posible hacer aparecer sus organizaciones y su política como «antipatrióticas» y «egoístas». De este modo, la hostilidad de las clases medias a la clase obrera, que existe siempre, puede ser intensificada. De esta forma, el resultado neto del imperialismo es el de ligar más estrechamente las clases medias al gran capital y hacer más ancho el foso que separa a las clases medias de la clase obrera.

4. EL IMPERIALISMO Y EL ESTADO

No hace falta decir que el auge renovado de los imperios y el desarrollo del imperialismo suponen un aumento en el poder del Estado y una extensión del alcance de sus funciones. Las contradicciones del proceso de acumulación que maduran, en la época del imperialismo, proveen razones adicionales para la actividad acrecentada del Estado, particularmente en la esfera económica.

Desde el punto de vista de la clase capitalista hay dos métodos básicos de contrarrestar el poder creciente y la unidad de la clase obrera: la represión y la concesión. Aun-

que estos dos métodos puedan parecer contradictorios son, en realidad, complementarios y se combinan en proporciones que cambian según las circunstancias. Ambos requieren una expansión del poder y de las funciones del Estado. Por ello se observan simultáneamente el desarrollo de los instrumentos de fuerza destinados a garantizar «la ley y el orden» internos y la extensión de la legislación social en forma de indemnizaciones a los obreros, seguro contra la desocupación, pensiones de vejez, y así sucesivamente.

Un factor adicional que impulsa al Estado a intervenir en el proceso económico es la centralización del capital y el crecimiento del monopolio. Los revisionistas creían que el monopolio tendría el efecto de poner orden en la anarquía de la producción capitalista, una opinión que, como tantas cosas en la teorización revisionista, tiene la notable cualidad de ser precisamente lo contrario de la verdad. Realmente el monopolio intensifica la anarquía de la producción capitalista:¹² las diversas industrias monopolizadas pretenden seguir sus propios métodos, en oposición a las necesidades del sistema como un todo. De esta forma se multiplican las desproporcionalidades y la fuerza equilibradora del mercado no puede ejercer su influencia. El Estado tiene que entrar en juego y tratar de sustituir la «ley de la oferta y la demanda» por su propia acción. Además, la posición estratégica de los llamados monopolios naturales (ferrocarriles y servicios públicos) es tan fuerte que el Estado considera necesario moderar el poder monopolista que ejercen. A menudo se interpreta esto como una acción del Estado en interés de los consumidores, y hasta cierto punto lo es, por supuesto; pero una consideración más importante es la protección a la gran mayoría de las empresas capitalistas, que dependen de forma absoluta de la fuerza eléctrica y del transporte, contra las exacciones de un pequeño número de monopolistas muy poderosos. La historia de la reglamentación del ferrocarril en los Estados Unidos, por ejemplo, sería totalmente incomprensible en cualesquiera otros términos. Es interesante observar que Marx advirtió la relación entre el monopolio y la intervención del Estado; hizo notar que el desarrollo de las sociedades anónimas «establece un monopolio en ciertas esferas y de este modo exige la interferencia del Estado».¹³

Finalmente, podemos observar a este respecto que las contradicciones del proceso de acumulación y el desarrollo desigual entre las ramas de la industria dan lugar a que, ora una línea de producción, ora otra, deje de desarrollarse y se vuelva realmente improductiva. En los días del capitalismo de competencia, el resultado era la desaparición de muchas firmas, la bancarrota y la ruina de numerosos capitalistas. Cuando una industria declinante, sin embargo, tiene en su seno grandes combinaciones monopolísticas ramificadas en todo el sistema económico, las quiebras y las bancarrotas son un problema mucho más serio; se hace necesario que el Estado intervenga mediante préstamos de fondos públicos, subsidios e incluso, en ciertos casos, propiedad gubernamental de las empresas que ya no son lucrativas. De este modo, los estados capitalistas se ven obligados a apoyar un cierto grado, cada vez mayor, de «socialismo». Lo que se socializa es casi invariablemente la pérdida de los capitalistas afectados.

12. Como lo expresó Lenin, «cuando aparece el monopolio en algunas ramas de la industria, acrecienta e intensifica el estado de caos inherente a la producción capitalista en su conjunto». *Imperialism*, p. 27.

13. *Capital*, III, p. 519.

«Un monopolio de Estado en la sociedad capitalista –observó secamente Lenin– no es más que un medio de acrecentar y garantizar el ingreso de los millonarios de una u otra rama de la industria que están al borde de la bancarrota.»¹⁴

La expansión del poder del Estado y del alcance de sus funciones económicas va acompañada de una declinación en la efectividad de las instituciones parlamentarias. Con las palabras de Otto Bauer, «el imperialismo reduce el poder de la legislatura (*Gesetzgebung*) frente al ejecutivo (*Verwaltung*)».¹⁵ No es difícil descubrir las razones. El parlamento nació de la lucha de la clase capitalista contra el ejercicio arbitrario del poder por las monarquías centralizadas que caracterizó los comienzos de la época moderna; su función ha sido siempre la de frenar y controlar el ejercicio del poder gubernamental. En consecuencia, las instituciones parlamentarias florecieron y alcanzaron la cumbre de su prestigio en el periodo del capitalismo de competencia, cuando las funciones del Estado, particularmente en la esfera económica, se reducían al mínimo. En aquel tiempo era posible esperar que algún día todas las naciones del mundo tuvieran gobiernos parlamentarios de modelo inglés o norteamericano. En el periodo del imperialismo, sin embargo, tiene lugar un cambio notable. Con el estrechamiento de las filas de clase y la creciente agudeza del conflicto social, el parlamento se convierte cada vez más en un campo de batalla de los partidos antagónicos, que representan intereses divergentes de clase y de grupo. Mientras que por una parte declina la capacidad del parlamento para realizar actos positivos, por otra aparece la creciente necesidad de un fuerte Estado centralizado, dispuesto y capaz de gobernar territorios distantes, de dirigir las actividades de las flotas y los ejércitos, y de resolver problemas económicos complejos y difíciles. En tales circunstancias, el parlamento es obligado a abandonar una tras otra sus apreciadas prerrogativas y a ver cómo se forja bajo sus propias narices la autoridad centralizada y no controlada contra la cual, en su juventud, había luchado tan ruda y felizmente.

En lo que concierne al efecto del imperialismo en el Estado capitalista, observamos por una parte una gran expansión del poder y de las funciones del Estado y por otra la decadencia del parlamentarismo. No son estos dos movimientos separados, sino más bien dos aspectos de una misma evolución que está relacionada del modo más estrecho con las características económicas y sociales del imperialismo en general.

5. GUERRAS DE REDIVISIÓN

Escribiendo sobre el último cuarto del siglo XIX, Lenin hacía notar que

el rasgo característico de este periodo es la partición final de la tierra, final no en el sentido de que una *re-partición* sería imposible –por el contrario, las *re-particiones* son posibles e inevitables– sino en el sentido de que la política colonial de los países capitalistas *ha completado* la captura de la tierra no ocupada de nuestro planeta. Por primera vez, el mundo está ahora dividido, de manera que en el futuro *sólo re-divisiones* son posibles; es decir, la transferencia de territorio de un «dueño» a otro y no de territorio sin dueño a un «dueño».¹⁶

14. *Imperialism*, p. 37.

15. *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, p. 488.

16. *Imperialism*, p. 70.

Las razones que fundamentan esto han sido ya suficientemente explicadas en estas páginas; pero bien podríamos preguntarnos por qué las «re-particiones» han de ser «inevitables». Una vez terminada la gran rebatiña, ¿por qué no han de asentarse las diferentes potencias capitalistas, poniéndose a explotar pacíficamente lo que tienen? La respuesta es que el capitalismo, por su misma naturaleza, no puede asentarse, sino que debe seguir expandiéndose, y como los diversos sectores de la economía capitalista mundial se expanden con ritmos muy diferentes, resulta que el balance de fuerza está destinado a romperse de tal forma que uno o más países encontrarán a la vez posible y ventajoso rechazar el *statu quo* con respecto a los límites territoriales. El interés de las clases capitalistas nacionales rivales en los ejércitos, escuadras, bases estratégicas, aliados, etc., muestra lo bien que entienden este hecho básico del periodo imperialista, pues es evidente que una redivisión del mundo sólo puede efectuarse por la fuerza armada.

El análisis precedente deja claro que el apremio anexionista de las naciones imperialistas no está de ningún modo limitado a las regiones atrasadas, no industrializadas. Incluir nuevos mercados y nuevas fuentes de materias primas dentro de los muros de las tarifas protectoras de la propia nación es un desiderátum de política imperialista, independientemente de que las áreas de que se trate sean precapitalistas o capitalistas, atrasadas o altamente industrializadas. Es importante tener esto presente al examinar el curso de los acontecimientos de las tres últimas décadas, pues cualquier teoría que lo niegue es evidentemente inadecuada para explicar lo que ha ocurrido en realidad. Puede observarse de paso que tocamos aquí una de las debilidades notorias de la teoría del imperialismo expuesta por Rosa Luxemburg y sus partidarios. Debe insistirse también en que un cuadro de la economía mundial que muestre sólo un puñado de naciones imperialistas avanzadas, rodeadas por regiones coloniales atrasadas, es una simplificación excesiva. En realidad, hay otros elementos que es preciso tener en cuenta: por una parte, naciones industriales pequeñas y relativamente avanzadas, algunas con imperios propios y otras sin ellos; por otra parte, países atrasados formalmente independientes que en realidad ocupan una posición semicolonial con respecto a las grandes potencias. En ambos casos, la independencia de que disfrutaban estas regiones es esencialmente el resultado de la rivalidad entre las naciones imperialistas más importantes.¹⁷ En tiempos de paz estos países constituyen por decirlo así los puntos focales del conflicto imperialista. Cuando el equilibrio de fuerzas se rompe y las armas de la diplomacia son sustituidas por las armas de la fuerza, ellos son el principal campo de batalla de las guerras de redivisión.

Intentemos ahora un breve resumen de los conflictos internacionales del siglo XX sobre la base de nuestra teoría del imperialismo. Tal resumen nos permitirá adquirir sobre los límites del imperialismo una noción más clara de lo que de otro modo sería posible.

17. China, que desde mediados del siglo XIX ha sido una de las principales áreas de conflicto imperialista, es un caso a propósito. Uno de los más sagaces investigadores de la historia china ha observado muy correctamente que «lo único que impidió al imperialismo extranjero dominar por completo a China fue la rivalidad entre las potencias imperiales». Owen Lattimore, *Inner Asian Frontiers of China* (1940), p. 144.

La primera guerra de redivisión del mundo empezó en 1914 y terminó con los tratados de paz de 1918 y 1919. Por ambas partes fue una guerra de coalición en la que los contendientes principales eran, respectivamente, Inglaterra y Alemania, las dos naciones capitalistas más poderosas y avanzadas de la Europa occidental. Es imposible localizar los motivos básicos, aunque es claro que el área de rivalidad más directa y aguda era la Europa sudoriental y el Próximo Oriente, incluyendo el Mediterráneo oriental. La decadencia y disolución del Imperio turco precapitalista, que estaba en curso desde hacía tiempo, provocó un hervidero de problemas y ambiciones internacionales que afectaba a todas las potencias imperialistas europeas. La causa real del comienzo de la lucha tenía relación con las aspiraciones de las nacionalidades oprimidas de la zona balcánica a su independencia nacional y a la condición de estados. Conforme la guerra se extendía, sin embargo, los motivos de disputa se ampliaban también hasta incluir todo el problema de la redivisión del mundo. Los tratados de paz muestran lo que se debatía en la guerra con mayor claridad que las disputas particulares y relativamente secundarias que desataron la conflagración.

Todas las naciones imperialistas europeas, excepto Italia, participaron desde el principio, e Italia se incorporó tan pronto como sus estadistas creyeron saber qué bando saldría victorioso. Las dos principales potencias no europeas, Estados Unidos y el Japón, fueron también arrastradas. En 1917, al desplome del régimen zarista en Rusia siguió la revolución bolchevique, el establecimiento de la primera sociedad socialista en el mundo y la retirada de Rusia de la arena imperialista. Al año siguiente la guerra terminó con el colapso de la resistencia alemana y austrohúngara. En el Tratado de Versalles, el principal tratado de paz imperialista, predominaron Inglaterra y Francia, las que se apoderaron de la parte del león en el imperio colonial de Alemania. Importantes áreas productoras de materias primas en el este y oeste de Alemania fueron adjudicadas, respectivamente, a una Polonia reconstruida, y a Francia y Bélgica; Alemania fue despojada de su flota de guerra y de su marina mercante, y su Ejército fue reducido a dimensiones que se pensó serían suficientes para mantener el sistema de relaciones de propiedad capitalistas dentro de sus nuevas fronteras. Austria-Hungría fue hecha pedazos, y se estableció una barrera de estados nuevos en la Europa oriental y sudoriental para aislar a la Unión Soviética y como contrapeso ante un posible resurgimiento alemán. Estados Unidos, aunque sin beneficiarse de la guerra en un sentido territorial, surgió como la nación económicamente más poderosa del mundo, acreedora a gran escala cuando pocos años antes había sido aún deudora de fuertes sumas a las naciones europeas que exportaban capital. Era ya claro que Estados Unidos desempeñaría un papel clave en los conflictos imperialistas futuros. Italia era demasiado débil al final de la guerra para cobrar lo que se le había prometido por su ingreso en el campo aliado. Finalmente, Japón, que sólo se vio envuelto en las hostilidades periféricamente, se aprovechó de las preocupaciones de las potencias occidentales para extender su territorio y esfera de influencia en el Lejano Oriente; era todavía, sin embargo, demasiado débil para conservar todas sus adquisiciones y fue obligado a una restitución por Estados Unidos e Inglaterra después de restablecida la paz en Europa.

Desde el punto de vista de la estructura del imperialismo mundial, los resultados de la primera Gran Guerra de redivisión pueden resumirse como sigue: 1) el poder

de Alemania fue temporalmente aplastado y su imperio colonial fue ocupado por las naciones victoriosas (principalmente Inglaterra y Francia); 2) Austria-Hungría fue eliminada de la escena imperialista; 3) Estados Unidos surgió como la nación económicamente más fuerte del mundo; 4) Italia y Japón, aunque del lado de los vencedores, vieron frustradas sus ambiciones imperiales; y, finalmente, 5) Rusia se retiró por completo del campo de la rivalidad imperialista y comenzó la tarea de construir la primera sociedad socialista del mundo. El diseño básico de la segunda Guerra de redivisión era ya visible en los resultados de la primera.

Algunos de los progresos más importantes del periodo que va de una guerra de redivisión a otra serán analizados en el siguiente capítulo. Desde nuestro punto de vista actual [1942], los acontecimientos marchaban en línea recta. Aquellas naciones que quedaron fuera en la primera partición del mundo y que perdieron o dejaron de beneficiarse en la primera guerra de redivisión, las naciones en que el capital tenía las menores oportunidades para su expansión interna, pronto comenzaron a prepararse para una segunda redivisión. La campaña real empezó con la invasión japonesa de Manchuria en 1931, y continuó a través de la absorción de Etiopía por Italia (1935), la guerra civil española (1936),¹⁸ el renovado empuje del Japón en China (1937) y, por último, la serie de agresiones alemanas directas en el continente europeo, comenzando por la ocupación de Austria en 1938 y continuando en sucesión ininterrumpida hasta hoy. La segunda Guerra Mundial en su conjunto, sin embargo, no es como la primera, una simple lucha interimperialista para la redivisión del mundo. Comprende en realidad tres guerras distintas que se mezclan sólo en un sentido militar y aun a este respecto de forma incompleta. La primera de estas tres guerras es una guerra de redivisión modelo 1914-18, con Alemania, Italia y Japón de un lado, y Gran Bretaña y Estados Unidos del otro; la segunda es una guerra entre el capitalismo y el socialismo, con Alemania de un lado y la Unión Soviética del otro; la tercera es una guerra antiimperialista de independencia nacional, de China contra Japón.¹⁹

Las características especiales de la guerra actual, que son muchas, sólo son comprensibles si se entiende el hecho de que no se trata de una guerra, sino de tres. Sin embargo, no es nuestro propósito llevar adelante esta cuestión aquí, sino sólo hacer notar que el carácter triple de la guerra pone de relieve, con la mayor nitidez posible, los límites de la expansión y aun de la existencia continuada del imperialismo como sistema de economía mundial. En tanto que el primer periodo de hostilidades mundiales fue un periodo de rivalidad exclusivamente *interimperialista*, en la actualidad la lucha *antiimperialista* es al menos un elemento tan importante como aquella en el diseño total del conflicto. Las causas e implicaciones de esto serán examinadas en la sección siguiente.

18. La inclusión de la guerra civil española requiere tal vez unas palabras de explicación. La rebelión de Franco fue en realidad un instrumento de la política alemana e italiana; sin el apoyo de las naciones fascistas, hubiera sido rápidamente sofocada. Alemania e Italia tenían interés en controlar los recursos de España y en reforzar su posición estratégica frente a Inglaterra y Francia.

19. Desde el punto de vista de Japón, esta es, por supuesto, una guerra imperialista, para subyugar un área atrasada semiindependiente.

6. LOS LÍMITES DEL IMPERIALISMO

Si consideramos el sistema del imperialismo en su conjunto, más bien que naciones imperialistas aisladas, es claro que levanta contra él dos tipos de oponentes y que su expansión acrecienta el poder potencial de oposición de estos. Es aquí donde debemos buscar los factores que fijarán finalmente los límites del imperialismo y prepararán el terreno para su derrumbe como sistema de economía mundial.

La primera fuerza de oposición surge, como ya hemos visto, del desarrollo interno de los países imperialistas. Las filas de clase se aprietan cada vez más y el conflicto de clases aumenta en intensidad. Finalmente, la clase obrera se ve obligada a adoptar una posición anticapitalista y a proponerse como meta la realización del socialismo. Pero en la época del imperialismo, anticapitalismo necesariamente significa también antiimperialismo. Los rasgos especiales de la política imperialista, que contribuye a la explotación interna incrementada y a la guerra internacional, sirven para fortalecer la oposición de los obreros, aunque las raíces de esta actitud de la clase obrera hay que buscarlas en la estructura de la sociedad capitalista en general. Podemos hablar a este respecto de la oposición socialista contra el imperialismo. Tal oposición no es en sí misma capaz de impedir la expansión del imperialismo. Su importancia real aparece sólo en las etapas finales de una guerra de redivisión, cuando la estructura económica y social de las potencias imperialistas se debilita seriamente y maduran situaciones revolucionarias en las áreas más duramente afectadas. Entonces se hacen posibles las revoluciones socialistas victoriosas y la cadena del imperialismo mundial tiende a romperse por sus eslabones más débiles.²⁰ Esto fue lo que tuvo lugar en Rusia en 1917. La revolución bolchevique estableció relaciones de producción nuevas, socialistas, en Rusia, con el resultado de que una gran parte de la superficie de la Tierra fue separada de golpe del sistema mundial del imperialismo y formó el núcleo de una economía mundial futura sobre bases socialistas. Parece prudente predecir que este proceso se repetirá, tal vez en escala mayor aún, antes de que el conflicto internacional actual se haya extinguido. Vemos así que el primer límite para el imperialismo es el resultado de la interacción de sus aspectos nacionales e internacionales. La fuerza de oposición crucial tiene su origen dentro de las naciones imperialistas, pero las condiciones para su triunfo las establecen las guerras de redivisión, que son un rasgo recurrente del imperialismo considerado un sistema internacional. Esta es, por así decirlo, la dialéctica del nacimiento y desarrollo del socialismo. Además, el límite del imperialismo implícito en el surgimiento del socialismo es a la larga un límite que se estrecha. Algunas de las implicaciones de este hecho para el futuro de la economía mundial serán examinadas en el capítulo final de esta obra.

El segundo límite fundamental para el imperialismo surge de las relaciones entre la metrópoli y la colonia.²¹ La introducción de mercancías manufacturadas baratas y

20. La teoría de que el imperialismo se quebranta primero no necesariamente en los países más avanzados, sino en el «eslabón más débil», que es muy probable sea una nación capitalista relativamente atrasada, parece haber sido expuesta por primera vez por Lenin. Véase Iósif Stalin, *Leninism* (1928), pp. 101 y ss.

21. El término «colonia» tal como lo usamos aquí no debe interpretarse en un sentido legalista; es aplicable igualmente a las áreas atrasadas que son objeto de explotación económica imperialista, aun cuando puedan ser naciones formalmente independientes.

de capital importado en la economía colonial revoluciona el modo de producción preexistente. Las industrias artesanas sufren un grave daño; los medios modernos de transporte y comunicación destruyen el aislamiento local inherente a la producción precapitalista; las viejas relaciones sociales se disuelven; surge una burguesía nativa que encabeza la promoción de un espíritu nacionalista semejante al que caracterizó en sus comienzos el desarrollo del capitalismo en las hoy naciones industriales avanzadas. Al mismo tiempo, sin embargo, el desarrollo de la economía colonial no es equilibrado. Bajo la dominación del imperialismo, la industrialización avanza muy lentamente, demasiado lentamente para absorber el flujo constante de artesanos arruinados por la competencia de los productos hechos a máquina en las fábricas de los países avanzados. La consecuencia es un aumento en el número de campesinos, la presión creciente sobre la tierra y el menoscabo de la productividad y de los estándares de vida de las masas agrícolas, que constituyen con mucho el sector más grande de las poblaciones coloniales. El imperialismo crea así en las colonias problemas económicos que es incapaz de resolver. Las condiciones esenciales para un mejoramiento son cambios fundamentales en el sistema de la tierra, la reducción del número de habitantes que dependen de la agricultura y el aumento de la productividad de esta, objetivos todos que sólo pueden ser alcanzados en conjunción con una tasa de industrialización relativamente alta. El imperialismo no está dispuesto a reformar el sistema de la tierra porque su dominio depende típicamente del apoyo de la clase terrateniente colonial, nativa y extranjera; los intereses de los productores, y sobre todo de los productores monopólicamente organizados en la metrópoli, impiden la erección de barreras de tarifas protectoras coloniales y frenan por otros medios el desarrollo industrial de las áreas atrasadas. La consecuencia inevitable es que la economía colonial se estanca y las condiciones de vida de la gran mayoría de la población tienden a empeorar, no a mejorar. Todas las clases de las poblaciones coloniales, con la excepción de los terratenientes y unos cuantos grupos relativamente pequeños que son en realidad agentes de la dominación imperialista, son, por lo tanto, arrastradas a la lucha por la independencia nacional. Al lado de la oposición socialista al imperialismo dentro de los países avanzados tenemos aquí la oposición nacionalista en los países atrasados.

La relación entre las dos principales fuerzas que se oponen al imperialismo es compleja y no puede ser cabalmente analizada aquí. Debemos contentarnos con algunas breves sugerencias. Existe, evidentemente, una base firme para una alianza entre la oposición socialista al imperialismo en los países avanzados y la oposición nacionalista en los países coloniales. El surgimiento y desarrollo de una parte socialista independiente del mundo, sin embargo, introduce ciertas complicaciones. Se hizo notar arriba que la burguesía colonial encabeza la organización y promoción del movimiento de independencia nacional, pero el objetivo final de la burguesía colonial es el establecimiento de naciones capitalistas independientes. En consecuencia, considera enemigos tanto al imperialismo como al socialismo. La clase obrera colonial, por otra parte, aunque numéricamente pequeña, adopta casi desde el principio una meta socialista; en tanto que las masas agrícolas oprimidas no rechazan las ideas socialistas y tienden a aceptar la dirección de aquellos que demuestren del modo más claro, con sus actos, estar resueltos a lograr una mejora en la situación. La posición de la burguesía tiende a hacerla cada vez más inepta para el papel de dirección que asume en las pri-

meras etapas del movimiento nacional. Vacila entre aceptar el apoyo de las fuerzas del socialismo, tanto exteriores como interiores, contra el imperialismo, y contemporizar con el imperialismo a fin de tener a raya el peligro socialista. El resultado es una política que se detiene siempre ante la acción decisiva, se invierte y da marcha atrás, para avanzar de nuevo de forma vacilante. Como no es esta la política que puede atraer vigorosamente a la masa del campesinado, y como sin este apoyo el movimiento de independencia nacional es impotente, resulta que la dirección tiende a pasar gradualmente de manos de los elementos burgueses a manos de la clase obrera en alianza con los sectores más avanzados del campesinado, los cuales, aunque no necesariamente socialistas de convicción, no tienen, sin embargo, ningún interés en el mantenimiento de las relaciones capitalistas de producción después de alcanzada la independencia. Por consiguiente, le toca al fin a la clase obrera encabezar la oposición nacionalista al imperialismo en los países coloniales, del mismo modo que está a la cabeza de la oposición socialista al imperialismo en los países avanzados. Cuando esta etapa ha sido alcanzada, las dos grandes fuerzas de oposición se unen no sólo en sus objetivos inmediatos, sino también en su resolución final de trabajar por una economía socialista mundial, como salida a las crecientes contradicciones de la economía imperialista mundial. A la larga, la burguesía colonial es incapaz de desempeñar un papel histórico independiente y tiene que dividirse en dos facciones opuestas, una de las cuales intenta salvar sus inseguros privilegios propios mediante una alianza abierta con el imperialismo, en tanto que la otra permanece fiel a la causa de la independencia nacional aunque el precio sea la aceptación del socialismo.

Vemos así, finalmente, que lo que empezó como dos fuerzas independientes opuestas al imperialismo tiende a fundirse en un gran movimiento. Exactamente como en los mismos países capitalistas avanzados, también a escala mundial la cuestión se define cada vez más claramente como una lucha del imperialismo contra el socialismo, con las crecientes contradicciones del imperialismo como garantía de su propia decadencia y de la concomitante propagación del socialismo.

El fascismo

HABLANDO EN TÉRMINOS GENERALES, EL FASCISMO, COMO EXISTE EN ALEMANIA e Italia, es una forma que asume el imperialismo en la época de las guerras de redivisión. Este capítulo será dedicado a la elaboración del tema sobre la base de la teoría del imperialismo expuesta en las páginas anteriores.

1. LAS CONDICIONES DEL FASCISMO

El fascismo surge en ciertas condiciones históricas específicas que son, a su vez, el producto del efecto de las guerras imperialistas de redivisión en la estructura económica y social de las naciones capitalistas avanzadas. De acuerdo con el uso militar y diplomático, al final de una guerra las naciones beligerantes se dividen en dos categorías, las del bando victorioso y las del vencido. Las proporciones del daño en la estructura social interna de los diferentes países, sin embargo, proveen una base más importante para la clasificación. Según las proporciones y la gravedad del daño sufrido, es posible disponer los países en una serie que va de aquellos que salen virtualmente incólumes, o aun en realidad reforzados, a aquellos en los cuales la estructura preexistente de relaciones económicas, políticas y sociales, está completamente destrozada. Usualmente, las naciones del bando victorioso están más cerca de la cúspide y las del vencido más cerca de la base de la escala, pero la correlación dista de ser perfecta.

No es fácil establecer criterios para juzgar las proporciones y la gravedad del daño sufrido por un país como resultado de la guerra, pero ciertos síntomas conexos serían, sin duda, ampliamente aceptados como indicadores: la extrema escasez de alimentos y otros productos necesarios para la vida; el derrumbe parcial de «la ley y el orden»; la desorganización, la indisciplina y la inseguridad de las fuerzas armadas; la pérdida de la confianza en la clase dominante así como la falta de respeto por los hábitos establecidos de pensamiento y de conducta entre vastos sectores de la población. Está prácticamente garantizado que condiciones de esta índole den origen a luchas revolucionarias que eventualmente pueden resolverse en una victoria decisiva de la contrarrevolución; en el derrocamiento de la estructura existente de relaciones de propiedad y la implantación del socialismo —como ocurrió en Rusia en 1917—; o en un empate temporal en el que ninguna de las grandes fuerzas contendientes, la clase obrera y la clase capita-

lista, pueda obtener un triunfo decisivo —como ocurrió en Alemania y, menos inequívocamente, en otras partes de la Europa central y oriental, en 1918 y 1919. Es este último caso el que nos interesa aquí.

El hecho de que la revolución no llegue a consumarse en sentido socialista es, en un sentido muy real, la clave de desarrollos posteriores. La mejor descripción de lo que resulta es una situación transitoria de equilibrio de clases que descansa sobre la base de las relaciones capitalistas de propiedad. Jurídicamente, este equilibrio de las fuerzas de clase tiende a expresarse en una forma de Estado ultrademocrática, a la cual Otto Bauer dio el nombre de «república popular».¹ La república popular deja el control de la economía a los capitalistas, pero al mismo tiempo otorga a la clase obrera participación en el poder del Estado y libertad de organización y agitación para el logro de sus fines propios. El personal del aparato del Estado es en su mayoría el mismo, pero la debilidad e inseguridad de las fuerzas armadas a disposición del Estado obliga a los capitalistas a seguir una política de contemporalización y compromiso.

El carácter democrático de la república popular da origen a ilusiones diversas. Los liberales consideran la participación en el poder del Estado y los compromisos que necesariamente resultan una señal de cooperación de clases y de atenuación del conflicto social; los revisionistas creen que la república popular es sólo un puente hacia la realización gradual del socialismo. A menudo se pasa por alto la realidad del antagonismo de clases tras el equilibrio temporal de fuerzas. Pero pronto estos diagnósticos optimistas son desacreditados por los acontecimientos. Nada prueba la inestabilidad y el carácter transitorio de la república popular tan claramente como su ineptitud para suavizar las contradicciones de la producción capitalista. Lejos de ser eliminadas, estas contradicciones se intensifican. Las ventajas logradas por los sindicatos grandemente reforzados y la promulgación de leyes sociales bajo la presión de la clase obrera, arrojan sobre la producción capitalista cargas que esta está mal preparada y peor dispuesta a soportar. El gran capital hace frente a esta situación de dos modos. Primero, estrechando sus organizaciones monopolistas y exprimiendo a las clases medias. Estas últimas, empobrecidas ya por la guerra y por el trastorno subsecuente de la vida económica, el cual, bajo la forma de inflación, gravita muy pesadamente sobre aquellos que tienen pequeños ahorros y carecen de organizaciones que los protejan, encuentran que su desesperada situación mejora sólo ligeramente por el regreso a «la ley y el orden», y que ellas son en realidad las huérfanas de la república popular. Segundo, los capitalistas emprenden una intensa campaña de «racionalización», es decir, de sustitución de fuerza de trabajo por maquinaria y de intensificación del proceso de trabajo, lo que trae por consecuencia el engrosamiento de las filas del ejército de reserva. Es verdad, por supuesto, que la restauración de la merma y destrucción económicas del periodo de guerra da la base para una recuperación considerable de la actividad económica, recuperación que prácticamente en todas partes en Europa, durante la década de 1920, fue alentada y apoyada por la importación de capital de Estados Unidos. Por algún tiempo la producción de medios de producción deja de depender del mercado de artículos de consumo; pero sólo por algún tiempo. Una vez que el

1. *Die österreichische Revolution* (1923), especialmente cap. 16 («Die Volksrepublik»). Bauer no se hacía ilusiones sobre la estabilidad o permanencia de la república popular.

mecanismo de producción ha sido sustancialmente reconstruido, se descubre que la demanda de artículos de consumo, deprimida como está por el empobrecimiento de las clases medias y por el desempleo tecnológico entre los trabajadores, es inadecuada para sostener altos niveles de actividad económica. Se hace inevitable una crisis, seguida por un marcado descenso de la producción y del empleo.

Desde el punto de vista de la producción capitalista, semejante crisis podría ser atenuada o superada por el método imperialista normal de la expansión en el extranjero. Pero son precisamente los países que fueron más gravemente debilitados por la guerra precedente los que tienen las menores oportunidades de tomar este camino: sus colonias les fueron arrebatadas y su fuerza militar está tan agotada que no pueden seguir una política exterior agresiva. Además, la clase obrera, con su influencia política en la república popular, se opone resueltamente a nuevas aventuras imperialistas. Hilferding, escribiendo en 1931 y tomando en consideración la reciente experiencia alemana, se impresionó tanto por este estado de cosas que consideró el expansionismo imperialista casi un fenómeno del pasado. «Es el control más fuerte de la política exterior en los países democráticos —escribió— el que limita en grado extraordinario el empleo del poder del Estado por el capital financiero.»² Esto era muy cierto en los días en que fue escrito, pero desgraciadamente Hilferding no era ya capaz, como en otros tiempos lo había sido, de sacar las conclusiones de su propio análisis.

La exposición de esta sección puede resumirse brevemente como sigue: una nación cuya estructura económica y social es seriamente quebrantada como resultado de una guerra imperialista de redivisión, puede, si fracasa en ella una revolución socialista, entrar en un periodo de equilibrio de clases, sobre la base de las relaciones capitalistas de propiedad. En tales condiciones, la intensificación de las contradicciones del capitalismo conduce a una grave crisis interna que no puede ser «resuelta» recurriendo a los métodos normales de la expansión imperialista. Este es, por así decirlo, el terreno en que el fascismo echa raíces y se desarrolla.

2. EL FASCISMO SUBE AL PODER

Tanto los orígenes como la base de masas del fascismo hay que buscarlos en las clases medias, que forman un sector tan grande de la población de los países capitalistas en la época del capitalismo de monopolio. Lenin señaló muy claramente las características de la psicología de la clase media, que en circunstancias adecuadas fomenta y estimula el desarrollo de un movimiento fascista:

Para los marxistas está teóricamente bien demostrado —y la experiencia de todas las revoluciones y movimientos revolucionarios europeos lo ha confirmado plenamente— que el pequeño propietario (un tipo social muy ampliamente representado en muchos países europeos), que bajo el capitalismo sufre una opresión constante y con mucha frecuencia un increíblemente agudo y rápido empeoramiento de sus condiciones de vida, y aun la ruina, se hace con facilidad extremadamente revolucionario, pero es incapaz de mostrar perseverancia, apti-

2. «Die Eigengesetzlichkeit der kapitalistischen Entwicklung», en *Kapital und Kapitalismus*, ed. Bernhard Harms (1931), vol. I, pp. 35-36.

tud para organizarse, disciplina y firmeza. El pequeño burgués, «furioso» por los horrores del capitalismo, es un fenómeno social característico, como el anarquismo, de todos los países capitalistas. La inestabilidad de semejante revolucionarismo, su esterilidad, su aptitud para transformarse rápidamente en sumisión, en apatía, en fantasía y hasta en un apasionamiento «loco» por tal o cual «novedad» burguesa, todo esto es generalmente conocido.³

Lo que Lenin dice aquí del pequeño propietario es aplicable en grados diversos a vastos sectores de las clases medias. Son precisamente estos grupos los más desastrosamente afectados durante el periodo de capitalismo de equilibrio de clases que puede seguir a una guerra de redivisión fracasada. Constituyen el alma del apoyo popular al fascismo. Una vez que el movimiento ha comenzado a avanzar, otros elementos de la población son atraídos a él, no siempre por las mismas razones; estos incluyen ciertos grupos de obreros no organizados, agricultores independientes, parte del ejército de desocupados, elementos desclasados y criminales (el llamado lumpemproletariado), y jóvenes de todas las clases que no ven frente a ellos sino muy pobres oportunidades para una carrera normal.

La ideología y el programa del fascismo reflejan la posición social de las clases medias, y a este respecto son meramente una intensificación de actitudes que, hemos visto ya, son características del imperialismo.⁴ Los ingredientes principales tienen un carácter negativo, a saber, hostilidad al trabajo organizado por una parte y al capital monopolista por otra. En el aspecto positivo, las clases medias compensan su falta de intereses de clase comunes y de sólidas bases de organización con la glorificación de la nación y de la «raza» a que pertenecen. A los extranjeros y a las minorías raciales se les culpa de desgracias cuya naturaleza no se comprende.⁵ En lo que se refiere a los problemas económicos y sociales internos, el programa del fascismo es una masa de ofrecimientos mal digeridos y a menudo mutuamente contradictorios, que se distinguen sobre todo por su carácter inconfundiblemente demagógico. Es difícil que alguno de estos ofrecimientos sea nuevo u original; casi sin excepción han aparecido y reaparecido en periodos anteriores de calamidad social. Lo que da al fascismo coherencia y validez es su énfasis en el nacionalismo, su demanda de restauración de un fuerte poder de Estado y su llamamiento a una guerra de revancha y de conquista. Es esto lo que pone una base firme para el acercamiento entre el fascismo y la clase capitalista.

La actitud de los capitalistas hacia el fascismo es, al comienzo, de reserva y recelo: desconfían de él sobre todo por sus ataques desaforados al capital financiero. Pero a medida que el movimiento se extiende y gana el apoyo popular, la actitud de los capitalistas sufre una transformación gradual. Su propia posición es difícil, atrapados como están entre las demandas de la clase obrera organizada y el «cerco» de potencias capitalistas rivales. Ordinariamente, en tales circunstancias, la clase capitalista haría uso del poder del Estado para someter a los obreros y para mejorar su propia situación internacional, pero ahora este camino está cerrado para ella. El Estado es débil y los obreros participan de su control. En consecuencia, el fascismo, una vez demostró

3. *Left-Wing Communism: an Infantile Disorder*, ed. International Publishers, p. 17.

4. Véanse *supra*, pp. 273 y ss.

5. Con esto no queremos negar que el apoyo de la clase media para discriminar a las minorías no se base también en la posible obtención de ventajas económicas inmediatas.

su derecho a ser tomado en serio, pasa a ser considerado un aliado potencialmente valioso contra los dos peores enemigos de los capitalistas, los obreros de su propio país y los capitalistas de los países extranjeros; pues la autenticidad del odio del fascismo a los trabajadores y a los extranjeros jamás admite duda. Por medio de una alianza con el fascismo, la clase capitalista espera restablecer el Estado fuerte, subordinar a la clase obrera y ampliar su «espacio vital» a costa de las potencias imperialistas rivales. Esta es la razón de los subsidios financieros con que los capitalistas apoyan el movimiento fascista y, lo que es quizá más importante, de la tolerancia que el personal del Estado dominado por los capitalistas muestra frente a los métodos violentos e ilegales del fascismo.

No debe suponerse que los capitalistas estén totalmente satisfechos con el ascenso del fascismo. Es incuestionable que preferirían resolver sus problemas a su modo si ello fuera posible. Pero su impotencia los obliga a reforzar el fascismo, y cuando al fin las condiciones del país se vuelven del todo intolerables y una nueva situación revolucionaria asoma en el horizonte, los capitalistas, desde sus posiciones dentro de la ciudadela del poder del Estado, abren las puertas y dan entrada a las legiones fascistas.

3. LA «REVOLUCIÓN» FASCISTA

Una vez en el poder, el fascismo emprende con despiadada energía la destrucción del equilibrio de clases que está en la base de la indecisión y la parálisis de la república popular. Los sindicatos y los partidos políticos de la clase obrera reciben los primeros y más duros golpes; sus organizaciones son aplastadas y sus líderes, asesinados, encarcelados o arrojados al exilio. Viene enseguida el establecimiento del Estado fuerte y, por último, tomadas estas medidas preliminares necesarias, el viraje hacia los preparativos a gran escala para una nueva guerra de redivisión. Estos tres pasos encierran lo que a menudo se llama la «revolución» fascista.

El reforzamiento del poder del Estado es de por sí un proceso complicado que implica inevitablemente el abandono del programa radical de la clase media en que el fascismo se apoyó para subir al poder. El que se trate o no de una determinación deliberada de los líderes fascistas es cosa que ni siquiera merece discusión. El programa fascista es autocontradictorio y no tiene en cuenta el carácter real de las leyes económicas; se opondrían enconadamente a él todos los poderosos elementos de la clase capitalista. El intento de ponerlo en práctica sería provocar el desastre y acaso hacer para siempre imposible la realización de los sueños de conquista exterior que constituyen la médula ideológica del fascismo. No sólo no puede permitirse el fascismo suscitar contra él la hostilidad de los capitalistas, sino que requiere su plena cooperación, ya que ellos ocupan las posiciones estratégicas de la economía y poseen el entrenamiento y la experiencia necesarios para hacerla funcionar. Los capitalistas, por su parte, acogen gustosos la destrucción de la fuerza organizada de la clase obrera y se orientan con entusiasmo hacia la reanudación de la política de expansionismo en el exterior. La reconstrucción del poder del Estado tiene lugar, por lo tanto, sobre la base de una alianza cada vez más estrecha entre el fascismo y el capital, particularmente el capital monopolista de las industrias pesadas esenciales.

En lo político, el establecimiento del Estado fuerte implica desechar toda la ornamentación de los partidos políticos propios de la democracia parlamentaria. Pero esto no es todo. Los elementos extremistas dentro del partido fascista mismo, amargamente resentidos por lo que sólo pueden considerar una traición al programa fascista de reforma social, exigen insistentemente una «segunda revolución». La crisis que se desarrolla en las filas del fascismo es resuelta por una purga de los líderes disidentes y por la integración de los ejércitos fascistas privados en las fuerzas armadas regulares del Estado. De aquí en adelante, el partido fascista pierde su independencia y se convierte en realidad en un mero auxiliar del aparato del Estado. Por estos medios, el fascismo transfiere final e irrevocablemente su base social de las clases medias al capital monopolista. Tiene lugar ahora una *interpretación* de la alta dirección fascista y los círculos dominantes del capital monopolista, la que da como resultado la creación de una nueva oligarquía dominante que dispone de forma coordinada del poder económico y político. Todas las energías de la nación se dirigen en lo sucesivo al rearme; cualesquiera otras consideraciones de política económica y social se subordinan al propósito dominante de librar y ganar una nueva guerra imperialista de redivisión.

Las realizaciones de la «revolución» fascista son así la destrucción del equilibrio de clases preexistente, el establecimiento del Estado fuerte y la preparación de la nación para una nueva guerra de redivisión. Lejos de derrocar el imperialismo capitalista, el fascismo pone en realidad al descubierto su esencia monopólica, violenta y expansionista.

4. LA CLASE DOMINANTE BAJO EL FASCISMO

Ha habido tantas teorías del fascismo interpretándolo como un orden social nuevo, fundamentalmente ni capitalista ni socialista en su carácter, que acaso no sea impropio formular más explícitamente nuestra actitud hacia este problema.⁶ Las teorías en cuestión admiten comúnmente que el fascismo ha conservado las formas del capitalismo, pero sostienen que estas formas constituyen una mera pantalla tras la cual una nueva clase dominante se apodera de los controles verdaderos y los maneja para sus propios fines. La índole de estos fines queda por lo general un poco vaga, pero quizá no sea inexacto decir que la mayoría de los autores los conciben en términos de poder. En la persecución del poder, se dice, la clase dominante fascista hace a un lado las «reglas del juego capitalista»; en consecuencia, el fascismo es una nueva sociedad que ni acata las leyes ni padece las contradicciones del capitalismo. La exploración cabal de esta tesis exigiría, por supuesto, un análisis de sociedades fascistas concretas, análisis que no podemos emprender aquí.⁷ Pero puede ser un ejercicio útil el de someter a prueba el concepto de la nueva «clase dominante» fascista, a la luz de la teoría del capitalismo expuesta en este libro.

6. Buena parte del análisis que sigue está tomado de mi artículo «The Illusion of the *Managerial Revolution*», en *Science and Society*, invierno de 1942.

7. Para un admirable estudio sobre el fascismo alemán, véase Franz Neumann, *Behemoth*. Las conclusiones de Neumann son sustancialmente idénticas a las que extraemos aquí.

La filiación de clase no depende de los orígenes sociales. Una persona nacida en el seno de la clase obrera puede convertirse en capitalista, y viceversa. Los orígenes sociales comunes son importantes para el pensamiento y la cohesión de una clase, pero no determinan su composición. Esta depende de la posición que los individuos ocupan realmente en la sociedad, es decir, de sus relaciones con otros y con la sociedad en su conjunto. Para el marxismo esto significa, principalmente, la posición en la estructura de las relaciones económicas que dominan la totalidad de las relaciones sociales. Es este el camino por donde llegamos a la definición de la clase dominante como una clase que incluye a las personas que, individualmente o unidas, controlan los medios de producción.

Esta es una definición general inobjetable en la manera en que está expuesta, pero es importante advertir que no va muy lejos y que su aplicación acrítica puede ser engañosa. Si bien es verdad que la clase dominante está formada por aquellos que controlan los medios de producción, lo inverso no es necesariamente cierto. El control de los medios de producción no es de ningún modo sinónimo de explotación de una parte de la sociedad por otra. Si la relación de explotación no existe, el concepto de una clase dominante es inaplicable y se dice que la sociedad es una sociedad sin clases. El ejemplo más inequívoco de una sociedad sin clases lo encontramos en lo que Marx llamó «producción simple de mercancías», en la que cada productor posee sus propios medios de producción y trabaja con ellos. Además, debido a su naturaleza como definición general que se aplica por igual a todas las sociedades de clase, la definición de que se trata no da ningún indicio sobre las diferencias entre ellas y, por lo tanto, ningún criterio para distinguir una clase dominante de otra. Para plantear el problema de forma cruda, supongamos que un nuevo grupo de individuos adquiere el control de los medios de producción. ¿Es una nueva clase dominante o sólo un nuevo personal de la vieja clase dominante? La definición general no sirve de nada para responder a esta pregunta.

Este ejemplo debe prevenirnos sobre la imposibilidad de tratar el problema de la clase dominante como un problema abstracto de la sociedad en general. Para hacer del concepto un instrumento útil de análisis social, tenemos que ser históricamente específicos. Esto significa que, en el caso de cada clase dominante particular, debemos especificar cuidadosamente el carácter de las relaciones sociales en que ocupa la posición dominante y la forma del control que ejerce sobre los medios de producción. Son estos factores, y solamente estos, los que determinan los móviles y objetivos de la clase dominante. De este modo podemos distinguir entre las clases dominantes; tendremos, en resumen, un método para separar las revoluciones sociales genuinas (cambios en el régimen de clase) de las simples sustituciones, que pueden ser más o menos completas, de antiguas por nuevas caras.

Apliquemos ahora estas consideraciones al caso del capitalismo. Aparte de grupos intermedios y residuos de formas sociales anteriores, tenemos aquí dos clases básicas, a saber, los capitalistas que poseen los medios de producción y la clase de los trabajadores libres asalariados, que no poseen sino su propia capacidad de trabajo. La importancia de la forma del control que se ejerce sobre los medios de producción no puede ser destacada con exceso. Esta forma es la propiedad de capital, de la que, por supuesto, el capitalismo deriva su designación; correspondientemente, la explotación

asume la forma de producción de plusvalía. El de «capital» no es simplemente otro nombre de los medios de producción; se trata de medios de producción reducidos a un fondo de valor cualitativamente homogéneo y cuantitativamente mensurable. El capitalista no se interesa en los medios de producción como tales, sino en el capital, y esto significa necesariamente capital considerado una cantidad, puesto que el capital sólo tiene una dimensión, la dimensión de la magnitud.

Hemos visto ya en capítulos anteriores que el interés del capitalista en la cantidad de capital tiene el efecto de que la expansión del capital se convierte en su objetivo principal y dominante. Su estatus social es –y sólo puede ser– decidido por la cantidad de capital bajo su control; es más, aun cuando el capitalista como individuo se contentara con «mantener su capital intacto», sin aumento, sólo podría perseguir racionalmente este propósito procurando su expansión. El capital tiende de forma «natural» a contraerse –las fuerzas de la competencia y la transformación tecnológica obran cabalmente en tal sentido– y esta tendencia sólo puede ser vencida por un continuo esfuerzo de expansión. Fundamentalmente, la plusvalía es un incremento del capital; el hecho de que el capitalista consuma una parte de su ingreso es un fenómeno secundario.

La expansión del capital no es, por lo tanto, un objetivo que los capitalistas pueden adoptar, o no a su arbitrio; tienen que perseguir ese objetivo so pena de ser eliminados de la clase dominante. Esto es verdad tanto de los propietarios reales del capital como de aquellos que, aunque no son propietarios importantes, entran en la «administración» del capital, como no sin frecuencia ocurre en la corporación moderna. Ni unos ni otros son en ningún sentido actores libres. La clase dominante bajo el capitalismo está formada por los funcionarios del capital, por aquellos cuyos móviles y objetivos les son dictados por la forma histórica específica de su control sobre los medios de producción. Fue esto lo que dio origen a la observación de Marx, en el prefacio a la primera edición de *El capital*: «Mi punto de vista, desde el cual la evolución de la formación económica de la sociedad aparece como un proceso de historia natural, menos que cualquier otro puede hacer responsable al individuo por las relaciones cuya criatura él sigue siendo socialmente, no importa lo mucho que, subjetivamente, pueda elevarse sobre ellas».

Este análisis nos ayuda a resolver el problema de la clase dominante bajo el fascismo. Como hemos visto, las formas del capitalismo se mantienen: los medios de producción conservan la forma de capital; la explotación sigue tomando la forma de producción de plusvalía. En consecuencia, la clase dominante es aún la clase capitalista. Su personal, sin embargo, cambia un poco. Por ejemplo, puede ser que se expropien a los capitalistas judíos y que muchos líderes fascistas usen su poder político para adquirir posiciones importantes en la industria. Pero estos nuevos miembros de la clase dominante no traen consigo nuevos móviles y objetivos que sean desacordes con la perspectiva de los capitalistas a los cuales sirven de apoyo. Por el contrario, pronto adoptan como propios los móviles y objetivos que dimanaban inevitablemente de la posición que pasan a ocupar en la sociedad. Son ahora responsables ante el capital; como cualesquiera otros en esta posición, deben esforzarse por conservarlo y acrecentarlo. Como todos los advenedizos, sin embargo, ponen en su tarea más energía y menos escrúpulos que quienes, por educación y tradición, están acostumbrados a cumplir los deberes que el capital impone a sus funcionarios.

La infusión de sangre nueva en las filas de la clase capitalista es así una consecuencia muy importante de la victoria del fascismo. Otra no menos importante es la absorción creciente de los órganos del capital monopolista por el aparato del Estado. Las cámaras de comercio, las asociaciones patronales, los cárteles y otros cuerpos similares son convertidos en cuerpos de pertenencia obligada y directamente investidos de la autoridad del Estado; en cuanto a sus actividades, son coordinadas por medio de una serie jerárquica de juntas y comisiones que van hasta los ministerios gubernamentales de la cúspide. En cada escalón, los funcionarios y expertos se extraen principalmente del personal experimentado de la industria y la finanza, con la adición, sin embargo, de muchos que se han elevado a posiciones prominentes a través de su actividad política en el movimiento fascista. Las tendencias inherentes al capitalismo en su fase imperialista alcanzan aquí su culminación. Las funciones económicas del Estado, en expansión, y la centralización del capital se encuentran en lo que podría definirse como un matrimonio formal entre el Estado y el capital monopolista. Los canales separados a través de los cuales la clase dominante ejerce el poder económico y político en una democracia parlamentaria se funden en uno bajo el fascismo.

Es importante no entender de forma equivocada la naturaleza y la significación de este proceso. Debe insistirse particularmente en que lo que tiene lugar *no* es la unificación orgánica de todo el capital en un trust gigante —lo que Hilferding llamó el «cártel general»—,⁸ con el gobierno, por así decirlo, como junta directiva. El capital permanece dividido en unidades de organización distintas que en su mayor parte tienen forma corporativa. Quienes dominan las corporaciones más grandes constituyen la oligarquía dominante, mientras que las personas ligadas a las unidades de capital más pequeñas ocupan una posición inferior en la jerarquía económica y social. Además, dentro de la oligarquía dominante misma, la posición del individuo es aproximadamente proporcional a la magnitud del capital que representa, tal como, por ejemplo, en la sociedad feudal los señores que poseen los más grandes dominios superan en rango a sus rivales menores. Por esta razón, el apremio de autoexpansión sigue siendo tan fuerte como siempre en los sectores separados del capital. Hay cuatro métodos de expansión al alcance de las mayores unidades del capital monopolista: la acumulación interna, la absorción de capitales menores, la expansión en el extranjero y la expansión de unos a costa de los otros. Este último, si se lleva al extremo, puede debilitar seriamente el capital monopolista en su conjunto y, por lo mismo, debe ser mantenido bajo estricto control por la oligarquía dominante; pero ninguna objeción semejante se aplica a los tres primeros. En consecuencia, las grandes corporaciones y combinaciones reinvierten sus ganancias, rivalizan entre sí engullendo capitales pequeños y se sirven del Estado en diferentes formas para extender su «espacio vital» a expensas de las naciones extranjeras. Explotando hábilmente sus oportunidades, cada cual espera acrecentar su importancia y fuerza relativas, sin verse envuelta, sin embargo, en una lucha costosa y aun posiblemente suicida con sus rivales. La imperiosa necesidad de una política unificada contra las masas del país y contra el mundo exterior no impide, por lo tanto, a los capitalistas monopolistas realizar una campaña constante, aunque en gran parte inadvertida, por la expansión y el ascenso de sus negocios dentro de los marcos de la economía fascista.

8. *Das Finanzkapital*, pp. 295 y ss.

En otro tiempo, yo pensaba que el fascismo podía ser correctamente descrito como «capitalismo de Estado», el cual yo definía como «una sociedad que es enteramente capitalista en su estructura de clase, pero en la cual hay un alto grado de centralización política del poder económico».⁹ La definición en sí, aunque tal vez falta de exactitud, no es una caracterización incorrecta del fascismo, pero un examen de la forma en que otros autores, y particularmente los marxistas, han usado el término «capitalismo de Estado», me ha conducido a la conclusión de que su aplicación al caso del fascismo tiene más probabilidades de introducir confusión que de ser útil. La descripción del capitalismo de Estado de Bujarin puede ser considerada más o menos típica de la forma en que el concepto ha sido entendido con frecuencia. Partiendo de una sociedad «en la que la clase capitalista está unificada en un solo trust y nos encontramos con un sistema económico organizado, pero al mismo tiempo, desde un punto de vista de clase, antagónico», Bujarin continúa como sigue:

¿Es posible la acumulación aquí? Naturalmente. El capital constante aumenta puesto que aumenta el consumo de los capitalistas. Aparecen constantemente nuevas ramas de producción que corresponden a nuevas necesidades. El consumo de los obreros aumenta, aunque se le marcan límites precisos. A pesar de este «subconsumo» de las masas no surge ninguna crisis, ya que *la demanda de los productos de cada una de las diferentes ramas de la producción por las otras, así como la demanda de artículos de consumo...* se establece de antemano. (En vez de «anarquía» en la producción, lo que desde el punto de vista del capital es un plan racional.) Si se comete un error en los artículos de producción, el excedente se agrega al inventario y se hace la corrección que corresponde en el periodo de producción siguiente. Si se comete un error en los artículos de consumo para obreros, el excedente puede ser dividido entre los obreros o destruido. También en el caso de un error en la producción de artículos de lujo «la salida» es clara. Así, no puede haber *ninguna clase* de crisis de sobreproducción general. En lo general, la producción continúa tranquilamente. El consumo de los capitalistas provee el móvil de la producción y del plan de producción. Por consiguiente, no hay en este caso un desarrollo especialmente rápido de la producción.¹⁰

Ahora bien, sean cuales fueren los méritos de este modelo para los propósitos teóricos particulares, restringidos, que Bujarin tenía presentes, es claro que no encaja en el caso del fascismo, ni arroja luz sobre ninguna tendencia real de la producción capitalista. El fascismo no es una sociedad «en la cual la clase capitalista está unificada en un solo trust», y, enfáticamente, no es verdad que «el consumo de los capitalistas provee el móvil de la producción y del plan de producción». Por el contrario, el capital y, por lo tanto, también la clase capitalista, permanece dividido en unidades de organización distintas; y la acumulación sigue siendo el móvil dominante de la producción bajo el fascismo como bajo todas las demás formas de la sociedad capitalista. En la sección siguiente trataremos de exponer las implicaciones de estos hechos estrechamente relacionados entre sí.

9. «The Decline of the Investment Banker», en *The Antioch Review*, primavera de 1941, p. 66.

10. *Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals*, pp. 80-81.

5. ¿PUEDE EL FASCISMO ELIMINAR LAS CONTRADICCIONES DEL CAPITALISMO?

Las contradicciones del capitalismo surgen, como lo expresó Marx, «del hecho de que el capital y su autoexpansión aparecen como el punto de partida y el término, como el móvil y el fin de la producción; de que la producción es meramente producción para el *capital*, y no viceversa: los medios de producción, simples medios para un sistema del proceso de la vida que se ensanche sin cesar en beneficio de la *sociedad* de productores». ¹¹ Esta caracterización, como hemos visto, es válida para el fascismo, pero hay una diferencia, la de que bajo el fascismo el control del sistema económico está centralizado, los conflictos entre las diferentes ramas del capital son principalmente suprimidos en interés del capital en su conjunto, y los grandes riesgos son mancomunados con la mediación del Estado. Tenemos aquí lo que los economistas nazis han llamado correctamente una «economía dirigida» (*gesteuerte Wirtschaft*) en la que el capitalista individual debe subordinarse a una política nacional unificada. Surge naturalmente la cuestión de si la centralización completa del control económico en sí misma suministra una base para la eliminación de las contradicciones del capitalismo.

Quienes responden a esta pregunta en sentido afirmativo arguyen comúnmente que lo correcto de su respuesta ha sido ya demostrado en la práctica. La contradicción principal del capitalismo, según esta opinión, consiste en un estancamiento económico, niveles de producción relativamente bajos y desempleo masivo. Fue la incapacidad del capitalismo para superar esta situación la que preparó el terreno para el ascenso del fascismo al poder. Pero una vez en el poder, el fascismo demostró muy pronto su capacidad para suprimir el desempleo y elevar la producción a niveles máximos. En consecuencia, se debe concluir que el fascismo ha logrado librarse de la contradicción básica del capitalismo. Si bien este argumento puede parecer admisible en cierto grado, un examen más minucioso muestra claramente su carácter falaz. Realmente, la contradicción del capitalismo consiste en su incapacidad de utilizar los medios de producción «para un sistema del proceso de la vida que se ensanche sin cesar en beneficio de la sociedad de productores». En ciertas circunstancias, esto se manifiesta en estancamiento y desocupación, es decir, en la *no utilización* de una parte de los medios de producción. En otras circunstancias, sin embargo, se manifiesta en la utilización de los medios de producción para los fines de la expansión externa. El estancamiento y la desocupación por una parte, y el militarismo y la guerra por otra, son, por consiguiente, formas de expresión alternativas, y en grado considerable mutuamente exclusivas, de la contradicción del capitalismo. Si se comprende este hecho, la hazaña del fascismo aparece en su verdadera perspectiva. El fascismo no ha dado ninguna prueba de capacidad para vencer el estancamiento y la desocupación mediante el empleo de los recursos materiales y humanos para la expansión de los valores de uso para la masa del pueblo. Por el contrario, desde el comienzo ha dedicado todos los recursos de que dispone a preparar y librar una guerra imperialista de redivisión. Bajo el fascismo el ocio forzoso cede el campo a la violencia y la matanza. Esto no es una supera-

11. *Capital*, III, p. 293.

ción de las contradicciones del capitalismo; es más bien una revelación de cuán profundas son realmente.

Supongamos, a fin de llevar el análisis un paso adelante, que una nación fascista sale de la guerra con su estructura social intacta y con su territorio y sus colonias grandemente ensanchados. ¿Cuál sería entonces su probable desarrollo ulterior? ¿Podría crear un orden económico planeado y estable, capaz al mismo tiempo de evitar la depresión interna y de eludir nuevas agresiones externas? Si fuera lícito suponer que el objetivo de la producción sería en tales circunstancias transferido de la acumulación de capital a la expansión de valores de uso, tendríamos que contestar ciertamente a esta pregunta en sentido afirmativo, pues es imposible poner en duda la posibilidad abstracta de una economía planeada libre de las contradicciones del capitalismo. No nos referimos, sin embargo, a una posibilidad abstracta, sino a una forma concreta de sociedad que sólo puede ser entendida en términos de su propia historia y estructura. Desde este punto de vista, no hay el menor fundamento para esperar que el fascismo pueda o haya de abandonar la acumulación de capital como principal objetivo de la actividad económica. Por el contrario, hay todas las razones para suponer que el capital monopolista, con la ayuda y protección más amplias del Estado, emprendería al punto, para su propia autoexpansión, la explotación de cualesquiera nuevos territorios o colonias que pudieran ser adquiridos como resultado de la guerra.

No obstante, es más que probable que el fascismo conservaría una economía de dirección estatal, altamente centralizada. Podemos dar por supuesto, en consecuencia, que de ningún modo se permitiría la aparición del estancamiento y la desocupación de masas. Pero esto no implica la eliminación de las contradicciones del capitalismo, de la misma manera que la supresión de un síntoma no implica la curación de una enfermedad. Si el consumo de las masas —y este parece ser un caso probable— se mantuviera bajo control estricto y la acumulación pudiera continuar a un *tempo* cada vez más rápido, sobrevendría un periodo de auge que podría durar un tiempo considerable. Sin embargo, la tendencia al subconsumo comenzaría a hacerse sentir al fin en forma de capacidad excesiva, no sólo en las industrias de artículos de consumo sino también en las de artículos de producción. El fascismo tendría que enfrentarse entonces al mismo problema que se le presentó cuando acababa de llegar al poder. ¿Deberían desviarse los medios de producción para elevar el nivel de vida de las masas o movilizarse una vez más para una nueva guerra de conquista? Sabiendo lo que sabemos del fascismo y recordando nuestra hipótesis de que una aventura de agresión externa resultara un éxito, no es difícil imaginar cuál sería la decisión.

Esta no es la única línea de conducta posible. Alternativamente, el Estado fascista podría considerar prudente permitir la elevación del nivel de vida en la metrópoli a la vez que restringir en cierto grado la tasa de acumulación. Tal política sería, sin duda, practicable por algún tiempo, pero de persistir en ella ocasionaría, con seguridad, una tasa de ganancia descendente. Puesto que hemos eliminado la crisis y la depresión como correctivo de un descenso en la lucratividad, debemos suponer que la oligarquía dominante consideraría necesario iniciar medidas calculadas para invertir la tendencia. Esto podría hacerse reduciendo los salarios, un recurso que nunca deja de incitar a los capitalistas, pero que tiene el desdichado efecto de dar origen a la tendencia al subconsumo. El remedio no cura la enfermedad. Pero sería muy probable que el

problema se presentara bajo la forma de una falta de «espacio vital» nacional y, por lo tanto, se resolviera directamente en un impulso renovado hacia la conquista exterior.

Incluso en las condiciones más desfavorables, por consiguiente, no hay razón para suponer que el fascismo lograra escapar a las contradicciones económicas del capitalismo. Pero suponer estas «condiciones más favorables» es realmente una concesión inexcusable a aquellos que creen en la estabilidad del fascismo. Esto explica por qué el anterior análisis ha sido prudentemente redactado en el modo condicional. Se recordará que el análisis partió de la suposición de que el fascismo surgió de una guerra de redivisión intacto y con un territorio grandemente ampliado. Sucede que las naciones fascistas están ahora mismo [1942] empeñadas en una guerra colosal que fue precipitada por su propio impulso de expansión y conquista externa. No sólo no hay ninguna seguridad de que resulten victoriosas, sino que incluso no hay ninguna seguridad de que sobrevivan en su forma actual. En otras palabras, el fascismo ha demostrado ya del modo más claro posible su carácter fundamentalmente autodestructivo. En estas condiciones, la especulación sobre lo que sucederá con el fascismo después de que esta crisis mundial haya pasado puede conducir fácilmente a lo que Lenin describió una vez, en relación con un caso semejante, como «el menosprecio y el embotellamiento de las contradicciones más profundas de la novísima etapa del capitalismo, en vez de la expansión de su verdadera profundidad».¹²

6. ¿ES INEVITABLE EL FASCISMO?

Toda nación capitalista, en el periodo del imperialismo, lleva en su seno las semillas del fascismo. Surge naturalmente la cuestión de si es inevitable que estas semillas arraiguen y se desarrollen hasta su madurez. Para escribir *El capital*, Marx extrajo la mayor parte de su material de la experiencia británica, pero tuvo el cuidado de advertir a su país de origen que no podía esperar librarse de un destino similar —*de te fabula narratur*. Escribiendo ahora sobre el fascismo, ¿debemos hacer tal advertencia a los pueblos de las naciones capitalistas no fascistas?

Si nuestro análisis es correcto parecería seguirse que el fascismo no es una etapa inevitable del desarrollo capitalista. El fascismo sólo emerge de una situación en que la estructura del capitalismo ha sido severamente dañada, pero no derrocada. El equilibrio de clases que sigue inmediatamente intensifica al punto las dificultades básicas de la producción capitalista y desvirtúa al poder del Estado. En esta situación el movimiento fascista alcanza proporciones formidables, y cuando estalla una nueva crisis económica, como tiene que suceder, la clase capitalista adopta el fascismo como única solución a sus problemas, de otro modo insolubles. Hasta donde la historia nos permita apreciarlo —y en cuestiones de esta índole no hay otra guía—, una guerra larga y «desafortunada» es el único fenómeno social suficientemente catastrófico en sus efectos para poner en marcha esta cadena particular de acontecimientos. No es inconcebible, seguramente, que una crisis económica pudiera ser tan profunda y prolongada

12. *Imperialism*, p. 84.

como para dar sustancialmente los mismos resultados. Pero esto parece improbable a menos que la estructura del régimen capitalista haya sido ya seriamente socavada; pues un Estado capitalista que conserva una relativa libertad de acción y dispone de fuerzas armadas poderosas puede muy bien tomar medidas internas o externas, o unas y otras a la vez, que detengan eficazmente la depresión económica antes de que alcance proporciones peligrosas.

Para sostener la inevitabilidad del fascismo parecería necesario demostrar dos cosas: 1) que la estructura social de toda nación capitalista debe ser severamente dañada alguna vez por la guerra, y que, sin embargo, 2) las relaciones capitalistas de producción deben sobrevivir aun cuando sea de una forma muy debilitada. Es claro que ninguna de estas afirmaciones resistiría un examen. Basta citar a la Unión Soviética y a Estados Unidos para demostrarlo. Rusia quedó arruinada como resultado de la guerra anterior, pero las relaciones capitalistas de producción no sobrevivieron al desastre; sobre las ruinas del capitalismo surgió una sociedad nueva, socialista. Estados Unidos, por otra parte, salió de la guerra pasada más fuerte que nunca, y hasta donde podemos apreciar ahora, no hay por qué suponer que la estructura interna del capitalismo será irreparablemente dañada como resultado de la guerra actual. Sin duda, si tuviéramos que prever una interminable sucesión de guerras en el futuro, las cosas resultarían casi seguramente de otro modo algún día. Pero la de si habrá una serie de nuevas guerras en el futuro es una cuestión que no se refiere a una sola nación, sino más bien al carácter de la economía mundial en su conjunto. A este respecto hay tendencias en marcha hoy que pueden cambiar por completo el carácter de las relaciones internacionales y, por lo tanto, el curso del desarrollo individual de cada nación. En el último capítulo trataremos de esbozar algunas de las más importantes consideraciones que deben ser tenidas en cuenta para formarse una opinión sobre el futuro probable del capitalismo mundial.

Mirando hacia delante

ANTES DE INTENTAR UN ESBOZO DEL DERROTERO PROBABLE DEL CAPITALISMO mundial en el futuro debemos volver a una cuestión planteada al final de la parte III. Se hizo observar allí que en lo que concierne a la lógica del proceso de reproducción sería posible para el Estado, mediante una política adecuada de impuestos y gastos, regular de tal modo las tasas de consumo y acumulación que se anulase la tendencia al subconsumo. ¿Muestra acaso este hecho el camino hacia un posible futuro de reforma capitalista liberal?

1. LAS PERSPECTIVAS DE REFORMA CAPITALISTA LIBERAL

Para nuestros propósitos no será necesario considerar los detalles de las diversas proposiciones de reforma capitalista liberal que han sido hechas en años recientes. Basta decir que las que merecen ser tomadas en serio derivan más o menos directamente de los escritos de John Maynard Keynes y que su idea básica en todos los casos es el control social del consumo y la inversión.¹ Hablando en términos generales, no se puede negar su solidez lógica, ya sea con apoyo en sus propias razones o sobre la base del análisis del proceso de reproducción que hace Marx. La crítica de las teorías keynesianas de reforma capitalista liberal parte, en consecuencia, no de su lógica económica sino más bien de sus deficientes suposiciones (por lo común implícitas) sobre las relaciones, o tal vez debiera decirse la falta de relaciones, entre la teoría económica y la acción política. Los keynesianos arrancan el sistema económico de su contexto social y lo tratan como si fuese una máquina que debiera ser enviada al taller de reparación para su examen por un Estado ingeniero. Siguiendo el análisis de esta parte, sería posible tratar satisfactoriamente la cuestión dentro de límites relativamente breves.

1. La obra teórica fundamental es la de Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money* (1935). La literatura basada en Keynes ha alcanzado enormes proporciones. Se encontrará una buena exposición popular que desarrolla sus implicaciones en los asuntos públicos en John Strachey, *A Program for Progress* (1940). El principal exponente norteamericano de esta escuela es Alvin H. Hansen; véanse sus obras *Full Recovery or Stagnation?* (1938) y *Fiscal Policy and Business Cycles* (1941).

La reforma liberal presupone que el Estado en la sociedad capitalista es, al menos potencialmente, un órgano de la sociedad en su conjunto al que se puede hacer funcionar en interés de toda la sociedad. Ahora bien, históricamente, como sabemos por el análisis del capítulo 13, el Estado en la sociedad capitalista ha sido siempre, ante todo y sobre todo, el guardián de las relaciones capitalistas de propiedad. Con este carácter ha sido de forma inequívoca el instrumento de dominación de la clase capitalista; su personal –burocrático, ejecutivo y legislativo– ha sido reclutado en capas de la población que aceptan los valores y objetivos del capitalismo sin discusión y como algo corriente. Hablando históricamente, además, el control de la acumulación capitalista no ha sido considerado nunca, ni por un instante, un asunto del Estado; la legislación económica ha tenido más bien el objeto de embotar los antagonismos de clase para que la acumulación, el fin normal de la función capitalista, pudiera proseguir tranquilamente y sin interrupción. Puede decirse que todo esto presupone oportunidades relativamente ilimitadas de expansión del capital. Cuando esta condición no existe ya, ¿no será posible un cambio en las normas de la política del Estado? Si pudiéramos suponer que los objetivos del capital pasaran a ser otros que su propia autoexpansión, entonces, seguramente, no podríamos negar la posibilidad de una modificación en la política del Estado –más aún, estaríamos obligados a esperar semejante modificación, sin ningún cambio en el balance del poder político. No hay, sin embargo, naturalmente, ninguna razón para suponer una transformación semejante en el carácter del capital. Por lo tanto, nuestro problema puede reducirse a la forma siguiente, más específica: ¿puede el Estado, dentro de los marcos de la sociedad capitalista, actuar contra los intereses y objetivos del capital, siempre que tal acción sea deseable en interés de la sociedad en su conjunto? Examinemos esto más de cerca.

Debe insistirse en primer lugar en que no tratamos aquí concesiones destinadas a remover obstáculos a la acumulación, sino más bien una política deliberada de restringir la acumulación y elevar el consumo con el fin de beneficiar a la sociedad de productores. Es evidente que no podríamos esperar que los capitalistas adoptaran semejante programa como propio, al menos mientras haya otra salida (y siempre existe otra salida por el camino de la expansión externa). «¿Dónde –preguntaba ásperamente Lenin–, excepto en la imaginación de los reformistas sentimentales, están los trusts capaces de interesarse por la situación de las masas y no en la conquista de colonias?»² En tanto esta pregunta no haya sido satisfactoriamente contestada, debemos continuar suponiendo que el capital monopolista se decidirá, si puede escoger, por la expansión imperialista y no por la reforma interna. Más aún, debemos suponer que el capital monopolista y sus representantes políticos se opondrán activamente a cualquier movimiento destinado a realizar un programa de reforma liberal.

¿Quiénes son entonces los que sostienen la reforma liberal y cómo podrán colocarse en condiciones de poner en práctica su proposición? Es claro que no los capitalistas y sus representantes, que ocupan ya las posiciones estratégicas; su poder político debe, por el contrario, ser discretamente reducido a proporciones desdeñables. Apparentemente, lo que se necesita es un partido de masas dedicado a la reforma y que reúna las siguientes condiciones: a) debe conservarse estrictamente libre de influencia

2. *Imperialism*, p. 76.

capitalista, no por algún tiempo sino de modo permanente; *b*) debe alcanzar el poder y eliminar a los capitalistas y sus representantes al menos de todas las posiciones decisivas en el aparato del Estado, y debe hacerlo por medios no revolucionarios; y *c*) debe establecer su posición tan firmemente que sea abrumadoramente claro que cualquier resistencia de los capitalistas en la esfera económica sería inútil. En resumen, no sólo la apariencia sino también la realidad del poder político debe, de algún modo, caer y permanecer en manos del partido de la reforma; y los capitalistas deben ser puestos en el caso de conservar su posición en la economía sólo a condición de portarse bien. Es difícil dudar que un partido que ocupe esta posición pudiera proceder sin nuevas dificultades hasta eliminar por completo a los capitalistas e instalar un sistema de producción planificada de valores de uso. Es más, hecha la suposición de que su interés estriba en el bienestar general más bien que en la protección del capitalismo como tal, no parece haber ninguna razón para que no diera en realidad este último paso en el camino de la reforma económica.

Las condiciones esbozadas en el párrafo anterior les parecerán, sin duda, descabelladamente exageradas a los proponentes de la reforma liberal. Juzgando por la experiencia histórica, sin embargo, podemos decir con confianza que no son en ningún sentido exageradas. Las dos primeras (libertad de la influencia capitalista y eliminación de los capitalistas de todas las posiciones clave en el aparato del Estado) son esenciales para evitar compartir el poder del Estado, y es claro que debe evitarse si se quiere formular y poner en práctica un programa de reforma a largo plazo. La tercera (reducción de los capitalistas a una posición en la que sólo conserven el poder económico por tolerancia) es igualmente necesaria como medio para evitar fricción y un eventual rompimiento entre el poder económico de los capitalistas y el poder político del partido de la reforma. Quien haya estudiado concienzudamente la historia de los movimientos de reforma en los países capitalistas, desde el cartismo inglés de hace un siglo hasta los gobiernos socialdemócratas y laboristas, los Frentes Populares y New Deal de nuestra época, encontrará difícil afirmar que las condiciones del éxito a largo plazo sean menos estrictas que estas. Si se reconoce esto, resulta una conclusión un tanto sorprendente, a saber, que la eliminación de las contradicciones del capitalismo por la vía de la reforma liberal es, considerada desde un punto de vista político, no menos ardua que la realización gradual del socialismo. En realidad, hay razón para decir que los dos movimientos, el reformista liberal y el socialismo gradualista, tienen virtualmente un contenido político idéntico; por comparación, la diferencia reconocida en cuanto a los fines últimos tiene una importancia claramente secundaria.

Si la experiencia indica las condiciones necesarias para un movimiento de reforma que tenga éxito, indica también no menos claramente la imposibilidad de que se cumplan. El ascenso al poder de un partido político del tipo necesario sólo es concebible en un mundo abstracto del cual haya sido desterrado el penetrante poder social y político del capital. En el modesto mundo de la realidad, el capital ocupa las posiciones estratégicas. El dinero, el prestigio social, la burocracia y las fuerzas armadas del Estado, los medios de comunicación, todas estas cosas las controla el capital, y las usa y las seguirá usando hasta el extremo para mantener su posición. Los movimientos de reforma nacen y se desarrollan en una sociedad dominada material e ideológicamente por el capital. Si aceptan esa sociedad, aunque (según lo imaginan) sólo pro-

visionalmente, tienen que tratar de adaptarse a ella, y al hacerlo, ella se los traga inevitablemente. Los líderes ambiciosos se corrompen con facilidad (desde el punto de vista de sus fines confesados) y a los partidarios potenciales los ahuyenta la intimidación o la propaganda; tenemos por consecuencia lo que bien pudiera considerarse una característica destacada de todos los movimientos de reforma, el trueque progresivo de los principios por respetabilidad y votos. El resultado no es la reforma del capitalismo, sino la quiebra de la reforma. Esto no es ni un accidente ni un signo de la inmoralidad de la naturaleza humana; es una ley de la política capitalista.

El dominio del capital estaría en verdad seguro si no fuese amenazado por nada más peligroso que la reforma, ya sea de orientación liberal o socialista. Pero, por supuesto, no es así. El enemigo realmente mortal del capitalismo es su propio carácter autocontradictorio: «el obstáculo real a la producción capitalista es el capital mismo».³ Buscando una salida de las dificultades que él mismo se crea, el capital arroja al mundo a una crisis tras otra, desatando finalmente fuerzas que ya no puede controlar. La perspectiva, ciertamente, no es grata, pero en nuestra sección final trataremos de mostrar que tiene un lado más prometedor para quienes quieran verlo.

2. EL DECLIVE DEL CAPITALISMO MUNDIAL

Si alguna cosa debe dejar clara nuestro análisis del imperialismo es que el curso del capitalismo en su última fase no puede considerarse el problema de un sistema cerrado o de un grupo de países individuales separados. Cada nación capitalista es parte de un sistema mundial; para cada una —y, por lo tanto, también para el sistema en su conjunto— la consideración dominante es la interacción de las presiones internas y externas. Esquemáticamente expresada, la contradicción básica de la producción capitalista conduce a la expansión y al conflicto externos. Estos últimos, a su vez, conducen a una reestructuración del campo interno, la que, ora en un lugar, ora en otro, pone en libertad las fuerzas de un nuevo orden mundial (el socialismo). En lo que concierne a cualquier país aislado, no hay, por lo menos hasta ahora, ninguna razón para suponer que el nacimiento del socialismo pueda ser un proceso gradual o pacífico; hasta ahora, el socialismo ha venido al mundo como resultado de un trastorno revolucionario y ha afianzado su posición sólo después de una cruenta guerra civil desatada por sus enemigos.

Este hecho indudable puede dar lugar fácilmente a una descripción supermecánica y, por lo tanto, falsa del probable proceso futuro de la decadencia del capitalismo. Debemos insistir una vez más en que se trata de un proceso de amplitud universal. Si bien la transición del capitalismo al socialismo en un solo país puede ser súbita en su fase decisiva, este no es de ningún modo el caso a escala mundial. Desde un punto de vista mundial, la transición bien puede ser prolongada y gradual, y puede pasar por varias fases marcadamente distintas una de otra. Es este problema el que nos interesa principalmente en nuestras observaciones finales.

Antes de la revolución rusa de 1917, los marxistas suponían generalmente, aunque sin mucha discusión explícita del problema, que la revolución socialista ocurri-

3. *Capital*, III, p. 293.

ría más o menos simultáneamente, por lo menos en todas las naciones capitalistas avanzadas de Europa. Esta opinión siguió predominando en los tormentosos años de la posguerra, cuando parecía probable que la revolución tuviese éxito en la Europa central, particularmente en Alemania, y se extendiera de allí al resto del continente. Sin embargo, después de que la ola revolucionaria había descendido, y cuando la estabilización temporal del capitalismo era un hecho consumado –aproximadamente hacia finales de 1923–, se planteó la reconsideración urgente del problema en cuestión. Los socialistas habían logrado sostenerse en el poder sólo en Rusia; el problema era entonces el de si podrían pasar a la edificación de una auténtica sociedad socialista en Rusia sola, o si tendrían que esperar hasta que el socialismo triunfara en el resto de Europa, manteniéndose firmes entre tanto y dedicando sus mejores energías a fortalecer y ayudar a sus camaradas del extranjero.

Este fue el marco del famoso debate sobre «el socialismo en un solo país» que tanta atención recibió en el Partido Comunista ruso durante el año 1924. Había dos escuelas de pensamiento: una, cuyo destacado portavoz era Trotsky, se aferraba a la opinión tradicional de que el socialismo sólo podría triunfar en la escala internacional; la otra, dirigida por Stalin, afirmaba que sería posible construir una sociedad socialista en un solo país, incluso en un país tan atrasado técnicamente y tan pobre como Rusia. En lo que a Rusia concernía, el debate se resolvió definitivamente en favor de la opinión de Stalin en el XIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, celebrado a mediados de 1925. La política que más tarde se desarrolló en los planes quinquenales y en la colectivización de la agricultura fue realmente adoptada en aquel tiempo.

Desde nuestro punto de vista actual, es importante examinar un poco más de cerca los argumentos presentados por Stalin en ese debate, ya que están directamente relacionados con el problema en estudio, que es el proceso de declive del capitalismo a escala mundial. En 1926 Stalin pasó revista al debate sobre el socialismo en un solo país. El punto fundamental de la discusión, decía, debe dividirse en dos partes distintas:

Hay en primer lugar la cuestión: ¿es posible la implantación del socialismo en un solo país con las fuerzas de ese país, sin ayuda alguna? Esta pregunta debe ser contestada en sentido afirmativo. Hay después la cuestión: ¿puede un país donde la dictadura del proletariado ha sido establecida, considerarse *plenamente protegido* contra la intervención extranjera y la consiguiente restauración del viejo régimen, a menos que la revolución haya triunfado en cierto número de otros países? Esta pregunta debe ser contestada en sentido negativo.⁴

En resumen, el socialismo puede ser edificado en un solo país, pero su permanencia está asegurada sólo cuando el socialismo ha triunfado a escala internacional. Esta solución del problema, como se ve, tiene el efecto de asignar una tarea al socialismo ruso sin disminuir su interés por el establecimiento del socialismo en otras partes. El curso probable de la revolución mundial siguió siendo una cuestión vital para los bolcheviques. Por lo tanto, no es sorprendente que esta cuestión constituyese-

4. *Leninism*, p. 53. Este libro es una colección de escritos y discursos de Stalin hasta comienzos de 1926. La cita está tomada de «Problemas del leninismo», fechado el 25 de enero de 1926.

ra, por así decirlo, una rama del problema del socialismo en un solo país. En un trabajo que data de finales de 1924,⁵ Stalin expuso sus opiniones relativas al derrotero del socialismo mundial.

En primer lugar, sostenía, la revolución rusa ha hecho necesaria una revisión de la opinión anteriormente aceptada sobre esta materia:

Los caminos que conducen a una revolución mundial no son tan rectos como solían parecer en tiempos pasados, cuando no había habido aún ninguna victoria de la revolución en un país aislado y el imperialismo enteramente maduro... estaba todavía en las entrañas del tiempo. Un nuevo factor ha salido al frente: las variaciones en el ritmo de desarrollo de los países capitalistas, en las condiciones creadas por un imperialismo desarrollado, condiciones que conducen inevitablemente a guerras, a un debilitamiento general del frente capitalista y a la posibilidad de que se logre la victoria del socialismo en países individuales.⁶

La vieja idea «de que la revolución se desarrollaría mediante la maduración regular de los elementos del socialismo, y de que los países más desarrollados, “más avanzados”, tomarían la vanguardia», tiene que ser abandonada.⁷ En vez de los profundos antagonismos entre las potencias capitalistas, entre las potencias capitalistas y sus colonias, y, por último, entre el mundo imperialista y la Unión Soviética, se abre una nueva perspectiva:

Lo que con mayor probabilidad puede ocurrir es que la revolución mundial se desarrolle de tal forma que cierto número de países adicionales se aventuren a enajenarse la benevolencia de los estados imperialistas, y que la acción revolucionaria del proletariado de esos países reciba el apoyo del proletariado de los estados imperialistas... Además, el desarrollo mismo de la revolución mundial, el proceso mismo de separar a cierto número de países adicionales de los estados imperialistas, será más rápido y completo en la medida en que el socialismo haya echado raíces en el primer país victorioso, en la medida en que ese país se haya transformado en la base desde la cual puede avanzar el desarrollo de la revolución mundial, en la medida en que ese país se haya convertido en la barra de hierro, a modo de vigorosa palanca, y haga bambolearse toda la estructura del imperialismo.⁸

¿Cuál es el probable curso posterior de este desarrollo? En opinión de Stalin,

es más que probable que, en el curso del desarrollo de la revolución mundial, aparezcan —al lado de los focos del imperialismo en varios países capitalistas y del sistema de estos países en todo el mundo— focos de socialismo en varios países soviéticos y un sistema de estos focos en todo el mundo. *Como resultado de este desarrollo seguirá una lucha entre los sistemas rivales, y su historia será la historia de la revolución mundial.*⁹

5. «The October Revolution and the Tactics of the Russian Communist» (prefacio a la obra titulada *Towards October*), reimpresión en *Leninism*, pp. 179-216.

6. *Leninism*, p. 213.

7. *Ibid.*, p. 213.

8. *Ibid.*, pp. 214-215.

9. *Ibid.*, p. 215. Las cursivas no figuran en el original.

Y, finalmente, la revolución rusa es evaluada en los siguientes términos:

La significación mundial de la revolución de octubre reside no sólo en el hecho de que fue el primer paso dado por país alguno para destrozarse el imperialismo, de que dio nacimiento a la primera pequeña isla del socialismo en el océano del imperialismo, sino igualmente en el hecho de que la revolución de octubre es la primera etapa de la revolución mundial y ha puesto una base poderosa desde donde la revolución mundial puede seguir desarrollándose.¹⁰

Este análisis va considerablemente más allá del pensamiento marxista anterior sobre los aspectos más importantes de la transición del capitalismo al socialismo. En vez de la insostenible hipótesis de una sola revolución internacional, tenemos aquí el cuadro de una serie de revoluciones en países separados, edificando poco a poco un sistema socialista mundial que pueda enfrentarse al mundo capitalista por lo menos en igualdad de condiciones. El proceso culmina en una lucha final entre los sistemas rivales, de la cual el socialismo surge a la larga como dueño único del campo.

Se puede suscitar la cuestión de si esta teoría no es un tanto superesquemática. En lo que concierne a los rasgos generales no es inconsecuente con las conclusiones a que llegamos ya en el capítulo 17, a saber, que el socialismo se desarrolla al lado del capitalismo y extiende gradualmente su radio a expensas del imperialismo. ¿Pero implica esto necesariamente un conflicto final, de corte limpio y decisivo, entre los dos sistemas? Tal posibilidad es innegable, pero hay razones para pensar que está lejos de ser inevitable. Examinemos otro curso de desarrollo posible.

Es necesario hacer notar ante todo que nunca hubiera sido posible para la Unión Soviética sobrevivir y convertirse en el núcleo de un sistema socialista mundial a no ser por los antagonismos del imperialismo. Estos antagonismos son, como ya sabemos, de tres clases: conflictos de clase internos, rivalidades intercapitalistas y antagonismos entre naciones avanzadas y países atrasados o coloniales. Los tres desempeñaron un papel importante al permitir a la Unión Soviética mantener su independencia y fortalecerse. Sin abordar la cuestión en detalle, podemos señalar las siguientes circunstancias conocidas en apoyo de este aserto. La oposición de la clase obrera europea fue quizá de importancia decisiva para hacer fracasar la intervención extranjera en el periodo inicial de la posguerra. La resistencia de China a la penetración japonesa ha sido por más de diez años un factor importante para impedir un ataque del Japón a la Siberia soviética. Por último, un hecho muy importante para la situación actual es que la rivalidad angloalemana (y en menor grado, la francoalemana) permitió a la Unión Soviética evitar una agresión de las potencias capitalistas coaligadas desde el Oeste. En resumen, aprovechando las grietas de la estructura del imperialismo mundial, la Unión Soviética ha logrado mantenerse en pie como un centro del socialismo a pesar de su indiscutible inferioridad económica y militar. No es, por supuesto, que la Unión Soviética haya escapado a una nueva intervención, sino que cuando esta intervención se produjo no fue una empresa de conjunto del mundo capitalista unido y resuelto a exterminar el socialismo; fue más bien el albur desesperado de una potencia imperia-

10. *Ibid.*, p. 216.

lista que se dio cuenta de que para tener éxito debía eliminar la amenaza potencial de la Unión Soviética en su retaguardia.

Esto significa que aun en un periodo durante el cual el socialismo ha sido relativamente débil, una mera «isla en el océano del imperialismo», las potencias capitalistas no han logrado unidad bastante para sumergirlo. Surge ahora la cuestión de si, cuando el núcleo socialista haya crecido en tamaño y vigor, las potencias capitalistas serán capaces de zanjar sus diferencias interiores y exteriores para una decisión final entre los dos sistemas mundiales. Esta es una cuestión vital.

Puede decirse, y ciertamente no sin justificación, que hasta aquí la debilidad del socialismo ha servido para protegerlo. En tanto el socialismo es sólo una isla en el océano del imperialismo, no ejerce una influencia decisiva en la estructura de este. El antagonismo entre el socialismo y el imperialismo en su conjunto es eclipsado aún por los antagonismos interimperialistas; de aquí nace la oportunidad para el socialismo de explotar estos antagonismos en su provecho sin poner en peligro su existencia. Todo esto es claro. Además, parece haber poca duda de que, a medida que el socialismo se extienda y se refuerce, ejercerá una influencia cada vez mayor en la estructura del imperialismo. Pero aquí puede aparecer una diferencia de opinión. ¿Dará el desarrollo del socialismo por resultado final la consolidación o la desintegración del imperialismo? Si ocurre lo primero, el pronóstico de Stalin parece justificado. Los antagonismos intraimperialistas perderán importancia y el conflicto entre el socialismo y el imperialismo pasará cada vez más al primer término, conduciendo eventualmente a una decisión sobre la supremacía mundial. Si, por otra parte, el desarrollo del socialismo hubiera de tener un efecto desintegrador del imperialismo, las cosas pasarían de un modo muy diferente. En este caso, los obstáculos a la expansión del socialismo serían socavados por el proceso mismo de la expansión; el imperialismo en retirada podría librar aquí y allá combates de retaguardia, pero nunca lograría consolidar sus fuerzas menguantes para una batalla final y decisiva.

Es difícil decir cuál de estos desarrollos alternativos es el más probable, principalmente porque hay tendencias que actúan en ambas direcciones al mismo tiempo. Por otra parte, las rivalidades entre las potencias imperialistas serán muy probablemente mitigadas por cualquier desarrollo ulterior del socialismo; pero, por otra parte, los conflictos de clase internos y los antagonismos entre los países avanzados y los países coloniales se intensificarán. La existencia de estas tendencias contradictorias dentro de la estructura del imperialismo no es materia de conjetura; ambas eran claramente visibles en el periodo anterior al estallido de la guerra actual [1942]. El apaciguamiento, que era la política de poderosos elementos de las clases dominantes de todas las naciones capitalistas, representaba fundamentalmente un intento de hacer a un lado los conflictos intraimperialistas, al menos por el momento, en favor de una campaña unida contra la Unión Soviética. Apenas cabe dudar que un desarrollo ulterior del socialismo durante o después de la guerra acrecentaría el número y la fuerza de los partidarios de esta política, aunque naturalmente la forma que ella tome en el futuro no será idéntica a su forma de preguerra. Este es un aspecto de la cuestión. Por otra parte, es evidente que la existencia de la Unión Soviética y su política consecuentemente antiimperialista ejercían una fuerte influencia desintegradora en la cohesión de la estructura total del imperialismo, un hecho que se puede ver más claramente en el rápido desarrollo de los movimientos nacionalistas y socialistas de China y la India,

países que no es exagerado decir que constituyen el eje de la moderna explotación colonial. Aquí, una vez más, es difícil negar que esta tendencia será intensificada también por cualquier desarrollo ulterior del socialismo. Este sería el caso, especialmente, si uno de los países avanzados de Europa occidental hubiera de hacerse socialista, pues esto tendría un efecto enorme en la clase obrera de todos los demás países occidentales.

Si bien es seguramente imposible hablar con certeza sobre el resultado de un proceso en el que obran tantas variables, no parece improbable, sin embargo, que los efectos de un desarrollo ulterior del socialismo, desintegradores del imperialismo, pesen más que los efectos consolidadores. En tal caso, la guerra mundial actual [1942] puede también ser la última. Puede resultar que el imperialismo haya sufrido una herida mortal de la que nunca se recobre para incendiar de nuevo el mundo. A fin de convencernos de que esta no es una perspectiva por completo fantástica, puede ser que convenga concluir trazando un curso de desarrollo posible —apenas si se podría decir probable— que justifique nuestra teoría.

Comenzamos con la suposición de una derrota militar del fascismo alemán. Se puede imaginar que este feliz acontecimiento sería seguido por el colapso del régimen capitalista y la victoria del socialismo en casi todo el continente europeo, no meramente en Alemania y los países ocupados, sino también en Francia, Italia y España. Los intentos de intervención angloamericana no están excluidos, pero parece difícil que tuvieran éxito; aquí, la oposición de la clase obrera británica sería probablemente el factor decisivo. El socialismo tendría ahora una base inexpugnable que se extendería desde el Atlántico hasta el Pacífico, incluidos los centros industriales más avanzados fuera de Estados Unidos. Seguiría una firme alianza con los países coloniales y semicoloniales de Asia, y la eliminación de la influencia imperialista, tanto japonesa como occidental, de la tierra firme asiática sería sólo cuestión de tiempo. El capitalismo japonés, que en un grado singular depende de la expansión externa, difícilmente podría sobrevivir a semejante golpe. La revolución de todo el Lejano Oriente, incluidas la India, China y el Japón, en sentido socialista, estaría ahora asegurada, aunque no podría esperarse que el proceso estuviera libre de graves conflictos internos.

Entre tanto, ¿qué pasaría con Gran Bretaña, las partes no asiáticas del Imperio británico y Estados Unidos? No sería imposible que la Gran Bretaña misma se hiciera socialista con el resto de Europa occidental, de la que en un sentido muy real forma parte. Si esto hubiera de ocurrir, nuestro análisis subsiguiente sería válido *a fortiori*, pero suponemos que el capitalismo logra mantener su dominio en el Reino Unido. Aun así, los efectos de la guerra y la pérdida de una gran parte del imperio debilitarían de tal modo la posición británica que no podría hacer ya una política independiente en los asuntos mundiales; Gran Bretaña, los dominios (de la Comunidad Británica de Naciones) y todo el resto de las áreas coloniales caerían necesariamente bajo la protección y aun la dominación de Estados Unidos. Parece completamente claro que no debe contarse con una victoria del socialismo en Estados Unidos como resultado inmediato de la guerra; el capitalismo está todavía muy sólidamente atrincherado en Estados Unidos y las fuerzas del socialismo son todavía de escasa importancia. Estados Unidos se convertiría, por consiguiente, en el centro de un sistema imperialista muy mermado que, según nuestras hipótesis, incluiría a Gran Bretaña, los dominios y, probablemente, América Latina y partes de Asia.

Surge ahora la cuestión de si el sistema socialista mundial basado en Europa y Rusia, y el sistema imperialista mundial basado en Norteamérica chocarían inevitablemente en una lucha por la supremacía. No se puede negar que tal choque sería posible; no se puede afirmar, sin embargo, fuera inevitable. Hay una posibilidad alternativa de la cual, por comparación, se puede decir incluso que tiene el carácter de probabilidad. Debe recordarse que el socialismo se funda en una economía sin antagonismos ni explotación. Se sigue de esto que el sistema socialista podría dedicar al punto sus energías a elevar el nivel de vida dentro de sus fronteras mediante la producción planificada de valores de uso. Sin embargo, incluso en tales condiciones y con la ayuda de las técnicas más avanzadas, el pozo casi sin fondo de las necesidades insatisfechas que existirán al término de la guerra en los países europeos y asiáticos requerirá muchos años para llenarse. Durante ese periodo el sistema socialista no tendrá ningún interés en dirigir su atención hacia fuera, independientemente de lo que pudiera ocurrir en una etapa ulterior de desarrollo. En consecuencia, es lícito suponer que la iniciativa de una nueva guerra en el comienzo tendría que venir del bando imperialista. Ciertamente, sin embargo, antes de que esto pudiera ocurrir tendría que haber un periodo de recuperación y reorganización, y aun se puede dudar si el sector imperialista podría recuperarse alguna vez por completo de los quebrantos de la guerra, de la deserción de las áreas coloniales y la pérdida de los activos en el extranjero. Pronto se harían sentir de nuevo en la economía de paz las contradicciones de la producción capitalista. Para decirlo brevemente, el proceso de estabilización sería largo y difícil en el mejor de los casos. Entre tanto, ¿cuál sería la influencia de la victoria del socialismo en tan vasta porción del mundo, y de la constante elevación del nivel de vida en las áreas afectadas, sobre la estructura social del imperialismo? ¿No es claro que las clases trabajadoras en las áreas industriales avanzadas, y las masas de los países atrasados, presas aún entre las redes del sistema imperialista, se sentirían poderosamente atraídas por el nuevo sistema socialista? Para la oligarquía imperialista dominante, ¿no sería cada vez más difícil, y aun, con el debido tiempo, imposible, organizar una cruzada contra el nuevo y ampliamente extendido sistema socialista? La respuesta parecer ser obvia.

Se impone la conclusión de que, debido a las diferencias entre sus respectivas bases económicas, el sector socialista del mundo se estabilizaría rápidamente y avanzaría hacia niveles de vida más altos, mientras que el sector imperialista tropezaría con las dificultades que conocemos ya bastante bien. Sin embargo, hay que reconocer que esta no es la solución final del problema, pues resulta inconcebible que los dos sistemas hayan de continuar existiendo uno al lado del otro indefinidamente. No parece improbable que el tirón gravitacional, por así decirlo, del sistema socialista, fundamentalmente más fuerte y estable, ejerciera un efecto progresivamente desintegrador en la estructura del sistema imperialista, paralizando primero su capacidad de agresión y despedazando después poco a poco el cemento que lo mantiene unido como una estructura social coherente. En estas circunstancias, paradójicamente, la transición pacífica hacia el socialismo se convertiría por primera vez en una posibilidad real. Si —lo que no parece de ningún modo inconcebible— las formas democráticas en los países anglo-americanos hubieran de sobrevivir incluso a un cataclismo tan grande como el que hemos descrito, sería posible ahora llenarlas de un contenido socialista. Una vez que el socialismo haya tenido la ocasión de demostrar su superioridad a gran escala y en

condiciones moderadamente favorables, se podrá esperar un efecto sin precedentes, por lo vigoroso, no sólo en la clase obrera sino también en la gran mayoría de las clases medias que continúen viviendo en las condiciones del capitalismo. Los partidarios del socialismo se multiplicarán rápidamente; la pequeña oligarquía cuya existencia social está ligada al viejo orden será debilitada, privada de su apoyo internacional y, por último, reducida a la impotencia. En las etapas posteriores de la revolución mundial, la democracia podrá al fin hacer honor a las promesas que hasta ahora han permanecido incumplidas en medio de las frustraciones de un sistema económico auto-contradictorio.

El anterior análisis ha sido elaborado en oposición a la teoría de Stalin sobre una eventual confrontación decisiva entre los sistemas rivales socialista e imperialista. Esto no significa que los dos puntos de vista sean mutuamente contradictorios; son meras indicaciones de posibles cursos alternativos de desarrollo. A este respecto es interesante observar que Stalin mismo reconoció la posibilidad de una pauta como la que hemos esbozado. En los *Fundamentos del leninismo*, Stalin explica por qué no puede esperarse que la transición al socialismo sea pacífica; y añade luego el comentario siguiente:

No hay duda de que en un futuro lejano, si el proletariado ha triunfado en los principales países que ahora son capitalistas, y si el cerco capitalista actual ha sido sustituido por un cerco socialista, será posible que tenga lugar una transición «pacífica» en ciertos países capitalistas donde los capitalistas, ante la situación internacional «desfavorable», juzgarán conveniente hacer «por su propio acuerdo» amplias concesiones al proletariado. Pero esto es mirar muy hacia adelante y considerar posibilidades extremadamente hipotéticas. En lo que se refiere al futuro inmediato, nada justifica semejantes esperanzas.¹¹

Indudablemente, este escepticismo era justo en 1924, y puede ser que siga siéndolo hoy. Pero si tenemos razón al suponer una derrota militar del fascismo en esta guerra, el futuro relativamente próximo traerá un cambio radical de perspectivas. Las posibilidades «extremadamente hipotéticas» de hoy pueden estar en la orden del día de mañana.

Entre tanto —y a menos que la situación cambie mucho más rápidamente de lo que parece probable entre el momento en que se escribe este capítulo y el momento en que se publique—, la gran mayoría de los lectores pensará, sin duda, que nuestro análisis es irreal y traído por los pelos, para no usar términos más duros. Las tendencias subyacentes no siempre se muestran en la superficie. Pero no hay razón para discutir este punto ahora; dejaremos de buen grado que decida el porvenir.

11. *Ibid.*, pp. 117-118.

Apéndice A

Sobre los esquemas de reproducción

Shigeto Tsuru

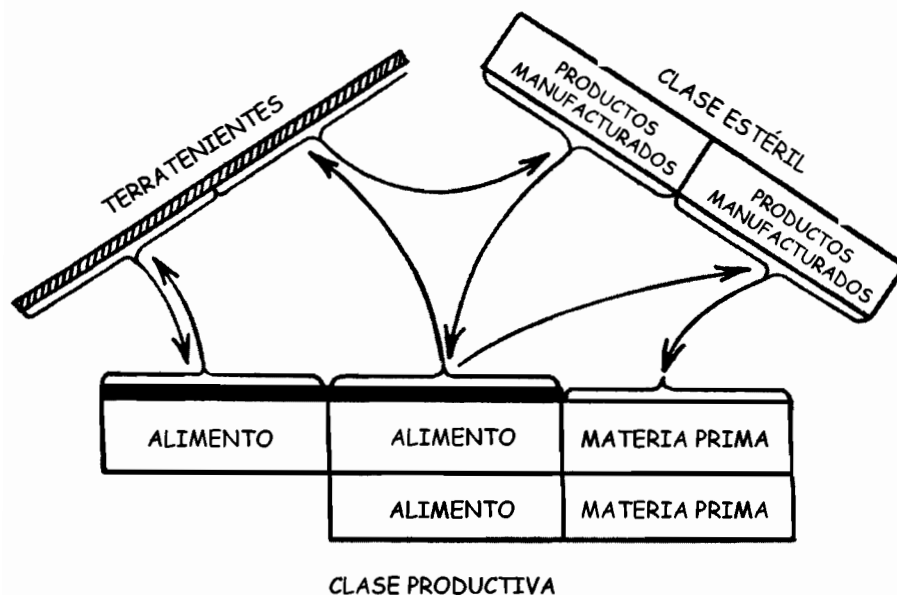
ESTE APÉNDICE CONSISTE EN ALGUNAS NOTAS EXPLICATIVAS SOBRE EL ESQUEMA de reproducción de Marx. En las dos primeras partes se ofrece una presentación diagramática del esquema en comparación con el *tableau économique* de Quesnay. Y en la última parte, las categorías agregativas que son los elementos del esquema de reproducción de Marx se comparan con el juego de agregados más ampliamente usado en la teoría económica moderna, a saber, el que se asocia a la teoría económica de John M. Keynes.

1. EL *TABLEAU* DE QUESNAY

La sociedad que Quesnay consideró consta de tres clases: 1) la clase «productiva» de los agricultores cuyo trabajo es el único que rinde un excedente; 2) la clase que se apropia de este excedente, incluidos los propietarios, la Iglesia y el Estado; y 3) la clase «estéril» de los manufactureros. Su *tableau* se destinaba a mostrar, bajo suposiciones simplificadoras, cómo el producto total anual de semejante sociedad circula entre estas tres clases y permite que la reproducción anual tenga lugar. Para este fin se imagina metafóricamente que los cambios ocurren en una suma global al fin del año, haciendo posible disponer por completo de los artículos producidos durante ese año, y, al mismo tiempo, preparando todos los factores de la producción allí donde se les necesita al comenzar el nuevo año. La sencilla presentación del proceso de circulación de semejante sociedad por Quesnay mediante el uso de líneas, no siempre ha sido fácilmente entendida. Condujo al menos a Eugen Dühring a sospechar en Quesnay alguna fantasía matemática. Como un método alternativo de presentación, proponemos aquí un diagrama para el *tableau économique*.

El diagrama 1 representa la situación antes del intercambio. La clase productiva posee cinco mil millones de dólares, valor de su propia producción total, tres mil en alimentos y dos mil en materias primas y, además, dos mil millones en dinero que se emplea únicamente como medio de cambio y sólo suponemos que lo tiene dicha clase por razones expositivas. Los propietarios o terratenientes no poseen nada, pero reclaman a la clase productiva rentas por dos mil millones de dólares (la cantidad equivalente al producto neto de la agricultura). La clase estéril posee dos mil millones de dólares en productos manufacturados.

Diagrama 1

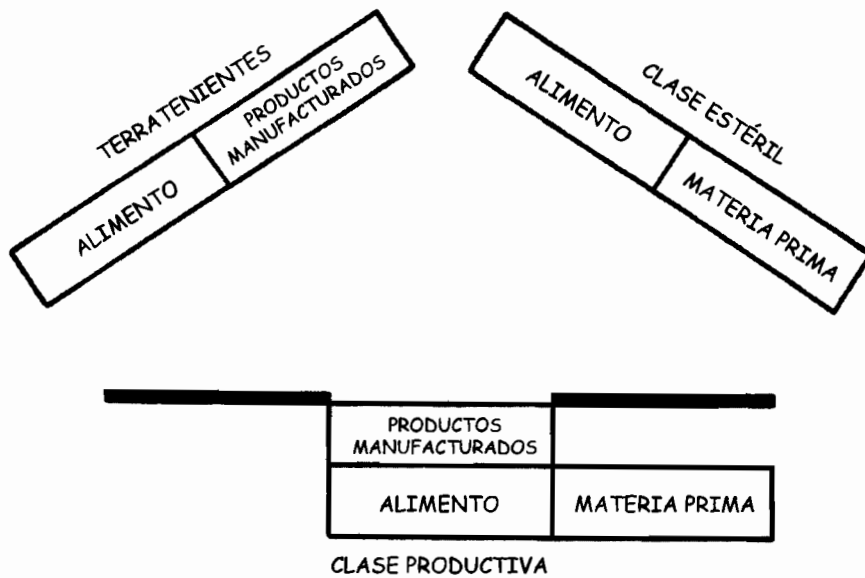


Para comenzar, la clase productiva paga renta en dinero (dos mil millones de dólares) a los propietarios —el acto que se indica en el diagrama con las dos flechas que salen de la línea gruesa y maciza, y apuntan al sector de los propietarios. Otras flechas indican la dirección en que este dinero fluye al realizar la circulación de los bienes producidos. Los propietarios compran con mil millones de dólares alimentos para su consumo, devolviendo de ese modo la mitad del dinero adelantado por la clase productiva a su lugar de origen. Con otra mitad del ingreso por rentas los propietarios compran artículos manufacturados a la clase estéril, la que a su vez emplea este dinero en comprar alimentos a la clase productiva. Esta compra después con ese dinero artículos manufacturados a la clase estéril, la que a su vez compra productos agrícolas (para ser usados como materias primas en el periodo siguiente) a la clase productiva, devolviendo de esa forma otros mil millones de dólares en dinero a su punto de origen. Además, la clase productiva se «compra» a sí misma mil millo-

nes de dólares de su propia producción en alimentos y otros mil millones de dólares en materias primas para el periodo siguiente. Estos son cambios internos que tienen lugar en el seno de la clase y están, por lo mismo, colocados en la segunda hilera del diagrama.

El diagrama 2 representa la situación después de que todas las ventas y compras han terminado. Cada una de las tres clases está en posesión de los bienes necesarios para entrar en un nuevo periodo de producción, y el dinero, que desempeñó sus funciones como medio de cambio, ha vuelto a su lugar de origen.

Diagrama 2



2. EL ESQUEMA DE REPRODUCCIÓN DE MARX

Marx tenía un alto concepto del *tableau économique* de Quesnay y le debía el desarrollo de su propio esquema de la reproducción. Su primer intento en esta dirección fue también un diagrama de reproducción simple en que se hace uso de líneas a la manera de Quesnay.¹ Este diagrama, complicado como era, con catorce líneas ascendentes y siete descendentes, no fue usado al fin para la exposición y dejó el campo a la hoy conocida forma de *tableau* ecuacional. Sin embargo, puede facilitarse la comprensión de este último si recurrimos a la técnica diagramática que usamos antes en el *tableau* de Quesnay. Tanto las semejanzas como las desemejanzas entre los dos *tableaux* serán expuestas así gráficamente.

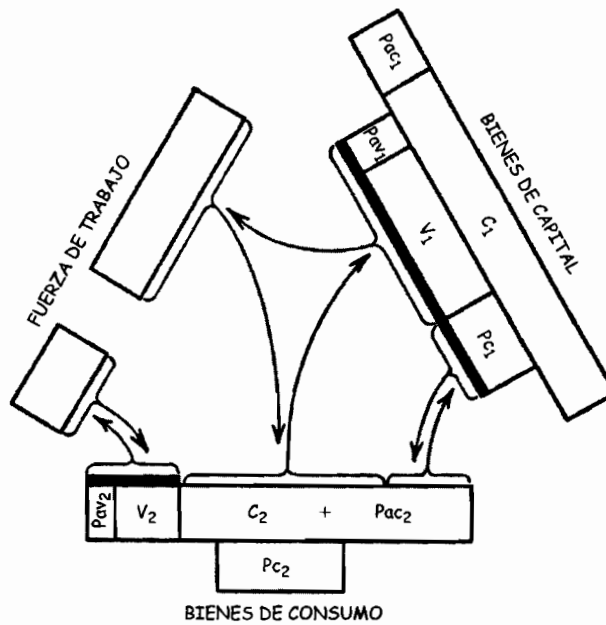
1. Véase la carta de Marx a Engels del 6 de julio de 1863.

Como los elementos y principios del esquema de reproducción de Marx son ampliamente discutidos en el texto, es suficiente manifestar aquí que ilustraremos el caso de la reproducción ampliada, la cual puede formularse ecuacionalmente como sigue:²

$$\begin{aligned} C_1 + V_1 + Pc_1 + Pac_1 + Pav_1 &= W_1 \\ C_2 + V_2 + Pc_2 + Pac_2 + Pav_2 &= W_2 \end{aligned}$$

Los diagramas 3 y 4 representan la circulación de mercancías en este esquema. En contraste con el *tableau* de Quesnay, tres esquinas son ocupadas ahora por los poseedores de tres mercancías básicas: bienes de consumo, bienes de producción y fuerza de trabajo. Los artificios técnicos para la simplificación son semejantes a los del caso de Quesnay. La línea gruesa y maciza indica otra vez el punto en que el dinero se adelanta y las flechas muestran la dirección en que fluye el dinero. Los lugares de origen del dinero, sin embargo, son un tanto arbitrarios; podemos trazar algunos diseños distintos llegando esencialmente, para nuestro propósito, al mismo resultado. Los tres totales, C_1 , Pac_1 y Pc_2 , constituyen demanda de bienes producidos dentro de sus respectivas ramas y son cambiados interiormente. Por lo mismo, están colocados en la segunda hilera. El proceso de cambio de los otros elementos se muestra con claridad en el diagrama 3.

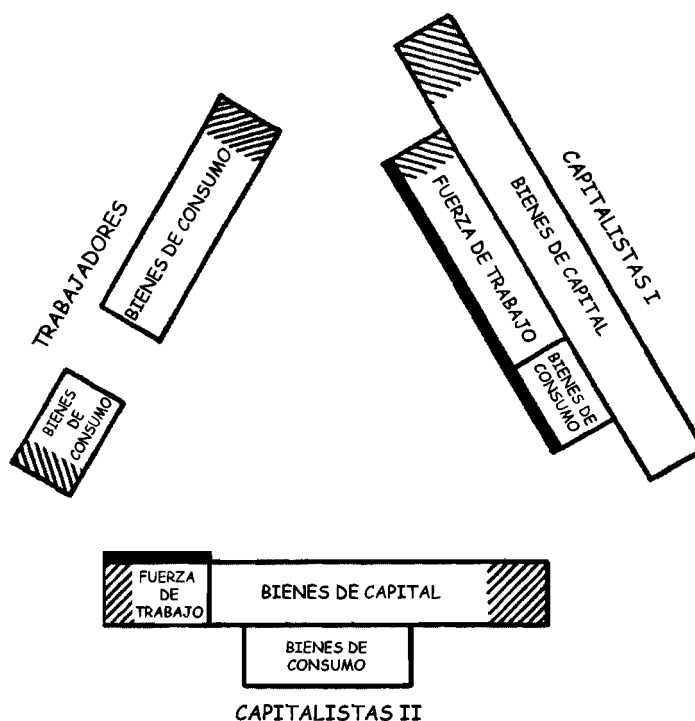
Diagrama 3



2. Véanse *supra*, p. 174-175. Aquí hemos consolidado $Pc_1 + P\Delta c_1$ en Pc_1 , considerando que no nos interesa la comparación con el caso de la reproducción simple.

Los capitalistas de la primera rama, o sea, de la rama de bienes de producción, adelantan dinero a los trabajadores, que compran con él bienes de consumo a los capitalistas de la segunda rama, o sea de la rama de bienes de consumo. Estos últimos, a su vez, compran bienes de producción cubriendo parcialmente su demanda de tales artículos, y devolviendo así el dinero originalmente adelantado por los capitalistas de la primera rama a su punto de origen. Y así de manera similar en los demás cambios. Cuando todas las transacciones están hechas, ninguna mercancía ha quedado sin venderse, todos los factores de producción están listos otra vez para el nuevo periodo, y todo el dinero está de regreso en su punto de origen. (Véase el diagrama 4.) La reproducción a escala acrecentada se indica por la adición de áreas sombreadas en el diagrama 4 (la adición a aquello que fue el monto de cada agregado al término del periodo precedente).

Diagrama 4



Si volvemos ahora a las ecuaciones de la reproducción ampliada citadas antes, podemos observar que son un producto sintético de dos fases lógicamente distintas de la circulación social. Por una parte, puede interpretarse que cada ecuación revela la estructura de *costos*, o sea, la proporción en que se hacen los pagos a los factores. Así, relaciones tales como las que existen entre el capital constante y el capital variable, y entre

la plusvalía y el capital variable pueden ser explícitamente incorporadas a la ecuación. Por otra parte, se puede interpretar que la ecuación revela la estructura de la *demanda*, o sea, el carácter y la magnitud de la demanda que se origina en los diversos pagos a los factores. Así, el pago al factor P_1 , o sea, la plusvalía de la primera rama, por ejemplo, aparece generando tres clases de demanda: Pc_1 , monto de los bienes de consumo que demandan los capitalistas; Pac_1 , monto de los bienes de producción que demandan también los mismos capitalistas, y Pav_1 , monto de los bienes de consumo que demandan los obreros.

Puede observarse, además, que el puente entre las dos fases no se caracteriza por un número uniforme de metamorfosis en todos los totales. C_2 , por ejemplo, existe en el primer caso como una parte alícuota de los bienes de consumo, es vendida en dinero y cambiada después por C_2 , monto de los bienes de producción. V_2 también existe en el primer caso como una parte alícuota de los bienes de consumo y es vendida después a cambio de dinero; pero su siguiente metamorfosis es contra la mercancía llamada fuerza de trabajo, que a su vez genera demanda de bienes de consumo (suponiendo que los trabajadores no ahorren). Además, puede interpretarse que Pav_2 implica una metamorfosis adicional, si se considera el pago de plusvalía como pago a un factor. Tal diferencia en el número de metamorfosis que se requieren para enlazar las dos fases se explica por el modo implícito de tratar la mercancía fuerza de trabajo. El diagrama 3, haciendo explícita la posición de la mercancía fuerza de trabajo, nos capacita para trazar claramente el proceso de circulación que implica la taquigrafía sintética de las ecuaciones del esquema de reproducción.

3. COMPARABILIDAD CON LOS AGREGADOS KEYNESIANOS

El análisis precedente abre el camino a un examen de la comparabilidad entre los elementos del esquema de reproducción de Marx y los agregados keynesianos. Un aspecto de tal problema, por ejemplo, puede formularse como sigue: ¿qué corresponde en el esquema de Marx a lo que Keynes llama ingreso nacional neto? Si alguien entre nosotros se ve tentado a responder con incauta precipitación que es el capital variable más la plusvalía, esto sólo muestra cuán fácilmente tendemos a olvidar las suposiciones implícitas que cubren cada esquema analítico de interpretación.

Aunque el tipo de sociedad que el esquema de la reproducción ampliada de Marx implica es drásticamente simple, y el tipo de sociedad al que se apliquen los agregados keynesianos puede tener cualquier grado de complejidad, los elementos esenciales pueden ser expuestos tomando como punto de partida el esquema de reproducción como aparece en Marx. Este último implica, por una parte, que no existe ningún capital fijo; y, por otra, que lo no consumido es inmediatamente invertido; y, en tercer lugar, que los capitalistas de la primera rama no invierten en la segunda rama y viceversa. De nuevo, pues, tenemos:

$$\begin{aligned} C_1 + V_1 + Pc_1 + Pac_1 + Pav_1 &= W_1 \\ C_2 + V_2 + Pc_2 + Pac_2 + Pav_2 &= W_2 \end{aligned}$$

Sumando las dos ecuaciones, obtenemos: ($C_1 + C_2 = C$ y así sucesivamente)

$$C + V + Pc + Pac + Pav = W$$

Este total, W , corresponde a lo que Keynes designa como A ,³ o sea, el monto bruto de las ventas tanto a los consumidores como entre empresarios. Las transacciones entre empresarios, o sea, la A_1 de Keynes, se pueden escribir como la suma de C y Pac . Puesto que él define el consumo como la diferencia entre A y A_1 , obtenemos:

$$\text{Consumo} = W - (C + Pac) = V + Pc + Pav$$

Ahora, en cuanto a la inversión. Cabe recordar que Keynes define la inversión como la diferencia entre G' , o sea, el valor neto conservable de lo que se tenía disponible al comienzo del periodo, y G , o sea, el valor de los medios de producción disponibles al final del periodo. En términos de los elementos del esquema de reproducción, es claro que G' consta de C , monto de los bienes de producción, y V , importe de la fuerza de trabajo,⁴ en tanto que G consta de C y V más Pac y Pav . Así, en cuanto a la inversión, obtenemos:

$$\begin{aligned} \text{Inversión} &= G - G' = (C + V + Pac + Pav) - (C + V) \\ &= Pac + Pav \end{aligned}$$

Puede sorprendernos como singular el hecho de que la fuerza de trabajo haya de ser considerada parte de los medios de producción disponibles. En la estricta lógica del capitalismo, sin embargo, este tratamiento es del todo consecuente. La fuerza de trabajo adicional es una parte de la producción nacional neta, como lo sería, por ejemplo, una nueva máquina-robot. Es verdad que Keynes nunca trata la mercancía fuerza de trabajo como perteneciente a la categoría de bienes de inversión. Pero, desde su punto de vista, la fuerza de trabajo puede ser considerada el caso límite de bienes-en-proceso, ya que en el instante en que la fuerza de trabajo es comprada por el empresario puede decirse que este está en posesión de un activo en el sentido de servicio prestable.

Ahora bien, expresiones equivalentes a otros términos tales como coste de uso, ahorro e ingreso nacional, pueden derivarse de las anteriores. En las definiciones de Keynes, coste de uso, U , es igual a A_1 más G' menos G (omitiendo nuevamente B'), o sea:

$$\begin{aligned} U &= (C + Pac) + (C + V) - (C + V + Pac + Pav) \\ &= C - Pav \end{aligned}$$

En cuanto al ahorro, Keynes lo iguala a las transacciones empresariales (A_1) menos el coste de uso (U), o sea:

3. J. M. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, 1936, cap. 6.

4. Pasamos por alto la B' de Keynes como insignificante en este caso. B' es la suma que el empresario habría gastado en la conservación y mejoramiento de su equipo de capital si hubiera resuelto no usarlo para realizar el producto.

$$\text{Ahorro} = (C + Pac) - (C - Pav) = Pac + Pav$$

que resulta ser naturalmente igual a la inversión. Y, por último, Keynes define su ingreso nacional como igual a la diferencia entre el monto bruto de las ventas (A) y el coste de uso (U), o sea:

$$\begin{aligned} \text{Ingreso nacional} &= W - (C - Pav) \\ &= V + Pc + Pac + Pav + Pav \end{aligned}$$

Debe notarse que Pav figura dos veces en el ingreso nacional. En otras palabras, Pav aparece dos veces registrado como ingreso y sólo una vez cambiado por bienes. Tal apariencia es engañosa, sin embargo. En realidad, Pav representa tres metamorfosis, como sigue:

- 1) $M - D$ Los bienes producidos (M) por el monto de Pav se venden a cambio de dinero y los capitalistas realizan su plusvalía.
- 2) a. $D - M'$ Los capitalistas compran la mercancía fuerza de trabajo (M').
b. $M' - D$ O, desde el punto de vista de los trabajadores, estos venden su fuerza de trabajo a cambio de dinero.
- 3) $D - M''$ Los trabajadores compran bienes de consumo (M'').

En esta serie de cambios, el dinero recibido figura como *ingreso* dos veces, es decir, en 1) y en 2) b, y cada vez es posteriormente cambiado por mercancías, es decir, M' y M'' . Como el proceso 2) no se hace explícito en el esquema de reproducción, el mismo símbolo Pav tiene que representar ambas fases, es decir, de 1) a 2) y de 2) a 3). Se ha observado ya en la sección anterior que si nuestra representación abstracta de la red de circulación real se limita a una parte del dominio de las mercancías, cualquier cambio por una mercancía que se deje fuera no será registrado y será indicado sólo *por magnitud* en la metamorfosis que afecte a una mercancía explícita en nuestro esquema.

El precedente examen de la traslación de los agregados keynesianos a los de Marx no es completo. Se omite totalmente un cierto número de puntos secundarios, como, por ejemplo, el problema de las transacciones interfamiliares (o industrias de servicio), el problema de lo que Keynes llama el «coste suplementario», etc. Tal ejercicio de traslación conceptual, sin embargo, es en sí mismo de poca importancia positiva, y no es necesario llevar esta labor hasta los últimos detalles.

Una traslación como la que hemos intentado debiera considerarse más bien un medio de capacitarnos para entender las diferencias significativas entre los dos sistemas de interpretación y en términos adecuados a ambos.

Apéndice B

La ideología del imperialismo

Rudolf Hilferding

[LA IDEOLOGÍA DEL CAPITAL FINANCIERO] ES ENTERAMENTE OPUESTA A LA del liberalismo; el capital financiero no quiere libertad, sino dominación; no le gusta la independencia del capitalista individual, sino que exige más bien su sujeción a un régimen; detesta la anarquía de la competencia y aspira a la organización, ciertamente sólo para poder reanudar la competencia en un nivel más alto. A fin de lograrlo, y al mismo tiempo para conservar y acrecentar su poder, necesita del Estado para garantizar el mercado doméstico mediante la protección y facilitar de esa forma la conquista de los mercados exteriores. Necesita un Estado políticamente poderoso que no tenga que tomar en cuenta los intereses opuestos de otros estados al formular su política comercial. Necesita un Estado fuerte que reconozca los intereses del capital financiero en el exterior y use del poder político para arrancar tratados ventajosos a los estados más pequeños, un Estado que pueda ejercer su influencia en todo el mundo a fin de poder convertir el mundo entero en una esfera de inversión. El capital financiero, por último, necesita un Estado que sea lo bastante fuerte para realizar una política de expansión y para adquirir nuevas colonias. Allí donde el liberalismo era contrario a la política de poder del Estado y quería asegurar su propia dominación contra el más antiguo poder de la aristocracia y de la burocracia, a cuyo fin limitaba los instrumentos de poder del Estado dentro del radio más reducido posible, el capital financiero exige una ilimitada política de poder; y lo haría así aunque los desembolsos en el ejército y la marina no asegurasen directamente a los grupos capitalistas más poderosos un mercado importante con enormes ganancias monopólicas.

La demanda de una política de expansión revoluciona toda la *Weltanschauung* de la burguesía. La burguesía deja de ser pacífica y humanitaria. Los antiguos librecambistas creían en el libre cambio no sólo como la mejor política económica, sino también como el comienzo de una era de paz. El capital financiero ha abandonado desde hace mucho toda noción semejante. Lejos de creer en la armonía de los intereses capitalistas, sabe que la lucha entre competidores se aproxima cada vez más a una bata-

* Publicado en *Das Finanzkapital*, 1910, pp. 426-429. El título del Apéndice corresponde a P. M. Sweezy.

lla política por el poder. El ideal de la paz desaparece; en vez del ideal de humanidad surge el de la fuerza y el poder del Estado. El Estado moderno, sin embargo, tuvo su origen en los esfuerzos de las naciones por realizar su unidad. La aspiración nacional, que encontró su límite natural en la formación de la nación como fundamento del Estado —porque reconocía el derecho de cada nación a su propia forma de Estado y, por consiguiente, veía las fronteras del Estado en las fronteras naturales de la nación— se ha transformado ahora en la aspiración de una nación al dominio sobre otras. Aparece ahora como ideal la conquista de la hegemonía mundial por la nación propia, un esfuerzo tan ilimitado como el que le da origen, el esfuerzo del capital por obtener ganancias. El capital se convierte en el conquistador del mundo, y con cada nuevo territorio conquistado establece una nueva frontera que debe ser rebasada. Este esfuerzo se vuelve una necesidad económica, ya que cualquier restricción disminuye la ganancia del capital financiero, reduce su capacidad de competencia y, finalmente, puede hacer de una región económica menor la simple tributaria de otra mayor. Económicamente fundado, se justifica ideológicamente por esa notable desviación de la idea nacional, que no reconoce ya el derecho de todas las naciones a la autodeterminación e independencia política, y que no es ya una expansión de la creencia democrática en la igualdad de todas las nacionalidades. Antes bien, se refleja la ventaja económica del monopolio en el lugar preferente que debe asignarse a la nación propia. Esa aparece como superior a todas las demás. Como la subordinación de las naciones extranjeras se realiza por la fuerza, es decir, de modo muy natural, a la nación dominante le parece que debe su dominación a sus cualidades naturales especiales, en otras palabras, a sus características raciales. Así, la ideología racial ofrece un fundamento aparentemente científico a la codicia de poder del capital financiero, el cual demuestra de este modo la causa y la necesidad de sus operaciones. En vez del ideal democrático de la igualdad, aparece el ideal oligárquico del dominio.

Si en el campo de la política exterior este ideal parece incluir a toda la nación, en los asuntos internos acentúa el punto de vista de la dominación contra la clase obrera. Al mismo tiempo, la fuerza creciente de los obreros intensifica el esfuerzo del capital para acrecentar el poder del Estado como garantía contra las demandas del proletariado.

De este modo, la ideología del imperialismo se levanta sobre la tumba de los viejos ideales liberales. Se mofa de la ingenuidad del liberalismo. ¡Qué ilusión la de creer en la armonía de intereses, en un mundo de lucha capitalista donde sólo decide la superioridad de las armas! ¡Qué ilusión la de esperar el reino de la paz eterna y predicar la ley internacional donde sólo la fuerza decide el destino de los pueblos! ¡Qué idiotez la de querer extender las relaciones legales existentes dentro de un estado más allá de sus fronteras! ¡Qué irresponsables perturbaciones en los negocios provoca este disparate humanitario que hace de los obreros un problema; descubre la reforma social en casa; y en las colonias quiere abolir la esclavitud contractual, la única posibilidad de explotación! La justicia eterna es un sueño amable, pero nunca se construyó un ferrocarril con prédicas morales. ¿Cómo podemos conquistar el mundo si queremos esperar a que la competencia se haga religiosa (*auf die Bekehrung der Konkurrenz warten wollen*)?

En vez de los ideales desvanecidos de la burguesía, sin embargo, el imperialismo introduce esta disolución de todas las ilusiones tan sólo para engendrar una nueva y

mayor ilusión. El imperialismo sopesa serenamente el conflicto real de los grupos de intereses capitalistas que disputan y se unen a la vez entre sí. Pero se arrebata y se embriaga cuando revela su propio ideal. El imperialista no quiere nada para sí; tampoco es, sin embargo, ningún ilusionista y soñador que disipa la confusión irremediable de las razas en todas las etapas de la civilización, y con toda clase de posibilidades para desarrollar la noción incruenta de humanidad. Con ojos duros y claros mira la multitud de pueblos y percibe sobre todos ellos a su propia nación. Esta es real; vive en el poderoso Estado, haciéndose sin cesar más grande y poderosa; y su glorificación justifica todos los esfuerzos. La renuncia al interés individual a favor del interés general superior, que constituye la condición de toda ideología social vital, se logra por este medio; el Estado, que es extraño al pueblo, y la nación, se ligan así; y se hace de la idea nacional la fuerza impulsora de las medidas políticas. Los antagonismos de clase son abolidos en bien de la totalidad. La acción común de la nación unida para los fines de la grandeza nacional sustituye a la lucha de clases, que para la clase propietaria es tan estéril como peligrosa.

Este ideal que parece unir con un lazo nuevo a la sociedad burguesa despedazada debe recibir una aceptación cada vez más estática, ya que la desintegración de la sociedad burguesa continúa siempre a toda prisa.